

**LA COMEDIA
DE LOS ERRORES**

**LA DOMA
DE LA FIERA**

**TRABAJOS DE
AMOR EN VANO**

**SUEÑO
DE NOCHE DE VERANO**

EL MERCADER DE VENECIA

**MUCHO RUIDO
Y POCAS NUECES**

**LOS DOS CABALLEROS
DE VERONA**

**COMO
LES GUSTE**

**LAS ALEGRES
CASADAS
DE WINDSOR**

NOCHE DE EPIFANÍA



WILLIAM SHAKESPEARE

Comedias

Obras completas 1

Edición de ANDREU JAUME

Lectulandia

Cuando se estudia un genio de la magnitud de William Shakespeare, es imposible medir el alcance de su obra. En un primer momento quizá se evoquen grandes tragedias o tapices históricos, pero Shakespeare se caracteriza también por un instinto radicalmente cómico. En sus agudos juegos de palabras, en los equívocos que sustentan tramas monumentales o en la forma en que recurre al artificio para desentrañar una verdad, siempre se esconde su eterno interés por lo humano.

Comedias es el primer volumen de una colección de cinco que reúne la obra completa de Shakespeare. Aquí se incluyen *Los dos caballeros de Verona*, *La comedia de los errores*, *La doma de la fiera*, *Trabajos de amor en vano*, *Sueño de una noche de verano*, *El mercader de Venecia*, *Mucho ruido y pocas nueces*, *Como les guste*, *Las alegres casadas de Windsor* y *Noche de Epifanía*. Esta edición, a cargo de Andreu Jaume, quien firma también la introducción, presenta las mejores traducciones contemporáneas, respetando el verso y la prosa originales. Un festín para los amantes de las buenas letras.

Lectulandia

William Shakespeare

Comedias

Obras completas - 1

ePub r1.0

Titivillus 26.07.16

William Shakespeare, 2016

Traductores: Pablo Armando Fernández, Hugo Chaparro Valderrama, Víctor Obiols, Alberto Silva,
Agustín García Calvo, Vicente Molina Foix, Edmundo Paz Soldán, María Enriqueta González Padilla,
José María Valverde & Federico Patán

Editor: Andreu Jaume

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



A LA MEMORIA DEL AUTOR,
MI QUERIDO SEÑOR

WILLIAM SHAKESPEARE,

Y

A LO QUE NOS HA DEJADO

Para no levantar envidias en tu nombre,
será bastante, Shakespeare, cuando honre
tu libro y fama, si confieso que tus obras
no pueden de hombre o musa agotar sus loas.
Es verdad conocida, pero no quisiera
que fuera mi alabanza por tal senda,
transida a veces de ignorancia leve
y, aunque sonora, apenas te merece.
Y el amor ciego la verdad oculta,
avanza a tientas y con prisa abrumba.
O la astuta malicia en falso alaba
y piensa en la ruina cuando ensalza.
Así elogian rufianes y putas infames
a una matrona: lo que más puede dañarle.
Pero tú estás a prueba de ellos, en verdad
más allá de su mal fario o de su ruindad.
Empiezo sin más: ¡Alma de nuestra era!
¡Aplauso, encanto, prodigio de nuestra escena!
Mi Shakespeare, arriba. No pienso hospedarte
con Chaucer o Spenser, o a Beaumont apartarle
para que le haga un sitio a tu figura.
Eres un monumento sin su tumba.
Y vives aún mientras viva tu libro,
maravillas leemos y loas proferimos.
Que no te asocie así, se disculpa mi mente,
con grandes pero desiguales musas, se entiende.

Pues si mi juicio fuera todavía antiguo,
junto a tus pares te pondría de continuo
y más que nuestro Lyly diría que brillas,
más que el audaz Kyd, que de Marlowe la poesía.
Y aunque tenías poco latín y menos griego,
no buscaría nombres de entre aquellos
para elogiarte, sino que al tonante Esquilo,
a Sófocles y Eurípides, de nuevo vivos,
junto a Pacuvius, Accius y el de Córdoba muerto,
tu coturno mostrara sacudir el proscenio.
O cuando el gorro de bufón lucieras,
te mediría a solas con la estela
de la insolente Grecia y de la Roma altiva,
de todo aquello que surgió de sus cenizas.
Triunfas, Bretaña mía, puedes mostrar a uno
a quien las tablas de Europa deben tributo.
Él era para siempre, más que del momento.
Y las musas estaban aún en su apogeo
cuando llegó cual Apolo para regalarnos
los oídos, o cual Mercurio para encantarnos.
Natura estaba orgullosa de sus creaciones
y vestía feliz las ropas de sus canciones,
tan bien cortadas y con tanto primor tejidas
que ya nunca otras iguales alumbraría.
El mordaz Aristófanes, griego jocoso,
Terencio el pulcro y Plauto el ingenioso,
no gustan ya y anticuados se alejan
como si no fueran fruto de la naturaleza.
Pero no es todo gracias a Natura: tu arte,
buen Shakespeare, tiene asimismo su parte.
Y aunque natura sea materia de poetas,
el arte da la forma y el que crea
obras con vida, cual son en verdad las tuyas,
suda y golpea fuerte el yunque de las musas
y se vuelve uno y lo mismo con lo que fragua.
De lo contrario, ya no hay laurel sino guasa,
pues un buen poeta se hace tanto como nace,
cual fue tu caso. Mirad cómo el rostro del padre
vive en el hijo, así la estirpe de la mente
y las formas de Shakespeare resplandece
en sus bien torneados y esculpidos versos,

donde, en todos y cada uno de ellos,
parece sacudir y blandir una lanza
frente a los ojos de la misma ignorancia.
¡Oh, dulce cisne de Avon! Qué visión sería
verte sobre las aguas volar todavía
y sobre el Támesis hacer aquellos vuelos
que tanto cautivaron a Isa y Jaime primero.
Quédate, puedo verte en la bóveda elevado,
una constelación formas ya en lo alto.
Ilumínanos, ¡oh, astro de los poetas!
y con furia o influjo anima o amonesta
la escena decaída que, desde tu partida,
pena como la noche y desespera el día.
Nos queda solo el calor que recibimos
con la luz que se guarda en este libro.

BEN JONSON



INTRODUCCIÓN

Cuando se habla de Shakespeare, lo primero que suele decirse, con la seguridad que procuran los lugares comunes de más honda raigambre, es que de su vida no se sabe casi nada y que su personalidad constituye uno de los enigmas más insondables de la historia de la literatura. Como siempre, el tópico esconde algo de verdad y, al mismo tiempo, simplifica un asunto bastante más complejo. Es cierto que de Shakespeare no se sabe mucho, de acuerdo con nuestra moderna concepción de la biografía, pero es indudable que, de todos los dramaturgos isabelinos, con la notable excepción de Ben Jonson, de quien más sabemos, con diferencia, es de William Shakespeare. De Christopher Marlowe, el gran rival del Bardo en sus inicios, *we know next to nothing* («no sabemos prácticamente nada»), como asegura su más reciente biógrafo, por no hablar de Thomas Kyd, John Webs ter o John Fletcher, sombras furtivas y temblorosas en el gran escenario de la época.^[1]

De este primer tópico se deriva el otro gran mito que persigue a Shakespeare: el proteico fantasma de la autoría de sus obras. Es realmente increíble que a estas alturas se siga especulando, desde las más altas hasta las más bajas instancias, con la propiedad intelectual del canon shakespeariano. Son bien conocidas las hipótesis que, a lo largo de mucho tiempo, han atribuido sus obras a Francis Bacon, el conde de Oxford, a la mismísima reina Isabel, a una asamblea de eruditos neoplatónicos o a Christopher Marlowe, el candidato que ha gozado de un favor más sólido y continuado. ¿Cómo se explica tan obsesiva y enfermiza insistencia en desautorizar al poeta de Stratford-upon-Avon? Para desestimar todas esas herejías, bastaría con apelar al oído y señalar las enormes diferencias prosódicas que separan, por ejemplo, el plúmbeo estilo de Bacon de la profunda levedad del verso shakespeariano o, en el caso de Marlowe, no solo las diferencias formales, sino también las divergencias conceptuales: las preocupaciones filosóficas y teológicas del autor de *Doctor Fausto* están evidentemente muy alejadas del temperamento y la sensibilidad de Shakespeare. Pero no hay modo, las dudas y las suspicacias se suceden y se actualizan en cada generación.

Como bien ha demostrado James Shapiro, la manía persecutoria se inicia a finales del siglo XVIII y se consolida a lo largo del XIX.^[2] Al parecer, fue un tal James Wilmot, un erudito oxoniense que vivía a unos pocos kilómetros de Stratford, quien, en 1785, empezó a buscar papeles, libros y enseres del poeta y, corroído por el fracaso y la impotencia, decidió que ahí había gato encerrado y, en un arrebato de furia, atribuyó el corpus a Francis Bacon. La ecuación mental resulta muy elocuente y se ha repetido en todas y cada una de las atribuciones, hasta el punto de que podemos considerar a todos los conspiradores dignos herederos de Wilmot.

Hasta entonces, a nadie se le había pasado por la cabeza desacreditar a Shakespeare. No lo hizo, para muestra, ninguno de sus contemporáneos. El poema

que escribió Ben Jonson a modo de homenaje y que se estampó en las primeras páginas de la primera edición de su teatro completo —el llamado Primer Folio de 1623— deja bien claras tanto la autenticidad de la firma como la realidad de la persona que había tras ella: el dulce cisne de Avon, el alma de aquella era. Si hubiera habido la más mínima sospecha, el primer interesado en airearla habría sido el propio Ben Jonson, buen amigo de Shakespeare, pero muy receloso y envidioso del prodigioso talento de su colega.^[3]

Podríamos definir lo que le ocurrió a Wilmot —y con él a todos sus sucesores— como la «ansiedad del vacío biográfico». Como género, la biografía no se desarrolló hasta bien entrado el siglo XVIII, del cual acabó siendo algo así como un espejo. Para nuestra desgracia, en la época isabelina apenas se escribieron diarios, memorias o crónicas. Además, durante el Romanticismo se acuñó el concepto de «genio», normalmente asociado a una vida intensa, a ser posible rocambolesca, suculenta y pública, capaz de explicar la génesis de la obra literaria y acorde con la grandeza de esta. Byron sería el epítome de ello. Por el contrario, además de insoportablemente banales, los hechos conocidos de la vida de Shakespeare traslucían un olímpico desprecio por su posteridad y una escasísima conciencia de su genio: algo inadmisibles para los hijos del romanticismo que de algún modo somos todavía. Cuando en 1747 se descubrió su testamento —vulgar como todos—, la perplejidad dio paso a la indignación: ni una sola mención a su obra, tan solo dinero, propiedades y la famosa y desconcertante —aunque no tanto, según las costumbres de la época— «segunda mejor cama» para su esposa, Anne Hathaway.^[4]

Nuestro desconcierto se explica por la incapacidad de aceptar —o de restaurar— las categorías literarias, sociales, políticas y morales de la época, de las que nos separó la Ilustración, algo que también ha determinado el moderno juicio crítico sobre su literatura. Para empezar, en el siglo XVI, no se había instituido aún la figura del autor, tal y como ahora la entendemos y la vendemos. Las obras teatrales pertenecían a la compañía que las explotaba, y los impresores, si se hacían con una copia del manuscrito, podían publicar cualquier pieza, por defectuosa o mutilada que estuviera, sin temor a sanciones. Además, muchos dramas eran fruto de la colaboración a cuatro o a seis manos —en muchas obras de Shakespeare la filología trata de elucidar todavía dónde está su verdadera mano— y el auténtico prestigio literario se ganaba en la lírica y no en el teatro, considerado por los espíritus más sofisticados un simple entretenimiento para las masas.

A la luz de todo esto, es interesante notar cómo Ben Jonson, en el poema laudatorio antes mencionado y que se incluye en el frontispicio de esta edición, se esfuerza en subrayar, ya desde el título mismo, la condición de *autor* de William Shakespeare, y la dignidad que ello conlleva. Sin menoscabo de sus nobles propósitos, hay que decir que aquí Jonson está defendiendo su propia idea de autoría contra la convención de su tiempo, e incluso quién sabe si contra las propias convicciones de Shakespeare. Jonson fue el primero de los dramaturgos de su hora en

desarrollar una aguda conciencia de su propia relevancia literaria y, de hecho, recopiló en vida sus obras en un volumen en folio —en 1616, año de la muerte de Shakespeare—, algo absolutamente inusitado por aquel entonces. A pesar de que ahora parece un mero ejercicio de pompa y circunstancia, el poema de Jonson constituye un documento de extraordinaria transcendencia: nada menos que la primera valoración crítica del canon shakespeariano y la prueba más fehaciente de la legitimidad de su autoría.

La frustración por la vulgaridad, más que por la escasez, de los hechos de la vida de Shakespeare, llevó a los cada vez más ansiosos biógrafos a tratar de encontrar algo de su vida en su obra. Fue en el Romanticismo cuando se generalizó la práctica de tratar de llenar las lagunas biográficas mediante el descifre de las presuntas alusiones encriptadas en los dramas y en los poemas. Wordsworth, por ejemplo, consideró que los *Sonetos* eran la llave con que el autor había abierto los secretos de su corazón. Y en realidad fue la llave que destapó la caja de Pandora de las más absurdas y fantasiosas interpretaciones: Shakespeare como gay en el armario, como bisexual, como criptocatólico, como amante de la reina. Lo cierto es que la crítica biográfica ha resultado a la postre muy insatisfactoria. Es verdad, probablemente, que se pueden deducir una serie de detalles biográficos de la lectura de los *Sonetos*, pero no se puede descartar que la voz que habla en ellos sea una invención más entre todas las prodigiosas impersonaciones a las que dio vida y que, por tanto, estemos haciendo el ridículo cada vez que tratamos de identificar a los personajes aludidos en los poemas. Sea como sea, lo cierto es que la profundización en la versatilidad y la riqueza apabullantes de la obra shakespeariana fue engordando esa «angustia del vacío biográfico» hasta extremos paranoicos. Llegó un momento —sobre todo a partir de la remilgada era victoriana— en que se decidió que una obra tan descomunal no podía haber sido escrita por un hombre de pueblo, que había abandonado el colegio en la adolescencia, sin título universitario y con una evidencia biográfica tan ordinaria. Quizá por eso la candidatura de Marlowe ha tenido tantos adeptos. Como hemos dicho, de él se sabe mucho menos, pero al menos hay indicios de que tuvo una vida más subversiva: probablemente fue espía doble —algo así como un Anthony Blunt de su tiempo, pero sustituyendo el comunismo por el catolicismo—, murió en extrañas circunstancias —le clavaron una daga en el ojo durante una reyerta tabernaria— y sobre todo —sobre todo— había estudiado en Cambridge. Más adelante abundaremos en ello, pero resulta hilarante esa arrogancia académica, como si no bastaran decenas de ejemplos parecidos o una somera idea de lo que es la creación literaria para acabar con semejante prejuicio.

Tanto desconcierto, frustración y suspicacia derivó en una industria que todavía no ha cesado. No es de extrañar que muchos biógrafos de Shakespeare, desde el siglo XVIII hasta bien entrado el XX, hayan terminado como farsantes. Fue el caso de William-Henry Ireland, que llegó a producir un manuscrito apócrifo de *El rey Lear* a finales del XVIII o, ya en el XIX, de John Payne Collier, que empezó su carrera como

respetable erudito shakespeariano y terminó como delincuente, falsificando documentos y arruinado por la plaga de la ansiedad. Aunque quizá el caso más extremo sea el de Hulda y Charles Wallace, un matrimonio estadounidense que, en los albores del novecientos, se mudó a Londres con el firme propósito de encontrar pruebas de la vida de Shakespeare en la Oficina del Registro Público. La pareja peinó cientos de legajos y encontró algunas pruebas curiosas e iluminadoras, pero todas relativas a hechos menores: su intervención en un litigio entre un vendedor de pelucas y su yerno, y algún que otro título de propiedad. La meridiana banalidad de los hallazgos empezó a corroer la cordura de los Wallace, quienes finalmente regresaron a Estados Unidos convencidos de que eran víctimas de una conjura que les escatimaba información.

No queda más remedio, pues, que resignarse a los hechos que conocemos y aceptar que William Shakespeare, el poeta con el que nunca dejamos de indagarnos, fue alguien tan extraordinario y a la vez tan común como un ser humano.

Una interpretación un tanto forzada de su partida de nacimiento ha querido que William Shakespeare naciera un 23 de abril de 1564, en Stratford-upon-Avon, en el condado de Warwick, a unos ciento treinta kilómetros de Londres. Y lo primero que habría que resaltar en su biografía es que Shakespeare se sintió toda la vida muy ligado a su pueblo natal. A juzgar por los indicios que nos han llegado, parece que su relación con la capital, a pesar de haber sido larga e intensa, fue puramente comercial. Tan solo en sus años finales —y como simple inversión— adquirió una propiedad en Londres, donde siempre vivió de alquiler. En cambio, ya en 1597, cuando empezaba a ser bastante conocido y suponemos que bien remunerado, se compró una de las casas más grandes de Stratford, New Place, que todavía podríamos visitar si no fuera porque en 1759 su dueño, un atrabiliario párroco, decidió demolerla, harto del incordio de los turistas.

En 1564, Inglaterra se vio azotada por un brote de peste bubónica, cuyas recurrentes epidemias habían diezmando la población del país hasta dejarla en apenas cinco millones. Fue un verdadero milagro que Shakespeare lograra sobrevivir. William fue el tercero de los ocho hijos de Mary Arden y John Shakespeare. Mary era hija de una familia de acomodados granjeros, y John, de orígenes más inciertos, se dedicó a la fabricación de guantes y al curtido. Ocupó también varios cargos municipales, como el de catador de cerveza de la comuna y, en algún momento de su vida, fue procesado por usura. De los ocho hermanos, hubo cuatro mujeres, de las cuales solo una, Joan, llegó a la edad adulta. De los cuatro varones, solo sabemos que William fue el único que se casó y que los demás se llamaban Gilbert, Richard y Edmund, el benjamín, que también fue actor de teatro en Londres, pero del que nada más se sabe salvo que murió a los veintisiete años, en diciembre de 1607.

Shakespeare nació bajo el reinado de Isabel I Tudor, hija de Enrique VIII, la cual,

en 1564, tenía treinta años y hacía un lustro que había sido coronada. La era isabelina está ya para siempre asociada a Shakespeare y en general a la efervescencia que conoció Inglaterra tanto en la política como en las artes. Isabel, conocida como la reina virgen, nunca se casó y no dio a luz a ningún heredero, siendo su sucesor Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, hijo de la reina María de Escocia, a quien Isabel había mandado ejecutar por haber conspirado contra su vida. María, además, había sido una ferviente católica, e Isabel se había erigido en la pesadilla de los papistas, en especial de Felipe II. Más que una fanática protestante, la reina Isabel fue sobre todo una acérrima defensora de la independencia política de Inglaterra, algo que al final de su largo reinado había conseguido con creces, sobre todo después de la clamorosa humillación a la que había sometido a los españoles en 1588, con la derrota de su Armada Invencible.

Como decíamos, la era isabelina se recuerda sobre todo por la eclosión del Renacimiento. No solo el teatro, sino también la poesía, la música, la arquitectura, la pintura, las artes decorativas, la teología y la filosofía conocieron un esplendor inigualado. La propia reina Isabel era una verdadera intelectual melancólica —la melancolía fue el mal del siglo XVI—, autora ella misma de poemas, cartas y traducciones notables. Se cuenta que en una ocasión le soltó una andanada en latín a un embajador insolente, al que dejó estupefacto. Gracias a su corte y a sus personales gustos, la música, además de la literatura, vivió también un momento irrepetible en Inglaterra. En este sentido, la labor que hicieron músicos como Thomas Morley, William Byrd o John Dowland fue extraordinaria. Algunas de las canciones de este último, como «In Darkness Let me Dwell», capturan, del modo a la vez más primario y elevado, el espíritu de su tiempo. Dowland, por cierto, estaba, en 1601, año de composición de *Hamlet*, trabajando en Elsinore, en la corte del rey de Dinamarca. Quién sabe si fue amigo de Shakespeare, para quien indudablemente la música constituyó un arte paralelo imprescindible. En sus obras abundan las referencias y las metáforas musicales, así como las canciones, muchas de ellas musicadas en su época. De hecho, una parte de la fascinación que produce Shakespeare estriba en vislumbrar el espectro de la melodía que acompañó muchas de sus composiciones, como en las canciones de Ariel de *La tempestad*: la música se ha desvaído, pero late aún en la niebla de la métrica.

Aunque el archivo del colegio se ha perdido, es muy probable que Shakespeare se educara en el colegio local de Stratford, el King's New School, donde los niños de aquel tiempo aprendían casi exclusivamente retórica y literatura latinas, en la gramática de William Lyly, abuelo de John Lyly, uno de los dramaturgos coetáneos del Bardo. La afirmación de Ben Jonson, en el poema ya citado del Primer Folio, según la cual Shakespeare tuvo «poco latín y menos griego» no parece que fuera del todo justa, sobre todo en lo que respecta a su formación latina. Es posible que después del empacho infantil de figuras retóricas no mantuviera vivo su latín, pero es indiscutible que el modelo romano ejerció una profunda y evidente influencia en su

obra. En *Las alegres casadas de Windsor* hay, por cierto, una breve escena, forzosamente intercalada, en que un niño llamado William sufre los rigores de las declinaciones, una evidente parodia de sus propios años escolares.

Se ha especulado mucho con la formación intelectual, con el bagaje cultural de Shakespeare. Ya hemos visto cómo en el siglo XIX se concluyó que alguien con tan poca ilustración no podía haber engendrado una obra tan enorme. Y parece verdad que Shakespeare no fue en puridad un erudito, a la manera en que lo fueron otros contemporáneos como George Chapman, traductor de Homero, Ben Jonson, que si bien no estudió en la universidad se procuró una sólida cultura clásica, o Christopher Marlowe. En cambio, una lectura atenta a las influencias de su obra nos permite imaginar que el autor de *Hamlet* fue un lector voraz, con un olfato infalible para husmear las corrientes de su tiempo, capaz de transformar cualquier cita latina en un largo y reverberante monólogo, extraordinariamente intuitivo, virtuoso del plagio — una palabra que Ben Jonson incorporó al inglés en aquella época, no por casualidad —, dueño, en fin, de una prodigiosa alquimia —la memoria— con la que transformaba el poso de sus lecturas en una nueva materia.

Si bien no se ha podido encontrar ningún libro de su biblioteca personal, es posible hacerse una idea aproximada de sus principales lecturas. Entre los clásicos, predominaban los romanos muy por encima de los griegos, que en el XVI todavía no habían escapado de las manos de los eruditos y se conocían, mayoritariamente, solo a través de sus versiones latinas. El primer autor que deslumbró al joven poeta y que le acompañó durante toda su vida fue, sin ningún género de dudas, Ovidio, especialmente el de las *Metamorfosis* y —para darle la razón a Jonson— más que en el original, en la traducción que hizo Arthur Golding y que se publicó completa por primera vez en 1567. Shakespeare no solo se dejó deslumbrar por la mitología evocada por Ovidio, sino también por el envolvente fraseo en heptámetros yámbicos de Golding, como demuestra la lectura comparada de varios pasajes. En cuanto a la literatura dramática, quizá los primeros autores que oyó recitar en clase, o que incluso representó en montajes escolares, fueron los comediógrafos Terencio y Plauto, que por otra parte constituyen el sustrato sobre el que se levantó la comedia italiana del XVI, que tanto influyó en el teatro isabelino. En el campo de la tragedia, el autor hegemónico fue Séneca, que durante el Renacimiento inglés actuó como mediador entre el drama sacro, heredero de las representaciones litúrgicas, y la tragedia secular, cuyas bases ayudó a sentar. La convención de dividir el drama en cinco actos es de indudable raíz senequista. Por último, el escritor clásico cuya huella es más visible en el canon shakespeariano es Plutarco, cuyas *Vidas paralelas* Shakespeare leyó en la traducción de sir Thomas North, publicada por primera vez en 1579, hecha, por cierto, a partir de una traducción francesa y no del original griego. La sombra del Plutarco de North se aprecia ya en obras tan tempranas como *Tito Andrónico* o *Sueño de noche de verano* y fue desde luego el mármol con el que esculpió tragedias como *Julio César*, *Antonio y Cleopatra* o *Coriolano*.

Para completar el mapa de las lecturas básicas de Shakespeare a lo largo de su vida, habría que citar inevitablemente la Biblia, no tanto la llamada Versión Autorizada del rey Jacobo —publicada en 1611, demasiado tarde, por tanto, para que ejerciera un influjo real en el poeta—, cuanto la Biblia de Ginebra de 1599, en realidad una revisión del primer gran texto bíblico en inglés, debido a William Tyndale, responsable, junto a Shakespeare, del alumbramiento de la moderna lengua inglesa.

A los anaqueles de Shakespeare se le pueden añadir muchos títulos más, pero hay uno que ha ido cobrando mayor nitidez a lo largo del último siglo: los *Ensayos* de Montaigne, que se publicaron en inglés en 1603, según la versión de John Florio. Florio era amigo de Shakespeare y es muy posible que le diera a conocer la obra de Montaigne mucho antes de que se publicara; de hecho era bastante habitual en la época el tráfico constante de manuscritos. Sea como fuere, lo cierto es que la voz de Montaigne ayudó a moldear el pensamiento renacentista de Shakespeare. Uno de los pasatiempos favoritos de los eruditos shakespearianos consiste en tratar de detectar ecos de Montaigne en tal o cual pasaje, como en *Hamlet*, en cuyo trasluz parecen adivinarse las aguas de la «Apología de Ramón Sibiuda».

Sin que sepamos por qué, Shakespeare abandonó la escuela a los quince años. La época que antecede a su irrupción en la escena londinense, los años comprendidos entre 1585 y 1592, se conoce justamente como «los años perdidos», pues ahí nos movemos completamente a ciegas. Sabemos que antes, hacia 1582, se había casado precipitadamente con Anne Hathaway, una mujer ocho años mayor que él y a la que había dejado embarazada de su primera hija, Susanna, que nació en mayo de 1583. De ese matrimonio solo sabemos a ciencia cierta que tuvo dos hijos más, los gemelos Hamnet y Judith, nacidos en febrero de 1585. Hamnet —nombre sospechosamente parecido a Hamlet— moriría prematuramente a los once años. Desgraciadamente, la estirpe de Shakespeare se extinguió muy pronto, en 1670, con la muerte de la única nieta que llegó a la vejez, la hija de Susanna, Elizabeth Hall, quien murió sin descendencia. Para los biógrafos ansiosos, no solo esa interrupción infausta de la descendencia constituye una maldición, sino también la lentitud con que despertó el interés biográfico por Shakespeare. La pequeña, Judith, murió en 1662 y sobrevivió a sus tres hijos. Si John Aubrey, uno de los primeros en esbozar un perfil biográfico del poeta, se hubiera preocupado en ir a verla, en vez de escribir vaguedades, hoy sabríamos muchas cosas que se han desvanecido para siempre.^[5]

Sobre los años perdidos hay varias y pintorescas hipótesis. El citado Aubrey —y se trata de una creencia que ha ido tomando cada vez más cuerpo— asegura que en sus años mozos Shakespeare había sido maestro de escuela. Otros dicen que vivió en Escocia como católico recusante (otro de los enigmas más mareados de su biografía es su credo religioso, sobre todo desde que, aparentemente, se descubrió que su padre había muerto convertido al catolicismo). En realidad, podemos hacer las conjeturas que queramos: quizá estuvo en Escocia o en Italia, aunque lo más sensato es que

estuviera en Stratford cuidando de sus hijos y desahogándose por las noches en la taberna, mientras soñaba con triunfar en la escena y convertirse en uno de los actores de esas compañías que de niño había visto actuar de gira en su pueblo.

El Londres que conoció Shakespeare en los últimos años ochenta o principios de los noventa del siglo XVI era una ciudad terrible, peligrosa, sucia, ruidosa y fascinante. Se agrupaba en lo que hoy se conoce como la City y uno de sus rasgos más ominosos era la frecuente exhibición de cabezas cortadas por orden judicial, festoneadas de cuervos. En Inglaterra no había té aún y la gente bebía cantidades ingentes de cerveza: un galón —ocho pintas— era la habitual dosis diaria, costumbre que muchos ingleses mantienen hoy día.

Shakespeare, de todos modos, se pasó buena parte de su vida en las afueras de la ciudad, en los descampados donde se levantaban los teatros de la época, el Red Lion, el más antiguo, el Theatre de James Burbage (padre de Richard, compañero de Shakespeare y uno de los que primero encarnó a sus grandes personajes), el Curtain o el Fortune de Philip Henslowe, un empresario teatral gracias a cuyo diario (en realidad un libro de cuentas con comentarios) conocemos hoy muchos detalles valiosos sobre el oficio. Otros teatros importantes fueron los situados en la orilla izquierda del Támesis: el Rose, el Swan y, sobre todo, el Globe, el escenario por antonomasia de Shakespeare, quien en numerosas ocasiones evoca en sus obras esas salas, como cuando el coro de *Enrique V* habla de «esta O de madera», pues a menudo eran de planta octogonal y daban la impresión de ser edificios circulares. Si tenemos una vaga idea de cómo eran esos teatros es gracias a Johannes de Witt, un turista holandés que en 1596 dibujó un esbozo del Swan: cielo abierto, espacio efectivamente circular, escenario rectangular y flanqueado a los tres lados por el público, dos puertas al fondo de la escena, entre las que solía haber una cortina (donde tal vez Hamlet apuñaló por primera vez a Polonio) y una galería por encima del escenario que no se sabe con certeza si albergaba a público distinguido o se utilizaba para necesidades de la obra, como la aparición del espectro en *Hamlet* o la escena del balcón en *Romeo y Julieta*. El público que atendía esas obras de teatro también acostumbraba a asistir a otro de los espectáculos más populares de su tiempo: el suplicio del oso o del toro, que consistía en situar en medio de un escenario al animal atado con cadenas y arrojarle perros rabiosos para ver cómo se defendía. Lejos de ser tan solo un entretenimiento para la plebe era considerado un deporte refinado, al que asistía la propia reina Isabel, a menudo acompañada de legaciones diplomáticas. Hay en las obras de Shakespeare numerosas referencias a ese espectáculo.

Ya hemos apuntado al principio que William Shakespeare fue, antes que autor, un verdadero hombre de teatro (Jonson, como veremos, no sería el primero en jugar con su apellido y llamarle *shakestage*, literalmente sacude-escenas). De hecho, además de actor y guionista —suena mal, pero esa era entonces la categoría del dramaturgo—, hizo las veces de director y productor. A partir de 1595 —cuando aparece la primera

referencia— y hasta su presunto retiro en 1613, estuvo asociado a una compañía, Lord Chamberlain's Men, que, con el ascenso de Jacobo I, se convertiría en The King's Men, sin duda una de las más prestigiosas ypreciadas de la época, que además contribuyó decididamente al ennoblecimiento de la profesión, hasta entonces considerada una ocupación de maleantes. Su hombre fuerte fue Richard Burbage, quien, aunque cueste creerlo, tuvo el privilegio de encarnar por primera vez a Hamlet, Otelo y Lear. También fueron importantes en la compañía los cómicos, especialmente Will Kemp y Robert Armin, que dio vida por primera vez al bufón de *El rey Lear*. No había aún actrices y los personajes femeninos eran interpretados siempre por chicos jóvenes, los llamados «boy actors».

En tanto que intérprete, hoy diríamos que Shakespeare era un actor de reparto, pues, de acuerdo con las noticias que nos han llegado, se reservó siempre los papeles menores de sus propias obras. Sabemos con seguridad que encarnó al fantasma del rey en *Hamlet* y al personaje del viejo Adán en *Como les guste*. Y la leyenda quiere que también interpretara al coro al principio de *Enrique V*, hipótesis irresistible donde las haya.

Gracias a un panfleto que escribió el dramaturgo Robert Greene hacia 1593, sabemos que a la altura de esos años William Shakespeare era ya un nombre conocido y polémico en el mundo del teatro. Greene era dramaturgo y formó parte de los llamados University Wits, un grupo de sofisticados dramaturgos universitarios, perdidamente *oxbridge*, entre los que también se contaban John Lyly, George Peele o Thomas Nashe. Greene fue un precursor de los que considerarían inadmisibile que un asilvestrado provinciano fuera capaz de escribir lo que escribió y se sintió ultrajado, como si aquel chico hubiera aparecido para quitarles el pan de la boca. Aunque no se sabe qué motivó el encono de Greene —probablemente tan solo la envidia—, lo cierto es que en el panfleto aludió veladamente a él en los siguientes términos: «No os confiéis: hay un Cuervo advenedizo, ornado con nuestras plumas, que, con su corazón de Tigre bajo la piel de actor, se cree tan capaz de esbozar verso blanco como el mejor y siendo un perfecto *Johannes fac totum*, su arrogancia le convierte en el único sacude-escenas [*shake-scene*] de un país». La prueba de que se refería a Shakespeare, a parte del juego de palabras con su apellido, es que la frase «Corazón de Tigre bajo la piel de actor» es una burla de unos versos de *Enrique VI, tercera parte*, una de sus obras más tempranas.

La datación de las obras de Shakespeare es problemática. Hay un consenso generalizado según el cual las primeras obras son comedias románticas, como *Los dos caballeros de Verona*, *La comedia de los errores* o *La doma de la fiera*, o bien los primeros dramas históricos, como las tres partes de *Enrique VI* o *Ricardo III*. Cuando Shakespeare llegó a Londres, la joven revelación del momento era a todas luces Christopher Marlowe, un brillante, lenguaraz, impertinente y descreído poeta que muy probablemente debió de ejercer una profunda fascinación, a la vez personal y literaria, en el recién llegado. Podemos por tanto imaginar a Shakespeare tratando de

afinar su propia voz bajo el encanto de Marlowe, a quien sin duda imitó en sus primeros dramas históricos, sobre todo en *Ricardo II*, escrito con la falsilla del *Eduardo II* marloviano. El primer poema narrativo de Shakespeare, *Venus y Adonis*, está escrito también como emulación del inacabado *Hero y Leandro* de Marlowe, que si bien se publicó más tarde que *Venus*, en 1598 y finalizado por George Chapman, es muy probable que hubiera circulado ya en manuscrito. De acuerdo con todo esto, podemos aventurar la teoría de que la única puerta que encontró Shakespeare para escapar de la arrolladora sombra de Kit Marlowe fue la comedia, un género que este no había ensayado y al que su propio talento se plegaba de un modo más natural.

Un año antes de que Marlowe muriera en la reyerta de Deptford, en 1593, se decretó el cierre temporal de los teatros por uno de los periódicos brotes de peste. Shakespeare, que ya empezaba a saborear sus primeros triunfos, aprovechó el paréntesis para dedicarse a la lírica y empezó a escribir los *Sonetos*, que no terminaría hasta 1603 y que no se publicarían hasta 1609, probablemente sin su consentimiento y con el añadido de otro poema largo: *Lamento de una amante*. El soneto había sido popularizado en Inglaterra por sir Philip Sidney en su *Astrophil y Stella*, que se había publicado en 1591, aunque la forma poética se había incorporado a la literatura inglesa mucho antes, en tiempos de Enrique VIII, por Thomas Wyatt, un poeta que hizo memorables versiones de Petrarca. Además de los sonetos, Shakespeare emprendió la redacción de su primer poema narrativo, *Venus y Adonis*, su mayor éxito editorial —llegó a ver diez reimpressiones—, basado en las *Metamorfosis* de Ovidio y publicado por Richard Field, oriundo también de Stratford. El éxito de *Venus* le animó a escribir una continuación, *La violación de Lucrecia*, inspirada en los *Fasti* ovidianos, aunque ya no obtuvo el favor comercial del primero.

Los dos poemas están fervorosamente dedicados a un aristócrata que al parecer el poeta quería convertir en su patrón. Se trataba de Henry Wriothesley, conde Southampton y barón de Titchfield, un joven bello y afeminado, ahijado de lord Burghley, primer ministro de la reina y amigo del conde de Essex (uno de los personajes más notorios de la época, protagonista de una conjura contra la monarca que le costaría el cuello). Si bien Southampton es el candidato más votado en los últimos sesenta años para ser el joven al que se dirige el poeta en los *Sonetos*, no se sabe nada de su relación ni hay pruebas de que, como aseguran algunos biógrafos, hubieran mantenido una relación íntima. A. L. Rowse, uno de los más conspicuos —y arrogantes— eruditos shakespearianos del siglo xx, estaba convencido de que no hubo intimidad real entre ambos. Para él, Southampton se había enamorado de Shakespeare quien, siendo un heterosexual convencido, le había consolado y aconsejado con esa serie de sonetos privados. En cualquier caso, la relación entre aristócratas y plebeyos no era en aquel siglo tan cercana y fácil como la imaginación novelística y cinematográfica ha supuesto, algo que explicaría la embarazosa zalamería de las dedicatorias que Shakespeare escribió a Southampton.

En los últimos años del siglo xvi, la vida y la obra de Shakespeare fue

adquiriendo una progresiva y trabajosa madurez. Hemos visto cómo se zafó de la influencia de Marlowe, también que posiblemente consiguió la protección de un aristócrata, y sabemos que su actividad teatral siguió siendo continuada y febril hasta el final de la centuria. En 1598, un tal Francis Meres publicó un *common-place book*, un libro de citas, muy del gusto de la época, que no hubiera tenido ninguna importancia si no fuera porque incluía un breve listado de algunas obras que Shakespeare había publicado hasta entonces. Meres citaba, entre las comedias, *Los dos caballeros de Verona*, *La comedia de los errores*, *Trabajos de amor en vano*, *Trabajos de amor ganados*, *Sueño de noche de verano* y *El mercader de Venecia*. Entre las tragedias hablaba de *Ricardo II*, *Ricardo III*, *Enrique IV*, *El rey Juan*, *Tito Andrónico* y *Romeo y Julieta*. Desde que se descubrió, el catálogo de Meres ha servido para datar muchas obras y jugar con algunos supuestos, como por ejemplo la identidad de esa misteriosa comedia, *Trabajos de amor ganados*, probablemente extraviada. Pero sobre todo nos sirve para ir perfilando la geografía de su imaginación. Mientras se acercaba el fin de siglo e Inglaterra contemplaba el lento crepúsculo de la era isabelina, Shakespeare se había consolidado como un brillante comediógrafo y un esforzado autor de tragedias, aunque todavía no había alcanzado su plena madurez en el género. Había escrito, eso sí, su drama histórico más perfecto: *Enrique IV*, donde sobresalía sir John Falstaff, una de sus criaturas más maravillosas, para algunos un precursor de Hamlet, como el mismo príncipe Hal. Falstaff supone de algún modo la culminación de su talento cómico a la vez que la preparación para la década de las grandes tragedias, cuyo tono ensayó prometedoramente en *Romeo y Julieta*.

Uno de los rasgos de la personalidad de Shakespeare que más incomodaban a los románticos era su descarada tendencia al aburguesamiento, esa aparente sumisión a las convenciones de su tiempo y su presunta condición de arribista, violentamente opuesta a la ética romántica. En 1596, por ejemplo, consiguió para su apellido un escudo de armas, bajo el lema «Non Sans Droicz», veleidad de la que ya Ben Jonson se burló en su obra *Every Man Out of His Humor*, a uno de cuyos personajes se le concede también un blasón donde aparece una cabeza de jabalí con la leyenda «No sin mostaza». Un año más tarde, como se ha indicado al principio, Shakespeare se compró la casa más grande de Stratford, New House, consumando así su lento ascenso hacia el tratamiento de *gentleman*.

Quizá el periodo más importante de la vida y la obra de Shakespeare sea el de la transición entre los siglos XVI y XVII, donde su obra experimenta también una convulsión que determinará el tono y la evolución de su obra madura y tardía. Para empezar, el cambio de siglo supuso la consolidación de un nuevo teatro, el Globe. El propietario del solar donde se erigía el Theatre se negó a renovar contrato y los Chamberlain's Men decidieron desmontar el edificio pieza por pieza y volver a levantarlo en otro espacio, al otro lado del Támesis. Así, hacia 1599, nació el Globe, el teatro que gestaría en sus entrañas uno de los momentos estelares del arte de todos

los tiempos y que también propiciaría, por cierto, su propio fin, pues fue durante una representación de *Enrique VIII*, en 1613, una de las dos obras últimas que Shakespeare escribió en colaboración con John Fletcher, cuando, tras un cañonazo, la estructura de madera se incendió y el teatro se convirtió en ceniza. Aunque se reconstruyó en 1614, Shakespeare y sus colegas debieron de vivir el accidente como una metáfora del fin de una época.

En torno a 1600 y 1601, Shakespeare escribió y estrenó *Hamlet*, su primera gran tragedia, una obra en la que indagó con especial fervor en una de sus obsesiones: la relación entre padres e hijos. Su hijo Hamnet había muerto en 1596, y su padre, John Shakespeare, en 1601. A partir de la tragedia del príncipe de Dinamarca, hay sin duda un cambio de tono en su obra, un lento proceso de apropiación de un nuevo género a la vez que la despedida de otro: la comedia ligera y sentimental. El tránsito supone asimismo la formulación de un nuevo lenguaje poético, cada vez más hondo, matizado, ambiguo, elíptico y polisémico. Contemporáneo de esa gran tragedia es el portentoso poema *El fénix y el tórtolo*, publicado en 1601 como complemento a *Love's Martyr* de Robert Chester, junto a otras colaboraciones de Ben Jonson o George Chapman. Es un poema breve e incomprensiblemente no suele citarse entre sus obras más destacadas, quizá debido a su hermetismo y a su naturaleza aparentemente excéntrica dentro del canon, pero lo cierto es que es una de sus máximas creaciones, un preludio de la poesía metafísica de John Donne o George Herbert. Su lectura nos sirve para comprobar en qué punto de visionario virtuosismo estaba el estilo de Shakespeare en los albores del siglo XVII. Entre *Hamlet* y *Fénix* parece vislumbrarse entre brumas el paisaje de su obra madura, ese bosque de símbolos, alegorías y tragedias que forman, como un único poema sin fin, *Otelo*, *El rey Lear*, *Macbeth*, *Antonio y Cleopatra*, *Cuento de invierno* o *La tempestad*.

Después de *Hamlet* llegaron, además de las grandes tragedias, las llamadas comedias problemáticas, como *Bien está todo lo que bien acaba* o *Medida por medida*, algo sombrías y alejadas ya de la alegría de sus primeros años de carrera. Sus últimas obras, denominadas «romances» a falta de un nombre propio para el género híbrido que inventó, entreverado de comedia, tragedia y alegoría, destilan una complejidad y una, digamos, luminosa oscuridad que ha llevado a algunos críticos a especular con la posibilidad de que Shakespeare hubiera sido un seguidor de la estética hermética del neoplatonismo renacentista.

Los hechos de su vida durante el periodo de composición del último tramo de su obra son escasos. En 1607 su hija Susanna se casó con John Hall, un médico de Stratford. Aquel mismo año murió su hermano pequeño, el también actor Edmund. Al año siguiente murió su madre y nació su nieta Elizabeth, según hemos visto la última de sus descendientes. En 1603 había muerto la reina Isabel y había subido al trono Jacobo I, que resultó ser un monarca muy propicio para Shakespeare, culto y amante de las artes e impulsor de la nueva Biblia inglesa. Fue también muy partidario del teatro y concedió a los Chamberlain's Men la patente real, convirtiéndolos en los

King's Men, la compañía con la que Shakespeare estrenaría muchas de sus obras maestras y que en 1608 alquiló el teatro de Blackfriars, techado y seguramente más parecido a las salas modernas. Allí cerca, en 1613, Shakespeare compró la única casa que tuvo en Londres, posiblemente, como se decía al principio, como inversión.

La última obra que Shakespeare escribió en solitario fue *La tempestad*, que tiene cierto aire de síntesis, sublimación y despedida de su arte, por mucho que algunos críticos actuales digan que el poeta no pensaba retirarse. Resulta difícil de creer. Es verdad que el Bardo escribiría aún dos obras en colaboración con John Fletcher, un dramaturgo más joven: *Enrique VIII* y *Dos nobles de la misma sangre*; pero se puede considerar que el canon termina con *La tempestad*. Es realmente muy difícil resistirse a interpretar el último monólogo de Próspero, cuando se dirige al público, se despoja de su arte y pide un aplauso liberador, como el adiós del propio Shakespeare a su magia.

Aparte de la colaboración con Fletcher y el incendio del Globe, de los últimos años de vida de William Shakespeare solo sabemos que aparentemente dejó de escribir y que en el momento de su muerte estaba en Stratford, adonde presumimos que se retiró. Murió en 1616, el mismo día de su nacimiento, el 23 de abril, festividad de San Jorge, patrón de Inglaterra. Según una anotación del diario de John Ward, vicario de la iglesia de la Sagrada Trinidad de Stratford, donde el poeta está enterrado, Shakespeare habría muerto de unas fiebres tifoideas contraídas durante una juerga con los poetas Ben Jonson y Michael Drayton. Es verdad que esa entrada de diario fue escrita cincuenta años después de la muerte del Bardo, así que tiene un valor histórico muy relativo, pero al mismo tiempo nos consuela, aunque sea nada más que un instante, de la inevitable ansiedad biográfica.

El acontecimiento más importante acaecido en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Shakespeare fue sin duda la publicación de su teatro completo en el llamado Primer Folio. Fue en 1623, y la edición estuvo al cuidado de los actores John Heminges y Henry Condell, compañeros de Shakespeare desde los tiempos de la Chamberlain's Men y probablemente amigos íntimos.

Nunca les agradeceremos lo suficiente a Heminges y Condell que se tomaran el trabajo de reunir la obra dispersa y pirateada de Shakespeare y trataran de publicarla dignamente. En vida del poeta se habían editado muchas de sus obras en un formato barato, los llamados Cuartos, a veces con el consentimiento de la compañía y otras de manera furtiva y de la mano, muy a menudo, de impresores sin escrúpulos que lanzaban al mercado versiones defectuosas, mutiladas y adulteradas, los llamados «malos cuartos», para diferenciarlos de los «buenos cuartos», impresos en ocasiones por orden de la compañía —que, como hemos visto, ostentaba los derechos de las obras—, para desmentir las versiones divulgadas por los cuartos fraudulentos. Algunas de esas ediciones se vendieron muy bien y con frecuencia las diferencias que

median entre el texto de los diversos cuartos y el texto del Primer Folio son muy difíciles de salvar y desde entonces han llevado de cabeza a muchos editores, como en el caso, por ejemplo, de *El rey Lear*, cuya fijación resulta enormemente problemática.

De las treinta y ocho obras que conforman el canon shakespeariano, nada menos que dieciocho se imprimieron por primera vez en el Primer Folio.^[6] Sin la labor de Heminges y Condell no tendríamos hoy piezas como *Macbeth*, *La tempestad*, *Antonio y Cleopatra*, *El cuento de invierno* o *Cimbelino*. Poco importa que no fueran editores profesionales y dejaran cientos de problemas por resolver y otros tantos irresolubles: su trabajo —que se presume arduo, pues supuso la localización de manuscritos y el cotejo de distintas versiones— es suficiente para que merezcan nuestra devoción perpetua.

El prestigio de Shakespeare, curiosamente, se fue apagando a lo largo del siglo XVII, quizá debido a la decadencia que sufrió el teatro, inducida sobre todo por los ataques de los cada vez más poderosos puritanos, que lo consideraban un entretenimiento pecaminoso y corruptor. El 29 de septiembre de 1662, por ejemplo, Samuel Pepys anotó elocuentemente en su diario: «Después de cenar asistimos al teatro del Rey, donde daban *Sueño de noche de verano*. No la había visto y no la volveré a ver jamás. Es la pieza más insípida y ridícula que existe».^[7] La moderna trascendencia de Shakespeare tardó todavía mucho tiempo en establecerse.

La historia de la construcción crítica de Shakespeare empieza en el siglo XVIII. Se suele considerar la edición de 1709 de Nicholas Rowe como la primera gran contribución a la fijación y la interpretación del corpus shakespeariano. Rowe marcó el camino que seguirían otros eruditos como Edmond Malone o Alexander Pope, que hizo una edición de la obra completa en 1725, luego muy discutida y enmendada. Quien sin duda establece los criterios modernos de Shakespeare, tanto filológicos como críticos, es el Doctor Samuel Johnson, en su edición de 1765. El prefacio —y las notas— de ese trabajo constituyó la primera y más ambiciosa tarea hermenéutica en torno al autor de *Hamlet*. Muchos de los juicios de Johnson han sido luego matizados o aun rebatidos, pero su lectura dictó el gusto del XVIII y su edición preparó el ingreso del Bardo en la modernidad, es decir, en el romanticismo.

El juicio de Johnson, extraordinariamente lúcido, no supone todavía —no podría serlo en ningún caso, viniendo de donde venía— una consagración incondicional. Además de admitir la grandeza del autor, no se priva de señalar los muchos defectos que a su entender tiene Shakespeare como dramaturgo. El romanticismo, en cambio, inauguraría la bardolatría y, a partir de entonces, ya serían contadas las excepciones entre los críticos que se atreverían a relativizar la importancia del poeta.

Se puede trazar una gruesa línea crítica que va desde Coleridge, pasando por Charles Lamb y William Hazlitt, y que desemboca en la lectura victoriana de Swinburne, a su vez puerta de entrada a la efervescencia exegética suscitada por Shakespeare a lo largo de todo el siglo XX, en cuya estela todavía bogamos.

Resulta ciertamente muy difícil tratar de sintetizar la importancia de Shakespeare. Para empezar, hay que decir que contribuyó como ningún otro escritor a la consolidación del inglés como lengua moderna. Como dijo T. S. Eliot, hizo el trabajo de dos poetas, pues a un tiempo simplificó y complicó el idioma, una buena parte de cuyo léxico fue inventado por él. En su teatro conviven armónicamente el estilo elevado y el demótico. En este sentido, hizo lo mismo que Dante por el italiano, es decir, moldear un habla y construirle una casa en la que pudiera habitar. En época de Shakespeare, el inglés estaba todavía en una fase amorfa, no había criterios ortográficos —su propio nombre se escribía de las maneras más variadas y absurdas, y faltaba mucho para que Samuel Johnson pusiera orden con el primer Diccionario—, ni por supuesto gramaticales o sintácticos. La *koiné* cultural era aún el latín, lengua en la que se escribía la teología y la filosofía. Con su prodigiosa intuición, Shakespeare operó en una tierra prácticamente virgen. Y con el eco de Grecia y Roma y la ayuda de algunos predecesores, creó un mundo nuevo.

Los principales antecesores de Shakespeare en su tarea son, por un lado, el medieval Chaucer y, por otro, Edmund Spenser, el poeta isabelino, autor de *La reina de las hadas*, el poema épico de su tiempo. A ellos habría que añadir sin duda el ejemplo de Christopher Marlowe que, según hemos visto, probablemente deslumbró al joven poeta a su llegada a Londres a finales de los años ochenta del siglo XVI. Marlowe creó la moderna tragedia inglesa en obras como *Tamerlán*, *El juicio de Malta*, *Doctor Fausto* o *Eduardo II* y elevó el verso blanco a la categoría dramática que aún no tenía. El *blank verse* —verso contado pero no rimado—, el principal instrumento de Shakespeare (aunque no el único, pues a menudo, y no solo en la poesía, utilizó la rima y otros metros) no fue un invento de Marlowe ni de Shakespeare sino de Henry Howard, conde de Surrey, en su traducción parcial de la *Eneida*, publicada en 1554, de tal modo que la herramienta principal del Bardo se forjó según un modelo latino, como tantos otros elementos de su estética.

Tampoco la tragedia inglesa fue una ocurrencia de Marlowe. La historia del teatro inglés hunde sus raíces en la noche medieval, concretamente en la liturgia de la Iglesia, de la que se derivó el drama religioso, especialmente en los llamados milagros y en las moralidades, piezas edificantes y alegóricas sobre asuntos como el amor divino, la muerte o la resurrección. Tras ello, el drama, tanto en la comedia como en la tragedia, sufre un lento proceso de secularización bajo la disciplina clásica, con traducciones e imitaciones de autores latinos, principalmente, como Terencio, Plauto y, sobre todo, Séneca. El modelo senequista provocó una doble alteración: por un lado permitió el tratamiento de motivos seculares a la manera del viejo drama sacro y por otro propició la aparición de un teatro que aunaba a un tiempo lo artístico y lo popular. Y es precisamente ahí donde llega Shakespeare para llevar el género a su apoteosis y, con ello, a su extinción.

Cada generación tiene su propia lectura crítica de los clásicos en general y de Shakespeare en particular. Nosotros, en buena medida, todavía hablamos críticamente el lenguaje de los románticos, es decir, nuestra consideración de Shakespeare es aún deudora del método y del sistema de ideas con que el romanticismo revistió a Shakespeare para convertirlo en un espejo de ellos mismos y en un ejemplo de la literatura que trataban de llevar a cabo. No es casual que el crítico shakespeariano por excelencia de la segunda mitad del siglo xx, Harold Bloom, haya sido también el mejor intérprete del romanticismo. Su entronización de Shakespeare como centro del canon es de cuño netamente romántico.

Del otro lado, a principios del siglo xx, surgió una crítica que reaccionó contra esos postulados, una corriente que creía necesario restaurar el horizonte moral en que se había gestado la obra de Shakespeare para comprenderla cabalmente. Si los románticos, por así decirlo, habían arrancado a los personajes del argumento —si habían segregado el carácter de la acción— y se habían apropiado de los monólogos shakespearianos como precursores de su propia idea del monólogo dramático y de su particular concepción poética, sin tener en cuenta el código moral, social y político con que esas obras se habían construido y que el público de su tiempo compartía y entendía, estos otros críticos, en cambio, pedían una restitución de esas categorías y una reinserción de los personajes en su mundo: entender a Falstaff de acuerdo con el sentido de honor de la época, reconocer que Hamlet sabe que está infringiendo la ley o que Yago es muy consciente de su malignidad y de la transgresión que está cometiendo. Desde entonces, toda la crítica shakespeariana se ha movido entre esos dos polos aparentemente irreconciliables. ¿Con cuál quedarnos? Es verdad que la lectura romántica es excesiva, partidista y excesivamente psicológica, pero no es menos cierto que la tentativa de restauración del horizonte moral es muy difícil y problemática, si no imposible. Sin duda es factible averiguar algunos de los presupuestos morales de los isabelinos y arrojar así otra luz en los personajes y las tramas shakespearianas, pero al mismo tiempo nos topamos con el problema de que una buena parte del trasfondo intelectual, espiritual, filosófico, ético y moral — pensemos sobre todo en los llamados romances— se ha perdido para siempre y no podemos sino conjeturarlo. Por otro lado, todo ejercicio crítico tiene siempre algo de subversión, de traición al alma original de la obra. La historia de la transmisión literaria es una cadena de lecturas aviesas, interesadas, amoldadas al propio tiempo, que denuncian precisamente la naturaleza proteica del clásico, de lectura infinita. El camino opuesto, el del estricto respeto al aura prístina de la obra, es el de la filología, enormemente necesaria y loable, pero que, sin el complemento de la interpretación, conduce al silencio y la esterilidad. Habría que preguntarse si no es lo que ha ocurrido en España, por ejemplo, con Cervantes, cuya obra no ha suscitado entre nosotros el corpus hermenéutico que soporta ya Shakespeare, sino tan solo una retahíla de ediciones críticas, todas admirables, eso sí.

Y ya puestos en tesitura romántica, habría que aludir, para terminar, a la gran

cuestión que late en toda la obra de Shakespeare. Se ha dicho desde diversos frentes que la modernidad del Bardo radica en que acierta a formular una visión del mundo desacralizado, que Hamlet, por ejemplo, escenifica en sí mismo la irrupción de la conciencia del Renacimiento, una idea ciertamente saturada de romanticismo. Quizá lo que ocurre —y por eso su lectura es eterna— es que más que un mundo desacralizado, lo que Shakespeare convoca en su obra es algo así como un oxímoron espiritual, una imposible conciliación entre el viejo mundo de la religión, la superstición y el teocentrismo y el nuevo mundo del humanismo, la razón y la trascendencia secular. Hamlet, pues, no sería tanto un embajador del Renacimiento cuanto una conciencia escindida entre dos universos, aquel de su padre que se aleja y el nuevo de su hora que apenas acierta a entender y por el que sin embargo muere: lo mismo que nos ocurre a todos nosotros ahora, en este comienzo del siglo XXI.

ANDREU JAUME

LA COMEDIA DE SHAKESPEARE

Cuando hoy en día pensamos en Shakespeare, instintivamente le consideramos el autor de grandes tragedias como *Hamlet*, *El rey Lear* o *Macbeth*; sin embargo, no ha sido siempre así. En el prefacio a su edición de 1765, el Doctor Samuel Johnson considera que Shakespeare es sobre todo un gran comediógrafo. Vale la pena reproducir sus palabras:

Shakespeare daba rienda suelta a su temperamento natural y este lo condujo hacia la comedia. En cuanto a la tragedia, a menudo parece escribir con gran esfuerzo y aplicación, pero con resultados poco afortunados. Sin embargo, en sus escenas cómicas parece crear sin esfuerzo lo que ningún esfuerzo mejoraría. En la tragedia está continuamente buscando la mínima oportunidad para lo cómico, mientras que en la comedia parece solazarse, si no abandonarse, en una manera de pensar más en consonancia con su propia naturaleza. En sus escenas trágicas siempre falta algo, pero sus comedias a menudo superan nuestros anhelos y expectativas. De su comedia nos placen las reflexiones y el lenguaje, y de su tragedia, en mayor medida, los hechos y la acción. Su obra trágica parece fruto de la habilidad; la cómica, del instinto. [8]

Aunque buena parte de las aseveraciones que hace aquí Johnson han caducado y están muy determinadas por una concepción de la literatura como disciplina edificante, muy de la época, el juicio nos ayuda a corregir nuestra actual miopía a la hora de valorar las comedias en el canon shakespeariano. En primer lugar, es muy verdad, como subraya Johnson, que Shakespeare parece tener un irrefrenable instinto para la comedia y que incluso en sus tragedias más tenebrosas hay golpes de humor inesperados. Y hay una figura que le acompaña en todos los géneros como encarnación de esa ineludible conciencia cómica: el bufón, contrafigura del poder. Por otra parte, Shakespeare fue un dramaturgo que, antes de probar con la tragedia, género que posiblemente le intimidaba, se curtió en la comedia ligera y sentimental, donde se sentía a sus anchas y que le sirvió para templar su voz, experimentar y proponerse nuevos retos, al tiempo que se hacía un hueco en la escena de Londres, hegemoníamente dominada, según hemos visto, por la figura rutilante de Christopher Marlowe.

La clasificación de la obra de Shakespeare en géneros crea numerosos problemas. Se trata de una tradición heredada del Primer Folio, que a su vez incorporó, si bien con un criterio muy laxo, categorías de orden aristotélico, pero lo cierto es que más que ayudar, complica aún más las cosas. Shakespeare se atuvo muy pocas veces a las reglas clásicas de los géneros y lo que hizo —y con mayor libertad a medida que engordaba su obra— fue siempre mezclarlos, violentarlos y subvertirlos, hasta el

punto de crear un género híbrido, como los llamados romances de su etapa final, de los que quizá *La tempestad* sea el epítome.

A ese instinto natural por lo cómico, más que por la comedia, quizá contribuyó el hecho de que Shakespeare, en la escuela, pronto se familiarizó con los dos grandes comediógrafos latinos, Plauto y Terencio. De hecho, una de sus más tempranas comedias —para algunos incluso su primera obra—, *La comedia de los errores*, es una adaptación de *Menaechmi* de Plauto. Anthony Burgess, el novelista que con más gusto y gracia habló de Shakespeare en el siglo pasado, propuso una hipótesis muy imaginativa y brillante: alguien le encargó una traducción de esa obra de Plauto y al hacerlo se aburrió y no pudo evitar inventar algo propio. Y aunque esta no es sino una idea de novelista, ilustra muy claramente lo que pudo haber sido el aprendizaje de Shakespeare, un constante juego de imaginación y experimentación con el molde de los clásicos.^[9]

En el presente volumen se incluyen obras a veces muy dispares entre sí y otras que solo con muchas dosis de buena fe pueden considerarse hoy día comedias. Tradicionalmente, se solía considerar comedia a toda obra que no terminaba mal, de hecho algunas siguen un esquema similar: se presenta una situación complicada, a menudo casi trágica, que acaba por resolverse en un final feliz o, como mínimo, en una restitución del orden trastornado al principio. Esa es la premisa que obliga a incluir aquí una obra como *El mercader de Venecia*, con la que Shakespeare bien pudo hacer una de sus grandes tragedias.

Podríamos dividir este corpus cómico en dos grandes apartados. El primero englobaría a las comedias más tempranas, *Los dos caballeros de Verona*, *La comedia de los errores* y *La doma de la fiera*. Y el segundo a las comedias más sofisticadas o complejas, como *Trabajos de amor en vano*, *Sueño de noche de verano*, *Mucho ruido y pocas nueces*, *Como les guste* y *Noche de Epifanía*. Quedarían aisladas *El mercader de Venecia*, por las razones aducidas, y *Las alegres casadas de Windsor*, una obra menor, al parecer escrita en muy poco tiempo por capricho de la reina Isabel, que se enamoró del personaje de Falstaff en *Enrique IV*. Como dijo W. H. Auden, quizá es mejor escuchar la ópera que de ella hizo Verdi que leerla.^[10]

El primer grupo se caracteriza por la sencillez y la alegría del lenguaje, cierta ingenuidad y la imitación de los citados modelos latinos que, a su vez, ayudaron a conformar la comedia italiana del siglo XVI, tanto la más sofisticada, la llamada *commedia erudita* —que atrajo a autores como Maquiavelo y Ariosto— como la *commedia dell'arte*, más libre e improvisada. Hay que tener en cuenta que, en la época isabelina, Italia era estéticamente el país de referencia. Por ello tantas obras de Shakespeare que no son dramas históricos transcurren en Italia, aunque sea un país tan inventado como para que Milán tenga mar, como ocurre en *La tempestad*. Sea como sea, en esta primera época, Shakespeare se limita a complicar las tramas habituales de la comedia italiana y latina: suplantaciones de identidad, confusiones producidas por hermanos gemelos, un tópico que Shakespeare lleva casi al absurdo

en *La comedia de los errores* al añadir dos gemelos más al original de Plauto. Los asuntos abordados son siempre el amor y el deseo, aunque también asoman ya, apenas abocetados, otros motivos que luego serán dominantes en la obra shakespeariana: la muerte, principalmente, pero también el exilio, el poder, la venganza, así como todos los conflictos derivados de las relaciones familiares.

En la segunda clasificación nos encontramos obras ya más maduras y complejas. Aunque se suele fechar como contemporánea de *La doma de la fiera*, es decir, escrita hacia 1594, resulta bastante dudoso que *Trabajos de amor en vano* sea tan temprana, dada la enorme sofisticación y complejidad del estilo, una verdadera fiesta del lenguaje. Casi parece cercana a la composición de *Noche de Epifanía*, la más tardía de todas las obras reunidas en este volumen y sin duda la más elaborada. Quizá lo que conocemos fue una reescritura de una versión anterior, hoy perdida.

En todas estas obras, Shakespeare abunda en los motivos de las primeras comedias sentimentales pero ya con un grado muy superior de complejidad, sutileza y ambigüedad. En *Trabajos de amor en vano*, con la excusa de contar las tribulaciones de unos amigos que, bajo la dirección del rey de Navarra, deciden renunciar a las mujeres para dedicarse al estudio, propósito en el que fracasan estrepitosamente, Shakespeare despliega, como decíamos, toda su capacidad lírica hasta hacer del sentido una pura cuestión musical. Es obvio que la obra está plagada de bromas privadas cuya clave se ha perdido para siempre, pero eso, lejos de anular nuestro disfrute, le añade un placer distinto al que el autor no aspiraba y que a su vez prefigura algo de la poesía simbolista. No es de extrañar que Thomas Mann, en su *Doktor Faustus*, imaginara al músico Adrian Leverkühn componiendo una ópera basada en esa comedia. Hubiera sido algo colosal.

A la confusión de identidades, Shakespeare va añadiendo poco a poco, como apuntábamos, motivos más personales como el exilio y el destierro, una idea que atraviesa toda su obra y culmina en la isla de Próspero de *La tempestad*. Y en su comedia quizá más popular, *Sueño de noche de verano* —algo así como el negativo cómico de *Romeo y Julieta*—, Shakespeare eleva lo que será también una seña de identidad durante toda su carrera: el teatro dentro del teatro, el tópico según el cual el mundo es un escenario y los hombres no son sino actores. Se trata, como tantas otras cosas en la literatura del Renacimiento, de un lugar común de origen latino —muy presente también en el Barroco español—, pero Shakespeare lo convirtió en una leyenda propia. Hay, por ejemplo, un largo monólogo en *Como les guste* que desarrolla majestuosamente ese concepto.^[11] Y el personaje de Membrillo (o Quince), el autor y director de la obra que en *Sueño de noche de verano* se representa ante Hipólita y Teseo, es una prefiguración de Próspero e incluso de Hamlet cuando hace de autor y director de *La ratonera*, otra obra dentro de la obra. Shakespeare parece así explorar todas las posibilidades del género a la vez que busca la extenuación de la naturaleza metafórica de su poesía, en un juego de espejos, sombras e ilusiones en el que se cifra la esencia de la condición humana.

A lo largo de todas estas comedias, Shakespeare empezó a jugar con una idea que parece hilvanar secretamente su obra completa: el doble. Casi se diría que el juego inocente de las primeras comedias, con las confusiones producidas por gemelos y demás equívocos, echó a rodar una obsesión que se fue matizando y oscureciendo hasta convertirse en el símbolo universal y secreto de su mundo. Hay en todo el canon una constante alusión a opuestos como sombra y sustancia, imagen y reflejo, luz y oscuridad, hipostasiados de algún modo en una característica de orden estilístico muy suyo: la hendíadis y el oxímoron, que parecen querer representar verbalmente esa subterránea fijación que es a la vez plástica, conceptual y musical y cuya síntesis quizá se encuentre en el poema *El fénix y tórtolo*, donde las variaciones en torno al doble le sirven para entonar uno de los más bellos poemas de amor jamás escritos, quién sabe si clave o álgebra de toda su obra.

Por último, hay que apuntar que la comedia, dataciones aparte, supone para Shakespeare, de un modo bastante diáfano además, una primera escuela, algo así como el examen de ingreso en la gran tragedia y en los romances. Ya hemos comentado cómo Shakespeare, a lo largo de las últimas décadas del siglo XVI, trata de escapar del influjo y el magisterio de Marlowe, algo que solo pudo conseguir a través del género cómico. No es casual que en algunas de estas obras, como en *Las alegres casadas de Windsor* o en *Como les guste*, haya referencias explícitas —y se trata de un caso muy raro en toda su obra— a obras de Marlowe, a su poema *Hero y Leandro*, por ejemplo. Todas las tragedias históricas contemporáneas de las comedias, como los tres *Enrique VI*, *Ricardo III* o *Ricardo II*, son aún demasiado deudoras del autor de *Tamerlán*. La primera obra que no es propiamente una comedia pero donde Shakespeare empieza ya a ser él mismo, a solas, es *Enrique IV*, cuyo personaje principal, el inmenso sir John Falstaff, es sin embargo una criatura nacida al calor de la frecuentación de la comedia. Podríamos decir que en *Enrique IV* Shakespeare demuestra su maestría como comediógrafo a la vez que explora ya con pulso más seguro las ciénagas de la tragedia.

El momento del gran tránsito se produjo a principios del siglo XVII, en pleno ocaso isabelino, con la creación de *Hamlet*. En esa obra se dirimen probablemente muchas cosas de honda importancia para el dramaturgo, pero ahora solo nos interesa una de ellas. Cuando en el acto último aparecen los enterradores (llamados significativamente *clowns*, «patanes» según la traducción de Tomás Segovia) asistimos en realidad a una pequeña comedia, casi un entremés, antes del trágico desenlace. Hamlet escucha el diálogo jocoso de los enterradores, sin saber además que van a enterrar a Ofelia. Recordemos ahora que, después de *Hamlet*, Shakespeare probablemente ya no escribió más comedias a la manera en que lo había hecho en el siglo XVI. Y cuando lo intente, el resultado será mucho más complejo y sombrío, como es el caso de *Bien está todo lo que bien acaba* o *Medida por medida*, llamadas a veces *problem plays*, «obras problemáticas», por lo que se incluyen en el volumen de romances y no aquí. Hamlet empieza luego a hablar con uno de los patanes y le

pregunta de quién es una de las calaveras que sujeta, que resulta ser de Yorick, el viejo bufón de la corte de su padre y por tanto un personaje esencial en la felicidad de su infancia. El parlamento de Hamlet es bien conocido:

Déjame ver. Ay, pobre Yorick; yo lo conocí, Horacio, un sujeto de una gracia infinita, de excelente fantasía; me llevó en su espalda mil veces; y ahora qué aborrecible parece en mi imaginación; se me hace un nudo en la garganta de pensarlo. De aquí colgaban esos labios que besé no sé cuantas veces. ¿Dónde están tus bromas? ¿tus piruetas? ¿tus canciones? ¿tus chispas de diversión que solían provocar carcajadas de toda la mesa? ¿No hay ahora ninguna para burlarte de tu propia gracia?^[12]

A la luz de los que hemos comentado, estas palabras de Hamlet podrían leerse como una despedida del autor al mundo desenfadado, ingenuo y feliz de su juventud, a esa instintiva y alegre facilidad con que escribía comedias sentimentales y ligeras y cuya música ya no podría cantar nunca más. Del mismo modo, el entierro de Ofelia es a la vez el funeral de toda la galería de inolvidables y encantadores personajes femeninos que desfilan por las páginas de este volumen, al tiempo que en las cuencas vacías de Yorick empieza ya a sentirse la fría oscuridad de las grandes tragedias.

A. J.

SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición, meramente divulgativa, abriga la intención de ofrecer al lector en español del siglo XXI una obra completa de Shakespeare para su propio tiempo. Para ello, se ha llevado a cabo una selección de las mejores traducciones disponibles en castellano con dos criterios: que las traducciones fueran todas de la segunda mitad del siglo XX y que respetaran la diferencia entre verso y prosa, un requisito fundamental para la comprensión cabal de Shakespeare, quien utiliza los más variados registros estilísticos en su obra. El instrumento característico del verso shakespeariano es el llamado pentámetro yámbico —cinco acentos fuertes en sílaba par— con el que el autor juega y experimenta a lo largo de toda su obra. Cada traductor elige una solución distinta para adaptar ese metro al castellano, desde la opción más clásica, el endecasílabo yámbico, hasta el verso de ritmo endecasilábico pero de metro variable, el verso irregular o la versión rítmica. Y aunque en Shakespeare predomina el verso blanco, también es verdad que a menudo acude a la rima, regla que asimismo se ha observado en estas versiones.

Al tratarse de una edición divulgativa, se han eliminado todas las notas que no fueran estrictamente necesarias, y se han dejado solo aquellas referidas a cuestiones de traducción.

Los criterios de división de escenas, entradas y acotaciones se han unificado de acuerdo a la siguiente edición: *The Oxford Shakespeare. The Complete Works*, Stanley Wells y Gary Taylor, eds. (Oxford, Oxford University Press, 1988), aunque no se ha considerado necesario, dada la naturaleza de nuestro texto, mantener los corchetes que en esa edición indican las acotaciones o las entradas que son añadidos de ediciones modernas.

A. J.

CRONOLOGÍA APROXIMADA DE LA OBRA DE SHAKESPEARE

AÑO	OBRA
1589-1590	<i>Enrique VI, parte primera</i>
1590-1591	<i>Enrique VI, parte segunda</i>
1590-1591	<i>Enrique VI, parte tercera</i>
1592-1593	<i>Ricardo III</i>
1592-1593	<i>Los dos caballeros de Verona</i>
1592-1593	<i>Venus y Adonis</i>
1593	<i>La comedia de los errores</i>
1593-1609	<i>Sonetos y Lamento de una amante</i>
1593-1594	<i>La violación de Lucrecia</i>
1593-1594	<i>Tito Andrónico</i>
1593-1594	<i>La doma de la fiera</i>
1594-1595	<i>Trabajos de amor en vano</i>
1594-1596	<i>El rey Juan</i>
1595	<i>Ricardo II</i>
1595-1596	<i>Romeo y Julieta</i>
1595-1596	<i>Sueño de noche de verano</i>
1596-1597	<i>El mercader de Venecia</i>
1596-1597	<i>Enrique IV, parte primera</i>
1597	<i>Las alegres casadas de Windsor</i>
1598	<i>Enrique IV, parte segunda</i>
1598-1599	<i>Mucho ruido y pocas nueces</i>
1599	<i>Enrique V</i>
1599	<i>Julio César</i>
1599	<i>Como les guste</i>
1600-1601	<i>Hamlet</i>

1601	<i>El fénix y el tórtolo</i>
1601-1602	<i>Noche de Epifanía o Lo que queráis</i>
1601-1602	<i>Troilo y Crésida</i>
1602-1603	<i>Bien está todo lo que bien acaba</i>
1604	<i>Medida por medida</i>
1604	<i>Otelo</i>
1605	<i>El rey Lear</i>
1606	<i>Macbeth</i>
1606	<i>Antonio y Cleopatra</i>
1607-1608	<i>Coriolano</i>
1607-1608	<i>Timón de Atenas</i>
1607-1608	<i>Pericles, príncipe de Tiro</i>
1609-1610	<i>Cimbelino</i>
1610-1611	<i>Cuento de invierno</i>
1611	<i>La tempestad</i>
1612-1613	<i>Enrique VIII</i>
1613	<i>Dos nobles de la misma sangre</i>



LOS DOS CABALLEROS DE VERONA

*versión de
Pablo Armando Fernández*

No se ha podido datar con exactitud, aunque probablemente fue escrita a principios de la década de 1590, entre 1592 y 1593. El texto impreso más temprano es el que aparece en el Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

DUQUE de Milán, padre de Silvia.

PROTEO, caballero de Verona.

VALENTÍN, caballero de Verona.

ANTONIO, padre de Proteo.

TORIO, grotesco rival de Valentín.

EGLAMUR, auxiliar de Silvia en su evasión.

RELÁMPAGO, criado gracioso de Valentín.

LANZA, criado gracioso de Proteo.

PANTINO, criado gracioso de Antonio.

POSADERO, donde Julia se aloja en Milán.

BANDIDOS, tres compañeros de Valentín.

JULIA, amada de Proteo.

SILVIA, amada de Valentín.

LUCÍA, doncella de Julia.

Criados, músicos.

Escena: Verona, Milán y fronteras de Mantua.

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran VALENTÍN y PROTEO.

VALENTÍN Deja de persuadirme, mi querido Proteo.

La juventud recluida en casa tiende
siempre a gozar de juicios caseros.
Si no fuera que un querer encadena tu tierna mocedad
a las miradas dulces de tu noble amada,
preferiría pedirte me acompañes a ver las maravillas
del mundo que verte vivir amodorrado en casa,
agotando tu juventud con un ocio sin forma.
Mas ya que amas, continúa amando, y que tu amor florezca
como yo desearía para mí, cuando comience a amar.

PROTEO ¿Así que te marchas? Querido Valentín, ¡adiós!

Recuerda a tu Proteo cuando en tu viaje encuentres
al azar algún objeto raro, digno de atención.
Deséame que participe de tu felicidad
cuando te asista la buena suerte; y en el peligro
—si alguna vez el peligro te acecha—
confía tus infortunios a mis santas plegarias;
porque seré tu intercesor, Valentín.

VALENTÍN ¿Y rogarás por mi éxito en un devocionario?

PROTEO En cierto libro que amo rogaré por ti.

VALENTÍN Eso está en algún cuento trivial de amor profundo cómo el joven Leandro
cruzó a nado el Helesponto.

PROTEO Es la profunda historia de un amor aún más profundo pues por amor
Leandro se hundió hasta los tobillos.

VALENTÍN Es cierto, porque tú estás enamorado hasta las botas; aunque nunca
cruzaste a nado el Helesponto.

PROTEO ¿Hasta las botas? De ningún modo, no me des un botín con lo que botas.

VALENTÍN No, no lo haré; los botes de nada te valdrían.

PROTEO ¿Qué?

VALENTÍN Enamorarse, donde el desprecio se compra con lamentos,
las tímidas miradas con suspiros de dolor,
un momento efímero de gozo
a cambio de veinte noches tediosas,
de desvelos y hastíos. Si por acaso triunfas,
quizá sea una miseria cuanto obtengas;
si pierdes, habrás ganado una labor penosa;
de cualquier modo, tan sólo una locura, comprada con ingenio,
o bien una ilusión por la locura derrotada.

PROTEO De acuerdo con tu parecer me llamas loco.

VALENTÍN De acuerdo con el tuyo, temo que pruebas serlo.

PROTEO Es del amor que te burlas. Yo no soy el Amor.

VALENTÍN El amor es tu amo, pues te domina,
y quien permite que un loco lo subyugue
no merece, creo yo, que se le acepte por cuerdo.

PROTEO Sin embargo, los escritores dicen:
«Tal como el cancro voraz se alberga
en el capullo más fragante, el amor más venático
se aloja en los ingenios más agudos».

VALENTÍN Y los escritores dicen: «Como el capullo más precoz
antes de abrirse es devorado por el cancro,
así la inteligencia más joven y tierna
por el amor enloquece, marchitándose en flor,
perdiendo su primaveral frescura
y todos los bienes favorables de esperanza futura».
Pero ¿a qué perder el tiempo en aconsejarte
si eres un apasionado devoto del deseo?
Adiós una vez más. Mi padre, ya en camino,
me espera para verme embarcar.

PROTEO Y hasta allí te llevaré, Valentín.

VALENTÍN No, querido Proteo. Despidámonos ahora.
En Milán, por cartas hazme saber de ti,
de tus éxitos en el amor, y de cuanto de interés
ocurra aquí en ausencia de tu amigo;
y yo también te visitaré con mis misivas.

PROTEO ¡Que toda dicha te espere en Milán!

VALENTÍN Lo mismo te deseo aquí en casa; así pues, adiós.

Sale.

PROTEO Él va en pos de la honra, yo del amor.

Él deja a sus amigos para honrarlos más;
yo, por amor, me abandono a mí mismo,
a mis amigos y todo.

Julia, tú me has metamorfoseado,
me has hecho desdeñar los estudios, perder mi tiempo,
oponerme a los consejos sabios,
tener el mundo en nada;
con ilusiones has debilitado mi inteligencia
y has enfermado mi corazón con mientes.

Entra RELÁMPAGO.

RELÁMPAGO Señor Proteo, salud. ¿Ha visto a mi amo?

PROTEO Acaba de partir para embarcarse hacia Milán.

RELÁMPAGO Veinte contra uno, entonces, que ya se ha embarcado y yo al perderle
me he portado como un carnero.

PROTEO Es cierto que a menudo el carnero se extravía
si el pastor se distancia por un rato.

RELÁMPAGO ¿Deduce usted que mi amo es un pastor y yo soy un carnero?

PROTEO Claro.

RELÁMPAGO Vaya, por lo tanto, mis cuernos son sus cuernos, vele yo o duerma.

PROTEO Una respuesta infeliz y propia de un carnero.

RELÁMPAGO Eso prueba que aún soy un carnero.

PROTEO Cierto, y tu amo es un pastor.

RELÁMPAGO No, eso tengo una razón para negarlo.

PROTEO Resultará difícil, pero yo lo probaré con otra.

RELÁMPAGO El pastor busca al carnero y no el carnero al pastor. Pero yo busco a mi
amo y mi amo no me busca; luego, no soy un carnero.

PROTEO El carnero, por un poco de forraje sigue al pastor; el pastor para comer no
sigue al carnero. Tú, por un salario, sigues a tu amo, tu amo no te sigue.
Luego, el carnero eres tú.

RELÁMPAGO Otra prueba como esa y me hará usted balar «beee».

PROTEO Pero ¿me escuchas? ¿Entregaste mi carta a Julia?

RELÁMPAGO Sí, señor. Yo, un cordero descarriado, le entregué su carta a ella, una oveja enlazada con encajes, y ella, oveja enlazada, nada dio por su trabajo al carnero descarriado.

PROTEO Hay poco pasto aquí para tantos carneros.

RELÁMPAGO Si el coto está sobrecargado, sería mejor atar la oveja.

PROTEO No, en eso estás descarriado. Sería mejor acabar de liquidarte.

RELÁMPAGO No, señor, me conformaría con menos de una libra por haber entregado su carta.

PROTEO Te equivocas. Quiero decir, nada te libra del encierro en un corral.

RELÁMPAGO ¿Dares y tomares? Vaya atadura. Dóblelos una y otra vez; un triplo es poca cosa por llevarle la carta a su amada.

PROTEO Pero ¿qué dijo ella?

RELÁMPAGO (*Asiente, luego dice.*) Sí.

PROTEO Eso ¿qué es? ¿Nada?

RELÁMPAGO Me ha malentendido, señor. Dije que ella cabeceó y usted me preguntó qué significaban esas señas y yo respondí con un «Sí».

PROTEO Y eso, hecho y dicho a la vez, significa «nada».

RELÁMPAGO Bien, se ha impuesto usted el castigo de ordenar mis actos. Acéptelo como castigo.

PROTEO No, no. Lo tendrás tú por llevar la carta.

RELÁMPAGO Bien, advierto que debo resignarme a sobrellevarlo.

PROTEO ¡Qué!, señor, ¿cómo me sobrelleva usted?

RELÁMPAGO ¡Santísima! La carta, señor, muy tranquilamente, visto que por mis tormentos sólo he recibido «nada».

PROTEO Que me maldigan si no tienes un ingenio muy activo.

RELÁMPAGO Sin embargo no es lo bastante rápido para alcanzar su lenta bolsa.

PROTEO Acércate, acércate, suelta la lengua. ¿Qué te dijo ella?

RELÁMPAGO Abra su bolsa, para que se entreguen a una el dinero y el recado.

PROTEO (*Dándole dinero.*) Bien, señor, esto es por tu trabajo. ¿Qué dijo ella?

RELÁMPAGO En verdad, señor, creo que le será muy difícil conquistarla.

PROTEO ¿Cómo? ¿Tanto pudiste percibir de ella?

RELÁMPAGO Señor, no pude percibir de ella nada, ni siquiera un ducado por entregarle la carta. Y siendo tan dura conmigo, que le llevé su pensamiento, temo que pruebe ser lo mismo de dura con usted cuando se lo abra. De regalo solo dele piedras, porque es tan dura como el acero.

PROTEO ¿Qué te dijo? ¿Nada?

RELÁMPAGO No, ni tanto como «Toma esto por tu trabajo». Para dar fe de su generosidad, agradezco las monedas que acaba de otorgarme, en pago de lo cual, en adelante, dígnese llevar sus cartas usted mismo. Y así, señor, le encomendaré a mi amo.

Sale.

PROTEO Vete, vete a librar del naufragio tu barco,
que teniéndote a bordo no perecerá,
pues estás destinado a una muerte más seca en tierra firme.
Yo he de enviar mensajeros más aptos.
Temo que Julia rechazaría mis cartas
recibiéndolas de un cartero tan indigno.

Sale.

ESCENA II

Entran JULIA y LUCÍA.

JULIA Dime, Lucía, ahora que estamos solas,
¿me aconsejarías caer en brazos del amor?

LUCÍA Sí, señora, pues así no tropezaría por descuido.

JULIA De todos los caballeros nobles
que me cortejan a diario,
¿cuál es en tu opinión el más digno de amor?

LUCÍA Repítame sus nombres, le ruego, y le diré lo que pienso
según mi pobre y chato entendimiento.

JULIA ¿Qué piensas del apuesto sir Eglamur?

LUCÍA Es un caballero que habla bien, pulcro y refinado,
pero de estar yo en su lugar, nunca sería mío.

JULIA ¿Qué piensas del rico Mercacio?

LUCÍA Bien de su riqueza, pero de él poca cosa.

JULIA ¿Qué piensas del gentil Proteo?

LUCÍA ¡Ay, Dios mío, Dios! ¡Hay que ver cómo nos rige la locura!

JULIA ¿Qué te pasa? ¿Qué es esa pasión de sólo oír su nombre?

LUCÍA Perdóneme, querida señora, para mí es una vergüenza,
que yo, insignificante como soy,
me preste a juzgar a caballeros tan amables.

JULIA ¿Y por qué no a Proteo como a los demás?

LUCÍA Pues... creo que es el mejor entre muchos buenos.

JULIA ¿Tus razones?

LUCÍA No tengo otra que la razón de una mujer
creo que él es así porque así lo creo.

JULIA ¿Y me aconsejarías darle mi amor?

LUCÍA Sí, si no piensa que es un desperdicio.

JULIA De todos, es el único que nunca me ha conmovido.

LUCÍA Sin embargo, yo creo que es él quien mejor la ama.

JULIA Su parquedad en el hablar muestra que su amor es poco.

LUCÍA El fuego concentrado abrasa mucho más y mejor.

JULIA Los que no saben expresar su amor no aman.

LUCÍA Ah, menos aman los que hacen a los demás
confidentes de su amor.

JULIA Me gustaría saber lo que piensa él.

LUCÍA (*Entregándole la carta de PROTEO.*) Lea este papel, señora.

JULIA «A Julia.» Dime, ¿de quién es?

LUCÍA El contenido se lo mostrará.

JULIA Dime, dime, ¿quién te la dio?

LUCÍA El paje del caballero Valentín, y pienso que la envió Proteo.
Él se la hubiera dado a usted, pero hallándome allí
la recibí en su nombre. Perdóneme la falta, se lo ruego.

JULIA Pues, por mi recato, que eres una intermediaria espléndida.
¿Te atreves a recibir cartas de amor?
¿A conspirar en secreto contra mi juventud?
Créeme, este es un empleo de gran valía,
y tú una empleada digna del puesto.
Toma el papel.

Le entrega la carta a LUCÍA.

Asegúrate que será devuelto;
de lo contrario no vuelvas a presentarte ante mí.

LUCÍA Abogar por el amor merece mejor pago que el odio.

JULIA ¿Te largarás?

LUCÍA Para que pueda usted reflexionar.

Sale.

JULIA Y, sin embargo, hubiese querido leer la carta.
Me avergüenza pedirle a Lucía que regrese
y rogarle que me ayude a cometer
una falta por la cual la he reprendido.
Qué necia es Lucía; sabe que soy doncella,
no quiso obligarme a leer la carta;
pues las doncellas por pudor dicen «No»
a aquello que anhelan se interprete por «Sí».
Basta, basta, qué irracional y arrevesado es este amor
que araña a su nodriza como un bebé quisquilloso
y enseguida, todo humildad, besa la vara.
Qué rudamente reprendí a Lucía y la eché de aquí
cuando de buena gana la habría hecho quedarse.
Con cuánta rabia fruncí el ceño
cuando mi corazón por dentro sonreía de gozo.
Mi castigo será llamar a Lucía de nuevo
y pedirle perdón por mi anterior locura.
¡Eh, Lucía! ¡Lucía!

Entra LUCÍA.

LUCÍA ¿Qué desea, la señora?

JULIA ¿Es ya la hora de comer?

LUCÍA ¡Ojalá fuera!,
así podría descargar su furia en lo que come
y no en su sirvienta.

Deja caer la carta y la recoge.

JULIA ¿Qué es eso
que recogiste tan cautelosamente?

LUCÍA Nada.

JULIA Entonces, ¿por qué te agachaste?

LUCÍA Para recoger un papel que dejé caer.

JULIA ¿Y ese papel no es nada?

LUCÍA Nada que me concierna.

JULIA Entonces, déjalo en el suelo
para que lo recoja la interesada.

LUCÍA Señora, quien se interese en él no hallará engaño,
a menos que no sea una intérprete sincera.

JULIA Alguien que la ama le ha escrito en versos.

LUCÍA Para que pueda cantarlos siguiendo una tonada,
deme una nota, señora. Usted puede empezar.

JULIA Apenas me es posible aplicarme a ese juego.
Puedes cantarlo al compás de *Luz del amor*.

LUCÍA Es demasiado grave para una tonada tan ligera.

JULIA ¿Grave? Probablemente, ¿entonces tiene un estribillo?

LUCÍA Sí, y melodioso. ¿Lo cantarías usted?

JULIA ¿Y por qué no tú?

LUCÍA Mi voz no llega.

JULIA Déjame ver esa canción.

Trata de agarrar la carta.

¡Pues qué, mi niña!

LUCÍA Mantenga el tono y podrá cantarla.

Pero creo que ese tono no me gusta.

JULIA Conque no...

LUCÍA No señora, es demasiado agudo.

JULIA Y tú, niña, eres demasiado respondona.

LUCÍA No, ahora canta demasiado bajo,
y estropea la armonía con un contrapunteo ríspido.
Para colmar su canto falta un tenor.

JULIA Al tenor lo ha apagado tu incontrolable bajo.

LUCÍA Por cierto, llevo el bajo por Proteo.

JULIA En lo adelante tanta habladuría
no ha de preocuparme más.
He aquí un rollo de protesta.

Rompe la carta y lanza los pedazos al suelo.

¡Vete!, ¡lárgate!, y deja los pedazos en el suelo.
Te encantaría tocarlos para enfadarme.

LUCÍA (*Aparte*). Pretende estar furiosa, pero le encantaría
que otra carta volviera a enfadarla así.

Sale.

JULIA No, ojalá ardiera así por la misma carta.
Manos odiosas, despedazar palabras tan tiernas;
avispas injuriosas, que se alimentan
de tan dulce miel y con sus agujones matan
a las abejas que se la ofrecen.
En desagravio, besaré cada uno de esos pedazos de papel.

Recoge algunos pedazos de papel.

Aquí está escrito «Cariñosa Julia...». Cruel Julia,
en venganza de tu ingratitud
arrojo tu nombre contra las piedras melodreñas
y despectivamente pisoteo tus desdenes.
Y aquí está escrito «Proteo de amor herido...».
Infeliz nombre herido, mi seno te acogerá
como lecho hasta que tu herida sane por completo;
y así yo me le acerco con un soberano beso.
Mas aparece el nombre de Proteo dos o tres veces.

Serénate, buen viento, no arrastres una sola palabra hasta que haya encontrado cada letra de la carta excepto mi propio nombre. Que un torbellino lo arrastre hasta una roca colgante, imponente, escabrosa, y desde allí lo arroje al mar furioso. Mira, su nombre dos veces en una línea «Pobre, desamparado Proteo», «el apasionado Proteo», «a la dulce Julia». Esto lo desgarraré. Y sin embargo no, ya que él lo acopla tan bellamente con su afligido nombre. Así he de doblarlos, uno sobre otro para que se besen, se abracen, discutan y hagan cuanto quieran.

Entra LUCÍA.

LUCÍA Señora, la cena está servida y su padre espera.

JULIA Vayamos, pues.

LUCÍA ¿Vamos a dejar aquí estos papeles indiscretos?

JULIA Si te inspiran algún respeto, recógelos.

LUCÍA Fui reprendida por dejarlos caer.

Sin embargo, no los dejaré en el suelo para que no se resfríen.

JULIA Veo que los tienes en consideración.

LUCÍA Sí, señora, usted diga lo que ve.

Yo también veo cosas, aunque usted opine que parpadeo.

JULIA Vamos, vamos. ¿Harás el favor de irte?

Salen.

ESCENA III

Entran ANTONIO y PANTINO.

ANTONIO Dime, Pantino, ¿qué motivo grave era ese por el cual mi hermano te retenía en el claustro?

PANTINO Era sobre su sobrino Proteo, el hijo de usted.

ANTONIO ¿Qué ocurre con él?

PANTINO Se extrañaba de que Su Señoría

le impusiera pasar la juventud en su ciudad natal
cuando otros hombres de menos categoría
proponen a sus hijos que busquen
ascenso en otras partes.

Unos los mandan a probar su fortuna en la guerra,
otros, a que descubran islas distantes,
otros, a estudiar en las universidades.

Para cualquiera de estas experiencias
dice él que Proteo, su hijo, está capacitado,
y me rogó que le importune a usted
para que no siga perdiendo el tiempo en casa,
ya que en su madurez sería un gran impedimento
no haber viajado cuando joven.

ANTONIO No necesitas importunarme mucho sobre un asunto

que he estado lucubrando desde hace un mes.

He meditado bien cómo pierde su tiempo,
y cómo, sin la experiencia y la instrucción
que se adquiere en el mundo,
no puede ser un hombre bien formado.

La experiencia se logra con trabajo
y el raudo fluir del tiempo la perfecciona.

Entonces, dime, ¿dónde sería mejor enviarlo?

PANTINO Creo que Su Señoría no ignorará

que su compañero, el joven Valentín,
sirve al emperador en la corte.

ANTONIO Lo sé muy bien.

PANTINO Sería bueno, creo, que Su Señoría lo enviase allí.

Se adiestraría en justas y torneos,
oiría un lenguaje grato, se codearía con la nobleza
y disfrutaría de todas las actividades
dignas de su juventud y su noble cuna.

ANTONIO Me gusta tu consejo, sabes asesorar

y para que sepas lo mucho que me gusta
voy a ponerlo en práctica.

Con la mayor diligencia
enviaré a mi hijo a la corte del emperador.

PANTINO Mañana, si eso puede agradarle, don Alfonso

y otros caballeros de buen prestigio
parten a saludar al emperador
y ofrecer sus servicios a Su Majestad.

ANTONIO Buena compañía; Proteo irá con ellos.

En buena hora llega. Ahora hablaremos con él.

*Entra PROTEO con una carta.
No ve a ANTONIO ni a PANTINO.*

PROTEO ¡Dulce amor! ¡Dulces líneas! ¡Dulce vida!

Aquí está su mano, mensajera de su corazón;
aquí me jura amor y compromete su palabra.
¡Ah, si nuestros padres aprobaran nuestro amor
y con su consentimiento sellaran nuestra dicha!
¡Ah, Julia celestial!

ANTONIO ¿Qué pasa? ¿Qué carta estás leyendo?

PROTEO Quizá lo complazca, señor: son dos o tres palabras
de recomendación que me envía Valentín,
con un amigo que vino a verme de su parte.

ANTONIO Permíteme esa carta. A ver qué noticias trae.

PROTEO No trae noticias, mi señor, solo cuenta
cuán felizmente vive y cuánto lo quieren todos.
El emperador lo favorece a diario;
quiere verme junto a él, compartir su fortuna.

ANTONIO ¿Y cómo valoras tú ese deseo?

PROTEO Como quien confía en la voluntad de su señor
y no depende de las aspiraciones de un amigo.

ANTONIO Mi voluntad es algo que se ajusta a su deseo.
No te inquiete que proceda así tan de repente,
porque lo que yo ordeno, sin discusión, lo ordeno.
He resuelto que pases algún tiempo
con Valentín en la corte del emperador.
La pensión que él recibe de sus familiares
tú la tendrás de mí.
Prepárate para partir mañana.
Nada de excusas; mi orden es definitiva.

PROTEO Señor, tan de inmediato no puedo prepararme.
Le ruego me conceda uno o dos días de plazo.

ANTONIO Mira, cuanto necesites se te enviará enseguida.

No más demora. Debes partir mañana.

Ven, Pantino. Deberás ocuparte
de apresurar su partida.

Salen ANTONIO y PANTINO.

PROTEO Así que huí del fuego por temor a quemarme
y me empapé en el mar donde me ahogo.
Temía mostrarle a mi padre la carta de Julia
por miedo a que pusiera obstáculo a mi amor.
Ahora él se aventaja de mis propios pretextos
y esgrime los recursos más opuestos a mi amor.
¡Oh, cómo esa fuente de amor se parece
al incierto esplendor de un día de abril
que tan pronto nos muestra la belleza del sol
como cae bajo la sombra de una nube!

Entra PANTINO.

PANTINO Señor Proteo, su padre lo llama.

Tiene prisa; por eso, le ruego que vaya.

PROTEO Bueno, así es. Mi corazón consiente en ello
y, no obstante, mil veces responde «No».

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entran VALENTÍN y RELÁMPAGO.

RELÁMPAGO (*Entregándole a VALENTÍN un guante.*) Señor, su guante.

VALENTÍN No es mío. Yo tengo mis guantes puestos.

RELÁMPAGO Entonces este puede ser suyo. No es más que uno.

VALENTÍN ¡Ah! Déjame verlo. Sí, dámelo, es mío... Bello adorno, que engalana algo divino. ¡Ah, Silvia, Silvia!

RELÁMPAGO ¡Señora Silvia! ¡Señora Silvia!

VALENTÍN ¿Qué haces, señorete?

RELÁMPAGO No estoy al alcance de sus oídos, señor.

VALENTÍN ¿Quién te pidió que la llamaras?

RELÁMPAGO Su adoración, señor, o bien me equivoqué.

VALENTÍN Vaya, tú siempre eres demasiado listo.

RELÁMPAGO No hace mucho me reprendió por ser demasiado lento.

VALENTÍN Bien, bien, dime, ¿conoces a la señora Silvia?

RELÁMPAGO ¿A quien rinde usted adoración?

VALENTÍN ¿Cómo sabes que estoy enamorado?

RELÁMPAGO ¡Virgen santa!, por ciertas señas particulares primero, usted, como el señor Proteo, ha aprendido a entrecruzar los brazos, como quien está descontento; a paladear una canción de amor, como un petirrojo; a pasearse solo, como alguien que ha tenido la peste; a suspirar, como un escolar que ha perdido su abecedario; a sollozar, como una joven sirvienta que ha enterrado a su abuela; a ayunar, como alguien que se ciñe a una dieta; a vigilar, como quien teme que le roben; a hablar con humildad, como un pordiosero en la fiesta de Todos los Santos. Antes solía reír como canta un gallo; cuando andaba, lo hacía con paso de león; ayunaba después de haber comido; cuando parecía triste era por falta de dinero. Y ahora una dama lo ha transformado tanto, que al verlo apenas creo reconocer en usted a mi amo.

VALENTÍN ¿Todo eso se percibe en mí?

RELÁMPAGO Todo eso se percibe en usted exteriormente.

VALENTÍN ¿Exteriormente? No es posible.

RELÁMPAGO ¿Exteriormente? Es más, se hace palpable; pues nadie sino usted sería tan necio. Esas locuras lo tienen tan fuera de sí que las lleva dentro y se las ve brillar a través de usted como el agua en un orinal, de modo que todo ojo que lo vea conocerá su enfermedad tan bien como un médico.

VALENTÍN Pero, dime, ¿conoces a mi dama Silvia?

RELÁMPAGO ¿A la que mira tanto cuando se sienta a la mesa?

VALENTÍN ¿Has observado eso? Pues sí, la misma.

RELÁMPAGO No, mi señor, no la conozco.

VALENTÍN ¿Sabes quién es por mi manera de mirarla, y sin embargo dices no conocerla?

RELÁMPAGO ¿No le falta belleza, señor?

VALENTÍN No es tan bella, mozo, como agraciada.

RELÁMPAGO Señor, eso lo sé de sobra.

VALENTÍN ¿Qué sabes tú?

RELÁMPAGO Que no es tan bella como agraciada por usted.

VALENTÍN Quiero decir que su belleza es primorosa, pero su gracia es infinita.

RELÁMPAGO Eso es porque una está pintada y la otra, fuera de todo cálculo.

VALENTÍN ¿Cómo pintada? ¿Y cómo fuera de todo cálculo?

RELÁMPAGO ¡Virgen santa, señor! Tan pintada para lucir hermosa que nadie calcula su belleza.

VALENTÍN ¿Por quién me tomas? Yo aprecio su belleza.

RELÁMPAGO Usted nunca la vio desde que se ha puesto fea.

VALENTÍN ¿Cuándo ocurrió eso?

RELÁMPAGO Desde que usted la ama.

VALENTÍN La amo desde que la vi y aún la veo bella.

RELÁMPAGO Si la ama no podrá verla.

VALENTÍN ¿Por qué?

RELÁMPAGO Porque el amor es ciego. ¡Ah si usted tuviera mis ojos o los suyos propios tuvieran la luz que tenían cuando regañaba al señor Proteo por andar sin jarreteras!

VALENTÍN Entonces ¿que debería ver?

RELÁMPAGO Su propia locura actual y la extrema fealdad de su dama. Por estar enamorado, él no veía cómo ajustarse los calzones, y usted enamorado no alcanza a ver cómo ponerse los suyos.

VALENTÍN Parece, pues, pícaro, que tú estás enamorado. Esta mañana no lograbas ver cómo limpiarme los zapatos.

RELÁMPAGO De veras, señor; estaba enamorado de mi cama. Le agradezco me haya azotado por mi amor, pues me permite reprenderlo por el suyo.

VALENTÍN En fin, sostengo que la quiero.

RELÁMPAGO Quisiera verlo casado. Así se le terminaría el cariño.

VALENTÍN Anoche me encargó que escribiera unos versos para alguien a quien ama.

RELÁMPAGO Y los hizo?

VALENTÍN Los hice.

RELÁMPAGO ¿No serán versos ripiosos?

VALENTÍN No, pícaro, los hice tan bien como puedo hacerlos. Cállate, ahí llega.

Entra SILVIA.

RELÁMPAGO (*Aparte.*) ¡Oh!, ¡qué preciosidad de andar! ¡Maniquí de marca! Ahora él le servirá de intérprete.

VALENTÍN Señora y dueña mía, le doy mil veces los buenos días.

RELÁMPAGO (*Aparte.*) Dele las nuevas noches. Hay un millón de modos, pura cortesía.

SILVIA Señor Valentín y servidor mío, le doy dos mil.

RELÁMPAGO (*Aparte.*) Él debería pagar el interés y quien lo paga es ella.

VALENTÍN Cumpliendo con su encargo he escrito la carta
para ese misterioso amigo anónimo suyo;
algo que me negaba a realizar y sólo lo hice
por obediencia a mi señora.

Le entrega una carta.

SILVIA Gracias, gentil servidor, está excelentemente escrita.

VALENTÍN Créame, señora: fue difícil, pues ignorando a quién iba dirigida, escribía al azar, con muchas dudas.

SILVIA ¿Cree tal vez que ha realizado un trabajo excesivamente penoso?

VALENTÍN No, señora, por servirle, escribiré
—si le complace ordenarlo—
mil veces tanto como hoy. Y sin embargo...

SILVIA Un lindo período. Bueno, imagino lo que sigue;
y sin embargo, no lo diré; y sin embargo, no me interesa.
Y sin embargo, tome esto otra vez.

Le entrega a VALENTÍN la carta.

Y, sin embargo se lo agradezco.
De aquí en adelante
es mi intención no molestarlo más.

RELÁMPAGO (*Aparte.*) Y sin embargo, aún lo hará, y con otros sin embargo.

VALENTÍN ¿Qué quiere decir mi señora? ¿No le gusta lo que escribí?

SILVIA Sí, sí. Los versos están muy ingeniosamente escritos;
pero, ya que lo hizo a regañadientes, ¡tómelos, tómelos!

VALENTÍN Señora, son para usted.

SILVIA Sí, sí. Usted, señor, los escribió a mi pedido.
Pero yo no quiero ninguno. Son para usted.
Los hubiese querido más conmovedores.

VALENTÍN Si le place a Su Señoría, escribiré otros.

SILVIA Y cuando estén escritos, léalos por mí,
y si le agradan, bien. Y si no, también.

VALENTÍN Si me agradan, señora, ¿qué hago entonces?

SILVIA Pues, si le agradan, tómelos por su trabajo.
Buenos días, mi servidor.

Sale.

RELÁMPAGO (*Aparte.*) ¡Ah, chiste oculto, inescrutable, invisible como la nariz en la cara o como un gallo de veleta en el campanario!

Mi señor la corteja y ella enseña a su galán,
que era su discípulo, a ser su profesor.
¡Excelente artimaña! ¿Habrase visto algo similar,
que mi señor, actuando de escriba,
tenga que escribirse a sí cartas de pretendiente?

VALENTÍN Pues ¿y en qué anda el señor, cavilando a solas?

RELÁMPAGO En nada; estaba rimando. Es a usted a quien asiste la razón.

VALENTÍN ¿Qué razón?

RELÁMPAGO La que necesita para servir de intérprete a la señora Silvia.

VALENTÍN ¿Para quién?

RELÁMPAGO Para usted mismo, señor, pues le hace el amor por medio de claves.

VALENTÍN ¿Qué claves?

RELÁMPAGO Por una carta, debí decir.

VALENTÍN ¡Qué! Ella no me ha escrito.

RELÁMPAGO ¿Qué necesidad tenía de hacerlo cuando ha hecho que se escribiera
usted a sí mismo? ¿Es que no ha entendido el chiste?

VALENTÍN No, créeme.

RELÁMPAGO De veras que no puedo creerle, señor, ¿pero no notó usted con qué
seriedad le hablaba?

VALENTÍN Lo único que expuso fue su cólera.

RELÁMPAGO ¡Cómo, si le ha entregado una carta!

VALENTÍN Es la carta que escribí para su amigo.

RELÁMPAGO Y ella se la entregó a su destinatario. Y con esto puso punto a la
cuestión.

VALENTÍN Ya quisiera yo que no fuera lo peor.

RELÁMPAGO Le garantizo que es como yo le he dicho.

A menudo usted le ha escrito, y ella
no pudo responder, bien por pudor,
falta de ocio o temor al mensajero
que pudiera descubrir el amor
que anida en su espíritu.
Así, le ha enseñado a su amante

a declararse su pasión él mismo.
Todo esto lo declamo como lo he leído y está escrito.
¿Sobre qué medita, señor? Es hora de comer.

VALENTÍN Ya he comido.

RELÁMPAGO Sí, pero ponga atención. Así como el camaleón Amor puede alimentarse de aire, yo soy alguien que se nutre de otros manjares y me gustaría que fuera carne. ¡No sea como su dama! ¡Tenga piedad de mí!

Sale.

ESCENA II

Entran PROTEO y JULIA.

PROTEO Ten paciencia, amable Julia.

JULIA Debo tenerla; no hay más remedio.

PROTEO Tan pronto como pueda, volveré.

JULIA Si no cambias, volverás antes.

Le entrega una sortija.

Guarda esto en recuerdo de tu Julia.

PROTEO Entonces hagamos un cambio. Toma este anillo.

Le entrega un anillo.

JULIA Y sellemos el trato con un santo beso.

Se besan.

PROTEO Aquí tienes mi mano, testimonio de mi fiel constancia.

Y cuando deje pasar una hora del día
en que no suspire, Julia, por amor a ti,
que al olvido se me castigue
con una desdicha inmundada.

Mi padre me espera. No me respondas.

Llegó la hora de la marea. (JULIA *llora.*) No, no tu marea
de lágrimas, pues me detendría
más tiempo de lo que debo. Adiós, Julia.

Sale JULIA.

¡Cómo! ¿Se va sin decir palabra?
Sí, así debe hacerlo el amor verdadero. No puede hablar.
La sinceridad se expresa mejor en actos que en palabras.

Entra PANTINO.

PANTINO Señor Proteo, le están esperando.

PROTEO Ve. Ya voy, ya voy. ¡Ay!, la separación
hace enmudecer a los pobres amantes.

Salen.

ESCENA III

Entra LANZA con su perro Crab.

LANZA (*Al público*). ¡Válgame, Dios! Pasará una hora antes de que termine de llorar. Todo el linaje de los Lanza tiene el mismo defecto. Tal como el hijo pródigo, he recibido mi parte y me iré a la corte imperial con el señor Proteo. Creo que mi perro, Crab, es el perro de índole más amarga que existe. Mi madre llora, mi padre gime, mi hermana solloza, nuestra sirvienta grita, nuestra gata se retuerce las manos, toda nuestra casa está sumida en la mayor perplejidad, y ese perro de corazón duro no ha derramado una sola lágrima. Es una piedra, un verdadero pedernal y no hay en él más compasión que en un perro. Hasta un judío habrá llorado al ver nuestra separación. Vean, mi abuela, que no tiene ojos, de tanto llorar se quedó ciega. Bien, les mostraré cómo sucedió. Este zapato es mi padre; no, este zapato izquierdo es mi padre. No, no, este zapato izquierdo es mi madre. ¡Qué va!, aquel tampoco puede serlo. Sí, es así, es así; es el que tiene la peor suela. Este zapato con el agujero es mi madre, y este es mi padre. Ya hallé la solución. Es así. Ahora, señor, este palo es mi hermana. Véanlo, es blanca como un lirio y delgada como una varilla. Este sombrero es Anita, nuestra sirvienta. Yo soy el perro. No, el perro es él mismo y yo soy el perro. ¡Caray, el perro soy yo, y yo soy yo mismo! Sí, eso es, eso es. Entonces, me le acerco a mi padre. «La bendición, padre.» Y el zapato ahogado en llanto no puede decir una palabra. Beso a mi padre, entonces, y él no cesa de llorar. Pues bien, voy a mi madre. ¡Ah, si ahora pudiese hablar como una mujer conmovida! Bien, la beso. ¡Caray!, aquí estamos. Se la oye respirar; su aliento va y viene con fuerza. Ahora me dirijo a mi hermana. Óiganla gemir. Pues bien, el perro, mientras todos lloramos, no derrama una lágrima, ni dice una palabra. Pero vean cómo riego yo el polvo con mi llanto.

Entra PANTINO.

PANTINO ¡Lanza, corre, corre, a bordo! Tu amo se ha embarcado y tendrás que alcanzarlo remando. ¿Qué sucede? ¿Por qué lloras, hombre? Echa a correr, asno, que si demoras aún más, perderás la marea.

LANZA No importa si la 'marra se pierde. Pues es la 'marra menos amable de marras que nadie haya amarrado.

PANTINO ¿Cuál es la marea menos amable?

LANZA Este que me amarra aquí, mi perro Crab.

PANTINO Tonto, lo que yo digo es que perderás la pleamar y de perderla perderás tu viaje, y al perderlo perderás a tu amo, y al perder a tu amo perderás tu puesto, y si pierdes el puesto...

*LANZA pone su mano
sobre la boca de PANTINO.*

¿Por qué me tapas la boca?

LANZA Por temor a que pierdas la lengua.

PANTINO ¿Dónde perdería la lengua?

LANZA En la marea de tu cuento.

PANTINO ¡Qué marea ni cuenta!

LANZA ¿Perder yo la marea, y el viaje, y el amo, y el puesto ¿y el amarre que marea? ¡Ea, hombre! Si el río estuviese seco, soy capaz de llenarlo con mis lágrimas. Si el viento decayera, podría impulsar el barco con mis suspiros.

PANTINO Vamos, vete, me han enviado a llamarte.

LANZA Señor, llámame como se te antoje.

PANTINO ¿Te irás?

LANZA Bien, iré.

Salen.

ESCENA IV

Entran SILVIA, VALENTÍN, TURIO y RELÁMPAGO.

SILVIA ¡Servidor!

VALENTÍN ¿Señora?

RELÁMPAGO (A VALENTÍN). Señor, el caballero Turio lo ve a usted con desagrado.

VALENTÍN Ay, muchacho, es por amor.

RELÁMPAGO No por usted.

VALENTÍN Entonces, será por mi señora.

RELÁMPAGO Sería bueno que le aporreara.

Sale.

SILVIA (A VALENTÍN). Servidor, lo veo triste.

VALENTÍN Realmente, señora, lo parezco.

TURIO ¿Pareces lo que no eres?

VALENTÍN Quizá.

TURIO Disimulas, entonces.

VALENTÍN Como lo hace usted.

TURIO ¿Qué parezco yo que no sea?

VALENTÍN Cuerdo.

TURIO ¿Qué indica lo contrario?

VALENTÍN Su locura.

TURIO ¿Y en qué fundas mi locura?

VALENTÍN En su jubón.

TURIO Mi «jubón» es un doblete.

VALENTÍN Pues bien, entonces doblaré su locura.

TURIO ¿Cómo?

SILVIA ¿Cómo, señor Turio, enfadado usted? ¿Ha cambiado de color?

VALENTÍN Permítaselo, señora, es una especie de camaleón.

TURIO Con mucha más propensión a alimentarse de su sangre que de vivir de su aire.

VALENTÍN Usted lo ha dicho, caballero.

TURIO Sí, caballero, y además he terminado, de momento.

VALENTÍN Lo sé demasiado bien, caballero, usted siempre termina antes de comenzar.

SILVIA Buena descarga de palabras, caballeros, y disparadas con rapidez.

VALENTÍN De verdad que sí, señora, y agradecemos al incitador.

SILVIA ¿Quién es ese, caballero servidor?

VALENTÍN Usted misma, dulce dama; fue usted la que prendió la llama. El caballero Turio toma prestado su ingenio de las miradas de mi señora, y gasta generosamente aquello que toma prestado en su compañía.

TURIO Caballero, si usted gasta palabra por palabra conmigo, enviaré su ingenio a la quiebra.

VALENTÍN Eso lo sé muy bien, caballero, usted posee un erario de palabras y creo que no cuenta con otro tesoro para dar a sus servidores, pues según sus raídas libreas sólo los sostiene con palabras raídas.

SILVIA Basta, señores, basta. Ahí se acerca mi padre.

Entra el DUQUE.

DUQUE Vaya, Silvia hija, te acosan de cerca.

Señor Valentín, su padre goza de buena salud.
¿Y qué me dice de la carta de sus amigos
que he recibido con muy buenas noticias?

VALENTÍN Mi buen señor, estaré agradecido con cualquier mensaje feliz que venga de allá.

DUQUE ¿Conoce a su compatriota don Antonio?

VALENTÍN Sí, mi buen señor, le conozco por hombre de valía,
merecedor de alta estima,
que no goza injustificadamente.

DUQUE ¿No tiene un hijo?

VALENTÍN Si, mi buen señor, un hijo que bien merece el honor y la consideración de tal padre.

DUQUE ¿Lo conoce usted bien?

VALENTÍN Como a mí mismo; pues desde nuestra infancia
hemos conversado y pasado nuestras horas juntos.
Si bien yo he sido un truhán perezoso
que despreció el generoso bien del tiempo

para revestir mi edad madura de angelical perfección,
el señor Proteo —que tal es su nombre—
hizo buen uso y sacó buen provecho de sus días,
es joven por su edad, pero en experiencia viejo;
su cabeza aún no ha sazonado, mas sus juicios son maduros.
En una palabra, sus méritos están muy por encima
de los elogios que yo pueda hacerle,
nada le falta en cuanto a persona y talento
y reúne todas las cualidades de un perfecto caballero.

DUQUE Caramba, caballero, si está a la altura de tales elogios,
es tan merecedor del amor de una emperatriz
como cualquier consejero de un emperador.
Pues bien, señor, este caballero ha llegado a mi corte
con recomendaciones de grandes potentados
y se propone pasar aquí algún tiempo.
Creo que no será una ingrata noticia para usted.

VALENTÍN De haber deseado algo, de seguro habría sido su presencia.

DUQUE Denle pues la bienvenida, como él se lo merece,
Silvia, hablo contigo, y con usted, señor Turio.
Puesto que Valentín no necesita mis incitaciones.
Lo enviaré a ustedes inmediatamente.

Sale el DUQUE.

VALENTÍN Este es el joven caballero de quien dije a mi señora
que hubiera venido conmigo
si las miradas cristalinas de su amada
no hubiesen atrapado sus ojos.

SILVIA Probablemente ahora ella los ha liberado
por algún otro empeño de lealtad.

VALENTÍN No, ciertamente creo que aún los retiene cautivos.

SILVIA Entonces él debe de estar ciego, y estando ciego
¿cómo encontró el camino para buscarte?

VALENTÍN Pero, señora, el amor tiene veinte pares de ojos.

TURIO Dicen que el amor no tiene ni un ojo siquiera.

VALENTÍN Para ver amantes como tú mismo, Turio.
Ante un objeto tan vulgar el amor puede parpadear.

SILVIA Basta, basta, ahí viene el caballero.

Entra PROTEO.

VALENTÍN ¡Bienvenido, querido Proteo! Señora, le ruego
que confirme su bienvenida con algún favor especial.

SILVIA Su mérito le garantiza nuestra bienvenida aquí,
si es aquel de quien tan a menudo
deseaba usted tener noticias.

VALENTÍN Lo es, señora. Dulce dama, tómeme a él para que sea mi compañero a su
servicio.

SILVIA Muy humilde es la señora para un servidor tan grande.

PROTEO No tan así, dulce señora, pero sí el sirviente
demasiado humilde para merecer
una mirada de tan digna dama.

VALENTÍN Deja este discurso sobre incapacidades;
dulce dama, acéptelo como su servidor.

PROTEO Alardearé de mis deberes y de nada más.

SILVIA El deber cumplido halla siempre recompensa.
Servidor, bienvenido seas al servicio de una dama indigna.

PROTEO Mataría a quien, no siendo usted, dijera tal cosa.

SILVIA ¿Que usted es bienvenido?

PROTEO No, que usted es indigna.

Entra un criado.

CRIADO Señora, mi señor, su padre, desea hablarle.

SILVIA Atenderé a su ruego.

Sale el criado.

Venga, señor Turio,
acompañeme. Una vez más sea bienvenido,
mi nuevo servidor. Le dejo para que hablen
de los asuntos de su país.
Cuando hayan concluido, espero volver a verlo.

PROTEO Ambos iremos a presentar nuestro respeto a Su Señoría.

Salen SILVIA y TURIO.

VALENTÍN Ahora dime, ¿cómo están los que quedaron allá?

PROTEO Tus amigos están bien y te mandan recuerdos.

VALENTÍN ¿Y cómo están los tuyos?

PROTEO A todos los dejé en buena salud.

VALENTÍN ¿Y cómo está tu dama, cómo va tu amor?

PROTEO Mis relatos de amor siempre te molestaron;
sé que no disfrutas de tales conversaciones.

VALENTÍN Sí, Proteo, pero es que todo ha cambiado.

He hecho penitencia por menospreciar el amor,
cuyas altas e imperiosas ideas me han castigado
con amargos ayunos y gemidos de penitencia,
con lágrimas por la noche y dolorosos suspiros en el día.
Pues en venganza por mi desprecio al amor,
el amor ha desterrado el sueño de mis ojos
y les ha hecho velar las aflicciones del corazón.
¡Oh, gentil Proteo! El amor es un señor poderoso
y me ha humillado tanto que confieso
que no hay dolor que iguale sus castigos,
ni hay en la tierra gozo comparable a servirle.
Ahora no sé hablar de nada que no sea el amor;
puedo romper mi ayuno, comer, cenar y dormir
con sólo el nombre de Amor.

PROTEO Basta. Leo tu fortuna en tus ojos.

¿Es ella el ídolo que tanto adoras?

VALENTÍN Ella es; ¿y no es un ángel del cielo?

PROTEO No; pero es un parangón terrestre.

VALENTÍN Llámala divina.

PROTEO No quiero adularla.

VALENTÍN ¡Oh, adúlame a mí!, pues el amor se complace en el elogio.

PROTEO Cuando estuve enfermo me diste píldoras amargas
y ahora debo administrarte lo mismo a ti.

VALENTÍN Entonces, di la verdad sobre ella; si no es divina,
acepta al menos que sea entre las mujeres la suprema,
la soberana sobre todas las criaturas de la tierra.

PROTEO Excepto mi adorada.

VALENTÍN Querido, no exceptúes a nadie,
a menos que exceptúes en contra de mi amor.

PROTEO ¿Acaso no tengo razón en preferir a quien amo?

VALENTÍN Y yo te ayudaré a preferirla a ella, también.
Será exaltada con el alto honor
de sostener la cola del vestido de mi soberana, no sea
que la tierra indigna se arriesgue
a robarle un beso a sus vestiduras,
y, enorgullecida por tan magno favor,
desdeñe nutrir a las flores del verano,
y haga que se eternice el duro invierno.

PROTEO Pero, Valentín, ¿qué fanfarronerías son esas?

VALENTÍN Perdóname, Proteo, todo lo que pudiera decir es nada comparado con
ella, cuyo mérito convierte todo mérito en nada. Es sola.

PROTEO Entonces, déjala sola.

VALENTÍN ¡Ni por el mundo entero! Ea, hombre, es mía,
Y por tener tal joya soy tan rico
como si poseyera veinte mares,
y todo fuese en sus arenas perlas,
el agua, néctar y las rocas, puro oro.
Perdóname si de ti no me ocupo;
ya me ves chiflado por mi amada.
Mi estúpido rival, a quien su padre
acoge tan sólo por tener muchas riquezas,
ha salido con ella, y yo debo seguirles;
porque el amor, tú sabes, es por demás celoso.

PROTEO ¿Pero ella te ama?

VALENTÍN Sí, estamos prometidos. Aún más, hemos determinado
la hora de nuestro enlace y astutamente
los demás pormenores de la fuga:
cómo debo subir a su ventana,
la escala hecha de cuerdas y todo lo demás
está preparado y listo para mi felicidad.
Buen Proteo, ven conmigo a mi cuarto
para ayudarme en este asunto con tus consejos.

PROTEO Ve tú delante. Luego te buscaré.

He de ir al puerto a desembarcar
algunas cosas que necesito
y luego me tendrás a tu disposición.

VALENTÍN ¿Te apurarás?

PROTEO Sí.

Sale VALENTÍN.

Así como un ardor apaga otro ardor,
o como un clavo saca otro clavo,
así el recuerdo de mi amor primero
es olvidado por un nuevo objeto.
¿Son mis ojos o los elogios de Valentín,
las perfecciones de ella o mi páfida inconstancia
lo que al razonar me hace irrazonable?
Ella es hermosa, como lo es Julia a quien amo;
es decir, a quien amaba, pues ahora mi amor se ha fundido,
igual a una figura de cera próxima al fuego,
sin conservar señal alguna de cuanto era.
Pienso que mi amistad por Valentín se ha enfriado,
y que ya no lo estimo como antes.
¡Ah!, pero amo a su dama tanto, en demasía,
y es por eso que lo quiero a él tan poco.
¿Cómo he de adorarle con el tiempo,
si ahora apenas vista ya la quiero?
El haber contemplado tan sólo su retrato
ha sido suficiente para turbar la luz de mi razón.
Pero cuando contemple todas sus perfecciones
no existirá razón que me impida quedar ciego.
Si puedo corregir mi amor errado, lo haré.
Si no, usaré toda mi habilidad para poseerla.

Sale.

ESCENA V

Entran RELÁMPAGO y LANZA con su perro Crab.

RELÁMPAGO ¡Lanza! ¡Por mi honor! ¡Bienvenido a Milán!

LANZA No perjures, amable joven, pues no soy bienvenido. Siempre he pensado

que un hombre no está perdido hasta que lo hayan ahorcado, como tampoco es bienvenido a un lugar hasta que haya pagado su escote y la anfitriona diga «¡Bienvenido!».

RELÁMPAGO Vamos, cabeza loca, ven ya conmigo a la taberna, donde por un escote de cinco peniques tendrás mil bienvenidas. Pero, señoritingo, dime, ¿cómo fue que tu amo se separó de la señora Julia?

LANZA Caray, después de despedirse muy serios se separaron de muy buen humor.

RELÁMPAGO Pero ¿se casará con él?

LANZA No.

RELÁMPAGO Y entonces ¿qué? ¿Se casará él con ella?

LANZA No, tampoco.

RELÁMPAGO ¡Cómo! ¿Han roto, entonces?

LANZA No, están tan enteros como un pez.

RELÁMPAGO Vaya. Entonces ¿cómo está la cosa entre ellos?

LANZA ¡Por mi fe, así! Cuando todo anda bien para él, todo anda bien para ella.

RELÁMPAGO ¡Qué burro eres! No te comprendo.

LANZA ¡Bestia serás tú, que no me comprendes! ¡Qué mal te comportas! Mi bastón me porta.

RELÁMPAGO ¿Qué dices?

LANZA Sí, y también lo hago. Mírame: a él me prendo y me porta.

RELÁMPAGO Ciertamente te soporta.

LANZA Pues soportar y comportar es lo mismo ¿comprendes?

RELÁMPAGO Pero dime la verdad, ¿habrá enlace?

LANZA Pregúntale a mi perro. Si él dice que sí, la boda se hará; si dice que no, también se hará; si menea la cola y no dice nada, también habrá boda.

RELÁMPAGO La conclusión es que la boda se hará.

LANZA Jamás obtendrás de mí ese secreto a no ser en una parábola.

RELÁMPAGO Es bueno obtenerlo así. Pero, Lanza, ¿cómo dices que mi amo se ha convertido en un notorio faldero?

LANZA Nunca lo conocí de otro modo.

RELÁMPAGO ¿Qué, cómo?

LANZA Bobo por las faldas, tal como has dicho tú.

RELÁMPAGO ¡Caray, burro bastardo! Te equivocas conmigo.

LANZA ¡Tonto! No me refiero a ti, sino a tu amo.

RELÁMPAGO Te digo que mi amo se ha convertido en un amante fogoso.

LANZA Pues te digo que tanto me da si se achicharra de amor. Si lo quieres, vienes conmigo a la taberna. Si no, eres un hebreo, un judío y no mereces llamarte cristiano.

RELÁMPAGO ¿Por qué?

LANZA Porque no tienes bastante caridad para ir de parranda con un cristiano.
¿Irás?

RELÁMPAGO A tu servicio.

Salen.

ESCENA VI

Entra PROTEO.

PROTEO Si abandono a mi Julia soy perjuro;
si amo a la bella Silvia, soy perjuro;
si traiciono a mi amigo soy más perjuro aún.
Y el poder que me dio mi primer juramento
suscita en mí este perjurio triple.
El amor me impulsó a jurar y el amor me pide que abjure.
¡Ah, dulce, sugestivo amor, si has pecado
enséñame a mí, tu seducido súbdito, a excusar mi falta!
Antes adoraba a una estrella centelleante,
pero ahora venero a un sol celestial.
Imprudentes promesas pueden ser prudentemente revocadas.
Carece de talento quien no tenga voluntad
para enseñarle al suyo a cambiar lo malo por lo mejor.
¡Uf, uf! Lengua irreverente, calificar de mala
a aquella cuya soberanía tantas veces proclamaste
con veinte mil juramentos de reafirmación espiritual.
No puedo dejar de amar, y sin embargo lo hago.
Pero abandono el amor donde debiera amar.

Pierdo a Julia y pierdo a Valentín.
Si los conservo, por fuerza me perderé a mí mismo.
Si los pierdo, por su pérdida me hallaré a mí mismo
en lugar de Valentín, y a Silvia en lugar de Julia.
Me quiero mucho más a mí que a un amigo,
ya que el amor es el máspreciado de los bienes,
y Silvia —sean testigos, cielos, que la hicieron bella—
hace lucir a Julia como una negra etíope.
Me olvidaré de que Julia vive,
recordando que mi amor por ella ha muerto,
y tendré a Valentín como enemigo
aspirando a que Silvia sea una amiga más querida.
Ya no puedo ser constante conmigo
sin valerme de alguna perfidia contra Valentín.
Esta noche él intentará, con una escala de cuerda,
subir a la ventana de la celestial Silvia.
Me ha consultado a mí, su competidor.
Yo iré ahora a darle al padre de Silvia
la noticia de su solapada y pretendida fuga,
y él, encolerizado, desterrará a Valentín;
pues intenta casar a su hija con Turio.
Ausente Valentín, mediante alguna artimaña,
me apresuraré a malograr
el torpe y aburrido proceder de Turio.
Amor, dame alas para cumplir más rápido mi propósito
como me has dado el ingenio para urdir esta trama.

Sale.

ESCENA VII

Entran JULIA y LUCÍA.

JULIA Aconséjame, Lucía, amable muchacha, ayúdame.
Por la buena amistad que me profesas te ruego:
tú, que eres el libro en donde mis pensamientos
están grabados en caracteres visibles,
aconséjame; dime algún medio
compatible con mi honor que me permita emprender
un viaje para reunirme con mi amado Proteo.

LUCÍA Ay, el camino es agotador y largo.

JULIA Un peregrino verdadero y devoto no se cansa
de recorrer con sus débiles pies reinos enteros.
Mucho menos yo, que tengo las alas del Amor
y cuando el vuelo se hace hacia alguien tan querido
y de tan divina perfección como el señor Proteo.

LUCÍA Es preferible esperar a que Proteo regrese.

JULIA ¡Ah! ¿No sabes que sus miradas me alimentan el alma?
Apiádate del hambre que llevo clavada
por anhelar desde hace tanto ese alimento.
Si conocieras el íntimo goce del amor
antes irías a encender fuego con nieve
que intentar apagar el fuego del amor con palabras.

LUCÍA No intento apagar el fuego ardiente de tu amor,
sino apaciguar su extrema furia para que no abraza
más allá de los límites de la razón.

JULIA Cuanto más intentas contenerlo, más se aviva.
La corriente que se desliza con suave murmullo,
si se la detiene, bien lo sabes, enfurece de impaciencia.
Mas cuando su libre curso no es interrumpido
hace dulce música con los cantos esmaltados,
dándole un dulce beso a cada junco
que va dejando atrás en su peregrinaje.
Y así, gustoso, caracoleando juega
hasta extraviarse en el salvaje océano.
Déjame ir entonces, no detengas mi curso.
Yo seré tan sufrida como el manso arroyuelo,
del fatigoso andar haré un pasatiempo
hasta que mis últimos pasos me acerquen a mi amado.
Y allí descansaré, como tras del disturbio
descansa un alma justa en el Elíseo.

LUCÍA ¿Pero cómo irá vestida para el viaje?

JULIA No como una mujer, para evitar así
inoportunos encuentros con hombres lascivos.
Cariñosa Lucía, vísteme con la ropa
apropiada a un paje de casa de buen nombre.

LUCÍA Pues entonces Su Señoría tiene que cortarse el pelo.

JULIA No, muchacha, lo ataré con cordones de seda;

veinte nudos trenzados en amor verdadero.
La fantasía puede sentarle bien a un joven
aun de más edad que la que representaré yo.

LUCÍA ¿De qué moda, señora, hago sus pantalones?

JULIA Es como si dijeras «Dígame, mi señor,
¿de qué medida quiere su guardainfante?».
Pues aquella que más te guste, Lucía.

LUCÍA Necesita que lleven portañuela, señora.

JULIA ¡Deja, deja, Lucía! Sería de mal gusto.

LUCÍA Unos pantalones, señora, no valen ahora
un alfiler, a no ser que tengan
una portañuela para prenderle alfileres.

JULIA Lucía, conforme me quieras, déjame tener
lo que creas más afín y sea correcto.
Pero dime, muchacha, ¿qué opinará el mundo de mí
por emprender un viaje tan inseguro?
Temo que provoque un escándalo.

LUCÍA Si piensa así, quédese en casa y no vaya.

JULIA ¡Qué va, eso no lo haré!

LUCÍA Pues no piense en la infamia, y vaya.
Si a Proteo le gusta que haya hecho el viaje,
no importa quien se disguste con su partida.
Me temo que él no estará muy complacido con esto.

JULIA Ese es el menor de mis temores, Lucía.
Miles de juramentos, un océano de lágrimas,
además infinitas pruebas de amor
me garantizan que Proteo me recibirá bien.

LUCÍA Todo esos artificios sirven a los hombres falsos.

JULIA ¡Hombres viles que los usan para propósitos viles!
Pero astros más fieles presidieron el nacimiento de Proteo.
Sus palabras son lazos, sus promesas oráculos,
su amor sincero, sus pensamientos inmaculados,
sus lágrimas, puros mensajeros de su corazón
y su corazón está tan lejos del fraude
como lejos está el cielo de la tierra.

LUCÍA Ruego al cielo que él lo demuestre cuando llegue a su lado.

JULIA Si tanto me quieres, no le hagas el daño
de tener mala opinión de su sinceridad;
sólo merecerás mi amor si lo quieres a él.
Ven enseguida a mi habitación:
es preciso que tomes nota de todo
lo que necesito para un viaje tan largo.
Dejo a tu disposición todo cuanto tengo:
mis bienes, mis tierras, mi reputación;
sólo te pido a cambio que me despidas de aquí.
Ven, no me respondas, ¡hazlo enseguida, ahora!
Mi tardanza me impacienta.

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

Entran el DUQUE, TURIO y PROTEO.

DUQUE Señor Turio, le ruego nos excuse un momento. Tenemos asuntos privados que tratar.

Sale TURIO.

Y bien, dígame, Proteo, ¿qué desea de mí?

PROTEO Mi bondadoso señor, esto voy confiarle,
las leyes de la amistad obligarán a esconderlo.
Pero cuando me vienen a la mente todos sus favores
hacia mí, que no los merezco,
el deber me instiga a decirle aquello
que ni todos los bienes de este mundo me harían revelar.
Sepa, digno príncipe, que Valentín, mi amigo,
intentará robarle esta noche a su hija.
A mí me ha hecho cómplice de este complot.
Sé que usted ha decidido otorgar la mano
de su noble hija a Turio, a quien ella detesta,
y que si alguien la arrancase de su lado
causaría a su vejez una aflicción profunda.
Pues por eso, y obligado ante usted, prefiero
oponerme a mi amigo en su firme propósito,
que callar agobiándolo con penas tan pesadas,
que deprimirían a usted de tal modo,
que lo sepultarían antes de tiempo.

DUQUE Proteo, agradezco tu honesto interés
del cual te seré deudor de por vida.
He visto a menudo ese amor entre ellos,
casualmente cuando ellos me creían
rendido por el sueño y en más de una ocasión
me propuse prohibirle a Valentín
sus visitas a mi hija y la presencia en mi corte.
Mas no lo hice por temer errada mi sospecha
y para no humillar así indignamente a un hombre,
una rudeza que siempre hasta hoy he evitado.

Lo he acogido con semblante amable,
hasta que descubrí lo que ahora me has revelado tú.
Y como puedes comprender, por temor a todo esto,
conociendo cuán fácil es extraviar a los jóvenes,
por las noches encierro a mi hija en la alta torre,
y solo yo guardo siempre la llave,
evitando así que pueda serme robada.

PROTEO Sepa, digno señor, que se han urdido
cómo él ascenderá a la ventana de su habitación
y por una escalera de cuerdas hará que ella baje.
Ya el mozo enamorado ha ido en su busca;
dentro de unos instantes pasará por aquí,
donde, si a usted le place, podría interceptarlo.
Pero, mi buen señor, hágalo con tal cautela
que mi revelación no quede al descubierto;
pues si me veo obligado a denunciar el intento
es por amor a usted y no por odio a mi amigo.

DUQUE Por mi honor, él jamás sabrá
por quién esto ha salido a la luz.

PROTEO Adiós, mi señor. Se acerca el caballero Valentín.

Sale.
Entra VALENTÍN.

DUQUE Caballero Valentín, ¿adónde vas con tanta prisa?

VALENTÍN Con la gracia de Su Señoría, hay un mensajero
que espera para llevar unas cartas a mis amigos
y voy a entregárselas.

DUQUE ¿Son de tanta importancia?

VALENTÍN Tan solo consigno en ellas
mi buena salud y la alegría de estar en su corte.

DUQUE Pues, entonces, no importa. Quédate conmigo un rato.
He de confiarte ciertos asuntos
que me tocan de cerca y que debes mantener secretos.
No te es ajeno que he tratado de casar
a mi amigo Turio con mi hija.

VALENTÍN Bien que lo sé, mi señor, y siendo él un buen partido,
adinerado y digno además de ser un gentilhombre

lleno de virtudes, generosidad, valía y cualidades
dignas de una esposa como lo es su bella hija,
¿no ha podido Su Señoría lograr que ella le corresponda?

DUQUE No, créeme; es arisca, melancólica, testaruda,
orgullosa, desobediente, cabecidura, irresponsable,
no toma en cuenta que es mi hija,
ni tiene por mí el respeto que se le debe a un padre.
Y permíteme decirte que este orgullo de mi hija,
por experiencia, ha debilitado el amor que le tengo;
yo, que pensé hallar consuelo en mi vejez
siendo filialmente mimado por ella,
estoy ahora completamente resuelto a casarme
y entregar a mi hija al primero que la quiera,
que su dote sea su belleza,
ya que no nos estima a mí ni a mis bienes.

VALENTÍN ¿Qué desea Su Merced que yo haga en esto?

DUQUE Hay aquí en Verona una dama
que me interesa; aunque fina, es esquiva
y no aprecia para nada mi vetusta elocuencia.
Desearía por eso tenerte de tutor,
—pues con los años he olvidado cómo se corteja,
amén de que los estilos han cambiado con los tiempos—
para indicarme cómo y de qué modo debo conducirme
y así ser valorado por sus ojos, que son soles.

VALENTÍN Conquistela con regalos, si ella no valora las palabras;
las mudas joyas, en su inexpresividad, a menudo, conmueven
el alma de una dama más que todas las palabras.

DUQUE Pero ella rechazó con desdén un presente que le envié.

VALENTÍN A veces, la mujer desdeña lo que más desea.
Envíele otro. Nunca renuncie a ella;
pues un rechazo inicial aviva luego el amor.
Si ella se muestra seria, no es porque lo rechace,
sino más bien para atraer su amor más aún.
Si refunfuña, no es para que la deje,
pues las necias enloquecen al verse solas.
Diga lo que diga, no lo crea un rechazo;
«Retírese», dicho por ella, no significa «Váyase».
Alabe y elogie, ensalce, exalte sus atractivos;

y aun cuando sea negra, dígale que tiene cara de ángel.
A mi juicio, si el hombre que tiene lengua no es capaz
de conquistar con ella a una mujer, no es hombre.

DUQUE Es que ella, según sus amigos, está comprometida
con un joven gentilhombre de mérito;
además la mantienen a buen recaudo de los hombres
para que ninguno se le acerque por el día.

VALENTÍN Pues entonces yo iría a verla de noche.

DUQUE Sí, pero las puertas tienen candado
y las llaves están bien guardadas
para evitar que de noche la aborde algún hombre.

VALENTÍN ¿Entonces qué le impide entrar por su ventana?

DUQUE Su habitación se halla en lo alto, lejos del suelo;
la ventana es empinada y nadie puede
intentar escalarla sin arriesgar la vida.

VALENTÍN ¿Por qué no usar una escala de cuerdas, hecha con arte,
que al ser lanzada se sujete con un par de garfios?
Serviría para escalar la torre de una nueva Hero,
si un audaz Leandro intentara aventurarse.

DUQUE Muy bien; como gentilhombre de linaje,
aconséjame dónde encontrar tal escala.

VALENTÍN ¿Cuándo la usaría? Dígamelo, señor, le ruego.

DUQUE Esta misma noche; pues el amor es como un niño
que desea todo lo que ve a su alcance.

VALENTÍN A las siete en punto le traeré esa escala.

DUQUE Pero te advierto que iré a verla solo.
¿Cómo llevaría yo esa escala hasta allí?

VALENTÍN Será liviana, mi señor, para que pueda cargarla
debajo de una capa de cualquier largo.

DUQUE ¿Me serviría una capa tan larga como la tuya?

VALENTÍN Pues sí, mi buen señor.

DUQUE Entonces, déjame ver tu capa
para conseguir otra del mismo largo.

VALENTÍN Pero, señor, cualquier capa le serviría igual.

DUQUE ¿Cómo me las compondré para usar una capa?

Déjame, pues, verme con tu capa puesta.

*Levanta la capa y descubre la escala de cuerdas,
al tiempo que cae una carta.*

¿Qué carta es esta? ¿Qué tenemos aquí? ¿«Para Silvia»?

¡Y he aquí un instrumento que sirve a mi proyecto!

Me tomaré el atrevimiento de romper el sello.

(Lee). «Mis pensamientos cada noche moran con mi Silvia
y son esclavos para mí que los envío en vuelo.

¡Ah, si su amo pudiera ir y venir ligero como ellos,

él mismo se alojaría allí donde se tiendan inertes!

Mis pensamientos heraldos descansan en tu seno inocente,
mientras yo, su rey, que los azuzo adelante

maldigo la gracia que con tal gracia los bendice

porque deseo para mí la suerte de mis sirvientes.

Me maldigo pues yo los he enviado

a abrigarse allí donde su señor debe estar albergado.»

¿Y esto qué es?

«¿Silvia, esta noche te liberaré?»

Así es, y aquí está la escala para ello.

Dime, Faetonte, ¿por ser hijo de Merope,

aspiras a guiar el carro celeste

e incendiar el mundo con tu audaz locura?

¿Tratarías de alcanzar las estrellas porque brillan sobre ti?

Lárgate, vil intruso, esclavo presuntuoso,

regala tus aduladoras sonrisas a tus iguales

y concede a mi paciencia, más que a tus méritos,

el privilegio de que te deje partir.

Agradéceme esto más que todos los favores

que te concedí en demasía hasta ahora.

Pero si te demoras en mis territorios

más de lo que la más veloz celeridad

te permitiera para dejar nuestro reino,

te juro por los cielos que mi cólera excederá en mucho

el amor que sentía por mi hija y por ti mismo.

¡Lárgate! ¡No escucharé tu vana excusa!

Si en algo aprecias tu vida, sal de aquí sin tardanza.

VALENTÍN ¿Y por qué no la muerte, antes que vivir atormentado?

Morir es separarme de mí mismo,
y yo mismo soy Silvia; ser apartado de ella
es separarme de mí: un destierro mortal.
¿Qué luz es luz, si no veo a Silvia?
¿Qué gozo es gozo si ella no está a mi lado?
Salvo que imagine que está próxima
y me nutra de la sombra de su perfección.
Si en la noche no estoy cerca de Silvia
no percibo la música en el ruseñor.
A no ser que la vea durante el día
no existe el día para mí.
Ella es mi esencia; dejaría de vivir
si no soy nutrido, protegido, iluminado,
sostenido en vida por su buena influencia.
No huyo de la muerte, huyo de su sentencia mortal.
Permanezco solo para esperar la muerte,
pero si huyo de aquí, huyo de la vida.

Entran PROTEO y LANZA.

PROTEO Corre, chico, corre, y alcánzalo.

LANZA ¡Eh, alto, alto!

PROTEO ¿Qué ves?

LANZA Al que buscamos. No tiene un pelo en la cabeza que no sea de Valentín.

PROTEO ¿Valentín?

VALENTÍN No.

PROTEO ¿Quién, entonces... su espíritu?

VALENTÍN Tampoco.

PROTEO ¿Qué entonces?

VALENTÍN Nada.

LANZA ¿Puede la nada hablar? (*Amenaza a VALENTÍN.*) Amo, ¿lo golpeo?

PROTEO ¿A quién golpearías?

LANZA A la nada.

PROTEO ¡Contente, bribón!

LANZA Pero, Su Merced, golpearía nada. Le ruego que...

PROTEO Escucha, don Turuleque, contrólate.

Una palabra, amigo Valentín.

VALENTÍN Tengo los oídos cerrados y no puedo oír buenas noticias; las malas ya las he escuchado.

PROTEO Entonces en mudo silencio enterraré las mías,
que son duras, desafinadas y malas.

VALENTÍN ¿Ha muerto Silvia?

PROTEO No, Valentín.

VALENTÍN No hay Valentín, de veras, para la divina Silvia.
¿Acaso ha abjurado de mí?

PROTEO No, Valentín.

VALENTÍN No hay Valentín si Silvia ha renunciado a mí.
¿Cuáles son tus noticias?

LANZA Caballero, una proclama anuncia su destierro.

PROTEO Que te destierran, ¡esa es la noticia!,
de aquí, de Silvia, y de mí, su amigo.

VALENTÍN Oh, ya estoy hastiado de esta pena
y ahora me obliga a hartarme en exceso.
¿Sabe Silvia que estoy desterrado?

PROTEO Sí, sí, y ha ofrecido contra la sentencia,
que se mantiene irrefutable en su implacable fuerza,
un mar de perlas fundidas que algunos llaman lágrimas.
Se ha postrado a los pies del duro padre
y, de rodillas, ha humillado su persona
retorciéndose las manos, cuya blancura tanto la agradaba
y ahora, por el dolor son pálidas como la cera.
Pero ni las rodillas dobladas,
ni las puras manos extendidas,
ni los tristes sollozos, los profundos lamentos,
ni las fluidas lágrimas plateadas
han podido conmover a su despiadado padre.
Y si te apresan, Valentín, deberás morir.
Además, le irritó de tal modo que ella
apelara por ti suplicando,
que ordenó encarcelarla,
con duras amenazas de eterna reclusión.

VALENTÍN Basta; a no ser que la próxima palabra que digas
tenga sobre mi vida algún poder maligno,
y si así fuera, te ruego la susurres a mi oído
como último anatema de mi eterno dolor.

PROTEO Deja de lamentarte por lo irremediable
y busca solución para lo que te afecta.
El tiempo es nodriza y criador de todo bien.
Si permaneces aquí no podrás ver a tu amor,
y encima pondrás tu vida en peligro.
La esperanza es el bastón del amante; avanza con él
y úsalo para combatir la desesperación.
Dirige tus cartas a mí, no importa dónde estés,
que yo las haré llegar directamente
al blanquísimo seno de tu amada.
Ahora no es el momento para discutir.
Ven, te llevaré hasta la puerta de la ciudad
y antes de partir hablaremos largo
de todo lo concerniente a tu asunto amoroso.
Ya por amor a Silvia, no por tu propia vida,
cuídate del peligro y ven conmigo.

VALENTÍN Te ruego, Lanza, si ves a mi sirviente,
pídele que se dé prisa
y se encuentre conmigo en la Puerta del Norte.

PROTEO Anda a buscarlo, Turuleque. Ven, Valentín.

VALENTÍN ¡Ah, mi querida Silvia! ¡Desdichado Valentín!

Salen PROTEO y VALENTÍN.

LANZA Ya lo ven, no soy sino un idiota, y sin embargo me las ingenio para creer que mi amo es una especie de truhán. Pero eso no sería nada, si no fuese un verdadero truhán. Nadie sospecha que estoy enamorado, pero lo estoy. Ni un tiro de caballos me lo haría decir, ni a la que amo, mas es una mujer; cuál, sin embargo, no me lo confesaré ni a mí mismo. Es una doncella de servicio; sin embargo puede que no lo sea, pues ha habido habladurías de ella y sin embargo es la doncella de su amo y le sirve por un sueldo. Tiene más cualidades que un perro de aguas, lo cual es mucho decir en una simple cristiana. Aquí está el catálogo (*Sacando un papel*) de sus méritos. «*Imprimis*» puede ir a buscar y traer. Pues bien, ni un caballo haría más. Un caballo trae, pero no va a buscar. Por lo tanto ella es mejor que un rocín. «*Item*, puede ordeñar.» ¿Ven? Una bella virtud en una doncella con las

manos limpias.

Entra RELÁMPAGO.

RELÁMPAGO ¡Hola, señor Lanza! ¿Cómo le va a Tu Señoría?

LANZA ¿Mi amo? Se embarcó.

RELÁMPAGO Qué vicio el tuyo; aún confundes las palabras.

¿Qué noticias, entonces, hay en tu papel?

LANZA Las más negras que hayas escuchado nunca.

RELÁMPAGO Pero hombre, ¿cuán «negras»?

LANZA Pues negras como la tinta.

RELÁMPAGO Déjame leerlas.

LANZA ¡Recónchole! Tú no sabes leer, alcornoque.

RELÁMPAGO Mientes. Sí sé.

LANZA Te pondré a prueba. Dime ¿quién te engendró?

RELÁMPAGO ¡Sea el santísimo! El hijo de mi abuelo.

LANZA Holgazán analfabeto, fue el hijo de tu abuela. Eso prueba que no sabes leer.

RELÁMPAGO Venga, imbécil, venga. Pruébame con tu papel.

LANZA (*Le da a RELÁMPAGO el papel.*) Toma, y que san Nicolás te ayude.

RELÁMPAGO (*Leyendo.*) «*Item, sabe ordeñar.*»

LANZA Pues sí que sabe.

RELÁMPAGO «*Item. Bracea buena cerveza.*»

LANZA Y de ahí el proverbio: «Bendita de tu corazón, haces buena cerveza».

RELÁMPAGO «*Item, sabe coser.*»

LANZA Eso es como decir «¿Sabe eso ser?».

RELÁMPAGO «*Item, sabe tejer medias.*»

LANZA ¿Para qué quiere uno el enlace con una criada cuando ella puede a medias entretejerlo?

RELÁMPAGO «*Item, sabe lavar y fregar.*»

LANZA Una virtud especial, porque entonces no necesita que la laven ni la frieguen.

RELÁMPAGO «*Item, sabe hilar.*»

LANZA Entonces puedo poner el mundo sobre ruedas, que ella se ganará el pan guiando.

RELÁMPAGO «*Item*, posee muchas virtudes que no tienen nombre.»

LANZA Bueno, eso es tanto como decir «virtudes bastardas», que en verdad, por no conocer a sus padres, no tienen nombre.

RELÁMPAGO Aquí siguen sus defectos.

LANZA Pisando los talones a sus virtudes.

RELÁMPAGO «*Item*, cuando ayuna no debe ser besada por respeto a su aliento.»

LANZA Bueno, ese defecto puede enmendarse con un desayuno. Prosigue.

RELÁMPAGO «*Item*, tiene la boca dulce.»

LANZA Eso enmienda su agrio aliento.

RELÁMPAGO «*Item*, habla en sueños.»

LANZA Eso no importa; al menos no se duerme cuando habla.

RELÁMPAGO «*Item*, es parca en hablar.»

LANZA ¡Ah, villano, poner esto como un defecto! Ser parca en palabras es la única virtud de la mujer. Te ruego que la quites y la pongas como su principal virtud.

RELÁMPAGO «*Item*, es soberbia.»

LANZA Borra eso también; ese es el legado de Eva y no se le puede quitar.

RELÁMPAGO «*Item*, no tiene dientes.»

LANZA Tampoco me importa, porque me gusta la corteza.

RELÁMPAGO «*Item*, es brusca.»

LANZA Bueno, que lo sea, si no tiene dientes para morder.

RELÁMPAGO «*Item*, a menudo hace elogio a la bebida.»

LANZA Si su licor es bueno, lo hará. Y si no lo haré yo; pues las cosas buenas deben valorarse.

RELÁMPAGO «*Item*, es demasiado pródiga.»

LANZA Su lengua no lo es, pues está escrito que es parca en palabras; de su bolsa no podrá serlo, pues cuidaré que la tenga cerrada; ahora, de otra cosa, quizá; eso no podría evitarlo. Prosigue.

RELÁMPAGO «*Item*, tiene más cabellos que talento, más defectos que cabellos y más riqueza que defectos.»

LANZA Párate ahí. Será mía. En ese último artículo fue mía y no lo fue dos o tres veces. Repítelo una vez más.

RELÁMPAGO «*Item*, tiene más cabellos que talento...»

LANZA Más cabellos que talento, puede ser; lo demostraré: la tapa de la caja de sal esconde la sal y por lo tanto es más que la sal; los cabellos que cubren el talento son más que el talento, pues lo más esconde lo menos. ¿Qué sigue?

RELÁMPAGO «... Y más defectos que cabellos...»

LANZA Eso es monstruoso. ¡Ah, si pudiera eliminarse!

RELÁMPAGO «... Y más riqueza que defectos.»

LANZA Bueno, esa palabra hace de los defectos virtudes. Bien, la tomaré y si he de considerarla como pareja, ya que nada es imposible...

RELÁMPAGO Entonces ¿qué?

LANZA Pues entonces te diré que tu amo te espera en la Puerta del Norte.

RELÁMPAGO ¿A mí?

LANZA ¿A ti? Claro, ¿quién crees que eres? Ha esperado a un hombre mejor que tú.

RELÁMPAGO ¿Y debo ir a él?

LANZA Debes correr, pues has permanecido aquí tanto tiempo que ir apenas valdrá la ida.

RELÁMPAGO Pero ¿por qué no me lo dijiste antes? ¡Viruela de tus cartas de amor!

Sale.

LANZA Ahora lo golpearán por leer mi carta. Vaya esclavo sin educación, que se adentra en mis secretos. Voy a seguirle, para disfrutar del castigo al muchacho.

Sale.

ESCENA II

Entran el DUQUE y TURIO.

DUQUE Señor Turio, no tema; ahora que se ha alejado

a Valentín de su presencia, ella lo amará.

TURIO Desde ese exilio ha crecido su desprecio por mí;
me injuria y rechaza mi compañía,
que tan desesperadamente ansío que acepte.

DUQUE Esta débil impresión del amor es cual figura
cincelada en hielo; en una hora de calor
se disolverá en agua, perdiendo así su forma.
Un poco de tiempo derretirá sus helados pensamientos
y el despreciable Valentín será olvidado.

Entra PROTEO.

Y bien, caballero Proteo, su paisano,
de acuerdo con nuestra proclama, ¿se habrá ido ya?

PROTEO Sí, mi buen señor.

DUQUE ¿Aflige a mi hija su marcha?

PROTEO Un poco de tiempo matará el dolor, señor mío.

DUQUE Así lo creo, pero Turio no piensa igual.
Proteo, el buen concepto que tengo de ti,
pues me has demostrado que lo mereces,
me anima a consultarte otra vez.

PROTEO Ojalá siempre pueda probarle mi lealtad,
Su Señoría. Sólo la muerte me impediría hacerlo.

DUQUE ¿Sabes con cuánto gusto concertaría
la unión entre el caballero Turio y mi hija?

PROTEO Lo sé, mi señor.

DUQUE Y también creo que no ignoras
cómo se opone ella a mi voluntad.

PROTEO Se oponía, mi señor, cuando Valentín estaba aquí.

DUQUE Así es, y perversamente persevera.
¿Qué podríamos hacer para obligarla a que olvide
su amor por Valentín y ame al señor Turio?

PROTEO Lo ideal sería difamar a Valentín acusándolo
de falsedad, de cobardía y de pobre linaje.
Tres cosas que las mujeres odian con vehemencia.

DUQUE Sí, pero ella pensará que nos hace hablar el odio.

PROTEO Si el que lo hiciera fuese su enemigo.

Por ende deberá hacerlo con tacto, alguien
a quien su hija estime amigo de Valentín.

DUQUE Entonces tienes que acometer la difamación tú.

PROTEO Pero yo, mi señor, detestaría hacer eso.

Es un acto vil para un caballero,
especialmente contra su propio amigo.

DUQUE Si no lo benefician tus palabras de elogio,

tu difamación nunca podrá perjudicarlo.
En consecuencia, el acto es indiferente
y soy yo, tu amigo, quien lo solicita.

PROTEO Me ha convencido, señor. Si logro hacerlo,

con todo lo que diré en su contra,
ella dentro de poco dejará de amarlo.
Pero aunque esto le extirpe el amor por Valentín,
no necesariamente amaré al caballero Turio.

TURIO Por eso, a medida que devanes el hilo de su amor por él,

para que no se deshilache sin beneficio de nadie,
tienes que encargarte de enrollarlo para mí;
lo que has de hacer elogiándome en la misma proporción
en que censuras al caballero Valentín.

DUQUE Y nos atrevemos a confiar en ti, Proteo,

porque por boca del propio Valentín sabemos
que eres un firme devoto del amor,
y por ende no puedes rebelarte y cambiar de opinión.
Dada esta garantía, tendrás acceso a estar
cerca de Silvia y hablarle libremente;
ya que está apesadumbrada, melancólica y deprimida
y como amigo de Valentín te recibirá de buen grado.
Por medio de la persuasión podrás inducirla
a que odie al joven Valentín y ame a mi amigo.

PROTEO Haré cuanto pueda en ese sentido;

pero usted, señor Turio, no es lo bastante astuto.
Deberá echar liga donde pueda aprisionar sus deseos:
unos sonetos tristes de rimas bien compuestas
cargadas con promesas de adhesión.

DUQUE Sí, mucha es la fuerza de la celestial poesía.

PROTEO Diga que ante el altar de su belleza
ofrenda usted sus lágrimas, suspiros, corazón.
Escriba hasta que, ya seca la tinta,
deba humedecerla de nuevo con llanto
y destaque algún verso tierno
que ejemplifique su integridad;
las cuerdas del laúd de Orfeo eran fibras de poetas,
cuyos áureos acordes suavizaban el acero y las piedras,
amansaban a los tigres y hacían que enormes
leviatanes abandonaran abismos insondables
para ir a danzar en las arenas.
Tras enviar sus lamentos en tristes elegías,
deberá en la noche visitar la ventana de su dama
con un concierto dulce. Y que los instrumentos
imploren con melancólica tonada,
pues un suave lamento asentará muy bien
al sepulcral silencio de la noche. Solo así,
y no de otra manera, podrá hacer suya a Silvia.

DUQUE Estas lecciones muestran que has estado enamorado.

TURIO Esta misma noche pondré su consejo en práctica.
Así pues, caro Proteo, mi mentor,
vayamos ahora mismo a la ciudad
a buscar algunos caballeros diestros en la música.
Tengo un soneto que me servirá
para hacer realidad su buen consejo.

DUQUE ¡Adelante con ello, caballeros!

PROTEO Acompañaremos a Su Señoría hasta después de la cena y luego haremos
los preparativos.

DUQUE Ahora mismo, adelante. Yo los excuso.

*Salen TURIO y PROTEO por una puerta,
y el DUQUE por otra.*

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran varios BANDIDOS.

PRIMER BANDIDO Compañeros, atención. Se acerca un viajero.

SEGUNDO BANDIDO

Aunque fuesen diez, no se acobarden. Acaben con ellos.

Entran VALENTÍN y RELÁMPAGO.

TERCER BANDIDO Quieto, caballero. Entréguennos cuanto traen consigo. De lo contrario, los detendremos y despojaremos.

RELÁMPAGO (*A VALENTÍN.*)

¡Señor, estamos perdidos! Son los criminales que tanto temen todos los viajeros.

VALENTÍN (*A los bandidos.*) Mis amigos...

PRIMER BANDIDO Se equivoca, caballero; somos enemigos.

SEGUNDO BANDIDO Silencio. Vamos a escucharlo.

TERCER BANDIDO Sí, por mi barba que así será.

Porque es un hombre de bien.

VALENTÍN Sepan entonces que tengo poca fortuna que perder.

Soy un hombre agobiado por la adversidad,
mis riquezas son estos pobres vestidos;
si ustedes me los arrebataran
me dejarían sin la suma y esencia de lo que poseo.

SEGUNDO BANDIDO ¿Hacia dónde va?

VALENTÍN A Verona.

PRIMER BANDIDO ¿De dónde viene?

VALENTÍN De Milán.

TERCER BANDIDO ¿Y ha estado allí mucho tiempo?

VALENTÍN Unos dieciséis meses, y me hubiese quedado aún más si la torcida fortuna no se me hubiese atravesado.

PRIMER BANDIDO ¡Cómo! ¿Entonces lo han desterrado?

VALENTÍN Sí.

TERCER BANDIDO ¿Por qué delito?

VALENTÍN Por algo que me remuerde la conciencia repetir.

Maté a un hombre, de cuya muerte me arrepiento mucho,
y sin embargo, lo maté valientemente, en combate leal,
sin falsa ventaja ni vil traición.

PRIMER BANDIDO Pues, si fue así, no tiene de qué arrepentirse.

¿Pero fue desterrado por un delito tan pequeño?

VALENTÍN Sí, y me considero afortunado con la condena.

PRIMER BANDIDO ¿Conoce idiomas?

VALENTÍN Es algo que debo a los viajes de mi juventud,
sin lo cual a menudo hubiera sido desgraciado.

TERCER BANDIDO Por la calva del gordo fraile de Robin Hood,
este tipo sería un rey para nuestra banda.

PRIMER BANDIDO Lo reclutaremos. Señores, una palabra.

Los bandidos hablan entre ellos.

RELÁMPAGO (A VALENTÍN.) Únase a ellos, señor. Es una banda de ladrones honrados.

VALENTÍN Calla, villano.

SEGUNDO BANDIDO Díganos esto: ¿tiene algo a qué recurrir?

VALENTÍN Nada, tan solo mi suerte.

TERCER BANDIDO

Sepa, pues, que algunos de nosotros somos caballeros,
a quienes el frenesí de una juventud incontrolable
mantiene alejados de compañías honradas.

Yo mismo fui desterrado de Verona
por tratar de raptar a una dama,
rica heredera y parienta cercana del duque.

SEGUNDO BANDIDO Y yo de Mantua, debido a un caballero
a quien atravesé el corazón en un momento de cólera.

PRIMER BANDIDO

Y yo también por crímenes insignificantes como esos.
A propósito, hemos contado nuestros delitos

para que se tomen como excusa a esta vida licenciosa;
y viendo que está dotado de una gallarda presencia
y además es un lingüista, hombre de una perfección
y calidad tales como las que tanto necesitamos...

SEGUNDO BANDIDO Ciertamente, consideramos hacerle
estas proposiciones porque es un desterrado.
¿Estaría conforme en ser nuestro general,
hacer de la necesidad una virtud
y vivir como nosotros en estas soledades?

TERCER BANDIDO ¿Qué responde? ¿Será uno de los nuestros?
Diga «sí» y será nuestro capitán.
Le rendiremos homenaje, acataremos sus órdenes,
y lo amaremos como a nuestro jefe y rey.

PRIMER BANDIDO Pero si rehúsa la gentileza, morirá.

SEGUNDO BANDIDO No vivirá para jactarse de nuestra oferta.

VALENTÍN Acepto, y viviré con ustedes,
siempre y cuando no ultrajen
a mujeres inocentes ni a viajeros pobres.

TERCER BANDIDO Detestamos esas prácticas bajas y viles.
Síguenos, le presentaremos al resto de nuestro grupo
y le mostraremos los tesoros que tenemos,
que juntamente con nosotros están a su disposición.

Salen.

ESCENA II

Entra PROTEO.

PROTEO Ya le he sido infiel a Valentín,
y ahora debo ser desleal a Turio.
El pretexto de alabarlo
me facilita ofrecer mi propio amor.
Pero Silvia es demasiado bella, demasiado leal,
demasiado pura para ser seducida
con mis indignos obsequios.
Cuando le declaro lealtad sincera
me echa en cara mi falsedad con mi amigo.

Cuando encomiendo mis votos a su belleza
me pide que recuerde cómo cometí perjurio
al romper la confianza de la que amaba, Julia,
y no obstante sus repetidas mofas, cada una
de las cuales apagaría toda esperanza
en un enamorado, mi amor, como un perro faldero,
cuanto más ella lo rechaza, más crece y más la adora.
Pero ahí viene Turio. Ahora iremos
hasta la ventana de Silvia
para ofrecer una serenata a sus oídos.

Entran TURIO y músicos.

TURIO Y bien, caballero Proteo. ¿Cómo llegaste antes que nosotros?

PROTEO Ay, gentil Turio, bien sabes que el amor
se escurrirá hasta donde no puede.

TURIO Sí, señor, pero espero que aquí no ame a nadie.

PROTEO Pues sí, amo, si no qué estaría haciendo.

TURIO ¿A quién? ¿A Silvia?

PROTEO A Silvia, sí... Por usted.

TURIO Le doy las gracias. Y ahora, caballeros,
vamos a tocar y hagámoslo por un buen rato.

*Entran por el fondo de la escena un posadero
y JULIA vestida de paje. Hablan entre sí.*

POSADERO ¡Y bien, mi joven huésped! Creo que estás algo melancólico. Dime por
qué, por favor.

JULIA Virgen santa, porque no puedo estar alegre, mi anfitrión.

POSADERO Venga, que lo alegraremos. Lo llevaré donde escuche música y pueda
ver a ese caballero por el cual ha preguntado.

JULIA Pero ¿le oiré hablar?

POSADERO Pues claro que le oirás.

JULIA Será música para mí.

Suena la música.

POSADERO ¡Escucha, escucha!

JULIA ¿Está él entre esos músicos?

POSADERO Sí, pero ¡silencio! Escuchemos.

Canción

¿Quién es Silvia? ¿Qué posee
que los zagales la elogian?
Es pura, bella y discreta.
Del cielo emana su gracia
y por ello es admirada.
¿Es tan buena como bella?
Belleza y bondad conviven.
Amor enmienda en sus ojos
lo que enceguece a su amante
y ambos en la luz residen.
Cantémosle, pues, a Silvia:
lo que en Silvia se distingue
supera a cada mortal
que habita esta triste tierra.
Para ella son las guirnaldas.

POSADERO ¿Qué hay? ¿Estás más triste que antes? ¡Qué pasa, hombre! ¿Te disgusta la música?

JULIA Se equivoca. Es el músico el que me disgusta.

POSADERO ¿Por qué, mi lindo joven?

JULIA Canta en falso, padre.

POSADERO ¿Cómo? ¿Están desafinadas las cuerdas?

JULIA No es eso; sino que su falsía me lastima hasta las fibras de mi corazón.

POSADERO Tienes un oído muy delicado.

JULIA Sí. ¡Ojalá fuera sordo! Me hace sentir como si el corazón fuera a pararse.

POSADERO Veo que no te gusta la música.

JULIA Ni un ápice cuando chirría así.

POSADERO Escucha qué bonito cambio hay ahora en la melodía.

JULIA Ese «cambio» es pura tirria.

POSADERO ¿Tú harías que los músicos tocaran siempre lo mismo?

JULIA Los haría tocar siempre una sola tonada. Pero anfitrión, ese caballero Proteo de quien hablamos, ¿viene a menudo a ver a esa noble dama?

POSADERO Le diré lo que me dijo Lanza, su sirviente: que está loco de amor por ella.

JULIA ¿Dónde está Lanza?

POSADERO Ha ido en busca de su perro, el que mañana, por orden de su amo, tiene que llevar de regalo a la dama de él.

JULIA ¡Silencio! ¡Apártese! La compañía se separa.

PROTEO Señor Turio, no tema, abogaré tan bien por su causa que acabará elogiando mi astuta y excelsa elocuencia.

TURIO ¿Dónde nos volveremos a ver?

PROTEO Junto al pozo de San Gregorio.

TURIO ¡Adiós!

*Salen TURIO y los músicos.
SILVIA se asoma a la ventana.*

PROTEO Señora, buenas noches tenga Su Señoría.

SILVIA Agradezco su serenata, señores.
¿Quién es el que ha hablado?

PROTEO Uno, señora, tal que si conociera usted la verdadera pureza de su corazón aprendería enseguida a reconocerlo por su voz.

SILVIA El caballero Proteo, me figuro.

PROTEO El caballero Proteo, noble señora, y su fiel sirviente. SILVIA ¿Qué se le ofrece?

PROTEO Poder complacerla.

SILVIA Complacido en su deseo. Ahora el mío es este:

apresúrese en volver a su casa.

Hombre astuto, perjurio, falso y desleal,

¿me cree acaso tan débil, tan falta de amor propio para ser seducida por zalamerías y promesas con las que ha engañado a tantas mujeres?

Vuelva, vuelva y excútese ante su amor.

Que yo, lo juro ante la pálida reina de la noche, estoy bien lejos de acceder a su petición;

desprecio su inaceptable galanteo

y pronto he de reprocharme

el tiempo que he malgastado hablándole.

PROTEO Acepto, dulce amor, que amé a una dama,
pero está muerta.

JULIA (*Aparte.*) Sería falso si hablara yo,
pues estoy segura que no está enterrada.

SILVIA Digamos que lo esté; sin embargo está vivo
su amigo Valentín, con quien, usted es testigo,
estoy comprometida. ¿No se avergüenza usted
de agraviarlo con su insistencia?

PROTEO También he oído que ha muerto Valentín.

SILVIA Pues entonces suponga que lo estoy yo también,
porque en su tumba, téngalo por seguro,
está enterrado mi amor.

PROTEO Dulce dama, permita que yo lo desentierre.

SILVIA Vaya a la tumba de su amada y desentierre su amor,
o al menos entierre allí su amor por ella.

JULIA (*Aparte.*) Eso él no lo ha oído.

PROTEO Señora, si su corazón es tan obstinado,
concédame por mi amor, al menos su retrato,
ese que está colgado en su habitación,
para hablarle, suspirar y llorar ante él.
Puesto que la materia de su persona
está consagrada a otro, soy tan solo una sombra
y a su sombra ofreceré mi leal amor.

JULIA (*Aparte.*) Si de veras fuese materia, de seguro la traicionarías convirtiéndola
en mera sombra, como lo soy yo.

SILVIA Me repugna ser su ídolo, caballero,
pero como su perfidia se ajusta tan bien
a eso de adorar sombras y falsas imágenes,
mande por el retrato en la mañana.
Se lo haré entregar. Y así, buenas noches.

Sale.

PROTEO Como las noches de los desgraciados
que han de ejecutar en la mañana.

Sale.

JULIA (*Al POSADERO.*) Anfitrión, ¿nos vamos?

POSADERO Por lo más sagrado, estaba profundamente dormido.

JULIA Dígame, por favor, ¿dónde se hospeda Proteo?

POSADERO Por Dios, en mi casa. Créame, ya casi es de día.

JULIA No lo es aún; pero ha sido la noche más larga
y dolorosa que he pasado en mi vida.

Salen.

ESCENA III

Entra EGLAMUR.

EGLAMUR Es a esta hora que la señora Silvia
me pidió que la llamara para enterarme
de un asunto importante del que quiere me ocupe...
¡Señora, señora!

SILVIA se asoma a la ventana.

SILVIA ¿Quién me llama?

EGLAMUR Un servidor y amigo
que acude al llamado de Su Señoría.

SILVIA Caballero Eglamur, mil veces buenos días.

EGLAMUR Tantas como se merece usted, Señoría.
De acuerdo a lo ordenado por Su Alteza,
he venido temprano para saber qué servicio
tiene a bien encomendarme.

SILVIA Oh, Eglamur, eres todo un caballero.
—no creas que lo digo por halago, juro que no—
valiente, discreto, sensible y capaz.
No ignoras cuán querido
me es el desterrado Valentín;
tampoco que mi padre me impone el matrimonio
con el vano Turio, a quien toda mi alma aborrece.
Tú has amado, y te he oído decir
que tu corazón nunca sufrió tanto

como cuando murió tu bienamada esposa,
sobre cuyo sepulcro hiciste voto de eterna castidad.
Señor Eglamur, iría a reunirme con Valentín,
en Mantua, en donde he oído decir que reside;
y como transitar por los caminos es tan peligroso,
deseo tu digna compañía,
en cuya fe y honor confío.
No me arguyas la ira de mi padre, Eglamur;
piensa tan solo en mi dolor, el dolor de una dama
y en lo justo de que me fugue hacia allá
para librarme de un enlace espantoso
que el Cielo y el Destino maldecirían con plagas.
Te lo ruego desde un corazón
tan lleno de tristezas como el mar de arenas:
asísteme en mi empeño y partamos.
Si no, calla lo que te he dicho
de modo que pueda aventurarme e ir sola.

EGLAMUR Señora, sus aflicciones me apenan mucho
y como sé cuán virtuosamente están basadas
consiento en ir acompañándola;
poco me importa lo que pueda sucederme,
pues deseo que todo bien favorezca su empeño.
¿Cuándo quiere partir?

SILVIA Esta noche.

EGLAMUR ¿Dónde la encontraré?

SILVIA En la celda de fray Patricio, donde recibiré santa confesión.

EGLAMUR No le faltaré a Su Señoría.

Buenos días, gentil dama.

SILVIA Buenos días, buen Eglamur.

Salen.

ESCENA IV

Entra LANZA con su perro Crab.

LANZA (*Al público.*) Cuando un sirviente se porta con su amo como un perro, fíjese bien, todo va mal. A este perro lo crié desde cachorro; lo salvé de ahogarse,

cuando tres o cuatro de sus hermanos ciegos lo hicieron. Lo he enseñado, precisamente, como alguien diría «Así se educa a un perro». Fui enviado a entregárselo a la señora Silvia como regalo de parte de mi amo, pero tan pronto entro en el comedor él se me adelanta, va a la comida de ella y le roba un muslo de capón. Vaya, qué cosa infame es que un perro no sepa comportarse bien en sociedad. Yo hubiera, como diríamos, asumido mi papel de perro de verdad, para ser como si fuera un perro en todo. De no haber tenido más ingenio que él, y haberme achacado su falta, creo que seguramente lo habrían ahorcado. Tan cierto como que estoy vivo, lo habría pagado caro; júzguenlo ustedes. Me arrastró a la compañía de tres o cuatro perros bien nacidos que estaban debajo de la mesa del duque. No había estado allí —bendita la marca— ni el tiempo de orinarse, cuando ya toda la habitación olía a él. «¡Fuera con el perro!», dijo uno. «¿Qué perro?», dijo otro. «¡Saquéalo a latigazos!», dijo un tercero. «¡Que lo ahorquen!», dijo el duque. Yo, que conocía ese olor, sabía que era de Crab; me dirigí al hombre que ya blandía el látigo: «Amigo —le digo—, ¿vas a zurrar al perro?». «Sí, por la Virgen, que sí», dijo él. «Le harás más mal que bien —dígame—; fui yo el que hizo lo que tú sabes.» Él, sin más ni más, sin rodeos, me saca de la habitación a latigazos. ¿Qué amo haría tal cosa por su criado? ¡Palabra de honor!, he tenido que estar sentado en un cepo por los pasteles que se robaba él; si no lo habrían ejecutado. Me he expuesto a la mofa pública por los gansos que él había matado, pues de lo contrario habría sufrido las consecuencias. ¡Y ahora no te acuerdas de nada! Qué va, recuerdo la trastada que me jugaste cuando me despedía de la señora Silvia. ¿No te pedí que me observaras e hicieras todo como yo? ¿Cuándo me has visto levantar la pierna y hacer aguas contra la falda de una gentil dama? ¿Di, alguna vez me viste en semejante jugarreta?

Entra PROTEO con JULIA, vestida de paje.

PROTEO (A JULIA.) ¿Sebastián, te llamas? Me caes bien; pronto te emplearé en algún servicio.

JULIA En lo que desee. Haré cuanto pueda.

PROTEO Así espero... (A LANZA.) Y bien, campesino hijo de perra, ¿dónde has estado remoloneando estos dos días?

LANZA Por la Virgen, señor, le he llevado a la señorita Silvia el perro que usted me pidió.

PROTEO ¿Y qué dice ella sobre mi pequeña joya?

LANZA Por la Virgen, dice que su perro es de mala ralea y que para tal regalo perras gracias son más que suficientes.

PROTEO Pero ¿aceptó el perro?

LANZA De ninguna manera. No; aquí se lo he traído de vuelta.

PROTEO ¡Pero cómo! ¿Es esto lo que le has ofrecido de mi parte?

LANZA Sí, señor, el otro perrillo me fue robado por los chicos del verdugo en la plaza del mercado, y entonces le ofrecí el mío propio, que es un perro tan grande como diez de los suyos, y por ende un regalo más grandioso.

PROTEO Largo, vete, busca de nuevo mi perro
o no te presentes ante mí nunca más.
¡Lárgate, te digo! ¿Te quedas para irritarme?

Sale LANZA con Crab.

Un esclavo que al final siempre me hunde en la vergüenza.
Sebastián, te he tomado en consideración,
en parte porque necesito un joven como tú
que pueda, con cierta discreción, atender mis asuntos,
pues no puedo confiar en ese torpe patán,
pero principalmente por tu porte y tu conducta
los cuales, si mi presentimiento no me engaña,
dan fe de una educación esmerada,
de fortuna y de honradez.
Has de saber, pues, que por eso
te he tomado a mi servicio.
Ve ahora y lleva contigo esta sortija.
Entrégasela a la señorita Silvia.
Me la dio una que me amó mucho.

SILVIA Parece que no la amó, si se separa así de su prenda.
¿Murió ella tal vez?

PROTEO No, creo que aún vive.

SILVIA ¡Ay!

PROTEO ¿Por qué has gritado «Ay»?

JULIA No puedo menos que compadecerla.

PROTEO ¿Por qué la compadeces?

JULIA Porque creo que ella lo amaba tanto
como usted ama a la señorita Silvia.
Ella sueña con uno que ha olvidado su amor;
usted delira por una a quien su amor no le interesa.

Es una lástima que el amor sea tan contradictorio,
y pensar en esto me hace lanzar ese «Ay».

PROTEO Bien, dale esa sortija y además esta carta.

(*Señalando.*) Ese es su dormitorio. Dile a mi dama
que reclamo su celestial retrato, que me ha prometido.
Cumplido tu mensaje, apresúrate en volver a casa.
Me encontrarás en mi habitación, triste y solo.

Sale.

JULIA ¿Cuántas mujeres harían semejante recado?

¡Ay de ti, infeliz Proteo! Has elegido
a un zorro como pastor de tus corderos.
¡Ay de mí, pobre tonta! ¿Por qué he de compadecerlo
si él me desprecia con todo su corazón?
Porque la ama a ella me desprecia a mí.
Porque lo amo debo compadecerlo.
Esta es la sortija que le di cuando nos despedimos,
para hacerle recordar mi cariño.
Y ahora voy, infeliz mensajera,
a pedir lo que no quisiera alcanzar,
a ofrecer lo que quisiera que me rechazaran
y encomiar su amor, que quisiera ver menospreciado.
Soy de mi amo fiel y sincera amante,
mas no puedo servirle lealmente
sin dejar de traicionarme a mí misma.
No obstante hablaré por él, aunque con frialdad.
El cielo sabe cuánto anhelo
ver sus esperanzas malogradas.

Entra SILVIA.

Gentil señorita, buenos días, le ruego me lleve adonde pueda hablar con la
señorita Silvia.

SILVIA ¿Y qué querría si acaso yo fuera ella?

JULIA Si usted fuera ella le pediría paciencia
para que me oiga decirle el mensaje que se me encargó.

SILVIA ¿De quién?

JULIA De mi amo el caballero Proteo, señora.

SILVIA ¡Oh! ¿Él lo envía por mi retrato?

JULIA Así es, señora.

SILVIA Úrsula, trae aquí mi retrato.

Una criada le lleva el retrato.

Dale esto a tu amo, y dile de parte mía
que la Julia que él olvidó en el vaivén de sus sentimientos
estaría mejor en su habitación que esta sombra.

JULIA (*Entregándole una carta.*)

Señora, por favor, lea esta carta con cuidado.
Perdóneme, distraídamente le he entregado
un papel que no habría debido...

Recoge la carta y le entrega a SILVIA otra.

Esta es la carta para Su Señoría.

SILVIA Le ruego que me permita verla otra vez.

JULIA No puede ser, noble señora. Perdóneme.

SILVIA (*Dándole el primer papel.*)

Aguarde. No miraré las líneas de su amo.
Sé que están repletas de declaraciones
y de nuevos juramentos que él romperá
tan fácilmente como yo rasgo este papel.

Rompe la carta.

JULIA Señora, él le envía una sortija a Su Señoría.

Le entrega a SILVIA una sortija.

SILVIA Qué vergüenza mandármela a mí;
pues le he oído decir mil veces
que su Julia se la había entregado al despedirse.
Si su dedo traidor ha profanado la sortija,
el mío no hará igual agravio a su Julia.

JULIA Ella se lo agradece.

SILVIA ¿Qué dices?

JULIA Le agradezco, señora, que se apiade de ella.
¡Pobre dama!, mi amo la ha tratado injustamente.

SILVIA ¿La conoces?

JULIA Como a mí mismo. Le juro que he llorado
cientos de veces pensando en sus sufrimientos.

SILVIA Probablemente ella piensa que Proteo la ha abandonado.

JULIA Así lo creo, y esa es la causa de su pena.

SILVIA ¿No es hermosa?

JULIA Fue más hermosa de lo que es ahora.

Cuando se creía amada por mi amo
era, a mi juicio, tan bella como usted.
Pero desde que dejó de mirarse al espejo,
y abandonó su máscara protectora del sol,
el aire ha marchitado las rosas de sus mejillas
y privado a su rostro del color azucena
y ahora es tan morena como yo.

SILVIA ¿Cómo es de alta?

JULIA Como yo, más o menos, porque en la última Pascua
del Pentecostés, cuando se representaron
los misterios a nuestro gusto,
mis jóvenes amigos me pidieron que hiciera
el papel de mujer, y fui vestida
con una túnica de la señorita Julia
que a juicio de los hombres me quedaba perfecta,
como si hubiese sido hecha para mí;
por eso sé que es más o menos de mi estatura.
Mucho la hice llorar en esos días,
ya que representaba un papel lamentable.
El de Adriana, señora, que sufría
por Teseo, el perjuro, y su pérfida fuga;
lo interpreté tan vivamente que mi llanto
conmovió a mi pobre ama y la hizo llorar
amargamente. ¡Que caiga muerto ahora
si mi alma no sentía su propia pena!

SILVIA Ella te lo agradece, amable joven.

¡Ay! ¡Pobre mujer sola, abandonada!
Yo misma lloro al oír tus palabras.
Toma, joven, ahí tienes mi bolso.
Te lo entrego, por el airior de tu ama
porque la quieres tanto. Adiós.

Sale.

JULIA Y ella le dará las gracias si alguna vez la conoce.

Dama virtuosa, delicada y bella.

Ya que tanto respeto muestra por el amor de «mi señora»
espero que reciba con frialdad el galanteo de mi amo.

Ay, ¿cómo puede el amor burlarse de sí mismo?

Aquí está su retrato. Déjame ver, yo creo

que con un tocado igual mi rostro

sería tan hermoso como el de ella,

y eso que el pintor se esmeró un poco;

a no ser que yo me estime en demasía.

Su cabello es castaño y el mío de un rubio perfecto.

Si fuera esta la diferencia que lo cautiva,

yo me conseguiría una peluca de ese color.

Sus ojos grises son como cristal, iguales a los míos;

ah, pero su frente es estrecha y la mía despejada.

¿Qué es lo que adora en ella

que no pudiera yo hacer adorable en mí,

si el necio amor no fuera un dios ciego?

Ven, sombra, ven y llévate esta sombra, que es tu rival.

Toma el retrato.

Forma sin sentido,

serás divinizada, besada, amada y adorada;

y de tener algún sentido esa idolatría

en tu lugar mi cuerpo sería una estatua.

Te trataré con cuidado en aprecio a su dueña,

que igual hizo conmigo; que si no, lo juro por Júpiter,

mis uñas arañarían los inmóviles ojos

para hacer que mi amo te aborreciera.

Sale.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entra EGLAMUR.

EGLAMUR El sol ya empieza a dorar el cielo de Occidente,
y se acerca la hora en que Silvia
se reunirá conmigo en la celda de fray Patricio.
No faltará, pues los amantes suelen ser puntuales,
y de no serlo es porque llegan antes a la cita.
Tanto los espolea la vehemencia.

Entra SILVIA.

Ahí viene. Feliz atardecer, señora.

SILVIA ¡Amén! ¡Amén! Vámonos, buen Eglamur,
salgamos por la poterna del muro de la abadía.
Temo que unos espías puedan seguirme.

EGLAMUR No tema; el bosque está a menos de tres leguas.
Si llegamos allí, estaremos a seguro resguardo.

Salen.

ESCENA II

Entran TURIO, PROTEO y JULIA vestida de paje.

TURIO Señor Proteo, ¿qué dice Silvia de mi galanteo?

PROTEO Oh, señor, la encontré más indulgente que antes.

No obstante sigue hallando defectos en su persona.

TURIO ¿Qué? ¿Le parecen mis piernas demasiado largas?

PROTEO No, sino demasiado flacas.

TURIO Me pondré botas para hacerlas lucir más redondas.

JULIA (*Aparte.*) Pero no hay espuela que logre incitar al amor a que ame lo que detesta.

TURIO ¿Qué dice de mi rostro?

PROTEO Dice que es blancuzco.

TURIO Qué va, entonces, la pícara mente. Soy moreno.

PROTEO Pero las perlas son blancas; y como dice el adagio,
«Los hombres morenos son perlas
a los ojos de las mujeres bonitas».

JULIA (*Aparte.*)

Es verdad, esas perlas ciegan los ojos de las mujeres.
Yo prefiero hacer guiños que mirarlas.

TURIO ¿Qué le parece mi conversación?

PROTEO Mala cuando habla de guerra.

TURIO ¿Pero buena cuando hablo del amor y la paz?

JULIA (*Aparte.*) Realmente mejor cuando pone usted en paz labios y lengua.

TURIO ¿Qué dice de mi valor?

PROTEO Oh, señor, de eso no duda.

JULIA (*Aparte.*) No puede tener dudas; conoce tu cobardía.

TURIO ¿Qué dice de mi cuna?

PROTEO Que proviene de gran linaje.

JULIA (*Aparte.*) Cierto: de caballero a necio.

TURIO ¿Concede importancia a mis propiedades?

PROTEO ¡Oh, sí! Y lamenta...

TURIO ¿Qué cosa?

JULIA (*Aparte.*) Que pertenezcan a semejante asno.

PROTEO Que estén enajenadas.

JULIA Ahí viene el duque.

Entra el DUQUE.

DUQUE Hola, señor Proteo. Hola, Turio.

¿Quién de ustedes ha visto últimamente a Eglamur?

TURIO Yo, no.

PROTEO Ni yo.

DUQUE ¿Han visto a mi hija?

PROTEO Tampoco.

DUQUE Pues entonces ha huido en compañía de Eglamur para buscar a ese villano de Valentín.

Es cierto, porque fray Lorenzo se encontró con ambos mientras vagaba por el bosque haciendo penitencia.

A Eglamur lo reconoció, e imaginó que el otro era ella, pero como llevaba una máscara, no estuvo seguro.

Además, ella tenía la intención

de ir esta tarde a confesarse

a la celda de fray Patricio, y allí no estaba.

Estas coincidencias confirman su fuga;

por eso, les ruego, no se queden parados conversando.

Monten inmediatamente a caballo; y encuéntrense

conmigo al pie de la montaña camino a Mantua,

hacia donde han huido.

Apresúrense, amables caballeros y síganme.

Sale.

TURIO ¡Vaya! Qué muchacha obstinada

que huye de la felicidad cuando se le ofrece.

Y yo detrás, más por vengarme de Eglamur

que por amor a la imprudente Silvia.

Sale.

PROTEO Y yo los seguiré más por amor a Silvia

que por odio a Eglamur, que va con ella.

Sale.

JULIA Y yo los seguiré más por impedir ese amor

que por odio a Silvia, que ha huido por amor.

Sale.

ESCENA III

Entran los bandidos con SILVIA prisionera.

PRIMER BANDIDO

Vengan, vengan, tengan paciencia. Debemos conducirlos

adonde se encuentra nuestro capitán.

SILVIA Más de un millar de infortunios como este
me han enseñado a soportar este con paciencia.

SEGUNDO BANDIDO Vamos, tráiganla aquí.

PRIMER BANDIDO ¿Dónde está el caballero que iba con ella?

TERCER BANDIDO Es ligero de pies; se nos ha escapado,
pero Moisés y Valerio lo siguen.
Ve con ella al linde occidental del bosque.
Allí está nuestro capitán. Vamos tras el fugitivo.
El bosque está cercado, no podrá escapar.

Salen todos, excepto el PRIMER BANDIDO y SILVIA.

PRIMER BANDIDO (A SILVIA.)

Vamos, tengo que llevarla a la cueva de nuestro capitán.
No tema. Es un hombre de conducta honorable,
y no hará uso indebido de una mujer.

SILVIA (*Aparte.*) ¡Ah, Valentín, sólo por ti sufro esto!

Salen.

ESCENA IV

Entra VALENTÍN.

VALENTÍN ¡Cómo la costumbre puede calar en el hombre!

Soporto mejor esta sombría soledad,
estos bosques poco frecuentados,
que las florecientes y populosas ciudades.
Aquí puedo sentarme solo, sin que nadie me vea,
entonar mis pesares a los trinos quejumbrosos
del ruiseñor y fijar mi infortunio en el canto.
¡Oh, tú, que habitas en mi pecho,
no abandones tu morada tanto tiempo vacía,
no sea que, ruinoso, la mansión se derrumbe
y no quede memoria de lo que fue!
Sostenme con tu presencia, Silvia.
Dulce ninfa, acaricia a tu mozo abandonado.
¿Pero qué gritos y alborotos son estos de hoy?
Son mis compañeros, que hacen ley su voluntad

y andan persiguiendo a un infeliz viajero.
Me quieren bien, mas se me hace difícil
impedir que cometan desafueros brutales.
Retírate, Valentín, ¿quién viene ahí?

Se oculta.
Entran PROTEO, SILVIA y JULIA
vestida de paje.

PROTEO Señora, este servicio lo he realizado por usted,
aunque no considera en nada a su sirviente
que ha expuesto la vida por rescatarla de quien
intentaba violentar su honra y su amor.
Concédame, tan solo como tributo, una mirada amable.
No le puedo pedir una merced menor
y estoy seguro que usted no puede dar menos.

VALENTÍN (*Aparte.*) ¡Qué parecido a un sueño es lo que veo y oigo!
Amor, dame paciencia para contenerme un rato más.

SILVIA ¡Miserable! ¡Qué desgraciada soy!

PROTEO Infeliz era antes de que llegara yo, señora;
pero con mi llegada la he hecho feliz.

SILVIA Tu cercanía me hace más infeliz aún.

JULIA (*Aparte.*) Y a mí también cuando está a tu lado.

SILVIA Preferiría ser el almuerzo de un león hambriento
que ser rescatada por el falso Proteo.
¡Ah, cielos, sean testigos de cuánto amo a Valentín,
cuya vida me es tan querida como mi alma!
Y otro tanto estoy repleta, pues más no lo puedo estar,
de quien detesto, el falso y perjuro Proteo.
Vete, pues, no me importunes más.

PROTEO ¡Qué otro peligro, aunque expusiera la vida,
no afrontara yo por obtener de usted una mirada plácida!
¡Oh! Maldición del amor, bien confirmada,
cuando las mujeres no pueden amar a quienes las aman.

SILVIA Cuando Proteo no puede amar a quien lo ama.
Lee en el corazón de Julia, tu primer y gran amor.
Para lograr el amor de ella rendiste tu fe
miles de veces, y todos esos juramentos
se han vuelto en perjurio por amor a mí.

Ya no te queda fe, a no ser que tengas dos,
que es peor que no tener ninguna. Es preferible
no tener fe a tenerla doble, porque una sobra.
Has traicionado a tu fiel amigo.

PROTEO En el amor, ¿quién respeta la amistad?

SILVIA Todos los hombres menos Proteo.

PROTEO Pues bien, si el tierno aliento que anima mis palabras
no puede enternecer en algo su comportamiento,
tendré que cortejarla a lo soldado,
con la fuerza de mis brazos. La amaré
contra la naturaleza del amor. ¡Por la violencia!

SILVIA ¡Cielo santo!

PROTEO (*Yendo hacia ella.*) La obligaré a rendirse a mis deseos.

VALENTÍN (*Apareciendo.*) ¡Rufián! Aparta esa mano brutal,
amigo de todas las vilezas.

PROTEO ¡Valentín!

VALENTÍN ¡Amigo vulgar, sin lealtad ni amor!

Así son ahora todos. Hombre traidor,
has defraudado mis esperanzas. Solo viéndolo
con mis propios ojos habría podido creerlo.
Y no me atrevo a decir que tengo
un amigo en el mundo; tú me desmentirías.
¿En quién confiar, cuando la propia mano derecha
ha devenido perjurio al corazón? Proteo,
lamento que nunca más pueda confiar en ti;
el mundo se ha vuelto extraño por tu culpa.
La herida íntima es la más profunda.
¡Tiempo maldito! ¡Que de todos
los enemigos el peor sea el amigo!

PROTEO Mi vergüenza y mi crimen me confunden.

Perdóname, Valentín. Si un dolor sincero del corazón
es suficiente para redimir una ofensa como esta,
te lo ofrezco aquí mismo. Realmente sufro
por todo lo que he cometido.

VALENTÍN Entonces, todo está reparado
y una vez más he de confiar en ti.

Aquel a quien el arrepentimiento no satisface
no es del cielo ni de la tierra, porque estos perdonan:
la penitencia aplaca la cólera del Eterno
y, para que mi afecto aparezca sencillo y libre,
te entrego todo lo de Silvia que fue mío.

JULIA ¡Desdichada de mí!

Se desmaya.

PROTEO Atiendan al muchacho.

VALENTÍN ¡Ea, muchacho! ¿Qué te pasa? Abre los ojos. Habla.

JULIA ¡Buen señor, mi amo me encargó que entregara
una sortija a la señorita Silvia,
cosa que por negligencia nunca hice!

PROTEO ¿Dónde está esa sortija, muchacho?

JULIA Aquí está. Es esta.

Entrega la sortija.

PROTEO ¡Cómo! Déjame verla.

Pero si es el anillo que yo le di a Julia.

JULIA ¡Oh, señor, misericordia! Lo he confundido.
Aquí está la sortija que usted le envió a Silvia.

Le da a PROTEO otra sortija.

PROTEO ¿Pero cómo llegaste a tener esta sortija?

Yo se la di a Julia cuando partí.

JULIA (*Descubriéndose.*) La misma Julia me la dio,
y Julia misma la ha traído aquí.

PROTEO ¡Cómo! ¡Julia!

JULIA Contempla a la que fue objeto de tus juramentos
y los ha guardado en lo más hondo de su corazón.
¿Cuán a menudo los has quebrado con deslealtades?
¡Ah, Proteo, que estas ropas te hagan sonrojarte!
Avergüénzate de que haya tenido que vestir
una indumentaria tan indecorosa,
si acaso la vergüenza cabe
en un disfraz que ha elegido el amor.
Pues menos afrenta halla el pudor en las mujeres

al cambiar de traje, que en los hombres
al cambiar de sentimientos.

PROTEO ¡Que en los hombres al cambiar de sentimientos!
Es verdad. ¡Ah, cielos! Si el hombre fuera constante sería perfecto.
Un solo error lo llena de defectos,
lo lleva a caer en todos los pecados;
la inconstancia se rinde antes siquiera de empezar.
¿Qué hay en el rostro de Silvia que no pueda yo
encontrar con más lozanía aún en el de Julia,
si la miro con ojos constantes?

VALENTÍN Vamos, vamos a darnos la mano.
Tenga yo la dicha de sellar esta feliz conclusión.
Sería de lamentar que tales amigos
fuesen enemigos por tanto tiempo.

JULIA y PROTEO se toman de la mano.

PROTEO El cielo sea testigo
de que se han cumplido todos mis deseos.

JULIA ¡Y los míos!

Entran los bandidos con el DUQUE y TURIO.

LOS BANDIDOS ¡Una presa! ¡Una presa! ¡Una presa!

VALENTÍN ¡Deténganse! ¡Deténganse, digo! Es mi señor el duque.
Su Alteza, bienvenido ante un hombre en desgracia,
el desterrado Valentín.

DUQUE ¡El caballero Valentín!

TURIO Allí está Silvia y Silvia es mía.

VALENTÍN Turio, atrás, o entrégate a tu muerte.
No te pongas al alcance de mi cólera.
No proclames a Silvia tuya. Si lo repites,
Verona no volverá a verte nunca.
Aquí está ella. Ni se te ocurra tocarla.
No te atrevas a rozar a mi amada con tu aliento.

TURIO Caballero Valentín, ya no me intereso por ella.
Ha de estar loco quien arriesga la vida
por una mujer que no lo ama.
No la reclamo, y por lo tanto es suya.

DUQUE Tanto más degenerado y vil eres
si la abandonas así tan fácilmente
después de todo lo que has hecho por conquistarla.
Vaya, por el honor de mis antepasados
aplauzo tus arrestos, Valentín,
y te creo digno del amor de una emperatriz.
Que bien se sepa a partir de ahora,
que perdono todo agravio anterior,
olvido toda enemistad pasada,
y te llamo de regreso a casa,
Abogo por tu mérito sin par,
y declaro lo siguiente: caballero Valentín,
eres un hidalgo de noble abolengo.
Toma a tu Silvia, que te la mereces.

VALENTÍN Gracias, Señoría. Ese don me hace feliz.
Ahora le ruego por el amor a su hija
que me conceda un favor que he de pedirle.

DUQUE Concedido, cualquiera sea.

VALENTÍN Estos desterrados, con quienes he vivido
son hombres de cualidades apreciables.
Perdóneles aquí lo que hayan cometido
y haga que se revoque su condena.
Están civilizados, reformados, llenos de bondad,
aptos para emplearles útilmente, digno señor.

DUQUE Me has convencido. Los perdono como a ti.
Dispón de ellos, tú que conoces sus méritos.
Vengan, marchemos, vamos a concluir
nuestras desavenencias con fiestas, regocijos
y espléndidas solemnidades.

VALENTÍN Y mientras andamos me atreveré
con lo que diga a Su Señoría, a hacerle sonreír.
Qué piensa de este paje, señor?

DUQUE Creo que el chico es gracioso. Se sonroja.

VALENTÍN Le garantizo, señor, que tiene más gracia que hombría.

DUQUE ¿Y eso qué significa?

VALENTÍN Con su permiso, se lo contaré mientras caminamos
y se deslumbrará con lo que ha sucedido.

Ven, Proteo; tu castigo es escuchar
cómo pongo al descubierto tus amores.
Hecho esto, el día de nuestra boda será el de la tuya.
Una fiesta, una casa, una felicidad mutua.

Salen.



LA COMEDIA DE LOS ERRORES

*versión de
Hugo Chaparro Valderrama*

Se sabe que fue representada el 28 de diciembre de 1594 en Londres, concretamente en el Gray's Inn (una facultad de derecho y letras que se utilizaba excepcionalmente como teatro de invierno) para celebrar la Navidad ante los profesionales del derecho.

El primer texto impreso es el del Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

SOLINO, duque de Éfeso

EGEÓN, mercader de Siracusa, padre de los gemelos Antífolo

ANTÍFOLO DE ÉFESO y ANTÍFOLO DE SIRACUSA, hermanos gemelos, hijos de Egeón

DROMIO DE ÉFESO y DROMIO DE SIRACUSA, hermanos gemelos y esclavos de los gemelos Antífolo

ADRIANA, esposa de Antífolo de Éfeso

LUCIANA, su hermana

NELL, cocinera de Adriana

ÁNGELO, orfebre

BALTASAR, mercader

Una CORTESANA

Doctor PINCH, maestro de escuela y exorcista

MERCADER DE ÉFESO, amigo de Antífolo de Siracusa

SEGUNDO MERCADER, acreedor de Ángelo

EMILIA, abadesa de Éfeso

Carcelero, mensajero, verdugo, oficiales y acompañantes

PRIMER ACTO

ESCENA I

*Entra SOLINO, el DUQUE de Éfeso,
con EGEÓN, el mercader de Siracusa, el verdugo
y acompañantes.*

EGEÓN Procede, Solino, a consumir mi ruina,
y con la sentencia de muerte acaba con mis penas y con todo.

DUQUE Mercader de Siracusa, no ruegues más.

No estoy dispuesto a transgredir nuestras leyes.
La enemistad y discordia que últimamente
han surgido de la rencorosa violencia de tu duque
hacia los mercaderes, nuestros honrados compatriotas,
quienes, por falta de dinero para salvar sus vidas,
sellaron sus rigurosos decretos con sangre,
excluye toda piedad de nuestras amenazantes miradas.
Porque desde las contiendas internas y mortales
entre tus sediciosos compatriotas y los nuestros,
ha sido decretado en solemnes asambleas,
tanto por los siracusanos como por nosotros mismos,
no permitir comercio alguno con los pueblos que nos son hostiles.
Y si alguien nacido en Éfeso
es visto en una feria o mercado de Siracusa,
o si un siracusano
va al puerto de Éfeso, debe morir,
siendo confiscadas sus mercancías a disposición del duque,
a menos que obtenga mil marcos
para pagar su pena y salvarse.
Tus posesiones, valuadas al costo más alto,
no alcanzan los mil marcos;
así que por la ley estás condenado a morir.

EGEÓN Pero este es mi consuelo: cuando tus palabras se cumplan,
acabarán mis pesares al tiempo que se oculte el sol.

DUQUE Y bien, Siracusano, explica brevemente las razones
por las que saliste de tu tierra natal
y por qué motivo viniste a Éfeso.

EGEÓN No podrías imponerme una tarea más difícil

que hablar de mis penas indecibles.
Sin embargo, para que el mundo atestigüe cómo mi final
fue forjado por la naturaleza y no por una ofensa vil,
revelaré lo que mi dolor permita.
Nací en Siracusa y me casé
con una mujer, feliz salvo por mí,
mas feliz conmigo, de no haber sido la suerte adversa.
Vivía felizmente con ella; nuestra riqueza creció
por los afortunados viajes que hacía a menudo
a Epidamno, hasta que la muerte de mi administrador
y la preocupación por las mercancías dejadas al azar
me raptaron de los amorosos abrazos de mi esposa,
de quien no llevaba seis meses alejado
cuando ella misma, casi desmayada
por el plácido castigo que deben soportar las mujeres,
tomara la decisión de seguirme
llegando pronto y a salvo a donde yo estaba.
Al poco tiempo se convirtió
en madre feliz de dos hermosos niños;
y, lo que era extraño, uno se parecía tanto a otro
que no podían distinguirse sino por sus nombres.
A la misma hora y en el mismo lugar
una pobre mujer se liberaba
de una carga similar, dos niños gemelos, igualmente parecidos.
Debido a que sus padres eran hartos humildes,
los compré y los traje para que atendieran a los míos.
Mi mujer, bastante orgullosa de sus dos hijos,
me pedía a diario que regresáramos a casa;
acepté de mala gana. Ay, muy pronto
nos embarcamos.
Estábamos a una legua de Epidamno
antes de que el mar doblado por el viento
nos diera algún indicio de nuestra desgracia.
Pero no tardamos en perder las esperanzas
porque la lúgubre luz que mostraba el cielo
no hacía sino transmitir a nuestras almas aterradas
la espantosa certeza de la muerte inmediata,
que yo habría aceptado alegremente;
pero el llanto incesante de mi esposa,
gimiendo al presentir lo que vendría,
y los sollozos lastimeros de los hermosos niños,

que la imitaban, ignorantes de lo que es el miedo,
me obligaron a buscar un paliativo.
Y así sucedió todo, pues no fue de otra manera:
los marineros se salvaron tomando nuestro bote,
y nos dejaron el barco zozobrando.
Mi esposa, preocupada por el menor de los niños,
lo ató a un pequeño mástil de reserva,
como el que usan los navegantes en las tormentas;
junto a él amarró a uno de los otros gemelos,
mientras yo me encargaba de los otros dos.
Así dispuestos los niños, mi mujer y yo,
fijando los ojos en quienes fijábamos los cuidados
nos atamos cada uno a un extremo del mástil
y, flotando al dictado de la corriente,
fuimos llevados hacia Corinto, como entonces supusimos.
Al fin el sol, alzándose sobre la tierra,
dispersó la niebla que nos inquietaba;
y por el beneficio de su anhelada luz
los mares se calmaron y descubrimos
dos barcos que a lo lejos se acercaban a toda vela,
uno de Corinto y el otro de Epidauro.
Pero antes de que se aproximaran... ¡Oh, no me hagas decir más!
Deduce la secuela por lo que ya te he contado.

DUQUE No, anciano, continúa. No te interrumpas,
pues podemos compadecerte mas no perdonarte.

EGEÓN ¡Ah, si los dioses lo hubieran hecho,
no los juzgaría ahora despiadados con nosotros!
Pues antes de que los barcos estuvieran a diez leguas
dimos contra una gran roca
que, al golpearlos con violencia,
partió por la mitad el mástil que nos auxiliaba;
así que, en este injusto divorcio,
la fortuna nos dejó, a cada uno por igual,
de qué alegrarnos y de qué entristecernos.
La parte de mi esposa, pobre alma, agobiada en apariencia
con menos peso mas no con menos dolor,
fue arrastrada por el viento a gran velocidad.
Y vimos cómo eran recogidos los tres
por pescadores de Corinto, según creímos.
Al fin nos recogieron los del otro barco

y sabiendo a quiénes habían tenido ocasión de salvar,
dieron una grata bienvenida a sus huéspedes náufragos.
Y habrían arrebatado su presa a los pescadores
de no haber sido su barco muy lento en navegar;
por eso siguieron su rumbo.
Así has escuchado cómo terminó mi dicha
Y cómo, por desgracia, se ha prolongado mi vida
para que cuente la historia de mis desventuras.

DUQUE Y por aquellos que son motivo de tu pena
hazme el favor de contarlo todo:
qué ha sido de ellos y de ti hasta hoy.

EGEÓN Mi hijo menor, y el de mis mayores cuidados,
a los dieciocho años empezó a preguntar
acerca de su hermano y a importunarme
con que su criado —cuyo caso es similar:
separado de su hermano aunque conserve su nombre—
podría acompañarlo en la búsqueda;
mientras encuentra pues a quien he extrañado tanto
me arriesgo a perder a quien tanto amo.
He pasado cinco veranos recorriendo Grecia,
vagando por las fronteras de Asia,
y navegando, de regreso a casa, hasta llegar a Éfeso,
sin esperanzas de encontrarlos, aunque remiso a no visitar
cualquier lugar donde vivan hombres.
Pero acá debo terminar la historia de mi vida,
y sería feliz de mi muerte oportuna
si después de tantos viajes supiera que están vivos.

DUQUE Infeliz Egeón, a quien el destino ha señalado
para soportar las desgracias más terribles,
confía en mí, que de no ser contrario a las leyes
de mi corona, mi juramento y mi dignidad,
a los que ningún príncipe, aunque quiera, puede renunciar,
mi alma estaría de tu parte.
Pero aunque estés condenado a muerte,
y acaso la sentencia solo se recuerde
para enorme descrédito de nuestro honor,
haré por ti lo que pueda.
Por tanto, mercader, te concedo este día
para que busques la ayuda necesaria.
Intenta con los amigos que tienes en Éfeso,

mendiga o pide en préstamo la suma
y vive; de lo contrario, estás condenado a morir.
Carcelero, tómalo bajo tu custodia.

CARCELERO Así lo haré, señor.

EGEÓN Sin esperanza ni amparo continúa Egeón
solo para posponer el final inerte.

Salen.

ESCENA II

*Entran viniendo del puerto ANTÍFOLO DE SIRACUSA,
el MERCADER DE ÉFESO y DROMIO DE SIRACUSA.*

MERCADER DE ÉFESO Entonces di que eres de Epidamno
para que no te confisquen las mercancías al instante.
Hoy mismo un mercader de Siracusa
fue detenido por llegar aquí;
y, no siendo capaz de pagar la fianza por su vida,
de acuerdo a los estatutos de la ciudad
morirá antes de que el sol cansado se oculte en el oeste.
Acá está el dinero que me diste a guardar.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA (A DROMIO.)

Ve, llévalo al Centauro, donde nos alojamos,
y espera allí, Dromio, hasta que llegue;
dentro de una hora cenaremos;
mientras tanto conoceré las costumbres de la ciudad,
los mercaderes, echaré un vistazo a las construcciones,
y luego regresaré y dormiré en mi posada,
porque el largo viaje me tiene adolorido y exhausto.
Márchate.

DROMIO DE SIRACUSA Más de un hombre te cogería la palabra,
y, por supuesto, se iría con tan buenos medios.

Sale.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Un villano fiable, señor, que a menudo,
cuando me abruman las preocupaciones y la melancolía,
me alegra el ánimo con sus bromas.
Bueno, ¿damos un paseo por la ciudad,

y luego a mi posada, para que cenemos juntos?

MERCADER DE ÉFESO

Señor, estoy invitado donde ciertos mercaderes,
de quienes espero obtener buenos beneficios.
Te pido que me disculpes. A eso de las cinco,
si te parece, nos encontraremos en el mercado,
y entonces te acompañaré hasta la hora de acostarte.
Por ahora mis negocios nos separan.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Adiós hasta entonces. Vagaré por la ciudad de arriba abajo,
para conocerla.

MERCADER DE ÉFESO Señor, te encomiendo a tu satisfacción.

Sale.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Aquel que me encomienda a mi satisfacción
me encomienda a lo que me está negado.
Soy en el mundo como una gota de agua
que busca en el océano otra gota,
la cual, cayendo allí para encontrar su compañera,
se pierde, invisible, inquisitiva.
Así yo, por encontrar a una madre y a un hermano,
en busca de ellos, infeliz, me pierdo yo mismo.

Entra DROMIO DE ÉFESO.

Aquí viene la fecha más precisa de mi calendario.
¿Qué sucede? ¿Cómo has podido regresar tan pronto?

DROMIO DE ÉFESO ¿Regresar tan pronto? Mejor llegar tan tarde.

El pollo se quema, el cerdo cae del asador.
La campana del reloj ya dio las doce;
mi señora me dio una en la mejilla.
Se acalora porque la comida está fría.
La comida está fría porque tú no has ido a casa.
No has ido a casa porque no tienes estómago.
No tienes estómago porque rompiste el ayuno;
pero nosotros que sabemos lo que es ayunar y orar
hoy somos penitentes por tu culpa.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Toma aliento y dime, te lo ruego:
¿dónde dejaste el dinero que te di a guardar?

DROMIO DE ÉFESO

Ah... ¿Los seis peniques que tenía el miércoles pasado para dar al sillero por la grupera de mi ama? No los tengo yo, sino el sillero.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA No estoy de humor ahora: dime, y no bromees, ¿dónde está el dinero? Siendo extranjeros acá, ¿cómo te atreves a confiar semejante responsabilidad a otros?

DROMIO DE ÉFESO Te pido que bromees, señor, mientras cenas. Vengo a toda prisa de parte de mi señora. Si regreso será ella la que se apresure a golpearme por tu culpa en la cabeza. Me parece que tu vientre, como el mío, debería ser el reloj que te llevara a casa sin necesidad de mensajero.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Vamos, Dromio, vamos, esas bromas están fuera de lugar. Guárdalas para un momento más alegre. ¿Dónde está el oro que te di a guardar?

DROMIO DE ÉFESO ¿A mí, señor? Vaya, si no me has dado ningún oro.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Vamos, bribón, termina con tus tonterías, y dime si cumpliste lo que te encargué.

DROMIO DE ÉFESO Mi encargo es llevarte del mercado a tu casa, el Fénix, señor, para comer. Mi ama y su hermana esperan por ti.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Bien, como que soy cristiano dirás dónde has dejado mi dinero o te romperé esa cabeza de chistoso que insiste en divertirse cuando yo no estoy de humor. ¿Dónde están los mil marcos que te di?

DROMIO DE ÉFESO Tengo algunas marcas tuyas en la cabeza y algunas marcas de mi ama en las espaldas, pero entre unas y otras no hacen mil. Si tuviera que devolverte tu generosidad tal vez no lo soportarías con paciencia.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Las marcas de tu ama? ¿Qué ama, esclavo, tienes tú?

DROMIO DE ÉFESO Tu adorada esposa, mi ama, en el Fénix,
que ayunará hasta que vengas a cenar,
y ruega que te apresures a cenar.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Qué? ¿Te burlas en mi cara
habiéndotelo prohibido? ¡Pues toma esto, bribón!

Golpea a DROMIO.

DROMIO DE ÉFESO ¿Qué haces, señor? ¡Por Dios, detente!
No, si no lo haces, señor, saldré corriendo.

Sale.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Por mi vida que de un modo u otro
este villano ha perdido mi dinero.
Dicen que esta ciudad está llena de fulleros,
de magos capaces de engañar el ojo,
de oscuros hechiceros que trastornan el juicio,
de brujas asesinas que deforman el cuerpo,
de truhanes disfrazados, charlatanes,
y pecadores libertinos.
Si es así, me iré lo más rápido que pueda.
Ahora, al Centauro a buscar mi esclavo.
Temo que mi dinero no esté a salvo.

Sale.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

*Entran del Fénix ADRIANA,
esposa de ANTÍFOLO DE ÉFESO, con LUCIANA,
su hermana.*

ADRIANA ¿No han regresado ni mi esposo ni el esclavo
que envié con tal prisa en busca de su amo?
Ya son las dos en punto, Luciana.

LUCIANA Tal vez un mercader lo convidó
y del mercado se fue a otro lugar para comer.
Querida hermana, cenemos, y no nos preocupemos.
Los hombres son dueños de su libertad.
Solo el tiempo es su señor y cuando les parece
van o vienen. Así que sé paciente, hermana.

ADRIANA ¿Y por qué su libertad es mayor que la nuestra?

LUCIANA Porque sus negocios siempre son fuera de casa.

ADRIANA Cuando yo me porto así, él se molesta.

LUCIANA Oh, comprende que él es la brida de tu voluntad.

ADRIANA Solo a los asnos se les pone brida.

LUCIANA Ah, la libertad terca es azotada por desdichas.
No hay nada bajo el cielo
que no tenga sus límites, en la tierra, el mar o el aire.
Las bestias, los peces y las aves
se someten al macho y su dominio.
El hombre, más divino, es el amo de todos,
señor del ancho mundo y de los mares salvajes,
dotado de razón e intelecto; y los espíritus
superiores a los peces y las aves,
son amos de sus hembras y sus señores.
Doblega pues tu voluntad a su consentimiento.

ADRIANA Por esa esclavitud sigues soltera.

LUCIANA No por ella sino por las angustias del tálamo nupcial.

ADRIANA

Pero una vez que estuvieras casada, podrías someterte un poco.

LUCIANA Antes de aprender a amar, practicaría la obediencia.

ADRIANA ¿Y qué tal que tu esposo busque a otra?

LUCIANA Aguantaría hasta que volviera a casa.

ADRIANA ¡Paciencia imperturbable! No la maravilla nada:
puede ser tan bondadosa mientras no tenga motivos.
a un alma infeliz, maltratada por la adversidad,
le pedimos que se calme cuando oímos sus lamentos.
Pero si padeciéramos un dolor como el suyo,
nos lamentaríamos tanto o más que ella.
Y tú, sin un esposo cruel que te maltrate,
me quieres consolar con una resignación vana.
Pero si fuera a ti a quien negaran sus derechos,
dejarías a un lado esa paciencia absurda.

LUCIANA Bueno, algún día me casaré, solo por probar.

Entra DROMIO DE ÉFESO.

Aquí llega tu esclavo. Tu esposo debe estar cerca.

ADRIANA Dime, ¿tu tardío señor ya está a la mano?

DROMIO DE ÉFESO No, me puso las dos manos encima, cosa que mis orejas bien atestiguan.

ADRIANA Dime, ¿no hablaste con él? ¿Sabes qué dijo?

DROMIO DE ÉFESO Sí, sí, habló en mis orejas.
Maldita su mano, casi no pude entenderle.

LUCIANA ¿Habló de forma tan confusa que no pudiste comprenderle?

DROMIO DE ÉFESO No, fue tan directo que pude sentir perfectamente cada golpe, y a pesar de todo fue tan ambiguo que apenas podía comprenderlo.

ADRIANA Pero dime, por favor, ¿viene a casa?
Siempre se preocupa por complacer a su esposa.

DROMIO DE ÉFESO Ah, señora, seguro que mi amo es capaz de embestirnos con sus cuernos.

ADRIANA ¿Con sus cuernos, villano?

DROMIO DE ÉFESO
No quiero decir que sea un cornudo, sino que anda como loco.

Cuando le dije que viniera a comer,
me pidió mil marcos de oro.
«Es hora de comer», le dije. «Mi oro», me dijo.
«Tu carne se quema», le dije. «Mi oro», me dijo.
«¿Vienes a casa?», le dije. «Mi oro», me dijo.
«¿Dónde están los mil marcos que te di, villano?»
«El cerdo —le dije— se quema.» «¡Mi oro!», me dijo.
«Mi ama, señor...», dije yo. «¡Cuelga a tu ama!
¡No sé quién es! ¡Olvida a tu ama!»

LUCIANA ¿Quién lo dijo?

DROMIO DE ÉFESO Mi señor.

«No conozco —dijo— ninguna casa, ni esposa ni señora.»
Así que este recado, llevado por mi lengua,
gracias a él, lo traigo en mis espaldas;
pues fue allí donde él me terminó pegando.

ADRIANA Regresa, esclavo, y tráelo a casa.

DROMIO DE ÉFESO ¿Regresar para que me golpee de nuevo?
Por Dios, envía a otro mensajero.

ADRIANA Regresa, esclavo, o te cruzo la mollera.

DROMIO DE ÉFESO Y él bendecirá esa cruz con otros golpes
y entre los dos me la habrán santificado.

ADRIANA Apresúrate, patán. Trae a casa a tu señor.

Golpea a DROMIO.

DROMIO DE ÉFESO ¿Por hablar sin tantas vueltas
me pateas como si fuera un balón de fútbol?
Tú me lanzas desde acá y él me lanza desde allá.
Si sigo sirviéndolos, me tendrán que forrar en cuero.

Sale.

LUCIANA (A ADRIANA.)

¡Qué pena! ¡Tu rostro es una mueca de impaciencia!

ADRIANA Mientras da su compañía a sus amantes
yo desfallezco en esta casa por una mirada suya.
¿El tiempo ha opacado la seductora belleza
de mi rostro? Entonces la ha agostado él.
¿Solo digo tonterías? ¿No soy ingeniosa?

Si ya no soy aguda ni agradable,
su crueldad, más dura que el mármol, me ha hecho así.
¿Lo seducen con alegres vestiduras?
No es mi culpa: a él le debo mi apariencia.
¿Acaso no soy una ruina
debido a su ruindad? Pues él es el culpable
de mi desfiguración. Mi ajada belleza
se recuperaría con una de sus miradas luminosas.
Pero, indócil como un ciervo, escapa del encierro
y come lejos de su hogar. Pobre de mí, soy solo su vejestorio.

LUCIANA ¡Dañinos celos! Deberías avergonzarte, alejarlos de ti.

ADRIANA Solo los insensibles y estúpidos perdonan tales ofensas.

Sé que sus ojos tributan su homenaje en otra parte.
¿O qué más puede evitar que se encuentre acá?
Hermana, tú sabes que él me prometió una cadena.
Ojalá eso solo lo detuviera
con tal de que fuese fiel a nuestro lecho nupcial.
La joya mejor esmaltada
pierde su belleza. Aunque el oro resiste
que lo toquen, y a pesar de que lo toquen
sigue siendo oro, ningún hombre que tenga un prestigio
lo deshonrará con falsedad y corrupción.
Y ya que mi belleza no puede complacer sus ojos
lloraré lo que me queda y llorando moriré.

LUCIANA

¡A cuántos tontos enamorados esclaviza la locura de los celos!

Salen hacia el Fénix.

ESCENA II

Entra ANTÍFOLO DE SIRACUSA.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA El oro que di a Dromio está guardado
y a salvo en el Centauro, y mi servicial esclavo
anda por ahí buscándome.
¡Por mis cálculos y por lo que me dijo el posadero,
no he hablado con Dromio desde la primera vez,
cuando lo envié desde el mercado! Mira, aquí viene.

Entra DROMIO DE SIRACUSA.

¿Y bien, caballero, has dejado de bromear?
Como te encantan los golpes, búrlate de mí otra vez.
¿No conoces el Centauro? ¿No recibiste ningún oro?
¿Tu señora te envió para que me llevaras a comer a casa?
¿Vivo en el Fénix? ¿Estabas tan loco
que solo con locuras pudiste responderme?

DROMIO DE SIRACUSA

¿Qué respondí, señor? ¿Cuándo dije tales palabras?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Ahora mismo, acá mismo, no hace más de media hora.

DROMIO DE SIRACUSA No te veía desde que me mandaras
al Centauro con el oro que me diste.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Villano, negaste que habías recibido el oro
y me hablaste de una señora y de una cena,
por lo que espero que hayas sentido mi disgusto.

DROMIO DE SIRACUSA Me agrada verte tan contento.

¿Qué significa esta broma? Te lo ruego, señor, dímelo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Así que te burlas y me insultas en mi propia cara?
¿Crees que bromeo? Pues toma esto y esto.

Golpea a DROMIO.

DROMIO DE SIRACUSA

Espera, señor, por Dios... ¡Tu broma es cosa seria!
¿Qué hice para merecerla?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Dado que tenemos cierta familiaridad,
te uso como bufón y converso contigo,
tu insolencia quiere burlarse de mi afecto
y hacer de mis horas más serias una vulgaridad.
Cuando brille el sol, deja que los tontos mosquitos se diviertan,
pero que se oculten en las grietas cuando se escondan sus rayos.
Si quieres bromear conmigo, observa mi aspecto,
y ajusta tu conducta a mi apariencia,
o a los golpes entrará este método en tu casco.

DROMIO DE SIRACUSA ¿«Casco» lo llamas? Si dejaras de golpearme, preferiría tener

una cabeza. Pero si continúas con tus golpes, tendré que ponerme un casco en la cabeza y protegerla, o el juicio me quedará entre las espaldas. Así que, te suplico, señor, ¿por qué me golpeas?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿No lo sabes?

DROMIO DE SIRACUSA No, señor, y sin embargo soy golpeado.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Debo entonces decirte por qué?

DROMIO DE SIRACUSA Sí, señor, y para qué; pues dicen que un «porqué» tiene un «para qué».

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Primero el «porqué»: por burlarte de mí. Y ahora el «para qué»: para que no te burles de mí otra vez.

DROMIO DE SIRACUSA

¿Recibió alguna vez un hombre un golpe inopinado cuando en el porqué y el para qué no hay ni rima ni razón? Bien, señor, te lo agradezco.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Me agradeces? ¿Por qué?

DROMIO DE SIRACUSA De verdad, señor, por lo que me has dado a cambio de nada.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA La próxima vez te compenso dándote nada por algo. Pero dime, ¿ya es hora de comer?

DROMIO DE SIRACUSA

No, señor, creo que a la carne le falta lo que tengo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Enhorabuena, ¿y qué es?

DROMIO DE SIRACUSA Un caldo de palos.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Bien, entonces estará seca.

DROMIO DE SIRACUSA Si lo está, señor, te ruego que no la comas.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Por qué lo dices?

DROMIO DE SIRACUSA Para que no te enfurezcas y me persigas a golpes.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Pues aprende que hay momentos para bromear y que hay una ocasión para cada cosa.

DROMIO DE SIRACUSA Me hubiera atrevido a negarlo antes de que te enfurecieras.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Por qué razón?

DROMIO DE SIRACUSA Por Dios, señor, por una razón tan sencilla como la sencilla calva del Padre Tiempo en persona.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Explícate.

DROMIO DE SIRACUSA No hay tiempo para que un hombre recupere su cabello si lo ha hecho calvo la naturaleza.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Y no puede hacerlo con una multa y un traspaso?

DROMIO DE SIRACUSA Sí, pagando la multa por una peluca, con lo que le traspasarán el cabello perdido de otro hombre.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Por qué el Tiempo es tan tacaño en punto al pelo, estando, como está, tan lleno de excrecencias?

DROMIO DE SIRACUSA Porque es una bendición que otorga a las bestias, y lo que le falta al hombre en pelo se lo ha dado en ingenio.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Pero hay muchos hombres que tienen más pelo que ingenio.

DROMIO DE SIRACUSA Esos solo tienen ingenio para perder el pelo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Pero tú has concluido que los peludos son ingenuos sin ningún ingenio.

DROMIO DE SIRACUSA Los ingenuos lo pierden más rápido. Aunque con cierto placer.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Por qué razón?

DROMIO DE SIRACUSA Por dos razones, ambas claras.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA No digas claras, te lo ruego.

DROMIO DE SIRACUSA Entonces seguras.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA No, no hay nada seguro en algo falso.

DROMIO DE SIRACUSA Entonces ciertas.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Nómbralas.

DROMIO DE SIRACUSA La primera, para ahorrar el dinero que se gasta en arreglarse el pelo; la otra, para que en la cena no caiga el pelo sobre el plato.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Todo este tiempo has querido comprobar que no hay tiempo para todo.

DROMIO DE SIRACUSA Por Dios, y lo hice, señor: o sea, que no hay tiempo para recuperar el cabello perdido por naturaleza.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Pero tu argumento no es contundente: ¿por qué no hay tiempo para recuperarlo?

DROMIO DE SIRACUSA Lo corrijo de este modo: el Tiempo es en sí mismo calvo, por lo tanto otros calvos lo seguirán hasta el fin del mundo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Sabía que tu conclusión sería algo calva.

Entran desde el Fénix ADRIANA
y LUCIANA.

Pero aguarda... ¿Quién nos llama desde allí?

ADRIANA Sí, sí, Antífolo, muéstrate distante y enojado:

alguna otra mujer tendrá la dulzura de tus ojos.

Yo no soy Adriana ni tu mujer.

Hubo un tiempo en el que, sin pedírtelo, jurabas

que no había palabras que fueran música a tus oídos,

que no había objeto capaz de complacer tus ojos,

que nada que tocaras era bienvenido por tu mano,

que ningún manjar era dulce a tu gusto,

a menos que yo hablara, mirara, tocara o te sirviera.

¿Qué ha sucedido, esposo mío, oh, qué ha sucedido

para que seas tan distinto de ti mismo?

Y digo «de ti mismo», siendo extraño para mí

que, indivisible, una sola,

soy mejor que la parte más querida de tu ser.

Ah, no te apartes de mí;

pues debes saber, mi amor, que tan fácil como dejar caer

una gota de agua en el turbulento remolino,

para luego tomarla sin mezclarse

sin crecer o aminorarse,

es tomarte a ti de mí, sin tomarme a mí también.

¿Cómo te afectaría en lo más profundo

si escucharas que yo era licenciosa

y que este cuerpo, consagrado a ti,

se hubiera corrompido en una abyecta lujuria?

¿No me escupirías, y me despreciarías,

y arrojarías a mi rostro el título de marido,

y rasgarías la manchada piel de mi rostro de ramera,

y arrancarías de mi falsa mano el anillo de bodas,

y lo romperías con una promesa solemne de divorcio?

¡Sé que lo harías y por eso quiero verlo!

Soy presa de una mancha de adulterio;

mi sangre está mezclada con el crimen de la lujuria.

Así que si los dos somos uno, y me haces trampas,

yo digiero el veneno de tu carne,
haciéndome ramera por contagio.
Guarda pues fiel alianza y lealtad a tu legítimo lecho,
para que yo sin mancha y tú sin deshonor.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Te diriges a mí, hermosa dama? No te conozco.
Solo llevo dos horas en Éfeso,
tan extraño a tu pueblo como a tu conversación,
y cada palabra que mi ingenio ha estudiado
carece de ingenio para comprender una sola de las tuyas.

LUCIANA

¡Qué vergüenza, hermano, cómo ha cambiado el mundo para ti!
¿Cuándo te has tratado con mi hermana de ese modo?
Ha enviado a Dromio para que te llevara a comer a casa.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿A Dromio?

DROMIO DE SIRACUSA ¿A mí?

ADRIANA A ti; y esto me traes:

que él te golpeó y que, con sus golpes,
negó que mi casa fuera suya y a mí como su esposa.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Señor, ¿has conversado con esta dama?

¿Cuál fue el tema y la intención de vuestra intriga?

DROMIO DE SIRACUSA

¿Yo, mi amo? Jamás la había visto hasta ahora.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Mientes, villano, pues sus palabras son las mismas
que las tuyas cuando fuiste a buscarme al mercado.

DROMIO DE SIRACUSA Jamás he hablado con ella en toda mi vida.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Cómo puede entonces llamarnos por nuestros nombres?
A menos que sea por inspiración.

ADRIANA ¡Qué mal le va a tu gravedad

fingir tan obviamente con tu esclavo,
incitándolo a contradecirme en mi disgusto!
Es mi error que te hayas alejado de mí,
pero no dupliques ese error desdeñándome aún más.
Vamos, me apoyaré en tu manga.

Eres un olmo, mi esposo; yo una vid
cuya debilidad, casada con tu fortaleza,
me hace partícipe de tu vigor.
Si algo te separa de mí, es la impureza,
la hiedra usurpadora, la zarza o el inútil musgo,
el cual, por no podarlo, te invade,
corrompe tu savia y vive de tu destrucción.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA (*A un lado.*)

A mí me habla; hace de mí su tema.
¿Me he casado pues con ella en sueños?
¿O duermo y creo que escucho todo esto?
¿Qué error conduce torpemente nuestros ojos y oídos?
Hasta que entienda esta segura incertidumbre,
aceptaré la ilusión que se me ofrece.

LUCIANA Dromio, ve y ordena a los sirvientes que pongan la mesa.

DROMIO DE SIRACUSA (*A un lado.*)

¡Oh, por mi rosario! Me santiguo como pecador.
Esto es el reino de las hadas. Ah, pesar de mis pesares,
acá hablamos con duendes, elfos y espíritus.
Si no los acatamos, serán capaces de
robarnos el aliento y pellizcarnos hasta quedar negros o azules.

LUCIANA ¿Por qué refunfuñas y no me respondes?

¡Dromio haragán, perezoso, vago, idiota!

DROMIO DE SIRACUSA (*A ANTÍFOLO.*)

¿Me han transformado o no, mi amo?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Creo que en espíritu, como a mí.

DROMIO DE SIRACUSA No, amo, en espíritu y en forma.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Tienes tu propia forma.

DROMIO DE SIRACUSA No, soy un mono.

LUCIANA Si te han cambiado en algo es en un asno.

DROMIO DE SIRACUSA (*A ANTÍFOLO.*)

Es verdad, ella me monta y yo extraño la hierba.
Así que soy un asno; de otro modo no podría ser
que la conociera tanto como me conoce ella.

ADRIANA Vamos, vamos, nunca más seré una tonta

que se meta el dedo en el ojo y llore
mientras el criado y su amo ríen de mis penas con desdén.
(A ANTÍFOLO).

Vamos, señor, a cenar. Dromio, cuida la puerta.
Esposo, hoy cenaré contigo arriba
y escucharé y perdonaré tus travesuras.
Mozo, si alguien pregunta por tu amo,
di que cena fuera y no dejes que entre nadie.
Vamos, hermana. Dromio, sé buen portero.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA (*A un lado.*)

¿Estoy en la tierra, en el infierno o en el cielo?
¿Durmiendo o despierto? ¿Loco o cuerdo?
¡Conocido por ellas y yo mismo disfrazado!
Diré lo que digan y me obstinaré en ello,
y que en esta bruma pase lo que pase.

DROMIO DE SIRACUSA Amo, ¿debo guardar la puerta?

ADRIANA Sí, y no dejes que entre nadie o te rompo la mollera.

LUCIANA Vamos, vamos, Antífolo, cenamos demasiado tarde.

Salen entrando al Fénix.

TERCER ACTO

ESCENA I

*Entran ANTÍFOLO DE ÉFESO, su criado DROMIO,
el orfebre ÁNGELO y el mercader BALTASAR.*

ANTÍFOLO DE ÉFESO Buen señor Ángelo, debes disculparnos.

Mi esposa se enfurece cuando me retardo.

Dile que me demoré en tu tienda
viendo cómo hacían su collar
y que mañana lo traerás a casa.

Aunque aquí hay un villano que sostiene sin vergüenza
que se vio conmigo en el mercado, lo golpeé,
le cobré mil marcos en oro,
y repudié a mi esposa y a mi casa.

Tú, borracho, tú, ¿qué buscas con esto?

DROMIO DE ÉFESO Di lo que quieras, señor, pero yo sé lo que sé.

Que me golpeaste en el mercado, tengo tu mano para comprobarlo.
Si la piel fuera pergamino y los golpes que me diste tinta,
tu propia letra te diría lo que pienso.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Creo que eres un asno.

DROMIO DE ÉFESO Por Dios, eso es lo que parezco,

por las injurias que sufro y los golpes que soporto.

Debería patear al ser pateado y estando en semejante situación
te mantendrías alejado de mis cascos, temeroso de un asno.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Estás serio, señor Baltasar. Ruega a Dios que nuestra cena
corresponda con mi buena voluntad y con tu grata acogida acá.

BALTASAR Tus manjares son de poca importancia, señor, al lado de tu bienvenida.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Oh, señor Baltasar, ya sea carne o pescado,
una mesa llena de bienvenida es nada ante un buen plato.

BALTASAR Un buen plato, señor, es cosa ordinaria; cualquier patán lo puede
conseguir.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Y más ordinaria una bienvenida, pues no es más que palabras.

BALTASAR

Cenas pequeñas y grandes bienvenidas hacen festines alegres.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Sí, para un anfitrión tacaño y un invitado aún más frugal.
Pero aunque mis manjares sean sencillos, tómalos de buena manera.
Podrás tener cenas mejores, pero no de mejor corazón.
Pero, silencio, mi puerta está cerrada.
(A DROMIO.)
Ve y ordénales que nos dejen entrar.

DROMIO DE ÉFESO (*Llamando.*)

¡Maud, Bridget, Marian, Cicely, Gillian, Ginn!

Entra DROMIO DE SIRACUSA al Fénix.

DROMIO DE SIRACUSA (*Dentro del Fénix.*)

¡Tonto, estúpido, capón, fanfarrón, idiota, necio!
Quítate de la puerta o siéntate en el escotillón.
¿Invocas doncellas, que las llamas en tal cantidad,
cuando con una basta? Vamos, quítate de la puerta.

DROMIO DE ÉFESO

¿Qué miserable es este portero? Mi amo está en la calle.

DROMIO DE SIRACUSA (*Dentro.*)

Déjalo ir por donde vino, no sea que se le enfríen los pies.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Quién habla allí dentro? ¡Vamos, abre la puerta!

DROMIO DE SIRACUSA (*Dentro del Fénix.*)

Muy bien, señor, te diré cuándo si tú me dices por qué.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¿Por qué? Para cenar. Hoy no he cenado.

DROMIO DE SIRACUSA (*Dentro del Fénix.*)

Ni hoy vas a cenar acá. Vuelve otra vez cuando puedas.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Quién eres tú que no me deja entrar en mi propia casa?

DROMIO DE SIRACUSA (*Dentro del Fénix.*)

En este momento soy el portero, señor, y mi nombre es Dromio.

DROMIO DE ÉFESO

Oh, villano, has robado tanto mi oficio como mi nombre.
El primero nunca me ha dado fama, el otro muchas censuras.

Si hoy hubieras sido Dromio en mi lugar,
habrías cambiado tu cabeza por un golpe o tu nombre por el de asno.

Entra NELL al Fénix.

NELL (*Dentro del Fénix.*)

¿Qué ruido es ese, Dromio? ¿Quién está en la puerta?

DROMIO DE ÉFESO Deja entrar a mi amo, Nell.

NELL (*Dentro del Fénix.*) En verdad, no, llega muy tarde; díselo así.

DROMIO DE ÉFESO Por Dios, es para reírse.

Déjame decirte un proverbio: «¿He de meter mi bastón?».

NELL (*Dentro del Fénix.*)

Déjame decirte otro, ese que dice: «¿Cuándo? ¿Lo puedes prever?».

DROMIO DE SIRACUSA (*Dentro del Fénix.*) Si tu nombre es Nell, Nell, entonces le has respondido bien.

ANTÍFOLO DE ÉFESO (A NELL.)

¿Escuchaste, querida? Nos dejarás entrar, espero.

NELL (*Dentro del Fénix.*) Pensé que te lo había preguntado.

DROMIO DE SIRACUSA (*Dentro.*) Y tú dijiste que no.

DROMIO DE ÉFESO Entonces vamos, ayuda.

Él y ANTÍFOLO golpean la puerta.

¡Bien golpeado! Golpe por golpe.

ANTÍFOLO DE ÉFESO (A NELL.)

Tú, buena para nada, déjame entrar.

NELL (*Dentro del Fénix.*) ¿Puedes decirme para qué?

DROMIO DE ÉFESO Amo, golpea duro en la puerta.

NELL (*Dentro del Fénix.*) Que golpee hasta que le duela.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Te pesará, desvergonzada, si logro echar la puerta abajo.

NELL (*Dentro del Fénix.*) ¿Por qué tenemos que soportar esto cuando hay un par de cepos en la ciudad?

ADRIANA entra al Fénix.

ADRIANA (*Dentro del Fénix.*) ¿Quién hace tanto ruido en la puerta?

DROMIO DE SIRACUSA (*Dentro del Fénix.*)

Doy fe de que a tu pueblo lo perturban muchachos bulliciosos.

ANTÍFOLO DE ÉFESO (A ADRIANA.)

¿Estás ahí, esposa mía? Podrías haber venido antes.

ADRIANA (*Dentro del Fénix.*)

¿Esposa mía, bribón? Vamos, quítate de la puerta.

Sale con NELL.

DROMIO DE ÉFESO (A ANTÍFOLO.)

Si te castigan, señor, sufrirá este bribón.

ÁNGELO (A ANTÍFOLO.) Aquí no hay cena, señor, ni bienvenida; habríamos disfrutado de las dos.

BALTASAR

Después de discutir cuál era la mejor, debemos irnos sin ninguna.

DROMIO DE ÉFESO (A ANTÍFOLO.)

Esperan en la puerta, amo. Dales la bienvenida acá.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Corren tan malos vientos que no podemos entrar.

DROMIO DE ÉFESO Dirías eso, mi amo, si tus vestidos fueran ligeros.

Mientras que dentro el pastel espera tibio, tú soportas acá el frío.

Esto haría enloquecer a un hombre como a un ciervo traicionado y maltratado.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Ve y tráeme algo. Romperé la puerta.

DROMIO DE SIRACUSA (*Dentro del Fénix.*)

Rompe algo y te romperé la cabeza, villano.

DROMIO DE ÉFESO Un hombre puede romper a conversar contigo, señor, y las palabras ser viento;

sí, y romperlas en tu cara para no hacerlo en tu trasero.

DROMIO DE SIRACUSA (*Dentro del Fénix.*)

Parece que quieres que te rompan. ¡Fuera de ahí, palurdo!

DROMIO DE ÉFESO

¡Demasiados «fuera de ahí»! Te lo ruego, déjame entrar.

DROMIO DE SIRACUSA (*Dentro del Fénix.*)

Sí, cuando las aves no tengan plumas y los peces no tengan aletas.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Entonces entraré a la fuerza. Consígueme una barra.

DROMIO DE ÉFESO

¿Una barra sin plumas? Amo, ¿es eso lo que quieres?
Para cada pez sin aletas, hay un ave sin plumas.

A DROMIO DE SIRACUSA.

Si una barra nos ayuda a entrar, bribón, desplumaremos ese pájaro entre ambos.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Vamos, consigue la barra. Tráeme una de hierro.

BALTASAR Ten paciencia, señor. ¡Oh, no seas así!

Peleas contra tu reputación
y vuelves sospechoso
el honor inviolable de tu esposa.
En suma: el largo conocimiento que tienes de su sabiduría,
de su sobria virtud, de su edad y su modestia,
hablan de que ella tiene un motivo que ignoras.
Y no dudes, señor, de que luego explicará
por qué en este momento se te cierran las puertas.
Sigue mi consejo. Márchate tranquilo
y vamos todos a cenar al Tigre,
y cuando anochezca regresa tú solo
para conocer la causa de un tropiezo tan extraño.
Si a la fuerza te aventuras a entrar
ahora, cuando el día más se agita,
se harán comentarios vulgares
y la gente creará,
en contra de tu honor sin mancha,
que pueden irrumpir deshonorosamente
y habitar tu tumba cuando mueras.
Pues la calumnia es una herencia
que vive para siempre donde toma posesión.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Me has convencido. Me iré en silencio

y a pesar de su alegría intentaré regocijarme.
Conozco a una doncella de grata conversación,
Bella e ingeniosa, alocada y también amable.
Allí comeremos. Por esta mujer de la que hablo,
mi esposa —aunque, lo juro, sin motivo—
me ha regañado con frecuencia.
Iremos a comer allí.

A ÁNGELO.

Ve a tu casa
y toma la cadena. A esta hora, lo sé, ya estará hecha.
Tráela, te lo ruego, al Puercoespín,
pues allí es la casa. Le regalaré esa cadena
—nada más por contrariar a mi mujer—
a nuestra anfitriona. Buen señor, date prisa:
ya que mis propias puertas se niegan a recibirme,
llamaré en otra parte, a ver si me desprecian.

ÁNGELO Te veré en ese sitio dentro de una hora.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Hazlo así.

Sale ÁNGELO.

Esta broma me saldrá algo costosa.

Salen DROMIO DE SIRACUSA *dentro del Fénix y los otros*
hacia al Puercoespín.

ESCENA II

Entran desde el Fénix LUCIANA y ANTÍFOLO DE SIRACUSA.

LUCIANA ¿Y puede ser que hayas olvidado
los deberes de un esposo? Antífolo,
¿ya en los brotes del amor se pudren tus retoños?
¿Tan ruinoso crecerá el amor que se construye?
Si te casaste con mi hermana por su riqueza,
por su riqueza trátala con más bondad;
o si te gusta otra, hazlo a escondidas:
disimula tu amor falso con una apariencia engañosa.
No dejes que mi hermana lea en tus ojos.
Que tu lengua no pregone tu vergüenza.
Sé dulce, habla cortésmente, ten gracia en la infidelidad;
viste al vicio de mensajero de la virtud.
Ten una presencia amable aunque tu corazón esté manchado:
enseña el pecado comportándote como un santo.
Sé infiel en secreto. ¿Qué falta le hace a ella enterarse?
¿Qué ladrón es tan ingenuo para jactarse de su infamia?
Es doble injuria ser infiel a tu lecho
y dejar que ella lo lea en tus miradas en la mesa.

La deshonra, bien manejada, logra fama bastarda;
las palabras malas duplican los malos actos.
Ah, pobres mujeres, crédulas como somos,
ustedes nos hacen creer que nos aman.
Aunque tengan otras el brazo, muéstrennos la manga.
Giramos con su movimiento y nos pueden mover a su antojo.
Así pues, querido hermano, entra de nuevo.
Consuela a mi hermana, anímala, llámala esposa:
es virtuoso pasatiempo ser un tanto vano
cuando el dulce aliento del halago seduce a la discordia.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Dulce señora; qué otro nombre puedes tener, no lo sé,
ni por qué milagro adivinas el mío.
Tu sabiduría y tu gracia no muestran otra cosa
que un milagro terreno, más divino que esta tierra.
Enséñame, querida criatura, a pensar y hablar.
Revela a mi torpe y terrenal entendimiento,
abrumado de errores, débil, frágil, vano,
el sentido oculto de tus engañosas palabras.
¿Por qué te empeñas, contra la pureza franca de mi alma
en hacerla errar por un lugar desconocido?
¿Eres una diosa? ¿Me crearías de nuevo?
Transfórmame pues y me rendiré a tu poder.
Pero si soy lo que soy, entonces sé muy bien
que tu quejumbrosa hermana no es mi esposa,
ni a su lecho debo honrarlo.
Mucho más, mucho más, a ti me inclino.
Oh, no me seduzcas, dulce sirena, con tu canto
para ahogarme en el raudal de llanto de tu hermana.
Canta, sirena, por ti misma, y yo te adoraré.
Esparce sobre las olas de plata tus cabellos dorados
y yo los tomaré por lecho, y allí yaceré,
y en tan gloriosa fantasía pienso
que la muerte beneficia a quien pueda morir así.
Que si ella zozobra, por leve, se hunda el amor.

LUCIANA ¿Cómo, estás loco para discurrir de ese modo?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA No loco sino confundido; cómo, no lo sé.

LUCIANA Es una falta que surge de tus ojos.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Por ver tu resplandor, hermoso sol, estando cerca.

LUCIANA Mira donde debes y se te aclarará la vista.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Como cerrar los ojos, dulce amor, como ver la noche.

LUCIANA ¿Por qué me llamas «amor»? Dile así a mi hermana.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA A la hermana de tu hermana.

LUCIANA Esa es mi hermana.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA No,

eres tú misma, lo mejor de mi ser,
el ojo claro de mis ojos, el corazón más querido de mi querido corazón,
mi alimento, mi fortuna y la meta de mi dulce esperanza,
mi único paraíso terrenal y mi derecho al paraíso.

LUCIANA Todo eso es mi hermana o debería serlo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Llámame hermana a ti misma, dulzura, pues yo soy tú.
A ti te amaré y contigo guiaré mi vida.
No tienes esposo aún, ni yo esposa.
Dame la mano.

LUCIANA Oh, despacio, señor, detente;

buscaré a mi hermana para pedir su aquiescencia.

Sale entrando al Fénix. Entra del Fénix DROMIO DE SIRACUSA.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¡Y bien, Dromio! ¿Adónde corres tan deprisa?

DROMIO DE SIRACUSA

¿Me conoces, señor? ¿Soy Dromio? ¿Tu criado? ¿Yo mismo?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Eres Dromio, mi criado, tú mismo.

DROMIO DE SIRACUSA

Soy un asno, soy el criado de una mujer y no soy yo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Cómo el criado de una mujer? ¿Y cómo que no eres tú?

DROMIO DE SIRACUSA Por Dios, señor, además de no ser yo mismo, soy de una
mujer: una que me reclama, me persigue, me poseerá.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Qué reclamos te hace?

DROMIO DE SIRACUSA Por Dios, señor, reclamamos parecidos a los que harías a tu caballo; me quiere tener como bestia; no que me quiera porque sea yo una bestia, sino porque ella, al ser una criatura bastante bestial, me reclama.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Quién es ella?

DROMIO DE SIRACUSA Un cuerpo muy reverendo; sí, como el de un hombre al que no se puede hablar sin decirle «su reverencia». He tenido mala suerte en este compromiso, y aun así ella es un matrimonio de lo más grueso.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Qué quieres decir con un matrimonio grueso?

DROMIO DE SIRACUSA Por Dios, señor, es la cocinera y es toda grasa; y no sé qué utilidad pueda tener sino hacer de ella una lámpara y huirle por su propia luz. Aseguro que sus trapos y el sebo que hay en ellos arderían todo un invierno en Polonia. Si vive hasta el día del juicio, arderá una semana después que el mundo entero.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿De qué color es?

DROMIO DE SIRACUSA Oscura como mi zapato, pero su rostro nunca está tan limpio. ¿Por qué? Suda tanto que un hombre puede hundir los zapatos en su mugre.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Es un defecto que se remedia con agua.

DROMIO DE SIRACUSA

No, señor, es indeleble. Ni el diluvio de Noé lo lograría.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Cómo se llama?

DROMIO DE SIRACUSA Nell, señor. Pero su nombre y tres cuartos —es decir, un metro y tres cuartos— no la medirían de una cadera a otra.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Tan ancha es?

DROMIO DE SIRACUSA No es más larga de la cabeza a los pies que de cadera a cadera. Es esférica, como un globo. He descubierto en ella países.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿En qué parte de su cuerpo está Irlanda?

DROMIO DE SIRACUSA Por la Virgen, señor, en sus nalgas. Lo supe por los pantanos.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Dónde está Escocia?

DROMIO DE SIRACUSA

La encontré por la aridez en la palma de su mano.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Dónde está Francia?

DROMIO DE SIRACUSA

En su frente, armada y revuelta, en guerra con el pelo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Dónde está Inglaterra?

DROMIO DE SIRACUSA Busqué los riscos calizos pero no pude encontrar ninguna blancura. Pero creo que está en su barbilla, por la salada humedad que corre entre Francia y ella.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Y España?

DROMIO DE SIRACUSA

A fe, no la vi, pero la sentí caliente en su aliento.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Dónde está América, las Indias?

DROMIO DE SIRACUSA Oh, señor, en su nariz, toda adornada de rubíes, carbunclos, zafiros, rico aspecto que declina hacia el candente aliento de España, que envió una flota entera de galeones a cargarse en ese apéndice.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Dónde está Bélgica, los Países Bajos?

DROMIO DE SIRACUSA Oh, señor, tan abajo no he mirado. Para concluir, esta criada o adivina me reclamó, me llamó Dromio, juró que yo era su prometido, me habló de las marcas secretas que tengo —como la marca de mi hombro, el lunar de mi cuello, la enorme verruga de mi brazo izquierdo—, a lo que yo, maravillado, escapé de ella como de una bruja. Y creo que si mi pecho no estuviera hecho de fe y mi corazón de acero, me habría transformado en perro sin rabo para hacer girar el asador.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Vamos, márchate ahora mismo. Corre al muelle.

Y si acaso sopla el viento desde tierra,
no pasaré una noche más en la ciudad.

Si zarpa algún barco, ven al mercado,
adonde iré mientras tú regresas.

Si todos nos conocen y nosotros no conocemos a nadie,
creo que es hora de darnos prisa, liar el fardo y marcharnos.

DROMIO DE SIRACUSA Así como se huye de un oso para salvar la vida, vuelo lejos de la mujer que quiere ser mi esposa.

Sale hacia el puerto.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Aquí no viven sino brujas,

y por lo tanto ya es hora de alejarse.

A la que me llama esposo, lo más profundo de mi alma
la aborrece como esposa. Pero su bella hermana,

dueña de tan amable gracia soberana,
de presencia y conversación encantadoras,
casi me ha hecho traicionarme a mí mismo.
Así, para no ser culpable de mi propio mal,
me taparé los oídos frente a la canción de la sirena.

Entra ÁNGELO con la cadena.

ÁNGELO Señor Antífolo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Sí, ese es mi nombre.

ÁNGELO Lo conozco bien, señor. Mira, acá está la cadena.

Pensaba encontrarte en el Puercoespín.

La cadena no estaba lista y me hizo demorar.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA (*Tomando la cadena.*)

¿Qué quieres que haga con esto?

ÁNGELO Lo que te plazca, señor, la hice para ti.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Para mí, señor? Yo no la he encargado.

ÁNGELO No una, ni dos veces, sino veinte veces lo has hecho.

Ve a casa y complace a tu mujer con ella
y pronto, a la hora de cenar, yo te visitaré,
entonces recibiré por la cadena mi dinero.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Te lo ruego, señor, recibe el dinero ahora por temor a que no
veas nunca más cadena ni dinero.

ÁNGELO Qué bromista eres, señor. Buena suerte.

Sale.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA No sé qué pensar de esto.

Pero he aquí lo que creo: no hay hombre tan vano
que pueda rechazar la oferta de una cadena tan hermosa.
Veo que para vivir acá no hacen falta trucos
cuando en las calles se encuentran regalos tales de oro.
Iré al mercado y allí esperaré a Dromio.
Si zarpa un barco, pues, ¡de inmediato!

Sale.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran el SEGUNDO MERCADER, ÁNGELO el orfebre y un oficial.

SEGUNDO MERCADER (A ÁNGELO.)

Sabes desde Pentecostés la suma que me debes
y desde entonces no te he importunado
ni lo habría hecho ahora, pero ya que voy
a Persia, necesito florines para el viaje.
Así que págame ahora mismo
o te hago detener por este guardia.

ÁNGELO Precisamente la suma que te debo
me la debe Antífolo a mí,
y poco antes de encontrarte
le entregaba a él una cadena. A las cinco
recibiré el dinero por ella.
Si te parece acompáñame a su casa
para pagarte mi deuda y también agradecerte.

*Entran ANTÍFOLO DE ÉFESO y DROMIO DE ÉFESO
de la casa de la cortesana (el Puercoespín).*

OFICIAL Puedes ahorrarte ese trabajo. Aquí viene.

ANTÍFOLO DE ÉFESO (A DROMIO.) Mientras voy a casa del orfebre, ve y compra una
cuerda. La usaré
con mi esposa y sus cómplices
por no dejarme entrar en todo el día.
Pero mira, veo al orfebre. Vete.
Compra la cuerda y tráemela a casa.

DROMIO DE ÉFESO

Comprando una cuerda, compro mil golpes al año.

Sale.

ANTÍFOLO DE ÉFESO (A ÁNGELO.) ¡Se beneficia quien confía en ti!
Me prometiste tu presencia y la cadena,
pero ni cadena ni orfebre me han llegado.
Tal vez creíste que nuestro amor duraría demasiado
si estuviéramos encadenados, y por eso no viniste.

ÁNGELO Ya que estás de buen humor, acá está el recibo
que dice cuánto pesa la cadena hasta el último quilate,
la pureza del oro y el costo del trabajo;
todo ello suma tres ducados más
lo que le debo a este caballero.
Te ruego que le pagues ahora mismo
porque está por embarcarse y solo espera su dinero.

ANTÍFOLO DE ÉFESO No traigo el dinero conmigo.
Además, tengo algunos asuntos en la ciudad.
Buen señor, lleva al extranjero a mi casa,
y lleva contigo la cadena y pide a mi mujer
que te pague la suma del recibo.
Tal vez yo llegue tan pronto como tú.

ÁNGELO ¿Entonces le darás tú mismo la cadena?

ANTÍFOLO DE ÉFESO

No, llévala contigo en caso de que yo no llegue a tiempo.

ÁNGELO Bueno, señor, lo haré. ¿Tienes la cadena?

ANTÍFOLO DE ÉFESO Si no la tengo, señor, espero que la tengas tú;
de lo contrario volverás sin tu dinero.

ÁNGELO No, vamos, te lo ruego, señor, dame la cadena.
Que el viento y la marea aguardan a este caballero
y soy el culpable de haberlo demorado tanto tiempo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¡Buen Dios! Utilizas la tardanza como excusa
por romper la promesa en el Puercoespín.
Te debería regañar por no traerla
pues empiezas a reñir como una mujerzuela.

SEGUNDO MERCADER (A ÁNGELO.)

Ya casi es la hora. Te lo ruego, señor, despacha.

ÁNGELO (A ANTÍFOLO.) Tú oyes cómo me importuna. ¡La cadena!

ANTÍFOLO DE ÉFESO Pues dásela a mi mujer y toma tu dinero.

ÁNGELO Vamos, vamos, tú sabes que te la acabo de dar.
O envías la cadena o envías conmigo alguna prenda.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Qué desgracia, llevas la broma demasiado lejos.
Vamos, ¿dónde está la cadena? Te pido que me dejes verla.

SEGUNDO MERCADER Mis asuntos no permiten tal demora.

Buen señor, dime si vas a pagar o no;
si no, dejaré que a él lo arreste el oficial.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¿Que pague? ¿Qué tengo que pagar?

ÁNGELO El dinero que me debes por la cadena.

ANTÍFOLO DE ÉFESO No te debo nada hasta que reciba la cadena.

ÁNGELO Sabes que te la entregué hace media hora.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

No me has dado nada. Me insultas diciendo tal cosa.

ÁNGELO Más me insultas tú, señor, negándolo.

Considera cómo afecta esto a mi prestigio.

SEGUNDO MERCADER Bien, oficial, le pido que lo arreste.

OFICIAL (A ÁNGELO.)

Te arresto y en nombre del duque te ordeno que obedezcas.

ÁNGELO (A ANTÍFOLO.) Esto me hiere en la reputación.

O consientes en pagar esta suma por mí
o te hago detener por este oficial.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¿Consentir en pagarte lo que nunca he tenido?

Arréstame, imbécil, si te atreves.

ÁNGELO Acá tienes tu paga: arréstelo, oficial.

Ni con mi hermano tendría compasión en este caso
si se burlara de mí tan claramente.

OFICIAL (A ANTÍFOLO.) Te arresto, señor. Ya has oído la demanda.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Te obedezco hasta darte la fianza.

A ÁNGELO.

Pero, bribón, pagarás caro esta broma;
responderás con todo el oro de tu tienda.

ÁNGELO Señor, señor, alguna ley ha de haber en Éfeso
para tu notable vergüenza, no lo dudo.

*Entra DROMIO DE SIRACUSA,
desde el puerto.*

DROMIO DE SIRACUSA Amo, hay un barco de Epidamno
que para zarpar solo espera
a que su dueño lo aborde. Nuestra carga, señor,

ya la he subido, y he comprado
el aceite, el bálsamo y el licor.
El barco ya está listo; el viento sopla
alegre y favorable en la costa. No esperan
más que a su dueño, amo, y a ti mismo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¿Qué dices? ¿Estás loco? Anda, insensato,
¿qué barco de Epidamno me espera?

DROMIO DE SIRACUSA

El barco al que me enviaste para obtener un pasaje.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Siervo borracho, te envié por una cuerda
y te dije con qué propósito y con qué finalidad.

DROMIO DE SIRACUSA Por un cabo habrá sido, señor
pues me enviaste al puerto, por un barco.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Discutiremos este asunto con más calma
y enseñaré a tus orejas a escuchar con más cuidado.
Ve donde Adriana, villano, sin demora.
Entrégale esta llave y dile que en la mesa
cubierta con un tapiz turco
hay una bolsa de ducados. Que me la envíe.
Dile que me arrestaron en la calle
y debo pagar una fianza. Deprisa, esclavo. ¡Márchate!
Vamos, oficial, a la prisión, mientras que él viene.

Salen todos menos DROMIO DE SIRACUSA.

DROMIO DE SIRACUSA Donde Adriana. Fue donde cenamos,
Donde Dowsabel me reclamó como marido.
Espero que sea bien gruesa como para abrazarla.
Allí tengo que ir contra mi voluntad
pues los sirvientes deben cumplir la de sus amos.

Sale.

ESCENA II

Entran del Fénix ADRIANA y LUCIANA.

ADRIANA Ah, Luciana, ¿así te sedujo?
¿Pudiste notar claramente en sus ojos
si hablaba en serio o no?

¿Lucía sonrojado o pálido, alegre o triste?
¿Qué has notado esta vez
de los meteoros de su alma agitándose en su rostro?

LUCIANA Primero negó que tuvieras algún derecho sobre él.

ADRIANA Si piensa que no me dio ninguno, mayor es mi pesar.

LUCIANA Luego juró que era acá un extranjero.

ADRIANA Y fue honesto al jurarlo, aunque sea un perjuro.

LUCIANA Luego te defendí.

ADRIANA ¿Y qué dijo él?

LUCIANA Que el amor que yo pedía para ti, él me lo pedía a mí.

ADRIANA ¿Con qué persuasión tentó tu amor?

LUCIANA Con palabras que conmoverían en una petición honrada.
Primero alabó mi belleza, luego mi conversación.

ADRIANA ¿Le hablaste amablemente?

LUCIANA Ten paciencia, te lo ruego.

ADRIANA No puedo, ni podré, guardar silencio.

 Mi lengua, si no mi corazón, tendrá lo que desea.
 Él es deforme, encorvado, viejo y seco,
 de rostro feo, peor cuerpo, en todas partes contrahecho,
 vicioso, descortés, cruel, necio, brusco,
 horrible de nacimiento y peor de mente.

LUCIANA ¿Quién pues podría estar celosa de hombre semejante?
 Cuando nos abandona un mal no es de lamentarlo.

ADRIANA Ah, pero lo creo mejor de lo que digo,
 y aun así quisiera incluso que a los ojos de los otros fuera peor.
 Lejos de su nido el avefría chilla para despistar.
 Mi corazón ora por él, aunque mi lengua lo maldiga.

Entra DROMIO DE SIRACUSA corriendo.

DROMIO DE SIRACUSA

 Vamos ya... ¡La mesa, la bolsa! ¡Dulzura, date prisa!

LUCIANA ¿Cómo has perdido el aliento?

DROMIO DE SIRACUSA Por correr tan rápido.

ADRIANA ¿Dónde está tu amo, Dromio? ¿Se encuentra bien?

DROMIO DE SIRACUSA

No, está en el limbo tártaro, que es peor que el infierno.
Un demonio lo tiene de vestimenta eterna,
uno cuyo duro corazón se abotona con acero;
un malvado, un duende, rudo y sin compasión;
un lobo, no, peor, un tipo forrado en piel de búfalo;
un falso amigo que da palmadas en los hombros, que impide
el paso en callejones, en callejuelas y en sitios estrechos;
un sabueso que se pierde, mas sigue el rastro por el olor del pie;
uno que antes del juicio lleva a las pobres almas al infierno.

ADRIANA Pero vaya, hombre, ¿qué sucede?

DROMIO DE SIRACUSA

No sé qué sucede, lo arrestaron por algún motivo.

ADRIANA ¿Que lo arrestaron? Dime por qué.

DROMIO DE SIRACUSA No sé por qué razón lo han arrestado.

Lo único que sé es que el que lo arrestó viste una piel de búfalo.
¿Le enviarás, señora, su salvación..., el dinero de la mesa?

ADRIANA Ve y tómalo, hermana.

Sale LUCIANA hacia el Fénix.

Me extraña
que tenga alguna deuda sin contármelo.
¿Dime, fue arrestado a causa de un pagaré?

DROMIO DE SIRACUSA No por un pagaré sino por algo más fuerte: por una cadena,
¡una cadena! ¿No la escuchas?

ADRIANA Qué, ¿la cadena?

DROMIO DE SIRACUSA No, no, la campana. Ya debería marcharme: eran las dos
cuando lo abandoné y ahora el reloj da la una.

ADRIANA ¡Las horas vuelven atrás! Jamás lo había oído.

DROMIO DE SIRACUSA Oh, sí, si una hora topa con un sargento, retrocede de puro
miedo.

ADRIANA Como si el tiempo tuviera una deuda. ¡Qué pensamiento absurdo!

DROMIO DE SIRACUSA

El tiempo es insolvente y debe más de lo que tiene.

No, si también es un ladrón. ¿No has escuchado decir a los hombres que el tiempo pasa a hurtadillas día y noche?
Si es deudor y ladrón, y hay un sargento en el camino, ¿no tiene razón para echarse atrás una hora cada día?

Entra LUCIANA del Fénix con el dinero.

ADRIANA Ten, Dromio, acá está el dinero. Llévalo ahora mismo, y trae a tu amo a casa de inmediato.

Sale DROMIO.

Ven, hermana, me preocupa una idea:
una idea que es mi consuelo y mi perjuicio.

Salen hacia el Fénix.

ESCENA III

Entra ANTÍFOLO DE SIRACUSA llevando la cadena.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

No hay nadie a quien encuentre que no me salude como si fuéramos viejos amigos y todos me llaman por mi nombre.
Algunos me ofrecen dinero, otros me convidan, los demás me agradecen por las gentilezas.
Otros más me ofrecen mercancías en venta.
Ahora mismo un sastre me ha llamado a su tienda y me ha enseñado las sedas que comprara para mí, tomando además las medidas de mi cuerpo.
Por supuesto, son solo fantasías;
acá viven los brujos de Laponia.

Entra DROMIO DE SIRACUSA con el dinero.

DROMIO DE SIRACUSA

Amo, acá está el oro que me enviaste a buscar. ¿Cómo... te has librado de la imagen del viejo Adán con traje nuevo?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Qué oro es este? ¿De qué Adán hablas?

DROMIO DE SIRACUSA No del Adán que custodiaba el Paraíso, sino del Adán que custodia la prisión, aquel que se viste con la piel del becerro sacrificado para el Hijo Pródigo; el que venía tras de ti, amo, como un ángel malvado,

y te obligó a abandonar tu libertad.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA No te comprendo.

DROMIO DE SIRACUSA ¿No? Pero si es un caso tan sencillo: aquel que iba como un violonchelo en una funda de cuero; el hombre, señor, que cuando los caballeros están cansados les da un descanso y los arresta; él, amo, que se compadece de los desgraciados y les da trajes eternos; el que está decidido a hacer más proezas con su maza que un moro con su pica.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Qué, hablas de un oficial?

DROMIO DE SIRACUSA Sí, señor, el sargento de la banda: el que hace que cualquiera le responda si ha quebrantado sus obligaciones; el que siempre imagina a todos acostándose y les dice «Dios les dé buen descanso».

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Bueno, descansa tú de tonterías. ¿Hay algún barco que zarpe esta noche? ¿Partiremos?

DROMIO DE SIRACUSA Pero, señor, te dije hace una hora que el buque *Prontitud* zarpa esta noche y luego el sargento te obligó a que esperaras por la nave *Retraso*. Acá está el dinero por el que mandaste para que te liberaran.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA El hombre está desquiciado, y yo también, pues andamos acá entre ilusiones. Que algún poder bendito nos libre de esto.

Entra una CORTESANA del Puercoespín.

CORTESANA Qué bueno encontrarte, señor Antífolo, qué bueno.

Veo, señor, que has estado con el orfebre.
¿Es esa la cadena que me prometiste hoy?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¡Apártate, Satán! ¡Te conjuro, no me tientes!

DROMIO DE SIRACUSA Amo, ¿es esta la señora Satanás?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Es el demonio.

DROMIO DE SIRACUSA No, es peor, es la madre del demonio; y se presenta con aspecto de mujer ligera. De ahí viene que las doncellas digan «Dios, hazme madre», lo que es como decir: «Dios hazme una mujer ligera». Está escrito que se aparecen a los hombres como ángeles de luz. La luz es un efecto del fuego y el fuego arde. Ergo, las mujeres ligeras arden. No te le acerques.

CORTESANA Tu sirviente y tú estáis bastante alegres, señor.

¿Vendrás conmigo? Cenaremos mejor acá.

DROMIO DE SIRACUSA

Amo, si lo haces, espera comer con la cuchara, y pide una cuchara larga.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Por qué, Dromio?

DROMIO DE SIRACUSA

Por Dios, ha de tener cuchara larga para comer con el diablo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA (*A la CORTESANA.*) ¡Apártate, malvada!

¿Por qué me hablas de cenas?

Eres, como todas, una bruja.

Te conjuro a que me dejes y te vayas.

CORTESANA Dame el anillo que te di en la cena

o la cadena que prometiste por mi diamante,
y me iré, señor, sin molestarte más.

DROMIO DE SIRACUSA

Algunos demonios piden las uñas que uno se corta,
una pequeñez, un cabello, una gota de sangre, un alfiler,
una nuez, un hueso de cereza;

pero ella, más codiciosa, quiere tener una cadena.

Amo, sé prudente; si le das algo,

el demonio sacudirá su cadena y nos asustará con ella.

CORTESANA (*A ANTÍFOLO.*) Te lo ruego, señor, mi anillo o la cadena.

Supongo que no intentas engañarme...

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¡Lárgate, bruja! Vamos, Dromio, marchémonos.

DROMIO DE SIRACUSA

«Vuela orgullo», dice el pavo real. Señora, ya lo sabes.

Salen ANTÍFOLO DE SIRACUSA y DROMIO DE SIRACUSA.

CORTESANA Ya, no hay duda, Antífolo está loco;

de otra forma no se comportaría así.

Me tiene un anillo que vale cuarenta ducados

y por él me prometió una cadena.

Tanto el uno como el otro me los niega ahora.

La razón, creo, es que está loco.

Además de este ejemplo de su ira

me contó hoy en la comida la alocada historia

de que han cerrado las puertas de su casa para que él no entrara.

Tal vez su esposa, conociendo sus ataques,

las cerró a propósito para impedirle el paso.

Lo mejor que puedo hacer es ir pronto a su casa

y decirle a su mujer que, estando loco,
entró de golpe en mi casa y se llevó el anillo
por la fuerza. Este camino elegiré
pues cuarenta ducados es demasiada pérdida.

Sale.

ESCENA IV

Entra ANTÍFOLO DE ÉFESO con el oficial.

ANTÍFOLO DE ÉFESO No temas por mí, hombre, no huiré.
Antes de abandonarte te daré tanto dinero
para pagar la fianza como el que se me pide por mi arresto.
Mi esposa está hoy de muy mal genio
y no le creerá al mensajero fácilmente
que me hayan arrestado en Éfeso.
Te aseguro que le sonará desagradable.

Entra DROMIO DE ÉFESO con una cuerda.

Aquí llega mi sirviente. Supongo que trae el dinero.
¿Y bien? ¿Traes lo que te mandé a buscar?

DROMIO DE ÉFESO

Aquí hay, te lo aseguro, algo con qué pagarle a todos.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¿Pero dónde está el dinero?

DROMIO DE ÉFESO Pues, señor, di el dinero por la cuerda.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Quinientos ducados, villano, por una cuerda?

DROMIO DE ÉFESO Te ofrezco, señor, quinientas a ese precio.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Con qué intención te ordené que fueras pronto a casa?

DROMIO DE ÉFESO Por un cabo, señor, y con él he regresado.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Y con ella, bribón, te recibo.

Golpea a DROMIO.

OFICIAL Buen señor, paciencia.

DROMIO DE ÉFESO

No, soy yo quien debe ser paciente: estoy en la adversidad.

OFICIAL Basta, contén la lengua.

DROMIO DE ÉFESO

No, mejor convéncelo a él de contener sus manos.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¡Hijo de puta, villano insensato!

DROMIO DE ÉFESO Insensible, mejor sería, para no sentir tus golpes.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Tú solo eres sensible a los golpes, como un asno.

DROMIO DE ÉFESO Por supuesto soy un asno. Lo puedes comprobar por mis largas orejas. Le he servido desde mi nacimiento hasta ahora y por mis servicios no he recibido sino golpes. Cuando tengo frío, me calienta golpeándome. Cuando estoy tibio, me enfría golpeándome. Me despierta a golpes cuando duermo, me levanta con ellos cuando me siento, hasta la puerta me lleva a golpes cuando salgo de casa, y a golpes me recibe a mi vuelta. No, los llevo en mis espaldas, como una mendiga acostumbrada a su mocoso, y creo que cuando al fin me haya lisiado mendigaré con ellos de puerta en puerta.

*Entran ADRIANA, LUCIANA, la CORTESANA
y un maestro de escuela llamado PINCH.*

ANTÍFOLO DE ÉFESO Vamos, continúa: acá viene mi esposa.

DROMIO DE ÉFESO (A ADRIANA.) Señora, *respice finem* —piensa en el final— o mejor, profetiza como el loro, «Cuídate del cabo de la cuerda».

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¿Vas a seguir hablando?

Golpea a DROMIO.

CORTESANA (A ADRIANA.)

¿Qué dices ahora? ¿No está tu esposo loco?

ADRIANA Su grosería no confirma otra cosa.

Buen doctor Pinch, eres un exorcista.

Restablece su cordura

y te daré lo que me pidas.

LUCIANA ¡Oh, qué fiero y colérico se le ve!

CORTESANA Miren cómo tiembla en su éxtasis.

PINCH (A ANTÍFOLO.) Dame tu mano y déjame sentir el pulso.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Ten mi mano y déjame sentirte la oreja.

Golpea a PINCH.

PINCH Te conjuro, Satanás, alojado en este hombre,
a rendirte ante mi santas oraciones
y volver de inmediato a tu reino de tinieblas:
te conjuro por todos los santos del cielo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¡Calla, brujo insano, calla! No estoy loco.

ADRIANA Oh, que no lo estuvieras, pobre alma acongojada.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Tú, desvergonzada, tú, ¿son estos tus clientes?

¿Fue este tu amigo de cara de azafrán
el que estuvo comiendo y bebiendo hoy en mi casa
mientras que sobre mí las puertas culpables se cerraban
y no me era permitido entrar?

ADRIANA Oh, esposo, Dios sabe que cenaste en casa
donde habrías permanecido hasta ahora
libre de difamación y esta vergüenza pública.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¿Que cené en casa?

A DROMIO.

Tú, villano, ¿qué dices?

DROMIO DE ÉFESO Señor, digo la verdad, que no cenaste en casa.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿No estaban las puertas cerradas y me quedé fuera?

DROMIO DE ÉFESO Es cierto, las puertas estaban cerradas y tú quedaste fuera.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¿Y no fue ella misma quien me insultó allí?

DROMIO DE ÉFESO *Sans fable*, ella misma te insultó allí.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿No fue su cocinera la que me difamó, se burló y me despreció?

DROMIO DE ÉFESO Cierto, lo hizo. La cocinera te despreció.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¿Y no partí de allí furioso?

DROMIO DE ÉFESO En verdad lo hiciste. Mis huesos son testigos,
pues han sentido desde entonces el vigor de tu ira.

ADRIANA (*A un lado a PINCH.*) ¿Es bueno asentir a sus errores?

PINCH (*A un lado a ADRIANA.*)

No está mal. El mozo le encontró la vena
y, doblegándose a él, calma bien su frenesí.

ANTÍFOLO DE ÉFESO (A ADRIANA.)

Has hecho que el orfebre me arrestara.

ADRIANA Ay de mí, te envié el dinero para que te liberasen,
con Dromio, quien vino apresurado a recogerlo.

DROMIO DE ÉFESO

¿Dinero, conmigo? Enviarías mi corazón y mi buena voluntad,
pero seguro, amo, ni pizca de dinero.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¿No fuiste a donde ella por una bolsa de ducados?

ADRIANA Vino y se la entregué.

LUCIANA Y yo puedo atestiguar que lo hizo.

DROMIO DE ÉFESO Dios y el cordelero son testigos
de que solo fui enviado a buscar una cuerda.

PINCH (A un lado a ADRIANA.)

Señora, tanto el sirviente como el amo están poseídos.
Lo sé por su apariencia pálida y mortal.
Hay que atarlos y dejarlos en una habitación oscura.

ANTÍFOLO DE ÉFESO (A ADRIANA.)

Di por qué razón me dejaste fuera hoy.
(A DROMIO.)

¿Y por qué niegas la bolsa de oro?

ADRIANA Noble marido, yo no te dejé fuera.

DROMIO DE ÉFESO Y, gentil amo, no he recibido ningún oro.

Pero confieso, señor, que nos dejaron fuera.

ADRIANA Hipócrita villano, mientes doblemente.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Zorra hipócrita, eres falsa en todo.

Y eres cómplice de una maldita pandilla
para hacerme motivo de burla repulsivo y despreciable.
Pero con estas uñas te arrancaré los falsos ojos
que quieren contemplarme en esta oprobiosa diversión.

*Trata de agarrar a ADRIANA; ella grita.
Entran tres o cuatro e intentan amarrarlo. Él se resiste.*

ADRIANA Oh, átenlo, átenlo. No dejen que se me acerque.

PINCH ¡Más gente! El demonio se ha fortalecido en él.

LUCIANA Ay de mí, pobre hombre, qué pálido y enfermo luce.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¿Cómo, me asesinarás? Tú, carcelero, tú.

Soy tu prisionero. ¿Vas a dejar
que me secuestren?

OFICIAL Señores, suéltelo.

Es mi prisionero y no lo tendrán.

PINCH Vamos, aten al criado, que también está frenético.

Atan a DROMIO.

ADRIANA ¿Qué pretendes, necio oficial?

¿Te complaces en ver a un desdichado
ultrajándose e hiriéndose a sí mismo?

OFICIAL Es mi prisionero. Si dejo que se marche
la deuda que tiene me la reclamarán a mí.

ADRIANA Te pagaré antes de irme.

Llévame ahora mismo donde su acreedor,
y, sabiendo cómo surgió la deuda, le pagaré.
Buen doctor, encárgate de que llegue bien
a casa. ¡Ah, qué día más infeliz!

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¡Ah, qué infeliz prostituta!

DROMIO DE ÉFESO Amo, acá me atan como fianza por ti.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¡Largo, villano! ¿Por qué me enloqueces?

DROMIO DE ÉFESO ¿Te atarán por nada? Enloquece, buen amo,
grita: «¡El demonio!».

LUCIANA ¡Dios los asista, pobres almas, hablan como orates!

ADRIANA Anda, llévatelo de acá. Hermana, tú ven conmigo.

*Salen hacia al Fénix PINCH y los otros llevando
a ANTÍFOLO DE ÉFESO y a DROMIO DE ÉFESO.
El OFICIAL, ADRIANA, LUCIANA y la CORTESANA se quedan.*

OFICIAL A un tal Ángelo, orfebre, ¿lo conoces?

ADRIANA Lo conozco. ¿Cuánto es lo que le debe?

OFICIAL Doscientos ducados.

ADRIANA Dime, ¿por qué es la deuda?

OFICIAL Por una cadena suya que tenía tu esposo.

ADRIANA Él ordenó una cadena para mí, pero no la tenía.

CORTESANA Estando hoy tu esposo todo enfurecido,
vino a mi casa y se llevó mi anillo
—el anillo que ahora le he visto en el dedo—
y poco después lo encontré con la cadena.

ADRIANA Puede ser, pero yo nunca la vi.
Ven, carcelero, llévame a donde el orfebre.
Quiero saber la verdad con detalle.

*Entran ANTÍFOLO DE SIRACUSA (llevando la cadena)
y DROMIO DE SIRACUSA con las espadas desenvainadas.*

LUCIANA ¡Dios, por piedad, han escapado de nuevo!

ADRIANA Y vienen con las espadas desnudas. Pidamos ayuda para atarlos otra vez.

OFICIAL ¡Atrás, nos matarán!

*Todos menos ANTÍFOLO y DROMIO huyen,
tan rápido como pueden, aterrorizados.*

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Veo que a estas brujas les asustan las espadas.

DROMIO DE SIRACUSA La que pretendía ser tu esposa ahora te huye.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Vamos al Centauro. Saquemos nuestras cosas de allí.

Quisiera que estuviéramos ya sanos y salvos a bordo.

DROMIO DE SIRACUSA A fe, pasemos acá esta noche. A buen seguro no nos harán daño. Ya has visto que nos hablaron cortésmente, y nos dieron oro. Es un pueblo tan amable, me parece, que, de no ser por la montaña de alocada carne que me reclama en matrimonio, mi corazón me haría quedarme para siempre y volverme brujo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

No me quedaría esta noche ni por toda la ciudad.
Así que, vamos, llevemos nuestras cosas a bordo.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entran el SEGUNDO MERCADER y ÁNGELO el orfebre.

ÁNGELO Siento, señor, haberte retrasado,
pero te juro que él tenía mi cadena,
aunque taimadamente lo niegue.

SEGUNDO MERCADER ¿Qué estima tiene el hombre en la ciudad?

ÁNGELO Es hombre de alta reputación,
de crédito infinito, muy apreciado,
por encima de todos los que viven acá.
Confiaría mi riqueza a su palabra cuando fuere.

SEGUNDO MERCADER Habla bajo. Creo que viene por allí.

*Entran de nuevo ANTÍFOLO DE SIRACUSA, llevando la cadena,
y DROMIO DE SIRACUSA.*

ÁNGELO Así es, y la cadena en su cuello es la misma
que juró de forma tan monstruosa no tener.
Buen señor, acércate. Le hablaré.
Señor Antífolo, estoy muy sorprendido
de que me hayas provocado tal vergüenza y problemas,
y no sin poco escándalo para ti mismo,
negando con terquedad y juramentos
la cadena que ahora llevas abiertamente.
Además del costo, la vergüenza, la prisión,
has maltratado a este honrado amigo mío,
quien, de no haberse demorado por nuestra controversia,
habría izado velas y zarpado hoy.
Te di esta cadena. ¿Puedes negarlo?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Creo que me la diste. Nunca lo he negado.

SEGUNDO MERCADER Sí, lo hiciste, perjurándolo también.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Quién me oyó negarlo o perjurarlo?

SEGUNDO MERCADER Estos oídos míos, lo sabes, te escucharon.
¡Qué vergüenza, desgraciado! Es una pena que vivas
para andar por donde hay hombres honrados.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Es una villanía el acusarme así.

Probaré mi honor y honestidad
en contra tuya ahora mismo, si te atreves a enfrentarme.

SEGUNDO MERCADER Me atrevo y te desafío como a un villano.

*Desenvainan. Entran ADRIANA, LUCIANA, la CORTESANA,
y otros del Fénix.*

ADRIANA Detente, no lo hieras, por Dios; está loco.

Que alguien lo custodie y le quite la espada.
Sujeten también a Dromio y tráiganlos a mi casa.

DROMIO DE SIRACUSA

¡Huye, amo, huye! Por Dios, refúgiate en alguna casa.
Aquí hay una abadía: entra o estamos arruinados.

*Salen ANTÍFOLO DE SIRACUSA y DROMIO DE SIRACUSA
hacia la abadía. Entra desde la abadía la ABADESA.*

ABADESA Calma, gente. ¿Qué razón los ha reunido aquí?

ADRIANA Sacar de aquí a mi pobre esposo enloquecido.

Déjanos entrar, para amarrarlo pronto
y llevarlo a casa para que se recupere.

ÁNGELO Sabía que no estaba en sus cabales.

SEGUNDO MERCADER Ahora siento haber desenvainado contra él.

ABADESA ¿Desde cuándo está poseído este hombre?

ADRIANA Esta semana ha estado agrio, triste, abatido

y muy, muy distinto del hombre que era;
pero hasta esta tarde su pasión
nunca había llegado al extremo de la furia.

ABADESA

¿No perdió gran parte de sus riquezas por naufragar en el mar?
¿No ha enterrado a un amigo querido?
¿No ha desviado su afecto hacia un amor ilegítimo,
un pecado muy común en los jóvenes
que dan a sus ojos la libertad de mirar?
¿A cuál de estas penas está sometido?

ADRIANA A ninguna de ellas, excepto a la última,
es decir, algún amor que lo aparta con frecuencia de casa.

ABADESA Por eso debiste reprimirlo.

ADRIANA Bueno, lo hice.

ABADESA Sí, pero no con bastante dureza.

ADRIANA Con tanta como el pudor me lo permite.

ABADESA Afortunadamente en privado.

ADRIANA Y ante otros también.

ABADESA Sí, pero no lo suficiente.

ADRIANA Era el tema de nuestra conversación,
en la cama no dormía por mi insistencia.
En la mesa no comía por mi insistencia.
A solas, era asunto de mi charla.
En su compañía aludía a ello con frecuencia.
Y aun le decía que era vil y malvado.

ABADESA Y por eso concluyes que el hombre estaba loco.

Los venenosos clamores de una mujer celosa
matan más que el diente del perro rabioso.
Parece que tus reproches le trastornaran el sueño,
y de ahí viene que su cabeza sea liviana.
Dices que sazonabas su comida con regaños.
Las cenas inquietas alteran la digestión.
De ahí surge el rabioso ardor de la fiebre,
¿y qué es una fiebre sino un acceso de locura?
Dices que sus diversiones se agriaban por tus riñas.
¿Y qué se obtiene impidiendo el recreo
sino tristeza y un tedio melancólico,
parientes de la sombría y desolada desesperación,
y a sus talones una gran tropa infecciosa
de pálidas dolencias y enemigos de la vida?
En la cena, en la diversión, en el descanso que preserva la vida,
ser perturbado enloquece al hombre o a la bestia.
La consecuencia es pues que tus ataques de celos
han asustado a tu marido hasta enloquecerlo.

LUCIANA Ella nunca lo reñía sino muy suavemente
cuando él se comportaba de forma basta, ruda y salvaje.

A ADRIANA.

¿Por qué toleras estos reproches sin contestar?

ADRIANA Ella me entrega a mi propia deshonra.

Buena gente, entren y atrápenlo.

ABADESA No, ninguna criatura entra en mi casa.

ADRIANA Que entonces tus sirvientes saquen a mi marido.

ABADESA Tampoco. Se refugió en este santuario
y tiene el privilegio de estar fuera de tus manos
hasta que lo regrese de nuevo a la cordura
o pierda mi trabajo intentándolo.

ADRIANA Atenderé a mi marido, seré su enfermera,
lo alimentaré en su dolencia, pues es mi deber,
y nadie ha de reemplazarme más que yo misma.
Así que déjame llevarlo a casa conmigo.

ABADESA Ten paciencia; no permitiré que se mueva
hasta que haya utilizado los medios que tengo,
con jarabes saludables, drogas y oraciones santas
para hacerlo un hombre normal de nuevo.
Es rama y parte de mis votos,
un deber caritativo de mi orden.
Márchense, pues, y déjenlo conmigo.

ADRIANA No me iré dejando a mi esposo aquí;
y le sienta muy mal a tu santidad
separar a un marido de su esposa.

ABADESA Calla y márchate. No lo tendrás.

Sale hacia la abadía.

LUCIANA (A ADRIANA.) Quéjate de esta indignidad ante el duque.

ADRIANA Ven, vámonos, caeré postrada a sus pies
y no me levantaré hasta que mis lágrimas y súplicas
me concedan su gracia para venir acá en persona
y le quiten por la fuerza mi marido a la abadesa.

SEGUNDO MERCADER A esta hora, creo, el reloj marca las cinco.
Pronto, estoy seguro, el duque en persona
vendrá por este camino hacia el valle melancólico,
lugar de la muerte y la triste ejecución,
detrás de los fosos de esta abadía.

ÁNGELO ¿Por qué causa?

SEGUNDO MERCADER

Para ver que a un respetable mercader siracusano,
que por mala fortuna llegó a este puerto
en contra de las leyes y los estatutos de esta ciudad,
lo decapitan públicamente por su crimen.

ÁNGELO Vean, ya vienen. Contemplaremos su muerte.

LUCIANA Arrodíllate ante el duque antes de que pase la abadía.

*Entran SOLINO, DUQUE DE ÉFESO, y EGEÓN el mercader
de Siracusa, con la cabeza descubierta, acompañados por el verdugo y otros oficiales.*

DUQUE Una vez más lo proclamamos públicamente:
si algún amigo paga la suma por él,
no morirá, es tanta la piedad que le tenemos.

ADRIANA (*Arrodillándose.*)

¡Justicia, sagrado duque, contra la abadesa!

DUQUE Es una dama virtuosa y respetable.
No puede ser que te haya injuriado.

ADRIANA Si me permite Su Alteza, Antífolo mi marido
—a quien hice señor de mí y de todo lo que tengo
por tus insistentes recomendaciones— en este aciago día
ha sufrido el más violento ataque de locura,
tanto que corrió desesperado por la calle,
con su criado, tan loco como él,
incomodando a los ciudadanos
al irrumpir en sus casas, llevándose de ellas
anillos, joyas, cuanto le antojara a su locura.
Lo pudimos amarrar y enviarlo a casa
mientras yo reparaba sus errores yendo
de aquí para allá en donde su furor los había cometido.
Luego, no sé con qué violencia, se escapó,
huyó de aquellos que lo vigilaban,
y él mismo, con su desquiciado sirviente,
cada uno con ira apasionada, con las espadas en alto,
nos salieron al encuentro y atacaron, furiosos,
ahuyentándonos; hasta que, buscando más ayuda,
regresamos para amarrarlos de nuevo. Fue cuando huyeron
dentro de esta abadía, adonde los perseguimos,
y entonces la abadesa nos cerró las puertas,
y no permite que lo saquemos,
ni que él salga para que nos lo llevemos de acá.

Por eso, sagrado duque, da tu orden
de que lo dejen salir, para así llevárnoslo y curarlo.

DUQUE *Levantando a* ADRIANA.

Hace mucho, tu esposo me sirvió en la batalla,
y te di mi palabra de príncipe,
cuando lo hiciste el amo de tu lecho,
de brindarle toda la gracia y el bien que pudiera.
Vamos, ustedes, toquen a la puerta de la abadía,
y ordenen a la señora abadesa que venga a mi presencia.
Arreglaré esto antes de irme.

Entra un mensajero desde el Fénix.

MENSAJERO (*A* ADRIANA.)

¡Oh, señora, señora, escapa y sálvate tú misma!
Mi amo y su criado se han soltado,
han golpeado una a una a las criadas y amarrado al médico,
chamuscándole la barba con tizones encendidos,
y cuando ardía le tiraban
grandes cubos de agua fangosa para apagar el pelo.
Mi amo le aconseja paciencia y mientras tanto
su sirviente lo rapa con tijeras como a un bufón;
y es seguro —si no envías ahora mismo ayuda—
que matarán entre los dos al exorcista.

ADRIANA Cálmate, tonto. Tu amo y su sirviente están acá
y lo que nos cuentas es falso.

MENSAJERO Señora, por mi vida te digo la verdad.

Casi no he respirado desde que lo vi.
Te llama a gritos y jura que si te atrapa
quemará tu rostro y te desfiguraré.

Se oyen gritos adentro.

Escucha, escucha, lo oigo, señora. ¡Huye, márchate!

DUQUE (*A* ADRIANA.)

Quédate a mi lado. No temas nada. ¡Guardia con alabardas!

*Entran ANTÍFOLO DE ÉFESO y DROMIO DE ÉFESO
desde el Fénix.*

ADRIANA ¡Ay de mí, es mi marido! Eres testigo
de que anda invisible por ahí.

Hace poco lo seguimos hasta la abadía
y ahora está acá. Sobrepasa toda comprensión humana.

ANTÍFOLO DE ÉFESO ¡Justicia, santo duque, oh, garantízame justicia,
aunque sea por el servicio que hace tiempo te presté,
cuando te defendí en las batallas y obtuve
heridas profundas por salvar tu vida; aunque sea por la sangre
que perdí por ti entonces, garantízame justicia ahora!

EGEÓN (*A un lado.*) A menos que el temor a la muerte me obnubile,
veo a mi hijo Antífolo, y a Dromio.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Justicia, dulce príncipe, contra esa mujer que está ahí,
esa que me diste para que fuera mi esposa,
la que me ha deshonrado y maltratado
aun hasta el extremo y el rigor de la injuria.
Es inconcebible la ofensa
que la desvergonzada me ha infligido hoy.

DUQUE Cuéntame cómo y conocerás mi justicia.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Hoy, gran duque, me cerró las puertas
mientras festejaba con unos depravados en mi casa.

DUQUE ¡Es una falta grave! Di, mujer, ¿lo hiciste?

ADRIANA No, mi buen señor. Yo misma, él y mi hermana,
cenamos juntos hoy. Por la salvación de mi alma
que todo de cuanto me acusa es falso.

LUCIANA Que no pueda ver el día ni dormir de noche
si ella no dice a Su Alteza la pura verdad.

ÁNGELO (*A un lado.*) ¡Oh, mujer perjura! Ambas mienten.
En esto el loco las acusa justamente.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Mi soberano, sé muy bien lo que digo,
no me perturban los efectos del vino,
ni la ira me provoca aturdimiento,
aunque mis desgracias podrían enloquecer a uno más sabio.
Esta mujer no me dejó entrar hoy para la cena.
Acá el orfebre, si no fue uno de sus cómplices,
puede atestiguarlo, pues estaba entonces conmigo;
me dejó para ir a recoger una cadena,
prometiéndome que la traería al Puercoespín

donde Baltasar y yo cenamos juntos.
Después de que cenamos, y como él no había llegado,
fui yo en su busca. Lo encontré en la calle,
en compañía de ese caballero.

Señala al SEGUNDO MERCADER.

Allí el perjurio orfebre me juró
que hoy yo había recibido la cadena;
la que, lo sabe Dios, no he visto. Por lo cual
me hizo arrestar por un oficial.
Obedecí y envié a mi criado a casa
por unos ducados. Regresó sin nada.
Entonces respetuosamente le pedí al oficial
que me acompañara a donde vivo.
En el camino, topamos con mi mujer, su hermana
y toda una chusma de cómplices canallas. Con ellos
traían a un tal Pinch, hambriento truhán de rostro demacrado,
un puro esqueleto, un charlatán,
un brujo vulgar y adivino,
un menesteroso, enjuto,
un canalla de enfermiza mirada;
un muerto en vida. Este rufián pernicioso,
en verdad, se creyó hechicero,
y mirándome a los ojos, tomándome el pulso
y sin rostro, es decir, arrostrándome,
clamó que yo estaba poseído. Entonces todos juntos
cayeron sobre mí, me ataron, me llevaron,
y en una oscura y húmeda celda que hay en casa
nos dejaron a mí y a mi criado amarrados juntos
hasta que, rompiendo las cuerdas a fuerza de dientes,
gané mi libertad y de inmediato
corrí acá donde Su Alteza, a quien le ruego
me dé amplia satisfacción
por estas hondas vergüenzas e indignidades mayúsculas.

ÁNGELO Mi señor, en verdad, soy su testigo en esto:
no cenó en casa porque no lo dejaron entrar.

DUQUE Pero tenía tu cadena, ¿o no?

ÁNGELO La tenía, mi señor, y cuando corrió hasta acá
esta gente vio la cadena en su cuello.

SEGUNDO MERCADER (A ANTÍFOLO.) Además, juraré que mis oídos
te escucharon confesar que recibiste su cadena
después de haberlo perjurado en el mercado,
y por eso yo desenvainé mi espada contra ti;
entonces te refugiaste aquí en la abadía,
por lo que pienso que has salido de milagro.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Jamás he entrado en esta abadía,
ni tú has desenvainado contra mí.
Nunca vi la cadena, así el cielo me ayude,
y todo lo que me endilgan es falso.

DUQUE Pero ¡qué acusación tan intrincada es esta!
Me parece que todos han bebido de la copa de Circe.
Si acá lo hicieron entrar, acá debería estar.
Si estuviera loco, no respondería tan fríamente.

A ADRIANA.

Dices que cenó en casa; este orfebre lo niega.

A DROMIO.

Sirviente, ¿qué dices tú?

DROMIO DE ÉFESO (*Señalando a la* CORTESANA)

Señor, él cenó con ella allí, en el Puercoespín.

CORTESANA Lo hizo, y arrebató ese anillo de mi dedo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Es verdad, mi soberano, este anillo es de ella.

DUQUE (*A la* CORTESANA.) ¿Lo viste entrar en la abadía?

CORTESANA Tan cierto, mi soberano, como veo ahora a Su Alteza.

DUQUE Vaya, sí que es raro. Ve a decirle a la abadesa que venga.

Creo que están todos confundidos, o totalmente locos.

Sale uno hacia la abadía.

EGEÓN (*Adelantándose.*)

Duque poderoso, permíteme decir una palabra.
Por fortuna veo a un amigo que salvará mi vida
y pagará la suma que ha de liberarme.

DUQUE Habla libremente, siracusano, qué quieres.

EGEÓN (*A ANTÍFOLO.*) ¿No es tu nombre, señor, Antífolo?

¿Y no es ese tu sirviente Dromio?

DROMIO DE ÉFESO Hasta ahora yo era su sirviente, señor,
pero él, se lo agradezco, rompió en dos mis ataduras.
Ahora soy Dromio, y su sirviente, liberado.

EGEÓN Estoy seguro de que los dos me recuerdan.

DROMIO DE SIRACUSA Tú, señor, nos recuerdas a nosotros mismos;
pues hace poco estábamos atados como tú lo estás ahora.
¿No eres paciente de Pinch, verdad, señor?

EGEÓN ¿Por qué me miras extrañado? Me conoces bien.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Nunca en mi vida te he visto hasta ahora.

EGEÓN Oh, el dolor me ha cambiado desde que me vieras
y en las horas de aflicción la deforme mano del tiempo
me ha escrito caprichosos daños en el rostro.
Pero dime, ¿no reconoces mi voz?

ANTÍFOLO DE ÉFESO Tampoco.

EGEÓN ¿Ni tú, Dromio?

DROMIO DE ÉFESO No, créeme señor, tampoco yo.

EGEÓN Estoy seguro de que la conoces.

DROMIO DE ÉFESO

Ay, señor, pero yo estoy seguro de que no, y cualquier
cosa que un hombre niegue, estás sujeto a creerlo.

EGEÓN ¿No conoces mi voz? Oh, tiempo cruel,
¿tanto has enronquecido y resquebrajado mi pobre lengua
que ahora, tras siete breves años, mi único hijo
no conoce el débil tono de mi desafinada tristeza?
Aunque ahora mi labrado rostro se esconde
tras el vigor exhausto por el rocío invernal
y todos los conductos de mi sangre se congelan,
aún tengo cierta memoria en el ocaso de mi vida,
a mis cansadas lámparas aún les queda un tenue resplandor,
y mis sordos y débiles oídos me permiten escuchar un poco.
Todos estos viejos testigos, no puedo equivocarme,
me dicen que tú eres mi hijo Antífolo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Jamás he visto a mi padre en mi vida.

EGEÓN Hace solo siete años, en la bahía de Siracusa,
sabes bien que nos separaron. Pero quizá, hijo mío,
te avergüenzas de reconocermé en la miseria.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

El duque, y todos quienes me conocen en la ciudad,
pueden atestiguar conmigo que no es así.
Nunca en mi vida he visto Siracusa.

DUQUE (A EGEÓN.) Te digo, siracusano, que desde hace veinte años
he sido el protector de Antífolo,
tiempo en el cual nunca ha visto Siracusa.
Veo que tu edad y los peligros te hacen delirar.

*Entra desde la abadía la ABADESA, con ANTÍFOLO DE SIRACUSA
llevando la cadena, y DROMIO DE SIRACUSA.*

ABADESA Duque poderoso, contempla a un hombre al que se ha agraviado mucho.

Todos se reúnen para verlos.

ADRIANA Veo dos maridos, o mis ojos me engañan.

DUQUE Uno de estos hombres es el espíritu del otro:
¿y de estos, cuál es el hombre real
y cuál el espíritu? ¿Quién los distingue?

DROMIO DE SIRACUSA

Yo, señor, soy Dromio. Ordénale que se mar che.

DROMIO DE ÉFESO

Yo, señor, soy Dromio. Por favor, déjame quedarme.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿No eres tú Egeón? O quizá su fantasma.

DROMIO DE SIRACUSA Oh, mi anciano amo, ¿quién te ha atado así?

ABADESA Quien quiera que lo haya atado, yo desharé las ligaduras,
y con su libertad ganaré un esposo.
Habla, anciano Egeón, si eres el hombre
que tuvo una vez una mujer llamada Emilia
que te dio al mismo tiempo dos hermosos hijos.
Oh, habla, si eres el mismo Egeón
y háblale a la misma Emilia.

DUQUE Vaya, empieza a entenderse la historia de esta mañana:
hay dos Antífolos, los dos tan parecidos,
y dos Dromios, uno solo en apariencia...

Sumando lo que él dice sobre el naufragio en el mar,
estos son los padres de estos hijos
que ahora se han reunido por accidente.

EGEÓN Si no estoy soñando, tú eres Emilia.
Si eres ella, dime, ¿dónde está ese hijo
que flotó contigo en la balsa fatal?

ABADESA Por los hombres de Epidamno él y yo
y el gemelo Dromio fuimos recogidos.
Pero, poco a poco, los rudos pescadores de Corinto
les quitaron por la fuerza a Dromio y a mi hijo,
y a mí me dejaron con los de Epidamno.
Lo que sucedió después con ellos no lo sé;
yo tuve el destino en el que me ves ahora.

DUQUE (A ANTÍFOLO DE SIRACUSA.)
Antífolo, tú viniste primero de Corinto.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA No, señor, yo no. Yo vine de Siracusa.

DUQUE Esperen, quédense aparte. No sé cuál es cuál.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Yo vengo de Corinto, mi muy agraciado señor.

DROMIO DE ÉFESO Y yo con él.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Me trajo a esta ciudad el más famoso de los guerreros,
el duque Menafón, tu célebre tío.

ADRIANA ¿Cuál de ustedes dos cenó hoy conmigo?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Yo, gentil señora.

ADRIANA ¿Y tú no eres mi marido?

ANTÍFOLO DE ÉFESO A eso digo que no.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Y lo mismo digo yo. Aunque ella me llamó así;
y esta hermosa y gentil señora, su hermana,
me llamó hermano.

A LUCIANA.

Lo que te dije entonces
espero tener la oportunidad de cumplirlo,
si no es un sueño lo que veo y escucho.

ÁNGELO Esa es la cadena, señor, que te entregué.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Supongo que sí, señor. No lo niego.

ANTÍFOLO DE ÉFESO (A ÁNGELO.)

Y tú, señor, por esa cadena me hiciste arrestar.

ÁNGELO Supongo que sí, señor. No lo niego.

ADRIANA (A ANTÍFOLO DE ÉFESO.)

Te envié el dinero para tu fianza
con Dromio, pero creo que no lo llevó.

DROMIO DE ÉFESO No, no llevé nada.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA (A ADRIANA.)

Esta bolsa de ducados la recibí de ti,
y Dromio, mi criado, me la trajo.
Cada uno, veo, se encontró al criado del otro;
fui tomado por él y él por mí,
y de eso surgieron los errores.

ANTÍFOLO DE ÉFESO Doy estos ducados como fianza de mi padre.

DUQUE No es preciso. Tu padre tiene la vida.

CORTESANA Señor, tienes que devolverme el diamante.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Aquí está, tenlo, y muchas gracias por mi buena cena.

ABADESA Afamado duque, accede a tomarte la molestia

de entrar con nosotros a la abadía
y escuchar el relato detallado de nuestras aventuras.
Y todos los que están aquí reunidos,
y que por haber compartido el error de un día
han sufrido agravios, vamos, acompáñennos
que les daremos satisfacción plena.
Llevo treinta y tres años penando
por ustedes, hijos míos, y hasta ahora
mi pesada carga nunca había sido aliviada.
El duque, mi marido, y mis dos hijos,
y ustedes, calendarios de sus nacimientos,
vengan a una fiesta de bautismo y gocen conmigo.
¡Después de tan larga pena, tal festividad!

DUQUE Con todo mi corazón, estaré en esta fiesta.

*Salen hacia la abadía todos menos los dos DROMIOS
y los dos hermanos ANTÍFOLO.*

DROMIO DE SIRACUSA (A ANTÍFOLO DE ÉFESO.)

Amo, ¿debo recoger tu equipaje del barco?

ANTÍFOLO DE ÉFESO Dromio, ¿qué equipaje mío has embarcado?

DROMIO DE SIRACUSA

Las mercancías que dejaste, señor, en el Centauro.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA Se refiere a mí. Tu amo soy yo, Dromio.

Ven, entra con nosotros. Más tarde nos ocuparemos de eso.

Abraza a tu hermano; regocíjate con él.

Salen los hermanos ANTÍFOLO.

DROMIO DE SIRACUSA Hay una gorda amiga en la casa de tu amo
que hoy en la cena me agasajó por ti.

Ahora debe ser mi hermana, no mi esposa.

DROMIO DE ÉFESO Parece que tú seas mi espejo y no mi hermano.

Veo a través tuyo que soy un hermoso joven.

¿Quieres entrar a ver su fiesta?

DROMIO DE SIRACUSA No, señor, primero tú que eres mayor.

DROMIO DE ÉFESO Eso es un enigma. ¿Cómo lo resolvemos?

DROMIO DE SIRACUSA Echaremos a la suerte quién es el mayor.

Por ahora, sigue tú primero.

DROMIO DE ÉFESO No, entonces que sea así:

si vinimos al mundo como hermano y hermano,
vamos de la mano, ninguno antes que el otro.

Salen hacia la abadía.



LA DOMA DE LA FIERA

*versión de
Víctor Obiols*

Catalogada a veces como una de las obras más tempranas de Shakespeare, probablemente fue escrita hacia 1593. Aunque hay una edición en Cuarto de 1594, muchos eruditos la consideran una mala impresión de una obra más antigua en la que Shakespeare se basó para escribir la suya propia, cuyo único texto autorizado es el del Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

CATALINA (también Cati) Minola, de Padua, la fiera

BLANCA, su hermana menor

BAUTISTA, su padre

PETRUCHO, de Verona, pretendiente de Catalina, futuro esposo

GRUMIO, su criado

CURTIS, NATANIEL, FELIPE, JOSÉ, NICOLÁS, PEDRO y otros: criados de Petrucho

GREMIO, un anciano de buena posición, de Padua, pretendiente de Blanca

HORTENSIO, otro pretendiente; durante parte de la obra va disfrazado de LICIO, un profesor de música y matemáticas

LUCENCIO, de Pisa, un pretendiente más joven, futuro esposo de Blanca; la mayor parte de la obra va disfrazado de CAMBIO, profesor de idiomas

TRANIO, su criado; la mayor parte de la obra va disfrazado de Lucencio

BLONDELO, otro de los criados de Lucencio

VICENCIO, padre de Lucencio

Un pedante (MAESTRO), de Mantua

Una VIUDA

Un SASTRE

Un SOMBRERERO

Un OFICIAL

Otros criados de Lucencio y Bautista

En la Introducción:

Cristóbal SLY, un calderero borracho y mendigo

La POSADERA

Un CABALLERO, sus cazadores, su paje y sus criados

Una compañía de teatro ambulante

INTRODUCCIÓN

ESCENA I

Entran Cristóbal SLY (un mendigo) y la POSADERA.

SLY ¡Te juro que te voy a poner como un trapo!

POSADERA ¡Anda y que te zurzan, pordiosero!

SLY ¡Mira que eres zorra! Los Sly nunca fueron pordioseros. Si lees las Crónicas te enterarás de que vinimos con Ricardo el Conquistador. Así que *¡pocas palabras!* ¡No me eches la bronca y cállate ya!

POSADERA ¿No vas a pagarme las copas que has roto?

SLY Nanay, ni un real. Lárgate ya, por san Jerónimo. ¡Métete en la cama a calentar sábanas!

POSADERA Ya sé yo lo que tengo que hacer. Voy a avisar al sargento.

Sale.

SLY Sargento, teniente o cabo, le voy a contestar con la ley en la mano. ¡A mí con esas, hombre! ¡Bueeno! Que venga por mí, y bienvenido sea...

Se duerme. Se oyen cuernos de caza.

Entra un CABALLERO con atuendo de cacería y su séquito.

CABALLERO Cazador, ocúpate de mis perros.

Que descanse el Chispa, está agotado,
y deja al Nuboso con la perra de ladrado ronco.

¿Viste, rapaz, cómo husmeaba el Plata
cuando apenas podía olerse el rastro?
¡Ni por veinte libras lo vendía yo!

PRIMER CAZADOR Pues, señor, el Tico es igual de bueno:

presto ladraba al reencontrar el rastro,
y hoy por dos veces husmeó con tiento.
Ese perro es el mejor, creedme, amo.

CABALLERO ¡Qué dices! Si el Lahín fuera tan raudo
valdría más que doce veces Tico!
Dales de cenar y ponlos a dormir;
de buena mañana volveré a salir.

PRIMER CAZADOR Así lo haré, señor.

CABALLERO (*Viendo a SLY.*)

¿Qué es esto? ¿Un muerto? ¿Un borracho? ¿Respira?

SEGUNDO CAZADOR Respira, señor. Tened por seguro
que si la curda no lo calentara
no dormiría aquí tan a gusto,
pues cual jergón parece muy frío.

CABALLERO ¡Oh, bestia inmunda! ¡Si parece un cerdo!
¡Repugnante es tu imagen, muerte fea!
Ved, caballeros, cómo voy a burlar
a este pobre borracho dormido.
¿Qué os parece si lo meto en la cama
vestido ricamente y con anillos,
manjares deliciosos a su vera,
y fieles criados cuando despierte?
¿Se olvidaría el pobre de quién es?

PRIMER CAZADOR Bien seguro, señor, que así sería.

SEGUNDO CAZADOR Todo le extrañaría al despertar.

CABALLERO Como un sueño halagador o vana fantasía.

Lleváoslo, pues, y preparad bien la broma.
Trasladadlo con cuidado
a la habitación más elegante,
y colgad allí los más alegres cuadros y tapices.
Perfumadle la cabeza inmunda con aguas de colonia
y quemad sándalo para crear atmósfera agradable.
Tened música a punto para cuando despierte,
de tono celestial y dulce melodía.
Y si empieza a hablar, estad atentos,
y con servil reverencia, decidle:
«¿Qué ordena vuestra señoría?».
Que alguien le acerque una jofaina plateada
con agua de rosas y flores esparcidas;
otro criado, un jarrón, y otro, toallas, diciendo:
«¿Desea Su Señoría refrescarse las manos?».
Que un criado le tenga preparado un lujoso vestido
y le pregunte qué quiere ponerse.
Que otro le hable de sus perros y del caballo,
y de su señora, preocupada por su extraña dolencia.

Convencedlo de que padeció una locura transitoria
y cuando diga que está loco, decidle que ahora sueña,
puesto que es poderoso caballero.
Haced tal como os digo, sin aspaviento alguno,
y será un pasatiempo excelente
si sabéis urdirlo con prudencia.

PRIMER CAZADOR Señor, os aseguro que representaremos
nuestro papel con tanto realismo
que ha de creer todo lo que le digamos.

CABALLERO Cogedlo con cuidado y llevadlo a la cama,
y cada cual cumpla su cometido
tan pronto se despierte.

*Se llevan a SLY.
Suenan trompetas.*

Mozo, ve a ver de dónde viene este toque de trompeta.

Sale el criado.

Seguramente es algún noble que está viajando
y desea albergarse aquí.

Entra el criado.

¡Hola! ¿Quién es?

CRIADO Con el permiso de su señoría, son actores que os ofrecen sus servicios.

Entran los actores.

CABALLERO Diles que se acerquen. Sed bienvenidos, jóvenes.

ACTORES Mil gracias, señoría.

CABALLERO ¿Tenéis intención de quedaros esta noche?

PRIMER ACTOR Si Su Señoría se digna aceptar nuestros servicios.

CABALLERO Con mucho gusto. Me acuerdo de este chico
en el papel de hijo mayor de un granjero.
Hacías la corte a la dama, y muy bien, por cierto.
He olvidado tu nombre, pero el papel
te iba como un guante, y lo representabas con naturalidad.

SEGUNDO ACTOR Me parece que Su Señoría se refiere a Soto.

CABALLERO Exactamente, y lo hiciste de fábula.

Bien. Habéis llegado en buen momento.
Justamente me traigo entre manos un pequeño juego
y vuestra habilidad puede prestarme un gran servicio.
Hay aquí un señor que hoy quiere veros actuar;
pero temo que no os comportéis debidamente,
sobre todo si os fijáis en su aire extravagante,
porque nunca ha visto una obra de teatro.
Temo que estalléis en carcajadas y lo ofendáis.
Lo digo en serio: solo con que esbocéis una sonrisa,
puede enfadarse mucho.

PRIMER ACTOR No os preocupéis, señor, sabremos contenernos,
aunque fuera el hombre más grotesco de la tierra.

CABALLERO (*A un criado.*) Venga, mozo, llévalos a la despensa,
y dales a todos un buen recibimiento.
Que no les falte nada de cuanto podamos ofrecer.

Salen criado y actores.

Y tú, rapaz, ve a buscar a mi paje Bartolomé.
Que se disfrace enteramente de mujer.
Después lo acompaña a la estancia del borracho,
y llámalo «Señora», y obedécele en todo.
Dile de mi parte, si desea mi afecto,
que observe una conducta honorable,
tal como ve que se comportan
las damas nobles con sus maridos.
Dile que actúe así con el borracho,
y que con lengua zalamera y discreta cortesía
le diga esto: «¿Qué desea su señoría?
¿Cómo puede su humilde y atenta esposa
demostrarle obediencia y gran amor?».
Entonces, con abrazos cariñosos y con besos tentadores,
la cabeza reclinada en su regazo,
que lo inunde de lágrimas, lágrimas de alegría
por ver a su noble amo curado y cuerdo,
él, que durante siete años no creyó ser
más que un pobre vagabundo miserable.
Y si el paje no tiene ese don tan femenino
de llorar a discreción, que esconda una cebolla,
bajo el pañuelo, bien oculta.
Eso seguro que lo hará llorar.

Haz lo que mando con presteza.
Después te daré más instrucciones.

Sale el segundo criado.

Estoy seguro de que el paje sabrá imitar la gracia,
la voz, el aire, el gesto de una gentil señora.
Ya deseo ver cómo llama «marido» al borracho,
y cómo mis criados se contienen la risa
cuando rindan homenaje a ese ganapán.
Voy a ver qué hacen; posiblemente, mi presencia
mitigará un tanto el alborozo,
que si no, promete ser de aúpa.

Salen.

ESCENA II

*Entran, arriba, el borracho, SLY, con sirvientes
(algunos con elegantes libreas, jarrón, palangana y otros enseres)
y el CABALLERO.*

SLY Por el amor de Dios, una jarra de cerveza.

PRIMER CRIADO ¿Desea Su Señoría una copita de vino blanco?

SEGUNDO CRIADO

¿Desea catar Su Señoría esta confitura en conserva?

TERCER CRIADO ¿Qué ropas quisiera vestir hoy Su Honorable Señoría?

SLY Soy Cristófero Sly. No me llaméis «Señoría», ni «Honorable». No he bebido vino blanco en mi vida; y si queréis darme conservas, que sea buey. No me preguntéis qué ropa voy a ponerme, pues no tengo más jubón que espalda, ni más medias que piernas, ni más zapatos que pies, y, a veces, incluso más pies que zapatos, o zapatos por los que asoman mis dedos.

CABALLERO ¡Que el cielo aparte de su señoría este humor delirante! ¡Oh, que un caballero tan poderoso y de semejante alcurnia, con tantas posesiones y tan querido por sus gentes, ande imbuido de este espíritu maniaco!

SLY ¿Qué pasa? ¿Queréis volverme loco? ¿Acaso no soy Cristóbal Sly, hijo del viejo Sly de Burton Heath, trapero de nacimiento, peinero de oficio, domador de osos por mudanzas del destino y hoy calderero? Preguntadle a Marian Hacket, la tabernera gorda de Wincot, a ver si me conoce. Si no os dice que le debo catorce peniques por unas pintas de cerveza, tenedme por

el bribón más mentiroso de la Cristiandad. ¡No estoy enajenado! Aquí...

TERCER CRIADO He aquí la razón por la que su señora está triste.

SEGUNDO CRIADO Y por lo mismo se apenan sus criados.

CABALLERO Y por esta causa vuestros parientes

abandonan esta casa, como expulsados
por vuestro extraño desvarío.

Noble señor, considerad vuestra stirpe,
haced que vuestra mente vuelva del exilio,
y desterrad estos sueños abyectos y vulgares.

Mirad cómo os atienden los criados,
cada uno en su tarea, esperando vuestra seña.

¿Queréis escuchar música? (*Música.*) Oíd, Apolo toca,
y veinte ruiseñores cantan en sus jaulas.

¿O bien queréis dormir? Os llevamos a un lecho
más dulce y más mullido

que el fabricado a posta para Semíramis.

Si vuestro deseo es pasear,
tapizaremos de flores el suelo.

¿O preferís montar? Al punto
aparejamos los caballos,

con los arneses adornados de oro y perlas.

¿Os place tal vez más la cetrería?

Vuestros halcones vuelan más alto que la alondra.

¿O es vuestra afición la caza? Vuestros sabuesos
hacen retumbar el firmamento y arrancan
ecos estridentes del fondo de la tierra.

PRIMER CRIADO Y si queréis cazar liebres, los lebreles

son tan veloces como los ciervos,
y más ágiles que un cervatillo.

SEGUNDO CRIADO ¿Os gustan las pinturas? Os traemos un Adonis,

pintado a la orilla de un pequeño río, y a Citerea
escondida entre juncos salvajes; si parece
que se movieran suavemente con su aliento,
como juncos de verdad agitados por la brisa.

CABALLERO A Ion mostraremos, cuando aún era virgen,

y cómo fue sorprendida y engañada,
pintado todo con tanto realismo
como en el momento en que ocurrió.

TERCER CRIADO O a Dafne vagando por un bosque de espinas,
arañándose las piernas de tal modo
que uno juraría que le sangran, y al verla Apolo llora,
pues lágrimas y sangre están pintadas con destreza.

CABALLERO Sois un señor, y nada más que un gran señor.
Tenéis una esposa mucho más hermosa
que cualquier mujer en estos malos tiempos.

PRIMER CRIADO Y hasta que derramó por vos un mar de lágrimas,
que impías le anegaron todo el rostro,
era la criatura más bella de este mundo,
y es aún la primera entre las damas.

SLY ¿Soy un señor, y tengo tal esposa?
¿O estoy soñando? ¿O hasta ahora duró el sueño?
No estoy dormido: veo, oigo y puedo hablar,
percibo olores dulces y toco un mundo suave.
Sí, por mi vida, soy pues un gran señor,
no soy un calderero, ni soy Cristóbal Sly.
Muy bien, traed aquí a la dama, que la vea,
y otra pinta de cerveza, una más.

SEGUNDO CRIADO ¿Gusta Su Señoría de lavarse las manos?
¡Qué alegría que hayáis recobrado la razón!
¡Que de nuevo sepáis por fin quién sois!
Habéis vivido un sueño durante quince años,
que despertar y estar dormido eran lo mismo.

SLY ¡Quince años! A fe mía, una siesta bien larga.
¿Y nunca, durante este tiempo, dije nada?

PRIMER CRIADO Oh, sí, mi señor, pero eran palabras vanas.
Pese a descansar en esta bella estancia,
decíais que alguien os echaba a golpes,
blasfemabais contra la dueña de la taberna,
la queríais llevar ante los tribunales
porque os servía en jarras dudosas,
y no en jarras de ley. A veces
llamabais a una tal Cecilia Hacket.

SLY Pues sí, es la hija de la tabernera.

TERCER CRIADO Pero, señor, si vos no conocéis ninguna taberna
ni mucho menos a una tal mujer,

como tampoco sabéis quiénes son
esos a los que llamáis: Esteban Sly,
Juan Siestas de Grecia, y Pedro Parterres,
y Enrique Pimperl, y veinte nombres más
que nadie conoce y nunca han existido.

SLY Pues gracias a Dios que me encuentro ya mejor.

TODOS Amén.

Entra Bartolomé el PAJE, disfrazado de señora, con criados.

SLY Te lo agradezco, no saldrás perdiendo.

PAJE ¿Cómo estáis, noble señor?

SLY ¡De fábula, Dios santo, pues aquí se bebe bien!
¿Dónde está mi esposa?

PAJE Aquí, noble señor. ¿Qué deseáis?

SLY ¿Sois mi mujer y no me llamáis «marido»?
Mis criados deben llamarme señor,
pero ¿vos? ¡Soy vuestro esposo!

PAJE Mi marido y mi señor, mi señor y mi marido;
soy vuestra esposa obediente.

SLY Lo sé muy bien. ¿Cómo debo llamarla?

CABALLERO «Señora».

SLY ¿«Señora Alicia» o «Señora Juana»?

CABALLERO Señora, a secas, es así
como llaman los señores a sus damas.

SLY Señora esposa, me dicen que he soñado
y he dormido durante unos quince años.

PAJE Así es, y a mí me han parecido treinta,
estando alejada de vuestro lecho.

SLY Es mucho tiempo. Mozos, dejadnos solos.

Salen caballero y criados.

Señora, desnudaos y venid a la cama.

PAJE Nobilísimo señor, dejadme que os ruegue
me concedáis una o dos noches de descanso,

o, si no, al menos hasta que el sol se ponga,
pues vuestros médicos me han avisado expresamente
del peligro de una recaída, y de que era necesario
me abstuviera todavía de compartir el tálamo.
Supongo que esta razón se erige suficiente
para excusarme de vuestra demanda.

SLY Se erige tan bien que la espera va a ser ardua, pero me da terror la sola idea de volver a soñar de nuevo. Así es que esperaré, a pesar de la carne y de la sangre.

Entra un criado.

CRIADO Aquellos actores de Su Señoría,
informados de vuestra recuperación,
desean representar para vos una comedia alegre.
Los doctores lo encuentran oportuno,
pues observan que un exceso de tristeza os enfrió la sangre,
y la melancolía es la madre de todos los delirios.
Así es que os han recomendado una obra de teatro
para que vuestra mente se acostumbre a la alegría,
que ahuyenta muchos males y alarga la existencia.

SLY ¡Pardiez! ¡Que actúen, claro! ¿No es algo así como una farsa de Navidad o teatro de títeres?

PAJE No exactamente, mi señor, es una cosa más divertida.

SLY ¿Cómo? ¿Una cosa maravillosa?

PAJE Es una especie de historia.

SLY Pues vamos a verla. Venid, señora esposa, sentaos a mi lado, y ríase la gente.
¡Solo se vive una vez!

PRIMER ACTO

ESCENA I

*Suenan trompetas de anuncio.
Una plaza pública. Entran LUCENCIO y su criado TRANIO.*

LUCENCIO Tranio, debido al gran deseo que tenía
de ver la bella Padua, cuna de las artes,
he llegado a la fértil Lombardía,
jardín amable de la bella Italia,
y ya que por amor e indulgencia de mi padre
tengo su beneplácito y tu buena compañía,
mi fiel criado, devoto en todo,
detengámonos aquí para iniciar con buen augurio
un curso de enseñanzas eruditas.
Pisa, reputada por la seriedad de sus súbditos,
me vio nacer, y antes que a mí, a mi padre,
un mercader que comercia en todo el mundo:
Vicencio, de la estirpe de los Bentivoli.
Al hijo de Vicencio, en Florencia educado,
corresponde colmar las esperanzas en él puestas
honrando su fortuna con actos de virtud.
Por esto, Tranio, durante mis estudios
me aplicaré a la virtud y a aquella parte de la filosofía
que trata de la felicidad alcanzada
especialmente mediante la virtud.
Dime qué piensas, porque he dejado Pisa
y en Padua ahora me encuentro como quien sale
de un pequeño charco para sumergirse en lo profundo
y desea así satisfacer su sed.

TRANIO *Me perdonato*, buen amo.

En todo coincido con Su Señoría.
Me alegra que estéis tan decidido
a sorber de la filosofía el dulce néctar;
con todo, buen amo, en la admiración
por dicha moral, virtud y disciplina
procuremos, os lo ruego, no ser ni estoicos ni estultos,
o tan devotos a los principios de Aristóteles
que debamos renunciar al buen Ovidio.

Ejercitad la lógica con los conocidos.
Practicad la retórica en la conversación.
Componed música y poesía para despejaros.
La matemática y la metafísica
practicadlas a vuestro antojo.
No habrá provecho en lo que no encontréis deleite.
En fin, señor, estudiad lo que más os agrade.

LUCENCIO Mil gracias, Tranio, bien me aconsejas.
Si Blondelo estuviera ya aquí,
podríamos ponernos manos a la obra,
y buscar un buen alojamiento para recibir
a los amigos que en el tiempo Padua nos depare.
Pero, un momento, ¿qué compañía es esa?

TRANIO Una comitiva, señor, que viene a recibirnos.

*Entran BAUTISTA con sus dos hijas, CATALINA y BLANCA; GREMIO, un «Pantaleón», y
HORTENSIO, pretendiente de BLANCA; LUCENCIO y TRANIO están de pie.*

BAUTISTA Caballeros, no me importunéis más,
porque ya sabéis que estoy del todo decidido:
no voy a dar la mano de mi hija pequeña
hasta que no haya encontrado marido a la mayor.
Si alguno de vosotros ama a Catalina,
pues os conozco bien y os aprecio,
la podéis cortejar, yo de grado os lo concedo.

GREMIO Querréis decir carretearla. Demasiado brusca para mí.
Tú, tú, Hortensio, ¿no querrías desposarla?

CATALINA (A BAUTISTA.) Decidme, señor, ¿es vuestra intención que se me rifen esos
pretendientes?

HORTENSIO ¿Pretendientes, jovencita? ¿Qué queréis decir?
No seremos pretendientes
si no sois más gentil y complaciente.

CATALINA Os aseguro, señor, que no tendréis que preocuparos.
Ciertamente, no es esta mi intención.
Si así fuera, no dudéis de que ya me cuidaría
de partiros la crisma con un taburete,
y pintaros la cara con colorete.

HORTENSIO ¡Que Dios nos libre de semejante demonio!

GREMIO ¡Y a mí también!

TRANIO (A LUCENCIO.) Callad, amo. Un pasatiempo se acerca. Esta joven está loca, o bien es muy terca.

LUCENCIO (*Aparte, a TRANIO.*)

Mas en el silencio de la otra me parece ver
la dulzura y discreción de una virgen.
Silencio, Tranio.

TRANIO (A LUCENCIO.) Señor, así se habla. Estad atento.

BAUTISTA Caballeros, para dar prueba fehaciente
de lo que he dicho... Blanca, entra en casa,
y no pongas mala cara, hija mía,
que no por ello te quiero menos.

CATALINA ¡Los mohínes de la chica! Es mejor que le pongáis
el dedo en el ojo, y así sabrá por qué llora.

BLANCA Alégrate, hermana, de mi infortunio.

Señor, vuestra voluntad humildemente obedezco.
Mis libros e instrumentos me harán compañía.
Practicaré la lectura en soledad.

LUCENCIO (*Aparte, a TRANIO.*)

Escucha, Tranio: así habla Minerva.

HORTENSIO Señor Bautista, qué extraño humor el vuestro.

Me sabe mal que nuestros buenos sentimientos
deban consternar a Blanca.

GREMIO ¿Por qué la encerráis, señor Bautista?

¿A causa de ese bicho infernal?

¿Debe sufrir condena por su lengua viperina?

BAUTISTA Caballeros, resignaos. Estoy decidido.

Blanca, puedes irte.

Se va BLANCA.

Y como sé que disfruta en gran manera
con la música y también con la poesía,
albergaré en casa a profesores
para instruirla como es debido. Si vos, Hortensio,
o vos, señor Gremio, conocéis alguno,
hacedlo venir, pues a hombres con talento

los trato con bondad, y soy muy generoso
con mis queridas hijas para su mejor instrucción.
Y ahora os despido. Tú, Catalina, quédate,
porque tengo algo que decirle a Blanca.

Se va.

CATALINA Vaya, confío en que puedo irme yo también, ¿no creéis? ¡Qué! ¡Ahora van a imponerme los horarios! ¡Como si no supiera lo que tengo que hacer! ¡Ja!

GREMIO Idos con la madre del diablo. Estáis hecha para él, que nadie va a pillaros por aquí. Su amor no es para tanto, Hortensio, y podemos esperar mano sobre mano, y pasar juntos el ayuno en paz. El pastel está crudo por los dos lados. Adiós, pues. A pesar de todo, por el amor que profeso a Blanca, si puedo encontrarle, como sea, hombre adecuado para enseñarle las artes que le agradan, tendré a bien recomendarlo a su padre.

HORTENSIO Asimismo lo haré yo, señor Gremio, pero dejadme que algo os diga, os lo ruego. Aunque la naturaleza de nuestro contencioso no ha sido nunca discutida, sabed que, bien mirado, nos concierne a ambos. A fin de tener de nuevo acceso a nuestra bella amada y ser buenos rivales, por el amor de Blanca hay una cosa que debemos solventar especialmente.

GREMIO ¿Qué es? Decídmelo, os lo ruego.

HORTENSIO ¡Caramba! Pues buscar marido a la hermanita.

GREMIO ¿Un marido? ¡Un demonio!

HORTENSIO Digo un marido.

GREMIO Y yo digo bien: un demonio. ¿Vos creéis, Hortensio, que a pesar de la fortuna de su padre, habrá hombre tan insensato como para desposarse con el infierno?

HORTENSIO Tranquilo, Gremio; aunque colme ya vuestra paciencia, y la mía, aguantar así sus gritos, creed, amigo mío, que hay hombres buenos por el mundo —y es deber encontrarlos— que la tomarían con todos sus defectos si la dote fuera suficiente.

GREMIO No sé qué deciros, pero yo aceptaría su dote con una condición: que me azotaran cada mañana en la cruz de la plaza.

HORTENSIO Sí, señor; como decís, es difícil escoger en un cesto de manzanas podridas. Pero, en fin, ya que nos une una cláusula adversa debemos arreglarlo amigablemente hasta procurar un marido a la hija mayor de

Bautista y liberar así a la más joven para poder casarla. ¡Entonces reemprenderemos la lucha! ¡Adorable Blanca! ¡Afortunado el hombre que la consiga! El caballero más raudo se llevará el anillo. ¿Qué me decís, señor Gremio?

GREMIO Estamos de acuerdo, y de buena gana le daría el mejor caballo de Padua al que la cortejara hasta el final: se casara con ella, la llevara a la cama, y librara esta casa de su presencia. Venid.

Se van GREMIO y HORTENSIO.

TRANIO Os lo ruego, señor, decidme: ¿es posible que el amor venga así, tan de repente?

LUCENCIO Oh, Tranio, hasta que me sucedió de veras jamás creí que fuera eso posible, o probable. Pero, fíjate, mientras miraba con desgana, encontré en la desgana los efectos del amor. Y ahora a ti te lo confieso sin ambages, que me eres tan querido y confidente como Ana lo fue a la reina de Cartago. Tranio, me abraso, languidezco y muero, Tranio, si no me es posible conquistarla. Aconséjame, Tranio, sé que tú puedes. Ayúdame, Tranio, sé que lo harás.

TRANIO Señor, no es ocasión de amonestaros; no por mucho que os reproche dejaréis de amar. Si os ha herido el amor, sólo queda una cosa: *Redime te captam quam queas minimo.*^[13]

LUCENCIO Mil gracias, amigo. Prosigue, me hace bien; reconfórtame con tus buenos consejos.

TRANIO Señor, tanto rato contemplasteis a esta joven que quizá no habéis reparado en el meollo del asunto.

LUCENCIO Pues claro, vi en su rostro belleza en sí tan dulce como la de la bella hija de Agenor, que hizo que el gran Júpiter se humillara para pedir su mano cuando se arrodilló para besar tierra cretense.

TRANIO ¿No visteis más? ¿No visteis que la hermana se puso a bramar y levantó una tormenta que los oídos de los mortales apenas pueden resistir?

LUCENCIO Vi, Tranio, cómo movía sus labios de coral
y con su aliento perfumaba el aire.
En ella todo es divino y dulce.

TRANIO (*Aparte.*) Vaya, vaya, es hora de despabilarlo.
Os ruego, señor, que despertéis de vuestro trance.
Si amáis a la joven, aplicad pensamiento
e ingenio para conquistarla. Esa es
la situación: la hermana mayor es tan brava y salvaje
que hasta que el padre no se deshaga de ella,
señor, vuestro amor vivirá virgen en su hogar,
y por esto la tiene confinada,
para que ningún pretendiente la moleste.

LUCENCIO ¡Ah, Tranio! ¡Qué padre tan cruel!
Pero ¿no te has dado cuenta de que le preocupa
encontrarle maestros que la instruyan?

TRANIO ¡Caramba, señor, sí! Y lo tengo todo planeado.

LUCENCIO Yo también, Tranio.

TRANIO Juraría, señor, que nuestros planes
pueden bien complementarse.

LUCENCIO Cuéntame el tuyo primero.

TRANIO Vos seréis maestro
y os encargaráis de instruir a la joven:
¡ese es vuestro plan!

LUCENCIO Pues sí. ¿Es realizable?

TRANIO Pues no. ¿Quién representará por vos el papel
de ser en Padua el hijo de Vicencio?
¿Quién llevará la casa, leerá sus libros, recibirá invitados,
visitará a sus vecinos y los agasajará?

LUCENCIO Basta. Cálmate, pues he pensado en todo.
Nadie nos ha visto aún en la ciudad
y nada en nuestro rostro diferencia
al amo del criado. Por tanto, así será:
tú, Tranio, vas a ser el amo en mi lugar
y llevarás la casa, los sirvientes, y mi estilo de vida.
Y yo voy a ser otro, florentino, o bien de Nápoles...
o acaso un pobre hombre recién llegado de Pisa...

Está ya todo claro: que así sea. Desvístete, mi Tranio.
Toma mi sombrero y mi capa de colores.
Cuando llegue Blondelo, a ti te servirá,
pero antes voy a prevenirle de guardar silencio.

TRANIO Buena falta os va a hacer.

En fin, señor, puesto que así lo deseáis
y se me obliga a guardar obediencia,
pues vuestro padre me ordenó al despedirnos:
«Rinde servicio en todo a mi hijo», me pidió,
aunque sospecho que fue en otro sentido.
Me resigno a ser Lucencio,
porque debo a Lucencio amor y devoción.

Intercambian ropas.

LUCENCIO Tranio, que así sea, porque Lucencio ama;
deja que me haga esclavo para conquistar a la doncella
cuya mirada repentina ha cautivado mi ojo herido.

Se acerca BLONDELO.

Ya llega el ganapán... ¿Dónde estabas, mastuerzo?

BLONDELO ¿Que dónde estaba? ¡Pero vamos, hombre! ¿Dónde estáis? Señor,
¿acaso mi camarada Tranio os robó la indumentaria? ¿O vos le habéis
robado la suya? ¿O los dos? ¿Qué ocurre aquí?

LUCENCIO Acércate, bribón. No estamos para bromas,
así que compórtate según las circunstancias.
Aquí, tu compañero Tranio, para poder salvarme,
se ha vestido con mi ropa y ha tomado mi aspecto,
y yo, para escapar, hago lo propio con lo suyo.
Pues solo llegar me metí en un buen lío.
He matado a un hombre y temo ser reconocido.
Sirve a Tranio como debes, te lo ordeno,
mientras yo huyo para salvar la vida:
¿me has entendido?

BLONDELO ¿Yo, señor? En absoluto.

LUCENCIO Y no se te ocurra mencionar siquiera a Tranio
pues desde ahora Tranio es don Lucencio.

BLONDELO ¡Mejor para él! ¡Qué más quisiera yo que serlo!

TRANIO Tanto como quisiera yo, muchacho, que se cumpliera el voto de que

Lucencio obtenga a la hija menor de Bautista. Esto, bribón, es lo que te aconsejo, no por mí, sino por el amo: que seas discreto ante cualquier clase de persona. Cuando estemos solos, sea, seré Tranio, pero en cualquier otra parte soy Lucencio.

LUCENCIO Vayámonos, Tranio.

Una cosa más que quedará en tus manos:
hazte un lugar entre los pretendientes; si me preguntas por qué,
que mis razones son buenas y de peso te diré.

Salen.

Hablan los de la introducción.

PRIMER CRIADO Señoría, estáis amodorrado. ¿Acaso la obra no interesa?

SLY Claro, por santa Ana, claro. Un buen argumento, sin duda. ¿Ha terminado ya?

PAJE (*Disfrazado de esposa.*) No ha hecho más que empezar, Señoría.

SLY Es una obra excelente, mi señora, pero me gustaría ver cómo se acaba.

Se quedan en sus asientos escuchando.

ESCENA II

Entran PETRUCHO y su criado GRUMIO.

Verona, me ausento por un tiempo,
a fin de visitar a mis amigos de Padua, y, de todos,
el más querido y estimado, Hortensio.
Diría que esta es su mansión.
Venga, bribón, Grumio, dale a la puerta.

GRUMIO ¿Darle, señor? ¿A quién tengo que darle? ¿Alguien os ha insultado, señor?

PETRUCHO Villano, dámele bien fuerte, te digo.

GRUMIO ¿Daros, señor? ¿Y quién soy yo para daros, señor?

PETRUCHO Dale a la puerta de inmediato, y pega fuerte,
o seré yo quien te dé en esa cabeza de pasmón.

GRUMIO Mi amo, el muy guerrero, ya se enfada. Si os doy a vos, ya sé quién va a salir peor parado de los dos.

PETRUCHO ¿No obedeces?

¡Vive Dios, bribón, si no le das, te doy!
¡Te sacaré un sol y un fa, y cantarás!

Le tira de las orejas.

GRUMIO ¡Socorro, señores, socorro! ¡Mi amo está loco!

PETRUCHO Ahora, dale a la puerta como te ordeno, ¡villano!

Entra HORTENSIO.

HORTENSIO Caramba, ¿qué ocurre? Mi viejo amigo Grumio y el bueno de Petrucho.
¿Cómo os va por Verona?

PETRUCHO Señor Hortensio, ¿venís a separar a los contendientes? *Con tutti le core, bene trobato*, son deseos convenientes.

HORTENSIO *Alla nostra casa bene venuto multo honorata signior mio, Petrucho!*
Levántate, Grumio, levántate, vamos a arreglar esta disputa.

GRUMIO Esto, señor, no se sostiene; todo lo que explica en latín. Si esto no es motivo legal para dejar el servicio, decidme: me ordenó que le diera fuerte, que le pegara, señor. ¿Os parece adecuado que un criado trate así a su amo? Sobre todo, como es obvio, cuando no tiene talla para defenderse. Si Dios hubiera querido que golpeará yo primero, no me vería así, peor que el caballero.

PETRUCHO Un estúpido rematado. Buen Hortensio,
le pedí que llamara a vuestra puerta
y por nada conseguí que lo hiciera para mí.

GRUMIO ¿Llamar a la puerta? ¡Por Dios! ¿No dijisteis claramente: «Bribón, dale aquí; golpea, dale fuerte y recio»? ¿Y ahora se os antoja decir eso de «llamar a la puerta»?

PETRUCHO Bribón, te vas o te callas, te lo advierto.

HORTENSIO Paciencia, Petrucho; respondo yo por Grumio.

Vaya, me consterna lo que pasa entre él y vos,
vuestro viejo, fiel y afable Grumio.

Y ahora decidme, buen amigo, ¿qué feliz viento
os ha traído a Padua desde la bella Verona?

PETRUCHO Aquel que siembra juventud por todo el mundo,
en pos de una fortuna que no sea la de casa,
donde mucha experiencia no se adquiere. Mas, en breve,
señor Hortensio, mi situación es esta:
mi padre Antonio ha fallecido.
Y me he metido en este laberinto
para casarme y batallar, y probar suerte.

Tengo coronas en mi bolsa, y en mi casa bienes,
y aquí he venido a ver el mundo.

HORTENSIO Petrucho, ¿queréis que os hable sin trabas
y os presente a una mujer brusca y feroz?
Tal vez no agradecéis mi consejo lo más mínimo;
sin embargo os prometo que es no solo mujer rica,
sino muy rica. Pero valéis demasiado, amigo mío,
y no os la deseo en absoluto.

PETRUCHO Señor Hortensio, entre amigos como somos,
pocas palabras bastan; que si sabéis, pues, de una mujer
lo bastante rica para que Petrucho la despose
sabad cuál es la música que guía
mis artes de galán: es la riqueza;
no importa si es fea como la esposa de Florencio,
vieja como la Sibila, maliciosa y grosera
como la Jantipa de Sócrates, o una peor:
me es del todo indiferente. En todo caso,
eso no le quita un ápice a mi amor, aunque sea tan salvaje
como el temible mar Adriático.
He venido a Padua para casarme con provecho,
y, bien casado, en Padua, estaré satisfecho.

GRUMIO Bien, ya lo veis; os dice sin tapujos lo que piensa. Dadle el oro suficiente y
lo podréis casar con un adefesio, una muñeca o una mujerona vieja y
desdentada, aunque tenga más enfermedades que cincuenta y dos caballos
juntos. Nada llega en mala hora si viene acompañado de dinero.

HORTENSIO Petrucho, ya que hemos llegado tan lejos
seguiré con lo que antes insinuaba en broma.
Puedo, Petrucho, encontraros esposa
bastante rica, joven y bella,
educada como requiere una dama.
Su único problema, y no es poco,
es que es grosera de modo intolerable,
es una fiera malcarada hasta tal punto
que aun en el peor de los estados
con ella no me casaría ni por una mina de oro.

PETRUCHO

Callaos, Hortensio. Ignoráis las virtudes que tiene el vil metal.
Decidme el nombre de su padre. Es suficiente,
porque la abordaré, aunque proteste tanto

como el trueno cuando rugen las nubes en otoño.

HORTENSIO Su padre es Bautista Minola,
caballero afable y cortés.
Ella es Catalina Minola,
conocida en Padua por su lengua viperina.

PETRUCHO A su padre lo conozco. A ella, no.
Don Bautista conocía bien a mi difunto padre.
¿Sabéis, Hortensio? No dormiré hasta que la vea.
Así que dejad que os exprese claramente
que, aunque acabo de llegar, os digo adiós.
A no ser que queráis venir conmigo.

GRUMIO (A HORTENSIO.) Os lo ruego, señor, dejadlo que vaya mientras tenga ganas.
Os juro que si ella lo conociera tan bien como lo conozco yo, sabría que los gritos no van a servir de nada. Lo llamaré canalla o algo parecido, pero con eso ni se inmuta. Cuando empieza no hay quien refrene su lengua de látigo. En cuanto ella se le ponga ufana, Petrucho le va a dar con una figura en toda la cara, y se la va a dejar tan desfigurada que le quedarán los ojitos más pequeños que a un gato. No lo conocéis.

HORTENSIO Esperad, Petrucho. Voy a ir con vos,
porque Bautista custodia mi tesoro.
Tiene en sus manos la joya de mi vida,
la hija menor, la bellísima Blanca.
De mí la aparta, y aun de otros,
sus pretendientes, rivales de mi amor.
Puesto que le parece del todo imposible,
por los defectos que ya os he enumerado,
que Catalina encuentre algún día pretendiente
Bautista ha decidido adoptar esta medida:
que nadie tenga acceso a Blanca
mientras no se case Catalina la grosera.

GRUMIO «Catalina, la grosera», título
para una doncella. El peor de todos.

HORTENSIO Y ahora, Petrucho, me haréis el favor
de presentarme, disfrazado sobriamente,
al viejo Bautista como si fuera yo maestro excelente,
versado en música, para instruir a Blanca;
a ver si hallo así, con este truco,
la ocasión de cortejarla por mi cuenta

sin levantar sospechas.

Entran GREMIO, y LUCENCIO disfrazado de CAMBIO.

GRUMIO ¡Menuda canallada! ¿Os dais cuenta? ¡Para engañar a los viejos, los jóvenes se compinchan! ¡Amo, amo, mirad quién viene por ahí!

HORTENSIO Calla, Grumio. Es el rival de mi amor.
Petrucho, quedémonos en un rincón.

GRUMIO Un bello jovencito, y el otro, ¡enamorado!

GREMIO (A LUCENCIO.) Pues bien, ya he leído la lista.
Escuchadme, señor, los quiero bien encuadernados.
Solo libros de amor; en especial,
cuidad que no lea otras materias.
Ya me entendéis. Y además de todo
lo que os ofrezca el señor Bautista,
yo os daré una buena propina. Traed papel, también.
Y que estén los libros muy perfumados,
pues ella es más dulce que el perfume mismo,
y es la destinataria. ¿Qué vais a leerle?

LUCENCIO Sea lo que sea, os voy a defender
como si fuerais mi protector, estad seguro;
como si ahí estuvierais bien presente.
Sí, y tal vez con palabras más sutiles
que las vuestras, a no ser, señor, que seáis bachiller.

GREMIO ¡Oh, el saber, qué gran cosa es!

GRUMIO (*Aparte.*) ¡Oh, este zopenco, qué burro es!

PETRUCHO (*Aparte.*) Tranquilo, rapaz.

HORTENSIO (*Aparte.*) ¡Calla, Grumio! Dios os guarde muchos años, señor Gremio.

GREMIO Y en buena hora os encuentro, señor Hortensio. ¿A que no sabéis adónde voy? A casa de Bautista Minola. Prometí que buscaría con esmero un buen maestro para la bella Blanca, y he tenido la suerte de topar con este joven. Es adecuado para ella, bien educado e instruido, leído en poesía y otros libros, todos buenos, os lo juro.

HORTENSIO Perfecto. Y yo he conocido a un caballero
que me juró que sabía de otro,
un músico excelente que instruirá a la señorita.
Así nadie dudará del afecto que le tengo

a la bella Blanca, a quien tanto quiero.

GREMIO A quien tanto quiero yo, y voy a demostrarlo con hechos.

GRUMIO (*Aparte.*) Con la bolsa lo demostrará.

HORTENSIO Gremio, este no es momento de explayarnos sobre nuestro amor. Escuchad, y si sois franco os diré una cosa que es buena para ambos. Este caballero, conocido casualmente, se aviene a hacer un pacto con nosotros y, a cambio, cortejar a la grosera Catalina. Sí, y a casarse con ella si le agrada la dote.

GREMIO Dicho y hecho. Está bien.

Hortensio, ¿le habéis contado cómo es ella?

PETRUCHO Sé que es gritona e insultante.

Si eso es todo, caballeros, aquí no pasa nada.

GREMIO ¿Que no pasa nada, amigo mío? ¿Vos de dónde salís?

PETRUCHO Nací en Verona, hijo del viejo Antonio.

Muerto mi padre, la fortuna es mía,
y espero vivir mucho y felizmente.

GREMIO Señor, rara sería vida tal con semejante fiera.

Mas, si no tenéis estómago, ¡adelante, vive Dios!
Yo os ayudaré en lo que haga falta.
Pero ¿podréis cortejar a esa gata salvaje?

PETRUCHO Naturalmente que sí.

GREMIO ¿La cortejará? Claro que sí, o yo mismo la ahorco.

PETRUCHO ¿Para qué he venido aquí si no con esta pretensión?

¿Pensáis que unos grititos me van a dejar sordo?
¿Acaso no oí yo, en mis tiempos, rugir a los leones?
¿Y al mar embravecido azotado por mil vientos,
airado como un jabalí sudoroso y bronco?
¿Acaso no he oído cañones en combate
y la artillería celestial tronar en las alturas?
¿No he sentido en batallas decisivas la llamada
de las armas, relinchos de caballos y toques de trompeta?
¿Y me habláis de una lengua de mujer
que no hace ni la mitad de ruido
que una castaña asándose en un fuego de campo?

¡Venga, venga, id a espantar a los críos con el coco!

GRUMIO A este no le asusta nada.

GREMIO Escuchad, Hortensio.

En buena hora llegó este caballero,
diría yo, por nuestro bien y por el vuestro.

HORTENSIO Le prometí que ayudaríamos
y nos haríamos cargo de los gastos del galanteo.

GREMIO Y así lo haremos, si es que la consigue.

GRUMIO Me gustaría estar tan seguro de ello
como lo estoy de un buen almuerzo.

Entran TRANIO, elegante, disfrazado de LUCENCIO, y BLONDELO.

TRANIO Caballeros, Dios os guarde, y perdonad que vaya al grano. ¿Sabéis cuál es
el camino más corto que lleva a la casa del señor Bautista Minola?

BLONDELO ¿El que tiene dos hijas muy bellas? ¿A ese os referís?

TRANIO Eso es, Blondelo.

GREMIO Escuchad, señor, no os referiréis a aquella que...

TRANIO Puede que me refiera a él y a ella. ¿Y qué os importa?

PETRUCHO No a la bravía, en todo caso, señor, espero...

TRANIO No me gustan las bravías, señor. Blondelo, vamos.

LUCENCIO (*Aparte, a TRANIO.*) Empiezas bien, Tranio.

HORTENSIO Señor, unas palabras antes de que os marchéis.

¿Sois pretendiente de la chica que decís,
sí o no?

TRANIO ¿Y si así fuera, habría algún problema?

GREMIO No, si os vais sin decir nada más.

TRANIO ¿Por qué, señor, decidme,
no son las calles tan más como vuestras?

GREMIO Sí, pero ella no.

TRANIO ¿Y por qué razón?, ¿podéis decírmelo?

GREMIO Por esta razón, si queréis saberlo:
es el amor que escogió el señor Gremio.

HORTENSIO Es el amor que escogió el señor Hortensio.

TRANIO ¡Tranquilos, señores! Si es que sois caballeros,
hacedme el favor: escuchad con paciencia.
Bautista es un noble caballero
para quien mi padre no es desconocido,
y si su hija fuera más bella de lo que es,
tendría más pretendientes, y a mí entre ellos.
La hija de Leda tenía mil enamorados.
Es normal que Blanca tenga uno más;
así será: Lucencio es este uno,
aunque viniera Paris para quedarse solo.

GREMIO ¿Cómo? ¿Nos ganará este señor con la palabra?

LUCENCIO Señor, dejad que hable. No mucho va a durar.

PETRUCHO Hortensio, ¿cuál es la pretensión de este discurso?

HORTENSIO (A TRANIO.) Permitidme, señor, la osadía
de preguntaros una cosa.
¿Habéis visto alguna vez a la hija de Bautista?

TRANIO No, señor, pero he oído que tiene dos:
la una tan famosa por su lengua de víbora
como la otra por su modestia y su belleza.

PETRUCHO Señor, señor... La primera es la mía.
Dejadla en paz.

GREMIO Sí, dejad ese trabajo al gran Hércules,
porque es mucho más arduo que los doce de Alcides.

PETRUCHO Señor, a ver si de verdad me entendéis;
la hija pequeña por la que suspiráis,
está bien resguardada: el padre
mantiene a raya a sus pretendientes,
y no dará su mano a ningún hombre
hasta casar primero a la mayor.
Será entonces cuando la menor esté libre.

TRANIO Si esto es así, señor, y sois el hombre
que debe ayudarnos a todos, y en especial a mí,
si rompéis el hielo y cumplís proeza semejante,
obtener a la mayor y liberar a la pequeña
para aquel de nosotros que pueda seducirla,

quien sea no será tan descortés
como para no estaros eternamente agradecido.

HORTENSIO Señor, decís bien, y lo tenéis muy bien pensado;
y ya que declararéis ser pretendiente,
debéis, como nosotros, recompensar al caballero,
a quien todos nosotros debemos gratitud.

TRANIO Señor, no pienso defraudaros. Y en prueba de ello
os ruego que me acompañéis esta tarde
para brindar alegres a la salud de nuestra dama
y pleitear como abogados contrincantes
luchando con firmeza, y al tiempo
comer y beber como buenos amigos.

GRUMIO Y BLONDELO ¡Excelente idea! Vamos allá, camaradas.

HORTENSIO La idea es buena. Venga, vamos.
Petrucho, seré vuestro *Bene Venuto*.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entran CATALINA y BLANCA (esta con las manos atadas).

BLANCA Buena hermana, no me ofendas, ni te hagas daño a ti,
haciéndome esclava con esas ataduras.
Pero no me afecta. Desátame
que yo misma me quito las alhajas,
sí, y las enaguas y el vestido.
O lo que me mandes, presto voy a hacerlo.
Tan bien conozco mi deber con los mayores.

CATALINA Te ordeno que me digas cuál prefieres
de todos esos pretendientes; y sin disimular.

BLANCA Hermana, créeme. De todos los hombres que he visto,
no ha habido rostro que me llamara la atención
como para seducirme más que ningún otro.

CATALINA Estás mintiendo, chiquita. ¿No será Hortensio?

BLANCA Si lo quieres, hermana, yo te juro
que voy a interceder, si no lo consigues.

CATALINA Quizá prefieres las riquezas.
Entonces Gremio será más adecuado para ti.

BLANCA ¿Es por él que me odias tanto?
Es una broma, pues, y ahora me doy cuenta
de que has estado bromeando todo el rato.
Cati, te lo ruego, desátame las manos.

CATALINA (*Golpeándola.*)
¿Conque una broma? Ten esto, ¡y seguimos bromeando!

Entra BAUTISTA.

BAUTISTA ¡Pero hija mía! ¿Qué es esta insolencia?
Aparta, Blanca. Pobre, está llorando.
Vete a coser y no te metas más con ella.
(*A CATALINA.*)
¿No te da vergüenza, mala bestia? ¡Eres un diablo!
¿Por qué le haces daño si nunca te ha hecho nada?

¿Acaso te ha insultado alguna vez?

CATALINA Su silencio es un insulto, y yo me vengaré.

Persigue a BLANCA.

BAUTISTA ¡Cómo! ¿En mis narices? Blanca, sal de aquí.

Se va BLANCA.

CATALINA ¿Así que no me dejáis hacer lo que me plazca?

Ahora me doy cuenta, ella es vuestra preferida.

Hay que buscarle marido, y yo, en su boda, bailaré descalza,^[14]

y por vuestro amor por ella quedaré para vestir santos.

Ni me habléis, voy a sentarme a llorar

hasta que encuentre la ocasión de vengarme.

Se va.

BAUTISTA ¿Hubo nunca caballero más infeliz que yo?

Pero ¿quién se acerca?

Entran GREMIO; LUCENCIO disfrazado de CAMBIO, un hombre corriente; PETRUCHO, con HORTENSIO disfrazado de LICIO; y TRANIO disfrazado de LUCENCIO, con su escudero. BLONDELO trae un laúd y unos libros.

GREMIO Buenos días, vecino Bautista.

BAUTISTA Buenos días, vecino Gremio. A la paz de Dios, caballeros.

PETRUCHO A la vuestra, señor. Y disculpad, ¿sois vos el padre de una bella y virtuosa doncella llamada Catalina?

BAUTISTA Pues sí, efectivamente, mi hija así se llama.

GREMIO No vayáis tan al grano. Tomáoslo con calma.

PETRUCHO Me insultáis, señor Gremio. Dejadme a mí.

Soy caballero de Verona, mi señor,

y habiéndome enterado de que es bella e ingeniosa,

afable y muy modesta, de buenas cualidades

y conducta apacible, me tomé la libertad

de presentarme como huésped en su casa

para ser vivo testigo de semejante maravilla,

de la que tanto me han hablado.

Y en reconocimiento a vuestra buena acogida

quisiera presentaros a un buen amigo,

experto en matemáticas y en música,

para instruirla puntualmente en estas artes,

en las que, según tengo entendido, está versada.
Aceptadlo, señor, o me ofendéis.
Se llama Licio, y es oriundo de Mantua.

BAUTISTA Bienvenido seáis, y también él, por venir con vos.
Mas en lo referente a mi hija Catalina, os lo advierto:
sintiéndolo mucho, no creo que os agrade.

PETRUCHO Así que no queréis separaros de ella,
¿o acaso no gustáis de mi compañía?

BAUTISTA No me interpretéis erróneamente, hablo como pienso.
¿De dónde sois, señor? ¿Cuál es vuestro nombre?

PETRUCHO Me llamo Petrucho, hijo de Antonio,
hombre conocido en toda Italia.

BAUTISTA Sí, sé quién es. Sois bienvenido en su nombre.

GREMIO Con todos mis respetos, Petrucho, por vuestra historia, permitid que hablen
dos humildes pretendientes. ¡Pues vaya si seréis osado!

PETRUCHO Perdonad, señor Gremio, no quiero perder tiempo.

GREMIO No lo dudo, señor, pero malograréis el galanteo. Estoy seguro, vecino, de
que es un don de agradecer. (A BAUTISTA.) Para expresaros una cordialidad
semejante, y poder corresponderos, dejad que os ofrezca a este joven
bachiller que ha estudiado mucho tiempo en Reims, y que es tan versado en
griego, latín y otras lenguas, como el otro lo es en música y matemáticas.
Se llama Cambio; os ruego que aceptéis sus servicios.

BAUTISTA Mil gracias, señor Gremio. Bienvenido, buen Cambio. (A TRANIO.) Pero,
vos, gentil señor, parecéis extranjero. Excusad el atrevimiento, pero ¿cuál
es el motivo de vuestra visita?

TRANIO Perdonadme, pero el atrevimiento es mío.
Pues siendo un forastero en la ciudad,
me declaro pretendiente
de vuestra bella y virtuosa Blanca.
No ignoro vuestra firme decisión
de casar primero a la mayor.
Os pido únicamente esta libertad:
que cuando tengáis noticia de mi alcurnia
entre los pretendientes pueda ser bien recibido,
mereciendo semejante acogida que el resto.
En cuanto a la instrucción de vuestras hijas

hete aquí un sencillo instrumento.
Y este paquete con libros latinos y griegos.
Si los aceptáis, su valor será grande.

BAUTISTA ¿Lucencio decís que os llamáis? ¿Y de dónde venís, si sois tan amable?

TRANIO De Pisa, hijo de Vicencio.

BAUTISTA Un pisano poderoso, según entiendo;
lo conozco bien. Y sois muy bienvenido.
(A HORTENSIO.) Tomad el laúd,
(a LUCENCIO) y vos los libros.
Es el momento de conocer a las alumnas.
¡Eh! ¡Vosotros!

Entra un criado.

Mozo, acompaña a estos caballeros
a donde están mis hijas, y comunícales
que serán sus tutores, y que los traten con respeto.

Se van el criado, HORTENSIO y LUCENCIO.

Pasaremos un poco por el jardín,
y después iremos a almorzar. Sois más que bienvenidos.
Estáis en vuestra casa.

PETRUCHO Señor Bautista, mi asunto pide prisa.
No puedo venir a hacer la corte cada día.
Vos conocíais a mi padre, y por él sabréis quién soy:
el único heredero de sus tierras y sus bienes,
que conmigo han tenido más aumento que merma.
Entonces, decidme, si consigo el amor de vuestra hija,
¿cuál puede ser mi dote por razón del matrimonio?

BAUTISTA Cuando yo muera, la mitad de mis tierras,
y al casarse, unas veinte mil coronas.

PETRUCHO Y a cambio de esta dote yo os garantizo
su viudedad, si es que me sobrevive,
en todas mis tierras y las rentas que tenga.
Formalicemos, pues, nuestro contrato,
y así de mutuo acuerdo sellemos este pacto.

BAUTISTA Cuando tengáis atado el asunto que nos toca.
A saber: el amor de ella. Pues esta es la cuestión.

PETRUCHO Eso está hecho; os lo digo, padre,
que yo soy tan rápido como ella astuta;
que dos fuegos furiosos, si se encuentran,
consumen a la par la razón de su existir.
Aunque un pequeño fuego arde bien con brisa suave,
un viento huracanado extingue cualquier fuego.
Así seré con ella, y así ha de ceder.
Porque soy recio, y no galanteo como un niño.

BAUTISTA ¡Pues hacedle la corte, y que tengáis fortuna!
¡Pero estad bien preparado para oír barbaridades!

PETRUCHO

Como las montañas con los vientos, que no tiemblan nunca,
aunque estos no dejen de soplar, yo estoy armado a toda prueba.

*Entra HORTENSIO (disfrazado de LICIO)
con un chichón en la cabeza.*

BAUTISTA ¿Qué ocurre, amigo, por qué estáis tan pálido?

HORTENSIO Si estoy pálido es por el miedo que he pasado.

BAUTISTA ¿Cómo? ¿Acaso mi hija tiene talento musical?

HORTENSIO Diría que demuestra más talento de soldado.

Seguro que la espada ha de gustarle
mucho más que los laúdes.

BAUTISTA ¡Cómo! ¿No ha practicado con el instrumento?

HORTENSIO ¿Practicado? Sí, el arte
de aporrearme con el laúd.
Le advertí que se equivocaba de traste,
y, tomándole yo la mano para su correcta digitación,
con humor impaciente y diabólico me ha dicho:
«¿Traste, lo llamáis? Pues idos con él al traste».
Y al punto me ha partido el laúd en la cabeza,
dejándome atontado por un rato.
Parecíame que estaba en la picota,
con el instrumento por sombrero
y ella llamándome pazguato, rascacuerdas,
pegotero, y veinte cosas más
como si hubiera estudiado el arte de ponerme verde.

PETRUCHO ¡Caramba, qué muchacha exuberante!

Diez veces más la quiero, ahora más que nunca.
¡Cómo deseo conversar con ella un rato!

BAUTISTA (A HORTENSIO.)

Venid conmigo, y no os pongáis tan triste.
Continúe la lección con la pequeña;
está deseosa de aprender, y es muy agradecida.
Señor Petrucho, ¿venís con nosotros
o preferís que os mande aquí a mi hija Cati?

PETRUCHO Os lo ruego. Aquí la espero.

Salen todos menos PETRUCHO.

Le haré la corte con ingenio cuando llegue.
Pongamos que me chilla. Pues bien, yo le diré
que la dulzura de su voz a la del ruseñor supera.
Pongamos que me frunce, torva, el ceño. Le digo
que es más fina que las gotas del rocío.
Pongamos que enmudece y que no dice palabra.
Entonces yo le alabo su lengua tan voluble,
su elocuencia viva y penetrante.
Si me manda a paseo, yo le daré las gracias,
como si me rogara que pasase una semana con ella.
Y si no quiere casarse, le pregunto por el día
en que habrá que anunciar las amonestaciones
y cuál será la fecha de la boda. Pero aquí llega.
Y ahora, Petrucho, rienda suelta.

Entra CATALINA.

Buenos días, Cati, pues sé que así os llamáis.

CATALINA Algo habéis oído, aunque sois duro de oído.

Cuando hablan de mí, me llaman Catalina.

PETRUCHO A fe que mentís, porque os llaman Cati a secas,

a veces Cati la esbelta y otras Cati la brava.

Pero Cati, la más bella Cati de la Cristiandad,

la Cati de Villa Cati, Cati la dulcísima,

pues todas las gatitas Catis son mansas. Por tanto, Cati,

mirad lo que os ofrezco, Cati de mi consuelo:

oí cómo alababan vuestro sosiego en todas las ciudades,

vuestras virtudes, cómo ponderaban vuestra belleza,

aunque a abarcarla no alcanzaran.

Todo ello me ha movido a pedirlos como esposa.

CATALINA ¡«Movido», en buena hora! Dejad que aquel que os ha traído hasta aquí os lleve un poco más lejos. Desde el primer momento ya he visto que erais un mueble.

PETRUCHO ¿Qué queréis decir, un mueble?

CATALINA Pues un armario... o, qué se yo, un taburete.

PETRUCHO Disteis en el clavo. Venid a sentaros en mi falda.

CATALINA Los asnos son para cargar, igual que vos.

PETRUCHO Las mujeres son para cargarse... de hijos, como vos.

CATALINA No con un lechuzo como vos.

PETRUCHO Quita, quita, Cati, que sabiendo que sois ligera y joven no quiero suponeros carga alguna.

CATALINA Soy demasiado ligerita para que me atrape un palurdo como vos. Pero mi peso es el que debe ser.

PETRUCHO ¡Sí, señora! Un cuerpo bien garrido.

CATALINA ¡Sí, señor! Y no lo toca ni un gavilán.

PETRUCHO Ay, tortolita mía, ¿no queréis un gavilán que os agarre?

CATALINA Cuidadito con la tórtola. ¡Mirad que a ella a veces también se le atragantan bichos!

PETRUCHO ¡Avispa! ¡Venid para acá, que os enojáis demasiado!

CATALINA Pues si soy una avispa, ¡ojo con mi aguijón!

PETRUCHO La solución, de mi mano, es arrancároslo.

CATALINA Solo si un ceporro como vos pudiese hallarlo.

PETRUCHO Todo el mundo sabe dónde tiene la avispa el aguijón: en la cola.

CATALINA En la lengua.

PETRUCHO ¿Qué lengua?

CATALINA ¡La vuestra, ya que habláis de colas! Y ahora, adiós.

PETRUCHO ¿Cómo? ¿Con mi lengua en vuestra cola?
¡Esperad, esperad, venid aquí!
Cati, cariño, yo soy un caballero...

CATALINA Eso lo vamos a ver.

Le pega.

PETRUCHO ¡Como volváis a darme, juro que os arreo una paliza!

CATALINA Y así, desarmado, perderíais vuestras armas.

Si me pegarais, no seríais caballero,
y si no sois caballero, es que no tenéis
ni escudo de armas ni armas ni blasón.

PETRUCHO Cati, ¿sabéis heráldica? ¡Anotadme en vuestra lista!

CATALINA ¿Qué lleváis por cimera, una cresta de gallo?

PETRUCHO Un gallo sin cresta, si Cati es mi gallina.

CATALINA No hay gallo que valga: piais como un pollo.

PETRUCHO Venga, Cati, bonita, relajaos un poquito.

CATALINA No puedo cuando veo una manzana agria.

PETRUCHO Yo no veo ninguna, así que tranquilizaos.

CATALINA La hay; haberla, hayla.

PETRUCHO Pues mostrádmela.

CATALINA Lo haría si tuviera un espejo.

PETRUCHO ¿Qué? ¿Os referís a mi cara?

CATALINA

Sois tan agudo como la punta de un colchón, y tan tierno...

PETRUCHO Por san Jorge, demasiado duro para vos.

CATALINA Sí, pero rancio.

PETRUCHO Son las preocupaciones.

CATALINA A mí vuestras preocupaciones me resbalan.

PETRUCHO Mirad, Catalina, no os escapéis por ahí,

CATALINA Si me quedo, os voy a fastidiar aún más. Dejadme ir.

PETRUCHO ¡No! Ni hablar. Os encuentro muy simpática.

Gruñona, desdeñosa y susceptible, me habían contado,
y ahora me doy cuenta de que era todo mentira,
pues os veo agradable, graciosa y educada,
un poco lenta de palabra, mas dulce como flor de primavera.
No fruncís el ceño, ni miráis con desconfianza
ni os mordéis el labio como las chicas malcaradas,
ni disfrutáis maldiciendo al hablar;
recibís afablemente, con todos los honores,
a vuestros amables pretendientes, dándoles conversación.
¿Por qué dicen por ahí que Cati anda coja?
¡Qué mundo miserable! Cati es erguida como rama de avellano,
morena y fina como la cáscara, y dulce como el fruto.
Dejadme que vea cómo andáis. Vos no renqueáis.

CATALINA Idos, ya, tontucho, a mandar a vuestros criados.

PETRUCHO ¿Acaso Diana adornó alguna vez un bosquecillo
como Cati este aposento, con su porte de princesa?
Transformaos en Diana, y que Diana sea Cati,
y entonces que Cati sea casta,
y Diana lujuriosa.

CATALINA ¿Dónde aprendisteis esos bellos discursos?

PETRUCHO Los improviso; el ingenio me viene de familia.

CATALINA Pues la familia debió agotar las reservas.

PETRUCHO ¿No me halláis ingenioso?

CATALINA Demasiado os estrujáis los sesos.

PETRUCHO Eso, eso, dulce Cati, estrujadme, pero en vuestra cama.

Así que basta de cháchara y vayamos al grano:
vuestro padre ha consentido que seáis mi mujer.
La dote está acordada. Y lo queráis o no, nos casaremos.
Mirad, Cati, soy el marido que os conviene más,
porque, por esta luz a la que admiro vuestra belleza,
esa belleza que me hace querereros,
vos no debéis desposar a nadie sino a mí.

*Entran BAUTISTA, GREMIO y TRANIO
(disfrazado de LUCENCIO).*

Pues yo nací para domaros, Cati,
y convertir a una salvaje Cati en una Cati
común, como las que guardan en todos los hogares.

Ahí viene vuestro padre. ¡No neguéis nada!
Quiero y tendré a Catalina como esposa.

BAUTISTA ¿Qué tal, señor Petrucho, cómo os va con mi hija?

PETRUCHO ¿Cómo queréis que vaya? ¡De fábula, señor!
No podía ser de otra manera.

BAUTISTA ¿Y eso? Catalina, hija mía, ¿estás decaída?

CATALINA ¿«Hija» me llamáis? Desde luego
que habéis mostrado un gran cariño paternal
para querer casarme con este lunático,
este rufián demente, bribón y malhablado,
que cree que blasfemando se saldrá con la suya.

PETRUCHO Suegro, esta es la cuestión: vos y todo el mundo
os equivocáis al juzgarla.
Su grosería es solo una estrategia,
pues no es rebelde, sino sumisa cual paloma;
no es agresiva, sino calmosa como la albada.
Es tan paciente como una Griselda rediviva,
y de una castidad comparable
a la de Lucrecia, la romana.
Resumiendo, pues, tan bien nos hemos entendido
que ya hemos fijado la fecha de la boda: el domingo.

CATALINA ¿Domingo? Antes he de veros bien colgado.

GREMIO ¿Oís, Petrucho, lo que dice? Que antes ha de veros bien colgado.

TRANIO ¿A eso llamáis triunfo? Olvidaos del pacto.

PETRUCHO Paciencia, caballeros. Yo la he escogido para mí.
Si estamos a gusto ella y yo, ¿qué os importa?
Hemos hecho un pacto estando a solas,
y es que en público seguirá siendo grosera.
Os digo que es difícil de creer
lo mucho que me quiere.
Es la más amable de las Catis.
Ha venido a mis brazos
y con besos y promesas, en un abrir y cerrar de ojos,
ha sucumbido a mi amor por completo.
¡Vaya novicios estáis hechos! Es cosa de ver
cómo, estando a solas, un pobre timorato
puede domar a la fiera más tremenda.

Dadme la mano, Cati. Me voy a Venecia
a comprar lo necesario para el día de la boda.
Vos, suegro, proveed los invitados y el banquete.
No dudo que mi Catalina vestirá como debe.

BAUTISTA No sé qué deciros, pero dadme la mano.
Que Dios os dé alegrías. Petrucho, eso está hecho.

GREMIO Y TRANIO Amén. Seremos los testigos.

PETRUCHO Suegro, futura esposa, caballeros, hasta la vista.
Parto hacia Venecia, que el domingo no está lejos.
Habrá de todo: anillos y regalos y preciosos trajes.
Besadme, Cati, que el domingo nos casamos.

Salen PETRUCHO y CATALINA por separado.

GREMIO ¿Se ha visto nunca sellar un casamiento tan pronto?

BAUTISTA A fe, caballeros, que soy como un mercader
que se lo juega todo a la desesperada.

TRANIO La mercancía estaba ya caduca.
Le dará beneficios si no se la comen las olas.

BAUTISTA Solo busco un beneficio: que reine paz en la pareja.

GREMIO De momento, la caza ha resultado bien pacífica.
Pero ahora, Bautista, hablemos de la hija pequeña.
Este es el día que esperábamos con ansia;
somos vecinos, y fui el primero en pretenderla.

TRANIO Y yo soy quien más quiere a Blanca,
más de lo que puedan expresar las palabras
y el pensamiento adivinar.

GREMIO Jovencito, no podéis quererla tanto como yo.

TRANIO Vejete, vuestro amor va a congelarla.

GREMIO Y el vuestro va a freírla. Apartad, pimpollo,
que lo que da sustento es la edad.

TRANIO Pero en los ojos de las damas florece la juventud.

BAUTISTA Tranquilos, caballeros. Yo pondré paz en la disputa.
El premio se lo lleva el que demuestre
poder dar a mi hija mejor dote.
A ese le concedo el amor de mi Blanca.

A ver, señor Gremio, ¿qué podéis ofrecer?

GREMIO Para empezar, como sabéis, mi casa en la ciudad está ricamente decorada de oro y plata, con palanganas y jofainas donde lavar sus manos delicadas; todas mis cortinas son tapicería tiria. Guardo mis coronas en cofres de marfil. En las arcas de ciprés, los tejidos de Arrás, buenos palios, preciosos vestidos, linos y doseles, almohadas turcas bordadas con pedrería, cortinajes de Venecia hilados de buen oro, piezas de peltre y bronce, y todo lo necesario para el buen orden de una casa. En la finca, cien vacas que dan leche, seis docenas de bueyes muy bien alimentados, y todo lo demás según le corresponde a una propiedad de este calibre. Ya estoy entrado en años, os debo confesar, y si mañana muero es todo para ella, si, mientras vivo, Blanca fuera solo mía.

TRANIO Este «solo» es acertado. Escuchadme, señor: soy hijo único y heredero de mi padre; si vuestra hija Blanca puede ser mi esposa le dejo tres o cuatro casas de las que poseo en Pisa, tan buenas como cualquiera de las que tiene el señor Gremio en Padua. Además, dos mil ducados anualmente, que rentan mis tierras, que serán parte de su herencia cuando muera yo. ¿Os he puesto, señor Gremio, en un aprieto?

GREMIO ¡Dos mil ducados de renta al año!
(*Aparte.*) Mis tierras no me dan tal cantidad.
¡También os los ofrezco! Y además una galeota que está anclada en el puerto de Marsella.
(*A TRANIO.*) ¿Qué, os habéis hundido con mi barco?

TRANIO Gremio, bien sabido es que mi padre tiene al menos tres galeotas grandes, además de dos navíos y doce buenas galeras. Todo para Blanca. Y el doble de lo que penséis ofrecer.

GREMIO Ya todo lo ofrecí. No tengo nada más.

No puedo darle más de lo que tengo.
(A BAUTISTA.) Si os parece bien, será mi dueña,
y señora de todo lo suyo y lo mío.

TRANIO Entonces claramente la doncella es para mí,
según vuestra promesa. Gremio está fuera de juego.

BAUTISTA Confieso que vuestra oferta es la mejor.
Siempre que vuestro padre ofrezca garantías
ella os pertenece. Pero, permitidme un momento,
si morís antes que vuestro padre, ¿qué pasa con la dote?

TRANIO Eso es un absurdo. Él es viejo y yo soy joven.

GREMIO ¿Acaso no mueren hombres jóvenes?

BAUTISTA Bien, caballeros, mi decisión ya está tomada:
el próximo domingo caso a mi hija Catalina.
El siguiente, la novia será Blanca, y vos esposo,
(a TRANIO) si de vuestro padre tenéis venia.
Si no es así, se casará con Gremio.
Y ahora debo irme. Gracias por todo.

GREMIO Adiós, mi buen vecino.

Sale BAUTISTA.

No, no me dais miedo,
jovenzuelo insensato. Vuestro padre sería un buen tarugo
si os lo diera todo, y en sus vejece
dependiera de vuestra buena caridad. ¡Qué niñería!
¡Un viejo zorro italiano no es tan débil!

Sale.

TRANIO ¡Así reviente, vuestro pellejo arrugado!
Pero saqué una buena carta de la manga.
Me debo, sobre todo, a mi señor.
No veo por qué este supuesto Lucencio
no puede inventarse un padre, un supuesto Vicencio.
Y ahí está el milagro: normalmente son los padres
los que engendran a los hijos. Mas en este asunto
de cortejo y galanteo,
un hijo engendrará a un padre,
si la astucia no me falla.

Sale.

TERCER ACTO

ESCENA I

Entran LUCENCIO, disfrazado de CAMBIO, HORTENSIO, disfrazado de LICIO, y BLANCA.

LUCENCIO No os toméis, músico, tantas libertades.
¿Tan pronto habéis olvidado el refinamiento
que os dio su hermana Catalina?

HORTENSIO Si será pedante y marrullero. ¿No veis que esta
es la patrona de la armonía celestial?
Así que dejadme que empiece
y tocaremos música durante una hora.
Después, si queréis, podéis darle su lección.

LUCENCIO ¡Insensato cacaseno! ¿Tan poco habéis leído
que no sabéis para qué se creó la música?
¿No se inventó para dar solaz al hombre
después de sus estudios o afanes cotidianos?
O sea que permitidme que imparta
a la muchacha mi clase de filosofía,
y cuando hagamos pausa podréis
amenizarla con vuestra armonía.

HORTENSIO ¡Ganapán, no voy a toleraros más bravatas!

BLANCA ¡Señores, por favor! Me ofendéis doblemente
discutiendo por algo que depende de mí.
Ya no soy una niña de colegio
y nadie va a imponerme sus horarios:
tomaré las lecciones a mi antojo.
Y para acabar con esta discusión, sentémonos aquí.
Tomad el instrumento y tocad un rato.
Cuando esté afinado acabaremos con la filosofía.

HORTENSIO ¿Acabará la clase cuando esté afinado?

LUCENCIO Nunca lo estará. ¡Venga, afinadlo!

BLANCA ¿Dónde lo habíamos dejado?

LUCENCIO Aquí, señora:

(Leyendo.)
«*Hic ibat Simois, hic est Sigeia tellus,*
Hic steterat Priami regia celsa senis».

BLANCA Traducid.

LUCENCIO «*Hic ibat*», como le decía antes; «*Simois*», soy Lucencio; «*hic est*», hijo de Vicencio de Pisa; «*Sigeia tellus*», disfrazado de este modo para declararos mi amor; «*Hic steterat*», y este Lucencio que viene a cortejaros; «*Priami*», es mi criado Tranio; «*regia*», vestido como yo; «*celsa senis*», para engañar al viejo Pantaleón.^[15]

HORTENSIO Señora, ya está afinado mi instrumento.

BLANCA A ver. (Toca.) ¡Por Dios, los agudos no están afinados!

LUCENCIO Escupid en la clavija, hombre, a ver si se os afina.

BLANCA (A LUCENCIO.) A ver ahora si puedo traducirlo yo: «*Hic ibat Simois*», no os conozco; «*hic est Sigeia tellus*», no me fío de vos; «*Hic steterat Priami*», vigilad que no nos oigan; «*regia*», no os hagáis ilusiones; «*celsa senis*», ni desesperéis.

HORTENSIO Señora, ahora está afinado.

Vuelve a tocar.

LUCENCIO La cuerda baja no está bien.

HORTENSIO La cuerda baja está perfecta. Aquí el único bajo que desafina es este bribón.
(Aparte.) ¡Qué atrevido y farruco ha salido el profesor!
¡Juraría por Dios que el canalla la está cortejando!
Pedásculo, te voy a vigilar de cerca.

BLANCA (A LUCENCIO.)
Tal vez un día os crea, mas de momento, no me fío.

LUCENCIO (Aparte, a BLANCA.)
No desconfiéis. (En voz alta.) Ciertamente, Eácidas era el mismo Áyax, así le llamaba su abuelo.

BLANCA De acuerdo, creo a mi maestro. Mas si no fuera esto os aseguro que esta duda os la discutiría.
Pero dejémoslo ya. Ahora, vos, Licio, escuchad; os ruego, profesor, que no os toméis a mal si he estado bromeando con vosotros.

HORTENSIO (A LUCENCIO.) Podéis ir a pasear y dejarme tranquilo: en mi clase no doy armonía a tres voces.

LUCENCIO ¿Sois tan formal, señor? Pues bien, esperaré.

(*Aparte.*) Pero sin despistarme, pues, o mucho me equivoco, o nuestro gran músico se está enamorando.

Se queda aparte.

HORTENSIO Antes de tocar el instrumento, señorita, para abordar el método de la digitación, debo empezar con los rudimentos del arte y enseñaros la escala de manera más concisa, mucho más fácil, eficaz y entretenida, que como la enseña la gente de mi oficio. Y todo os lo he traído bien escrito y dibujado.

BLANCA Pero hace mucho tiempo que sé las escalas...

HORTENSIO Leed de todas formas el sistema de Hortensio.

BLANCA (*Lee.*) «DO, yo soy el fundamento de toda la armonía.

RE, y abogo por Hortensio, todo amor y ternura.

MI, tomadlo como esposo, mi Blanca ¡y alegría!

FA, pues de todo corazón os quiere con locura.

SOL, tengo solo una clave aunque dos notas dura:

LA, sed piadosa conmigo,

SI, o muero de amargura.»

¿A eso llamáis escala? Pues no me gusta nada.

Prefiero el método tradicional. No me convence

cambiar las reglas más auténticas por raras invenciones.

Entra un criado.

CRIADO Señora, vuestro padre os pide que dejéis vuestras lecciones para ayudar a vuestra hermana a arreglar su habitación.

Ya sabéis que mañana es el día de la boda.

BLANCA Adiós, queridos maestros. Tengo que marcharme.

Salen BLANCA y criado.

LUCENCIO Entonces, señora, ya no tengo motivo para estar aquí.

Sale.

HORTENSIO Yo sí tengo motivos para vigilar a ese pedante.

Diría que su aspecto es el de un enamorado.

Pero si vuestro gusto, Blanca, es tan humilde
que os fijáis en el primero que pasa,
que os pesque ese don nadie. Si algún día
os vence la inconstancia, Hortensio os tomaría.

Sale.

ESCENA II

Entran BAUTISTA, GREMIO, TRANIO *disfrazado de* LUCENCIO, CATALINA, BLANCA,
LUCENCIO *disfrazado de* CAMBIO *y sirvientes.*

BAUTISTA (A TRANIO.) Señor Lucencio, hoy es el día señalado
en que deben casarse Petrucho y Catalina
y, sin embargo, el yerno aún no ha aparecido.
¿Qué dirá la gente? ¡Qué bochorno!
¡Que no esté el novio cuando llegue el cura
para celebrar el santo matrimonio!
¿Qué tiene que decir Lucencio a todo esto?

CATALINA La vergüenza es solo mía. Me fuerzan, en verdad,
a dar mi mano contra mi deseo
a un chiflado, un bruto cargado de manías
que me cortejó a toda prisa, y ahora,
en el día de la boda, se demora.
Ya os dije yo que era un desequilibrado,
que ocultaba sus pesadas bromas
con un comportamiento intolerable.
Para obtener reputación de ser un hombre alegre
es capaz de hacer la corte a mil doncellas,
fijar fecha de boda, invitar a los amigos,
publicar las amonestaciones,
y aun así no llegar a casarse con ninguna.
Ahora el mundo señalará a la pobre Catalina
para decir: «Mirad, ahí va la esposa del loco Petrucho,
si es que a ese se le antoja casarse algún día».

TRANIO Paciencia, Catalina, y vos también, Bautista.
Si algún azar le impide cumplir con su palabra,
por mi vida que Petrucho tiene las mejores intenciones.
Es un poco brusco; mas lo conozco y os digo que es sensato
y, aunque bromista, su honradez es absoluta.

CATALINA ¡Ojalá Catalina no lo hubiera conocido nunca!

Sale llorando.

BAUTISTA Ve, hija, ve, no puedo regañarte por llorar,
pues semejante insulto humillaría a un santo.
Mucho más a ti, que eres una fiera impaciente.

Entra BLONDELO.

BLONDELO Amo, amo, noticias frescas, o no tan frescas, ¡como no habéis oído nunca!

BAUTISTA Frescas y no tan frescas. ¿Cómo puede ser?

BLONDELO ¿Acaso no son noticias frescas saber que llega Petrucho?

BAUTISTA ¿Ha llegado?

BLONDELO A decir verdad, no.

BAUTISTA ¿Y entonces?

BLONDELO Está llegando.

BAUTISTA ¿Cuándo estará aquí?

BLONDELO Cuando esté donde estoy yo y os vea a vos aquí delante.

TIRANIO Pero cuéntanos. ¿Cuáles son esas noticias frescas o no tanto?

BLONDELO Pues que Petrucho viene con sombrero nuevo y casaca antigua; lleva calzones usados vueltos tres veces; un par de botas que habían servido de candelero, una con hebilla y la otra con cordones; una espada vieja y herrumbrosa sacada de la armería de la ciudad, con la empuñadura rota, sin vaina y mellada; monta un caballo renqueante, con la silla apolillada y los estribos desaparejos; la bestia padece de muermo y tiene el lomo hecho cisco, las encías hinchadas, y está llena de costras, con un tumor protuberante en el cuello y las articulaciones, tumefactas, desfigurada por la ictericia; las adivas que no se le curan; tiene temblores y gusanos en las tripas, el dorso flojo, malos aplomos y flanco macilento; el bocado partido y un ronzal de piel de oveja que, de tanto tirar de él para que el animal no tropezara, se ha roto ya varias veces y lo han remendado con nudos; una cincha zurcida unas seis veces y una grupera para mujer, de terciopelo, con unas iniciales marcadas con tachuelas y reforzada con cordel.

BAUTISTA ¿Quién lo acompaña?

BLONDELO Oh, señor, su lacayo, por lo que parece, enjaezado como el caballo, con

una media de hilo en una pierna y una especie de polaina de lana en la otra; y, a modo de liga, un pedazo de cinta roja y azul; un gorro viejo que lleva por adorno, en vez de pluma, cuarenta fantasías. En fin, un monstruo, un auténtico monstruo que no podría tomarse nunca por un paje como Dios manda o por lacayo de un señor.

TRANIO No sé qué le ha picado para vestirse así,
pero es cierto que a menudo le gusta descuidarse.

BAUTISTA Me alegro de que venga, como quiera que vista.

BLONDELO Pero, señor, no viene.

BAUTISTA ¿No me has dicho que venía?

BLONDELO ¿Quién? ¿Que venía Petrucho?

BAUTISTA Sí, que venía Petrucho.

BLONDELO No, señor. Dije que venía su caballo, y él montado encima.

BAUTISTA Pues es lo mismo.

BLONDELO ¡No, señor! ¡Por san Severo,
apuesto por mi dinero
que un hombre y un corcel
suman más de un entero,
aunque no sean Babel!

Entran PETRUCHO y GRUMIO.

PETRUCHO ¡Venga! ¿Dónde están esos galanes? ¿Quién hay en casa?

BAUTISTA Sed bienvenido, señor.

PETRUCHO Sí, pero no he venido bien.

BAUTISTA Pero no vacilas.

TRANIO Ni vas tan trajeado como sería menester.

PETRUCHO He considerado que era mejor darse prisa.

Pero ¿dónde está Cati? ¿Dónde mi querida novia?
¿Cómo estáis, suegro? Señores, os veo mala cara.
¿Y a santo de qué esta agradable compañía
contempla sorprendida como si estuviera viendo
un cometa, un monumento extraordinario
o alguna maravilla prodigiosa?

BAUTISTA Por Dios, señor, hoy es el día de vuestro casamiento.

Nos apenaba pensar que no veníais.
Y ahora entristece más ver cuán incorrecta
es vuestra indumentaria. ¡Despojaos enseguida de esas ropas
que avergüenzan a vuestro rango
y ofenden los ojos en tan solemne ceremonia!

TRANIO Y decidnos, pues: ¿qué asuntos de importancia
os han retenido tanto tiempo lejos de vuestra esposa
y os obligan a presentaros ahora tan desconocido?

PETRUCHO Sería aburrido contarlo, y pesado de escuchar.
Estoy aquí y he cumplido mi palabra. Eso basta.
Cierto que me he visto forzado a desviarme,
y cuando tenga tiempo ya daré explicaciones
que, estoy seguro, resultarán satisfactorias.
Pero ¿dónde está mi Cati? Hace días que no la veo,
la mañana se nos va y es hora de ir a la iglesia.

TRANIO No os presentéis a la novia vestido de esta guisa.
Id a mi habitación y poneos ropa mía.

PETRUCHO En absoluto. Voy a verla tal como estoy.

BAUTISTA Pero confío en que tal como estáis no la desposéis.

PETRUCHO Pues claro que sí. Y ya está bien de cháchara.
Se casa conmigo, no con mi traje.
Si pudiera cambiarme lo que ella va a gastarme
con la facilidad con que me cambio esta ropa,
sería bueno para Cati, y para mí mucho mejor.
Mas, ¡seré necio!, estar aquí charlando con vosotros
cuando debiera dar los buenos días a mi esposa,
y sellar este título con un beso cariñoso.

Sale.

TRANIO Será por algo que viste con esta extravagancia.
Intentaremos persuadirlo, si es posible,
para que en la ceremonia se presente mejor.

BAUTISTA Voy a seguirlo, a ver cómo acaba todo esto.

Salen todos menos TRANIO y LUCENCIO.

TRANIO Pero, señor, en este amor es de interés de todos
que el padre dé consentimiento, y para esto,
como ya os dije antes, busco un hombre

—no importa cuál, ya lo prepararemos—
un hombre que suplante a Vicencio de Pisa
y ofrezca garantías aquí en Padua
de sumas superiores a las que yo prometí.
Así podréis satisfacer vuestros deseos
y desposar a Blanca con permiso de su padre.

LUCENCIO Si no fuera porque mi colega, el otro profesor,
le sigue a Blanca los pasos tan de cerca,
lo mejor sería casarnos en secreto,
y una vez casados, por mucho que dijeran
y, a pesar de los pesares, ella sería solo mía.

TRANIO Vamos por partes a tratar el asunto
buscando la oportunidad más favorable.
Burlaremos a Gremio, el de la barba gris,
a Minola, el padre siempre vigilante,
a Licio, el hábil músico, tan enamorado,
y todo por el bien de Lucencio, mi señor.

Entra GREMIO.

Señor Gremio, ¿venís de la iglesia?

GREMIO Y tan contento como nunca volví del colegio.

TRANIO ¿Vuelven ya a casa la esposa y el esposo?

GREMIO ¿Esposo, decís? Mozo de cuadra, diría yo.

Habla como un carretero. Ya se dará cuenta Catalina.

TRANIO ¿Más grosero que ella? Es imposible.

GREMIO ¡Pero si es un diablo! ¡Un auténtico diablo!

TRANIO Y ella una diablesa. ¡La madre del diablo!

GREMIO ¡Bah! Es un corderito, una tórtola,
una inocentona si a él se la compara.
Os lo digo, señor Lucencio, cuando el cura
le preguntó si quería a Catalina por esposa,
«¡Sí, por los clavos de Cristo!», vociferó tan fuerte
que el sacerdote, sorprendido, dejó caer el Libro,
y, al agacharse para recogerlo,
el loco del novio le dio tal empujón
que libro y capellán fueron al suelo, ¡capellán y libro!
«Y ahora —dijo—, si alguien lo desea, pueden recogerlos.»

TRANIO ¿Y qué dijo la novia cuando al fin se levantó?

GREMIO Temblaba y se agitaba, porque él, pateando,
blasfemaba creyendo que el cura quería estafarlo.
Y al fin, tras muchas ceremonias,
quería vino, y dijo: «¡A vuestra salud!»,
como si estuviera a bordo de un bajel,
brindando con los marineros después de una tormenta.
Se tragó todo el moscatel y lanzó los pastelillos
a la cara del cura, sin más razón
que la de ser barbifino y flaco como un clavo,
y, mientras iba bebiendo, parecía que pidiese más pasteles.
Después abrazó fuerte a la novia
y en los labios le estampó beso tan sonoro
que, al separarse, resonó en la iglesia como un eco.
Yo, avergonzado, salí del templo,
y detrás de mí siguió toda la gente.
Jamás se había visto tan delirante boda.
Escuchad, escuchad, ya oigo los músicos.

Suena música.

*Entran PETRUCHO, CATALINA, BLANCA, HORTENSIO,
BAUTISTA, GRUMIO y sirvientes.*

PETRUCHO Caballeros, amigos, os agradezco las molestias.

Ya sé que hoy teníais la intención de comer conmigo,
y que habéis preparado un gran banquete nupcial,
pero resulta que tengo mucha prisa por marcharme,
así que ahora, amigos, debo decir adiós.

BAUTISTA ¿Será posible que os marchéis esta misma noche?

PETRUCHO Tengo que irme antes de que la noche llegue.

No es que pase nada extraño; si supierais la causa,
rogaríais que me fuera, no que me quedase.
Y ahora, honrada compañía, mucho agradezco
que hayáis venido a contemplar mi entrega
a la más dulce, paciente y virtuosa de las novias.
Almorzad con mi suegro, brindad por mí,
pues tengo que marcharme. Adiós a todos.

TRANIO Déjanos rogarte que te quedes
hasta después del almuerzo.

PETRUCHO No puede ser.

CATALINA Os lo suplico yo.

PETRUCHO Me satisface.

CATALINA ¿Os satisface quedaros?

PETRUCHO Me satisface que me supliquéis que me quede,
pero no puedo quedarme, por mucho que me lo pidáis.

CATALINA Si me queréis, quedaos.

PETRUCHO Grumio, ¡mi caballo!

GRUMIO Sí, señor, están listos. ¡La avena se los ha comido!

CATALINA Pues haced lo que os plazca. Yo no me marchó hoy,
ni mañana tampoco. No me iré hasta que se me antoje.
Ahí está la puerta, señor, y ahí el camino.
Salid corriendo mientras podáis.
Por lo que a mí se refiere, mientras no tenga ganas
no voy a moverme de aquí.
Habéis demostrado ser un novio canalla y arrogante.
Ya el primer día, sin consideración, vais a la vuestra.

PETRUCHO ¡Oh, Cati, calmaos! No os enfadéis, por favor.

CATALINA Me enfadaré si me da la gana. ¿A vos qué os importa?
Padre, callad. Se quedará mientras yo lo quiera.

GREMIO Vaya, señor, el asunto empieza a funcionar.

CATALINA Señores, pasad al banquete nupcial.
Sé que una mujer puede quedar en ridículo
si no tiene espíritu para resistir.

PETRUCHO Ahí van todos, Cati, pues así lo ordenáis.
Obedeced a la esposa, los que estáis con ella.
Id a la fiesta, comed y divertíos.
Brindad cuanto podáis por su virginidad.
¡Que haya locura y alegría! Si no, ¡id y que os zurzan!
Pero mi dulce Cati ha de venirse conmigo.
Sí, no me miréis así, no pateéis, no os desesperéis.
Solo soy amo y señor de lo que es mío.
Ella es mi hacienda, mis muebles, mi casa,
mis enseres del hogar, mi tierra, mi granero,
mi caballo, mi buey, mi mula, mi todo.
¡Y ahí está, que la toque el que se atreva!

Voy a librar combate contra el valiente que en Padua
se interponga en mi camino. ¡Grumio, desenvaina,
estamos rodeados de ladrones!
Si eres un hombre, defiende a tu dueña.
No tengáis miedo, Cati, dulce doncella,
nadie se atreverá a tocaros. Ante un millón
sería vuestro escudo.

Salen PETRUCHO, CATALINA y GRUMIO.

BAUTISTA Dejad que se marche este par de angelitos.

GREMIO Si no se van tan rápido, me hubiera muerto de risa.

TRANIO De todas las parejas locas nunca he visto una igual.

LUCENCIO Señorita, ¿qué opinión os merece vuestra hermana?

BLANCA Que, como loca que está, se ha casado locamente.

GREMIO Os lo aseguro, Petrucho está *acatalinado*.

BAUTISTA Amigos y vecinos, aunque se ausenten el novio y la novia,
ya sabéis que en el banquete nos sobran platos.
Lucencio, tú toma el lugar del novio
y Blanca, el lugar de Catalina.

TRANIO ¿Podrá practicar Blanca el lugar de la esposa?

BAUTISTA Así lo hará, Lucencio. Venga, señores, vámonos.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entra GRUMIO.

GRUMIO ¡Malditos sean todos los jamelgos cansados, los amos chalados y los caminos pedregosos! ¿Habrase visto jamás hombre tan maltrecho? ¿Tan churreteado? ¿Tan derrengado? Me mandan primero para encenderles un fuego, y vienen después a calentarse. Si no fuera yo canijo pero matón, se me helarían los labios contra los dientes, la lengua en el paladar y el corazón en las tripas, antes de poder encender un fuego que me descongelara. Pero me calentaré soplándolo, porque, considerando el frío que hace, un hombre más alto que yo pillaría un buen resfriado. ¡Eh, Curtis!

Entra CURTIS.

CURTIS ¿Quién me llama tan fríamente?

GRUMIO Un carámbano. Si lo dudas, puedes patinar desde mi hombro hasta el talón sin coger carrerilla, basta con deslizarte desde mi cabeza y mi cuello. ¡Fuego! ¡Un buen fuego, Curtis!

CURTIS ¿Van a venir mi señor y su esposa, Grumio?

GRUMIO ¡Pues claro, Curtis, claro! Por eso necesitamos fuego, fuego y no agua.

CURTIS Y la fiera, ¿es tan fiera como la pintan?

GRUMIO Lo era, Curtis, antes de esta helada; pero ya sabes que el invierno doma al hombre, a la mujer y a la bestia, porque ha domado a mi amo, a mi nueva señora, e incluso a mí, compañero Curtis.

CURTIS ¡Qué dices, chiquilicuatro! ¡Yo no soy ninguna bestia!

GRUMIO ¿Que no mido más de un palmo? Pues mira que tus cuernos no miden ni medio, y yo la tengo al menos tan larga como tus cuernos. Pero ¿vas a encender fuego de una vez, o quieres que me queje de ti a nuestra nueva señora? ¿O quieres que te ponga la mano encima, ahora que la tenemos a mano, y te deje patitieso por no haber alumbrado el fuego?

CURTIS Dime, Grumio, por favor, ¿cómo va el mundo?

GRUMIO El mundo es frío, Curtis. En todos los oficios excepto en el tuyo, así que es mejor que hagas fuego. Cumple con tu deber y te darán lo convenido,

porque mi señor y mi señora están helados.

CURTIS El fuego está a punto, Grumio. Cuéntame.

GRUMIO ¿Qué quieres que te cuente? ¿Un cuento? Noticias, todas las que quieras.

CURTIS ¡Bah! ¡Tú siempre tan ocurrente!

GRUMIO Pues venga, enciende el fuego, que estoy muy resfriado. ¿Dónde está el cocinero? ¿Está lista la cena? ¿La casa a punto? ¿Extendidas las alfombras? ¿Han limpiado las telarañas? ¿Llevan los criados fustán nuevo y medias blancas, y los camareros librea de casamiento? ¿Está preparada la cubertería? ¿Y la vajilla? ¿Están puestos los manteles? ¿Todo en orden?

CURTIS Todo en orden; así que, venga, las noticias.

GRUMIO Primero has de saber que mi caballo está reventado, y el amo y su señora se han caído.

CURTIS ¿Cómo?

GRUMIO Se han caído de las sillas y han ido a parar al barro, pero eso es cuento largo.

CURTIS Pues cuenta, cuenta, Grumio.

GRUMIO Escucha bien lo que te digo.

CURTIS Venga.

GRUMIO (*Le da un bofetón.*) Toma.

CURTIS Esto, más que oír un cuento es sentirlo.

GRUMIO Es que es un cuento muy sentido, y el bofetón es para despabilarte un poco y ponerte al corriente. Ahora empiezo. *Imprimis*: bajábamos por una cuesta tremenda, el señor cabalgaba detrás de la señora...

CURTIS ¿Los dos en el mismo caballo?

GRUMIO ¿Y eso a ti qué te importa?

CURTIS Lo digo por el caballo.

GRUMIO Pues cuéntalo tú. Si no me interrumpieras, te enterarías de cómo se cayó el caballo de la señora, y ella debajo; te enterarías de lo embarrado que estaba el lugar donde cayó; de cómo quedó la señora, llena de barro; de cómo la dejó el señor, allí, bajo el caballo; de cómo me atizó el señor porque el caballo de la señora se había caído; de cómo ella se arrastró por el lodo para venir a quitármelo de encima; de cómo blasfemó el señor, y cómo ella

suplicó, cosa que nunca había hecho; de cómo grité y se escaparon los caballos; de cómo a ella se le rompieron las riendas; de cómo perdí la grupera, y muchas otras cosas memorables que ocurrieron y morirán en el olvido, y que tú te irás a la tumba sin saber.

CURTIS Por lo que cuentas más fiero es él que ella.

GRUMIO Sí, señor, y tú y los más altaneros de entre vosotros vais a comprobarlo en cuanto llegue a casa. Pero ¿por qué hablo tanto? Llama a Nataniel, José, Nicolás, Felipe, Gualterio, Azucarillo y los demás. Que estén bien peinados, con los uniformes limpios y las medias todas iguales; que hagan la reverencia con la pierna izquierda, y que no se les ocurra tocar ni un pelo de la cola del caballo del señor hasta haberle hecho el besamanos. ¿Están listos?

CURTIS Lo están.

GRUMIO Llámalos.

CURTIS ¿Me oís? Tenéis que recibir al amo y ponerle buena cara a su señora.

GRUMIO ¿Cómo? ¿Acaso no tiene cara?

CURTIS ¡Cómo no va a tener!

GRUMIO Pues tú parece no saberlo, si dices que le pongan buena cara...

CURTIS Les ordeno que rindan pleitesía, carichato.

Entran cuatro o cinco criados.

GRUMIO ¿Rendirse? ¿De qué tienen que rendirse?

NATANIEL Bienvenido a casa, Grumio.

FELIPE Hola, Grumio.

NICOLÁS ¿Qué hay, amigo Grumio?

NATANIEL ¿Cómo va todo, compañero Grumio?

GRUMIO ¡Bienvenido, tú! ¡Hola, tú! ¡Qué hay, tú! ¡Cómo va, tú! ¡Ya está bien de cumplidos! Ahora, esforzados amigos, decidme: ¿está todo preparado, todo bien pulcro?

NATANIEL Todo listo. ¿Tardará mucho en llegar el señor?

GRUMIO Está al caer, descabalgando ya, así que... Por los clavos de Cristo, lo estoy oyendo.

Entran PETRUCHO y CATALINA.

PETRUCHO

¿Dónde están esos canallas? ¡Cómo!, ¿nadie en la puerta para sujetarme el estribo y llevarse el caballo?
¿Dónde están Nataniel, Gregorio, Felipe?

TODOS LOS CRIADOS Aquí, señor, aquí. Aquí, señor.

PETRUCHO ¡«Aquí señor, aquí señor, aquí señor»!
¡Cabezas de chorlito! ¡Desharrapados! ¡Cómo!
¿Es que ya no hay servicio ni obligaciones ni respeto?
¿Dónde está el villano que mandé adelantarse?

GRUMIO Aquí, señor, tan villano como antes.

PETRUCHO ¡Pueblerino, hideputa, cachazudo!
¿Acaso no te dije que esperaras en el parque
y trajeras contigo a este hatajo de pendones?

GRUMIO El chaquetón de Nataniel no estaba listo,
a Gabriel le faltaban ojales en el calcañar de las botas,
Pedro no pudo zulaquearse el sombrero,
y a la daga de Gualterio le faltaba la vaina.
Solo estaban preparados Gregorio, Adán y Rafael.
Los demás andaban desgüeñados y harapientos,
y tal como estaban han venido a recibiros.

PETRUCHO ¡Idos, truhanes, id y traedme la cena!

Se van los criados.

(*Cantando.*) ¿Qué fue de la vida que llevaba,
dónde están aquellos...? Siéntate, Cati, seas bienvenida.
(*Canturreando.*) La, la, la, la, la, la...

Entran los criados con la cena.

¡Venga, venga, ya está bien! Anda, Cati, alégrate, querida.
¡Quitadme las botas, rufianes! ¡Venga, villanos!
(*Cantando.*) Yo era un fraile franciscano,
iba errando por el llano...
¡Quita, zoquete! ¿Pretendes arrancarme la pierna de cuajo?
¡Toma! (*Patea al criado.*)
¡A ver si te esmeras con la otra!
Alégrate, Cati. ¡Venga, traedme más agua, pronto!

Entra un criado con agua.

¿Dónde está mi perro Troilo? ¡Garzón, lárgate ya!
Dile a mi primo Fernando que venga.
Es uno, Cati, que debes besar y conocer.
¿Dónde están mis zapatillas? ¡Traedme agua!
Ven a lavarte, Cati, bienvenida a casa.
¡Tú, villano, hideputa, que vas a derramarla!

CATALINA Ten paciencia, por favor. Lo hizo sin querer.

PETRUCHO ¡Es un hideputa, mentecato, duro de mollera!
Ven, Cati, siéntate, ya sé que tienes hambre.
¿Bendices tú la mesa, Cati, o lo hago yo?
¿Qué es esto? ¿Cordero?

CRIADO Sí.

PETRUCHO ¿Quién lo ha traído?

PEDRO Yo.

PETRUCHO Está requemado, como todo el resto.
¿Qué es? ¿Carne de perro? ¿Dónde está ese cocinero imbécil?
¿Cómo habéis osado sacar de la despensa
semejante bazofia para luego servirme algo que odio?
¡Fuera! ¡Llevaos todo, platos, copas, todo, he dicho!
¡Zopencos miserables! ¡Esclavos palurdos!
¿Cómo?, ¿os quejáis? ¡Más tarde me ocuparé de vosotros!

Salen los criados.

CATALINA Te suplico, esposo mío, un poco de calma.
La carne estaba buena. No había para tanto.

PETRUCHO Te digo, Cati, que estaba quemada y muy rancia,
y en estas condiciones me niego a probarla,
porque provoca el cólera, y da un humor airado,
y sería mejor que ayunáramos los dos
pues nosotros, de por sí, ya somos muy coléricos
y no nos conviene la carne cocida.
Paciencia, mañana lo arreglaré.
Pero esta noche es mejor que ayunemos.
Ven, te llevaré a la cámara nupcial.

Salen.

Entran algunos criados de uno en uno.

NATANIEL Pedro, ¿habías visto cosa igual?

PEDRO La pilla y la mata con las mismas armas.

Entra CURTIS.

GRUMIO ¿Dónde está el señor?

CURTIS En la cámara nupcial, soltándole a la señora
un sermón sobre la continencia moral,
y jura, blasfema y grita, mientras ella, pobrecita,
no sabe cómo ponerse, adónde mirar, ni qué decir,
y está sentada, como si despertara de un sueño.
Vamos, vamos, que viene para acá.

Salen.

Entra PETRUCHO.

PETRUCHO He inaugurado astutamente mi reinado
y tengo esperanza de apuntillarlo con éxito.
El ave rapaz está seca y hambrienta,
y hasta que no implore no voy a llenarle el buche,
porque, si no, no estaría atenta al cebo.
Otra manera de domar a este halcón,
para que reconozca la llamada del cetrero,
es desainarlo y mantenerlo en vela, como al milano,
que aletea, se resiste y es desobediente.
Hoy no ha comido carne, ni va a comerla, claro.
Ayer no durmió; hoy tampoco va a dormir.
Lo mismo que con la carne, con la cama.
Encontraré un defecto imaginario
en la manera en que se arregló,
y tiraré las almohadas a un lado, los cojines al otro,
saldrán volando las sábanas y el cubrecama,
y, en medio de esta barahúnda, pretenderé
que todo lo hago por respeto a su persona.
Y, al cabo, pasará la noche en blanco.
Si intentara adormilarse, juraré y berrearé,
y con mis clamores la mantendré despierta.
Si es cierto que hay amores que matan,
a ver si así la resucito libre de porfías y furores.
Si alguien sabe mejor modo de domar a una fiera,
que hable ahora o calle para siempre.
Sería un acto, cómo no, de caridad.

Sale.

ESCENA II

Entran TRANIO, disfrazado de LUCENCIO, y HORTENSIO de LICIO.

TRANIO ¿Es posible, amigo Licio, que a la señorita Blanca le guste alguno que no sea Lucencio? Yo diría, señor, que a mí me tiene afecto.

HORTENSIO Señor, para convencersos de lo que digo, echaos a un lado y observad sus métodos didácticos.

Retroceden un poco. Entran BLANCA y LUCENCIO disfrazado de CAMBIO.

LUCENCIO Señora, ¿os están siendo de provecho las lecturas?

BLANCA Decidme primero cuáles son las vuestras.

LUCENCIO Leo lo que profeso, el *Arte de amar*.

BLANCA Ojalá pudierais revelaros maestro en vuestro arte galante.

LUCENCIO Si vos fuerais la señora de mi corazón palpitante...

Se apartan. TRANIO y HORTENSIO avanzan.

HORTENSIO (A TRANIO.) ¡Por Dios, sí que van raudos! Y ahora, ¿qué me decís? ¿No jurabais hace un momento que la señorita Blanca no quería a nadie como a Lucencio?

TRANIO ¡Oh, trampa del amor! ¡Oh, inconstancia femenina!
Os digo, Licio, que esto es asombroso.

HORTENSIO No os llaméis más a engaño. Yo no soy Licio,
ni tampoco soy músico, señor.
Y me niego a seguir disfrazado
por una mujer que abandona a un gentilhomme
para convertir en dios a un bergante.
Tenéis que saber, señor, que mi nombre es Hortensio.

TRANIO Señor Hortensio, he oído hablar
de vuestro gran afecto por Blanca,
y, puesto que fui testigo de su ligereza,
abjuraré con vos, si ello os place,
para siempre, de Blanca y de su amor.

HORTENSIO ¡Mirad qué besos y qué amores! Señor Lucencio,
tomad mi mano: juro firmemente
no cortejarla nunca más, y abjuro de ella,
porque no es digna de los favores

con que estúpidamente la halagaba.

TRANIO Y yo también os juro por cierto
no desposarla nunca, aunque lo suplicara.
¡Qué vergüenza! ¡Ved con qué lascivia lo corteja!

HORTENSIO ¡Ojalá todos menos ese renegaran de ella!
Por lo que a mí se refiere, y para asegurar
que cumplo con lo prometido,
antes de tres días desposaré a una viuda rica,
una mujer que me ha querido mucho
mientras yo perseguía a esta rapazuela desdeñosa.
Y aquí me despido de vos, señor Lucencio.
Dedicaré mi amor a la bondad femenina
más que a la belleza. Así pues, ya me retiro,
dispuesto a cumplir mi juramento.

Sale.

LUCENCIO y BLANCA *avanzan de nuevo.*

TRANIO Señora Blanca, que Dios os bendiga
con todas las gracias propias del amor.
Sin querer os hemos escuchado, querida,
y tanto Hortensio como yo renunciamos a vos.

BLANCA ¿Bromeáis, Tranio? ¿Ambos habéis renunciado a mí?

TRANIO Así es, señora.

LUCENCIO Así que nos hemos librado de Licio.

TRANIO En realidad, resulta que tiene una viuda lozana
a la que cortejar y desposar muy pronto.

BLANCA ¡Que Dios lo haga feliz!

TRANIO Sí, señora, y así la domará.

BLANCA Eso es lo que se cree, Tranio.

TRANIO Se nota que ha ido a la escuela de doma.

BLANCA ¿Escuela de doma? ¿Cómo? ¿Existe lugar semejante?

TRANIO Sí, señora, y Petrucho es el maestro
que enseña treinta y un trucos distintos
para domar a una mujer brava
y embabucar a la más charlatana.

Entra BLONDELO.

BLONDELO Señor, señor, he vigilado tantas horas
que estoy hecho trizas, pero finalmente
he avistado a un buen anciano bajando por el monte
que nos puede prestar servicio.

TRANIO ¿Y qué oficio tiene, Blondelo?

BLONDELO No lo sé, señor, maestro o comerciante,
pero su rostro y su actitud son las de un padre.

LUCENCIO Pero Tranio, ¿qué interés le ves?

TRANIO Si es ingenuo y se cree lo que le cuento,
estará encantado de hacerse pasar por Vicencio,
dando garantías a Bautista Minola
como si fuera el Vicencio auténtico.
Llevad dentro a vuestra amada, y dejadme solo.

*Salen LUCENCIO y BLANCA.
Entra el MAESTRO.*

MAESTRO A la paz de Dios, señor.

TRANIO Y a la vuestra. Sed bienvenido.
¿Estáis de paso, o venís para quedaros?

MAESTRO Pienso quedarme una o dos semanas,
pero después sigo camino a Roma,
y de allí a Trípoli, si Dios me da vida y salud.

TRANIO ¿De dónde sois, si no es indiscreción?

MAESTRO De Mantua.

TRANIO ¿De Mantua, señor? ¡Virgen Santa!
¿Y venís a Padua arriesgando vuestra vida?

MAESTRO ¿Mi vida, señor? ¿Qué estáis diciendo?
Contadme, pues no le veo gracia alguna.

TRANIO Si venís de Mantua, en Padua sois hombre muerto.
¿No sabéis la causa? Vuestros barcos
han sido secuestrados en Venecia, y el dux
está en discordia personal con vuestro duque,
e hizo públicamente esta proclama.
Es asombroso que, recién llegado,
no lo sepáis todavía, pues ya se sabe por doquier.

MAESTRO ¡Vaya!, y lo peor del caso es que traigo
unas letras de cambio de Florencia
y debo liquidarlas y entregarlas.

TRANIO Mirad, señor, para haceros un favor,
voy a tramitaros el asunto, y os aconsejo lo siguiente.
En primer lugar, decidme, ¿habéis estado alguna vez en Pisa?

MAESTRO Sí, señor, y muchas veces.
Pisa, famosa por la seriedad de sus ciudadanos.

TRANIO ¿Conocéis entre ellos a un tal Vicencio?

MAESTRO No lo conozco sino de oídas:
un mercader de importante fortuna.

TRANIO Es mi padre, señor, y a decir verdad,
os parecéis bastante.

BLONDELO (*Aparte.*) Como un huevo a una castaña.

TRANIO Para salvaros la vida en tales circunstancias,
os haré este favor, y pensad que estáis de suerte
por pareceros tanto a don Vicencio:
debéis asumir su nombre y su reputación,
y os podréis hospedar tranquilamente en mi casa.
Cuidad de hacer cuanto se os diga.
Ya me entendéis, señor. Así estaréis seguro
hasta que resolváis vuestros negocios en la villa.
¿Qué os parece el trato? ¿Aceptáis?

MAESTRO Oh, sí, señor, naturalmente. Y seréis el protector
de mi vida y de mi libertad.

TRANIO Acompañadme, pues, para arreglarlo todo.
Y, a propósito, hay algo que debéis saber:
se espera que mi padre llegue cualquier día
para fijar mi dote, pues pronto debo desposar
aquí en la ciudad a una hija de Bautista.
Ya os pondré al corriente de todos los detalles.
Venid conmigo; os vestiremos como cabe.

Salen.

ESCENA III

Entran CATALINA y GRUMIO.

GRUMIO No, no, de veras. No me atrevo, por mi vida.

CATALINA Cuanto más me descalabra, mayor parece su desdén.

¿Acaso se casó conmigo para matarme de hambre?
Los que piden caridad a la puerta de la casa de mi padre
la reciben enseguida; si no, les dan limosna en otra parte.
Pero yo nunca pensé que debería suplicar,
ni nunca he tenido necesidad de hacerlo,
y estoy hambrienta, y mareada por falta de sueño.
Con sus palabrotas no me deja dormir,
sus blasfemias son mi único alimento.
Pero hay algo que me indigna más,
y es que lo hace en nombre del amor perfecto,
como diciéndome que si yo comiera o bebiera,
enfermaría mortalmente, o moriría al punto.
Te lo ruego, tráeme algo de comer,
no importa qué mientras sea sustancioso.

GRUMIO ¿Os gustaría una pata de buey?

CATALINA Estupendo. Tráemela, por favor.

GRUMIO Me temo que la carne, señora, produce cólera.

¿Qué me diríais de unas tripas bien asadas?

CATALINA Me encantan, Grumio, tráemelas ahora mismo.

GRUMIO No sé, no sé, quizá también producen cólera.

¿Y si os trajera carne con mostaza?

CATALINA Es un plato que me gusta mucho.

GRUMIO Sí, pero la mostaza es un poco picante.

CATALINA Bueno, pues trae la carne sin la mostaza.

GRUMIO No, no puede ser. Traigo la mostaza
o no hay carne que valga.

CATALINA Pues trae una cosa u otra o lo que te dé la gana.

GRUMIO Bueno, entonces traigo la mostaza sin carne.

CATALINA ¡Vete, fuera de aquí! ¡Canalla, tramposo! (*Le pega.*)

Quieres que me alimente de palabras.
¡Maldito seas tú y toda tu gente,

que os alegráis así de mi infortunio!
¡Largo de aquí, venga, fuera!

Entran PETRUCHO y HORTENSIO con carne.

PETRUCHO

¿Cómo sigue mi Cati? ¿Qué pasa, preciosa? ¿Acongojada?

HORTENSIO Señora, ¿cómo estáis?

CATALINA A fe que estoy muy fría.

PETRUCHO Levanta el ánimo, mírame con alegría.

Toma, amor, ya ves cuán diligente soy,
yo mismo he preparado la carne para ti.
No dudo, tierna Cati, que esta simpatía es de agradecerse.
¿Qué? ¿Ni una palabra? Nada; veo que no te gusta.
Todos mis esfuerzos han sido en vano.
Llevaos este plato.

CATALINA Te ruego que lo dejes aquí.

PETRUCHO El mínimo servicio exige gratitud.

No tocaréis el plato hasta que deis las gracias.

CATALINA Gracias, señor.

HORTENSIO Señor Petrucho, sois duro en exceso.

Venid, señora Cati, os haré compañía.

PETRUCHO (*Aparte, a HORTENSIO.*)

Cómetelo todo, Hortensio, si me aprecias.
(*A CATALINA.*) ¡Que te aproveche, querida!
Come sin pausa, Cati. Ahora, dulce amor,
regresaremos a casa de tu padre
a celebrar una fiesta engalanados,
con tocados y con sedas y anillos de oro,
miriñaques, gorgueras y puñetas elegantes;
abanicos y pañuelos, buenas mudas, cien alhajas:
ámbar, perlas, brazaletes y mil otras zarandajas.
Bien, ¿ya has acabado? El sastre está ahí afuera
con lo preciso para vestirte de primera.

Entra el SASTRE.

Adelante, sastre, a ver estos tesoros.

Entra el SOMBRERERO.

Mostradnos el camisón. ¿Qué contáis de nuevo?

SOMBRERERO Esta es la cofia que Vuesa Merced encargó.

PETRUCHO ¿Cómo la habéis moldeado, con un cuenco de sopa?

¡Si parece un tazón de terciopelo! Es vulgar y repugnante.

¡Parece una cáscara de nuez o de molusco!

Un juguetito, un perendengue, una memez, un gorro de bebé.

Lleváosla; traed una más grande.

CATALINA No quiero una más grande, esta me queda bien,

además es lo que ahora se lleva entre las damas.

PETRUCHO Cuando te portes bien te la daré,

pero no antes.

HORTENSIO Pues no va a ser muy pronto.

CATALINA Supongo, señor, que puedo hacer uso de la palabra,

y os digo que no soy ni una niña ni un bebé.

Gente mejor que vos ha tolerado mi franqueza.

Si no la soportáis, es mejor que os tapéis las orejas.

Antes de que mi corazón se parta

mi lengua ha de soltar su ira,

y desahogarse cuanto guste con palabras.

PETRUCHO Razón que te sobra; es un gorrito feo,

un molde de bollo, una filfa, un pastel de seda.

Te quiero mucho porque no te gusta nada.

CATALINA Me quieras o no, el gorrito me gusta,

y me lo quedo, o no me quedará ninguno.

PETRUCHO ¿Y el vestido? ¡A ver, sastre, enseñádnoslo!

Se va el SOMBRERERO.

¡Pero por Dios! ¿Qué es esto, tarlatana?

¿Una manga? ¡Si parece un cañón!

¡Cortado de arriba abajo como un pastel de manzana!

¡Cortes y recortes, jirones y retazos

como un infiernillo de barbero!

¿Cómo diablos decís, sastre, que se llama esto?

HORTENSIO (*Aparte.*) Ya veo que se va a quedar sin gorro ni vestido.

SASTRE Me encargasteis que lo hiciera con cuidado,

de acuerdo con la moda y con los tiempos.

PETRUCHO Sí, señor, pero os recuerdo
que no os encargué un espantajo
que se burle de los tiempos y la moda.
Ya os podéis ir por donde habéis venido,
porque el vestido no lo quiero para nada;
haced con él lo que os parezca.

CATALINA Nunca vi un vestido tan bien confeccionado,
tan elegante, tan fino y tan bonito.
¿Qué pretendéis, señor? ¿Convertirme en un títere?

PETRUCHO Pues sí, es verdad, pretende convertirte en títere.

SASTRE Lo que dice es que Vuesa Merced quiere hacer de ella un títere.

PETRUCHO ¡Será posible semejante arrogancia!
¡Mentís, brizna de hilo, dedal de coser!
¡Sois una vara! ¡Tres cuartos de vara! ¡Media vara!
¡Ni un cuarto, ni una pulgada de vara!
¡Pulga, liendre, grillo! ¿Me levantáis la voz
con un carrete de hilo en mi propia casa?
¡Fuera, harapo, parche!
Que si os tomo las medidas con vuestra vara,
recordaréis vuestros sermones mientras estéis vivo.
Habéis echado a perder el vestido, os aseguro.

SASTRE Vuesa merced se equivoca: este vestido
está cortado tal y como mi amo me mandó.
Grumio lo encargó con estas medidas.

GRUMIO Yo no le encargué nada. Solo le llevé la tela.

SASTRE Pero ¿cómo queríais que lo hiciera?

GRUMIO Pues con hilo y aguja, ¡cómo va a ser!

SASTRE ¿Acaso no encargasteis el corte y la confección?

GRUMIO Vos habéis cortado demasiado.

SASTRE Sí, señor.

GRUMIO Pues a mí no me cortéis. Habéis tomado muchas medidas. No me las
toméis a mí, ni me cortéis, os lo ruego. Os digo que encargué a vuestro
patrón que cortara el vestido, pero no le pedí que lo recortara. Por lo tanto,
sois un mentiroso.

SASTRE Aquí tenéis la nota del encargo para demostrarlo.

PETRUCHO Leedla.

GRUMIO En la nota miente como un bellaco si dice que he dicho esto.

SASTRE (*Lee.*) «*Imprimis*, un vestido que no ciña el cuerpo.»

GRUMIO Señor, si he dicho alguna vez «un vestido que no ciña el cuerpo», cosedme en las faldas del vestido y matadme a golpes de carrete. Dije «un vestido».

PETRUCHO (*Al SASTRE.*) Continúad.

SASTRE «Con el cuello pequeño y redondo.»

GRUMIO Admito lo del cuello.

SASTRE «Con mangas anchas.»

GRUMIO Admito lo de dos mangas.

SASTRE «Las mangas cuidadosamente cortadas.»

PETRUCHO ¡Ahí, ahí está la infamia!

GRUMIO ¡Hay un error en el documento, señor, un error en el documento! Encargué que cortaran las mangas y que las cosieran, y os lo voy a demostrar, aunque vayáis armado con un dedal en el meñique.

SASTRE Lo que digo es la pura verdad, y si estuviéramos en otra parte os enteraríais.

GRUMIO Cuando queráis. Tomad la nota, dadme la vara, y ¡vamos allá!

HORTENSIO Por Dios misericordioso, Grumio, estás claramente en desventaja.

PETRUCHO (*Al SASTRE.*) En una palabra, señor, el vestido no es para mí.

GRUMIO Tenéis razón, señor, es para mi señora.

PETRUCHO Andad, idos y que vuestro amo haga del vestido lo que quiera.

GRUMIO ¡Nada de eso, granuja! ¿Llevarse el vestido de mi señora para uso de su amo?

PETRUCHO ¿Qué hay de malo? ¿Qué quieres decir?

GRUMIO Algo peor de lo que creéis, señor. ¿Que se lleve el vestido de mi señora para que lo use su amo? ¡Qué barbaridad!

PETRUCHO (*Aparte.*) Hortensio, ocúpate de pagar el vestido al sastre. (*Al SASTRE.*) Llévóslo de aquí. Idos. No se hable más.

HORTENSIO (*Aparte al SASTRE.*) Sastre, os lo pagaré mañana.

No os toméis a mal sus palabras.
Idos y salud a vuestro amo de mi parte.

Se va el SASTRE.

PETRUCHO Venga, Cati, vamos a casa de tu padre,
aunque sea vestidos sobriamente.
Somos ricos y vestimos como pobres,
pero es la mente lo que enriquece al cuerpo;
así como el sol brilla entre negros nubarrones,
luce el honor bajo humilde indumentaria.
¿Es más bonito el grajo que la alondra
solo porque sus plumas son más bellas?
¿Es preferible la víbora a la anguila
por la vistosidad de su apariencia?
No, querida Cati; no es menos tu valor
por humildes que sean tus afeites y tus ropas.
Si te avergüenzas, diles que es mi culpa.
¡Y ahora alegra esa cara! Vayámonos allá,
a casa de tu padre, a comer y a divertirnos.
(A GRUMIO.) Ve a llamar a los criados y partamos enseguida,
que lleven los caballos al final de la avenida;
iremos a pie y allí los montaremos.
A ver, creo que van a dar las siete,
así que llegaremos a la hora de almorzar.

CATALINA Me atrevo a asegurar, señor, que son las dos,
y no llegaremos hasta la hora de la cena.

PETRUCHO Serán las siete cuando yo monte el caballo.
Sea lo que diga, piense o quiera hacer,
me contradices siempre. Señores, olvídenlo,
hoy no partiré; y antes de partir
será la hora que yo diga.

HORTENSIO (*Aparte.*) Vaya, este valiente le daría órdenes al sol.

Salen.

ESCENA IV

*Entra TRANIO, disfrazado de LUCENCIO, y el MAESTRO,
con botas de viaje pero disfrazado de VICENCIO.*

TRANIO Esta es la casa, señor, ¿os parece bien que llame?

MAESTRO Sí, claro. Y, o mucho me engaño,
o el señor Bautista me recordará,
de hace casi veinte años, cuando en Génova
nos alojábamos los dos en el Pegasus.

TRANIO Así es. Pero representad vuestro papel
con la seriedad que corresponde a un padre.

Entra BLONDELO.

MAESTRO Os lo garantizo. Pero, señor, ahí llega vuestro criado.
Convendría que estuviera al corriente.

TRANIO No os preocupéis por él. Tú, Blondelo, te advierto,
cumple con esmero tu deber, e imagina
que este es el señor Vicencio.

BLONDELO Descuidad, señor, no debéis temer nada.

TRANIO ¿Has llevado el mensaje al señor Bautista?

BLONDELO Le he dicho que vuestro padre estaba en Venecia
y que esta mañana había llegado a Padua.

TRANIO Buen chico. Toma, para una copa.

Le da dinero.

(Al MAESTRO.) Ahí viene Bautista. Actúad, señor, como es debido.

*Entran BAUTISTA y LUCENCIO, disfrazado de CAMBIO.
El MAESTRO se ha quitado el sombrero.*

Señor Bautista, sed bienvenido.
Señor, este es el caballero de que os hablé.
Os ruego que seáis para mí un buen padre
y me concedáis a Blanca como patrimonio.

MAESTRO Hijo mío, no seas impulsivo.

A BAUTISTA.

Señor, con permiso.
He venido a Padua a cobrar unas deudas, y Lucencio,
mi hijo, me ha puesto al día sobre este grave asunto,
su relación amorosa con vuestra hija Blanca.
De vos no tengo más que buenas referencias,
y al parecer nuestros hijos se aman

con amor verdadero, y para no haceros esperar más,
me place, en calidad de padre, dar mi consentimiento al enlace;
y si vos aceptáis también, como yo, que se realice el contrato,
estoy bien dispuesto para este matrimonio;
pues remirado, con vos, no puedo ser,
señor Bautista, ya que de vos he oído grandes cosas.

BAUTISTA Permitid que os diga, señor, en puridad,
que vuestra franqueza y brevedad me complacen.
Es cierto que Lucencio, vuestro hijo, quiere
como esposa a mi hija Blanca, y ella le corresponde
si es que no fingen extraordinariamente sus afectos.
Así que, si no tenéis más que decir,
y como un buen padre queréis tratar al chico,
en otorgando a mi hija una dote suficiente,
el matrimonio es cosa hecha, y vuestro hijo
desposará a mi hija con mi consentimiento.

TRANIO Gracias, señor. ¿Dónde creéis que es mejor
comprometernos formalmente, con garantías
por ambas partes aceptadas?

BAUTISTA Ciertamente, no en mi casa, Lucencio,
pues ya sabéis que las paredes oyen,
y hay muchos criados. Además, el viejo Gremio
siempre está merodeando, y podría importunarnos.

TRANIO Entonces en mi casa, si os parece bien.
Mi padre allí se hospeda, y esta misma noche
podríamos cerrar el trato tranquilos y en privado.
Que vuestro criado vaya a buscar a vuestra hija
y el mío, sin más dilación, traerá al notario.
Lo malo es que, siendo todo tan improvisado,
probablemente la cena sea poca cosa.

BAUTISTA No os preocupéis por esto. Cambio, vete a casa
y dile a Blanca que se prepare sin tardanza,
y explícale, si quieres, lo ocurrido:
que el padre de Lucencio ya está en Padua
y que pronto será la esposa de Lucencio.

BLONDELO Ruego a los dioses, de todo corazón, que así sea.

Se va LUCENCIO.

TRANIO Deja a los dioses en paz y manos a la obra.

Señor Bautista, ¿me seguís, por favor?

¡Bienvenido! No os podré ofrecer aquí un gran banquete, pero en Pisa, señor, nos resarciremos.

BAUTISTA Os sigo.

*Se van todos menos BLONDELO.
Entra LUCENCIO disfrazado de CAMBIO.*

BLONDELO Cambio.

LUCENCIO ¿Qué me dices, Blondelo?

BLONDELO

¿Habéis visto cómo mi amo os guiñaba el ojo y sonreía?

LUCENCIO ¿Y eso qué significa, Blondelo?

BLONDELO En realidad, nada importante, pero mi amo me ha dejado aquí para explicar el sentido y la moral de sus signos y señales.

LUCENCIO Pues, venga, explícalos.

BLONDELO Pues se trata de lo siguiente: Bautista está ocupado hablando con el falso padre de un hijo impostor.

LUCENCIO ¿Y qué pasa con él?

BLONDELO Vos debéis traer a su hija a la cena.

LUCENCIO ¿Y después?

BLONDELO El viejo capellán de la iglesia de San Lucas está a vuestra disposición a cualquier hora.

LUCENCIO ¿Y qué quieres decir?

BLONDELO Lo único que quiero decir es que están todos pendientes de un contrato legal que será falso. Legalizad vuestro contrato, *cum privilegio ad impremendum solem*. Id a la iglesia con el sacerdote, el notario y los testigos apropiados. Si esta no es la ocasión que estabais esperando, no tengo nada más que decir, pero de Blanca ya os podéis ir olvidando.

LUCENCIO Escucha, Blondelo...

BLONDELO No puedo entretenerme. Conocí una vez a una muchacha que se casó una tarde cuando iba al huerto a por perejil para rellenar un conejo; igual os puede ocurrir a vos; y ahora os digo adiós, señor. Mi amo me ha ordenado que vaya a San Lucas para decirle al sacerdote que esté preparado para

recibiros cuando lleguéis con vuestra costilla.

Se va.

LUCENCIO Puedo hacerlo y lo haré, si ella está dispuesta.

Le encantará, no sé por qué lo dudo.

Que sea lo que Dios quiera, voy a buscarla
ahora mismo; muy mal tendrían que ir las cosas
para que Cambio volviera sin ella.

Se va.

ESCENA V

Entran PETRUCHO, CATALINA y HORTENSIO.

PETRUCHO Venga, andando, hacia la casa de mi suegro.

¡Por Dios! ¡Cómo brilla la luna, y cómo resplandece!

CATALINA ¿La luna? ¡El sol! A estas horas la luna no ha salido.

PETRUCHO Os digo que es la luna que resplandece.

CATALINA Y yo os digo que es el sol, que resplandece.

PETRUCHO Por el hijo de mi madre, que soy yo mismo,
que esto es la luna, una estrella, o lo que yo diga,
o aquí se acaba el viaje hacia la casa de vuestro padre.
(A HORTENSIO.) Anda, ve y sujeta los caballos otra vez.

—¡Siempre llevando la contraria y nada más que la contraria!

HORTENSIO (A CATALINA.) No lo contrariéis, o no llegaremos nunca.

CATALINA Sigamos, os lo ruego, ya que hemos llegado hasta aquí,
que sea la luna, el sol o lo que os plazca;
y si os place afirmar que es una vela,
os juro desde ahora que para mí será una vela.

PETRUCHO Ya dije que eso era la luna.

CATALINA Sí, claro que es la luna.

PETRUCHO Pues no, decís mentira, que es el bendito sol.

CATALINA Entonces, por Dios bendito, es el bendito sol,
pero no será el sol si lo negáis,
y la luna cambia como vuestro pensamiento:

que se llame como tú quieras,
y para Catalina así se llamará.

HORTENSIO Petrucho, vámonos, has ganado la batalla.

PETRUCHO Pues, venga, adelante, que así debe rodar la bola,
sin darse contra un canto.
Pero callaos, tenemos compañía.

Entra VICENCIO.

(A VICENCIO.) Buenos días, gentil dama, ¿adónde os dirigís?
Dime, dulce Cati, francamente,
¿habías jamás visto doncella tan lozana?
¡Cómo el blanco y el rosado se disputan sus mejillas!
¿Qué estrellas lucen en el cielo con tanta claridad
como estos ojos que embellecen este rostro angelical?
Bella señora, una vez más os doy los buenos días.
Dulce Cati, abrázala en honor a su hermosura.

HORTENSIO (*Aparte.*) El hombre va a volverse loco si lo siguen tomando por mujer.

CATALINA Joven virgen en flor, bonita, tierna y dulce,
¿adónde vais? ¿Cuál es vuestra morada?
Afortunados son los padres de tan bella criatura;
más afortunado será el hombre
a quien los hados sean favorables
para compartir vuestro lecho.

PETRUCHO Pero, Cati, ¿qué dices?, ¿no habrás enloquecido?
¡Si es un viejo, un hombre enjuto y arrugado!,
y no una joven virgen, como dices tú.

CATALINA Perdóneme, abuelo, los ojos me confunden,
deslumbrados por el sol, y lo veo todo verde.
Ahora me doy cuenta de que sois un respetable anciano;
ruego me perdone por mi absurdo error.

PETRUCHO Perdonadla, venerable anciano, y decidnos, por favor,
hacia dónde os dirigís; si viajamos juntos
estaremos encantados de vuestra buena compañía.

VICENCIO Noble señor, y vos, mi gentil dama,
vuestro saludo me ha dejado estupefacto.
Me llamo Vicencio, soy de Pisa,
y me dirijo a Padua, a visitar

a un hijo mío, que no he visto en mucho tiempo.

PETRUCHO ¿Cómo se llama?

VICENCIO Lucencio, amable caballero.

PETRUCHO Feliz es nuestro encuentro, y más para vuestro hijo.

Ahora, por ley, y por respeto a vuestros años,
puedo llamaros en puridad querido padre.

A estas horas la hermana de mi esposa,
aquí presente, ya debe de ser esposa
de Lucencio, vuestro hijo.

No os sorprendáis ni os aflijáis, es una dama
de buena reputación, mejor dote y alta cuna;
son tantas, además, sus cualidades
que podría desposar a cualquier noble caballero.
Dejad que os abrace, buen Vicencio,
y acompañadme a ver al bueno de Lucencio,
que estará muy contento de veros llegar.

VICENCIO ¿Pero es cierto lo que contáis, o sois acaso
uno de esos jocosos viajeros que se divierten
gastando bromas a sus compañeros de viaje?

HORTENSIO Os aseguro, padre, que es todo verdad.

PETRUCHO Vamos, venid con nosotros para comprobarlo.
Nuestra primera broma os ha hecho sospechar.

Se van todos menos HORTENSIO.

HORTENSIO Bueno, Petrucho, eso me da valor.

Voy a buscar a mi viuda, y si resulta grosera,
habréis enseñado a Hortensio a tratar a una fiera.

Sale.

QUINTO ACTO

ESCENA I

GREMIO *entra solo y se queda aparte. A continuación entran BLONDELO, LUCENCIO (ya sin disfraz) y BLANCA.*

BLONDELO Deprisa, pero con calma, señor; el cura ya está a punto.

LUCENCIO Voy volando, Blondelo; pero puede que te necesiten en casa, así que vete ya.

Se van LUCENCIO y BLANCA.

BLONDELO De ninguna manera. Quiero veros entrar en la iglesia, y después sin más tardanza volveré con mi amo.

Se va.

GREMIO Me extraña que Cambio aún no haya llegado.

Entran PETRUCHO, CATALINA, VICENCIO y GRUMIO, con sirvientes.

PETRUCHO Señor, hemos llegado. Esta es la casa de Lucencio.
La de mi suegro está más cerca de la plaza del mercado.
Debo ir hacia allí. Aquí os dejo, caballero.

VICENCIO Pero antes debéis aceptarme una copa.
Quiero que se os trate como a un huésped.
A lo que parece, se prepara un banquete.

Llama a la puerta.

GREMIO Deben de estar ocupados. Llamad más fuerte.

El MAESTRO mira por la ventana.

MAESTRO ¿Quién llama así? ¿Queréis llevaros la puerta por delante?

VICENCIO ¿Está el señor Lucencio, caballero?

MAESTRO Está, pero como si no estuviera.

VICENCIO ¿Y si resulta que alguien le trae cien o doscientas libras para alegrarle un poco la vida?

MAESTRO Guardaos vuestras cien libras. No las va a necesitar mientras yo viva.

PETRUCHO (A VICENCIO.) ¿Lo veis? Ya os dije que vuestro hijo era muy querido en Padua. Escuchadme, señor, dejémonos de minucias. Ruego comunicuéis al señor Lucencio que su padre ha venido de Pisa, y está aquí abajo para hablar con él.

MAESTRO Mentís. Su padre ha venido de Padua, y os está mirando por esta ventana.

VICENCIO ¿Vos sois su padre?

MAESTRO Así es, señor. Eso dice su madre, si es que no me engaña.

PETRUCHO (A VICENCIO.) ¡Pero bueno, señor mío! ¡Eso está muy feo, usurpar el nombre de otro caballero!

MAESTRO ¡Detened a este bribón! ¡Seguro que quiere estafar a alguien valiéndose de mi reputación!

Entra BLONDELO.

BLONDELO (*Aparte.*) Los he visto juntos en la iglesia. ¡Que Dios los acompañe! Pero ¿quién está aquí? ¿Mi viejo amo Vicencio? Estamos perdidos.

VICENCIO ¡Ven aquí, carne de horca!

BLONDELO No me deis órdenes, señor.

VICENCIO Ven aquí, bribón. ¿Acaso te has olvidado de mí?

BLONDELO ¿Olvidarme? No, señor. No os podría olvidar, puesto que no os había visto en mi vida.

VICENCIO ¿Cómo te atreves, villano de la peor ralea? ¿No conoces a Vicencio, el padre de tu amo?

BLONDELO ¿Quién? ¿Mi viejo y venerable amo? ¡Claro, señor! Está ahí arriba, asomado a la ventana.

VICENCIO Conque sí, ¿eh?

Pega a BLONDELO.

BLONDELO ¡Socorro, socorro! ¡Este loco me quiere matar!

Sale.

MAESTRO ¡Socorro, hijo mío! ¡Socorro, señor Bautista! (*Desaparece de la ventana.*)

PETRUCHO Cati, por favor, hagámonos a un lado para ver cómo acaba esto.

Entra el MAESTRO con criados,

BAUTISTA y TRANIO

disfrazado de LUCENCIO.

TRANIO Señor, ¿quién sois para pegar a mi criado?

VICENCIO ¿Que quién soy? ¿Quiénes sois vos? ¡Ah, dioses inmortales! ¡Será canalla! ¡Jubón de seda, calzones de terciopelo! ¡Capa escarlata y sombrero de punta! ¡Estoy arruinado! ¡Arruinado! ¡Mientras me quedo en casa, ahorrando como buen marido, mi hijo y su criado se lo gastan todo en la universidad!

TRANIO A ver, ¿qué ocurre aquí?

BAUTISTA ¿Quién es este hombre? ¿Un demente?

TRANIO Señor, tenéis todo el aspecto de un caballero decente y venerable, pero en cuanto abrís la boca diríase que habla un loco. Porque, señor, ¿a vos qué os importa si yo llevo perlas u oro? Gracias a mi padre me lo puedo permitir.

VICENCIO ¿Tu padre? ¡Bribón! ¡Si tu padre es un tejedor de velas de Bérghamo!

BAUTISTA Andáis errado, caballero, andáis errado. Por favor, ¿cómo creéis que se llama?

VICENCIO ¿Que cómo creo que se llama? ¡Como si no supiera yo su nombre! Lo he criado desde que tenía tres años, y se llama Tranio.

MAESTRO ¡Venga, fuera! ¡Tontiloco! Se llama Lucencio, y es mi único hijo, y yo, el señor Vicencio, lo he nombrado heredero de todas mis tierras.

VICENCIO ¿Lucencio? ¡Oh, ha matado a su amo! ¡Prendedlo! Os arresto, en nombre del duque. ¡Oh, mi hijo, mi hijo! Dime, canalla, ¿qué has hecho con mi hijo Lucencio?

TRANIO Llamad a un guardia.

Entra un guardia.

Llevaos a este bribón demente a la cárcel. Padre Bautista, encargaos de que sea debidamente juzgado.

VICENCIO ¿Llevarme a la cárcel?

GREMIO Guardia, quedaos aquí. No irá a la cárcel.

BAUTISTA No digáis nada, señor Gremio; os aseguro que irá a la cárcel.

GREMIO Id con cuidado, señor Bautista, si no queréis que os engatusen. Me atrevería a jurar que éste es el auténtico Vicencio.

MAESTRO Juradlo, pues, si os atrevéis.

GREMIO No, no me atrevo.

TRANIO Entonces sería mejor que dijerais que yo no soy Lucencio.

GREMIO Sí, sé que vos sois Lucencio.

BAUTISTA ¡Venga, a la cárcel con este estúpido, fuera de aquí!

Entran BLONDELO, LUCENCIO y BLANCA.

VICENCIO ¡Así es como insultáis y humilláis a los forasteros! ¡Monstruo! ¡Canalla!

BLONDELO ¡Ay, estamos perdidos! ¡Está aquí! Renegad, abjurad de él, o de lo contrario estamos perdidos.

*Se van BLONDELO, TRANIO y el MAESTRO
tan rápido como pueden.*

LUCENCIO (*Arrodillándose.*) Perdóname, querido padre.

VICENCIO ¿Mi querido hijo vive?

BLANCA Perdóname, querido padre.

BAUTISTA ¿Qué pecado has cometido?
¿Dónde está Lucencio?

LUCENCIO Lucencio está aquí,
el verdadero hijo del auténtico Vicencio,
y me he unido a vuestra hija en matrimonio,
mientras que a vos unos falsos personajes
os daban gato por liebre.

GREMIO ¡Es una alevosa conspiración para engañarnos a todos!

VICENCIO ¿Dónde está Tranio, ese maldito bergante
que tuvo el descaro de desafiarme?

BAUTISTA Pero ¿cómo?, ¿no es este Cambio?

BLANCA Cambio se ha transformado en Lucencio.

LUCENCIO Es el amor que urde estos milagros.
Por amor a Blanca me disfracé de Tranio
mientras él me suplantaba en la ciudad.
Y felizmente he llegado hasta el final,
al puerto deseado de mi dicha.
Fui yo quien ordenó a Tranio que actuara así;
conque, padre mío, perdonadlo en mi nombre.

VICENCIO A ese que quería mandarme al calabozo voy a rebanarle la nariz.

BAUTISTA (A LUCENCIO.) Pero, a ver, caballero, ¿habéis desposado a mi hija sin mi consentimiento?

VICENCIO No temáis, Bautista, ya lo arreglaremos; no os preocupéis, pero ahora debo vengarme de esta infamia.

Sale.

BAUTISTA Y yo quiero aclarar del todo esta bribonada.

Sale.

LUCENCIO No te espantes, Blanca, tu padre no se enfadará.

Se van LUCENCIO y BLANCA.

GREMIO Está claro: me he quedado sin pastel,
pero me voy con los demás.
Al menos me divertiré en la fiesta.

Se va.

CATALINA Vamos, marido, a ver cómo termina todo esto.

PETRUCHO Sí, pero antes, Cati, dame un beso.

CATALINA ¿Qué dices? ¿En medio de la calle? ¿A qué?

PETRUCHO ¿Qué pasa? ¿Te avergüenzas de mí?

CATALINA ¡Claro que no, por Dios! El beso me da vergüenza.

PETRUCHO Bueno, entonces volvemos a casa. (A GRUMIO.) Vamos, mozo, ¡en marcha!

CATALINA No, te daré un beso. Pero, quédate, amor mío, por favor.

PETRUCHO ¿Ves qué bien? Ven dulce Cati. ¿Quieres más?
Nunca es tarde, y mejor una vez sola que jamás.

Se van.

ESCENA II

Entran BAUTISTA, VICENCIO, GREMIO, el MAESTRO,

LUCENCIO con BLANCA, HORTENSIO con la viuda,

TRANIO, BLONDELO y GRUMIO, seguidos de PETRUCHO

y CATALINA. *Los criados sirven un banquete.*

LUCENCIO Ha sido largo, pero, al fin, las notas discordantes armonizan. Ahora es tiempo, pasada ya la guerra, de sonreír por los peligros sorteados y vencidos. Querida Blanca, dad a mi padre una amable bienvenida, y yo haré lo propio con el vuestro. Hermano Petrucho, hermana Catalina, y vos, Hortensio, con vuestra gentil viuda, gozad de los manjares. ¡Bienvenidos a casa! Espero que después del gran banquete la colación os deje satisfechos. Sentaos, pues, que es hora de comer y platicar.

PETRUCHO ¡No hacemos más que estar sentados y comer!

BAUTISTA Hijo mío, Padua es un archivo de cortesía.

PETRUCHO Nada sino cortesía ofrece Padua.

HORTENSIO Ojalá sea cierto, por el bien de ambos.

PETRUCHO Diría que Hortensio teme a su viuda.

VIUDA Pues si me veis temer no os fieis nunca de mí.

PETRUCHO Sois sensata y muy sensible, mas el sentido de mis palabras no entendéis. Quiero decir que Hortensio os tiene miedo a vos.

VIUDA El jorobado no se ve la joroba.

PETRUCHO Una respuesta prominente.

CATALINA Señora, ¿qué queréis decir con esto?

VIUDA Es lo que me ha hecho concebir.

PETRUCHO ¡Ha concebido de mí! ¿Qué dice Hortensio a esto?

HORTENSIO Dice mi señora que este es su concepto del asunto.

PETRUCHO Buena réplica. Querida viuda, se merece un beso vuestro.

CATALINA «El jorobado no se ve la joroba.» Os ruego me digáis qué queréis decir con eso.

VIUDA A vuestro marido lo atosiga una fiera, y mide las penas de mi marido con sus propias miserias. Ahora ya sabéis lo que quiero decir.

CATALINA Un decir bien miserable, a qué negarlo.

VIUDA Naturalmente: habla de vos.

CATALINA Pero mi hablar es natural si lo comparo con el vuestro.

PETRUCHO ¡A por ella, Cati!

HORTENSIO ¡A por ella, viuda!

PETRUCHO Apuesto cien marcos a que Cati la tumba.

HORTENSIO ¡Eh, que eso es cosa mía!

PETRUCHO Habláis como un acosado. ¡A vuestra salud!

Bebe a la salud de HORTENSIO.

BAUTISTA ¿Qué os parece, Gremio, este despliegue de ingenio?

GREMIO La verdad es que lidian de primera.

BLANCA ¿Que lidian de primera? Un chancero diría
que lidian, sí, pero solo con los cuernos.

VICENCIO ¿Así que os han despertado, señora novia?

BLANCA Sí, pero no me espantan. Volveré a dormirme.

PETRUCHO Ni hablar; ya que habéis empezado,
estad en guardia para una broma... o dos.

BLANCA ¿Creéis que soy un pajarito? Voy a saltar de rama
en rama; apuntadme, si podéis, con el arco.
Sed todos bienvenidos.

Salen BLANCA, CATALINA y VIUDA.

PETRUCHO Se me ha adelantado. Ya veis, señor Tranio,
a qué pájaro apuntabais cuando errasteis el tiro.
Bebamos a la salud de los que tiran y fallan.

TRANIO Oh, señor, Lucencio me soltó como si fuera un lebrel,
para que corriera y le cobrara la pieza.

PETRUCHO No es malo el símil, pero apesta un poco a perro.

TRANIO A vos no os fue del todo mal
la caza en solitario, aunque se dice
que vuestra cervatilla
os tiene atado en corto.

BAUTISTA ¡Uy, uy, Petrucho! Ahora Tranio te la ha encajado.

PETRUCHO Se agradece la vuelta de podenco, amigo Tranio.

HORTENSIO Anda, confiesa que te ha dado.

PETRUCHO Bueno, algún rasguño. Pero me juego diez a uno
que, al rebotar, la flecha
os lastimó a los dos.

BAUTISTA Sí, pero hablando en serio, Petrucho,
creo que la vuestra es, de todas, la más fiera.

PETRUCHO Que no, os digo. Y para demostrarlo
que cada uno ordene venir a su esposa,
y aquel que tenga la más obediente,
la primera en presentarse sin chistar,
ganará la apuesta que os propongo.

HORTENSIO De acuerdo, ¿cuánto apostamos?

LUCENCIO Veinte coronas.

PETRUCHO ¿Veinte coronas?

Esta suma me la juego por mi perro o por mi halcón.
Por mi esposa, multiplicad por veinte.

LUCENCIO Entonces, cien.

HORTENSIO De acuerdo.

PETRUCHO De acuerdo, trato hecho.

HORTENSIO ¿Quién empieza?

LUCENCIO Empiezo yo.

Anda, Blondelo, dile a mi señora que venga.

BLONDELO Ya voy.

Sale.

BAUTISTA (A LUCENCIO.)

Vamos a medias, hijo mío. Blanca viene seguro.

LUCENCIO No quiero ir a medias. Todo para mí.

Entra BLONDELO.

¿Y bien, qué ocurre?

BLONDELO Señor, la señora le comunica
que está ocupada y no puede venir.

PETRUCHO ¿Cómo que «está ocupada y no puede venir»?
¿Qué manera de contestar es esa?

GREMIO Una manera amable.

Rezad para que la de vuestra esposa no sea peor.

PETRUCHO Será mejor.

HORTENSIO Blondelo, ve y llama a mi esposa,
dile que la quiero aquí.

Sale BLONDELO.

PETRUCHO ¡Hombre, si la requerís,
seguro que vendrá!

HORTENSIO Me temo, señor,
que por mucho que mandéis

Entra BLONDELO

ni requiriéndola vendrá la vuestra.
¿Y mi esposa, dónde está?

BLONDELO Dice que os lleváis una chanza entre manos
y no quiere venir; os pide que vayáis vos.

PETRUCHO Vamos de mal en peor. ¡«No quiere venir»!
¡Qué mal! ¡Intolerable!
Anda, Grumio, ve a buscar a tu señora
y dile que le ordeno venir aquí.

Sale GRUMIO.

HORTENSIO Ya sé lo que dirá.

PETRUCHO ¿Qué?

HORTENSIO Que no quiere venir.

PETRUCHO Pues si lo dice, mala suerte, y asunto terminado.

Entra CATALINA.

BAUTISTA ¡Por todos los santos! ¡Ahí llega Catalina!

CATALINA ¿Qué deseáis, señor, en qué puedo servirlos?

PETRUCHO

¿Dónde están vuestra hermana y la esposa de Hortensio?

CATALINA Están conversando en el salón del fuego.

PETRUCHO Pues ve a buscarlas. Si se niegan
me las traes a palos, aquí, junto a sus maridos.
¡Hala, venga! Y tráelas enseguida.

Sale CATALINA.

LUCENCIO A eso llamo yo un prodigio.

HORTENSIO Sin duda, y me pregunto qué es lo que presagia.

PETRUCHO ¿Pues qué va a presagiar? Paz, y una vida tranquila,
respeto, admiración y legítima autoridad;
en una palabra, todo cuanto da sosiego y felicidad.

BAUTISTA ¡Buen Petrucho, que os acompañe siempre esta suerte!
Habéis ganado la apuesta, y yo quiero añadir
veinte mil coronas a las que ellos perdieron.
Otra hija merece otra dote,
pues ha cambiado tanto que parece otra.

PETRUCHO Puedo ganar mejor la apuesta con más pruebas
de su nueva virtud y obediencia.

Entran CATALINA, BLANCA y VIUDA.

Miradla cómo trae a vuestras mujeres rebeldes,
prisioneras de la persuasión femenina de la mía.
Catalina, ese tocado no te cae nada bien.
Quítate esa cofia absurda y pisotéala.

CATALINA *obedece.*

VIUDA Señor, que nunca deba suspirar
hasta el día en que me vea forzada
a actuar de manera tan necia.

BLANCA ¡Vaya! ¡Qué obediencia más estúpida!

LUCENCIO ¡Ya quisiera yo que igual de necia fuera la vuestra!
Vuestra graciosa obediencia, querida Blanca,
ya me ha costado cien coronas esta noche.

BLANCA Eso os pasa por apostar por mi obediencia.

PETRUCHO Catalina, te ordeno expliques a estas damas obstinadas cuáles son sus deberes para con sus maridos.

VIUDA Venga, venga, no os burléis. No queremos sermones.

PETRUCHO Adelante, te digo, y empieza por ella.

VIUDA No lo hará.

PETRUCHO Afirmo que lo hará: «y empieza por ella».

CATALINA Vamos, afloja ya ese ceño torvo.

y no quieras con los dardos de tu mirada altiva
herir a tu señor monarca y gobernante.

Marchitas tu belleza, como la escarcha marchita las praderas;
arruinas tu buen nombre, como arruina el cierzo
los capullos de las flores, y no es amable ni oportuno.

Una mujer airada es como una fuente turbia,
fangosa, sucia, espesa, carente de belleza,
y en esta tesitura ningún hombre sediento
se dignará a sorber una sola gota.

Tu marido es tu señor, tu vida, tu guardián,
tu cabeza de familia y soberano: el que te cuida
y te mantiene; se entrega en cuerpo y alma
a trabajos penosos por mar y por tierra,
vigila en noches tormentosas o en días glaciales,
mientras tú estás tibia en casa, segura y a cubierto,
y no exige de ti más tributo

que cariños, buena cara y obediencia:

un precio bien escaso para tan enorme deuda.

Lo mismo que a su príncipe el súbdito se debe,
así la esposa se debe a su marido;

y cuando es hosca, bravía, grosera y obstinada,
y a la honesta voluntad de su amo no obedece,
¿qué es sino una pérfida rebelde,

traicionera impenitente a su gentil señor?

Me avergüenza ver que hay mujeres tan bobas
que dan guerra cuando deberían rogar paz;
o que pretenden mandar, ordenar y disponer,
cuando lo suyo es servir, amar y obedecer.

¿Por qué nuestros cuerpos son delicados y tiernos,
impropios para las duras tareas de este mundo
sino para que nuestro suave natural y nuestro corazón
estén en armonía con nuestra figura?

¡Anda, vamos! ¡Gusanos obstinados e impotentes!
Antaño fui arrogante como lo sois vosotras;
era grande mi coraje, y aún más fuerte mi tesón,
y al punto respondía injurias y amenazas.
Pero ahora me doy cuenta de que vuestras lanzas
solo son briznas de paja, nuestra fuerza es débil
y nuestra debilidad tan incompatible,
que aparentamos ser más fuertes cuando menos lo somos.
Conque, menos humos, no hay otra solución:
a vuestros maridos rendid sumisión.
Y en señal de obediencia, si el mío lo desea,
mi mano está tendida para lo que sea.

PETRUCHO ¡Qué mujer! Ven aquí. Bésame, Cati.

LUCENCIO Amigo mío, os felicito. Para vos es el premio.

VICENCIO Da gusto escuchar a una criatura obediente.

LUCENCIO Y es duro escuchar a una mujer suficiente.

PETRUCHO Venga, Cati, nos vamos a la cama.

Los tres nos hemos casado,
pero soy yo el que gana.
(A LUCENCIO.) Yo gané la apuesta,
y vos con Blanca en el blanco disteis.
Descansad, amigo, que el ganador resiste.

Se van PETRUCHO y CATALINA.

HORTENSIO Sí, nos habéis ganado; habéis domado a una fiera.

LUCENCIO Y a fe que es admirable verla de esta manera.

Salen.



TRABAJOS DE AMOR EN VANO

*versión de
Alberto Silva*

Según varias fuentes, la obra es anterior a 1598 y fue representada ante la reina Isabel en la Navidad de aquel año. La edición en Cuarto de 1598 reza: «Corregida y aumentada por William Shakespeare», y en ella se basa, con algunas diferencias, el texto impreso en el Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

Fernando, soberano de Navarra, llamado REY y a veces duque

Señores del séquito del rey:

BIRÓN

LONGUEVILLE

DUMAINE

Don Adriano de ARMADO, chulo, español estrafalario y fantasioso

PELUSA, su criado

PRINCESA de Francia, después REINA

Damas del séquito de la princesa:

ROSALINA

CATALINA

MARÍA

Señores del séquito de la princesa:

BOYET

DOS CABALLEROS

BOTOTO, aldeano rústico

MARUJITA, chica de campo

NATANIEL, un capellán

HOLOFERNES, maestro pedante

CIRUELO, cabo de policía

MERCADÉ, mensajero

GUARDABOSQUE

PRIMER ACTO

ESCENA I

*Entran Fernando, REY de Navarra, BIRÓN, LONGUEVILLE
y DUMAINE.*

REY Que la fama, que en vida soñamos alcanzar,
su nombre inscriba en bronce en nuestro cajón
y nos compense la desgracia de morir, cuando
pese al tiempo, devorador como el cormorán,
en premio a nuestra brega nos deje obtener
honores que logren el filo de la guadaña desmolar
y hacernos herederos de toda eternidad.
Por eso, bravos soldados como ustedes son,
este combate contra la propia pasión
y la ingente tropa del deseo terrenal
nuestra firme proclama nos hará ganar.
De los hombres, Navarra prodigio habrá de ser.
En academia la corte se convertirá
y su arte vivo será un reposo contemplar.
Ustedes tres —Birón, Dumaine y Longueville—
juraron, por tres años, vivir cerca de mí
y estudiando juntos cumplir la voluntad
que en este documento antes se estipuló.
Ya está jugado: nuestro nombre hay que poner
y que la mano prive de su honra al violador
de una sola línea de lo que está firmado aquí.
Ahora, suscríbanlo y guárdenle fidelidad,
si están armados para hacer lo que han jurado hacer.

LONGUEVILLE Sea. Son solo tres años de ayunar.
Que languidezca el cuerpo y tenga el alma solaz.
El vientre repleto, vacía la mollera.
Los canapés dan al vientre relieve
mayor, mas para el juicio son calamidad.

Firma.

DUMAINE Dumaine está afligido, amado señor.
Las groserías del deleite mundanal
las deja a los esclavos de este mundo vulgar.

Sueña dejar el oro, la pompa y el amor
y unirse a quienes viven de filosofar.

Firma.

BIRÓN Los pregones ajenos solo puedo aprobar.

Tanto, mi bien amado, que he jurado ya
vivir aquí tres años y aquí estudiar.

Pero hay más reglas estrictas que atender,
como en tres años no conocer mujer;
norma que espero no pensará incluir.

O que un día entre siete se deba ayunar
y una sola comida cada día hacer,
normas que espero no pensará incluir.

O cuatro horitas cada noche dormir
o en la jornada no pestañear ni una vez
cuando yo toda la noche suelo dormir
y una siesta a mediodía no desdeño echar.

Espero que estas normas no piense observar.

Desgraciadas tareas, tan arduas de cumplir:
estudio, ayuno, no ver mujeres ni dormir.

REY Su voto le impide renunciar.

BIRÓN Permita que me niegue, mi señor.

Con Su Gracia, solo he jurado estudiar,
tres años solo, y en corte permanecer.

LONGUEVILLE Eso ha jurado, Birón, y lo demás.

BIRÓN Juré como un gracioso, por sí o por no, señor.

En fin, esos estudios, ¿qué se proponen ser?

REY No hay que buscar más cosas que el saber.

BIRÓN ¿Cosas ocultas al sentido común?

REY Es el divino galardón de estudiar...

BIRÓN Entonces ahora juraré estudiar

para saber lo que me impiden conocer.

Estudiaré dónde puedo almorzar bien
cuando aquí me obliguen a ayunar.

O si podré hallar damas de buen ver
si las esconden al sentido común.

O cómo quebranto sin contrariar mi fe

un voto demasiado difícil de guardar.
Si la recompensa del estudio esa será
—conocer lo que ignoramos una vez—
juro estudiar. Lo juro, nunca diré que no.

REY Tales ocios perturban la calma de estudiar
y capturan la mente como un tramposo imán.

BIRÓN Todo deleite es vano, y acaso un poco más,
para quien lo siente como una carga o pesar:
internarse en un libro, persiguiendo la luz
de una verdad que encandila a los demás
con sus trampas, sin dejarnos mirar...
La luz que busca la luz
encandilada acaba alguna vez.
Antes que dar a la tiniebla fulgor,
para los ojos ciegos se vuelve oscuridad.
Mejor estudiaré yo cómo a los ojos complacer,
clavándolo en otros de más hermoso ver.
Aunque estos le deslumbren, lo protegerán,
ofrendándole parte de su arcano fulgor.
Un regalo del cielo es estudiar la luz:
no deje que lo arruine el pomposo empollar.
Los sabihondos poco tienen que ganar,
más que el retintín de citar a los demás.
Los ujieres terrenales de la luz celestial
nombran a cada estrella que consiguen fijar.
No sacan más provecho de su velar febril
que aquellos que pasean sin saber en dónde están.
A esos valentones que nombran por nombrar
solo para su fama les sirve saber más.

REY ¡Qué instruido se lo ve! ¡Sabe contra lo leído leer!

DUMAINE Criticando el progreso se lo ve muy capaz.

LONGUEVILLE Arranca el trigo y deja crecer el herbazal.

BIRÓN Mayo aprieta y los gansos,
de pronto, se ponen a graznar.

DUMAINE ¿Y entonces?

BIRÓN Cada cosa a su tiempo y lugar.

DUMAINE Pierde usted el hilo.

BIRÓN Tanto mejor para rimar.

REY Tiene usted más envidia que una helada mordiente:
roe y roe los retoños con sus dientes.

BIRÓN ¿Por qué habría el verano de alardear
antes de que los pájaros tengan
motivos de cantar?
¿Por qué disfrutaría yo de una vida
que nace después de abortar?
No quiero rosas para Navidad
ni nieve en mayo entre flor de azahar.
Cada cosa la quiero en su estación.
Ahora ya no es tiempo de estudiar,
ni de abrir tragaluces en lugar de un portal.

REY Ustedes, quietos, ahí.
Y usted, Birón, a casa. *Adieu.*

BIRÓN Señor, juré quedarme un tiempo con usted.
Y aunque ahora de argucias hable
más que usted de ciencia angelical,
el voto que he jurado mantendré:
tres años haciendo penitencia me tendrá.
Deme el papel para que lea y firme
el duro voto que hay escrito en él.

REY (*Le alcanza el papel.*) La sumisión lo salva del bochorno.

BIRÓN (*Lee.*) «Ninguna mujer se acercará a menos de una milla de mi corte.» ¿Esto
ya ha sido proclamado?

LONGUEVILLE Hace cuatro días.

BIRÓN Veamos el castigo. (*Lee.*) «So pena de perder la lengua.»
¿Quién tramó esta barbaridad?

LONGUEVILLE Virgen, ¡he sido yo!

BIRÓN ¿Y por qué, distinguido señor?

LONGUEVILLE Porque esa penalidad provocará temor.

BIRÓN Peligrosa ley contra el galán.
(*Lee.*) «Si en el transcurso de los próximos tres años se viera a un
hombre hablar a una mujer, soportará la afrenta pública más
grave que la corte sea capaz de imponer.»

Usted mismo, señor, infringirá esta ley.
Pues sabe bien que llega a verlo la embajada
de la hija del rey de los galos,
majestuosa y agraciada joven: le pide
que ceda Aquitania a su enfermo,
decrépito y postrado padre.
Por lo que tal artículo es inútil,
o la atractiva princesa nos visita en vano.

REY ¡Lo había olvidado por completo! ¿Qué dicen los señores?

BIRÓN El que estudia de más es como un tiro al aire.

Mientras entrapa lo que más ambiciona,
se le escapa lo que debería recordar.
Si captura lo deseado,
como ciudad en llamas, la presa
se le hará ceniza entre las manos.

REY Por fuerza esta sentencia tenemos que anular.

Es preciso que la dama permanezca aquí.

BIRÓN Durante estos tres años, tres veces por mil,

a todos nos hará perjuros la necesidad.
Cada hombre nace con su propia afición:
lo gobierna algún don, y no su voluntad.
Si rompo mi promesa, también yo pensaré:
«Es que era un asunto necesario, vital».
Por eso ahora firmo esta ley
y que a la mínima infracción
se ejecute sentencia por deshonra mortal.
Se insinúan placeres a los otros y a mí.
Pero con rabia pienso, en mi colete,
que este voto seré el último en quebrar.

Firma.

Por cierto, ¿contamos con alguna diversión?

REY La hay.

Fatiga nuestra corte, como un aparecido,
cierto español, viajero remilgado,
hombre de mundo con porte de experto
y rebuscadas frases en el seso.
Alguien a quien los sonos de la lengua
encantan por sus vanas armonías.

Si algo es cierto o falso no le importa;
solo le interesa palabrear todo el día.
Es este Armado un hombre estafalario.
Por distracción, con su verba encendida
nos contará proezas del pasado,
de unas guerras de España que el mundo ya olvida.
Ignoro hasta qué punto nos divierta,
pero entretienen mucho sus embustes
y pienso emplearlo como juglar.

BIRÓN Armado, el más ilustre de los seres,
acuñador de palabras flamantes.
Es el modelo de su propia moda.

LONGUEVILLE Él y el tosco Bototo nos entretendrán.
Y así tres años pasarán muy pronto.

*Entra el cabo CIRUELO con una carta,
y con él BOTOTO.*

CIRUELO Busco al duque en persona.

BIRÓN Aquí lo tienes. ¿Qué deseas?

CIRUELO Yo mismo reprimiendo a su propia menda. Soy, por así decir, la sombra de
Su Gracia. Pero querría verlo de cuerpo presente.

BIRÓN Pues este es él.

CIRUELO El señor Arm..., el señor Arm... lo saluda. Es que afuera ocurren cosas
feas. Más le dirá esta carta.

BOTOTO Lo que dice esa carta, señor, me incumbe a mí.

REY ¡Una carta del esplendoroso Armado!

BIRÓN Por vacías que sean sus ideas, ojalá las escriba con palabras encumbradas.

LONGUEVILLE Mucha esperanza para tan poco cielo. Que Dios nos dé paciencia.

BIRÓN ¿Para escuchar o para no reír?

LONGUEVILLE Escuche, señor, sin alterarse. O ríase moderadamente. O absténgase
de ambas cosas.

BIRÓN Veremos si su estilo nos permite alcanzar ese cielo donde la risa brilla como
el sol.

BOTOTO Es un asunto mío, señor, tocante a Marujita. Para ser franco, me han
agarrado con las manos en la masa.

BIRÓN ¿De qué manera?

BOTOTO De una manera que equivale a tres. Me vieron con ella mano a mano en palacio, varándola en un banco. Me sorprendieron siguiéndola en el parque. Lo que pone a fin y efecto a los efectos de hablarle a una mujer con afecto. De modo que la manera importa.

BIRÓN ¿Y cómo importa, señor?

BOTOTO Como me venga en gana.
¡Que se presente si es hombre!

REY ¿Querrán prestar atención a esta carta?

BIRÓN Como si fuera un oráculo.

BOTOTO Con la sencillez de un hombre que da oídos
a la voz de la carne.

REY (*Lee.*) «Eximio mandatario, vicegerente de los cielos y regulador único de Navarra, dios terrestre de mi mente y amo nutritivo de mi cuerpo.»

BOTOTO No noto que mente a Bototo.

REY «Es el caso que...»

BOTOTO En tal caso, si acaso así lo dice,
hablando francamente, ni hago caso.

REY ¡Silencio!

BOTOTO Eso va por mí y por todo el que no se atreve a combatir.

REY Ni hablar...

BOTOTO ... de los dramas ajenos, por favor.

REY «Es el caso que, abrumado por melancolías pardas como boca de lobo, expuse mi opresivo y oscuro humor a la saludable medicina que constituye la influencia de la atmósfera que lo envuelve a uno o que uno habita. Siendo yo un caballero, propendí a pasear. ¿Cuándo fue eso? Hacia las seis, hora en que pacen mejor los animales, las aves picotean con mayor prurito y los hombres entablan la tarea de tomar el refrigerio que solemos denominar cena. Esto por lo que al tiempo se refiere. Y en cuanto al territorio, quiero decir al suelo que pisaba, suelen aludir a él como parque de usted, o como “el parque”. En dicho lugar o emplazamiento, como digo, fui testigo de un suceso obscuro y absurdo por demás que hace brotar de mi nívea pluma tan ebónica tinta como la que usted ahora mira, percibe, observa o considera. En cuanto al lugar, prosigo, se encuentra situado hacia el norte o noreste y

al este del ángulo oeste de su tan curiosamente enrevesado parque. Fue donde vi a aquel paleta de alma mezquina, gusano mísero y ridículo...»

BOTOTO ¿Yo?

REY «... ese espíritu iletrado y romo...»

BOTOTO ¿Yo?

REY «... superficial y desgraciado...»

BOTOTO ¡Yo y de nuevo yo!

REY «... al cual, si no me engaño, llaman Bototo.»

BOTOTO Ay de mí.

REY «El conchabado bribón, contrariando el declamado decreto contenedor de normas sobre la continencia, fue visto con..., con... —y me es arduo decirlo aquí—...»

BOTOTO Con una chica.

REY «... con una nieta de nuestra abuela Eva, una hembra o, para su delicado entendimiento de usted, una mujer, que sea. Tal hombre lo entrego aquí a Su Gracia, cumpliendo con mi deber inquebrantable, a fin de que el susodicho reciba merecida desgracia, mediante los buenos oficios del cabo Antonio Ciruelo, hombre de fama, empaque, conducta y estima asaz cumplimentada.»

CIRUELO Si puedo meter una baza, Antonio Ciruelo soy yo.

REY «En cuanto a Marujita (que así llaman a tan frágil vasija), sorprendida en compañía del sinvergüenza de marras, la guardo cual recibo de su de usted legal enfado, hasta que a la más leve insinuación la traiga a juicio suyo. De usted, otrosí, con la solemne y alborozada deferencia de un corazón adicto, ardiendo en deseos de cumplir mi misión con sumisión y sin ninguna omisión. Don Adriano de Armado.»

BIRÓN No está tan bien como yo esperaba, pero es lo mejor que he tenido ocasión de escuchar.

REY Sí, lo mejor de lo peor. (A BOTOTO.) ¿Qué dices de esto, sinvergüenza?

BOTOTO Que conozco a la chica, señor.

REY ¿No has escuchado mi proclama?

BOTOTO Confieso haber oído bastante sobre el asunto. Pero no hice el menor caso.

REY Se ha decretado un año de prisión para quien fuera sorprendido con una muchacha.

BOTOTO A mí no me agarraron con ninguna chica. Más bien con una señorita.

REY Bien, el edicto ya dice «señorita».

BOTOTO Tampoco se trataba de una señorita, señor. Era una virgen.

REY También se especifica en mi decreto. Se habla de «virgen».

BOTOTO En ese caso, niego que fuera virgen. Me pillaron con una sirvienta.

REY De poco te servirá tu sirvienta.

BOTOTO Seguro una sirvienta me sirve.

REY Pronuncio mi sentencia. Ocho días de ayuno a pan y agua.

BOTOTO Mejor déjeme un mes de oraciones, pero a carne y buenos caldos.

REY Don Armado será tu centinela.

Usted, Birón, encárguese de que lo encierren.

Y nosotros, señores, procedamos

con firmeza a practicar lo que juramos.

Salen el REY, LONGUEVILLE y DUMAINE.

BIRÓN Me juego la cabeza a que estas reglas

y juramentos serán papel mojado.

¡Vamos de una vez!

BOTOTO Padezco por razón de la verdad, señor. Es cierto que me sorprendieron con Marujita, una chica de verdad. Pruebo gustoso el amargo sabor de esta prosperidad. Que la amargura vuelva un día a sonreírme. Y hasta entonces, ¡tristeza, buenos días!

Salen.

ESCENA II

Entran ARMADO y su criado PELUSA.

ARMADO ¿Qué significa, hijuelo, que un hombre espitoso se vuelva melancólico?

PELUSA Es un anuncio infalible, caballero, de que hará triste figura.

ARMADO ¡Cómo! Tristeza y añoranza, hijuelo, son cosas similares.

PELUSA No, no. Por Dios, señor, que no.

ARMADO ¿Cómo distingues tristeza de melancolía, tierno mozalbete?

PELUSA Por la evidencia demostrable de sus resultados, señor rugoso.

ARMADO ¿Por qué «señor rugoso»? ¿Por qué «señor rugoso»?

PELUSA ¿Por qué «tierno»? ¿Y por qué «mozalbete»?

ARMADO Aduje tierno mozalbete como congruente epíteto aplicable a tus días juveniles, que bien podemos llamar tiernos.

PELUSA Y yo usé señor rugoso cual título adecuado a su anciano tiempo, al que bien podemos caracterizar por su rugosidad.

ARMADO Oportuno y gracioso.

PELUSA ¿Qué sugiere, señor? ¿Que soy gracioso y mi respuesta es oportuna? ¿O el oportuno soy yo y la graciosa mi respuesta?

ARMADO Porque eres pequeño eres gracioso.

PELUSA Soy un gracioso pequeño. ¿Por qué, entonces, oportuno?

ARMADO Oportuno por listo.

PELUSA Señor, ¿me está elogiando?

ARMADO Mereces el elogio.

PELUSA Pero lo mismo se dice de la anguila.

ARMADO ¿Y qué tiene una anguila de ingeniosa?

PELUSA Las anguilas son listas.

ARMADO Digo que eres de respuesta rápida. Y ahora no me hagas renegar.

PELUSA Por la cruz, señor.

ARMADO No me gustan los cruces de opiniones.

PELUSA (*Aparte.*) Es justo al revés: la cruz de las monedas no quieren ni verlo a él.

ARMADO He prometido estudiar tres años con don Fernando.

PELUSA Podría hacerlo, señor, en una hora.

ARMADO Imposible.

PELUSA ¿Cuánto es tres veces uno?

ARMADO Soy malo para los números. Les van mejor a las mentes tabernarias.

PELUSA Usted, señor, es hidalgo y jugador.

ARMADO Lo reconozco. Dotes ambas que brillan a todo buen caballero.

PELUSA Entonces seguro que sabe cuánto suman un dos y un uno en los dados.

ARMADO Sí. A uno por encima de dos.

PELUSA Eso que el vulgo llama tres.

ARMADO Muy cierto.

PELUSA ¿Para qué hace falta tanto estudio? Ya tiene usted al «tres» amaestrado en menos de tres pestaños. Y vea qué fácil resulta agregar «años» a la palabra «tres» y asimilar «tres años» en solo dos palabras. Hasta un burro lo entendería.

ARMADO Bonita demostración.

PELUSA (*Aparte.*) Lo que demuestro es que es un burro.

ARMADO En este punto confieso que estoy enamorado. Y tal como es degradante que un soldado se deje cautivar, yo me declaro cautivo de una chica de baja graduación. Si las brumas del afecto, que de mal grado me envuelven, se disiparan si blandiese yo la espada, tomaría al deseo prisionero y se lo cambiaría a un cortesano francés por su reverencia más galana. Qué humillante es suspirar. Debería renegar de Cupido. Dame ánimo, achispado. ¿Qué grandes hombres han estado enamorados?

PELUSA Hércules, señor.

ARMADO ¡Dulcísimo Hércules! Cítame otras fuentes, muchacho. Más nombres, mi chiquito. Los quiero famosos y con buen bagaje.

PELUSA Sansón, maestro. Un hombre de buen porte, de mucha caja. Note que encajaba portones en su espalda. Era un portento y estaba enamorado.

ARMADO ¡Ah, Sansón robusto y vigoroso! Con el estoque te aventajo, sin duda, pero acarreado puertas ganas tú. Yo también estoy enamorado. Mi querido Pelusa: ¿quién era la amada de Sansón?

PELUSA Una mujer, mi amo.

ARMADO ¿Y de qué humor?

PELUSA De tres, de dos, de uno o de los cuatro.

ARMADO Dime exactamente cuál humor.

PELUSA Líquido y verde, como el mar.

ARMADO ¿Ese es uno de los cuatro humores?

PELUSA Por lo visto, señor, y el más bello de todos.

ARMADO Verde es el color de los que aman. Pero tener un amor verde como Sansón, no me parece razonable. Seguro que amaba a esa muchacha por su humor.

PELUSA Por eso fue, señor. Lo que amaba de ella era ese humor de color verde.

ARMADO Mi amada, en cambio, es blanca, es rosa, inmaculada.

PELUSA Muchos pensamientos maculados, mi amo, se ocultan tras colores amables.

ARMADO Más precisiones, infante sabidillo.

PELUSA Genio paterno, lengua de mi madre: ¡vengan en mi ayuda!

ARMADO Invocación propia de un niño: hermosa y lamentable.

ARMADO «Si de blanco y rojo está formada

 sus faltas nunca mostrará su piel;
 pues las faltas ruborizan a la amada
 y el miedo es blanco por la palidez.
Si acaso teme o está avergonzada,
en el semblante no tendrá rubor,
pues sus mejillas mostrará encarnadas,
siempre, con su matiz y su color.»

 Versos peligrosos, mi amo. Argumentan contra el rojo y el blanco.

ARMADO ¿Y aquella otra canción del rey y la mendiga?

PELUSA Hace como tres siglos, el mundo cayó en la falta de cantar esa balada. Pero creo que ahora nadie sabe cómo decía. Y si alguien supiera, no podría transcribirla ni entonarla.

ARMADO Pues yo haré que la escriban de nuevo. Con tan poderoso precedente justificaré mi escarceo. Chicuelo, de verdad que quiero a la paisanita que encontré en el parque con ese boniato de Bototo. Ella se lo merece.

PELUSA (*Aparte.*) Merece que la azoten; pero también un amante mejor que mi amo.

ARMADO Canta, pequeño. Siento en el alma el peso del amor.

PELUSA Curioso, siendo que ama a una chica tan liviana.

ARMADO Digo que cantes.

PELUSA Esperemos a que pasen estos.

Entran CIRUELO, BOTOTO y MARUJITA.

CIRUELO (A ARMADO.) Es deseo del duque, señor mío, que vigile usted al tal Bototo. No le permita disfrutar ni arrepentirse falsamente. Debe ayunarlos tres días por semana. A la chica, téngala alejada del parque. Que trabaje de granjera, si quiere. Pase usted bien.

ARMADO (*Aparte.*) ¿Se nota que me pongo colorado? ¡Señorita!

MARUJITA Señor.

ARMADO Iré a verte a tu casa.

MARUJITA No está lejos de aquí.

ARMADO Ya sé dónde se emplaza.

MARUJITA ¡Caray, lo sabe todo!

ARMADO Te contaré maravillas.

MARUJITA Dios, ¡sé que es listo!

ARMADO Te quiero.

MARUJITA No me diga.

ARMADO Y con esto me despido.

MARUJITA Vaya por la sombra.

CIRUELO Venga, Marujita, en marcha.

Salen MARUJITA y CIRUELO.

ARMADO (A BOTOTO.) Canalla, ayunarás por tus desmanes hasta que te perdone.

BOTOTO Muy bien, señor. Para entonces espero tener la panza llena.

ARMADO El castigo impuesto será bien gordo.

BOTOTO Mi gratitud pesará más que la de sus criados, que con lo poco que les paga están esqueléticos.

ARMADO Saca de aquí a este sinvergüenza. Haz que se calle.

PELUSA ¡Vamos, esquilmado, transgresor! ¡En marcha!

BOTOTO ¡Señor, no me reprima! Déjeme suelto para la abstinencia.

PELUSA Ni hablar. Eso sería ayuno libre. Tu dieta es la prisión, está resuelto.

BOTOTO Alguna vez, si vuelven los felices desdichados días, ya verán.

PELUSA ¿Qué verán?

BOTOTO No, nada, don Pelusa. Solo lo que es dable observar. No conviene a los presos callarse demasiado. Por eso, punto en boca. Por suerte tengo tan poca paciencia como los demás y eso me permite estarme quieto.

*Salen PELUSA
y BOTOTO.*

ARMADO Beso la tierra —la de más abajo— que pisan sus zapatos —un poco menos bajos—, envoltorio de suaves piecitos —menos abajo todavía, dentro de lo bajo—. Si doy rienda suelta a mi cariño, romperé mi voto, y a más de perjurio seré falso. ¿Y cómo puede el amor ser sincero si su origen es falso? El amor es un geniecillo familiar. El amor es también un demonio. No hay ángel más perverso que el amor. Tentó al mismo Sansón, a pesar de su fuerza. Tentó aun a Salomón, con toda su sapiencia. Las flechas de Cupido son más duras que el garrote de Hércules, mucho más que un estoque español. Ninguno de estos fines merece tanto lance. El amor no sigue las reglas del honor. No respeta la espada. Es una desgracia que lo crean infantil. Su gloria es que los hombres le obedezcan. Adiós la valentía. Que se oxide mi estoque. Y a ti, tambor, ¡silencio! Sí, el amo está enamorado. El amo ama. Ven, diosa extemporánea de la rima. Me parece que está naciendo en mí un poeta. ¡Que espabile mi ingenio! ¡Escribe, pluma! Saldrán de mí enteros volúmenes en folio.

Sale.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

*Entra la PRINCESA de Francia con MARÍA
(vestidas de blanco), CATALINA, ROSALINA (con bonete)
y tres señores, uno de ellos BOYET.*

BOYET Quiero pedirle, por lo que más quiera,
que despliegue lo mejor de su talento.
Recuerde que lo ordena el rey, su padre,
y con qué fin y a quién envía:
a usted, a la que tanto estiman todos,
y a tratar con el único heredero
de cuantas perfecciones se imaginan:
el sin igual Navarra. A negociar
la regia dote de Aquitania, mi señora.
Prodigue sus encantos más preciosos.
Muestre que la natura encarecida,
que con casi todos los mortales
es muy avara repartiendo dones,
hizo de usted su vasija más colmada.

PRINCESA Mi belleza, Boyet, sea cual fuere,
no necesita floripondios ni alabanzas.
Qué cosa es bella lo juzgan los ojos,
nunca lo vocea el mercader.
Me gusta poco escuchar sus elogios,
aunque a usted le guste mostrarse inteligente
y derrochar ingenio en agrandar el mío.
Y ahora quiero inquirir al consejero:
se extienden rumores por Navarra,
de que ha jurado el rey que, por tres años,
mientras ciertos estudios no se acaben,
impedirá que las mujeres
rompan su estricto enclaustramiento.
Por eso me parece indispensable,
antes de trasponer estas puertas prohibidas,
saber qué está tramando; y, de mi parte,
mandarle a usted que, usando su prudencia,
le comunique convincentemente

que la hija del rey de Francia quiere verlo,
en un encuentro próximo y a solas,
para tratar asuntos importantes.
Diga que mucho importa y que yo, humilde,
esperaré a que llegue su respuesta.

BOYET La misión me enorgullece. Voy de buena gana.

PRINCESA Todo orgullo es deseo. Y así el suyo.

Sale BOYET.

¿Quiénes son, queridos cortesanos,
los señores que apoyan al virtuoso rey?

CABALLERO Uno de ellos, señora, es Longueville.

PRINCESA ¿Lo conoces?

MARÍA Sí, señora, en la boda
de Périgord con la hermosa heredera
de Jacques de Falconbridge, que se celebró
en Normandía; allí lo tengo visto.
Hombre de muchas teclas, respetado,
con buenas armas y mejores letras.
No hay entuerto que no quiera enderezar.
Solo amaina el brillo de sus dotes
(si acaso la virtud puede opacarse)
un humor filoso y una cerviz tozuda,
aunados en hirientes ejercicios:
no perdona a nadie a quien consiga
tener agarrado entre sus manos.

PRINCESA ¿Quizá un chistoso a costa de los otros?

MARÍA Eso dicen los que mejor lo conocen.

PRINCESA Los ingenios vivaces se marchitan pronto.

¿Y quiénes son los otros caballeros?

CATALINA El joven Dumaine, un mozo de buena educación,
estimado por los que aman la virtud.
Hace daño de puro no saberlo.
Su chispa enciende pronto las cenizas
y saca pecho si le falla el ingenio.
Lo vi en casa del duque de Alençon.
Cuanto yo relate quedará corto

en relación con sus merecimientos.

ROSALINA Si no me equivoco, le acompañaba otro de estos fervientes del estudio: Birón, lo llaman, y es de muy buen natural. Mejor conversador no he conocido. Se lo ve jovial, siempre en su punto. Sus ojos pescan al vuelo la ocasión de demostrar sus dotes para la charla, con bromas y ocurrencias de orador que despliega con gracia infrecuente. Chistes tan oportunos y graciosos que los viejos se asilvestran por oírlos y a los jóvenes dejan extasiados, tan suave y fluido es su discurso.

PRINCESA ¡Benditas damas! ¿Tan enamoradas están que cada una enjaya a su preferido con el adorno de tales cumplidos?

CABALLERO Aquí viene Boyet.

Entra BOYET.

PRINCESA ¿Cómo les ha ido, señor?

BOYET El rey sabía que anda usted muy cerca y, junto con sus fieles conjurados, ya planeaba encontrarla, señora, antes de verme a mí. Algo he sabido: prefiere alojarla en campamento, como si de un asedio se tratase, con tal que no invada su despoblada casa. Aquí llega el rey de Navarra.

*Entran el REY, DUMAINE, BIRÓN y LONGUEVILLE.
Las damas se enmascaran.*

REY Bella princesa, bienvenida a Navarra.

PRINCESA Lo de bella me apresuro a devolverlo. Bienvenida no lo he sido todavía: visto desde la base en la que usted me aísla, el tejado del cielo es demasiado alto.

REY Insisto. Bienvenida a mi corte, señora.

PRINCESA Entonces, complacida. Lléveme hasta allí.

REY Perdón, mi señora. Yo he jurado...

PRINCESA ¡La virgen me ayude! ¿Ya quiebra su promesa?

REY En cuanto esté en mis manos, ¡ni por esas!

PRINCESA La anulará por voluntad propia. Ya verá.

REY Su Alteza no sabe en qué consiste.

PRINCESA Si usted lo ignorase, se lo digo,
sería un hombre muy prudente.
Mas todo su saber, con serlo,
se le vuelve ignorancia. Se comenta
que ha jurado vivir entre las nubes.
Sería falta guardar un voto tan triste
y pecado mortal sería quebrantarlo.
Usted dispense si soy muy atrevida,
o si pretendo enseñarle a un maestro
con alguna jactancia. Concédame, tan solo,
explicar la intención de mi visita
y resuelva de una vez, Señoría,
lo que esta carta solicita.

Le alcanza el pliego.

REY Si está en mi mano, lo haré inmediatamente.

PRINCESA Dios quiera que me pueda retirar pronto,
sin que usted rompa su voto forzándome a quedarme.

El REY lee la carta.

BIRÓN (A ROSALINA.) ¿No bailamos una vez en casa de Brabante?

ROSALINA ¿No bailamos una vez en casa de Brabante?

BIRÓN Estoy seguro.

ROSALINA ¡Qué innecesario entonces preguntarlo!

BIRÓN Serénese, por favor.

ROSALINA La culpa es suya, que me está espoleando.

BIRÓN Su brioso talento corre tan deprisa
que terminará agotado.

ROSALINA No antes de tirar al jinete al barro.

BIRÓN ¿Y qué hora es?

ROSALINA Hora de preguntar una sandez.

BIRÓN Por suerte su máscara la vela.

ROSALINA Cubre mi cara como un guante.

BIRÓN Y le asegura mil amantes.

ROSALINA No será usted el elegido.

BIRÓN En ese caso me retiro.

REY (*A la PRINCESA.*) Aquí, señora, su padre especifica

un pago de cien mil coronas,
que no llegan a cubrir
ni la mitad de lo que desembolsa el mío
cuando hace la guerra contra el suyo.
Digamos que él o yo (que no ha pasado)
tengamos esa suma: quedarían
otras cien mil impagas
en prenda —¡y muy cara!— de Aquitania,
que nos fue hipotecada
por un precio enorme que no vale.
Si el rey, su padre, consintiera
reembolsar la mitad de lo que adeuda
nosotros renunciaríamos, creo, de inmediato
a lo que aún nos queda de Aquitania
y seguiríamos tan amigos.
Pero pienso que no es eso lo que intenta.
Más bien, en lugar de abonarlas,
exige el pago de cien mil coronas,
para poner al día su derecho
sobre una Aquitania que, a nosotros,
tras la restitución de lo prestado,
nos gustaría mucho devolver,
con tal de no regir en tierra tan gastada.
Si su requerimiento, estimada princesa,
no tuviera escaso fundamento,
su belleza me impondría llegar a algún acuerdo
y, contrariando nuestros intereses,
usted se volvería a Francia satisfecha.

PRINCESA Hace gran daño a mi padre.

Negando tener lo que ya recibió
y le fue harto bien pagado,
está injuriando su nombre.

REY Le garantizo que lo ignoro todo.

Pruebe usted lo contrario y le devuelvo
su Aquitania. ¡Se la pago!

PRINCESA Le tomo la palabra. A ver, Boyet,
puede mostrarle al rey los comprobantes
de esos pagos, firmados por agentes
debidamente autorizados por su padre,
el propio rey don Carlos.

REY Eso es lo que hace falta.

BOYET (*Al REY.*) Permítame, Su Gracia: esas pruebas
todavía no llegaron. Mañana,
sin falta, tendrá el pliego en sus manos.

REY (*A la PRINCESA.*)

Con eso será suficiente; y cuando hablemos
me atenderé a motivos razonables.
Ahora acepte la cordial bienvenida
que, sin mengua del mío,
ofrezco a su más honroso mérito.
Es cierto que no cruza usted mis puertas,
pero dese por muy bien recibida,
como si se alojara en mi corazón.
Aunque le niegue mi cobijo,
sírvasse perdonarme. Y hasta pronto.
La veré de nuevo mañana.

PRINCESA Que goce de salud y buena vida.

Y que se cumplan todos sus deseos.

Salen el REY, LONGUEVILLE y DUMAINE.

BIRÓN (*A ROSALINA.*) Mi corazón desea saludarla.

ROSALINA Dele recuerdos de mi parte. Me gustaría verlo.

BIRÓN Ojalá escuchara cómo gime.

ROSALINA ¿El locuelo se deprime?

BIRÓN Está descorazonado.

ROSALINA Y a mí, ¿qué? Déjelo que sangre.

BIRÓN No se le ocurra tan oscuro trance.

ROSALINA Los médicos recomiendan reposo.

BIRÓN ¿Lo recogerá usted con sus ojos?

ROSALINA Ni hablar. Lo cortaré con mi navaja.

BIRÓN Larga vida deseo a Su Gracia.

ROSALINA Que Dios lo guarde a usted mucho tiempo.

BIRÓN Se lo agradecería, pero a mi tiempo me debo.

Se retira.
Entra DUMAINE.

DUMAINE (A BOYET.) Dígame, le ruego. ¿Quién es aquella dama?

BOYET Es la heredera de Alençon. Se llama Catalina.

DUMAINE Bella dama, señor. Buenos días.

Sale.
Entra LONGUEVILLE.

LONGUEVILLE (A BOYET.) ¿Quién es esa dama que tan blanco reluce?

BOYET Una mujer brillante, como bien deduce.

LONGUEVILLE Una luz suave por ella juguetea.

¿Me dará el nombre de la bella?

BOYET No diré un nombre que usted tanto desea.

¿No es mejor que desconozca cómo llaman
a la que su deseo tanto inflama?

LONGUEVILLE ¿De quién es hija? Por favor.

BOYET De su madre, a su antojo.

LONGUEVILLE Dios le bendiga a usted las barbas
y se las ponga en remojo.

BOYET No se ofenda. Si lo quiere oír,
es la heredera de Falconbridge.

LONGUEVILLE Ya se me ha ido el enojo.

¡Qué bella es a mis ojos!

BOYET De buen ver, señor mío. Tal vez.

*Sale LONGUEVILLE.
Entra BIRÓN.*

BIRÓN ¿Cómo llaman a la del sombrero?

BOYET Se llama Rosalina, o eso creo.

BIRÓN ¿Está casada o no?

BOYET Cazada a su deseo, digo yo.

BIRÓN A su servicio, señor. Adiós.

BOYET Sírvase ir con Dios.

*Sale BIRÓN.
Las señoras se quitan las máscaras.*

MARÍA Este era Birón, alegre cabeza loca.

No dice palabra que no sea broma.

BOYET Y a guasa toda palabra toma.

PRINCESA Bien pensado, de su parte,
tomarlo al pie de la letra.

BOYET Yo quería trezarme cuerpo a cuerpo.
Él buscaba abordarme.

ROSALINA Dos carabelas echan humo.

BOYET Dos carabaos requintando.
Ni barco al avío, ni bovino manso,
lo que quiero es probar el prado de tus labios.

ROSALINA ¿Conque nave usted y yo, pastora?

BOYET Quiero beber tu césped umbrío.

Intenta besarla.

ROSALINA Mi verde está vedado, suave animal.
Mis labios son plebeyos, mas no cosa vulgar.
Y eso que llevo abiertos por demás.

BOYET ¿Y el sueño, quién es?

ROSALINA El destino y esta servidora.

PRINCESA El carácter achispado aviva las disputas,

mientras que el más tranquilo se anima a concordar.
Esta civilizada guerra del ingenio
mejor dirigirla contra el rey de Navarra
y contra sus letrados. Aquí, no viene a cuento.

BOYET Si mis observaciones, rara vez desacertadas
consistentes en hacer fondo de ojo
con el vano parloteo, no fallan ahora,
o mucho me engaño o el rey está tocado.

PRINCESA ¿Tocado, el rey?

BOYET De eso que los amantes llaman pasiones.

PRINCESA A ver. Explique sus razones.

BOYET El rey refugia entero su obrar
en el cortejo de su mirada,
ardiente de deseo. Su corazón
es un ágata y, en ella, usted
está grabada con el mismo brío
que al mirarla le destella en la mirada.
Su boca no muestra las intenciones
que su expresión subida
deja perfectamente establecidas.
Su vista da sentido a los demás sentidos,
cuando contempla en usted
la belleza divina. Sensaciones varias
se arremolinan en sus ojos;
y los de usted a su juicio joyas,
que, si las viera fuera del cofre de cristal
que las guarda, compraría sin tardar.
El rostro de Navarra es como un libro,
en cuyo margen hay escritos
grandes portentos acerca de usted.
Aquí todos han visto su mirada fulgurante
que dice: «Aquitania y lo demás,
todo será tuyo por un beso de amante».

PRINCESA Vamos a nuestros pabellones.

Boyet está dispuesto...

BOYET ... a contarle, señora,
lo que los ojos del rey han develado.
Con esta lengua que no sabe mentir,

solo pongo voz a lo que ellos revelan.

MARÍA Hablas hábilmente, como buen alcahuete.

CATALINA Recibe las noticias de su nieto Cupido.

ROSALINA Más se parece a Venus; y a su padre, ¿quién sabe?

BOYET ¿Me están escuchando, locuelas?

MARÍA No.

BOYET Entonces ¿qué miran?

MARÍA Mirábamos el modo de darle el esquinazo.

BOYET Son muy crueles conmigo.

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

Entran ARMADO y PELUSA.

ARMADO Canturrea, colibrí. Apasióname el oído.

PELUSA (*Canta.*) «¿Dónde estás ahora, caballo de palo...?»

ARMADO ¡Dulce melodía! Ve, joven tierno; toma esta llave y suelta a aquel bodoque que tú sabes. Y tráelo aquí inmediatamente, que debo enjaezarlo de una carta a mi amada.

PELUSA ¿Quiere, maestro, conquistarla armándole bochinche?

ARMADO ¿No querrás que le baile un boche?

PELUSA Mi acabado maestro, ¡para nada! Solo batuquear de pies y de pestañas, canturrearle a la baturra, susurrarle sonos, sonarle baturrillos. A veces animarle la garganta, haciéndole tragar el amor que le canta. Otras veces haciéndola olfatear ese amor suyo que ya huele. Baje el sombrero, como una cortina sobre la vidriera de sus ojos. Cruce los brazos por delante, como un conejo en la parrilla. Meta las manos en los bolsillos, como esos mozos de los cuadros de antes. No se detenga mucho con la letra, cambie de ritmo a cada rato. Son maneras acabadas de arrimarse a las potrancas, que sin esto también se seducen solas, y de hacer que un hombre digno de ese nombre seduzca sin dejar dudas.

ARMADO ¿De dónde sacas tanto saber, chauchero?

PELUSA De mirar un ochavo.

ARMADO Canta, colibrí, de nuevo...

PELUSA (*Canta.*) «¿Dónde está tu amada, caballo de palo...?»

ARMADO ¿Llamas a mi amada jinetera?

PELUSA Un amador de verdad es más bien un padrillo, y usted quizá solo sea un matungo. Pero ¿ya se me distrajo de nuevo?

ARMADO Me temo que así ha sido.

PELUSA Alumno negligente. Tiene que aprenderla de memoria.

ARMADO De memoria y corazón, niño.

PELUSA Y también descorazonadamente. Y yo te probaré las tres.

ARMADO ¿Qué probarás?

PELUSA Que algún día seré un hombre, si sigo vivo. Y otras tres, que son las siguientes: usted la quiere a ella de corazón, pues de otro modo no sabrá alcanzarla. Tiene el corazón en un puño, cuanto más el amor por ella lo dilata. Tiene el corazón partido porque, sin recibir el de ella, ya lleva el propio bien sangrado.

ARMADO Apruebo en los tres casos.

PELUSA Y en muchos otros más. (*Aparte.*) Y en ninguno. Es un caso serio.

ARMADO Anda a buscar a ese botijo. Tiene que llevarme una misiva.

PELUSA (*Aparte.*) Qué simpatía. Un caballo con chanclos irá de embajador de un burro.

ARMADO ¿Qué murmuras?

PELUSA Tiene gracia, señor. El caballo debiera bajarse del burro y servirle de flete para llegar más rápido. Pero ya voy.

ARMADO El camino es corto. ¡Largo ya!

PELUSA Rápido como el plomo, señor.

ARMADO Tan rápido que no lo pilló, Pelusa. ¿No es el plomo un metal pesado, macizo y sobre todo lento?

PELUSA Ni modo, mi señor honrado. O más bien amo a secas: no.

ARMADO Digo que el plomo es lento.

PELUSA Ligero el señor que así me habla.

¿Es lento el plomo que dispara un trabuco?

ARMADO ¡Y como el humo las palabras!

Dice que soy un trabuco; y él ha de ser la bala.

Sal disparado, granuja.

PELUSA Entonces: ¡bum! Y me evaporo.

Sale.

ARMADO

Un agudísimo rapaz, dotado de ingenio y mucho desparpajo.

Sírvete excusarme, bóveda celeste, que te suspire en plena cara.

Se me va el ánimo y en su lugar se instala una melancolía insoportable...

*Vuelve a entrar PELUSA, el criado,
esta vez con BOTOTO.*

... Parece que mi heraldo está de vuelta.

PELUSA Mi amo, ¡eureka! Le traigo un cántaro que se rompió de tanto ir a la fuente.

ARMADO De nuevo los enigmas. De nuevo los acertijos. Revela tu estribillo. Salve.

BOTOTO No tengo enigma. ¡Cristo!, no tengo clavos. Ni estribo ni caballo. En conclusión, nada me salva. Salvo el llantén, mi llanto de llantén. Ni estribillo, ni estribo. Ni un enigma ni un enema salvaje, salvo que mi llantén se abaje.

ARMADO ¡Que me salven los clavos escritos! Me mereces risa; tu memez me emociona. La agitación o prurito de mis pulmones me hace esbozar una sonrisa absurda. ¡Perdóñenme, estrellas mías! Este imbécil, de enigmas hace enemas y de endibias, enaguas o paraguas.

PELUSA ¿Y hay quien piense diferente? ¿Acaso se distinguen el estribo de la canción y el estribillo del caballo?

ARMADO No sirve, siervo. Aquí estamos hablando del cierre de una canción ecuestre, de la oclusión de un discurso bien montado, cuyo oscuro sentido antes habías abierto. Y te pondré un ejemplo:

El zorro, la mona y el gato montés,
formaban impares, pues solo eran tres.
Esta es la moraleja. Y ahora, el cierre.

PELUSA Yo cerraré el trato. Repita por favor la moraleja.

ARMADO El zorro, la mona y el gato montés
formaban impares, pues solo eran tres.

PELUSA Hasta que a la puerta fue a parar un pato
y los desaparejos ahora van de a cuatro.
Bien, ahora yo empiezo el estribillo y usted me sigue
dando el cierre:

El zorro, la mona y el gato montés
formaban impares, pues solo eran tres.

ARMADO Hasta que a la puerta fue a parar un pato
y los desaparejos ahora van de a cuatro.

PELUSA Bien rematado. Nos hemos quedado patos.

BOTOTO

Pato se queda el criado si no lo compra gordo en el mercado.

Aquí el negocio vale lo que pesa y pesa lo que vale.
Pagar el pato que quedó de clavo es más difícil
que pasar una pelota de seis asas por el aro.
Fíjese bien: un buen final en jarras nunca queda hecho un pato.

ARMADO A ver, a ver: ¿cómo empezó este barullo?

PELUSA Le canté un cántaro rajado y usted me pidió el estribillo.

BOTOTO Es cierto. Y yo me rajé de llanto por un simple Mantén. Y luego, usted llegó estribando. Después, el chico se puso patoso con el estribillo. Todo liquidado.

ARMADO Díganme ahora: ¿cómo un botijo que no veo trizado dice que se liquida?

PELUSA Se lo diré de forma que hasta usted lo entienda.

BOTOTO Siento, Pelusa, la contienda, pero es que esto me atañe. Lo siento más que nadie. Tanto va el botijo a la fuente, que al fin se raja. Tanto a la cárcel va Bototo, que al fin se quiebra en llanto.

ARMADO Pues no hablemos más del tema, ni del enfisema.

BOTOTO Tanto más que en esta jarra ya no queda aire ni agua.

ARMADO Muy poco airoso. Quiero liberarte. Darte puerta franca.

BOTOTO ¡No! ¿Endilgarme una moza de Francia? Esto me huele a estribillos con casados de pato.

ARMADO Mi Dios bendito. Decir puerta franca significa que quiero emanciparte. Estabas macerado, moldeado, encorsetado, pegado a un asa, metido en un estante.

BOTOTO Como un botijo preso, de verdad. Y, a lo que veo, será el enigma quien purgue mi pegna.

ARMADO Dejo libre al canario para que pite como un pájaro. Y a cambio te impongo una sola condición (*le da una carta*): que lleves este significante sobre a Marujita, una chica de otros pagos. Y esta es tu remuneración. (*Le da una moneda*.) Porque el pago a mi honor es apagar la sed de mis sirvientes. Ahora, vamos, apa.

Sale.

PELUSA Pegado a usted como una lapa. Ñor Bototo, *adieu*.

Sale.

BOTOTO ¡Apenitas de carne, joya tan delicada! Veamos ahora su remuneración.

¿Re-mu-ne-ra-ción? Este saca el latín para decir tres centavos. Tres centavos una remuneración. «¿Qué vale este percal?» ¡Ni un dedal! «Ya le daré su remuneración.» Y dale con lo mismo: remuneración. Como nombre, sin embargo mucho más apropiado que purgación. No compraré ni venderé nada sin usar esta palabra.

Entra BIRÓN.

BIRÓN ¡Qué suerte que te veo, querido sota de caballos!

BOTOTO Dígame, por favor, ¿cuántas cintas encarnadas puede uno comprar con una remuneración?

BIRÓN ¿A qué llamas una remuneración?

BOTOTO Caray, señor, unos tres centavos.

BIRÓN Entonces compra tres centavos de seda para cintas.

BOTOTO Gracias, mi venerado. Adiós.

BIRÓN Espera, cabezudo, que te daré un encargo.

Si quieres agradarme, criadito,
hazme una cosa que te pediré.

BOTOTO ¿Cuándo quiere que lo haga, señor?

BIRÓN Esta misma tarde.

BOTOTO Cuento conmigo, entonces. Me despido.

BIRÓN Pero si no sabes de qué trata.

BOTOTO Ya lo sabré cuando lo haga.

BIRÓN Cabezón, lo tienes que saber antes de hacerlo.

BOTOTO Se lo preguntaré mañana por la mañana.

BIRÓN Tendrás que hacerlo esta misma tarde.

Escucha, burro, se trata de una cosa:
la princesa vendrá a cazar aquí en el parque
y en su cortejo, cierta bella señora.
Cuando las lenguas hablan con dulzura
y pronuncian su nombre,
la llaman Rosalina. Da con ella y deslízale
este sobre lacrado en su mano de nieve.
Recibe aquí mi recompensa.

Le da la carta y el dinero.

Y ahora te dispenso.

BOTOTO ¡Recompensa agradable! Mejor que una remuneración. Siete más que remuneración. Diez centavitos de recompensa. Y para hacerle a ambas su justicia: ¡bienvenida recumpenación!

Sale.

BIRÓN Mira por dónde, estoy enamorado.

Yo, que había sido azote de pasiones,
verdugo de los que suspiran,
censor austero, gran espía nocturno,
maestro y arrogante represor
del mismísimo Cupido, ese niño
vendado e invidente, llorón y porfiado,
grotesco enano, rector de versos amorosos,
señorito de brazos cruzados,
rey ungido de suspiros y sollozos,
sire de ociosos desasosegados,
generalísimo de inquisidores,
temible príncipe de orlas y mandorlas,
y sagrado emperador del nabo.
¡Pobre corazoncito mío! De Cupido
me he vuelto un ayuda-de-campo;
ahora empuño su estandarte
y soy el saltimbanqui del desfile.
Hago la corte como un loco; busco esposa.
Pero esta saldrá como reloj de autómatas:
necesitará continua compostura,
se le dará por sonar fuera de hora
y a relojear al propio relojero.
Tras perjurar, vendrá lo peor de todo:
de las tres me quedaré con la tremenda.
Blanca y lasciva, piel de terciopelo
y en vez de ojos dos estallidos negros.
Después de habérmela pulido, seré,
como Argos, su guardián y su eunuco.
Y ahora suspiro mientras la merodeo,
rezo por esa que será mi tormento
impuesto por Cupido, buen castigo
por despreciar el gran poder de un niño.
¡Amaré, escribiré, daré suspiros, rogaré,
haré la corte y lanzaré clamores!

Mientras algunos se pierden por las hembras,
otros las prefieren amazonas.

Sale.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran la PRINCESA y un GUARDABOSQUE. También ROSALINA, MARÍA, CATALINA y varios caballeros, entre los cuales BOYET.

PRINCESA ¿Era el rey que espoleaba duro a su caballo
contra la cuesta escarpada de aquel cerro?

BOYET Quién sabe. Tal vez fuera.

PRINCESA Quien haya sido, mostraba sin jactancia
su amplitud de horizontes. Hoy sabremos qué opina;
y el sábado de vuelta para Francia.
Guardabosque, amigo mío, ¿cuál es el matorral
donde emboscarnos para jugar al asesino?

GUARDABOSQUE Allá, en la linde de aquel bosque.
Será un tiro lleno de hermosura.

PRINCESA Por la belleza, gracias. La hermosa caza
de una bella señora que dispara...

GUARDABOSQUE Señora, ¡no quise decir eso!

PRINCESA ¿Me elogia y luego se desdice?
¡Dura poco la gloria! ¡Qué injusticia!
O sea que ni hermosa...

GUARDABOSQUE Señora, ¡muy hermosa!

PRINCESA No venga con halagos.
Cuando falta belleza, le sobran afeites a la cara.
Y tú, mi espejo, ten esto por ser franco.

Le da dinero.

Bello pago por un feo cumplido.
Es más que suficiente.

GUARDABOSQUE Hermoso es todo lo que procede de usted.

PRINCESA Que a mi belleza la absuelvan sus merecimientos,
no solo la moda, hereje de un instante.
Las buenas manos siempre ganan elogios, por más feas
que sean. Dame el arco. Hay clemencias que matan

y hay quienes creen malos ciertos tiros muy buenos.
Que me juzgue mi caza. Si no acierto el disparo,
pensarán que soy misericordiosa.
Si mato, probaré que prefiero
mostrarme, más que cruel, acertada.
La vanagloria, ¡quién lo duda!, propicia
faltas detestables, cuando, solo
para aplacar un corazón soberbio,
empuja a lo contrario
de lo que la naturaleza manda.
Derramaré, para saciar mi sed de fama,
la sangre de ese ciervo que no odio.

BOYET ¿Verdad que, por sentirse soberanas,
dueñas de sus propios sentimientos,
ciertas mujeres de genio poderoso
se rodean de hombres rendidos a sus plantas?

PRINCESA Solo cuenta el elogio recibido y mucha honra tenga
toda dama que subyugue a un varón.

Entra BOTOTO, payasesco.

BOYET Aquí viene el más común de los mortales.

BOTOTO ¡Buenas tardes los dé Dios! Por favor,
¿cuál es la dama que viene a la cabeza?

PRINCESA Lo sabrás por ti mismo, cabezota,
si miras de no perder la tuya.

BOTOTO ¿Cuál es la dama más grande y elevada?

PRINCESA La más gruesa y más alta.

BOTOTO La más gruesa y más alta. Bien. Las cosas como son.

Si fuera su cintura más flaca que mi ingenio,
el talle de alguna de estas chicas sería como el suyo.
¿No es usted, sin embargo, la jefa? Al menos se la ve más gruesa.

PRINCESA ¿Qué se te ofrece, hombre? ¿Qué se te ofrece?

BOTOTO Traigo una carta del señor Birón, para una tal Rosalina.

PRINCESA ¡Humm! Una carta, una carta... (*Toma la carta.*) Es un buen amigo mío.
Espera aquí al costado, recadero.
Boyet, usted, tan afilado, tríncheme, por favor, esta chuleta.

BOYET Lo que usted mande. Pero la esquila lleva
una dirección equivocada. De aquí, no es para nadie.
Va dirigida a «Marujita».

PRINCESA Igual vamos a leerla. Sáquele grasa a la chuleta.
Y presten todos oídos.

BOYET (*Leyendo.*) «Voto a los astros celestiales. Que eres radiosa, nadie lo duda. Ni que eres portentosa. Y hasta más amable que el amor. O más galana que la propia galaxia. Y tú, que superas en verdad a la misma veracidad, conmisera a tan heroico feudatario. Hasta el magnánimo e ilustrísimo rey Copetudo se dignó posar sus ojos en la penosa e indubitable mendiga Celofana. Y él fue quien con más razón pudo exclamar: “¡Veni, vidi, vici!”, lo cual, anatomilitado en romance —bajo y sombrío como todo romance— “videlicet” viene a decir: “Vino, miró y venció”. Primero: llegó. Después: entendió. Y tercero: ganó. ¿Quién vino? El rey. ¿Para qué vino? Para poder mirar. ¿Y para qué miró? Para dominar. ¿Y adónde vino? A donde estaba la mendiga. ¿Qué vio? La vio a ella. ¿Y a quién dominó? A la mendiga. En suma: victoria total. ¿En beneficio de quién? Del rey, no. Más bien de dos que se hacen uno, o de uno que son ambos. Yo soy el rey, tal como reclama esta comparación. Y tú la pordiosera, como lo prueba tu condición humilde. ¿Gobernaré tu amor? Podría. ¿Te obligaré a quererme? Tal vez. ¿Imploraré tu cariño? No lo dudes. ¿Con qué reemplazarás tus pobres trapos? Con vestidos. ¿Y a tu ser, escrito en puntos suspensivos? Subiendo notas en mi escala. ¿Y a ti misma? Por mí. Mientras espero tu respuesta, beso la suela de tus zapatos, solazo mis ojos con la vista imaginaria de tu rostro, explayo mi corazón en cada parte de tu ser.

Soy tuyo, con la promesa de un acoso esforzado.

Don Adriano de Armado.»

Escucha corderita presa

los voraces rugidos del león de Nemea.

Tírate a sus pies y lograrás que sus garras,
antes furiosas, se pongan a jugar.

Si en cambio te resistes, pobrecita, te hará
comida de su rabia: pasto, pienso, papilla.

PRINCESA ¿Qué pluma de ganso escribió esta gansada?

¿Qué veleta? ¿Qué aspa de molino?

¿Se oyera alguna vez tamaña sarta?

BOYET Si mucho no me confundo, tanto estilo me suena.

PRINCESA Si lo que insinúa es cierto, no sea usted esquivo.

BOYET Armado es un hispano que campa aquí en la corte,
un fantasmón mitómano. Entretiene
al rey y a sus aplicados nobles.

PRINCESA (A BOTOTO.) Una cosa, botijo: ¿quién te pasó esta carta?

BOTOTO Ya le dije: mi amo.

PRINCESA ¿A quién tenías que entregarla?

BOTOTO De mi amo a mi dama.

PRINCESA ¿De cuál amo a cuál dama presente?

BOTOTO De Birón, mi señor excelente,
a una dama francesa que llaman Rosalina.

PRINCESA Trajiste una carta equivocada.
Señores, pongámonos en marcha.

(A ROSALINA.)

Este es un anticipo. Ya te disparará personalmente.

*Salen todos menos BOYET, ROSALINA,
MARÍA y BOTOTO.*

BOYET Aquí, ¿quién caza a quién? ¿Quién a quién caza?

ROSALINA ¿Tendré que decirlo yo?

BOYET Ay, mi arcón de belleza.

ROSALINA Eso dígaselo a quien empuña el arco.
¡He dado de lleno en el blanco!

BOYET La princesa va en busca de animales cornudos.
Pero si usted se casa este año, ¡que me cuelguen
si no proliferan las cornamentas!
¡Ahora la empalé!

ROSALINA Entonces este es mi turno.

BOYET ¿Y quién será esta vez vuestro ciervo o amante?

ROSALINA A juzgar por los cuernos que le veo, a usted le cae lejos.
¡Creo que le di en el centro!

MARÍA Usted sigue batiéndose con ella.
Y ella, a usted, lo sigue dejando ensartado.

BOYET Me parece que le he dado un golpe bajo.

¿Será verdad que le he acertado?

ROSALINA Esto me recuerda un dicho que decía:

«Cuando Pepino, rey de Francia, todavía era un chavo,
yo sabía muy bien cómo aflojar un clavo».

BOYET Y yo me acuerdo de aquel otro, muy famoso:

«Cuando Ginebra de Inglaterra todavía berreaba,
la flecha en pleno blanco yo ya le clavaba».

ROSALINA (*Cantando.*) Se mira y no se toca.

Se mira y no se toca, buen señor.

BOYET (*Cantando.*) La miro y no la toco, mas tal vez
otro que no miraba la tocó.

Sale ROSALINA.

BOTOTO ¡Por Dios, es increíble! Los dos se la han pegado.

MARÍA Una presa bien agarrada, de lado y lado.

BOYET Gruesa la presa, bien cogida la fresa. Presa la fresa, como dice la señora
princesa. Si se ofrece la fresa, verá cómo me la como a esa.

MARÍA Con tanto juego de mano ya no sabe apuntar bien.

BOTOTO Si no acerca la mano lo bastante, sus dedos no tocarán el blanco.

BOYET Ya que me faltan dedos para el teclado, espero no encontrarla con la mano
en la masa.

BOTOTO Cuando le dan de pleno, se raja de parte a parte.

MARÍA Me encañonan con palabras de calibre muy grueso.
La boca les chorrea grasa.

BOTOTO Está muy cachuda para jugar con arco y flechas. Pruébela a los bolos.

BOYET Temo que me deje boleado. Buenas noches, cara chata.

Salen BOYET y MARÍA.

BOTOTO ¡Tamaño imbécil! ¿No eres tú quien hace el mico?

Entre las damas y yo lo vapuleamos fiero.

Bromas certeras, propias del ingenio popular,

tan basto, tan sincero y ocurrente

cuando expresa cualquier obscenidad.

No te inquietes, Armado, tú estás del otro lado.

Mírenlo andar delante de una dama, llevarle el abanico.

Mírenlo jurarle amor eterno o besarle la mano.
¡No digamos su criado! Un capullo, un dechado.

Se oyen ruidos dentro.

¿Qué cuerno está pasando? ¡Patética noche! Me largo.

Sale.

ESCENA II

*Entran el cabo CIRUELO, el pedante HOLOFERNES
y el capellán NATANIEL.*

NATANIEL Fue una caza reverenda, en verdad os digo, testimonio de una buena conciencia.

HOLOFERNES El ciervo, como sabe, estaba nadando en sangre, *sanguis*, maduro como pera de agua que cuelga, como joya, de la oreja del *coelo*, esfera, firmamento o cielo y que enseguida cae, como un capullo de larva, sobre el rostro de la *terra*, tierra, superficie o suelo.

NATANIEL En verdad os digo, maestro Holofernes, que no podría usted colocar los epítetos de forma más suavemente variada, como corresponde a un estudioso. Pero, le aseguro, señor, os aseguro que este era un gamo de primera leche.

HOLOFERNES Don Nataniel, *non credo*.

CIRUELO No creo que era un noncredo. Tancredo fuera un ciervo, leche.

HOLOFERNES ¡Extemporánea consideración! Aunque veo una a modo de insinuación, *in via* o en camino de volverse una explicación, para *facere*, por así decirlo, una contestación, o acaso para *ostentare* o mostrar, dicho de algún modo, su inclinación o talante —aunque de manera escarpada, incivilizada, descomedida, poco cultivada, maleducada o bien iletrada o, incluso mejor, rebuznada—, en el hecho mismo de confundir mi *non credo* con un gamito de leche.

CIRUELO Ya le dije que el siervo me pareció un tancredo y no un noncredo.

HOLOFERNES Refrito de pavadas, ¡un besugo *bis coctus*! Ignorancia monstruosa, ¡cómo pierdes las formas!

NATANIEL Este hombre nunca probó los manjares que se cuecen en los libros. Nunca probó el papel, por decir algo, nunca tomó tinta. Su entendimiento no está muy bien provisto. No es más que un animal, solo sensible a lo

grosero. Estas plantas estériles nos las ponen delante para que nosotros, hombres de gusto y entendimiento, demos gracias por fructificar más que este señor. Porque así como a mí me caería mal pasar por idiota, indiscreto o imbécil, de igual manera este roto no avanzaría ni un milímetro aunque fuera a la escuela. Pero, *omne bene*, digo yo, siguiendo a los padres de la iglesia: «Hay quien aguanta bien la lluvia, pero se lo lleva el viento».

CIRUELO Ustedes que son tan librerios, a ver si me dicen, con todo lo que saben: ¿quién tenía un mes cuando nació Caín y ahora ni siquiera llega a las cinco semanas?

HOLOFERNES ¡Díctina, buen ciruelo! ¿Quién otra que Díctina o Diana?

CIRUELO ¿Esa víctima, cómo se llama?

NATANIEL Es el nombre de Febe, hija de Urano, es decir la luna.

HOLOFERNES La luna tenía un mes y Adán no tenía más. No llegaba a las cinco semanas, cuando Adán ya cumplía un montón. Aunque los nombres cambien, la alusión se mantiene.

CIRUELO Aunque los hombres rabien, la ilusión se sostiene.

HOLOFERNES Que Dios se apiade de tus entendederas. Digo que la alusión se mantiene aunque los nombres cambien.

CIRUELO Lo dicho: la polución se amontona, aunque cambien los escombros. La luna nunca tiene más de un mes. Y agregó que fue un gamo y no un ciervo lo que cazó la señora princesa.

HOLOFERNES Don Nataniel, ¿acaso estamos escuchando un epitafio extemporáneo con motivo de la muerte de un ciervo? Para halagar el humor de este ignorante, al ciervo que domó la señora lo llamaré primerizo.

NATANIEL Y venga con las peras, Holofernes. Servíos de no incurrir en groserías.

HOLOFERNES Más bien permitidme jugar un poco con palabras, para que se entienda fácil:

La asesina serial principesca gamitó un ciervito en la loma. Unos llámanle corzo al herido, mas no es un corso ni en broma. Ladran perros con una gran eLe; eL ciervo baLita con eLe de Liebre, y da un gran saLto en La espesura. Las bocas son eLes LabiaLes de gentes que aúLLan con eLe, eLe de Labios, de Liebres, de amos que en eL gamonaL se aLimentan sin dientes, hasta LLegar aL de cincuenta ciervos sin cuenta ninguna. Y si dos eLes, Lo siento, son cien en La sien que se siente deL único ciervo presente o ausente.

NATANIEL ¡Agarra! ¡Qué talento!

CIRUELO Si un talento es una garra, mejor no acercarse al gorrón.

HOLOFERNES Dones que uno tiene, algo sencillo. Una mente loca, extravagante, llena de formas y figuras, de símiles, de ideas y de objetos, de aprehensiones, mociones y revoluciones. Todo brotando del ventrículo de la memoria, nutrido en el seno de la *pia mater* y sazonado para cada ocasión. Es un buen arma para quienes la tienen afilada, cosa que agradezco.

NATANIEL Me congratulo por su causa, Excelencia, y otro tanto pueden hacer mis feligreses. Los hijos de ellos bien prosperan gracias al cuidado que les prodigáis, mientras que, bajo el peso del flujo penetrante de vuestro valimiento, las hijas van engrosando que es un contento. Sois un buen miembro de la comunidad.

HOLOFERNES ¡Voto a Hércules! Si sus hijos son inteligentes, no les hará falta instrucción. Y si a sus hijas las noto bien dispuestas, mi semilla las hará germinar. Pero, *vir sapit qui panca loquitur*. Por cierto, parece que una entraña femenina nos saluda.

Entran MARUJITA y BOTOTO.

MARUJITA Dios le dé buenos días al padre en persona.

HOLOFERNES ¡Muy penetrante! Pero, o lo uno o lo otro. Si persona penetra, hay un padre que queda *per fora*. ¿Cuál de los dos entra en el asunto?

BOTOTO Venga, Su Maestría; el maestro de escuela parece el más apto para hacer de barrica.

HOLOFERNES ¿Quién le pone canilla a la cuba? Sí que es una buena ocurrencia. ¿Quién le pone césped a la tierra? ¿Quién le saca fuego a un pedernal? ¿Quién encuentra una perla en un chiquero? Son preguntas muy serias.

MARUJITA Sea bueno, persona del padre, tan bueno que me lea esta carta. Me la pasó Bototo, y parece que la manda don Armado. Léala, por favor.

Le da la carta a NATANIEL, para que la lea.

HOLOFERNES (*Aparte.*) *Facile precor gelida quando pecas omnia sub umbra ruinant*, y lo que sigue. Ah, viejo poeta de Mantua, de ti puedo decir lo que el viajero de Venecia:

«*Venezia, Venezia Chi non te vede, non ti prezia*».

¡Ah, viejo mantuano! Quien no te entiende no puede amarte.

(*Tararea.*) Do, re, mi fa, sol, la... (A NATANIEL.) Si me permite, ¿qué contiene? O viceversa, como dice Horacio... Alma mía, ¿son versos?

NATANIEL Sí, señor, y muy doctos.

HOLOFERNES Recitadme una estrofa, unas líneas, una tirada, unos versos. *Lege, domine.*

NATANIEL (*Leyendo.*)

«Nunca obliga un juramento, si no se hace a la belleza.
Si amar me vuelve perjuro, ¿qué amores podré jurar?
Si soy leal a mí mismo, lo seré a tu gentileza.
Pensamientos que eran robles, son juncos que ondularán.
¡Fuera, estudios prejuiciosos! Por el libro de tus ojos,
cuyo texto me seduce sin que lo pueda entender,
sin desear más otra ciencia, hallaré siempre mi antojo
en los labios educados que modulan mi placer.
Gusta el temple del profano contemplar sin asombrarse:
así admiro, en cada parte, tus profusas perfecciones.
Tus ojos son fuego ardiente; miras y restalla el trueno;
mas, sin ira, tu voz es un susurro y tu luz son ardores.
Disculpa, mi amor, la audacia que en esta canción se encierra.
Tú esperas voces del cielo; mi lengua solo es de tierra.»

HOLOFERNES No sois capaz de captar el apostrofos y, en consecuencia, omitís la acentuación correcta. Dejadme revisar la canzoneta. (*Toma la carta.*) Poco se respeta, reconozco, la extensión silábica. Y en cuanto a la elegancia, la afluencia, la cadencia y la prestancia, ¡*caret!* Ovidio Nasón, en cambio, era todo un tipo. Se llamaba Nasón precisamente por lo bien que sabía aspirar los pétalos fragantes de la fantasía, husmeando el chisporroteo de la invención. *Imitari* no es nada. El perro imita al amo, el mono a su guardián, el caballo al jinete cuando está ensillado. Dígame, *domicella*, intacta joven, ¿esto se lo enviaron a usted?

MARUJITA Sí, señor.

HOLOFERNES Echemos un vistazo al sobrescrito. (*Lee.*) «Para las manos, blancas como nieve, de la bellísima señora Rosalina.» Ahora miremos la firma, a fin y efecto de enterarnos qué denominación ostenta la parte suscribiente respecto de la persona recipiendaria. «A mi señora, a su entera disposición, para lo que se le ofrezca, Birón.» Escuchad, Nataniel: este Birón es uno de los juramentados por el rey. Al parecer ha pergeñado esta carta para una dama acompañante de la princesa ajena. La cual misiva, por vía de accidente o precipitación, ha tomado una dirección desencaminada. (*A MARUJITA.*) Espabila, jovencita, y deposita este pliego en las muy reales manos del rey. Puede sobremanera interesarle. No te distraigan los

cumplidos, omite tus otros deberes. *Adieu.*

MARUJITA Sé bueno, Bototo, acompáñame. Y a ustedes, Dios los haga vivir en gracia.

BOTOTO Aquí estoy, chiquita.

Salen BOTOTO y MARUJITA.

NATANIEL Señor mío, habéis procedido como hombre temeroso de Dios, muy religiosamente, y como dice cierto padre de la iglesia...

HOLOFERNES No mentéis a ningún padre u os quito la madre. No miento si le digo que, temor, a veces sí que siento, con asombro de mi propia sombra. Volviendo a aquellos versos, ¿os gustaron, Nataniel?

NATANIEL La caligrafía era estupenda.

HOLOFERNES Hoy comeré en la casa del padre de cierto discípulo mío donde, si a Vuestra Gracia le acomoda gratificar la mesa, en uso de la alcuña que me conceden los padres del previamente mencionado alumno, o chico, encárgareme de entonar vuestro *ben venuto*. Así tendré ocasión de demostraros que esos versos son en extremo indoctos, carentes de paladar poético, inventiva y talento. Os pido que me tengáis compañía.

NATANIEL Soy yo quien da las gracias, porque una buena compañía, dice el proverbio, es la sal de la vida.

HOLOFERNES El proverbio habla, *certes*, de manera infalible. (A CIRUELO.) Usted también está invitado. No me diga que no. *Pauca verba*. Allá vamos. Mientras los frescos se van de caza, nosotros la pasaremos bien al fresco.

Salen.

ESCENA III

Entra BIRÓN, solo, con unos pliegos en la mano.

BIRÓN El rey corre detrás de los ciervos. Yo, en cambio, me persigo a mí mismo. Ellos tienden sus redes, disparan. Yo disparo y me ensucio, como el pato desfila y tropieza. Un enchastre... ¡Qué palabra tan fea! ¡Paren esos disparos para que se dispare mi dolor! Dicen que así hablan los locos, pero eso ya lo dije yo. Yo, que estoy loco. Deducción ingeniosa, brillante. Este amor es más loco que Áyax matando corderos. Este amor que me mata, a mí que soy una oveja de veras. Inferencia certera. No quiero amar. ¡Que me ahorquen si amo! No lo haré, ¡por la luz que me ilumina! No sé si la amaría... a no ser por la luz de esos ojos. ¡Ah!, sus dos ojos, esos disparos

negros. ¿Qué hago en este mundo más que decir falsedades? Miento por la cara, o más bien por los ojos renegridos de esa cara. Ay, por Dios, cuánto amo. Y el amor me ha enseñado la rima que dispara la melancolía. (*Muestra los papeles.*) Esto es parte de lo que tiene ella de mí. (*Se lleva la mano al pecho.*) Y esto desborda de melancolía. Ella tiene unos versos salidos de mis manos. Ese gordo locuelo los ha puesto en las tuyas. Un mono cabezón... Un loco que es más mono... Y una dama monísima. Todo el mundo se va por las ramas... Vaya, parece que ahí viene otro con papeles. Ojalá que gima, gruña o refunfuñe.

*Se aparta.
Entra el REY con papeles en la mano.*

REY ¡Ay de mí!

BIRÓN (*Aparte.*) ¡Tocado por los astros! Sigue, dulce Cupido. Le has dado en el flanco izquierdo con tu flecha de cazar gorriones. Seguro que ahora cuenta algún secreto.

REY (*Leyendo.*) «No da el sol con su llama un ósculo tan dulce a la flor que en el alba se vistió de rocío, como tus ojazos, si sus rayos hirientes brillan cual tu rostro, cuando en él se retratan lágrimas de mis ojos llenos de amargura. Mis gotas son carruajes que transportan la risa que en tu rostro cabalga tan radiosamente. Tú enjugas mis sollozos en tus claras pupilas. Mi tristeza termina donde empieza tu frente. Considera, tan solo, la pena que me inunda. Tu gloria ha de mostrarse por mi desesperanza... Para tu hermosura mi llanto es un espejo. ¡Oh, reina de las reinas!, nadie se te compara.»
¿Cómo ponerla al tanto de mis penas?
Tiraré estos papeles y que la hojarasca oculte mi locura... pero ¿quién se acerca?

*Entra LONGUEVILLE con sus propios papeles.
El REY se esconde.*

¡Cómo! Longueville viene leyendo. ¡Atentos los oídos!

BIRÓN (*Aparte.*) Aquí se presenta otro loco que ha perdido los papeles.

LONGUEVILLE ¡Pobre de mí! Soy un perjuero.

BIRÓN (*Aparte.*) Como todo perjuero, ya viene empapelado.

REY (*Aparte.*) Seguro que está enamorado. Bienvenido al club de los perjueros.

BIRÓN (*Aparte.*) Dios los cría y ellos se juntan.

LONGUEVILLE ¿Soy el primero en traicionar el pacto?

BIRÓN (*Aparte.*)

Podrías consolarte. Conozco a dos que te acompañan.
Entre los tres completan
un bonito triunvirato. ¡El tricornio social!
Toma la forma de un cadalso amoroso
en el que se balancea nuestra necesidad.

LONGUEVILLE Me temo que estas rígidas líneas
no logren conmovérla. Emperadora
del amor, María: de estos versos
haré pedacitos y continuaré en prosa.

BIRÓN (*Aparte.*)

Estas rimas ribetean el lúbrico taparrabos de Cupido...
¡sin esconder el bulto!

LONGUEVILLE La abordaré así:

(Leyendo sus estrofas.)

«¿No ha sido el reto de tu febril mirada,
contra la que el mundo no opone argumentos,
quien persuadió a mi corazón para que perjurara
rompiendo, sin querer, su propio mandamiento?
¡Renuncio a las mujeres! Pero, a ti, yo te ruego
que sepas que no abjuro de quien será la diosa
guardiana de un cariño que me transporta al cielo,
si mi herida de amor en tu seno reposa.
Mis palabras son humo que se llevan los vientos.
Quieras, sol, en mi tierra mostrar tu rostro de oro.
Ilumina la vida, hasta el último aliento
de quien ama a su diosa por encima de todo.
¿Qué importa que traicione si, por mi error, comprendo
que pierdo algo terreno para ganar lo eterno?»

BIRÓN (*Aparte.*) Esto sí que es hablar con las tripas.

Idolatra lo que es solo carne
y de cualquier gansa hace una diosa.
Dios nos devuelva al buen camino. ¡Que no tarde!

Entra DUMAINE con más papeles.

LONGUEVILLE (*Aparte.*) ¿Por medio de quién podré mandarles esto? ¡Llega gente! A

escondirse.

Se oculta.

BIRÓN Todos están jugando al escondite.

Soy como un dios, sentado aquí en el cielo,
espiando el secreto de estos malditos locos.

¡Más agua a mi molino!

Esto es lo que esperaba: Dumaine se ha transformado.

¡Somos cuatro pavitos cocinados al horno!

DUMAINE ¡Divinísima Cati!

BIRÓN (*Aparte.*) ¡Profanísimo imbécil!

DUMAINE ¡Por el cielo! ¡Qué milagro de ojos mortales!

BIRÓN (*Aparte.*) ¡Por la tierra! ¡Qué malogro, qué mentira grosera!

DUMAINE El ámbar de su pelo avergüenza al mismísimo ámbar.

BIRÓN (*Aparte.*) El rabo de ese perro avergüenza a muchas barbas.

DUMAINE Esbelta como encina...

BIRÓN (*Aparte.*) ... o como las curvadas
espaldas de una encinta.

DUMAINE Hermosa como el día.

BIRÓN (*Aparte.*) Como el día en que el sol brilla por su ausencia.

DUMAINE Ojalá lo consiga.

LONGUEVILLE (*Aparte.*) Ojalá lo consiga.

REY (*Aparte.*) Ojalá lo consiga.

BIRÓN (*Aparte.*) Consignemos la frase del día: ¡ojalá lo consiga!

DUMAINE Yo quisiera olvidarla, pero es como una fiebre
que me inunda la mente y me hace hervir la sangre.

BIRÓN (*Aparte.*) ¡Sí que está muy caliente! Una buena sangría,
como con baños fríos, le curará el mordiente.

DUMAINE Quiero decir de nuevo los versos que he escrito.

BIRÓN (*Aparte.*) Quiero decir de nuevo que amar le quita el juicio.

DUMAINE (*Lee su poema.*)

«Un día bien funesto

del mes de mayo, amor
vio vagar por el aire
una flor juguetona.
La brisa en sus pétalos
invisible flotaba.
Deseó, enfermo, el amante
transformarse en suspiro:
“Ay, brisa, tus mejillas
escapan a mi alcance”.
Mas de tu espina, flor,
no pienso separarme.
Los jóvenes no saben
ofrendar sus encantos.
Lo que por ti abjurase
no lo llames pecado.
Por ti, Zeus creería
que Juno era negra, por si acaso,
y negaría ser dios
para morir en tus brazos.»
Voy a mandar estos versos, con algo más liviano,
que describa la penosa carencia
en que su amor me tiene confinado. Dios quisiera
que el rey y Birón y Longueville estuvieran
también enamorados. Mal de muchos,
pobre consuelo de este tonto empapelado.
Al fin y al cabo,
si desvarían todos nadie podrá ser culpado.

LONGUEVILLE (*Adelantándose.*)

Su amor, Dumaine, no es muy caritativo
si espera que los otros compartan su tormento.
Por más que en sus palabras se muestra pensativo,
¡qué vergüenza *in fraganti* haberlo descubierto!

REY (*Adelantándose.*) Enrojezca, Longueville: su caso es semejante.

Enojarse con él es una doble ofensa.
¿Acaso usted no desea a María?
¿No le escribió esos versos?
¿No cruzó los brazos sobre el pecho
para calmar las ansias?
Oculto entre las ramas, los he oído a los dos.
Y he sentido vergüenza por uno y por el otro.

¡Esas rimas de fuego, esas caras sudorosas,
los hondos suspiros, la pasión culpable, los grititos!
Una que tiene los cabellos de oro...
La otra que tiene pupilas de cristal...

A LONGUEVILLE.

Tras inciertos paraísos, olvida usted su voto.

A DUMAINE.

Privando a Zeus del panteón divino,
echa a correr usted tras un simple moño.
¿Qué dirá Birón cuando se entere
de esta traición tan infamante?
¡Qué ironías las tuyas! Comentarios punzantes,
que ustedes por cierto se merecen.
No quisiera que me pase otro tanto.

BIRÓN (*Saliendo del escondite.*)

No quisiera dejar sin flagelo semejante falsía.
Soberano, le pido me perdone:
¿con qué derecho reprocha a estos gusanos
amar, si usted también sufre de amores?
¿No es su llanto carroza que transporta la risa
de cierta noble dama? ¿Usted no ha perjurado?
¿No escribe como ellos patéticos sonetos?
¿No se avergüenzan los tres de haber sido pillados?

A LONGUEVILLE.

Usted vio la pajita en los ojos reales.
El rey vio dos pajones en los ojos de ustedes.

A los tres.

Entre los tres cargan con una viga pesada.
¡Qué sesión de locura he tenido! Suspiros,
gemidos, pena, desesperaciones.
Yo aquí sentado en mis cavilaciones,
viendo cómo un rey se transforma en mosquito,
a Hércules jugando a la payana,
a Salomón musitando salmodias,
a Néstor, como un chico, jugando a las canicas,
y al severo Timón haciendo chistes malos.
Cuenta, Dumaine, ¿dónde escondió la pena?

¿Dónde está su dolor, Longueville?
¿Y el suyo, rey, con todos mis respetos?
Todos andan con el corazón partido.
¡Mas les dolería ponerse una pomada!

REY Son bromas muy amargas.

¿Así que hicimos trampa mientras espiaba?

BIRÓN No es que hicieran chanchullos. Más bien me han inducido a mí a un engaño. Soy hombre de palabra. Pienso que es crimen reventar las promesas. Me siento traicionado en compañía de hombres tan inconstantes. ¿Quién me habrá visto a mí componer versitos, gemir por amazonas o perder un instante en pavonear? ¿Quién me ha escuchado tejiendo elogios de una mano o de un pie, de una cara, de una forma de andar, de unos ojos, de un cabello, de un torso, de unos pechos colmados?

REY Suave, no vaya tan ligero.

¿El que corre es honrado, o bien un pistolero?

BIRÓN Huyo del amor. Deje que escape, ilustre enamorado.

*Entran MARUJITA, llevando una carta,
y BOTOTO.*

MARUJITA ¡Dios salve al rey!

REY ¿Qué traes entre manos?

BOTOTO Asunto de traiciones.

REY ¿De qué traiciones? ¡Vamos!

BOTOTO Traiciones sin ton...

REY ... que entonces no hacen son.

Usted y su traición ya se pueden marchar.

MARUJITA Le pido a Su Excelencia que me lea esta carta.

El cura se pregunta si no trata de traición.

REY Birón, lea por favor.

*BIRÓN toma la carta y lee.
(A MARUJITA.)*

¿De dónde la sacaste?

MARUJITA Me la dio Bototo.

REY (A BOTOTO.) ¿Y tú de dónde la sacaste?

BOTOTO De un tal Agramante..., Agrumado...

BIRÓN *rompe la carta.*

REY (A BIRÓN.) ¿Qué bicho le ha picado? ¿Por qué rompe la carta?

BIRÓN Son tonterías, un juego.

No hay de qué inquietarse, soberano.

LONGUEVILLE Se lo ve preocupado. Veamos lo que esconde.

DUMAINE (*Recoge los trozos de la carta.*)

La firma es de Birón. No digamos la letra.

BIRÓN (A BOTOTO.)

Hijoputa, descriteriado. Quieres hundirme en la vergüenza.

¡Soy culpable, señores, lo confieso!

REY ¡Qué?

BIRÓN

Habiendo tres patudos, solo faltaba el cuarto para llenar la mesa.

Este, aquel, usted y yo también, señor,

bandidos del amor, merecemos la muerte.

Si se van los de afuera, les contaré más cosas.

DUMAINE Así que ahora estamos empatados.

BIRÓN De verdad. Uno a uno.

¿Se irán, por fin, estos dos pajarones?

REY Salgan los dos, señores.

BOTOTO Los honrados hacen mutis por el foro. Dejan la escena a los traidores.

Salen BOTOTO y MARUJITA.

BIRÓN Hagamos las paces, caballeros amantes.

Somos todo lo buenos que permiten
la carne y la sangre.

Hay mareas que suben y que bajan,
firmamentos que revelan su cara.

La sangre del joven desoye los mandatos de antaño.

No neguemos el tallo del que hemos nacido:

no nos quedaba más que renegar,
vistas las circunstancias.

REY ¿Atestigua esta carta rasgada
un amor de su parte?

BIRÓN Es que no era para menos.

¿Quién es capaz de mirar a Rosalina
sin hacer como los indios en Oriente,
que se inclinan en sumisa regalía,
deslumbrados con tanto sol naciente,
besar el suelo que pisa cada día,
adoradores de mirada obediente?
¿Qué ojo de águila urgente mira el sol cara a cara,
sin quedar, como un ciego, inmóvil y pasmado?

REY A usted lo mueve ahora un furor entusiasta.
Mas mi amada es señora de la suya. Y suya
no es más que una luna por el sol preñada.
Su amada, aya de mi señora:
es apenas una estrella de luces prestadas.

BIRÓN Entonces, mis ojos no son ojos. Ni yo sé mirar.
Por amor, cambiaría el día en noche.
La paleta de algún pintor famoso
se volcó entera en las mejillas de mi dama
prueba certera de sus dignidades,
prenda segura de soberanía.
¡Ah, poder hablar todas las lenguas,
evitando retóricas vacías! Pero esa rosa
no precisa mercaderes.
No está en venta, no se compra.
No se elogia. Y, si se elogia,
la alabanza queda corta y remanida.
Mirándote en sus ojos, ermitaño,
medio siglo rejuvenecerías.
Su belleza te reanima, veterano,
como si fueras un recién nacido,
dando cuna otra vez a tus postreros días.
¡Si fuera un sol, al mismo sol deslumbraría!

REY Su amor, Birón, es negro como el ébano.

BIRÓN ¿El ébano es como ella? ¡Qué palabra divina!

¿Una esposa de tan bella madera?
¡Qué placer me daría!
Puedo jurar sobre la Biblia
que la belleza no es belleza
si no aprende a mirar como miran sus ojos.
No hay rostro que pueda ser hermoso
si no tiene destellos tan intensos, tan negros.

REY Lo negro es atributo de la noche,
lóbrego tinte de la cárcel,
ceño sombrío del infierno.
¿No debe, en cambio, la hermosura
asomar su penacho de luces
en lo más alto y diurno de los cielos?

BIRÓN Para tentarnos, el diablo se disfraza
de luz. Así, son negras las cejas de mi amada,
tristes por cuantos maquillajes y postizos
seducen con fingidas artimañas.
Ella nació para hacer de lo negro lo bello.
Cambiarán las costumbres: los nativos
colores rosados parecerán pintados
y las bellas querrán oscurecerse
para ser admiradas.

DUMAINE ¡Negras como los deshollinadores!

LONGUEVILLE ¡Los carboneros serán unos Adonis!

REY ¡Reluciremos pieles africanas!

DUMAINE Si ahora lo oscuro es claridad,
la oscuridad no necesita velas.

BIRÓN Las amadas de ustedes no pasean si llueve,
por miedo a que se les laven los afeites.

REY Siguiendo su consejo, francamente,
si no me lavo me veré más reluciente.

BIRÓN Diré que es bella, aunque precise
repetirlo hasta que llegue el juicio.

REY Solo ese día entenderá que es ella
el demonio que más puede espantarlo.

DUMAINE ¡Qué hombre apegado a la quincalla!

LONGUEVILLE (*Señalando sus zapatos.*)

Compare mi calzado con la cara de ella.

BIRÓN Si pusiera usted sus ojos de adoquines,
ella los pisaría sin notarlos.

DUMAINE Y si sus intenciones fueran pavimento,
ella caminaría boca abajo.

REY Inútil que sigamos. ¿No estamos todos amurados?

BIRÓN Cierto. Todos hemos traicionado.

REY Basta de tonterías. Y usted, Birón, demuestre
que nuestro amor es justo, que no hemos
quebrantado ningún voto.

DUMAINE ¡A ver qué astucias se saca del sombrero!

LONGUEVILLE Unos buenos sofismas, una argucia,
subterfugios para embaucar al diablo mismo.

DUMAINE Al menos un remedio.

BIRÓN ¡Eso ya lo tenemos!

Ahora, atentos, soldados del amor.

Analicemos qué habíamos jurado:

estudio, ayuno y mucha continencia.

¡Oprobios de la pujante mocedad!

¿El ayuno? Nuestro estómago es muy tierno.

¿La abstinencia? Engendra enfermedad.

Hemos jurado, señores, estudiar.

Pero eso exige renunciar a los libros.

Porque ¿cuándo usted, usted y usted,

podrían mediante estudio concebir

versos tan bellos como los bellos ojos

de sus amadas lograron inspirar?

Mucho estudiar embota el seso.

Los practicantes, fatigados,

solo consiguen hacer lentos progresos.

Los ojos de una dama nos enseñan a amar

de forma más pugnaz que un cerebro vivaz.

Y así se desliza el sentimiento

con la celeridad febril del rayo.

El amor nos otorga los más grandes poderes.

multiplica sus vías, sus manejos, sus redes.

Concede a nuestros ojos una vista de lince.
El iris del amor enceguece a las águilas.
Oídos del amor son aquellos que captan
sonidos que al ladrón más avezado escapan.
El tacto del amor, antena más sensible
que las del caracol espiralado.
La lengua del amor, más golosa que Baco.
No puede Hércules nada contra un amor valiente,
capaz de trepar árboles allá por las Hespérides.
El amor es sutil como la Esfinge,
mejor acordado que el instrumento de Apolo.
Si habla el amor, los dioses acomodan
el tono y escuchan la armonía. Los poetas
no escriben si su tinta no temperan
con lágrimas de ardiente enamorado.
Sus versos embelecen los oídos salvajes,
y aun al más humilde lo vuelven un tirano.
Del mirar femenino yo extraigo esta doctrina,
brillante como el fuego que robó Prometeo.
Sus ojos son los libros, las artes y academias
que al mundo alimentan y contienen.
Por sus ojos, se vuelve excelente lo mediocre.
¡Qué insensato sería rechazar a las damas!
¡Qué imbécil guardar un necio juramento!
Por la sabiduría, que todos estimamos,
por el amor, que hace vivir al hombre,
por los hombres, que hacen a las mujeres,
por las mujeres, que engendran a los hombres,
¡condenemos el voto para mejor salvarnos
en vez de condenarnos en pos de un mandamiento!
La religión nos pide que seamos perjuros,
ya que el amor cumple las leyes en su totalidad.
¿Y a qué pues separar amor y caridad?

REY ¡Por san Cupido! Soldados, ¡al ataque!

BIRÓN Avancemos, montemos, embistamos,
revolquemos, bajemos. Del exceso
térmico, eso sí, más vale resguardarnos.

LONGUEVILLE Metámonos de lleno. Olvidemos la guasa.
¿Vamos o no a cortejar a estas hijas de Francia?

REY A conquistarlas. Es mejor que pensemos
algo que en su alcoba las distraiga.

BIRÓN Saquémoslas al parque con remilgos.
De regreso, cada uno le toma
la mano a su adorada. A la tarde,
función improvisada.
Y jolgorio de noche, con bailes y disfraces,
y que el amor camine hacia un lecho de flores.

REY Vamos, vamos. No perdamos el tiempo,
que hay mucho que aprontar.

BIRÓN *Allons, allons.*
Semillas arrugadas no producen mazorcas.
Pero toda cosecha recibe su justicia.
Las mujeres, ligeras, apalean al hombre,
igual que baten cobre. De ser así,
dejemos que de a poco amasen su tesoro.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

*Entran el pedante HOLOFERNES, el cura NATANIEL
y el cabo CIRUELO.*

HOLOFERNES *Satis quid sufficit.*

NATANIEL Que Dios lo asista a usted. Sus disquisiciones en la cena fueron agudas y sentidas, joviales sin caer en groserías, de un ingenio carente de toda afectación, con chispa nada inmodesta y sabias sin pretensión; audaces, claro, pero sin rozar la herejía. Cierta día estuve de charla con un sujeto intitulado, llamado o nominado compañero del rey, cierto quisque que responde por Adriano de Armado.

HOLOFERNES *Novi hominem tanquam te.* Tiene un genio arrogante, la palabra ampulosa, una lengua de lo más afilada, una mirada que destila ambiciones, el porte es mayestático y unas maneras habituales ridículas, pretenciosas y vacías. Se lo ve demasiado hinchado, atildado, extravagante, emperifollado. Muy peregrino, el hombre, por así decirlo.

NATANIEL Un epíteto bien hallado y singular.

Saca su libretita.

HOLOFERNES Devana la trama de su cháchara con más fortuna que la urdimbre de su razonamiento. Detesto a esos mitómanos fantasmales, gente puntillosa entre dada e intratable, auténticos verdugos de la ortografía. Son capaces, *sine C*, de escupir oscilación por oscilación. Sin reparos, la perspicacia la transforman en suspicacia. Si escuchan dompedro piensan que es un vecino, pero no saben si es prójimo o está próximo. ¡Es abominable! Diría mejor: ¡abhominable! Su parloteo me recuerda aquello de *insanire*, eso de insania, de sanata.

NATANIEL *Laus deo, bone intelligo.*

HOLOFERNES *¿Bone? ¿En vez de tiene?* Un poco macarrónico. Pero no importa.

*Entran el chulo ARMADO, su criado PELUSA
y el ordinario BOTOTO.*

NATANIEL *¿Videsne quis venit?*

HOLOFERNES *Video et audio.*

ARMADO (A PELUSA.) ¡Bola!

HOLOFERNES (A NATANIEL.) ¿*Quare «bola» et non «hola»?*

ARMADO Salud, hombres de concordia.

HOLOFERNES Salutación al más marcial de los señores.

PELUSA (*Aparte, a BOTOTO.*) Estos vienen de un festín de verborrea y se han robado las migajas.

BOTOTO (*Aparte, a PELUSA.*) Hace tiempo que estos viven en una letrina de palabras. Tal como tu amo se come las palabras, me asombra que no te haya comido a ti. Porque, de pies a cabeza, tú no mides tanto como *honorificabilitudinitatibus*. Eres más fácil de engullir que la guinda que flota en su vaso.

PELUSA (*Aparte, a BOTOTO.*) Parece que ya empiezan los chispazos.

ARMADO (A HOLOFERNES.) ¿Sois un letrado?

PELUSA Por supuesto. Le da sopa de letras a sus alumnos.

Deletrea al revés b y a. Quedaba.

HOLOFERNES Dábate, *pueritia*, las orejas de burro.

PELUSA Bebe. Las orejas de una oveja roba.

¡Hay que ver lo que enseña este bobo!

HOLOFERNES ¿*Quis, quis?* ¿Cómo consuena?

PELUSA Suena con i, como borrico.

Suena con o, de bochornoso.

Suena con u, como buñuelo.

HOLOFERNES A ver, que lo repito: suena con i...

PELUSA ... como borrico. Suena con e, como bostezo. Suena con a, como boniato.

ARMADO Más salado que el *Mediterraneum*. Te apuntaste un garbanzo. Una estocada de ingenio: tris, tras chas, en el blanco y a fondo.

PELUSA Un chico, ¡qué cuernos!, le brinda ingenio a este viejo.

HOLOFERNES ¿*Quid, quid?* ¿Cómo se configura?

PELUSA Cuernos.

HOLOFERNES Tú das más vueltas que un trompo. Vete al cuerno.

PELUSA Si me regala un cuerno de su trompa, fabricaré un trompo; la vergüenza la

echaré a trompadas. ¡Qué cosas! Hacer un trompo con trempa de cornudo.

BOTOTO Si me queda alguna monedita, te la daré para que te compres dulces. Toma, aquí tienes la remuneración que me dio tu mentor, unas chauchas de agudeza, unos cobres de ingenio. ¡Ah, si el cielo hubiese querido que fueras al menos mi bastardo! ¡Qué padre satisfecho me habrías hecho! Chorreas cacumen por los dedos. Lo tienes todo *ad unguentum* en la punta de los dedos, como dicen.

HOLOFERNES ¡Hmm! Huele a latín pastoso. Toma *unguentum* por *unquem*, el muy pringado.

ARMADO Preambulemos, señores ilustrados. Singulicémonos de los bárbaros. ¿No educáis vos a jovencitos en un establecimiento de montaña?

HOLOFERNES O de *mons*, la colina.

ARMADO Amable os paso lo de montaña.

HOLOFERNES Bienvenido.

ARMADO Sepa, señor, que es el afán más regio y señalado del rey musitar algo en el pabellón de la princesa, cuando el día muestra su trasero, en el momento en que la ruda muchedumbre denomina la tarde.

HOLOFERNES El trasero del día, nobiliario señor, es adecuado, nada culero y comparable con la tarde. La expresión está bien especulada y esculpida, es peculiar y culcusidamente calculada. Os lo aseguro, señor, os lo aseguro.

ARMADO Señor, el rey es un noble caballero. Y cercano, os aseguro. Un buen amigo. Lo que él y yo tenemos entre manos, ahora no viene al caso. «Deja los formalismos —suele decirme—, no te quites el sombrero.» También hablamos de muchos temas serios y de gran importancia, aunque esto ahora no viene al caso. Le cuento que a Su Gracia le hace gracia apoyarse a veces en mis plebeyos hombros y al dedillo real jugar con mis personales secreciones o excremencias, en este caso mi mostacho. Claro que ahora esto no viene al caso. Voto a bríos que no le cuento fracasos. Con algunos honores especiales, le place a veces a Su Gracia hacerle gracia a Armado, este soldado, este hombre de mundo, alguien con el planeta entre las manos. Pero creo que ahora esto no viene al caso. Lo cierto, en todo caso (le pido que por las dudas me guarde el secreto), es que quiere que le ofrezca a la princesa, su dulce palomita, algún ostentamiento deleitoso. ¿Pantomima, mascarada, farsa burlesca, fuegos de artificio? Sabiendo que el vicario y Su Usía distinguida son diestros en estas improvisadas erupciones hilaratorias, si así puedo expresarme, lo pongo en antecedentes del asunto, con el fin y motivo de solicitar su mejor expuesta

corroboración.

HOLOFERNES Podríamos representar *Los nueve titanes*. Se trata, don Nataniel, de triar un entretenimiento de fuste, una tramoya para nuestra asistencia, en el traste del día. Este trabajo nos lo ha hecho traer el rey a través de este trabucado caballero. Creo que nada hay más a propósito que representar *Los nueve titanes*.

NATANIEL ¿Y dónde encontraréis nueve representativos lo bastante espléndidos?

HOLOFERNES Vos vais de Josué. Yo, o este galante caballero, de judas Macabeo. A este botijo, con tan buen miembro y sólidas bisagras, lo ponemos de Pompeyo el Grande. Y al botones, de Hércules.

ARMADO ¡Perdón, señor! ¡Error! Este alfeñique no llena ni un meñique de titán. Tan pequeño se ve como la astilla más ínfima en un leño.

HOLOFERNES Audienciadme con paciencia. Representaré a un Hércules en su edad minúscula. Sus enteros y sus éxitos consistirán en estrangular una serpiente. Ya encontraré yo buenos argumentos.

PELUSA Recurso muy astuto. Así, si alguien chilla en la platea, podrán responderle: «¡Venga, Hércules!, ¡degüella a la serpiente!». Una forma como otra de hacer graciosa esta desgracia, aunque pocos tendrán tanta gracia.

ARMADO ¿Y los otros titanes?

HOLOFERNES Corro con otros tres.

PELUSA Es toda una tripleta...

ARMADO ¿Puedo deciros algo?

HOLOFERNES Soy todo orejas.

ARMADO

Si la cosa no cuaja, fuerza es reconocer que haremos una farsa.
Ahora vengan conmigo.

HOLOFERNES Vía. ¿Y tú, Ciruelo? Hace rato que no sueltas nada.

CIRUELO Suelto que nada no he entendido, creo.

HOLOFERNES *Allons*. Tendrás un trabajito.

CIRUELO Si me estrujo, le saco un troje o les toco el tambor a esos titanes; o les pago, digo pego, una ronda, ya, o rondalla.

HOLOFERNES Tanta ciruela me empalaga. Venga, vamos.

Salen.

ESCENA II

*Entran la PRINCESA y sus damas: ROSALINA,
CATALINA y MARÍA.*

PRINCESA Si de regalos sigue este aluvión,
seremos ricas antes de volver.
¡Diamantes hasta cubrir una pared!
Miren qué envía el rey, mi buen señor.

ROSALINA ¿Nada acompañaba al regalo?

PRINCESA Nada más que cuantas rimas amorosas
pueden caber en estas hojas
por ambos lados, y en los márgenes, y encima
del sello de Cupido en cada estrofa.

ROSALINA Sella usted, al fin, el crecimiento
de quien logró quedarse niño un buen milenio.

CATALINA Un mañero infeliz. Merece que lo ahorquen.

ROSALINA Nunca será amigo de usted. Le dio muerte a su hermana.

CATALINA La puso melancólica, apática y pesada,
hasta que al fin murió.
De haber ella mostrado la chispa que usted tiene,
tan alegre, revoltosa y ligera,
hubiera llegado a ser abuela.
A usted le deseo, y no otra cosa,
que a su corazón no le duelan prendas.

ROSALINA ¿Qué ocultan, conejito, palabras tan vivaces?

CATALINA En la belleza oscura se esconden las audaces.

ROSALINA Precisamos más luz para entendernos.

CATALINA

Los modales de usted son tan foscos que su forma estropean.
Maneras cristalinas mejoran las ideas.

ROSALINA Cuanto usted más aclara, más oscura me quedo.

CATALINA No crea. Usted es una luz, por lo ligera.

ROSALINA Peso menos que usted. ¿Eso me hará liviana?

CATALINA Sopesa mal las cosas. Me alivia, so vilana.

PRINCESA Rabioso peloteo. ¡Qué bolas bien jugadas!
Dígame, Rosalina, ¿no ha recibido un regalo?
¿Qué es? ¿Quién se lo ha mandado?

ROSALINA Si mi rostro fuera tan bello como los de ustedes,
tan grande como el suyo sería mi presente.
Pero solo son versos, que a Birón agradezco.
A juzgar por su tono, estas cifras dirían
que soy la más hermosa de la tierra:
me compara con cien mil preciosuras.
En la carta ha pintado mi retrato.

PRINCESA ¿Se le parece?

ROSALINA Su tinta me pinta bien. Su trazo ya no tanto.

PRINCESA Bella como la tinta. ¡Qué conclusión chistosa!

CATALINA Bella como el lomo negro de un cuaderno.

ROSALINA ¡Mire bien cómo usa sus colores!
No sea que amanezca roja como un tomate.
¿Ya no se acuerda
que tiene la cara granizada de pecas?

PRINCESA Peca de grosera. Que le granice encima.
Y a usted, Cati, ¿qué le manda el guapo Dumaine?

CATALINA Este guante.

PRINCESA ¿Se dejó el compañero?

CATALINA También lo mandó y, para colmo,
mil versos que hablan de amores fatales:
versiones abultadas de la hipocresía,
un amontonamiento de imbecilidades.

MARÍA Longueville me mandó la presente y un presente.
Este son perlas. Aquella es una carta
más larga que mil metros.

PRINCESA Ya lo creo. ¿Quizá esperaba
un collar más largo y una carta más breve?

MARÍA Un collar como un lazo, que me deje
las manos atadas.

PRINCESA Seamos buenas. Dejemos tranquilos a los galanes.

ROSALINA Los muy necios se ganan las burlas a pulso.

A Birón quiero hacerlo rabiar cuanto antes.
¡Tenerlo de criado hasta el fin de sus días!
Lo dejaría como cordero manso:
servicial, obediente, sumiso,
escribiéndome rimas sin respuesta ni gracias,
babeando tras de mí mientras mando y ordeno,
hinchándose de orgullo cuando le tomo el pelo.
A este falso galán lo manejo a mi antojo.
Quiero ser su destino. Quiero que sea mi loco.

PRINCESA Un sabio vuelto loco: nada difícil de manejar,
si es que cae en la trampa. Su locura
se arropa de prudencia; se confunde al simular que es labia.
Con ayuda de escuelas y experiencia,
hasta un orate se asemeja a un sabio.

ROSALINA La sangre joven nunca se calienta tanto
como cuando la impudicia la arrastra
tras sus pasos.

MARÍA La locura se ve menos en los locos
que en los sabios que desatinan.
Estos parecen tener una manía:
dar un brillo inevitable a su estulticia.

Entra BOYET.

PRINCESA Aquí llega Boyet con el ceño radiante.

BOYET ¡De tanto reírme casi me da puntada!
¿Dónde estará Su Gracia?

PRINCESA ¿Qué se cuenta, Boyet?

BOYET Esté atenta, madama.

Muchachas, ¡a las armas! Se preparan
combates contra nuestra bonanza.
Un enemigo se acerca disfrazado,
pertrechado de tramas y bien provisto.
¡A enrollar toda astucia! ¡A preparar el sitio!
O a esconder la cabeza y salir apretando.

PRINCESA ¡San Denís contra Cupido! ¿Quiénes cargan?
Informe, explorador, ¿qué pasa?

BOYET Sesteaba yo bajo la higuera fresca,
media horita, lo justo, cuando de pronto
el rey y sus compinches se acercaron
hacia mi misma sombra. Me hice humo
entre los matorrales, y escuché
lo que decían, de segunda mano:
en muy poquito tiempo, les aviso,
los tendremos a todos disfrazados.
Su heraldo será un paje taponcito
que sabe su parlamento de memoria.
Le enseñaron los gestos y el acento
—«Así has de hablar, así moverte»—,
para que, si la jefa lo está viendo,
no se le traspapele la oratoria.
Cito al rey: «Tendrás delante a un ángel.
No le temas, háblale audazmente».
Dijo el botones: «¿Un ángel? ¡Nada malo!
Tendría miedo si ella fuera un diablo».
Lo festejaban, le palmeaban el hombro,
haciendo de este audaz todo un desfachatado.
Reían entre dientes, sonreían burlones;
¡jamás habían oído parlamentos mejores!
Chasqueaban con los dedos y gritaban:
«¡Lo haremos, pase lo que pase!».
Hacían volteretas, gritaban «Viva, viva».
Girando los talones caían por el suelo.
Todos, vociferando, se arrastraban
a carcajada limpia, desatados,
hasta que la hilarante salvajada
transformaron en un lloroso duelo.

PRINCESA Vaya al grano. ¿Vienen de visita?

BOYET Mucho me lo temo.

Llegarán ataviados de rusos, moscovitas.
Vienen en son de charla, de cortejo y de baile.
Cada uno querrá ligar a su propia amada,
reconocible en el presente.

PRINCESA ¿Conque esas tenemos? ¡Que trabajen,
estos galanes ganapanes!
Vamos a ponernos antifaces.
Por más que carguen, no podrán adivinar

el rostro de su dama.
Dame el tuyo, querida. Toma el mío.
Birón me tomará por Rosalina.

*Intercambia regalos con ROSALINA.
A CATALINA y a MARÍA.*

Cambien ustedes los presentes. Los suspiros
en falso hartarán a estos falsos pretendientes.

*CATALINA y MARÍA
intercambian regalos.*

ROSALINA Usemos los presentes de forma llamativa.

CATALINA ¿Qué pretende con tantos intercambios?

PRINCESA Pretendo chasquear a estos impertinentes.

Vienen en son de chanza, los taimados.
¡Que cada burlador quede burlado!
Cada cual contará sus secretos a una dama
que no es la de sus sueños. Y, zumbonas,
nos reiremos de ellos conversando,
más adelante, a cara descubierta.

ROSALINA ¿Saldremos a bailar si nos invitan?

PRINCESA Ni muertas saldremos a la pista.

Ni un elogio a tanto verso desmayado.
Mientras hablen, les daremos la espalda.

BOYET Tanto desprecio les matará la euforia.

De lo escrito perderán toda memoria.

PRINCESA Así haremos. Si el primero enmudece,

los demás callarán, probablemente.
No hay juego más hermoso
que desmontar las armas del contrario,
haciendo del ajeno un juego propio.
Nos mofaremos de sus planes.
Se irán con la cola entre las patas.

Sonido de trompetas.

BOYET Suena la trompeta. Pónganse las máscaras,
que aquí llegan esos descarados.

*Las damas se enmascaran.
Entran músicos moros y el rey y sus señores, disfrazados de rusos.*

Pelusa ataca su discurso.

PELUSA ¡Saludo a las bellezas más ricas de la tierra!

BIRÓN (*Aparte.*) Rica es la gasa de seda de sus antifaces.

PELUSA Preciso lote de preciosas damas...

Las damas le dan la espalda.

Que hayan ustedes vuelto la espalda... a estos ojos mortales.

BIRÓN ¡«Las pupilas», desgraciado! «Las pupilas»!

PELUSA ... que hayan vuelto sus ojos a pupilas normales. Fuera...

BOYET Eso es: ¡«fuera»! Terminado.

PELUSA ... fuera bueno otorgarnos sus favores,
espíritus del cielo. No mirar...

BIRÓN Es «mirar», ¡animal!

PELUSA ... mirar con ojos asolados...

Con esos ojos insolados...

BOYET Esos epítetos no obtendrán respuesta.

Prueba llamarlas «ajos asoleados».

PELUSA Ni me miran. Esto me deja desolado.

BIRÓN ¿Tan poca labia tienes? No te rajés, desastre.

Se va PELUSA.

ROSALINA (*Como la PRINCESA.*) ¿Qué desean estos extranjeros?

Boyet, interroga.

Mi voluntad es que, si hablan nuestro idioma,
expresen con claridad sus intenciones.

BOYET ¿Qué quieren de la princesa?

BIRÓN Tregua y un poco de conversación.

PRINCESA ¿Qué desea esta gente?

BOYET Una charlita para poder quedarse.

PRINCESA Ya tuvieron palique; ahora pueden marcharse.

BOYET Dice que ya charlaron. Y que mejor se larguen.

REY A medida que fatigábamos las millas,

medíamos la suerte de medirnos
con ustedes en esta hermosa lidia.

BOYET Dice que las millas que han lidiado
miden tanto como el deseo
de lidiar con ustedes en el prado.

ROSALINA No parece. Que mida las pulgadas
que entran en una milla. Si calcularon tantas,
podrán medirse bien con una sola.

BOYET Si, al venir, han medido muchas millas,
ella quiere saber cuántas pulgadas
creen que mide cada una.

BIRÓN Dígale que la medida es el sudor de nuestros pasos.

BOYET La dama le ha escuchado.

ROSALINA ¿Cuántos pasos, y de cuántas millas fatigosas,
dieron a lo largo de una milla?

BIRÓN No contamos las penas que nos cuestan.
Nuestro deber es tan rico e infinito
que podemos padecerlas sin contarlas.
Descubra el sol radiante de su rostro,
y nosotros, salvajes, adoraremos.

ROSALINA ¿Mi rostro es solo una luna? Se enmascara entre nubes.

REY Benditas sean las nubes por lo que consiguen.
Permita que la luna y las estrellas
en nuestros húmedos ojos se reflejen
y que las nubes por fin desaparezcan.

ROSALINA No sabe lo que pide. Puede picar más alto.
Solo aspira a un destello de la luna en el agua.

REY Concédanos medirnos en un baile.
¿No pidió que le pida? No pido nada extraño.

ROSALINA De acuerdo: ¡música, pues!

Tocan música.

¿No me saca? Entonces ya no bailo.
Ya ve que soy como la luna: ¡cambio!

REY ¿Ahora no baila? ¡Qué modales extraños!

ROSALINA La luna estaba llena. Pero, ahora, poco le va quedando.

REY Sigue siendo una luna. Yo, un hombre sigo siendo.

Música en los oídos y el cuerpo en movimiento.

ROSALINA ¡Que escuchen los sentidos!

REY ¡Pero que bailen las piernas!

ROSALINA Los ha traído el azar. Son totalmente extraños.

Aunque no bailaremos, acepten nuestra mano.

REY Si no es para bailar, ¿a qué enlazarse?

ROSALINA Es una mano amiga.

Midámonos tan solo con una reverencia.

REY Esto rebasa la paciencia.

Ya me parece el colmo.

ROSALINA Más no podemos permitirles, por tan poco.

REY Valórese mejor por usted misma.

¿Cómo podré comprar sus halagos?

ROSALINA Yéndose.

REY ¡De ningún modo!

ROSALINA El trato es imposible. Me despido, pues, dos veces:

una de las máscaras, otra de todos ustedes.

REY Trato de bailar y usted me despide.

Pues entonces conversemos.

ROSALINA En privado, de acuerdo.

REY Me parece soberbio.

El REY y ROSALINA conversan aparte.

BIRÓN (*A la PRINCESA, creyéndola ROSALINA.*)

Mujer de blancas manos, ¡una palabra dulce!

PRINCESA Azúcar, miel y leche: tres por el precio de una.

BIRÓN Para la muy golosa, tres más muy oportunas:

malta, hidromiel y mistela, completan media docena.

PRINCESA Mi adiós, señor, será la séptima dulzura.

Acabados los tratos, me retiro del turno.

BIRÓN Quiero trato secreto.

PRINCESA ¿Sin dulzainas? Acepto.

BIRÓN ¡Sin dulzura se desata la bilis!

PRINCESA ¡Palabras hábiles pero amargas!

BIRÓN y la PRINCESA conversan aparte.

DUMAINE (A MARÍA, *creyéndola* CATALINA.)

¿Me concede intercambio de palabra?

MARÍA Proceda.

DUMAINE ¡Bella!

MARÍA ¿Solo una palabra? Entonces, tenga: ¡bello!

Ya hemos intercambiado.

DUMAINE Sigamos en secreto, para que me despida.

DUMAINE y MARÍA conversan aparte.

CATALINA ¿Le comieron la lengua los ratones?

LONGUEVILLE Sé por qué lo pregunta.

CATALINA Dígalo rápido, que soy muy impaciente.

LONGUEVILLE Su máscara esconde dos lenguajes.

¿Querrá dejarle uno a mis mudos disfraces?

CATALINA Vil es un disfraz con la lengua tan longuis.

LONGUEVILLE No la entiendo, señora.

CATALINA Vilezas del lenguaje imbécil.

LONGUEVILLE Partamos el enigma cual jugosa naranja.

CATALINA Yo no quiero convertirme en su media naranja.

Usted se la pele y se la coma entera, ¡cuernos!

LONGUEVILLE

Cuidado. No se embrome con sus propias bromas lelas.

Y ahora menta cuernos. ¡Ni lo sueñe!

CATALINA Si un novillo se muere, no le crecen las astas.

LONGUEVILLE Hablemos en secreto antes de que se muera. Y basta.

CATALINA Muja bajito. No vaya a oírlo el carnicero.

BOYET La lengua de estas muchachas burlonas
es afilada como una navaja;
corta cabellos diminutos, invisibles.
Su voz es más sutil que el sonido más tenue.
Sus flechas vuelan más rápido que el viento,
que los dardos, las balas y hasta el pensamiento.

ROSALINA ¡Basta ya de palabras! ¡Se acabó lo que se daba!

BIRÓN Hicimos el ridículo. Nos han aplatanado.

REY Están un poco memas. Adiós, mentes sumarias.

*Salen el REY, los caballeros y los moros.
Las damas se desenmascaran.*

PRINCESA Docenas de *adieux*, helados moscovitas.
¿Son estos los ingenios?

BOYET Son velas que, a soplidos, ustedes apagaron.

ROSALINA Gente de mente roma, gruesa, gorda, obesa.

PRINCESA Mente del rey ¡tan gruesa! Y sus respuestas memas.
¿Tendrán el coraje de ultimarse esta noche?
¿O volverán a vernos sin disfraces?
Al listo de Birón lo dejé patidifuso.

ROSALINA Quedaron lamentables. El rey balbuceaba
procurando decir algo bueno.

PRINCESA Y el bueno de Birón perdió los papeles.

MARÍA A Dumaine yo lo tuve rendido
con la espada inofensiva como espátula.

CATALINA Longueville pretendía engatusarme.
¿Saben cómo me llamaba?

PRINCESA ¿Desalmada, tal vez?

CATALINA Algo de eso.

PRINCESA Lo dejaste desarmado.

ROSALINA A veces ocurre que hasta los más listos
crían orejas de burro. Escuchen la mejor:
¡tengo al rey como guardia jurado!

PRINCESA Y yo a Birón lo tengo como alfombra.

MARÍA Dumaine me pertenece, como corteza al árbol.

BOYET Al tanto, señora y señoritas.

Estas gentes volverán enseguida,
sin disfraces. De curarse de la afrenta
recibida, los veo incapaces.

PRINCESA ¿Reemprenderán?

BOYET ¡Lo harán! ¡Lo harán!

Retozando contentos, aunque un poco cojitos
porque están reventados.
Cambien los regalos y, cuando reaparezcan,
revienten también ustedes, esta vez como flores
en el tibio verano.

PRINCESA Me revienta que diga cosas que no entiendo.

BOYET Una dama con careta es una rosa con capullo.

Al desenmascararse se muestra
y sus pétalos, que estallan,
dejan a las nubes perplejas.

PRINCESA Me deja usted de una talla. ¿Qué hacemos,
si se declaran a cara descubierta?

ROSALINA ¿Podría sugerirle, si vienen desvelados,
que sigamos la broma? Lamentémonos
de que nos visitaran unos locos
disfrazados de moscovitas. Preguntemos
quiénes eran, con qué motivo vinieron
a hacer mala comedia al campamento,
una escenografía desastrosa,
vestidos con roñosa indumentaria.

BOYET Esfúmense, señoras, que llegan los galanes.

PRINCESA Deprisa, al corralito, como tiernas gacelas.

*Salen la PRINCESA y sus damas.
Entran el REY y sus señores con sus ropas habituales.*

REY Buenos días, ¿dónde está la princesa?

BOYET Se marchó a su cotarro. ¿Qué desea
el señor encargarle a mi dama?

REY Que me conceda una audiencia de pocas palabras.

BOYET Lo haré, señor, y ella también, lo sé.

BIRÓN Este picotea cacumen como un pichón el grano
y lo devuelve con toscos vozarrón de mercado.
Vende sus mañas como quien va de puerta en puerta,
detallista de fiestas, de kermeses, de ferias.
Los que somos, de veras, mayoristas del genio
no sabemos, ¡desgracia!, complacer a su gremio.
Creo que tiene en el bolsillo a semejantes damas:
¡pobres Evas de un Adán que les ha salido rana!
Se pavonea con pulidas maneras,
se inclina ante sí mismo y se pondera.
El señor carilindo, de su espejo un esclavo,
putea con decoro cuando pierde a los dados.
Experto en medianías, no es tenor y no es bajo,
ni es brillante, ni mate, con barniz ni opaco.
Las damas de la corte le prodigan mohínes.
Los peldaños que pisa le besan los botines.
Sonríe sin pensarlo, como una calavera
y exhibe complacido sus dientes de ballena.
Seduca a los oyentes su parloteo abstracto.
¿Será que fluye miel de su lengua de trapo?

REY Que la lengua meliflua se le llene de granos,
por no dejar hablar al servidor de Armado.

*Entran las damas,
con BOYET.*

BIRÓN Ya llegan. A cuidar el protocolo.

¡Quién lo ha visto y quién lo ve, al privado este!

REY Un granizo de placer, Señoría.

PRINCESA El diluvio por siempre es todo mío.

REY Cuide más, en lo posible, la prosodia.

PRINCESA Y en lo posible, limite usted la prosopopeya.

REY Estamos de visita a fin de proponerles
que vengan con nosotros a la corte.

PRINCESA ¡Dios me libre! Yo seguiré en el campo
y usted guarde su voto.

Ni a Dios ni a mí nos gusta ir de un caballo al otro.

REY No me atribuya a mí lo que usted ha provocado.

Es en virtud de sus ojos que revoco lo pactado.

PRINCESA No maltrate la lengua. Hable mejor de vicio.

La virtud nunca saca las promesas de quicio.

Por mi honor de doncella, más puro que las flores,
no quiero aposentarme en su perjura corte.

Me niego a compincharme con gente sin palabra.

Rehúso atormentarme entrando en esa casa.

Usted, que fue sincero jurando celibato,
dígame, de verdad, si merezco este trato.

REY Es que están viviendo ustedes en un terrible páramo.

¡Vergüenza! Nadie las ve ni viene a visitarlas.

PRINCESA No lo crea, señor. Se equivoca.

Tenemos pasatiempos, nos sobran diversiones.

Acaba de marcharse una banda de rusos.

REY ¿De rusos, señora?

PRINCESA Eso dije, en efecto.

Galanes requintados, corteses hasta el techo.

ROSALINA Mi ama no habla en serio. Nada de eso ha pasado.

Siguiendo los modales hoy día acostumbrados,
ella intenta elogiar lo que es muy criticable.

Las cuatro que aquí estamos hemos sido afrontadas
durante una hora por rusos despreciables.

Hablaban por los codos, decían tonterías.

y aún resuena aquí su cháchara vacía.

Yo me atrevo, Excelencia, a llamarles tarados.

Son de esos que babea cuando toman del vaso.

BIRÓN Esta broma, mi amiga, me parece muy dura.

Su maña hace infantiles las maneras maduras.

Cuando miro las brillantes pupilas del cielo,
su fulgor excesivo deja a los míos ciegos.

Ante su opulencia intelectual,

se me aparece imbécil mi gris sabiduría

y mi mejor tesoro, miserable desdoro.

ROSALINA Eso lo prueba sabio y rico. A mis ojos...

BIRÓN ... soy un imbécil cargado de pobreza.

ROSALINA A confesión de parte, no se precisan pruebas.

Sería redundante que mi lengua añadiera.

BIRÓN ¡Soy suyo, con todo lo que tengo!

ROSALINA ¿Mío, todo este loco?

BIRÓN Lo que es todo no es poco.

ROSALINA ¿Cuál máscara era la suya?

BIRÓN ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Qué máscara?

¿Qué preguntas son esas?

ROSALINA No siga con pretextos:

hace un rato, aquí mismo,
resaltando lo hermoso, ocultaban lo feo.

REY ¡Nos han descaretado! Se ríen de lo lindo.

DUMAINE (*Aparte, al REY.*)

Podemos confesarlo, tomarlo todo a broma.

PRINCESA Señor, ¿qué le sucede? ¿Y esa cara tan triste?

ROSALINA ¡Que le froten las sienes! Este se nos desploma.

Le ha dado algún mareo típico de Moscovia.

BIRÓN Cuando los astros se vengan de un perjurio,

¿quién se atreve a poner cara de duro?

Aquí me tiene, blanco de sus dardos,
carnaza de su ingenio, trofeo de su escarnio.

Taladre su caletre mi estúpida ignorancia.

Tróceme de a poco con sus frases mordaces.

Nunca jamás la sacaré a bailar,
ni vestido de ruso le formaré pasillo.

Ni quiero permitir que mi pluma le escriba
versitos candorosos como un niño de escuela.

No usaré subterfugios para venir a verla.

Ni cantaré del arpista la tonadilla ciega.

Expresiones de raso, facundia de tafeta,
retórica brocada, sensaciones de seda,

pedantes frotamientos: son moscas veraniegas
que hospedan sus gusanos en la lana de oveja.

En este mismo instante, juro solemnemente,

por este guante blanco de esta mano de nieve,
que ahora mi lenguaje será el del Evangelio,
hecho de Osíes muy llanos, hecho de Onóes y caseros.
Como prueba de lo cual, aquí yo le declaro
que mi amor es fundado, *sans* grietas ni forados.

ROSALINA Sin Osans, se lo suplico.

BIRÓN Quedan todavía restos de los viejos furores.

Este enfermo necesita tolerancia.

Mejoraré de a poco. De los otros señores
escriba lo siguiente: «Dios los tenga en su gracia».

El morbo del flirteo, como peste que ataca,
por los ojos de ustedes va imponiendo la plaga:
carne de sarampión, catarros, picaduras
que a usted también le pican. ¡Lo noto por sus marcas!

PRINCESA Los regalos marca alguna parece que han dejado.

BIRÓN Dénnos el alta. Les ruego, no nos dejen marcados.

ROSALINA La baja, les daremos. ¿Cómo puede prescribir
un proceso febril apenas comenzado?

BIRÓN De usted no quiero marcas ni fiebres; ningún trato.

ROSALINA De usted no quiero roces, ni picor, ni catarro.

BIRÓN (*A los señores.*)

Hablen por cuenta propia. Se me acabó la cuerda.

REY Enséñeme, señora, alguna buena excusa
que sirva para enmendar mis errores.

PRINCESA La confesión ayuda.

¿No vino usted antes a verme disfrazado?

REY De ruso.

PRINCESA ¿Lo había premeditado?

REY Sin duda.

PRINCESA Y cuando aquí rondaba,

¿qué cuchicheaba usted al oído de su amada?

REY Lo mucho que la quiero y que la aprecio.

PRINCESA Si ella le toma la palabra,

usted le perderá el respeto.

REY Juro que nunca.

PRINCESA Deténgase, le ruego.

Ya perjuró una vez, no perjure de nuevo.

REY Desprécieme si quiebro esta promesa.

PRINCESA Con tal que la mantenga... Rosalina,
aquel ruso, ¿qué le chusmeó a la oreja?

ROSALINA Juró que me quería,
más que a la niña de sus ojos.
Y que me valoraba más que a todo
el oro del universo. Y que se casaría
conmigo, con tal de no morir de amores.

PRINCESA ¡Que Dios le sea propicio! El caballero
cumplirá su voto con esmero.

REY ¿Qué dice usted, señora? Mi garganta
jamás juró tal cosa por tal dama.

ROSALINA Juró, señor. Y, en garantía,
usted me dio este don. Se lo devuelvo.

REY Le di mi amor y mis recuerdos
a quien llevaba esta joya en la sisa.

PRINCESA Ella tenía la joya en su camisa.
Y a quien Birón cortejaba era a mí, servidora.

A BIRÓN.

Le devuelvo su perla, si ya no me quiere.

BIRÓN Ni una cosa ni otra. Renuncio, porque huelo
que hemos sido engañados. Fuimos simple señuelo
de trampas cocidas de antemano
con aderezos de farsa navideña.
¡Quién sabe qué soplón, lameculos, orate,
chismorriente, parásito, ordinario,
cachetón que conoce las mañas
para entretener a la señora
cuando ella tiene ganas,
les contó nuestro secreto a escondidas!
El hecho es que cambiaron sus presentes

y cada cual se equivocó de dama.
Amontonando errores sobre errores,
desgajamos perjurios como si fueran flores.

A BOYET.

¡Y usted va haciendo de alcahuete,
agregando a la traición este terror de muerte!
Usted, que con las damas tiene tan buen calce,
para bromas de alcoba muestra el arte,
sobándoles los pies, obsequioso y galante,
ocupado en desmontarnos nuestros planes.
Destripó al pobre chico. De acuerdo.
Ahora reviente, mariquita, póngase enaguas.
¿Me mira de rabillo? Sus ojos hieren menos
que espada de cartón o un mango de paraguas.

BOYET Siga, tiovivo, siga.

Esmerado galopito de picadero.

BIRÓN Este sigue arremetiendo. Yo me voy al mazo.

Entra el rústico BOTOTO.

Bienvenido, don mañas.

Ven a separar a estos dos combatientes.

BOTOTO Quiero saber, señor,
si los tres titanes van a venir o no.

BIRÓN ¿Solo son tres?

BOTOTO Será cosa muy fina,
cada uno percentando a tres.

BIRÓN A los dados, tres tres son nueve.

BOTOTO No, señor. Salvo error, lo mejor es que no.
No estamos locos y sabemos lo que queremos.
Tres dados de tres, señor...

BIRÓN ¿... no son nueve?

BOTOTO Salvo error, mi señor.
Nosotros sabemos que tanto montan...

BIRÓN ... montan tanto, tres tríos como nueve tantos.

BOTOTO Sería una desgracia que tuviera

que ganarse la vida haciendo cuentas.

BIRÓN Entonces, ¿cuántos tantos?

BOTOTO Tantos cuantos cuentos cuenten las partidas contendientes. Digo que los actores mostrarán cuánto importa. Mi parte, por su parte, será contarle por partida doble: un perfecto pobrecito enorme; Pomponio el grande, hombre.

BIRÓN ¿Usted, un titán?

BOTOTO A ellos se les antoja tanto verme tan titán como a Pompeyo. Por mi parte, desconozco su grado de titanidad, pero tomo el partido de representarlo.

BIRÓN Ve a decirles que se preparen.

BOTOTO Verá qué bien llevamos el asunto. Seremos cuidadosos.

Sale.

REY Birón, van a cubrimos de vergüenza.

Impida que se acerquen.

BIRÓN Ya estamos curtidos de bochorno.

¿No es astuto ofrecer una función
aún más mala que la anterior
del rey y sus amigos?

REY Ya verá que las damas no vienen.

PRINCESA Permítame, señor, que lo corrija.

Ciertos juegos gustan más que otros,
por motivos que ignoro.

Si solo busca contentar, eso se paga:
todo esmero excesivo estropea la gracia.
En cambio, si pretende expresar algo serio,
provocará estruendos de risa involuntaria.

BIRÓN Descripción acertada, mi señor, de nuestra mascarada.

Entra el chulo ARMADO.

ARMADO (Al REY.) Al real y dulce aliento de mi ungido imploro la licencia de emitir unas pocas palabras.

ARMADO y el REY hablan aparte.

PRINCESA ¿Este hombre está al servicio de Dios?

BIRÓN ¿Por qué me lo pregunta?

PRINCESA Porque no habla en cristiano.

ARMADO Es parigual, parecido o inívoco, hermoso monarca, dulce como la miel. Le juro que ese maestro es excesivamente excéntrico, extraordinariamente extravertido, extremosamente extemporáneo. Pero arriesguemos todo, como dicen, «a la fortuna de la guerra». Y, mientras tanto, reciba usted mi más surtido acoplamiento.

Sale.

REY Vamos a presenciar un duelo de titanes. Este le presenta a Héctor de Troya. El patán al gran Pompeyo. El curita hace de Alejandro. De Hércules se encarga el sirviente de Armado, y el pedante de judas Macabeo. Si no atinan con el tono y patinan o se empantanan, lo intentarán de nuevo trajeados de los cinco restantes.

BIRÓN Son cinco en la primera parte.

REY Nada de eso.

BIRÓN El chulo, el pedante, el cura, el bufón y el criado.

Si elimina a estos cinco, le queda un cubilete sin dados.

REY Habrá que zambullirse.

Por cierto, que aquí viene el barco insignia,
navegando a toda braza.

Entra BOTOTO, vestido de POMPEYO.

BOTOTO (*Como POMPEYO.*) Soy Pompeyo...

BOYET No hace falta.

BOTOTO (*Como POMPEYO.*) Soy Pompeyo...

BOYET ¿Y esa piel de leopardo en la falda?

¿No corresponde al escudo?

BIRÓN Bien dicho, viejo bromista. Tú y yo podríamos ser amigos.

BOTOTO (*Como POMPEYO.*)

Soy Pompeyo. Pompeyo, al que llaman el gordo.

DUMAINE «¡El grande!»

BOTOTO ¡Eso sí que es grande!

Como POMPEYO.

Pompeyo, al que llaman el grande.

A veces en el campo de honor, con mis manos,
hago sudar la gota gorda a rivales jadeantes.
Viajando por la costa, sin saber a qué hora,
llegué hasta aquí, señora, deponiendo estas armas,
antes las dulces plantas de una dama de Francia.

A la PRINCESA.

Si se digna decirme «muchas gracias», Pompeyo ha terminado.

PRINCESA ¡Gran Pompeyo! ¡Qué gracia!

BOTOTO Gracias que ya ha pasado. Lo he pasado perfecto. Lo he pasado pisado.

BIRÓN Apuesto la camisa a que Pompeyo es el mejor titán.

*BOTOTO queda aparte.
Entra NATANIEL, como ALEJANDRO.*

NATANIEL (*Como ALEJANDRO.*)

Cuando viví en el mundo, comandaba este mundo.
Desparramé mi fuerza al norte y sur, al este y al oeste.
Mi escudo certifica que yo soy Prolijando.

BOYET Su nariz no es prolija. Es muy recta y no huele las rosas.

BIRÓN (*A BOYET.*) Su nariz desvalija el arcón de perfumes preciosos.

PRINCESA No distraigan a Alejandro. Proceda, mi comandante.

NATANIEL (*Como ALEJANDRO.*)

Cuando viví en el mundo, comandaba este mundo.

BOYET Eras el mismo Palisandro.

BIRÓN (*A BOTOTO.*) Pompeyo el grande.

BOTOTO Su servidor. Y botijo.

BIRÓN Saque a ese conquistante. Me lo va alejando.

BOTOTO (*A NATANIEL.*) Ha acabado alisando al mismísimo conquistador. En castigo le quitarán su traje de león, esa fiera sentada en la letrina con un hacha en la mano. Se lo darán a Áyax, quien hará de noveno titán, con mayor pulimiento. ¿Dónde se ha visto un conquistador que pierde el habla? Salga huyendo, Alijando.

Sale NATANIEL.

Pese a quien pese, es un pobre diablo sin malicia; no mata ni una mosca. Mírenlo aquí, todo escaldado. Un vecino excelente, un buen contribuyente.

Pero no le da el cuero para hacer de Alijando. Ahí vienen más titanes. A ver si hacen mejor papel.

PRINCESA Hágase a un lado, buen Pompeyo.

*Entra HOLOFERNES como JUDAS.
Entra PELUSA como HÉRCULES.*

HOLOFERNES Este pinganillo hace de Hércules,
cuya clava mató a Cerbero, tricéfalo *canis*.
Un *infans*, un crío, un gurrumín,
estranguló serpientes con sus *manus*.
Quoniam aquí aparece en franca minoría,
ergo adelanto una buena apología.

A PELUSA.

A ver si sales dignamente y luego te evaporas.

Sale PELUSA.

HOLOFERNES (*Como JUDAS.*) Soy Judas...

DUMAINE ¿Un judas?

HOLOFERNES No Iscariote, señor.

Como JUDAS.

Soy Judas, de apellido Macabeo.

DUMAINE Macabeo sigue siendo un judas.

BIRÓN Un traidor besuquero. ¿Cómo lo llevas, judas?

HOLOFERNES (*Como JUDAS.*) Soy Judas...

DUMAINE Vergüenza debiera darte.

HOLOFERNES ¿De qué va?

DUMAINE Judas es el que se cuelga.

HOLOFERNES Comience usted, señor, que es el más alto.

BIRÓN Un buen comienzo. Judas se colgó de más arriba.

HOLOFERNES No tengo cara para tanto.

BIRÓN La cara ya la has perdido.

HOLOFERNES (*Se señala a sí mismo.*) ¿Y esto qué es?

BOYET Un traste de guitarra.

DUMAINE Una cabeza de alfiler.

BIRÓN Un anillo de sello.

LONGUEVILLE Un perfil borroso en una vieja moneda romana.

BOYET El pomo del espadín de César.

DUMAINE Dos tibias cruzadas en un frasco de pólvora.

BIRÓN El perfil de san Jorge en un broche...

DUMAINE ... en un broche de plomo...

BIRÓN ... clavado en el sombrero de un dentista.

Te pusimos de todos los colores.

HOLOFERNES Perdí la cara, pero la tengo roja de bochorno.

BIRÓN No pongas cara de vinagre, que tienes más jeta que un elefante con flemones.

HOLOFERNES ¡Ustedes son unos descarados!

BIRÓN Si de veras fueses un león, no te encaríamos así.

BOYET Pero, como es un asno, que se largue.

BIRÓN ¿El as de Judas? Dale el as que está pidiendo.

Y tú, as de bastos, basta.

HOLOFERNES Esto no es generoso, ni cortés, ni respetuoso.

BOYET Aquí una vela para el señor Judas que oscurece ya, y puede tropezar.

Sale HOLOFERNES.

PRINCESA ¡Pobre Macabeo! ¡Cómo se han cebado!

Entra ARMADO, alardeando de HÉCTOR.

BIRÓN Aquiles, a esconderse, que viene Héctor armado.

DUMAINE Por más que refrene la ironía, ahora viene una buena.

REY Llega este sujeto y arde Troya.

BOYET ¿Este es Héctor?

REY Yo creí que Héctor no era tan maceteado.

LONGUEVILLE Demasiado jamón para ser Héctor.

DUMAINE La panza le abulta en abundancia.

BOYET Tendría que achicar un poco.

BIRÓN Este no puede ser Héctor.

DUMAINE Es un dios. O un pintor que hace caras.

ARMADO (*Como HÉCTOR.*)

Marte armipotente, de invencibles armadas,
diole a Héctor un don que es mucho más que nada.

DUMAINE ¿Le dio una nuez moscada?

BIRÓN ¡Le dio un limón...

LONGUEVILLE ... relleno de clavos de olor!

DUMAINE ¡Que huelen a claveles de amor!

ARMADO ¡Basta ya!

Como HÉCTOR.

Marte armipotente, de invencibles armadas,
diole a Héctor un don que es mucho más que nada:
lo hizo heredero de Ilión, cierta mañana.
Estaba en buena forma, dispuesto a la pelea,
del alba a la noche, fuera del fuerte, ¡no vean!
Yo soy la flor...

DUMAINE ... de un día.

LONGUEVILLE ... de la canela.

ARMADO Querido Longueville, sofrene usted el caballo.

LONGUEVILLE Más bien aflojo el freno. Usted córrame un galgo.

DUMAINE El Héctor este es una buena liebre.

ARMADO El bravo combatiente ya está muerto y podrido. No remuevan los huesos enterrados. Mientras aún respiraba, era todo un hombre. Ahora vuelvo a mi papel. (*A la PRINCESA.*) Dulce tallo real, obsequie a mis palabras el don de sus oídos.

BIRÓN da un paso adelante.

PRINCESA Prosiga, bravo Héctor. Lo escuchamos con placer.

ARMADO Me encantan las babuchas que calza esta gran dama.

BOYET (*Aparte, a DUMAINE.*) La ama por las jambas.

DUMAINE (*Aparte, a BOYET.*) Por el miembro no podría.

ARMADO (*Como HÉCTOR.*) «Este Héctor aventaja con mucho al célebre Aníbal... Se acabó la fiesta...»

BOTOTO Héctor, camarada, parece que hay una en estado interesante. Ya está de dos meses.

ARMADO ¿Cómo dice?

BOTOTO Le juro. Si su papel de troyano les parece trucado, la pobre chica está perdida. Va rápido la moza. El bebé ya alardea en su barriga. Es de usted, ¿lo sabía?

ARMADO ¿Pretende infamizarme delante de estos portentados? Muérase.

BOTOTO Entonces que azoten a Héctor por preñar a Marujita. Y que después lo ahorquen por matar a Pompeyo.

DUMAINE ¡Pompeyo incomparable!

BOYET ¡Memorable Pompeyo!

BIRÓN ¡Mayor que el gran, que el gran, que el gran Pompeyo! ¡Descomunal Pompeyo!

DUMAINE Héctor tiembla.

BIRÓN Pompeyo se conmueve. Até, deidad maligna, ¡agítalo, provócalo!

DUMAINE Héctor lo va a desafiar.

BIRÓN Si se queda sin sangre de hombre en la barriga, que se coma una pulga.

ARMADO ¡Por el Polo Norte! ¡A pelear si eres hombre!

BOTOTO No me pelearé con el polo, como si fuera un esquimal. Lo haré tajeando, con la espada. Dejen que empuñe las armas.

DUMAINE Abran cancha a dos titanes sulfurosos.

BOTOTO Pelearé en mangas de camisa.

DUMAINE ¡Qué valiente, Pompeyo!

PELUSA (*Aparte, a ARMADO.*) Mejor, señor, baje los humos. ¿No ve que Pompeyo se desviste para pelear? No se le ocurra emparejarlo. Su fama caería por los suelos.

ARMADO Señores y soldados, sírvanse disculparme. No pelearé en camisa.

DUMAINE No puede escabullirse. Es Pompeyo el que lo desafía.

ARMADO Puedo y quiero, gente noble.

BIRÓN ¿Por qué motivo, pues?

ARMADO ¿La desnuda verdad? Porque no llevo camisa. Sólo chaqueta, como penitencia.

PELUSA Es cierto. En Roma se la han puesto por causa de penuria. Desde entonces, lo juro, solo gasta un paño de cocina que le dio Marujita. Cerca del corazón lo lleva, como reliquia.

Entra MERCADÉ, un mensajero.

MERCADÉ Dios la guarde, señora.

PRINCESA Bienvenido, Mercadé. ¿Por qué irrumpe y corta un momento tan divertido?

MERCADÉ Lo siento, mi señora. La noticia que trae mi lengua es muy gravosa. El señor rey, su padre...

PRINCESA ¿Muerto? ¡Por mi vida!

MERCADÉ Así es. Ya está dicho.

BIRÓN Fuera de aquí, titanes. De pronto, el escenario se ha puesto muy sombrío.

ARMADO Por mi parte, reconozco que recobro el resuello. Si se me permite mirar por el ojo de la cerradura del ingenio, considero que más vale burro vivo que león muerto.

Salen los titanes.

REY Majestad, ¿cómo se encuentra?

REINA Boyet, prepare todo. Nos vamos esta noche.

REY Señora, le suplico, no tan pronto.

REINA Prepare lo que dije. Muchas gracias, señores, por ser tan comedidos. Y les pido, ya inmersa en un dolor que me domina, que pasen por alto si excesivas fueron las libertades que tomamos. Solo a la bondad de ustedes, caballeros, se debió que les tomáramos el pelo. Adiós. Por la conversación, mil gracias; un corazón herido no se excede en palabras.

Ni ahora quiero extenderme agradeciendo
lo que tan fácilmente concedieron.

REY Cuando el tiempo para tomar decisiones
graves es demasiado breve, con frecuencia
encadena las cosas al ritmo de su prisa,
sin dejar que maduren los arbitrios mejores.
Aunque el alma dolida de una hija
rechace la facundia del cortejo amoroso,
la corte es más sagrada que todos los pesares
y el amor hace valer argumentos capaces
de expulsar a empujones las brumas dolorosas,
sin confundir su objeto. Llorar a los perdidos
es menos saludable que, de nuevos amigos,
encontrados después, congratularse.

REINA No lo entiendo, y eso duplica mi pena.

BIRÓN El habla franca perfora los tímpanos doloridos.
Espero que se entienda la intención de mi rey.
Mucho nos entretuvimos por ustedes,
faltando a nuestros votos. Su belleza, señoras,
nos ha descaminado. Nos hemos conducido
de forma opuesta a nuestras intenciones.
Si ridículos les hemos parecido,
es que el amor nos hace extravagantes,
niños caprichosos, inestables y frívolos.
Son los ojos los que el amor inventan. Y como ellos,
él luce hábitos extraños y cobra formas curiosas.
Su alma es veleidosa, como ojos que divagan
paseando la mirada de un objeto a otro objeto.
Los mismos ojos hechiceros
que nos vieron perjurar de nuestro voto
son aquellos que, a pesar de nuestro celo,
se fijaron, tentadores, en nosotros,
dando a los rasgos del amor diez mil colores.
Somos responsables de nuestro descarrío.
Séanlo ustedes de haberlo provocado.
Fuimos falsos, pero ahora somos fieles
a ustedes, por quienes a la vez
nos hemos hecho amantes y perjuros.
Y, aunque toda traición es un pecado,
la pasión es más fuerte y la llena de gracia.

REINA Hemos recibido dulces cartas de amor
y valiosos regalos como embajadores.
Nosotras creíamos que de simple galanteo
se trataba, de bromas, de etiqueta,
de un pasatiempo cortés y algo pedante.
La verdad, no pensamos tomarlo muy en serio.
Hemos acogido todos esos gestos
tal como se mostraban: una pura chacota.

DUMAINE Nuestras cartas, señora, no hablaban en broma.

LONGUEVILLE Tampoco nuestras miradas.

ROSALINA No lo juzgues así.

REY Ahora que ha llegado el instante supremo,
concedánnos amarlas.

REINA El tiempo, creo, es corto
para negociar un contrato duradero.
Con tanta parla han acabado por saltarse
las barreras del voto. ¡Y ahora sale con esto!
Si por amor (las causas se me escapan)
usted quiere hacer algo,
puesto que en promesas ya no creo,
sométase al veredicto de los actos.
Vaya a una ermita solitaria y desnuda,
ajena a los gozos de este mundo.
Viva allí hasta que los signos celestiales,
al cabo de un año, depositen su fruto.
Si una vida tan austera y alejada
no modifica su oferta amorosa,
si el ayuno y el frío, la pobre morada
y la ropa ordinaria
no marchitan la flor de esta nueva promesa,
si la flor sobrevive a tantas asperezas,
al expirar el plazo puede usted cortejarme,
apoyado en sus merecimientos. Para entonces,
por la luz que me alumbraba, seré toda suya.
Desde ahora, en una casa de retiro,
yo quiero llorar mi pena
recordando la muerte de mi padre.
Si no acepta, nuestras manos podrán separarse,
sin compromiso por ninguna de las partes.

REY Si esto, o más que esto, rechazara,
para darle descanso a mi alma agitada,
que la muerte me lleve a su regazo.
Mi corazón es suyo. Ya soy un ermitaño.

Hablan aparte.

DUMAINE (A CATALINA.) Mi amor, ¿qué quiere usted de mí?
¿Será mi esposa?

CATALINA Primero
quiero que sea todo un hombre:
confiable, robusto y con barba.
Deseo amarlo y dedicarme
a ese hombre por entero.

DUMAINE ¿Puedo decir: «Gracias, esposa mía»?

CATALINA No todavía. Durante doce meses y un día
ha de abstenerse de suspiros, piropos o cortejos.
Vuelva cuando vuelva el rey por mi señora.
Yo le daré la parte que le toque,
si para entonces sigo sintiendo afecto.

DUMAINE Hasta entonces le seré leal y fiel.

CATALINA No jure, no sea que reniegue de nuevo.

Hablan aparte.

LONGUEVILLE ¿Qué dice usted, María?

MARÍA Digo que de aquí a doce meses,
quizá cambiara por un amante este luto.

LONGUEVILLE Esperaré paciente. ¡Pero el plazo es muy largo!

MARÍA Largo como usted. ¡Pocos tienen su altura!

Hablan aparte.

BIRÓN (A ROSALINA.)
¿Qué medita, mi dama? Mire con qué humildad serena
estos ojos, espejos de mi alma,
esperan la respuesta de sus labios.
Pruébeme a su antojo para certificar mis sentimientos.

ROSALINA ¡Tantas cosas de Birón había oído
antes de conocerlo! Las lenguas cuentan

que usted es un hombre lleno de sarcasmos,
de pataditas y caricaturas,
que con la cicuta de su ingenio amargo,
a sus víctimas ultima en forma cruenta.
Para arrancar hierbas tan malas
de un jardín que es empero hermoso y florido,
y de paso abrir la puerta que lo conduzca al mío,
durante un año visite, cada día,
a los viejos enfermos que quedaron sin habla
y a los pobres que gimen: ofrézcales su charla,
haga reír a los gruñones y pensar a los patanes.
Sin esta condición no volverá a mi lado.

BIRÓN ¿Hacer reír en la antesala de la muerte?

No puede ser. ¡Quién se le ocurre!

No hay júbilo en la agonía de la gente.

ROSALINA Es la forma de aplacar a un espíritu mordaz

azuzado por necios que lo aplauden a rabiar.

La suerte de una gracia depende del oído

de quien la escucha, y nunca de la lengua

del que la profiere. Si entonces los enfermos,

sordos por los gemidos de sus padecimientos,

consienten en oír sus chuscas levedades,

siga usted adelante: yo aceptaré el defecto.

En cambio, si rechazan esa clase de ingenio,

renuncie a unos modos demasiado rumbosos.

Al reencontrarlo, libre de esta plaga,

su mejoría me parecerá muy grata.

BIRÓN ¿Doce meses? Caiga quien caiga,

¡me llamarán regocijo de hospitales!

REINA (*Al REY.*) Dulce señor, con esto me despido.

REY Las acompañamos parte del camino.

BIRÓN Nuestros juegos no se acaban como en viejas comedias: en esta, cada oveja
quedó sin su pareja.

El deporte del amor no se juega riendo.

REY Venga, señores, doce meses y un día.

Después, la cosa acaba.

BIRÓN Muy largo para un juego.

Entra ARMADO, de chulo.

ARMADO (*Al REY.*) Su Mayestática, permítame.

REINA ¿Este no era Héctor?

DUMAINE El titán, el troyano.

ARMADO Besaré dedos reales,
y enseguida marchareme.
Conjurado que estoy, prometí a Marujita
empuñar por su amor tres años el arado.
Pero antes, su estimadísima, solicito
que escuche la conseja que unos hombres sapientes
en honor del búho y del cuclillo compilaron.
Un buen epílogo para nuestro espectáculo.

REY Que vengan enseguida. Escucharemos.

ARMADO Acérquense.

*Entran HOLOFERNES, NATANIEL, BOTOTO, PELUSA,
CIRUELO, MARUJITA y otros.*

De este lado, el invierno.
Y aquí la primavera. Uno representado por el búho.
La otra por el cuco. Empezar, primavera.

PRIMAVERA (*Canta.*)

Las rosas espejean, las violetas susurran,
las margaritas mezclan de amarillo su albura.
Pimpollos de alhelíes de matices variados,
colores mañaneros en los húmedos prados.
Y el cuco que se burla, en las ramas de un árbol,
del engaño que sufren muchos hombres casados.
¡No le cantes, cuclillo, a quien sufre temores
de que la primavera le robe sus amores!

Flautas de pastores por los campos de avena,
alondras cantarinas jugueteando en las huellas,
tortolitos y cuervos y cornejas y grajos
y doncellas que llevan delantales gastados.
Y el cuco que se burla, en las ramas de un árbol,
del engaño que sufren muchos hombres casados.
¡No le cantes, cuclillo, a quien sufre temores
de que la primavera le robe sus amores!

INVIERNO (*Canta.*)

Carámbanos en fila, por la cima del techo.
Un pastor que se sopla la punta de los dedos,
mientras otro transporta a la sala unos leños,
y la leche se escarcha en sus tachos de hierro.
Los hombres se congelan y pierden el camino.
Para ellos canta el búho, y entretanto repite:
sitú-nitu, quitú-nitu, con su voz melodiosa.
Y dentro, algún puchero preparan las esposas.

Ruidoso sopla el viento mientras en la capilla,
entre toses y achises el cura dice misa.
Pájaras empollando, sentadas en la nieve,
mujeres con narices rosadas que se llueven.
Manzanitas asadas y un poco de comino.
Para ellos canta el búho, y entretanto repite:
sitú-nitu, quitú-nitu, con su silbo melodioso.
Y dentro aquel puchero se comen los esposos.

ARMADO Las voces de Mercurio parecen desabridas,
después de tan sabrosa balada, y apolínea.
Ustedes, por favor, despejen por allí,
que nosotros saldremos por las puertas de aquí.

Salen todos.



SUEÑO DE NOCHE DE VERANO

*versión de
Agustín García Calvo*

Anterior a 1598, probablemente escrita entre 1595 y 1596. Edición en Cuarto de 1600 y reimpresión (Segundo Cuarto) en 1619, en la que se basa, con algunas modificaciones, la edición del Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

TESEO, duque de Atenas

EGEO, padre de Hermia

LISANDRO, enamorados de Hermia

DEMETRIO, enamorados de Hermia

FILÓSTRATO, maestro de ceremonias de Teseo

MEMBRILLO (*Quince*), carpintero

JUSTÍN (*Snug*), ebanista

SENTAJO (*Bottom*), tejedor

FLAUTÍN (*Flute*), remienda-fuelles

MORROS (*Snout*), estañador

HAMBRÓN (*Starveling*), sastre

HIPÓLITA, reina de las Amazonas, desposada con Teseo

HERMIA, hija de Egeo, enamorada de Lisandro

HELENA, enamorada de Demetrio

OBERÓN, rey de las hadas

TITANIA, reina de las hadas

COQUITO (*Puck o Robin Goodfellow*), duende

FREJOLILLO, hada

TELARAÑA, hada

POLILLA, hada

MOSTACILLA, hada

PÍRAMO, personajes en el interludio, representado por los patanes

TISBE, personajes en el interludio, representado por los patanes

PARED, personajes en el interludio, representado por los patanes

CLARO-DE-LUNA, personajes en el interludio, representado por los patanes

LEÓN, personajes en el interludio, representado por los patanes

Otras HADAS del séquito de su rey y reina

ACOMPAÑANTES de Hipólita y Teseo

Escena: en Atenas y en un bosque de sus cercanías

PRIMER ACTO

ESCENA I

Atenas. El palacio de Teseo. Entran TESEO, HIPÓLITA, FILÓSTRATO y ACOMPAÑANTES.

TESEO Ahora, hermosa Hipólita, nuestra hora nupcial se acerca poco a poco. Cuatro faustos días dan luna nueva. Pero, a mi ver, ¡oh, cuán despacio muere esta vieja luna! Aplaza mis deseos como madrastra o viuda acaudalada en quien se marchita el capital de un joven heredero.

HIPÓLITA Cuatro días bien pronto se hundirán en noche; cuatro noches bien pronto harán del tiempo un sueño; y la luna entonces, como arco recién tenso de plata allá en el cielo, mirará la noche de nuestro enlace.

TESEO Ea, ve, Filóstrato: mueve a la juventud de Atenas a la fiesta; despierta el franco, el vivo espíritu del gozo; envía a la melancolía a los entierros: pálido acompañante no entra en mi cortejo.

Sale FILÓSTRATO.

Hipólita, te he conquistado con mi espada y tu amor he ganado a fuerza de ofenderte; pero al son de otra música te haré mi esposa, con toda gala y regocijos y alborozos.

Entran EGEO y su hija HERMIA, LISANDRO y DEMETRIO.

EGEO ¡Feliz sea Teseo, nuestro ilustre duque!

TESEO Gracias, mi buen Egeo. ¿Qué te trae de nuevo?

EGEO Lleno de irritación acudo y con querella contra mi propia sangre, contra mi hija Hermia. Avanza aquí, Demetrio. Gran señor: este hombre tiene mi consentimiento para desposarla. Avanza aquí, Lisandro. Y este, gentil duque, el corazón ha enhechizado de mi niña.

Tú, tú, Lisandro, le has mandado versos, tú
prendas de amor trocado con mi niña, tú
a la luz cantabas de la luna a su ventana
con tierna voz endechas de fingido amor,
y le has robado el sello de su fantasía
con dijes de tu pelo, anillos, fruslerías,
primores, dulces, ramilletes, bagatelas,
eficaces embajadas a un alma inexperta.
Con artimaña hurtaste el corazón de mi hija,
tornaste su obediencia, que es a mí debida,
en tozuda aspereza. En fin, mi noble duque:
que en caso que ella aquí ante vuestra gracia no
consienta en desposarse con Demetrio, yo
reclamo el privilegio antiguo entre nosotros:
como ella es mía, puedo disponer de ella:
lo cual será o bien para este gentilhombre
o bien para la muerte, por la ley de Atenas
prevista de inmediato en caso semejante.

TESEO ¿Qué dices, Hermia? Sé discreta, hermosa niña:
para ti tu padre debe ser igual que un dios,
él, que compuso tu hermosura, y para quien
tú no eres otra cosa que una forma en cera
por él impresa, y dentro está de su poder
dejarle la figura o bien desfigurarla.
Demetrio es un caballero de alta estima.

HERMIA También lo es Lisandro.

TESEO En sí, también lo es;
pero en esto, al no tener el voto de tu padre,
el otro debe ser tenido por mejor.

HERMIA Querría que mi padre viera con mis ojos.

TESEO Más bien tus ojos deben con su juicio ver.

HERMIA Merezca yo que vuestra gracia me perdone:
no sé por qué poder me he vuelto tan osada,
ni cómo puede biendecir con mi modestia
abogar en tal presencia por mis pensamientos;
pero pido a vuestra gracia que saber me haga
lo peor que puede sucederme en este caso
si llego a rehusar casarme con Demetrio.

TESEO O bien sufrir la muerte o renunciar, si no,
a toda sociedad humana para siempre.
Por tanto, hermosa Hermia, estudia tus deseos,
tu juventud consulta, mira bien tu sangre,
y ve si, al no ceder a la elección de un padre,
podrás sobrellevar un hábito de monja,
estar por siempre hundida en un sombrío claustro,
vivir, hermana estéril, por tu vida entera
cantando febles himnos a la fría luna.
Benditos los que así su sangre domeñaron
a acometer tal virginal peregrinaje;
pero más feliz en tierra rosa que destilan
que la que con desmayo crece en tallo virgen
y vive y muere en solitaria bendición.

HERMIA Así, señor, yo crezca y viva y muera, antes
que no ceder mi patrimonio virginal
a un señorío a cuyo no querido yugo
mi alma no consiente en dar soberanía.

TESEO Tómame un tiempo. En la cercana luna nueva
(el día de sellar entre mi amor y yo
contrato a compañía siempre duradera)
en ese día o bien prepárate a morir
por desacato a la ordenanza de tu padre
o, si no, a casarte con Demetrio, como él quiere;
o bien en el altar de Diana hacer ofrenda
por siempre de renuncia y solitaria vida.

DEMETRIO Doblégate, dulce Hermia; y tú, Lisandro, cede
tu título averiado a mi derecho cierto.

LISANDRO Tú tienes el amor, Demetrio, de su padre:
déjame a mí el de Hermia, y cástate con él.

EGEO ¡Arrogante Lisandro! Sí, mi amor lo tiene;
y lo que es mío, a él mi amor se lo dará:
conque ella es mía, y todo mi derecho en ella
lo quiero estatuir a nombre de Demetrio.

LISANDRO Yo soy, señor, tan biennacido como él,
tan bien dotado; es mi amor mayor que el suyo;
mi hacienda en todo punto igual de bien dispuesta,
si no en ventaja mía, que la de Demetrio;

y lo que es más que todas esas vanaglorias,
tengo por mí el amor de la preciosa Hermia:
¿por qué no habría, pues, de defender mi causa?
Demetrio (sí, me atrevo a echárselo ahora en cara)
hizo la corte a Helena, hija de Nedar,
y ganó su alma; y ella, tierna dama, loca
loca de amor está, de idolatría loca,
por este hombre denigrado y tornadizo.

TESEO Bien debo confesar que he oído algo de eso,
y con Demetrio ya pensé en hablar del caso;
pero, sobrecargada con asuntos propios,
mi mente lo perdió. Pues bien, Demetrio, ven;
y ven, Egeo; habéis conmigo de veniros:
tengo para ambos cierta plática privada.
Cuanto a ti, hermosa Hermia, mira bien de armarte
a ajustar tu capricho al orden de tu padre;
o, donde no, la ley de Atenas te amenaza
(que en modo alguno nos la hemos de ablandar)
con muerte o con un voto a solitaria vida.
Ven, Hipólita mía. ¿Qué te agrada, amor?
Demetrio, tú, y Egeo, vamos con nosotros.
Os tengo que emplear en ciertas atenciones
con vista a nuestra boda, y aun tratar con ambos
detenidamente en algo que a ambos os atañe.

EGEO En gracia de deber y amor, tras vos seguimos.

Salen todos menos LISANDRO y HERMIA.

LISANDRO ¿Cómo, mi amor? ¿Por qué tan pálida tu mejilla?
¿Cómo tan presto ahí las rosas se marchitan?

HERMIA Por falta, al parecer, de lluvia; y bien podría
de la borrasca de mis ojos complacerlas.

LISANDRO ¡Ay, triste!, que, por cuanto que he leído nunca,
por cuanto nunca oí por cuento o por historia,
curso de fiel amor jamás corrió tranquilo,
no: que ya fuera que hubo diferencia en sangre...

HERMIA ¡Ah, cruz! ¿Tan alto que abajarse ya no pueda?

LISANDRO ... o ya que mal injerto fue en cuanto a los años...

HERMIA ¡Ah, dolor! ¿Tan viejo que prender no pueda en joven?

LISANDRO ... o ya chocó con la elección de los parientes...

HERMIA ¡Ah, infierno! ¡Que se escoja amor por ojos de otro!

LISANDRO o bien, si hubo buen acuerdo en la elección,
ya guerra, enfermedad o muerte a amor asedian,
para hacerlo ser tan momentáneo como un eco,
ligero como sombra, breve como ensueño,
rápido como relámpago en la espesa noche
que en su arrebató tierra y cielo al par despliega
y aun antes que exclamar un hombre pueda «¡Mira!»,
ya las quijadas de la oscuridad lo tragan;
tan presto caen en confusión las claras cosas.

HERMIA Pues, si es que amantes fieles han sufrido siempre
tormento, escrito está en el bando del destino:
aprendamos nuestra prueba a soportar entonces,
pues que ella es un tormento tan de ley debido
al amor como lo son suspiros, sueños, lágrimas
y ansias, pobre séquito de la ilusión.

LISANDRO Buen argumento. Entonces, Hermia, escúchame:
tengo una tía viuda, acaudalada dama,
de grandes rentas, que no tiene hijo alguno.
Su casa está de Atenas como a siete leguas.
Y a mí me mira como a único hijo suyo.
Allí, mi amable Hermia, puedo desposarte,
y ya hasta aquel lugar la ruda ley de Atenas
no puede perseguirnos. Si me quieres, pues,
deja mañana noche la casa de tu padre,
y en el bosque, a una legua fuera de la ciudad,
donde una vez te hallé, a ti y a Helena juntas,
cumpliendo el rito de un amanecer de Mayo,
allí estaré aguardándote.

HERMIA ¡Mi buen Lisandro!,
te juro por el arco más potente de Cupido,
por su mejor saeta de cabeza de oro,
por el candor de las palomas de Afrodita,
por quien las almas entreteje y solicita
al amor, y el fuego en quien Didó la reina ardió
cuando al falaz troyano hacerse al mar lo vio,
por todas las promesas que jamás rompieron
los hombres, que son más que todas las que hicieron

mujeres nunca, que en aquel lugar
donde cita me has dado
mañana, por mi fe, te iré a encontrar.

LISANDRO Guarda promesa, amor. Espera, ahí viene Helena.

Entra HELENA.

HERMIA Dios guarde, hermosa Helena. ¿Adónde presurosa?

HELENA ¿«Hermosa» dices tú? Retira lo de «hermosa».

Tu hermosura amó Demetrio: ¡hermosa tu hermosura!
Tus ojos son su estrella; el aire de tu lengua
más dulce son que a oídos de pastor la alondra
cuando verdea el trigo y brota el agavanzo.
La fiebre es contagiosa: ¡ah, fuéralo la gracia!
de la tuya iría a contagiarme, hermosa Hermia:
mi pelo de tu pelo, mis ojos de tus ojos,
de tu lengua en dulce son mi lengua contagiara.
Fuera mío el mundo entero, menos un Demetrio:
pues todo el resto a tu poder traspasaría.
Ah, enséñame tú cómo miras, con qué arte
el compás del corazón trastornas de Demetrio.

HERMIA Le frunzo el ceño, y sin embargo aún me adora.

HELENA ¡Enseñara arte tal tu ceño a mi sonrisa!

HERMIA Le lanzo maldiciones, y aún me ofrece amor.

HELENA ¡Mis súplicas pudieran tal pasión mover!

HERMIA Cuanto le odio más, él tanto más me sigue.

HELENA Cuanto le quiero más, él tanto más me odia.

HERMIA De su locura, Helena, no es la culpa mía.

HELENA Solo tu hermosura: ¡así esa culpa mía fuera!

HERMIA Ten buen consuelo: nunca más verá mi cara:

Lisandro y yo nos vamos a escapar de aquí.
El tiempo en que a Lisandro aún no conocía,
me parecía Atenas ser un paraíso:
¿qué hechizos, pues, serán los que en mi amor habitan
pues que él ha convertido un cielo en un infierno?

LISANDRO Helena, a ti nuestra intención descubriremos:

mañana noche, cuando Febe se contemple
la faz de plata en el espejo de los lagos,
vistiendo en perlas líquidas la enhiesta yerba,
hora que a amorosas fugas guárdales secreto,
hemos concertado huir de las puertas de Atenas.

HERMIA Y en el bosque aquel, en donde tú y yo a menudo
nos tendíamos en lecho de desmayadas malvas,
vaciando nuestros pechos de sus dulces tramas,
allí Lisandro y yo iremos a encontrarnos;
y allí, de Atenas nuestros ojos tornaremos
a buscar amigos nuevos, sociedad extraña.
¡Adiós, mi compañera! Ruega por nosotros.
Y una suerte feliz te otorgue a tu Demetrio!
Guárdame fe, Lisandro. Ayune nuestra vista
del manjar de amor hasta mañana a medianoche.

LISANDRO ¡Así sea, mi Hermia!

Sale HERMIA.

Helena, queda en paz.
Como tú por él, ¡por ti Demetrio se consuma!

Sale.

HELENA ¡Cuán más dichoso uno puede ser que otro!
En Atenas se me cree tan linda como ella.
Pero eso ¿qué? Demetrio no lo estima así;
no quiere ver lo que ven todos menos él.
Igual que él yerra al adorar los ojos de Hermia,
tal yerro yo al estar prendada de sus gracias.
Bajas y viles cosas, sin valor alguno,
puede amor trasponer en forma y dignidad;
no con los ojos mira amor, mas con el alma:
por eso a aquel alado dios lo pintan ciego;
y en su alma amor no tiene rastro de buen juicio:
alas sin ojos dicen desvariada prisa:
por eso del amor se dice que es un niño,
pues que tan a menudo en la elección se engaña.
Como pilluelos que en su juego en falso juran,
así el pilluelo amor perjura por doquiera.
Pues antes de Demetrio ver la luz de Hermia,
juramentos granizaban que era solo mío;

mas de que el sol de Hermia hirió en aquel granizo,
derritiolo, y se fundió el pedrisco de perjurios.
Le iré a contar la huida de la hermosa Hermia;
así que él hasta el bosque irá mañana noche
a perseguirla. Y si por esta información
recibo gracias, caro es, pero es razón
pagarlo: en ello pienso en pena enriquecerme
con irme allá también con él, con él volverme.

Sale.

ESCENA II

*Atenas. Casa de Membrillo. Entran MEMBRILLO el carpintero,
JUSTÍN el ebanista, SENTAJO el tejedor, FLAUTÍN el remienda-fuelles,
MORROS el estañador y HAMBRÓN el sastre.*

MEMBRILLO ¿Está presente toda la compañía?

SENTAJO Lo mejor que hacías era llamarlos en general, hombre por hombre, con arreglo a nómina.

MEMBRILLO Aquí está la lista con el nombre de todo hombre a quien se tié por azto entre tós los de Atenas para aztuar en nuestro entremés delante del duque y de la duquesa en el día de sus bodas por la noche.

SENTAJO Lo primero, mi buen Pedro Membrillo, desemplica de qué trata la obra; luego, lee los nombres de los aztores; y así iremos por partes.

MEMBRILLO ¡Rediez! Nuestra obra se llama *La muy lamentable comedia y la muy cruel muerte de Píramo y Tisbe*.

SENTAJO Pieza de mucho mérito, os lo aseguro, y divertida. Ahora, mi buen Pedro Membrillo, vete llamando a los aztores por la lista. Señores, ocupen sus lugares.

MEMBRILLO Responder en sigún os voy llamando. Nico Sentajo, el tejedor.

SENTAJO Servidor. Di el papel que me toca, y adelante.

MEMBRILLO A ti, Nico Sentajo, se te ha escogido para Píramo.

SENTAJO ¿Qué es Píramo? ¿Un amante, o un tirano?

MEMBRILLO Un amante, que se mata por amor lo más galanamente del mundo.

SENTAJO Eso trae consigo lágrimas, en una representación virédica de la cosa: si yo

me encargo de ella, que tenga el público cuidado con sus ojos: provocaré tempestades; los voy a condoler a fondo. Por demás está... Y eso que mi carácter más propio es para un tirano: podría hacer de Ercles maravillosamente, o cualquier papel de rompe y rasga, para hacerlo tó pedazos:

La rabiosa roca
y el choque que choca
que rompan la boca
de férrea prisión.
Y Apulo en su carro
que brille bizarro
y que hunda en el barro
la ciega pasión.

Eso sí que era imponente. Ahora cita al resto de los aztores. Eso era el tono de Ercles, tono de tirano. Un amante es más condoliente.

MEMBRILLO Paco Flautín, el remienda-fuelles.

FLAUTÍN Aquí, Pedro Membrillo.

MEMBRILLO Flautín, tú te tiés que encargar de Tisbe.

FLAUTÍN ¿Qué es Tisbe? ¿Un caballero andante?

MEMBRILLO Es la dama de la que Píramo tié que estar enamorado.

FLAUTÍN ¡Hombre, por mi vida!, no me den papel de mujer: me estoy dejando barba.

MEMBRILLO Eso da lo mismo: tiés que empresentarlo con careta; y pués hablar todo lo fino que quieras.

SENTAJO Pues yo, si me puedo tapar la cara, déjenme hacer también de Tisbe. Y hablaré con una voz espantosamente fina: «¡Tizne, Tizne!», «¡Oh, Píramo, mi amor querido! Tu Tisbe querida, tu querida dama».

MEMBRILLO No, no: tú tiés que hacer de Píramo; y tú, Flautín, de Tisbe.

SENTAJO Bueno. Adelante.

MEMBRILLO Ruperto Hambrón, el sastre.

HAMBRÓN Aquí, Pedro Membrillo.

MEMBRILLO Ruperto Hambrón, tú tiés que hacer de la madre de Tisbe. Tomás Morros, el estañador.

MORROS Aquí, Pedro Membrillo.

MEMBRILLO Tú, del padre de Píramo. Yo haré de padre de Tisbe. Justín el ebanista, tú, el papel del león. Y con esto (me parece), comedia repartida.

JUSTÍN ¿Tíes puesto por escrito el papel del león? Por favor, si lo está, dámelo ya, porque soy lento de aprender.

MEMBRILLO Pués improvisarlo: no hay ná más que rugir.

SENTAJO Déjenme hacer el papel del león también. Rugiré de manera a regocijar tós los corazones; rugiré en manera que tenga que decir el duque «Que ruja otra vez, que ruja otra vez».

MEMBRILLO Como lo hicieras demasiao a lo tremendo, asustarías a la duquesa y a las damas hasta hacerlas chillar; y con eso bastaba pa colgarnos a todos.

TODOS ¡Colgarnos a todos, a tó hijo de su padre!

SENTAJO Confieso, amigos, que si llegabais a asustar a las damas y sacarlas de su quicio, no les quedaría más discreción que ahorcarnos; pero puedo apagar mi voz de tal manera que rugiré tan suave como una tortolilla lazante; os rugiré como si fuera algún ruiseñor.

MEMBRILLO No pués hacer ningún papel más que el de Píramo. Pues Píramo es un hombre de cara linda; un hombre propiamente dicho, como puedan verse en un día de verano; una especie de gentilhombre de lo más gentil. Por tanto tú tíes por fuerza que hacer de Píramo.

SENTAJO Bueno, me encargaré de él. ¿Qué barba sería la mejor para empresentarlo?

MEMBRILLO ¡Qué más da! La que quieras.

SENTAJO Os lo presentaré, veamos, en la barba roja y gualda; o si no, en la barba color rojo rabioso; o, ¿qué os parece?, en la barba rojinegra; o si no, en la barba color pendón de Castilla, la perfeztamente morada.

MEMBRILLO Los pendones de Castilla son de poco pelo; así que tendrías que salir con la barba pelada. Pero en fin, señores, aquí están sus papeles; y yo voy a rogarvos, requerirvos y encarecervos, que los tengáis aprendidos para mañana por la noche; y que vayáis a juntaros conmigo en el bosque de palacio, a una milla fuera de la ciudad, a la luz de la luna: allí ensayaremos; que es que si nos juntáramos en la ciudad, la gente nos agobiaría, y se conocerían nuestros argumentos. En el entretanto, voy a trazar una lista de ascensorios, tal como nuestra comedia lo requiere. Os lo ruego, no me falléis.

SENTAJO Allí nos encontraremos; y allí podremos ensayar todo lo oscenamente y esforzadamente que queramos.

MEMBRILLO Trabajaz; sez perfeztos. Abur. Junto al roble del duque nos encontraremos.

SENTAJO Basta ya. Firmes en ello; y al que deserte, que lo ahorquen.

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Un bosque cerca de Atenas. Entran, por lados opuestos, UN HADA y COQUITO.

COQUITO ¡Eh, eh, espíritu!, ¿hacia dónde caminas?

HADA Por montes, por valles,
por espino y zarzal,
por huertos, por calles,
por el fuego y el mar,
voy errando, más ligera
que la luna por su esfera,
y la reina de las hadas
me ha mandado que en lo verde
me recuerde
de cuajar las rociadas.
Las esbeltas vellowitas
dicen ser sus favoritas:
en sus camisas doradas
esas pintas
son rubíes de las hadas,
y el perfume está en las tintas
de sus pecas coloradas.
Rocío he de buscar: cada gotita
debo prenderla
como una perla
en la oreja de cada vellowita.
¡Adiós, risión de los espíritus!
Me alejo de ti:
nuestra reina y sus elfos
ya vuelven aquí.

COQUITO El rey celebra aquí esta noche fiesta:
que la reina se guarde en la floresta
de que la vea él:
que está Oberón tragando rabia y hiel,
porque ella como paje tiene a un lindo
rapaz, que le robó a un rey del Indo.
Nunca otra prenda tuvo en tal cariño;

y celoso Oberón quiere que el niño
pase a ser de sus pajes
y a recorrer los ámbitos salvajes.
Pero ella retiene al niño amado:
lo corona de flores,
en él pone su agrado.
Y ya mis dos señores
no se encuentran jamás en bosque o prado
sin que armen riñas y barullos,
y ya sus elfos con el miedo
se esconden en los cascabullos
de las bellotas y se quedan quedo.

HADA O mucho me equivoco,
por tu traza, tu gesto y tu descoco,
o tú eres ese duende pillo y loco
al que llaman Robín el-buen-amigo.
¿No eres tú ese que digo,
que a las muchachas de la granja asusta,
que la leche desnata,
y a veces desajusta
la mantequera y hace que, acezante,
el ama en vano bata y bata,
y otras veces no deja que levante
la cerveza su espuma,
o que hace que el viajero en noche y bruma
del rumbo descarríe,
y de su cuita ríe?
Pero a los que te llaman duendecillo,
buen Coquito y diablillo,
hacerles su trabajo te divierte
y les das buena suerte.
¿No eres tú ese?

COQUITO Sí, has acertado:
soy de la noche el rondador regocijado.
Yo le hago gracias a Oberón,
y el ríe si a un caballo percherón
harto de habas lo engaño relinchando
igual que una potrilla tierna; o cuando
me escondo contra el fondo
del tazón de una vieja parlanchina

disfrazado de pera cocedera,
y al punto que ella empina
yo le brinco a los morros,
y se derrama a chorros
el caldo avinagrado
por la papada y el escote ajado.
Cuando la tía sabijonda cuenta
alguna historia truculenta,
me toma a veces por un taburete:
yo me desvío, y ella que se mete
la gran culada, y grita «¡Jo - joroba!»,
le da la tos, y todo el corro
se pega la gran soba
a reír, y se ríen hasta el forro
del gazzate, y se tuercen y retuercen
y juran que de fijo
no han tenido jamás tal regocijo.
Pero, eh duende, despeja, que Oberón ahí
se acerca.

HADA Y por aquí
mi señora. ¡Ojalá
no vinieran acá!

*Entran por un lado OBERÓN con su cortejo,
por otro TITANIA con el suyo.*

OBERÓN Malo es encuentro a luz lunar, Titania altiva.

TITANIA ¡Qué! ¿El celoso Oberón? Volad de aquí, mis hadas.
He renegado de su lecho y compañía.

OBERÓN Aguarda, casquivana: ¿no soy yo tu dueño?

TITANIA Yo entonces debo ser tu dueña. Pero sé
de cuando te escapaste del País de Hadas
y en forma de Corino estabas todo el día
tañendo la zampoña o recitando amores
a la tierna Fílida. Y ¿por qué has venido aquí
desde los más lejanos valles de la India
si no es que —¡claro!— tu amazona brincadora,
tu cazadora dama y tu guerrero amor,
va a hacer sus bodas con Teseo, y que tú acudes
a echar sobre su lecho gozos y venturas?

OBERÓN ¿Cómo así puedes tú (¡pudor, pudor, Titania!)
ni aun aludir a mi alta estima por Hipólita,
sabiendo yo el amor que tienes a Teseo?
¿No lo guiaste en medio de la noche pálida
dejando a Perigenia, a quien raptado había,
y quebrar su fe le hiciste con la hermosa Egle,
con Ariadna luego y con Antíopa?

TITANIA Todo eso son figuraciones de los celos;
y ya desde el principio del verano nunca
en colina o valle nos juntamos, bosque o prado,
junto a empedrada fuente o por juncoso arroyo,
o ya por la arenosa riba de la mar
trenzando nuestros corros al silbar del viento,
sin que con tus bramidos turbes nuestro juego.
Y así los vientos, de que en vano nos susurran,
como vengándose, han sorbido de la mar
niebla enfermiza, que esparcida por la tierra
tan orgulloso ha vuelto a todo humilde arroyo
que han desbordado todos de sus márgenes.
Y así ha tirado por su yugo el buey en vano,
su sudor perdido el arador; y el verde trigo,
antes que logre barba su juventud, se pudre;
vacío está el redil en la anegada tierra,
los cuervos se han cebado en apestadas reses,
la cancha de los bolos llena está de cieno,
y las retorcidas sendas, faltas ya de tránsito,
en lujuriosa yerba piérdense a la vista.
Añoran los humanos su festivo invierno:
no hay noche que aleluya o villancico alegre.
Y así la luna, regidora de los flujos,
pálida en su furor, empapa todo el aire,
con que los males reumáticos arrecian.
Y en medio de este desconcierto, trastocadas
las estaciones vemos: la canosa helada
cae sobre el fresco seno a la encendida rosa,
y a la barba y fría frente del anciano Invierno
olorosa sarta de pimpollos veraniegos
se ciñe como en burla. Estío, primavera,
paridor otoño, rencoroso invierno, mudan
su librea acostumbrada, y confundido el mundo

por su desborde, ya no sabe cuál es cuál.
Pues bien, toda esa prole de desgracias viene
de nuestra disensión, de nuestro desacuerdo:
tú y yo sus padres somos y primer origen.

OBERÓN Enmienda todo entonces: en tu mano está.

¿Por qué Titania contrariar a su Oberón?
No pido más que un pobre niño enhechizado
para ser mi paje.

TITANIA Ten en paz el corazón:

ni el reino de las hadas trueco por mi niño.
Su madre estaba consagrada a mi servicio;
y en el especiado aire de la India ella
mil veces por la noche conversó a mi lado
y se sentó conmigo en la dorada playa,
viendo los barcos mercaderes por las ondas.
Pero ella, al fin mortal, murió al traer al niño;
y así, en memoria de ella yo a su niño educo,
y en memoria de ella, no me apartaré de él.

OBERÓN ¿Hasta cuándo piensas tú morar en este bosque?

TITANIA Tal vez hasta después de la boda de Teseo. Si en buena paz danzar en
nuestra ronda quieres y a la luna vernos festejar, ven con nosotros; si no,
aparta: evitaré yo tus guaridas.

OBERÓN Entrégame a ese niño, y marcharé contigo.

TITANIA Ni por tu reino de las hadas. ¡Hadas, ea!
Si sigo un poco aquí, seguro que hay pelea.

Sale TITANIA con su cortejo.

OBERÓN Bien, ve tu vía. No saldrás de esta arboleda
sin que por esta injuria te haya castigado.
Gentil Coquito, acércate. Tú bien te acuerdas
cuando una vez, sentado en un acantilado,
oí a una sirena a lomos de un delfín
modulando tan süave y armonioso aliento
que el rudo mar cortés volvíase a su canto,
y alguna estrella saltó loca de su esfera
por oír a la marina niña.

COQUITO Sí, me acuerdo.

OBERÓN En ese mismo instante vi (tú no pudiste)
volando entre la fría luna y esta tierra
a Cupido todo en armas: apuntó certero
a una gentil vestal que reina en Occidente,
y soltó del arco aguda la amorosa flecha,
como para atravesar trescientos corazones.
Mas pude ver del niño dios la vira ardiente
apagarse al casto rayo de la acuosa luna,
y a la imperial sacerdotisa vi pasando
en virginal meditación, de amores libre.
Me fijé, con todo, en dónde fue a caer su dardo:
cayó en una menuda flor occidental,
blanca antes, luego grana de amorosa herida,
que llaman las muchachas robacorazones.
Tráeme esa flor: ya te mostré una vez su yerba.
Su zumo, destilado en los durmientes párpados,
hará que hombre o mujer de amor se vuelva loco
por el primer ser vivo que despierto vea.
Tráeme esa yerba, pues, y estate aquí de vuelta
antes que pueda el leviatán nadar dos leguas.

COQUITO Trazaré un cinturón en torno de la tierra
en treinta y tres minutos.

Sale.

OBERÓN Ya que tenga el zumo,
vigilaré a Titania cuando esté dormida,
y gotas de él derramaré sobre sus ojos.
La primera cosa a la que mire al despertarse,
sea un león, un oso, un lobo sea, un toro,
entrometido mono, inquieto orangután,
lo habrá de perseguir con alma enamorada.
Y antes que tal hechizo quite de su vista,
como lo puedo bien quitar con otra yerba,
le haré que me haga entrega de su pajecillo.
Pero ¡eh!, ¿quién viene ahí? Como soy invisible,
podré enterarme bien de su conversación.

*Entra DEMETRIO,
siguiéndole HELENA.*

DEMETRIO Yo no te quiero, así que deja de acosarme.
¿En dónde está Lisandro con la hermosa Hermia?

Al uno he de matar; la otra a mí me mata.
Dijiste que a este bosque habían escapado,
y aquí estoy yo, y perdido en este bosque busco
sin rumbo el rumbo de mis ojos, que es mi Hermia.
Así que vete lejos, y no más me sigas.

HELENA Tú a mí me atraes a ti, tú, dura piedra-imán;
ni es hierro dulce lo que atraes: mi alma es fiel
como acero. Deja tú tu fuerza de atraerme,
y yo no más tendré la fuerza de seguirte.

DEMETRIO ¿Yo te cortejo acaso? ¿Yo te digo hermosa?
¿O no es más cierto que con toda la llaneza
te digo «No te amo ni te puedo amar»?

HELENA Pero por eso mismo yo te quiero más.
Yo soy tu gozquecillo, y cuanto más, Demetrio,
me des de palos, más te haré de carantoñas.
Trátame como a tu chucho: a golpes, a patadas;
déjame, piérdeme: no más, dame el permiso,
por más que yo no valga nada, de seguirte.
¿Qué sitio en tu amor puedo mendigar más bajo
(¡y aun para mí es un sitio de tan alta estima!)
que el que me trates como tratas a tu perro?

DEMETRIO No tienes demasiado el odio de mi pecho,
que me siento enfermo cada vez que hacia ti miro.

HELENA Yo estoy enferma cada vez que no te veo.

DEMETRIO Demasiado en entredicho pones tu recato
dejando la ciudad y abandonándote
en manos de uno que por ti no siente amor:
fiando a la ocasión oscura de la noche
y al mal consejo de un lugar desierto
elpreciado valor de tu virginidad.

HELENA Mi garantía es tu virtud: por obra de ella
no es de noche cuando estoy tu rostro viendo,
así que yo no pienso que de noche ande;
ni en este bosque falta el mundo y su compañía,
porque es que tú a mis ojos eres todo el mundo,
y entonces ¿cómo va a decirse que estoy sola,
cuando está todo el mundo aquí para mirarme?

DEMETRIO Correré de ti, me esconderé en los matorrales,
y te dejaré a merced de las salvajes bestias.

HELENA La más salvaje no tendrá tu corazón.

Sí, corre cuando quieras: será al revés la fábula:
Apolo huye, Dafne va dándole caza;
la paloma acosa al gavián, la mansa cierva
corre a alcanzar al tigre: ay, carrera vana,
cuando persigue miedo y valentía huye.

DEMETRIO No atenderé a tus argumentos. Déjame.

O si en seguirme insistes, no otra cosa esperes
sino que en este bosque habré de hacerte agravio.

HELENA ¡Ay!, en el templo, en la ciudad, en todo el campo
agravio estás haciéndome. Ah, Demetrio, mira:
tu ofensa ya levanta escándalo en mi sexo:
no podemos, como un hombre por su amor, luchar:
para que nos rueguen somos, no para rogar.

Sale DEMETRIO.

Te seguiré, y mi cielo de mi infierno haré,
muriendo por la mano a la que tanto amé.

Sale.

OBERÓN ¡Adiós, ninfa! Antes que él del bosque salga, entiendo que irás tú huyendo
de él, que irá tu amor pidiendo.

Vuelve COQUITO.

La flor: ¿la tienes? ¡Bienvenido, vagabundo!

COQUITO Ajá, aquí está.

OBERÓN Bien. Por favor, dámela ahora.

Sé de un bancal donde el tomillo agreste alienta,
la campanilla y la violeta cabizbaja,
endoselado todo de aromosa hiniesta,
de rosas almizcleñas y de flor de espino:
allí Titania duerme parte de la noche,
arrullada en esas flores por canción y danzas;
allí la sierpe suelta su esmaltada piel,
camisón bastante ancho a revestir a un hada;
y con el zumo de esta estregaré sus ojos,
y la llenaré de aborrecibles fantasías.

Tú toma un poco de él, y busca por el bosque:
una gentil dama ateniense está en amores
de un joven desdeñoso: úntale a él los ojos;
pero hazlo así que lo primero que al ver mire
sea la dama. Reconocerás al hombre
por los ropajes atenienses de que viste.
Obra con buen cuidado, que él se vea más
enamorado de ella que ella de él lo está.
Y ve a encontrarme al par que cante el primer gallo.

COQUITO No tema mi señor: así lo haré sin fallo.

Salen.

ESCENA II

*Otra parte del bosque.
Entra TITANIA con su séquito.*

TITANIA Ea, ahora un baile en corro y un cantar de hechizo;
después, durante un tercio de minuto, ¡lejos!,
los unos a matar pulgón en los pimpollos
del rosal, los otros a hacer guerra a los murciélagos
por el raso de sus alas para hacer chaquetas
a mis pequeños elfos, y otros a espantarme
al ronco buho, que en la noche grazna en pasmo
de mis caprichosos duendes. Arrulladme el sueño;
luego, a vuestros deberes, y dejad que duerma.

Cantan las HADAS.

HADA PRIMERA Moteadas sierpes de lenguas hendidas,
pinchudos erizos, ¡atrás!
Lagartijas y víboras, sed comedidas:
en paz a mi reina dejad.

CORO Ruiseñor, con voz galana
canta en nuestra dulce nana.
Nana, nana, nana, na,
nana, nana, nana, na.
Nunca espanto
ni hechizo ni encanto
toque a nuestra soberana.

Buenas noches, nana, nana.

HADA SEGUNDA Tejedoras arañas, aquí no lleguéis;
¡atrás, patilarga hilandera!
Cucarachas y grillos, que no molestéis;
¡caracoles, gusanos, afuera!

CORO Ruiseñor, con voz galana
canta en nuestra dulce nana.
Nana, nana, nana, na,
nana, nana, nana, na.
Nunca espanto
ni hechizo ni encanto
toque a nuestra soberana.
Buenas noches, nana, nana.

HADA PRIMERA ¡Atrás, alejaos! Ya está todo bien.
Que quede una sola de guardia y retén.

*Salen las HADAS. TITANIA duerme. Entra OBERÓN,
y exprime la flor sobre los párpados de TITANIA.*

OBERÓN Lo que veas al despertar
por tu amor lo debes tomar,
por amor suyo suspirar:
sea un tigre, un gato, un oso,
lobo o jabalí cerdoso,
al salir de tu reposo
ha de ser
a tus ojos novio hermoso.
Oh, despierta cuando un ser
asqueroso
a tu lado puedas ver.

Sale. Entran LISANDRO y HERMIA.

LISANDRO Mi hermoso amor, te cansa errar por la espesura; y yo, a decir verdad,
perdido tengo el rumbo.
Reposaremos, Hermia, si por bien lo tienes,
y aguardaremos a las fuerzas de otro día.

HERMIA Que sea así, Lisandro. Encuéntrate tú un lecho;
pues yo en este bancal reclinaré mi frente.

LISANDRO Un mismo césped a ambos servirá de almohada:
un lecho, un corazón; dos pechos y una fe.

HERMIA No, buen Lisandro; por mi vida, amado mío,
échate aún más lejos; no te estés tan cerca.

LISANDRO Entiende bien, amor, la voz de mi inocencia:
amor sabe entender cuando en amor se habla.
Digo que mi corazón al tuyo está anudado,
así que un solo corazón tener podemos;
dos pechos enlazados en un juramento,
de modo que, en dos pechos, una sola fe.
Así que ya a tu lado alcoba no me niegues:
pues en mi acercamiento, Hermia, no te miento.

HERMIA Lisandro enreda liso con su entendimiento.
Ah, no: malhaya de mi honor y cortesía
si Hermia a Lisandro le dijera que mentía.
Mas, dulce amigo, por amor y gentileza,
tiéndete aparte: cuanto en buena regla humana
de separación se puede bien decir que cuadra
entre un casto galán y una doncella, tanto
distante queda. Y buena noche, dulce amigo.
Tu amor jamás se mude mientras sigas vivo.

LISANDRO Amén, yo digo, amén a tan hermoso ruego;
y mi vida acabe cuando acabe mi firmeza.
Aquí es mi lecho. El sueño te dé todo su reposo.

HERMIA Con la mitad de ese deseo sea
colmado el ojo del que lo desea.

Se duermen. Entra COQUITO.

COQUITO Por el bosque adentro fui,
y ateniense a nadie vi,
que en sus ojos pueda hacer
una prueba del poder
de esta flor
para hacer nacer amor.
Noche y paz. ¿Quién hay ahí?
Ropas trae de Atenas: sí,
luego él
es aquel
que, al decir de mi señor,
desdeñó el rendido amor
de la dama que le ama.

Y hela aquí la linda dama
cómo duerme sin recelo
en el negro y sucio suelo.
¡Alma leve!,
ni se atreve
a yacer junto a ese helado
mal galán, desamorado.
Oh villano,
en tus ojos por mi mano
vierto yo todo el poder
que este hechizo pueda haber.

Exprime yerba sobre los párpados de LISANDRO.

Cuando ya despierto estés,
nunca, pues,
en tu ceño
deje amor posarse el sueño.
Bien, y ya, despiértate
de que yo alejado esté.
Que es sazón
de que vuelva ante Oberón.

Sale.

Entran DEMETRIO y HELENA, corriendo.

HELENA ¡Para, aunque así me mates, dulce amor, Demetrio!

DEMETRIO Ya te lo aviso: ¡fuera!, y no me acoses más.

HELENA Ah, ¿vas así en las sombras a dejarme? ¡No!

DEMETRIO Quieta ahí, o atente a lo peor. Me voy yo solo.

Sale.

HELENA Ay, sin aliento estoy de mi amorosa caza.

Cuanto es mi ruego más, alcanza menos gracia.

Feliz es Hermia, dondequiera que ella yazga,

pues tiene puros y atrayentes ojos. ¿Cómo

sus ojos tanto lucen? No de sal de lágrimas,

que esas mis ojos bañan más que no los suyos.

No, no: que es que yo soy tan fea como un oso.

Las fieras que me encuentran huyenme de miedo;

no es maravilla entonces cuando así Demetrio

de mi presencia escapa como de un fantasma.

¿Qué infame y mentiroso espejo a mí me hizo
comparar con la mirada celestial de Hermia?
Pero ¡eh!, ¿quién hay ahí? ¡Lisandro! ¡Y en el suelo!
¿Muerto? ¿O dormido? Sangre no se ve ni herida.
Lisandro, si estás vivo, buen señor, despierta.

LISANDRO (*Despertando.*) Y aun por el fuego pasaré por amor tuyo.

¡Oh, Helena transparente! Es arte en ti la vida,
que a través del pecho deja ver tu corazón.
¿En dónde está Demetrio? Ah, ¡qué apropiado nombre
su nombre vil para morir bajo mi espada!

HELENA No digas tal, Lisandro; no, no digas eso:

¿qué importa que él ame a tu Hermia?: ¡qué te importa
si Hermia a ti te ama! Bástete con eso.

LISANDRO ¿Con Hermia que me baste? No. Oh, no: me pesa

de las aburridas horas que he gastado en ella.
No a Hermia, no, sino que Helena es la que amo.
¿Quién por una paloma no cambiara un cuervo?
La voluntad del hombre por razón se guía,
y la razón nos dice que tú vales más.
Cosa que crece, no madura hasta su tiempo:
así yo, aún mozo, hasta hoy no maduré a razón;
y hoy, alcanzando el punto del humano juicio,
la razón caudillo se hace de mi voluntad
y me guía hasta tus ojos, donde leo historias
de amor, escritas en su libro más precioso.

HELENA ¿Por qué he nacido yo para esta hiriente mofa?

¿Cuándo a tus manos merecí sufrir tal burla?
¿No basta aún, no basta, descarado joven,
con que jamás yo deba, no, ni pueda nunca
merecer mirada amable de ojos de Demetrio,
que encima debas tú mofarte en mi fracaso?
A fe que me escarneces (¡vive Dios!, me injurias)
al cortejarme de este modo tan grosero.
Mas queda ya con Dios. Por cierto que confieso
que te creí señor de otra cortesía.
¡Ah, que una dama, por un hombre rechazada,
tenga que ser por ello de otros ultrajada!

Sale.

LISANDRO No ha visto a Hermia. Hermia, sigue ahí durmiendo,
y nunca puedas acercarte ya a Lisandro!
Pues, tal como un hartazgo del manjar más dulce
de su aborrecimiento más nos estomaga,
o como las herejías que los hombres dejan
las odian más aquellos a los que cautivaron,
lo mismo tú, mi hartazgo y herejía, ¡odiada
por todos seas, mas por mí más que por todos!
Poderes míos todos, vuestro amor entero
aplicad a honrar a Helena y ser su caballero!

Sale.

Despierta HERMIA.

HERMIA ¡Ayúdame, Lisandro! ¡Ayuda! Pon tu fuerza
a arrancar esta rastrera sierpe de mi pecho!
¡Ay, ay de mí, piedad! ¡Qué sueño el que he tenido!
Lisandro, mira cómo tiemblo aún del miedo.
Que una serpiente el corazón me devoraba,
y tú sentado sonreías a sus muerdos.
¡Lisandro! ¿Qué?: ¿cambió de sitio? ¡Amor, Lisandro!
¿Qué?: ¿ni aun oír? ¿Se fue? ¿Ni un ruido? ¿Ni una voz?
¡Ay, triste! ¿Dónde estás? Responde, si me oyes.
¡Habla, por amor de Dios! De miedo desfallezco.
¿No?, ¿nada? Entonces, lejos debo ya creerte.
Te he de encontrar al punto: a ti, o si no, a mi muerte.

Sale.

TERCER ACTO

ESCENA I

El bosque. TITANIA yace dormida. Entran MEMBRILLO, JUSTÍN, FLAUTÍN, SENTAJO, MORROS y HAMBRÓN.

SENTAJO ¿Estamos todos juntos?

MEMBRILLO Lo justo, lo justo: ve aquí un lugar maravillosamente apropiado para nuestro ensayo. Este terrado verde será nuestro tablado; este matorral de espinos, nuestros camerinos. Y lo haremos en acción, tal como tendremos que hacerlo delante del duque.

SENTAJO Pedro Membrillo.

MEMBRILLO ¿Qué hay, valiente Sentajo?

SENTAJO Hay cosas en esta comedia de Píramo y Tisbe que nunca podrán gustar. Lo primero, Píramo tiene que sacar una espada para matarse; cosa que las damas no resistirán. ¿Qué contestas a esto?

MORROS ¡La Virgen! ¡Un temor muy perigoloso!

HAMBRÓN Yo creo que debemos dejar las muertes fuera de la cosa, pa cuando todo esté acabado.

SENTAJO Ni por pienso: tengo un truco para que todo quede bien: escíbeme un prólogo, y que el prólogo venga así como a decir que no haremos ningún daño con nuestras espadas, y que Píramo no se mata de veras; y pa más mejor asegurarlo, diles que yo, Píramo, no soy Píramo, sino Sentajo el tejedor: eso les quitará todos los miedos.

MEMBRILLO Está bien: tendremos ese prólogo; y se escribirá en verso blanco.

SENTAJO No, un poco más alegre: en verso colorado, por ejemplo.

MORROS Las damas ¿no se asustarán con el león?

HAMBRÓN Mucho me temo que sí: os lo prometo.

SENTAJO Señores, deben ustedes de meditar dentro de ustedes mismos: meter allí (¡Dios nos ampare!) un león entre señoras: es cosa de lo más espantable que hay: porque no veréis ave salvaje de más miedo que un león vivo; así que tenemos que tomar medidas.

MORROS De onde se desprende que tié que haber otro prólogo que cuente que no se

trata de un león.

SENTAJO Así es: tienes que dar su verdadero nombre, y la mitad de la cara tié que vérselo por mitad del cuello del león. Y él mismo que hable por el agujero, diciendo como esto o cosa desemejante: «Señoras» o «Gracias señoras», «Yo vos desearía» o «Yo vos rogaría» o «Yo vos suplicaría» «no tener miedo, no temblar. Mi vida pongo en la vuestra. Si pensáis que vengo como león, no daría un pimiento por mi vida. Pero no: no soy tal cosa: soy un hombre como los otros hombres». Y en este momento, que diga su nombre, y que les desemplique lisa y llanamente que es Justín el ebanista.

MEMBRILLO Bueno, así será la cosa. Pero quedan dos deficultades: a saber: hacer entrar la luz de la luna en una sala (porque ya sabéis que Píramo y Tisbe se encuentran al claro de la luna).

MORROS ¿Lucirá luna la noche que vamos a empresentar nuestra función?

SENTAJO ¡Un calandrajo, un calandrajo! Mirar en el almanaque. Buscar «luz de luna»; «luz de luna», buscar.

MEMBRILLO Sí, hay luz de luna esa noche.

SENTAJO Bueno, pues entonces lo que pués hacer es dejar abierto un postigo del ventanal del salón donde representemos, y la luna podrá meter su luz por el postigo.

MEMBRILLO Sí. O si no, uno puede entrar en escena con un manojito de espinos y un farol, y decir que él viene a disfigurar o representar la persona del claro de luna. Después, hay entodavía otra cosa: teníamos que tener una pared en medio de la sala: porque es que Píramo y Tisbe —lo dice la historia— conversaban al través de la grieta de una pared.

FLAUTÍN No hay manera que puedas meter allí una pared. ¿Qué dices a eso tú, Sentajo?

SENTAJO Uno u otro cualquiera de nosotros debe representar la pared, y que lleve encima un algo de revoco, o un algo de argamasa o de cal, que siznifique «pared»; y que tenga puestos así los dedos, y que por esa raja susurren Píramo y Tisbe.

MEMBRILLO Como eso pueda hacerse, entonces tó va bien. Venga, sentaros, todo hijo de su madre, y repasar vuestros papeles. Píramo, tú emprincipias; cuanto que hayas recitao tu parlamento, te metes entre esos matorrales; y así cada uno, ensigún les vaya tocando entrar.

Entra por detrás COQUITO.

COQUITO ¿Qué vil estofa de hombres por aquí rebulle,
tan cerca de la cuna de la hermosa reina?
¡Qué!: ¡una comedia en marcha! Voy a hacer de público;
de actor también quizá, si la ocasión se presta.

MEMBRILLO Habla, Píramo. Tú, Tisbe, adelanta un paso.

SENTAJO Tisbe, como la flor de halo doloroso...

MEMBRILLO Olo- olo-.

SENTAJO ... de olo doloroso,
así tu aliento, mi querida cara Tisbe.
Mas ¿oyes?: ¡una voz! Quédate aquí un instante,
que al punto me tendrás de nuevo aquí delante.

Sale.

COQUITO (*Aparte.*) El Píramo que he visto más extravagante.

Sale.

FLAUTÍN ¿Tengo yo que hablar ahora?

MEMBRILLO Sí, ¡diablos!, sí que tienes. Porque tiés que entender que él no se va
más que pa ver un ruido que ha oído, y que va a volver otra vez.

FLAUTÍN Oh, el más radiante Píramo, el de lirio fino,
rojo como la rosa en el triunfante espino,
juvenco el más brioso, el más galán judío,
más fiel que el fiel caballo de incansable brío.
Sí, Píramo, te veré en la tumba del rey Nico.

MEMBRILLO «Del rey Nino», ¡hombre! Pero ¡qué! ¡Si no tenías que decir eso
entodavía! Eso es lo que le contestas a Píramo. Te recitas tó tu papel con
recotaciones y todo. Píramo, entra: ya se te ha dao la entrada: tu entrada es
lo de «de incansable brío».

FLAUTÍN ¡Ah, ya!
más fiel que el fiel caballo de incansable brío.

Vuelve COQUITO y SENTADO con cabeza de asno.

SENTAJO Si soy hermoso, Tisbe, tuyo soy, no mío.

MEMBRILLO ¡Oh prodigio! ¡Oh maravilla! Estamos embrujaos. ¡Recen, camaradas!
¡Huyan, señores! ¡Socorro!

Salen MEMBRILLO, MORROS, FLAUTÍN, JUSTÍN y HAMBRÓN.

COQUITO Os persigo: os llevo a la redonda,
por cardos; por jaras, por zarza, por fronda;
seré a veces caballo, otra vez perro ciego,
oso ya sin cabeza, ya cerdo, ya fuego,
relinchando y ladrando
y gañendo y gruñendo y quemando,
según vaya siendo caballo o podenco u oso
o cerdo o fuego rabioso.

Sale.

SENTAJO ¿Por qué salen corriendo? Esto es una chiquillada de ellos pa meterme miedo.

Vuelve MORROS.

MORROS ¡Ay, Sentajo, estás convertido en otro! ¿Qué es eso que veo en ti?

SENTAJO ¿Que qué es lo que ves?: lo que ves es una jeta de burro de tu propiedad,
¡no te amuela!

Sale MORROS.

Vuelve MEMBRILLO.

MEMBRILLO ¡Dios te valga, Sentajo!, ¡Dios te valga! Estás destrasmado.

Sale.

SENTAJO Ya veo su broma. Esto es querer tomarme por jumento; y meterme miedo, si pueden. Pues yo no me voy a menear de este sitio, hagan lo que hagan; me voy a pasear por aquí de arriba pa abajo; y voy a cantar, pa que vean que no estoy asustao.

Canta.

El mirlo, negro como hollín,
con su pico anaranjado,
el tordo con su cornetín,
el jilguero colorado...

Despierta TITANIA.

TITANIA ¿Qué ángel me despierta de mi lecho de rosas?

SENTAJO (*Cantando.*) Gorrión, alondra, verderón,
cucu con su canto llano,
que cuantos oyen su canción,
no responde ni un cristiano.

¡Claro!, porque ¿quién iba a gastar el caletre con un pájaro tan tonto? ¿Quién iba a decirle a un pájaro que miente, por más que se harte de gritar «cu-cú»?

TITANIA Te lo ruego, oh, gentil mortal, de nuevo canta;
mi oído de tu tono enamorado está,
como de tu figura está mi vista presa.
Me fuerza tu hermosura, me hace tu reclamo,
no más verte, decir y jurar que te amo.

SENTAJO Uno diría, señora, que tiene usted muy poca razón para eso. Aunque ello es, a decir verdad, que razón y amor no suelen hacer buenas migas en estos tiempos: lástima que algunos honraos vecinos no se dediquen a hacerles hacer las paces. También yo sé hacer chistes cuando toca.

TITANIA Eres discreto tanto como hermoso eres.

SENTAJO No tanto. Ni uno ni otro (digo). Pero si tengo discreción bastante pa escapar de este bosque, bastante tengo pa lo que yo la quiero.

TITANIA Tú de este bosque nunca más salir deseas:
quedarás aquí, que estés conforme o no lo estés.
No soy espíritu del número común;
el verano está bajo mis órdenes aún,
y yo te amo; así que tú conmigo ven.
Unas hadas te he de dar que a tu servicio estén,
que joyas de la hondura para ti levanten
y, si en colchón de flores duermes, que te canten;
purgaré de la mortal rudeza tu donaire
de suerte que andes como espíritu del aire.
¡Frejolillo! ¡Mostacilla! ¡Polilla! ¡Telaraña!

Entran FREJOLILLO, TELARAÑA, POLILLA, MOSTACILLA.

FREJOLILLO Aquí.

TELARAÑA Y yo.

POLILLA Y yo.

MOSTACILLA Y yo.

TODOS ¿Qué nos ordenas?

TITANIA Sed de este gentilhombre amables servidoras.
Triscadle al paso, ante él marchad tejiendo danzas
dadle a comer albaricoque y zarzamoras

con uva púrpura, higo verde y agavanzas;
robadle al abejorro su zurrón de miel;
cortadle las cerosas patas para velas,
y prended en ojos de luciérnagas: cuando él
se acueste y se levante, sean sus candelas;
de pintas mariposas arracad las alas,
para abanicarle de los párpados durmientes
los rayos de las lunas malas.
Hacedle salve, duendes, sedle reverentes.

FREJOLILLO ¡Salud a ti, mortal!

TELARAÑA ¡Salud!

POLILLA ¡Salud!

MOSTACILLA ¡Salud!

SENTAJO Declaro a vuestras mercedes mi agradecimiento, de todo corazón. Por favor, ¿el nombre de vuestra merced?

TELARAÑA Telaraña.

SENTAJO Mucho desearía frecuentar su trato, mi buen maese Telaraña. Si me corto un dedo, me serviré de usted con toda confianza. ¿Su nombre, honorable caballero?

FREJOLILLO Frejolillo.

SENTAJO Se lo ruego, presente mis respetos a su madre la señora Habichuela y a su padre el señor Garbanzo. Mi buen maese Frejolillo, desearía también frecuentar su trato. ¿Su nombre, por favor, señor?

MOSTACILLA Mostacilla.

SENTAJO Mi buen maese Mostacilla, conozco bien sus sufrimientos, y sé que ciertos cobardes descomunales filetes de vaca han devorado a muchos caballeros de su familia. Le aseguro a usted que sus parientes me han hecho más de una vez deshacerme en lágrimas. Desearía frecuentar su trato, maese Mostacilla.

TITANIA Ea, cuidaos de él; llevadlo a mi enramada.

La luna, al parecer, tiene ojos de llorar,
y cuando llora, llora toda flor al par,
lamentando un no sé qué de castidad forzada.
Haced estar la lengua de mi amor callada;
llevadlo quedo y sin tardar.

Salen.

ESCENA II

Otra parte del bosque. Entra OBERÓN, rey de las Hadas.

OBERÓN Me pregunto si Titania habrá ya despertado,
y qué es lo que a su vista habrá primero entrado,
a lo cual ha de adorar con el amor más fiero.

Entra COQUITO.

He aquí mi mensajero.
¿Qué hay, espíritu loco?
¿Qué ley nocturna en esta selva enhechizada?

COQUITO Mi ama y reina está de un monstruo enamorada.
Cerca de su retiro y enramada alcoba,
mientras la hora en sueño y torpedad la arroba,
una panda de payasos, rudos menestrales
que en tabancos de Atenas sudan sus jornales,
juntáronse a ensayar un drama, a lo que creo,
destinado al día nupcial del gran Teseo.
De la casquivana tropa el zote de más viento,
que a Píramo representaba en su esperpento,
dejó la escena y se metió en un matorral.
De que me lo tuve en ocasión y sitio tal,
una chola de asno le planté en la testa.
Al punto ya a su Tisbe debe dar respuesta,
y allá sale mi cómico. En cuanto lo otean,
como patos bravos si furtivos los ojean
o capibermejas chovas en bandada prieta
alzándose y graznando a un eco de escopeta
se desbandan y alocadas barren todo el cielo,
así alzan sus camaradas a su vista el vuelo;
y a mis pateos, uno en otro cae de morro,
grita «Al asesino», clama a Atenas por socorro.
Así, ya flojo el juicio y del pavor perdido
hace que aun les ofendan cosas sin sentido,
que ya espino o zarzal sus hábitos desgarran,
quién mangas, quién sombrero: del que cede
todo el mundo agarra.

Allá me los llevé en su susto arrebatado,
y dejé allí al dulce Píramo transfigurado,
cuando a tal momento (sino fue, según discurro)
despertó Titania y, zas, se enamoró de un burro.

OBERÓN Mejor sale esto que tramaron mis antojos.

Y al ateniense ¿le has sellado ya los ojos
con el zumo de amor, según te puse a cargo?

COQUITO Lo hallé durmiendo (hecho también está ese encargo)
y a la mujer de Atenas a su lado echada,
que, al despertar, por fuerza en ella
ponga la mirada.

Entran DEMETRIO y HERMIA.

OBERÓN Estate al pie. Este es por cierto el ateniense.

COQUITO Esa es la dama, pero el hombre, no, no es ese.

DEMETRIO Ah, ¿por qué me regañas, yo que así te quiero?

Tan fiero aliento arroja a tu enemigo fiero.

HERMIA Por ahora solo riño; mas debía hablarte

en voz más enemiga,

pues tú, me temo, causa has dado a que maldiga.

Si a Lisandro has dado muerte en medio de su sueño,
ya puesto en sangre, avanza a lo hondo de tu empeño,

y márame también. No era el sol tan fiel

al día como a mí me lo era él. ¿Podría

haberse él escurrido con alevosía

de su dormida Hermia? Antes creería

que se puede horadar la tierra entera y por su centro

la luna atravesar y en descortés encuentro

turbar la fiesta de su hermano al mediodía

con los Antípodas. Ah no, no cabe más

sino que tú lo has

asesinado. Así ha de ser la fisonomía

de un asesino, sí, tan muerta, tan sombría.

DEMETRIO Así ha de ser más bien la del asesinado,

y así la mía, a quien el pecho ha atravesado

tu dura crueldad. Y en cambio, el asesino,

tú, te apareces, sí, tan clara, tan luciente

como el lucero vespertino

allá en su esfera transparente.

HERMIA ¿Qué le toca esto a mi Lisandro? ¿Dónde está?

Ah, buen Demetrio, ¿vas a dármelo, verdad?

DEMETRIO Antes les diera su osamenta a mis mastines.

HERMIA ¡Os, perro! ¡Os, hiena! Haces que salte los confines

de mi virginal recato. Entonces ¿lo has matado?

¡Nunca más estés entre los hombres numerado!

¡Ah, di una vez verdad! ¡Ah, di verdad,

aun ya por vida mía!

¿Tuvieras tú osadía

de mirarle cara a cara estando él despierto?

Y dormido ¿tú lo has muerto?

¡Oh, gesto bravo! ¿No hace un bicho escurridizo,

una víbora, otro tanto? Una víbora lo hizo;

que de lengua más doble que esa tuya (tú, reptil)

nunca picó la víbora más vil.

DEMETRIO Gastas tu ira sobre un tema mal montado.

De la sangre de Lisandro yo no estoy culpado;

ni muerto está, por cuanto fe mis ojos den.

HERMIA Te lo ruego, dime entonces que se encuentra bien.

DEMETRIO Y si pudiera, en pago tú ¿qué me darás?

HERMIA Una carta de seguro de no verte más.

Y de tu presencia odiada aquí mi vista esquivo.

No más me veas, ya esté él muerto, ya esté vivo.

Sale.

DEMETRIO No tiene a qué seguirla en tan bravo arrebató.

Por consiguiente, aquí me quedo por un rato.

El peso de mi pena se hace más pesado

por el débito aplazado

de lo que a la pena debe el sueño en bancarrota;

de lo cual irá pagando una pequeña cuota

si aquí quedo en espera

de que a su conveniencia darme venia quiera.

Se tiende y duerme.

OBERÓN ¿Qué has hecho? Has trastocado papel por papel

y echado el zumo en ojos de un amante fiel.

De tu equivocación resultará por fuerza
que un fiel amor se tuerza,
no que uno falso se convierta en verdadero.

COQUITO Así el destino rige el juego por su fuero,
que, por un hombre que fe guarde, la habrán roto
más de un millón, quebrando voto sobre voto.

OBERÓN Más rápido que el viento por el bosque entra,
y a Helena la ateniense búscala y encuentra.
Está de amor enferma y pálida de cara
por los suspiros de pasión, que a fresca sangre
tanto le cuesta cara.
Por alguna ilusión, ve tú que aquí la tenga.
Los ojos de este hechizaré para cuando venga.

COQUITO Ya voy, ya voy.
Mira cómo el aire surco,
más rápido que flecha
del arco del turco.

Sale.

OBERÓN Flor de púrpura y de lila,
fiero amor en él destila,
hunde el dardo en su pupila.

Exprime la yerba sobre los párpados de DEMETRIO.

Que si ve a su amada, ella
brille tal como destella
Venus en su clara estrella.
Cuando te hayas despertado,
ruégale, si está a tu lado,
por tu cura, enamorado.

Vuelve COQUITO.

COQUITO Jefe de esta alada banda,
por ahí Helena anda,
y el galán que confundí
suplicando viene ahí
por la paga de un amante.
¿Vamos a tener delante
su función y carnavales?
¡Dios, qué risa estos mortales!

OBERÓN Quita a un lado.

Con su bulla harán de suerte
que Demetrio se despierte.

COQUITO Luego dos cortejarán
a la vez a una, y gran
diversión que nos darán.
Lo que más me gusta es
lo que sale del revés.

Entran LISANDRO y HELENA.

LISANDRO ¿Por qué pensar que en burla te enamoro y miento?

La burla y la irrisión jamás en llanto para:
¿ves? Cuando juro, lloro, y en su nacimiento
tal juramento pura su verdad declara.
¿Cómo en mí burla te parece lo que en prueba
de su verdad divisa de la fe en sí lleva?

HELENA Tu astucia avanza a más y a más. ¡Ah, lucha, cuando
verdad mata verdad, diablisanta refriega!
De Hermia son esos votos. ¿La estás traicionando?
Pesa juro con juro, y nada el peso juega:
tus votos de ella y míos, puestos en dos platos,
pesan lo mismo: nada, y más que aire baratos.

LISANDRO No estaba yo en mi juicio al darle juramento.

HELENA Ni ahora, a juicio mío, que la das al viento.

LISANDRO Demetrio la ama a ella, y a ti no te ama.

Despierta DEMETRIO.

DEMETRIO Oh, Helena, dulce llama,
oh, diosa, oh, ninfa, oh, gracia, única, sin par,
¿a qué, mi amor, podré tus ojos comparar?:
lodo es el vidrio. ¡Oh, labios, que en sazón ofrecen
cerezas besadoras y tentando crecen!
La nieve del Ararat cuajada en blanco puro
que el viento Este oreá se hace grajo oscuro
cuando alzas tú la mano. Oh, déjame que roce
esa reina de blancura, sello de tal goce!

HELENA ¡Oh, rabia! ¡Oh, peste! Veo ya que estáis de fijo
contra mí tramando todos para regocijo.

Si fuerais gente urbana, más cortés y atenta,
no me heriríais nunca con tan vil afrenta.
¿No basta que me odiéis, como sé que me odiáis,
que encima a hacerme mofa así os conjuráis?
Si fuerais hombres, como sois en traza y traje,
no hicierais de una dama tan infame ultraje:
jurarme, cortejarme y ensalzar mis dones,
cuando sé que me aborrecéis en vuestros corazones.
Rivales sois, en vuestro amor por Hermia iguales,
y ahora a hacer de Helena befa sois rivales.
¡Qué fina hazaña, qué viril empresa, hacer
brotar las lágrimas de una infeliz mujer
con vuestras burlas! Nadie de buen nacimiento
ofendiera a una doncella y diera así tormento
a una pobre alma, todo por divertimento.

LISANDRO Eres descortés, Demetrio. Bien, ¡repórtate!

Pues tú quieres a Hermia; sabes que lo sé;
y aquí, de muy buen grado, en todo lo que puedo,
en el amor de Hermia mi porción te cedo;
del tuyo por Helena déjame que herede,
a quien amo y amaré mientras vida me quede.

HELENA Nunca burladores en su vano intento
gastaron más aliento.

DEMETRIO Lisandro, guárdate a tu Hermia: ahí nada pido:
si jamás la amé, todo ese amor en humo es ido.
En ella mi corazón paró como en posada,
y ahora a Helena ha vuelto, hogar suyo y morada,
para quedarse allí.

LISANDRO Helena, no es así.

DEMETRIO No denigres una fe de la que nada sabes,
no sea, si no, que acabes
pagándolo muy caro, a precio de tu vida.
Ve ahí que tu amor viene; allí está tu querida.

Entra HERMIA.

HERMIA Negra noche, que a los ojos roba sus funciones
y aguza los oídos a las aprensiones;
pues cuanto de la vista en fuerza disminuye
al oído en pago doble se lo retribuye.

Mi vista no es, Lisandro, quien te halló: mi oído
(¡gracias a él!) hasta tus sonos me ha traído.
Pero ¿por qué me abandonaste tan sin pena?

LISANDRO ¿Por qué quedar, a quien amor marchar ordena?

HERMIA ¿Qué amor pudo a Lisandro echarlo de mi vera?

LISANDRO El amor de Lisandro, que le impide toda espera:
la hermosa Helena, que mejor la noche dora
que todas las lentejuelas con que se decora.
¿Por qué me buscas? ¿No basta esto a demostrarte
que el odio que te tenía me hizo así dejarte?

HERMIA No sientes lo que dices: no cabe en razón.

HELENA ¡Vaya! Ella está también en la conspiración.

Ya veo ahora que los tres se han conjurado
a armar a costa mía tal farsa y tinglado.
Hermia ultrajante tú, mujer la más ingrata,
tú ¿has conspirado, has tramado tú con esos
para atraparme en esta torpe irrisión?
Todas las confidencias que una en otra hicimos,
la fe de hermanas que juramos, tantas horas
que pasamos, maldiciendo al tiempo presuroso
por separarnos, ¿qué?, todo eso ¿está olvidado?,
¿las escolares amistades?, ¿la inocencia niña?
Hermia, tú y yo, como dos dioses artesanos,
con nuestra aguja juntas una flor creábamos,
ambas sobre una muestra, en un cojín entrambas,
las dos trinando a un mismo son, las dos a un tono,
como si manos, voz, costados, pensamientos
fueran de un solo cuerpo. Así crecimos juntas,
tal cual melliza guinda, al parecer partida,
pero en su partición unida sin embargo,
dos lindas moras apretadas en un tallo,
dos cuerpos a la vista, un solo corazón:
dos cuerpos, sí, como cuarteles de un escudo,
de un solo título, ambos bajo una corona.
Y nuestro viejo amor ¿en dos vas a rasgarlo,
por unirte a hombres a burlarte de tu amiga?
No es de amiga, no, y tampoco de mujer.
Conmigo nuestro sexo en ello te reprueba,
aunque yo sola sea quien la afrenta sufre.

HERMIA Muda de asombro estoy a tus airadas voces.

No te burlo: se diría que me burlas tú.

HELENA ¿No has empujado tú a Lisandro, como en burla,
a seguirme y ensalzar mis ojos y mi cara?,
¿y hecho a tu otro amor, Demetrio (que aun apenas
un rato atrás me rechazaba a puntapiés),
llamarme diosa, ninfa, única y sin par,
divina, celestial? ¿Por qué este así le habla
a aquella que aborrece?, di, y ¿por qué Lisandro
reniega de tu amor (tan íntegro en su pecho)
y a mí me ofrece (¡mala fe!) su fe de amante,
si no es por trama tuya, en tu consentimiento?
¿Qué que no esté tan alta como tú en favores,
tan en amores rica, tan afortunada,
sino en la peor miseria, amar sin que me amen?:
lástima debía darte más que no despecho.

HERMIA No entiendo a qué te quieres referir con esto.

HELENA ¡Ah, sigue! Persevera: finge caras tristes,
haz muecas a mi espalda cuando dé la vuelta;
guiñaos uno a otro, ¡arriba con la broma!
tal burla, bien llevada, pasará a las crónicas.
Si algo de piedad os queda, o pena, o cortesía,
no queráis hacer de mí figura de tal farsa.
Pero ea, ¡adiós! Esto es en parte culpa mía,
de lo que ausencia o muerte pronto hará remedio.

LISANDRO Detente, amable Helena, atiende a mis excusas,
mi amor, mi vida, alma mía, hermosa Helena.

HELENA ¡Oh, bravo, bien!

HERMIA Cariño, no le hagas tal burla.

DEMETRIO Y si ella no te ablanda, puedo yo forzarte.

LISANDRO No más puedes forzarme que ablandarme ella:
tu amenaza no es más fuerte que sus blandos ruegos.
Helena, yo te quiero: ¡es cierto, por mi vida!
Lo juro por la que en tu honor he de perder
en probar que miente el que ose decir que no te quiero.

DEMETRIO Digo que te quiero yo más que él pueda quererte.

LISANDRO Si eso dices, ven aparte, y pruébalo también.

DEMETRIO ¡Aprisa, ven!

HERMIA Lisandro, ¿a qué viene esto todo?

LISANDRO ¡Atrás tú, cara mora!

HERMIA ¡No! ¡Ah, no! Que él...

DEMETRIO Haz como que te zafas, que seguirme intentas,
pero acudir no acudas. ¡Hombre manso, bah!

LISANDRO ¡Quítate, garduña, cardo! ¡Bicho inmundo, suelta,
o te sacudiré de mí como a un gusano!

HERMIA ¿Qué te ha vuelto tan rudo? Ah, ¿qué cambio es este, mi amor?

LISANDRO ¿Tu amor? ¡Os, zíngara curtida, os!
¡Droga aborrecida, atrás! ¡Pócima odiosa, fuera!

HERMIA ¿No hablas en broma?

HELENA Sí, a fe, y lo mismo tú.

LISANDRO Demetrio, mantendré contigo mi palabra.

DEMETRIO Así te tuviera atado: pues veo que una débil
atadura te retiene. No fío en tu palabra.

LISANDRO Pues ¿qué? ¿La habré de herir, golpear, dejarla muerta?
Aunque la aborrezco, no le voy a hacer tal daño.

HERMIA ¿Qué daño más me habrás de hacer que aborrecerme?
¿Aborrecerme? ¿Cómo? ¡Ay, me! ¿Qué es lo que pasa
amor? ¿No soy yo Hermia? ¿No eres tú Lisandro?
Tan blanca y rubia soy como lo fui hace un poco:
hoy noche me querías; de noche me has dejado.
¿Qué entonces? ¿Me dejaste (¡no lo quiera el cielo!)
en serio? ¿He de creerlo?

LISANDRO ¡Sí, por vida mía!,
y ya no deseaba verte nunca más.
Sal de esperanza pues, de más pregunta y duda:
sé cierta: nada es más verdad: no es broma alguna
que a ti yo te aborrezco y que quiero a Helena.

HERMIA ¡Ay, me! ¡Tú, manilista, rosa tú perruna,
ladrón de amor! ¿Qué? ¿Has venido con la noche

y a mi amor el corazón robado?

HELENA ¡Lindo, a fe!

¿No tienes ya recato, ya pudor ninguno
ni pizca de vergüenza? ¿Quieres arrancar
respuestas impacientes de mi amable lengua?
¡Quítate allá, estafermo! ¡Quita allá, muñeca!

HERMIA ¿Muñeca? ¿Conque sí? ¡Ah ya: por ahí va el juego!

Ahora caigo en que ella ha hecho comparanza
de nuestras tallas, exaltado su estatura,
y con su gran presencia, su real persona,
su altura (¡mala fe!) a él se lo ha ganado.
Y ¿qué? ¿Tan alta habrás crecido tú en su estima
porque tan enana sea yo, tan baja sea?
¿Cómo soy de baja? Di, cucaña pintorreada,
¿cómo soy de baja? Aún tan baja no lo soy
que no puedan alcanzar mis uñas a tus ojos.

HELENA Por favor, aunque hagan de mí burla, caballeros,
no la dejen que me hiera. Nunca reñidora
fui yo; no valgo nada en agarrarse al moño.
En mi fuero de doncella estoy al ser cobarde.
No dejen que me pegue. Acaso ustedes piensen
que, porque sea algo más baja ella que yo,
ya puedo hacerle frente.

HERMIA ¿Qué? ¿Más baja? ¡Y vuelve!

HELENA Hermia gentil, no estés conmigo tan amarga.

Yo desde siempre, Hermia, te he querido bien,
seguí siempre tu consejo, nunca te he injuriado;
si no es que hoy, enamorada de Demetrio,
le hablé de tu furtiva huida aquí a este bosque;
él te siguió; yo lo seguí por amor suyo;
pero a voces él de aquí me ha echado, amenazándome
con herirme, acocearme, sí, y también matarme.
Y ahora, solo que me dejes irme en paz,
a Atenas llevaré de vuelta mi locura,
y no más os seguiré. Dejad que marche.
Ya ves cómo de simple y de insensata soy.

HERMIA Bien: quítate de en medio. ¿Quién te lo retrasa?

HELENA Un loco corazón que dejo aquí detrás.

HERMIA ¿Qué dices? ¿Con Lisandro?

HELENA Digo con Demetrio.

LISANDRO No temas: ella, Helena, no ha de hacerte daño.

DEMETRIO No hará, a fe, aunque tú te pongas de su parte.

HELENA Ah, cuando está enojada, es viva y pendenciera;
cuando andaba a la escuela, era ya una gata;
y aunque es más bien pequeña, es toda una furia.

HERMIA ¿«Pequeña» otra vez? ¿No más «pequeña» y «baja»?
¿Por qué consientes tú que me escarnezca así?
Déjame llegarme a ella.

LISANDRO ¡Quita atrás, enana!
Tú, miniatura, harta de nabizas pochas,
bellota, garbancillo.

DEMETRIO Harto atento andas
en apoyar a quien rechaza tus servicios.
Déjala en paz a Helena; no hables más de Helena;
no tomes su partido; porque si te alargas
a mostrar jamás ni tanto así de amor por ella,
lo pagarás.

LISANDRO Ya esa no me agarra:
sígueme ahora, si osas, a probar quién de ambos,
si tú o yo, tiene en Helena más derecho.

DEMETRIO ¿Seguirte? Sí, contigo voy, de cara a cara.

Salen LISANDRO y DEMETRIO.

HERMIA Por mor de usted, señora, es todo este alboroto.
No, no recules.

HELENA Esta en ti ya no se fía,
ni más se queda en tu guerrera compañía.
Tus manos son más listas para armar refriega,
pero más mis piernas largas para salir corriendo.

Sale.

HERMIA Pasmada estoy, y qué decir ni sé ni entiendo.

Sale.

OBERÓN Esto es por tu descuido. Has vuelto a equivocarte,
o ya es que estás armando adrede tus enredos.

COQUITO Créeme, rey de sombras, que me equivoqué.

¿No me dijiste que reconocería al hombre
por las galas atenienses que llevara encima?
Pues en tanto, mi gestión irreprochable ha sido,
en cuanto que he unos ojos de ateniense ungido;
y en tanto, estoy contento del rumbo que toma:
que estimo su reyerta divertida broma.

OBERÓN Ves que los galanes buscan sitio para duelo.

Así que, aprisa, duende: echa a la noche un velo;
la bóveda estrellada cúbrela ahora mismo
de lánguida tiniebla negra como abismo,
y a esos rivales escocidos extravía
de modo que uno y otro nunca crucen vía:
haz a veces tu voz que a Lisandro semeje,
y que a Demetrio así con agrio ultraje veje;
a veces como Demetrio insulta en grito bravo,
y tan lejos uno de otro empújalos que al cabo
con pies de plomo y alas de murciago el sueño
se les pose, imitador de muerte, sobre el ceño.
En los ojos de Lisandro entonces esta yerba
exprime, cuyo zumo la virtud reserva
de hacer borrar toda ilusión de su mirada
y girar sus globos con la vista acostumbrada.
De que despierten luego, toda esta irrisión
se les antoje sueño y vana aparición;
y a Atenas de regreso los amantes vuelvan
en lazos que en la muerte solo se disuelvan.
Mientras en este asunto te me empleas tú,
iré a mi reina, y le pediré su paje hindú;
entonces libraré sus ojos del encanto
y amor del monstruo, y todo en paz y todo santo.

COQUITO Mi hermoso dueño, eso hay que hacerlo presto: los rápidos dragones
de la noche a toda prisa cortan nubarrones,
y allá el macero de la Aurora está brillando,
que las ánimas ante él, de acá hacia allá vagando,
se atropan a sus tumbas; toda alma maldita,
a quien olas o encrucijada entierro mal imita,
ya se han marchado a sus yacijas gusanientas,

por miedo de que el día mire sus afrentas:
ellas solas por siempre de la luz se exilian
y con la noche cejinegra se concilian.

OBERÓN Pero nosotros somos ánimas de otra calaña.

Con el novio del Alba a veces yo en compañía
retozo, y tal cual montaraz los bosques huello
hasta que el portón de Oriente, ya en rojo destello
abriendo sobre el ponto, en luz de gloria suma
en oro torna el verde de su salada espuma.

Mas sin embargo, ¡aprisa!, no hagas más demora.

Podemos acabarlo aun antes de la aurora.

Sale.

COQUITO De acá para allá,
de acá para allá,
los llevaré de acá para allá.
A mi se me teme
en campo y ciudad.
Llévalos, duende de acá para allá.
Aquí viene uno.

Entra LISANDRO.

LISANDRO ¿En dónde estás, bravo Demetrio? ¡Eh, responde!

COQUITO Aquí, vil, espada en mano y listo. Y tú ¿en dónde?

LISANDRO Estoy contigo al punto.

COQUITO Sígueme a lugar.
más despejado.

Sale LISANDRO. Entra DEMETRIO.

DEMETRIO ¡Eh, Lisandro! ¡Vuelve a hablar!

¡Desertor, cobarde! ¿Huiste? ¡Habla, que te insulto!

¿En alguna zarza? ¿En dónde estás guardando el bulto?

COQUITO ¡Cobarde tú!: ¿fanfarroneando a las estrellas,
diciéndoles a las zarzas que buscas querellas,
y sin acudir? ¡Ven renegado! ¡Ven, mocososo!
Te sobaré con un garrote: es deshonoroso
sacar espada contra ti.

DEMETRIO Ah, ¿estás ahí?

COQUITO Sigue a mi voz. No es cosa de batirse aquí.

Salen.

ESCENA III

Entra LISANDRO.

LISANDRO Delante de mí va, y aún se me hace el bravo:
cuando llego a donde llama, no hay de él ni rabo.
El villano me aventaja en menear la taba:
le seguía aprisa: más aprisa el vil volaba;
hasta que he caído en tierra desigual, sombría;
y aquí he de reposarme.

Se tiende.

Ven, oh dulce día:
que no más que me asomes con tu luz grisienta,
encontraré a Demetrio y vengaré esta afrenta.

Duerme.

Entran COQUITO y DEMETRIO.

COQUITO ¡Jo! ¡Jo! ¡Cobarde, jo! ¿Por qué no te me arrimas?

DEMETRIO Aguárdame, si te atreves: cato tus esgrimas,
correr delante, a saltos de un lugar en otro,
sin osar parar un punto ni mirarme al rostro.
¿En dónde estás ahora?

COQUITO Ven acá: aquí paro.

DEMETRIO ¡Ah, ya! Me haces burla. Has de pagarlo caro,
solo que a la luz del alba ver tu faz consiga.
Ahora, ve con Dios. Me fuerza la fatiga
a que mida mi estatura en esta cama fría.
Espera mi visita al apuntar del día.

Se tiende y duerme.

Entra HELENA.

HELENA Oh, grave noche, oh, noche fatigosa y larga,
¡caigan tus horas! ¡Luzca algún consuelo al este!
Que de día a Atenas torne y libre de la carga
de mi compañía a quien la odia como peste;

y el sueño, a quien la pena el peso a veces fía,
me robe un rato de mi propia compañía.

Duerme.

COQUITO ¿Solo tres? ¡Venga una más!

Dos de alante y dos de atrás
hacen cuatro, y ris con ras.

Ahí viene ella
con su pena y su querella.

¡Ah, Cupido,
qué bandido,
que enloquece con sus cuitas
a las pobres mujercitas!

Entra HERMIA.

HERMIA Jamás tan fatigada, nunca tan en pena;
rota de zarzas, empapada de rocío;
no más puedo arrastrarme; ya no más cadena;
mis piernas ya no dan a mis deseos brío.
Aquí reposaré hasta tanto que clarea.
¡Guarde el cielo a Lisandro, si hay al fin pelea!

Se tiende y duerme.

COQUITO Sobre la tierra

sus ojos cierra;
duerman sueño
como leño.
Dulce amante,
en tu ojo ciego
yo restriego
droga que te desencante.

*Exprime la yerba
sobre los párpados de LISANDRO.*

Al despertar,
habrás de hallar
todo gozo
y alborozo
en la mirada
de tu antigua enamorada.
Y el refrán de la vieja,

«Cada oveja su pareja»,
cuando despiertes,
lo tendrás por moraleja.
Juan con su Juana.
Ninguna nuez vana.
El hombre hallará
su yegua otra vez,
y todo irá bien.

Sale.

CUARTO ACTO

ESCENA I

El bosque. LISANDRO, DEMETRIO, HELENA, HERMIA, dormidos todos en el suelo. Entra TITANIA, reina de hadas, y SENTAJO el payaso, y HADAS, FREJOLILLO, TELARAÑA, POLILLA, MOSTACILLA, y otros; el rey OBERÓN, detrás de ellos.

TITANIA Ven: en florido lecho aquí, gentil, recuesta,
mientras mi mano tus mejillas acaricia,
engarzando musqui-rosas en tu suave testa,
y beso tus orejas grandes, mi delicia.

SENTAJO ¿Dónde está Frejolillo?

FREJOLILLO A la orden.

SENTAJO Ráscame la cabeza, Frejolillo. ¿Dónde está monsiur Telaraña?

TELARAÑA A la orden.

SENTAJO Monsiur Telaraña, gentil monsiur, tome su arma en mano, y máteme un abejorro de pintas rojas sobre la punta de un cardo en flor, y, amable monsiur, tráigame su bolsita de miel. No se apresure demasiado en la empresa, buen monsiur; y, ah, monsiur, tenga cuidado de que la bolsita de miel no estalle: me sería aborrecible verle a usted escurriendo de miel por todas partes, señoría. ¿Dónde está monsiur Mostacilla?

MOSTACILLA A la orden.

SENTAJO Présteme su rascanta, monsiur Mostacilla. Por favor, déjese de reverencias, gentil monsiur.

MOSTACILLA ¿Qué es lo que se os ofrece?

SENTAJO Nada, gentil monsiur, sino que ayude al caballero Frejolillo en arrancarme. Tengo que ir al barbero, mi señor; porque se me hace que estoy asombrosamente peludo por la cara; y soy un jumento tan delicado que, solo con que el pelo me cosquillee, ya tengo que arrancarme.

TITANIA ¿Qué, dulce amor?: ¿quieres oír algo de música?

SENTAJO Tengo un oído bastante bueno pa la música. ¡Venga de palillos y de sartenes!

Sartenes, música rural.

TITANIA O di, mi dulce amor, ¿qué gustas de comer?

SENTAJO A fe mía, un celemín de algarrobas. O podría roer avena, de esa buena y bien seca. Se me da que tengo un gran antojo de un paco de heno: buen heno, heno dulce: no tiene parigual.

TITANIA Tengo un hada atrevida que buscará en la hura de la ardilla, y postre te traerá de nueces nuevas.

SENTAJO Más a gusto me tomaría un puñado o dos de arvejas pasas. Pero, te lo ruego, que ninguno de los de tu gente me estremezca ahora. Siento que me está entrando una fuerte esposición al sueño.

TITANIA Ah, duerme tú, que yo te meceré en mis brazos.
Hadas, partid, y estad en torno a todo rumbo.

Salen las HADAS.

Así con el gentil jazmín la madre selva
tierna se enlaza; así la femenina hiedra
engarza los leñosos dedos de su olmo.
¡Oh, cuánto bien te quiero! ¡Oh, cómo me enamoras!

Duermen.

Entra COQUITO, el duende buen-amigo.

OBERÓN Buen duende, bienvenido. ¿Ves qué tierna escena?

De su enamoramiento empiezo a apiñarme.
Que es que hace un rato a ella la encontré en el bosque,
prendas de amor buscando para este vil payaso,
y allí le eché la bronca y regañé con ella:
pues había sus vellosas sienes coronado
de frescas y fragantes flores en guirnalda;
y el mismo aquel rocío que en los capullos antes
henchíase en redondas perlas de alto oriente
pendía allí en los ojos de las florecillas
como lágrimas que lamentaran su deshonra.
Cuando a mi gusto me hube bien mofado de ella,
y en humildes modos ella me pidió paciencia,
le exigí entregarme al transmutable pajecillo;
que al punto me lo dio, y mandó a uno de sus genios
llevármelo a mis cámaras de Duendilandia.
Conque ahora, ya que tengo al niño, desharé
ese extravío aborrecible de sus ojos.
Y tú, Coquito, quita ese hechizado cráneo

de la cabeza de ese zagalón de Atenas;
que al despertar al mismo tiempo que los otros,
todos a Atenas de retorno se retiren,
y no más piensen en los sucesos de esta noche
que como el asendereado de una pesadilla.
Pero antes liberaré a la Reina de las Hadas.

Exprime la yerba sobre los párpados de TITANIA.

Sé como solías ser;
ve como solías ver.
Contra la flor
del dios de amor
el pimpollo de Diana
tiene fuerza soberana.
Mi dulce reina, ¡eh! ¡Despierta ya, Titania!

Despierta TITANIA.

TITANIA Oberón, ¡qué aparición he visto tan extraña!
se me antojaba estar de un burro enamorada.

OBERÓN He ahí tu amor.

TITANIA ¿Qué ha sido tan mala pasada?

¡Ah, cómo ahora a mis ojos el ver su cara les da enojos!

OBERÓN Silencio un tanto. Duende, ¡fuera esa cabeza!

¡Música, Titania!, y haz que en más que usual modorra
se hundan estos cinco, y su sentido borra.

TITANIA ¡Eh, hola! ¡Un son que aduerma como beleño!

Sigue la música.

COQUITO Luego ya que te deje el sueño,
ve con los ojos de tonto que sueles.

OBERÓN ¡Tímpanos, cascabeles!

Ven, reina mía, enlaza tus manos con mis manos,
y mece el suelo en donde duermen los humanos.

Danzan.

Ahora tú y yo somos nuevos en amor;
y mañana a media noche haremos triunfo y danza
en la casa de Teseo en gala y en primor
bendiciéndola por siempre en toda bienandanza.

Allí esas dos parejas de amantes leales
junto con Teseo harán festivos esponsales.

COQUITO Rey de hadas, oye, espera:
es la alondra mañanera.

OBERÓN Pues entonces, reina, es hora
que emprendamos sin demora
viaje y ronda taciturna
yendo en pos de la nocturna
sombra que huye. El globo entero
nuestra tropa lo circunda
más ligero
que la luna vagabunda.

TITANIA Ven, señor, y en nuestra huida
vuelo a vuelo
cuéntame por quién o cuáles
esta noche sobre el suelo
me he encontrado adormecida
a la par de esos mortales.

Salen.

Suena trompa.

Entra TESEO y todo su séquito, HIPÓLITA, EGEO.

TESEO Vaya uno de vosotros, busque al guardabosques.
Pues ya que hemos cumplido el ritual del Mayo,
y que aún vamos llevando el día de vanguardia,
mi amor oír la música de mis lebreles.
Desatad a la jauría en el valle del Oeste;
soltadlos. Pronto, digo, hallad al guardabosques.

Sale uno del séquito.

Vamos, hermosa reina, a la cumbre del monte,
y oigamos desde allí la música disorde
de los galgos y los ecos en confuso acorde.

HIPÓLITA Estaba yo una vez con Hércules y Cadmo
cuando en Creta acosaban en un bosque al oso
con sabuesos de Esparta. Nunca tan famoso
alboroto pude oír: pues, junto con los sotos,
los cielos, prados, fuentes, todo el campo en torno,
parecían en un grito responder. No oí nunca
tan musical discordia, tan alegre trueno.

TESEO Mis sabuesos son cría de espartana raza,
igual de chatos y terrosos, y les cuelgan
orejas que el rocío de la mañana barren,
paticorvos, con papada de toros tesalios,
lentos al alcance, mas parejos como esquilas
en voz y contravoz; más música jauría
nunca respondió a clamor azuzador ni cuerno
en Creta ni en Esparta misma ni en Tesalia.
Juzga al oír. Mas ¡tiento!: ¿qué ninfas son esas?

EGEO Mi señor, esta es mi hija, aquí sumida en sueño;
y este, Lisandro es; ese de allí es Demetrio;
esta es Helena, hija del viejo Nedar;
me asombro de qué es esto de estar aquí juntos.

TESEO Será que madrugaron a cumplir el rito
del Mayo, y al oír de nuestras intenciones,
aquí han venido en gracia de nuestro festejo.
Pero dime, Egeo: ¿no era este el día que Hermia
debía dar respuesta de su decisión?

EGEO Este es, señor.

TESEO Ve tú, y encarga
a los cazadores que los despierten con sus cuernos.

*Sale un criado. Vocerío dentro. Tañen cuernos.
Se despiertan todos sobresaltados.*

Buen día, amigos. Ya pasó San Valentín:
¿tan tarde empiezan a aparearse ahora
los pájaros del bosque?

LISANDRO Perdón, señor.

Se arrodillan.

TESEO En pie, en pie, os lo ruego, todos.
Bien sé que sois los dos rivales enconados:
¿cómo ha venido al mundo un tal amable acuerdo,
que el odio tan lejano de sospecha duerma
al pie del odio, sin temer ningún embate?

LISANDRO Mi señor, responderé, un tanto atolondrado,
medio en vela y dormido; mas con todo, os juro,
no sé en verdad decir cómo hasta aquí he venido.

Pero pensando bien (pues bien decir querría verdad), y ahora caigo en ello..., sí, así es: aquí con Hermia vine. Nuestro intento era huir fuera de Atenas, en donde pudiéramos, sin el peligro de la ley ática encima...

EGEO ¡Ya basta, basta! Mi señor, tenéis bastante; la ley, la ley reclamo sobre su cabeza. Se querían escapar. Demetrio, eso querían, y con ello a ti y a mí dejarnos defraudados, de tu esposa a ti y a mí de mi consentimiento, mi consentimiento de que fuera esposa tuya.

DEMETRIO Mi señor, la hermosa Helena me habló de su escapada, del rumbo hacia este bosque que se proponían; y yo en mi furia aquí siguiéndolos me vine, a mí siguiéndome en su pasión la hermosa Helena. Pero, mi buen señor, no sé por qué poder (pero algún poder ha sido), ya mi amor por Hermia, fundido como la nieve, se me antoja ahora como el recuerdo de algún vago jugueteo de que hubiera en mi niñez estado apasionado; y toda ya la fuerza y fe de mi corazón, la prenda y el deleite de mis ojos, es tan solo Helena. Yo con ella, mi señor, estaba desposado antes de ver a Hermia: como por enfermo, aborrecí de ese manjar; mas como de sano, vuelto al gusto natural, ahora lo deseo y amo, ya por él suspiro, y habré por siempre ya de serle fiel a él.

TESEO Nobles amantes, dicha ha sido vuestro encuentro. De este argumento luego oiremos más despacio. Egeo, he de pasar sobre tu voluntad: pues en el templo, de aquí a poco, con nosotros, se enlazarán estas parejas para siempre. Y, como la mañana va algo ya gastada, se dejará de lado nuestra cacería. ¡En marcha! A Atenas con nosotros. Tres con tres celebraremos el solemne regocijo. Vamos, Hipólita.

Salen el duque TESEO, HIPOLITA, EGEO y señores.

DEMETRIO Semejan estas cosas vagas, imprecisas,
como montañas lejos que se tornan nubes.

HERMIA Parece verse todo con torcidos ojos,
cuando se antoja todo doble.

HELENA Así parece;
y he encontrado a Demetrio como joya perdida:
la mía ya, y aún no mía.

DEMETRIO ¿Estáis seguros
de que estamos despiertos? A mí se me antoja
que aún dormimos, y soñamos. ¿No os parece
que el duque estuvo aquí y que nos mandó seguirle?

HERMIA Ah, sí, y mi padre.

HELENA Y también Hipólita.

LISANDRO Y nos mandó que le siguiéramos al templo.

DEMETRIO Pues bien, entonces ¿qué?: despiertos sí que estamos.
Sigámosle, y por el camino
recontémonos los sueños que soñamos.

Salen.

SENTAJO (*Despertándose.*) Cuando me toque entrar, llamarme y yo responderé. Me toca con aquello de «Píramo el más hermoso». ¡Ey! ¡Eh! ¡Pedro Membrillo! ¡Flautín el remiendafuelles! ¡Morros el estañador! ¡Hambrón! ¡Vive Dios! ¡Escapados, y dejándome a mí dormido! He tenido una aparición de lo más extraño. He tenido un sueño..., no cabe en seso de hombre decir qué sueño era. Asno será el hombre si anda por ahí desemplicando semejante sueño. Me parecía que yo era..., no hay hombre que sea capaz de decir qué. Me parecía que era..., y me parecía que tenía... Pero tonto de capirote es el hombre si presumiere de decir lo que yo tenía. El ojo del hombre no tiene oído, el oído del hombre no tiene vista, la mano del hombre no puede oler, su lengua concebir ni su corazón contar lo que mi sueño era. Voy a convencer a Pedro Membrillo que escriba un romance sobre este sueño. Se entitulará «El Sueño de Sentajo», porque no tiene bajo ni tajo; y yo lo cantaré al final del fin de una comedia delante de Su Gracia el duque. O púe darse caso que, para hacerlo más gracioso, lo cante a la muerte de Su Gracia.

Sale.

ESCENA II

*Atenas. En casa de Pedro Membrillo.
Entran MEMBRILLO, FLAUTÍN, MORROS y HAMBRÓN.*

MEMBRILLO ¿Habéis mandao recado a casa de Sentajo? ¿No ha vuelto a casa entodavía?

HAMBRÓN No hay manera de saber de él. No cabe duda que ha sufrido alguna transemigración.

FLAUTÍN Si no vuelve, entonces se jorobió la comedia. No puede seguir adelante, ¿no?

MEMBRILLO No será posible: no se encuentra un hombre en toda Atenas capaz de desempeñar un Píramo más que él.

FLAUTÍN Ay, no: él tiene sencillamente el mejor seso de cualquier menestral de Atenas.

MEMBRILLO Ay, sí, y también la mejor figura; y es un verdadero pederasta en la dulzura de la voz.

FLAUTÍN «Peridasta» debes decir. Un pederasta es (¡Dios nos perdone!) una cosa poco fina.

Entra JUSTÍN el ebanista.

JUSTÍN Maestres, el duque está saliendo del templo, y ahí hay dos o tres caballeros y damas más que se han casado. Si nuestro entretenimiento hubiera ido adelante, nos habrían hecho a todos unos hombres de pro.

FLAUTÍN ¡Ah, bendito matasietes de Sentajo! Ve ahí cómo se ha perdido seis peniques al día de renta vitalicia; os digo que no escapaba con menos de seis peniques al día; si el duque no le daba seis peniques al día por hacer de Píramo, me dejaba yo colgar; eso es lo que habría ganao: seis peniques de Píramo al día, o nada.

Entra SENTAJO.

SENTAJO ¿Dónde están esos rapaces? ¿Dónde están esas prendas?

MEMBRILLO ¡Sentajo! ¡Oh, día el más encorajinado! ¡Oh, la más feliz de las horas!

SENTAJO Maestres, estoy pa despotricaros maravillas; pero no me pregunten qué; porque, si os lo cuento, no soy un ateniense como Dios manda. Os contaré cosa por cosa, tal y como fue ocurriendo.

MEMBRILLO Di, te escuchamos, gentil Sentajo.

SENTAJO De mí, ni una palabra. Todo lo que voy a contaros es que el duque ha almorzado. Juntad vuestros aparejos, buenas cuerdas para las barbas, cintas nuevas pa los chapines; andar a encontrarnos inmediatamente en palacio; que cada hombre coja y repase su papel; pues lo que hay en resumidas cuentas es que nuestra comedia ha sido la elegida. En cualquier caso, que Tisbe se ponga enaguas limpias; y el que haga de león, que no se recorte las uñas: pues tós van a estar pendientes de las garras del león. Y, ah mis carísimos aztores, no comáis cebollas ni ajo, porque tenemos que echar un suavísimo aliento; y no me cabe duda que les hemos de oír decir «Es un drama suavísimo». No más palabras: ¡andando!, ¡hale, andando!

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Atenas. El palacio de Teseo.

Entran TESEO, HIPÓLITA, FILÓSTRATO, señores y séquito.

HIPÓLITA Raro es, mi Teseo, lo que cuentan esos enamorados.

TESEO Raro más que verdadero:
no he de creer nunca en esas fábulas antiguas
y niñerías de hadas: enamorados como locos
tienen el seso tan hirviente y fantasías
tan configuradoras, que perciben más
que pueda nunca concebir la razón fría.
El lunático, el enamorado y el poeta
son todos ensamblados de imaginación:
uno ve más diablos que en el vasto infierno quepan:
ese es el loco; el enamorado, igual de orate,
ve la beldad de Helena en un ceño moruno;
ojo de poeta, en puro frenesí girando,
mira de cielo a tierra, de la tierra al cielo,
y según la imaginación va incorporando ideas
de cosas nunca vistas, la pluma del poeta
las torna en formas, y le da a la aérea nada
un punto de localidad y un nombre propio.
Tal son las mañas de una fuerte imaginación,
que, solo que tal vez perciba una alegría,
concibe ya algún ser que aporta esa alegría;
o ya en la noche imaginando un miedo bobo,
¡qué fácil una zarza se convierte en lobo!

HIPÓLITA Pero toda la historia que de esta noche cuentan
y sus almas todas a una así transfiguradas
atestiguan de algo más que meras fantasías
y montan a algo de importante consistencia;
mas, sea como sea, raro y admirable.

TESEO Ahí vienen los amantes llenos de alborozo.

Entran LISANDRO, DEMETRIO, HERMIA y HELENA.

¡Alegría, amables compañeros, alegría!,
y que amor en siempre fresco día siga al par
de vuestros corazones.

LISANDRO ¡Mayor que la nuestra
escolte tus reales pasos, mesa y lecho!

TESEO Veamos pues: ¿qué danzas, qué sarao tendremos
que consuman esta larga era de tres horas
que va de nuestra cena al tiempo de acostarse?
¿Dónde está nuestro usual ministro de regocijos?
¿Qué fiestas hay a mano? ¿No hay una comedia
que calme la ansiedad del tiempo torturante?
A Filóstrato llamad:

FILÓSTRATO Aquí, noble Teseo.

TESEO Di, ¿qué pasatiempo tienes para nuestra noche?
¿Qué máscaras, qué música? ¿Cómo engañaremos
al tiempo perezoso sino con festejos?

FILÓSTRATO He ahí la lista de diversiones que hay a punto:
escoja vuestra alteza la que ver primero.

Le da un papel.

TESEO (*Leyendo.*) «La batalla contra los Centauros, entonada
por un eunuco ateniense al son del harpa.»
No, nada de esto: ya se lo narré a mi amada
yo mismo, a gloria y prez de mi pariente Hércules.
«El feroz motín de las Bacantes embriagadas
descuartizando en furia al Músico de Tracia.»
Este es invento viejo; y ya se representó
la última vez que vine vencedor de Tebas.
«Las tres veces tres Musas llorando la muerte
de la Ciencia, fallecida en mísera pobreza.»
Esto es alguna sátira, crítica y aguda,
que con una ceremonia nupcial no cuadra.
«Tediosa y breve escena del amante Píramo
y de Tisbe su amor: muy trágico regocijo.»
¡Trágico y regocijado! ¡Tedioso y breve!
Esto es, hielo caliente y rara nieve ardiendo.
¿Cómo hallar la concordia de esta discordancia?

FILÓSTRATO Es una obra, señor, de unas diez palabras,

que así es tan breve como nunca he visto drama;
pero, mi señor, de larga le sobran diez palabras,
lo cual la hace tediosa: porque en todo el drama
no hay una palabra justa, un comediante propio;
y trágica, muy noble mi señor, lo es:
pues en ella Píramo a sí mismo se da muerte;
lo cual, cuando les vi el ensayo (lo confieso)
me hizo llorar los ojos; pero fue de risa:
nunca regocijo alguno derramó más lágrimas.

TESEO ¿Qué gente son los que lo representan?

FILÓSTRATO Hombres de callosas manos que laboran en Atenas,
que jamás su espíritu trabajaron hasta ahora,
y ahora han fatigado sus memorias cortas
en este drama, con la mira en vuestras bodas.

TESEO Y que lo escucharemos.

FILÓSTRATO No, mi buen señor:

no es para vos: lo he oído yo de cabo a rabo,
y nada es, nada de nada; a no ser que encontréis
deleite en ver sus intenciones estiradas
al extremo y machacadas en cruel estudio
por haceros servicio.

TESEO Escucharé ese drama;

pues nunca puede cosa ser inoportuna
cuando deber y sencillez al par lo ofertan.
Ve, tráelos. Y ocupen sus asientos, damas.

Sale FILÓSTRATO.

HIPÓLITA No gusto en ver a la miseria sobrecargada
y el deber cayendo en cumplimiento de su servicio.

TESEO ¿Qué, dulce amor? Nada has de ver de tales cosas.

HIPÓLITA El dice que no valen nada en ese arte.

TESEO Mayor nuestra bondad, en dar por nada gracias.

Nuestro placer será aviar a bien lo que ellos
a mal desvíen; y el obsequio que no puede
deber humilde dar por sí, respeto noble
en la intención y no en el mérito lo toma.
Al ir yo a un sitio, grandes sabios se han propuesto

hacerme salva en ensayadas bienvenidas:
cuando los pude ver temblar, pararse pálidos,
quedarse haciendo en medio de una frase punto,
ahogar su practicada elocución el miedo,
y en conclusión, que en vil silencio se cortaban
sin darme la bienvenida, créeme, mi hermosa:
una bienvenida aún saqué de ese silencio,
y en la modestia del deber empavorido
tanto leí como en la lengua de carraca
de la elocuencia respondona y atrevida.
El amor así, y la sencillez lengüitrabada,
lo más dice en lo menos, y habla todo en nada.

Vuelve FILÓSTRATO.

FILÓSTRATO Con la venia de Su Gracia, el Prólogo está listo.

TESEO Que venga acá.

*Floreo de trompetas.
Entra el PRÓLOGO (MEMBRILLO).*

PRÓLOGO Si os ofendemos, es con toda la intención.

Que no creáis que aquí con buena voluntad
venimos a ofender, sino de corazón;
de haceros ver nuestra muy torpe habilidad,
comienzo cierto a nuestro fin y conclusión.
No dudéis por tanto, pues, que aquí venimos más
que con rencor y enfado. No venimos, pues,
a daros regocijo. Nuestro intento más
profundo se dirige y es nuestro interés.
Tan solo aquí a proporcionaros diversión
no estamos. Para hacer que os arrepintáis
los actores están listos. Por su propia acción
entenderéis cuanto en vos quepa que entendáis.

TESEO Este camarada no se para en barras ni en puntos.

LISANDRO Ha trotado sobre su prólogo como en potro sin domar: no sabe usar del freno. Una buena moraleja, mi señor: no basta hablar con son, sino también con ton.

HIPÓLITA Ah, sí: ha tañido en su prólogo como un niño en un manubrio: una música, pero sin gobierno.

TESEO Su discurso era como una cadena enratijada: nada había roto, pero todo

desconcertado. ¿Quién viene ahora?

Entran PÍRAMO y TISBE, PARED, CLARO-DE-LUNA y LEÓN.

PRÓLOGO Damas y caballeros, bien pudiera ser
que este espectáculo os asombre; mas continuad
asombrados hasta tanto que haga esclarecer
todas las cosas la verdad.
Este hombre es Píramo, si lo queréis saber;
esta bellida dama es Tisbe en propiedad.
Este hombre con revoco y cal es la Pared,
la vil Pared que a esos amantes parte en dos;
y por su raja, pobres, van de vez en vez
a susurrar; lo cual comprende todo Dios.
Este, con linterna, perro y rama de espinar
representará el Claro-de-luna; pues hais de saber
que a la luna estos amantes se iban a encontrar
a la tumba del rey Nino, sin desmerecer,
allí, allí a decirse amores y arrullar.
Esta espantable bestia, llamada León
por nombre, a la fiel Tisbe, que se adelantó
a llegar allí de noche, la asustó; o no:
mejor dicho, diré que la aterrorizó;
y al escapar, su manto lo dejó caer;
el cual el vil León con su boca vil
y ensangrentada lo manchó;
al punto viene a aparecer
el joven Píramo, tan lindo y tan gentil,
y halla asesinado el manto de su Tisbe fiel;
a lo cual, con filo, filo sangriento y cruel
bravamente ensartó su hirviente corazón;
y Tisbe, que se retrasa, a la sombra de un moral
su daga saca y muere. Más explicación
os la darán con un detalle general
León, Pared, Claro-de-luna, amantes dos,
mientras aquí en presente se hallen ante vos.

Salen PRÓLOGO, PÍRAMO, TISBE, LEÓN y CLARO-DE-LUNA.

TESEO Me pregunto si también el león va a hablar.

DEMETRIO No hay de qué asombrarse, mi señor: bien puede hacerlo un león, cuando tantos asnos lo hacen.

PARED Sucede en trance tal que, siendo yo a mi vez
Morros por nombre, represento una pared;
y tal pared que, como quiero que se entienda,
tenía en sí una hendija o raja o grieta o hienda,
por donde los amantes, Tisbe y Piramó
susurraban a menudo, muy en secreto, oh.
Esta argamasa, este revoco y piedra muestra
que soy la tal pared. De eso no hay dudar.
Y aquesta es la rendija, a diestra y a siniestra,
por donde los amantes han de susurrar.

TESEO ¿Podríaís pedir que hablaran mejor arcilla y mampostería?

DEMETRIO Es el tabique más ingenioso de cuantos he oído hablar, señor.

Entra PÍRAMO.

TESEO Píramo está arrimándose a la pared. ¡Silencio!

PÍRAMO ¡Oh, noche fosca, noche de sombra sombría!
¡Oh, noche que estás siempre cuando no es de día!
¡Oh, noche, oh, noche ay, ayáy, oh, ay, ay, oh!,
¿si habrá olvidao mi Tisbe lo que prometió?
Y tú, oh, pared, pared amante como madre,
que te alzas entre mi solar y el de su padre,
oh, tú, dulce pared, enseña la rendija
a través de la cual mi vista se dirija.

La PARED pone en alto los dedos.

Gracias, gentil pared.
Que por esta merced
Júpiter te proteja y colme de fortuna.
Pero ¿qué veo? ¡Ay! No veo Tisbe alguna.
Oh, malvada pared,
por tal engaño y tal doblez
¡tu piedra sea maldecida y maldicha!

TESEO La pared, creo yo, sensible como es, debía a su vez echarle maldiciones.

PÍRAMO No, en verdad, señor: «maldecida y maldicha» es la entrada para Tisbe.
Ella va a entrar ahora, y yo voy a mirarla a través de la pared. Ya veréis
cómo todo sale clavao como os lo he dicho. Allá se acerca ella.

Entra TISBE.

TISBE Pared, oh, ¡cuánta vez oíste mi gemido

por separarme de mi Píramo garrido!
Mis labios de cereza dieron ¡cuánto beso
a tus piedras, ay, sí,
las piedras que en ti traban argamasa y yeso!

PÍRAMO Veo una voz. A la rendija es bien que atisbe
a ver si puedo oír la cara de mi Tisbe.
¡Ah, Tisbe!

TISBE ¡Ah, mi amor! Eres mi amor (yo creo).

PÍRAMO Cree lo que quieras. Soy la gracia y el deseo
de tu leal amante,
que a fiel no hay Alimandro que se me dispute.

TISBE Y yo, fiel y constante
como Herilena, hasta que el Hado me ejecute.

PÍRAMO Ni Encéfalo a Procusta fue de fiel así.

TISBE Como Procusta a Encéfalo, así yo para ti.

PÍRAMO ¡Oh, bésame por la rendija
de esta pared pesada!

TISBE Pared beso y rendija,
mas de tus labios, nada.

PÍRAMO ¿Quieres junto a la tumba del rey Nino
salirme al punto al paso?

TISBE O vida o muerte llueva el sino,
allá voy sin retraso.

Salen PÍRAMO y TISBE.

PARED Con esto, yo, Pared, con mi papel cumplí;
y ya cumplido, yo, Pared, me voy de aquí.

Sale.

TESEO Ahora se ha caído el tabique entre los dos vecinos.

DEMETRIO Inevitable, mi señor, cuando las paredes ponen tanto empeño en oír sin
dar aviso.

HIPÓLITA Esto es la cosa más tonta que jamás he oído.

TESEO Las obras mejores en este género no son más que sombras; y las peores no
son peores que las otras, si las enmienda la imaginación.

HIPÓLITA Habrá de ser entonces tu imaginación, no la de ellos.

TESEO Si no imaginamos peor de lo que ellos de sí mismos imaginan, podrán pasar por hombres excelentes. Aquí vienen entrando dos nobles bestias, un hombre y un león.

Entran LEÓN y CLARO-DE-LUNA.

LEÓN Vosotras, damas, cuyos dulces corazones
se asustan del más mínimo de los ratones,
horrendo monstruo por el suelo que se escurra,
acaso ahora se os ocurra
echaros a temblar y armar la escandalera,
cuando el león salvaje ruja en rabia fiera.
Pues bien: sabed que yo soy en persona
un tal Justín el ebanista,
pelleja de león (está a la vista),
pero en el resto, ni león ni aun leona;
que si en plan de león viniera a hacer esgrima
a tal mansión, menuda se me cae encima.

TESEO Una fiera muy cortés, y de conciencia escrupulosa.

DEMETRIO De cuantas he visto, señor, no hay fiera que prefiera.

LISANDRO Este león, en valentía, es un verdadero zorro.

TESEO Verdad; y en discreción, un ganso.

DEMETRIO Eso no, mi señor: pues su valentía no puede alcanzar a su discreción, y el zorro alcanza al ganso.

TESEO Lo que es seguro es que su discreción no puede alcanzar a su valentía: pues el ganso no alcanza al zorro. Bien está. Dejémoslo a su discreción, y escuchemos a la luna.

CLARO-DE-LUNA Representa esta linterna la cornada luna...

DEMETRIO Los cuernos tenía que haberlos llevado en la cabeza.

TESEO No es el cuarto creciente, y así los cuernos están ocultos en su esfera.

CLARO-DE-LUNA Representa esta linterna la cornada luna; yo el hombre de la luna debo parecer.

TESEO Ese es el más grave de todos los errores: al hombre tenían que haberlo puesto dentro de la linterna. ¿Cómo, si no, va a ser el hombre de la luna?

DEMETRIO No se atreve, por mor de la llama, a meterse dentro; porque, como veis,

ya está que arde.

HIPÓLITA Ya estoy aburrida de esta luna; ¡así cambiara de cuarto pronto!

TESEO Se deja ver, por la escasa luz de su discreción, que está ya muy en el menguante; mas sin embargo, en toda razón y cortesía, se le debe dar su tiempo.

LISANDRO Adelante, luna.

CLARO-DE-LUNA Todo lo que tengo que decir es explicaros que la linterna es la luna, yo, el hombre de la luna, este zarzal de espino, mi zarzal de espino, y este perro, mi perro.

DEMETRIO Pero ¿cómo?: todos, entonces, tenían que estar en la linterna: porque están todos en la luna. Pero ¡silencio!: aquí se acerca Tisbe.

Entra TISBE.

TISBE Esta es la vieja tumba del rey Nino.

¿En dónde está mi amor?

LEÓN ¡Aghrr!

*Ruge el LEÓN.
TISBE sale corriendo.*

DEMETRIO ¡Bien rugido, león!

TESEO ¡Bien corrido, Tisbe!

HIPÓLITA ¡Bien brillado, luna! La verdad es que la luna brilla con muy buenas maneras.

El LEÓN desgarra el manto de TISBE, y sale.

TESEO ¡Bien arratonado, león!

DEMETRIO Y entonces, llegó Píramo.

LISANDRO Y por tanto, se esfumó el león.

Entra PÍRAMO.

PÍRAMO Oh, dulce luna, gracias por
tu soleado resplandor;
oh, gracias, luna cara,
por hoy brillar así de clara:
que a tus dorados, rubios, lucios rayos fío
en echarle a la fiel Tisbe el ojo sin desvío.
Pero ¡quieto! ¡Oh, dolor!

Pero ¡mira, triste amador!
¿qué es esta horrible cuita?
Ojos, ¿lo podéis ver?
¿Cómo puede ser?
¡Oh, tierna palomita!
Tu manto de brocado
¿qué?: ¿de sangre untado?
¡Furias crueles, acudid!
¡Oh, Parcas, oh, venid, venid!
¡Cortad hilo y hebra!
¡Estruja, aplasta,
derrumba y quiebra!
¡Ah, basta, basta!

TESEO Estos aspavientos, sumados con la muerte de un amigo bienamado, casi le harían a un hombre poner la cara triste.

HIPÓLITA Malhaya mi corazón, que me da pena el hombre.

PÍRAMO Oh, tú, ¿por qué, Natura, entre tus creaciones
formaste a los leones? Que es león malvado
el que a mi bienamada aquí la ha desflorado:
la que es (¡ay, no!: que fue) la dama más hermosa
que vivió, que amó, que vio, que oyó, que olió cual rosa.
¡Lágrimas, fuera!
¡Venga la nada!
¡Fuera tú, espada,
relumbra, brilla!
Que ya la tetilla
de Píramo hiera:
la tetilla izquierda,
donde está la cuerda
de su corazón.
¡En tanta pasión
que Píramo muera!
¡Espada, a mí!
Así muero yo, así, así, así.

Se apuñala.

Ahora estoy matado;
ahora he volado;
mi alma el cielo quiere.
¡Lengua, tu luz tapa!

¡Luna, sal y escapa!

Sale CLARO-DE-LUNA

¡Ya muere, muere, muere, muere!

Muere.

DEMETRIO No cuatro muertes, sino el as de muertes para él: pues él no es más que uno.

LISANDRO Menos de un as, hombre: como está muerto, no es ninguno.

TESEO Con ayuda de un cirujano podría aún revivir, y seguir demostrando lo asno que es.

HIPÓLITA ¿Cómo es esto de que el Claro-de-luna se haya ido antes de que Tisbe vuelva y encuentre a su amante?

Entra TISBE.

TESEO Lo encontrará a la luz de las estrellas. Aquí entra ella. Y con su duelo se cierra ya la obra.

HIPÓLITA Pienso yo que no debía hacer un duelo muy largo por semejante Píramo. Espero que sea breve.

DEMETRIO A quién es el mejor, si Píramo, si Tisbe, una mota de polvo inclinaría la balanza: él en hombre, ¡Dios nos proteja!; ella en mujer, ¡Dios nos bendiga!

LISANDRO Ya le ha echado la vista con esos dulces ojos.

DEMETRIO Y así se expresa ella: dos puntos.

TISBE ¿Dormido, corazón?

¿Qué? ¿Muerto, mi pichón?

¡Oh, Píramo, alzate!

¡Habla, habla! ¿Qué?

¿Tan mudo? ¿Muerto, muerto?

Y habrá cubierto

tus dulces ojos tan tranquila

la fría huesa?

¡Tus labios de lila,

tu nariz de fresa,

esas mejillas

tan amarillas

como la albahaca,

son idos, idos!

¡Amantes, gemidos!
Sus ojos eran verdes como la espinaca.
¡Oh, Hermanas tres,
venid, venidme pues!,
que aquí me pongo,
y vuestras manos, blancas como leche,
metedlas en mondongo,
pues con tal escabeche
habéis esquilado
la hebra de seda de mi bienamado.
¡Lengua, ya callada!
¡Ven tú, fiel espada!
¡Ven, filo, ven, hoja,
y en sangre mi pecho remoja!

Se apuñala.

Amigos, id con Dios:
con esto fina
Tisbe y se termina.
¡Adiós, adiós, adiós!

Muere.

TESEO Quedan en pie Claro-de-luna y León para enterrar los muertos.

DEMETRIO Sí, y la Pared también.

SENTAJO (*Levantándose.*) Eso no, os lo aseguro: caída está la pared que dividía a sus padres. ¿Tendréis a bien contemplar el Epílogo, o bien escuchar un baile bergamasco ejecutado por dos de nuestra compañía?

TESEO Epílogo no, por favor: pues vuestro drama no necesita de disculpas. No os disculpéis de nada: pues cuando los actores están todos muertos, no hace falta echarle la culpa a nadie. A fe mía, si el que lo escribió hubiera hecho de Píramo y se hubiera colgado con el ligero de Tisbe, habría sido una lindísima tragedia. Como lo es en verdad, lo es, y muy distinguidamente representada. Pero ea, ¡venga vuestro bergamasco! Olvidaos del Epílogo.

Una danza.

La férrea lengua de la noche ha dicho «Doce».
Al lecho, amantes: casi es hora de las hadas.
Temo que a la mañana ha de comerle el sueño
tanto como a esta noche le quitó la vela.
Bien este tosco drama le ha engañado el lento

paso a la noche. Amigos míos, ¡a la cama!
Celebraremos esta fiesta quince días
con nocturna algazara y nuevas alegrías.

Salen.

ESCENA II

Entra COQUITO, con una escoba.

COQUITO Ya el león hambriento ruge
y a la luna el lobo aúlla;
ya el labriego ronca y cruje,
roto de trajín y bulla.
Queda el ascua en vano ardiente,
y el mochuelo el aire raja
con su silbo, que al doliente
le recuerda la mortaja.
Es la hora nocturnal
que las tumbas, bostezando,
su ánima echa cada cual
a ir de cruz en cruz vagando.
Y las hadas, que, escapando
del sol, vamos bajo el ceño
de Hécate la Triple andando
tras la sombra como un sueño,
fiesta hacemos. Ni un ratón,
debe perturbar la alcoba
de esta sacra mansión.
Me han mandado, con escoba,
a que, alerta,
barra el polvo tras la puerta.

Entra el rey de las Hadas con todo su cortejo.

OBERÓN Por la casa luz rebrinque
junto al fuego mortecino;
todo duende y hada brinque
como pájaro al comino,
y este baile, tras mis pies,
cante y dance en dos por tres.

TITANIA La canción llevad con tino.

Mano en mano entrelazadas,
con la gracia de las hadas
cantaremos
y este hogar bendeciremos.

Canto y baile.

OBERÓN Ahora, hasta que rompa el día,
todo duende vague y ría
por pasillos y salones.
Hasta el lecho nupcial
principal
llegaremos,
y echaremos
bendiciones:
que la prole allí formada
siempre viva afortunada;
que las tres parejas sean
siempre fieles en amor,
y en sus hijos un error
de Natura nunca vean:
nunca labio hendido, arruga
ni verruga
ni otra marca o raro antojo
que en nacido cause enojo
ni recrezca
ni en sus niños aparezca.
Santiguados del rocío
que os echo;
todo duende a su albedrío
por las salas
de este techo
id, volad,
y una y otra con las alas
benedicid en dulce paz.
Y su dueño con ventura
siempre viva en paz segura.
¡Fuera allá!
¡Basta ya!
Volvedme todos a ver
al amanecer.

Salen todos menos COQUITO.

COQUITO Si hemos hecho aquí nosotros,
sombras, algo que os ofenda,
pues pensad así vosotros
(y ya todo tiene enmienda):
que no más habéis echado
una siesta
mientras esta
visión se os ha mostrado:
que esta trama y tonto empeño
no es más sólido que un sueño.
No silbéis ni reprendáis,
mis señores:
que, si aquí nos perdonáis,
procuremos ser mejores.
Y, en mi honor de buen Coquito,
que, si inmerecidamente
escapamos, sin un pito,
muy prontito
algo haremos que os contente.
O, si no, decid que miente
el Coquito y sus fantoches.
Conque a todos, buenas noches.
¡Palmas, señores!
Si soy vuestro amigo,
y Robín hará como digo.



EL MERCADER DE VENECIA

*versión de
Vicente Molina Foix*

Inscrita en el registro de publicaciones en julio de 1598, fue probablemente escrita entre 1596 y 1597. Hay una buena edición en Cuarto de 1600 y una segunda de 1619, que incorpora correcciones y añade errores. La edición del Primer Folio de 1623 siguió la edición del Primer Cuarto.



DRAMATIS PERSONAE

ANTONIO, un mercader de Venecia

BASSANIO, su amigo y pretendiente de Porcia

LEONARDO, criado de Bassanio

LORENZO, amigo de Antonio y Bassanio

GRACIANO, amigo de Antonio y Bassanio

SALERIO, amigo de Antonio y Bassanio

SOLANIO, amigo de Antonio y Bassanio

SHYLOCK, un judío

JESSICA, su hija

TUBAL, un judío

LANCELOT, un bufón, criado de Shylock y después de Bassanio

GOBBO, su padre

PORCIA, una heredera

NERISSA, su dama de compañía

BALTASAR, criado de Porcia

ESTÉFANO, criado de Porcia

El príncipe de MARRUECOS, pretendiente de Porcia

El príncipe de ARAGÓN, pretendiente de Porcia

El DUX de Venecia

Un CARCELERO

Los magníficos de Venecia, criados y séquitos

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran ANTONIO, SALERIO y SOLANIO.

ANTONIO En verdad que no sé por qué estoy tan triste,
y eso me fatiga, y decís que os fatiga a vosotros.
Pero cómo contraje esta tristeza, la encontré o adquirí,
cuál su materia es, o de qué ha nacido,
es algo que aún ignoro.
Y tan necio me ha hecho la tristeza,
que he de esforzarme para saber quién soy.

SALERIO Vuestra mente da vueltas en el mar,
que vuestros buques surcan opulentos
como eminentes dueños de las olas,
igual que carruajes del océano,
mirando con desdén a las barcas de carga
que ante ellos se doblan reverentes
cuando a su lado vuelan con las alas de tela.

SOLANIO Creedme, mi señor: si tuviese en juego
igual negocio, mis entrañas pondría
junto a mis esperanzas. Arrancaría hierbas
solo para saber dónde se posa el viento,
rastreado en los mapas puertos, radas y calas,
y me entristecería, no lo dudo,
todo lo que me hiciese recelar
desgracia en mis negocios.

SALERIO Mi soplo al enfriar la sopa
me haría tiritar, solo pensando
el daño de un gran viento en el mar.
Y al ver pasar el tiempo en un reloj de arena
no haría más que pensar en los bajíos,
viendo ya mi velero encallado,
con el mástil rendido al costillaje,
besando la arena de su fosa. Y si voy a la iglesia,
el sagrado edificio hecho de piedra,
me haría recordar las peligrosas rocas
que con solo rozar los flancos de mi nave

en las olas derramarían sus especias,
vistiendo el mar rugiente con mis sedas,
hasta ese momento tan valiosas,
y, en un momento, nada. ¿Podría yo pensar
un pensamiento así y no pensar
que si ocurriera eso me pondría triste?
Y no me lo digáis: sé que Antonio
está triste pensando en sus mercaderías.

ANTONIO No es así, créeme, y doy por ello gracias a la suerte.
Mis negocios no han sido confiados a una sola bodega
ni en un solo lugar; ni mi hacienda depende
de la buena fortuna de este año.
No son mis mercancías, por tanto, las que me entristecen.

SOLANIO Pues entonces estáis enamorado.

ANTONIO ¡Quita, quita!

SOLANIO

¿Tampoco enamorado? Concluyamos entonces que estáis triste
porque no estáis alegre, y tan fácil sería para vos
saltar, reír, decir que estáis alegre,
puesto que no estáis triste. ¡Por Jano y sus dos caras!
La naturaleza crea extraños seres:
unos que, como loros aunque suene la gaita,
no paran de reír con ojos chispeantes;
otros, por el contrario, son tan agrios
que ni los dientes muestran en sonrisa
aunque Néstor proclame que hay que reír la chanza.

Entran BASSANIO, LORENZO y GRACIANO.

Aquí llega Bassanio, vuestro amigo más noble,
con Graciano y Lorenzo. Adiós,
y os dejamos en mejor compañía.

SALERIO Me habría quedado hasta alegraros,
si amigos más valiosos no se me adelantasen.

ANTONIO Tu valía es muy alta a mis ojos.
Será que tus negocios te reclaman,
y tomas la ocasión para partir.

SALERIO Buenos días tengáis, nobles señores.

BASSANIO Y vos, tan caballeros, ¿cuándo reiremos juntos? ¿Cuándo? Cada vez sois más raros de ver. ¿Tiene que ser así?

SALERIO Pondremos nuestro ocio al servicio del vuestro.

Salen SALERIO y SOLANIO.

LORENZO Mi buen señor Bassanio, ya que has encontrado a Antonio, nosotros te dejamos, pero no olvides dónde hemos de reunirnos para la cena.

BASSANIO No habré de faltar.

GRACIANO No tenéis buen aspecto, noble Antonio, demasiado valor dais al mundo: quien por él mucho paga, ha de perderlo. Creedme: habéis sufrido un cambio prodigioso.

ANTONIO Tengo al mundo por lo que el mundo es, Graciano: la escena de un teatro, donde todos tenemos un papel; el mío es triste.

GRACIANO Yo haré el de bufón, y de reír nos salgan las arrugas de viejo; antes el vino me caliente el hígado que los suspiros fúnebres hielen mi corazón. ¿Por qué ha de estar inmóvil un hombre ardoroso, igual que sus mayores en tumba de alabastro? ¿Dormir si está despierto, y caer en la bilis por tristeza? Os digo algo, Antonio, y es mi amor, ya que os amo, el que habla: hay hombres cuyo rostro se cubre con un espeso manto, como el del agua pútrida, y que obstinadamente adoptan el silencio con la intención de verse revestidos de una fama de sabios, serios y juiciosos, viniendo a decir: «Soy el Señor Oráculos, cuando abro mis labios no ladre ningún perro». Sí, mi querido Antonio, sé de hombres tenidos por muy doctos solo porque no hablan, y os puedo asegurar que, si dijeran algo, condenarían a quienes, al oírlos, a esos hermanos suyos insultarían. Hablemos otro día más de esto, y con el cebo de la melancolía

no pesquéis pez tan torpe como el de dicha fama.
Vamos, mi buen Lorenzo; quedad en paz ahora,
y después de cenar terminaré el sermón.

LORENZO Os dejamos entonces hasta la cena.

Debo de ser uno de esos doctos silenciosos,
ya que Graciano nunca me deja hablar.

GRACIANO Tú quédate a mi lado dos años más
y no sabrás si es tuyo el ruido de tu lengua.

ANTONIO Acabaré locuaz con tanta charla.

GRACIANO Tendríais que dar gracias: el silencio sólo es recomendable para lengua
de vaca en conserva o doncella incasable.

Salen GRACIANO y LORENZO.

ANTONIO ¿Todo eso es algo?

BASSANIO Graciano suele hablar una infinita cantidad de naderías, más que ningún
otro hombre de Venecia. Sus razonamientos son como dos granos de trigo
escondidos en dos fanegas de paja; has de pasar el día hasta encontrarlos, y
cuando ya los tienes no valían la búsqueda.

ANTONIO Dime ahora el nombre de esa dama
a quien juraste ser peregrino secreto,
y que hoy prometiste revelarme.

BASSANIO No ignoras, Antonio,
cuánto he menoscabado mi hacienda
aparentando un porte más suntuoso
que el que mis pobres medios permitían.
Y no me duele ahora tener que reducir
tan alta posición; mi mayor celo
es salir bien librado de las deudas
a las que estoy atado por mi vida anterior,
pródiga en exceso. A ti, Antonio, es
a quien más debo en dinero y amor,
y ese amor me permite confiarte
la trama de intenciones que he pensado
para saldar todo lo que adeudo.

ANTONIO Sí, buen Bassanio, házmela saber,
y si, como tú mismo, satisface
las miras del honor, no dudes

que mi bolsa, mi persona y mis medios
del todo se abrirán a tus solicitudes.

BASSANIO En mis días de escuela, si perdía una flecha lanzaba otra de igual
envergadura
y en dirección igual, fijándome mejor
para hallar la primera; arriesgando las dos
encontraba las dos. Aporto esta prueba
porque lo que te cuento es pura inocencia.
Mucho te debo, y, como un joven terco,
perdí lo que te debo, pero si
lanzas otra flecha en igual dirección
que la primera, no me cabe la duda
—me fijaré en el blanco— de encontrar las dos
o devolver lo último arriesgado,
quedando agradecido deudor de lo primero.

ANTONIO Me conoces muy bien; pierdes el tiempo
desviando mi amor con tus rodeos.
Más daño estás haciéndome al dudar
de mi entrega sin límites
que si despilfarraras todo lo mío.
Así que, de una vez, dime qué he de hacer
de lo que tú comprendas que por mí puede hacerse,
y a todo estaré presto. Habla, pues.

BASSANIO Vive en Belmont una rica heredera
muy hermosa y, más hermoso aún,
de muy raras virtudes. A veces de sus ojos
bellos mensajes mudos recibí.
Su nombre es Porcia, y en nada desmerece
a la Porcia de Bruto, la hija de Catón,
ni el ancho mundo ignora su valía,
pues de las costas traen los cuatro vientos
pretendientes nombrados; y sus radiantes rizos
cuelgan sobre sus sienes como un vellón de oro,
haciendo de Belmont la orilla de la Cólquida
a la que los Jasones vienen buscándola.
Mi Antonio, si tuviera los medios
de hacerme un lugar como rival de ellos,
mi cabeza me anuncia tanta ventaja,
que sería sin duda afortunado.

ANTONIO Sabes que mi fortuna está en el mar,
y no tengo dinero ni mercancías
para reunir en breve una gran suma; así que entérate
del crédito que tengo en Venecia,
y eso lo agotaremos hasta el límite,
para que, en Belmont, la hermosa Porcia te vea bien provisto.
Averigua al pronto dónde hay dinero,
yo haré lo mismo; tengo seguridad
de que si no es a mí lo dan a mi amistad.

Salen.

ESCENA II

Entra PORCIA con su dama de compañía NERISSA.

PORCIA La verdad es, Nerissa, que mi pequeño cuerpo está cansado de este gran mundo.

NERISSA Tendríais motivos, mi señora, si vuestras miserias fueran tan abundantes como vuestra fortuna, aunque, por lo que yo veo, tan enfermos están los que se hartan con demasiado como los que con nada se mueren de hambre. No es, por tanto, felicidad mediana quedarse en el medio. La sobreabundancia da canas mucho antes, pero la temperancia da una vida más larga.

PORCIA Buenas sentencias, y bien expresadas.

NERISSA Mejor aún serían si bien cumplidas.

PORCIA Si hacer fuera tan fácil como saber lo que se debe hacer, las capillas habrían sido iglesias, y las chozas más pobres palacios principescos; buen predicador es el que cumple sus propios sermones. Más fácil me resulta enseñar a veinte lo que deben hacer que ser uno de esos veinte cumplidores de mis enseñanzas. El cerebro podrá concebir leyes para la sangre, pero un temperamento ardiente se salta una fría regla. Como una liebre es la locura, esa joven, que brinca sobre las redes de la sensatez, esa tullida. Pero este razonamiento de ningún modo me va a elegir marido. ¡Ay, la palabra «elegir»! No puedo ni elegir al que querría ni rechazar al que me disguste; el último deseo de un padre muerto ha puesto freno a los deseos de una hija viva. ¿No es duro, Nerissa, que no pueda yo elegir a uno ni rechazar a ninguno?

NERISSA Vuestro padre fue siempre virtuoso, y los hombres de santidad se sienten

bien inspirados en la muerte; así que la lotería que él concibió con esos tres cofres de oro, plata y plomo, por medio de la cual quien elija de acuerdo con sus intenciones os elige a vos, nunca será acertada, estoy segura, sino por el que vuestro corazón con acierto haya elegido. ¿Sentís la llama de una inclinación hacia alguno de esos principescos pretendientes que ya están aquí?

PORCIA Te ruego que los vayas nombrando, y al oír sus nombres te los describiré; según mi descripción, señala tú mi inclinación.

NERISSA En primer lugar está el príncipe de Nápoles.

PORCIA Ay, ese sí que es un potro, que no hace más que hablar de su caballo, y aduce como una de sus mejores prendas la de saber herrarlo por sí solo. Mucho me temo que su señora madre haya dado un traspies con un herrero.

NERISSA Después está el conde Palatino.

PORCIA Este no hace más que fruncir el ceño, como si dijera: «Si no me tomas, allá con tu elección». Oye historias divertidas y no sonríe; temo que sea el Filósofo Llorón cuando llegue a viejo, teniendo tan pueril tristeza en su juventud. Antes me uniría en matrimonio a una calavera con un hueso en la boca que a cualquiera de ellos. Dios me libre de ambos.

NERISSA ¿Y qué decís del caballero francés, monsieur Le Bon?

PORCIA Dios le hizo, y dejémosle pues que pase por hombre. Ya sé que es pecado la burla, ¡pero este! Su caballo es mejor que el del Napolitano, y mejora la mala costumbre de fruncir el ceño del conde Palatino. Cree ser todo el mundo y no es nadie. Canta un tordo, y enseguida se lanza a hacer cabriolas. Es capaz de batirse con su sombra. Si me casara con él me casaría con veinte maridos. Y si me despreciase, sabría perdonarle, porque aunque me ame con locura, nunca podré corresponderle.

NERISSA ¿Y qué le diríais a Falconbridge, el joven barón de Inglaterra?

PORCIA Ya sabes que no le digo nada, pues ni él me entiende ni yo a él. No habla latín, ni francés ni italiano, y tú puedes testificar bajo juramento que en el inglés estoy muy mal surtida. De estampa es hermoso, pero ¿quién puede con versar con un muñeco? ¡Y qué extrañamente va vestido! Yo creo que compró el jubón en Italia, las calzas en Francia, el bonete en Alemania y sus modales en todas partes.

NERISSA ¿Y qué pensáis del lord escocés, su vecino?

PORCIA Que tiene la caridad de un buen vecino, porque se llevó un buen tirón de orejas del inglés y ha jurado devolvérselo en cuanto pueda. Creo que el

francés salió fiador, y firmó por otro.

NERISSA ¿Os gusta el joven alemán, el sobrino del duque de Sajonia?

PORCIA Me repugna por la mañana cuando está sobrio, y me repugna aún más por la tarde cuando está borracho. Cuando está mejor es un poco peor que un hombre, y cuando está peor es un poco mejor que una bestia. Si pasa lo peor de lo peor, confío en arreglármelas para librarme de él.

NERISSA Si se ofrece a hacer la elección y elige el cofre acertado, negaríais los deseos de vuestro padre si os negarais a aceptarle.

PORCIA Entonces, por miedo a lo peor, te ruego que coloques un vaso bien hondo de vino del Rhin sobre el cofre erróneo, pues, estando el diablo dentro y esa tentación fuera, sé que lo elegiré. Estoy dispuesta a todo, Nerissa, antes que casar me con una esponja.

NERISSA No tengáis miedo, señora, a quedaros con ninguno de estos caballeros. Me han dado a conocer su decisión, que es la de regresar a sus casas y no perturbaros más con su cortejo, a menos que pudierais ser ganada de suerte diferente a la que vuestro padre impuso, sujeta a los cofres.

PORCIA Aunque viva tanto como la Sibila he de morir tan casta como Diana si no se me consigue según los deseos de mi padre. Y me alegra que esta manada de pretendientes sea tan razonable, pues no hay ninguno de ellos cuya ausencia no me vuelva loca de alegría. Ruego a Dios que les conceda una feliz partida.

NERISSA ¿No recordáis, señora, en vida aún de vuestro padre, a un veneciano, erudito y soldado, que vino aquí en compañía del marqués de Montferrat?

PORCIA ¡Sí, sí, Bassanio..., creo que se llamaba!

NERISSA Cierto, mi señora. Él, entre todos los hombres que mis fatuos ojos han considerado, era el más merecedor de una hermosa dama.

PORCIA Le recuerdo bien, y le recuerdo digno de tu elogio.

Entra un CRIADO.

¿Y ahora, qué pasa?

CRIADO Mi señora, los cuatro extranjeros os buscan para despedirse, y ha llegado el mensajero de un quinto, el príncipe de Marruecos, con la noticia de que su señor estará aquí esta noche.

PORCIA Si pudiera darle la bienvenida al quinto de tan buena gana como doy el adiós a los otros cuatro, estaría feliz de su llegada. Si tiene temperamento

de santo, y cara de diablo, prefiero confesarme con él a casarme con él.
Vamos, Nerissa, y tú, muchacho, precedéndonos.
Mientras damos portazo a un pretendiente,
en la puerta da golpes el siguiente.

ESCENA III

Entra BASSANIO con SHYLOCK, el Judío.

SHYLOCK Tres mil ducados. Bien.

BASSANIO Sí, señor, por tres meses.

SHYLOCK Por tres meses. Bien.

BASSANIO De los cuales, como os dije, Antonio será el fiador.

SHYLOCK Antonio será el fiador. Bien.

BASSANIO ¿Podéis auxiliarme? ¿Me vais a complacer? ¿Tendré vuestra respuesta?

SHYLOCK Tres mil ducados por tres meses, y Antonio fiador.

BASSANIO Vuestra respuesta.

SHYLOCK Antonio es un hombre de bien.

BASSANIO ¿Habéis oído a alguien afirmar lo contrario?

SHYLOCK ¡Oh, no, no, no, no! Al decir que es un hombre de bien quise que me entendierais que es pudiente. Sin embargo, sus bienes son una suposición. Tiene un velero con destino a Trípoli, y otro a las Indias. He oído por otra parte en el Rialto que tiene un tercero en México, un cuarto rumbo a Inglaterra, y que tiene otros negocios desperdigados por el mundo. Pero las naves no son más que tablones, los marineros nada más que hombres, y hay ratas de tierra y ratas de agua, ladrones de agua y ladrones de tierra, piratas quiero decir, y está también el riesgo de los mares, los vientos y las rocas. El hombre, sin embargo, es pudiente. Tres mil ducados. Creo que puedo aceptar su fianza.

BASSANIO Estad seguro de que podéis.

SHYLOCK Sí, voy a asegurarme de que puedo, y para estar sobre seguro, lo ponderaré. ¿Puedo hablar con Antonio?

BASSANIO Si os place cenar con nosotros.

SHYLOCK Sí, y oler carne de cerdo y comer del cubil donde vuestro profeta, el

Nazareno, introdujo al diablo con conjuros. Puedo comprar con vosotros, vender con vosotros, hablar con vosotros, pasear con vosotros, y así seguiría; pero lo que no puedo es comer con vosotros, beber con vosotros, ni rezar con vosotros.

Entra ANTONIO.

¿Qué noticias hay en el Rialto? ¿Quién es este que llega?

BASSANIO Es el señor Antonio.

SHYLOCK (*Aparte.*) ¡Qué cara tiene de publicano rastrero!

Le odio porque es cristiano,
pero más porque con ruin insensatez
presta dinero gratis, haciendo así bajar
la tasa de intereses en Venecia.
Si alguna vez le puedo atrapar
cebaré el ancestral rencor que por él siento.
Él odia a mi sagrado pueblo, y se burla,
incluso en reuniones de mercaderes,
de mí, de mis contratos, de mi justa ganancia,
que él llama usura. ¡Maldita sea mi tribu
si le perdono!

BASSANIO ¿Shylock, escucháis?

SHYLOCK Estoy elucidando mis reservas,
y, en un primer tanteo de memoria,
no alcanzo a reunir la cantidad total
de los tres mil ducados. ¿Qué más da?
Tubal, un próspero hebreo de mi tribu,
me suministrará. Pero ¡alto! ¿Por cuántos meses
los queréis? (*A Antonio.*) Caballero, la paz sea con vos.
El último habéis sido en nuestras bocas.

ANTONIO Shylock, aunque no doy ni pido en préstamo
cobrando o pagando beneficio,
por dar abasto al acuciente deseo de mi amigo
romperé esa costumbre. (*A Bassanio.*) ¿Está ya al tanto
de cuánto necesitas?

SHYLOCK Sí, sí, tres mil ducados.

ANTONIO Y por tres meses.

SHYLOCK Lo olvidaba, tres meses. (*A Bassanio.*) Me lo dijisteis antes. Bien, vuestra

garantía. Veamos... Un momento,
me pareció oíros que ni dais ni pedís
préstamos con provecho.

ANTONIO Nunca suelo hacerlo.

SHYLOCK Cuando Jacob pastaba las ovejas de su tío Labán...

Este Jacob, por lo que obró por él
su sagaz madre, de nuestro santo Abraham
fue el tercer sucesor; sí, fue el tercero.

ANTONIO ¿Y qué pasa con él? ¿Cobraba intereses?

SHYLOCK No cobró intereses, o no, como diríais,
intereses directos. Fijaos en lo que hizo:
cuando él y Labán llegaron al acuerdo
de que todo cordero que naciese moteado
le tocara a Jacob, las ovejas, ya en celo,
al final del otoño buscaron a los machos,
y cuando estos lanudos genitores
estaban en el acto de engendrar,
el mañoso pastor peló unas cuantas varas,
y en tanto ellos hacían la acción más natural
las puso ante las bien repletas ovejas,
que, concibiendo entonces, parieron a su tiempo
corderos moteados; todos para Jacob.
Fue un modo de lucrar, y él fue bendito;
el lucro es bendición si no es con robo.

ANTONIO Eso era un riesgo del que Jacob fue siervo,
no estando en su poder el resolverlo,
sino al gobierno de una mano celeste.
¿Está eso escrito para exaltar la usura?
¿Son vuestro oro y plata ovejas y carneros?

SHYLOCK No sé, pero los hago fértiles con igual rapidez.
Atendedme, señor...

ANTONIO ¿Te has fijado, Bassanio?

El diablo puede citar la Biblia en su provecho.
Un alma vil que alega pruebas santas
es como un ruín de cara sonriente
o una manzana hermosa de corazón podrido.
¡Qué bella apariencia la de la falsedad!

SHYLOCK Tres mil ducados. Una bonita suma.

Tres meses de doce; a ver cuál es la tasa.

ANTONIO Bien, Shylock, ¿os voy a estar en deuda?

SHYLOCK Señor Antonio, en más de una ocasión

me habéis menospreciado en el Rialto
por mis bienes y por mis intereses.

Siempre paciente, me encogí de hombros,
pues el sufrir es marca de mi tribu.

Me tratáis de infiel, de perro y sanguinario,
y en mi gabán hebreo escupís,
solo porque hago uso de lo mío.

Ahora, al parecer, necesitáis mi ayuda.

Vamos a ver; venís a mí diciendo

«Shylock, querríamos dinero»; eso decís,
después de empapar de saliva mi barba
y darme puntapiés como a un perro
para que no entre en casa. Pedís dinero.

¿Qué debiera deciros? Debería ser:

«¿Tiene un perro dinero? ¿Es posible
que un can preste tres mil ducados?». O

deberé postrarme y con voz de vasallo
que contiene el aliento, susurraros:

«Noble señor, el miércoles pasado me escupisteis;
tal día me echasteis a patadas, otra vez
me tratasteis de perro; ¿por esas cortesías
os tengo que prestar tanto dinero?».

ANTONIO Lo más probable es que vuelva así a tratarte,

a escupirte de nuevo, a echarte otra vez.

Si prestas el dinero, no lo hagas
como amigo, pues ¿cuándo la amistad
se hizo fértil con el metal estéril del amigo?

Antes préstaselo a tu enemigo,
y si no cumple, podrás con mejor cara
exigirle la multa.

SHYLOCK ¡Hay que ver, cómo habéis estallado!

Os hablo de amistad, de ganar vuestro aprecio,
de olvidar los estigmas con los que me ensuciasteis,
de suplir lo que os falta sin pedir ni un céntimo
de interés por la suma, y no me oís.

Es una oferta buena.

BASSANIO Podría tener bondad.

SHYLOCK Esta es mi bondad:

vayamos a un notario, y poned vuestro aval
a un pagaré sencillo; y, por hacer un chiste,
si no me devolvéis en el día preciso
y en el lugar preciso la suma o las sumas
estipuladas, el desquite ha de ser
una libra exacta de vuestra carne
blanca, que podrá ser cortada
de la parte del cuerpo que me plazca.

ANTONIO Me satisface, sí. Avalo el pagaré,
y digo que hay bondad en el Judío.

BASSANIO No firmarás por mí un pagaré así.
Prefiero continuar en la necesidad.

ANTONIO No temas nada, hombre; no habrá desquite.
En los dos meses próximos, o sea, un mes antes
de que expire el pago, espero beneficios
tres veces triples al de ese pagaré.

SHYLOCK ¡Oh, padre Abraham, cómo son los cristianos!
Sus propias asechanzas les hacen desconfiar
del pensamiento ajeno. (A Bassanio.) Decidme, os lo ruego:
si no paga en el día fijado,
¿qué gano yo exigiendo el desquite?
Una libra de carne de hombre sacada de un hombre
no es estimable, ni tan aprovechable
como carne de buey, cabra o carnero.
Por ganar su favor ofrezco mi amistad.
Si la acepta, muy bien; si no, adiós,
y os pido por lo menos que no me ultrajéis.

ANTONIO Sí, Shylock, firmaré el aval.

SHYLOCK Entonces os veré en casa del notario.

Dadle instrucciones sobre este aval chistoso;
y yo iré derecho a embolsar los ducados
y a mirar por mi casa, que dejé en manos
de un bribón disipado; enseguida
me reuniré con vos.

ANTONIO Id sin más, gentil Judío.

Sale SHYLOCK.

El hebreo acabará cristiano; derrama la bondad.

BASSANIO Las hermosas palabras no me gustan si en la mente hay

[maldad.

ANTONIO Deja, y no sufras más por esto de agonía.

Mis barcos volverán un mes antes del día.

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Suenan trompetas. Entran el príncipe de MARRUECOS, un moro atezado vestido de blanco, con tres o cuatro secuaces de la misma guisa, junto a PORCIA, NERISSA y su séquito.

MARRUECOS (A PORCIA.) No me mostréis desprecio por mi color, sombreada divisa de un bruñido sol, próximo al cual habito y he crecido. Traedme el ser más blanco nacido en el norte, donde el fuego de Febo funde apenas los hielos, y hagámonos un corte por vuestro amor, para ver si es más roja su sangre que la mía. Mi señora, este semblante mío aterró al más valiente, y por mi amor os juro que vírgenespreciadas de nuestras latitudes lo han amado también. No cambiaría de tez, mi reina, más que para robaros la mente.

PORCIA En mi elección no solo me conduce la diligente guía de unos ojos de virgen. Además, la lotería que rige mi destino me impide elegir según mi voluntad. Pero si el ingenio de mi padre no me ciñese, confinándome a ser esposa de aquel que me consiga como os dije, a mis ojos podríais ser, famoso príncipe, tan claro pretendiente de mi afecto como los que hasta ahora han venido.

MARRUECOS Os lo agradezco.

Ahora os ruego que me mostréis los cofres, para probar mi suerte. Por esta cimitarra que mató al gran Sofí y a un príncipe de Persia que ganó tres batallas al sultán Solimán, podría ofuscar la mirada más firme, superar en valor al más bravo del mundo, arrancar los cachorros que la osa amamanta, burlarme del león rugiente por su presa; y todo por mi dama. Pero, ay,

si Hércules y Licas juegan a dados
cuál de ellos es mejor, la tirada más alta
puede ser, por azar, la del más débil.
Si Alcides fue vencido por jactarse,
también podría yo, por la ciega Fortuna,
perder lo que obtenga otro de menos mérito,
y morir de dolor.

PORCIA Debéis correr el riesgo:

o renunciar del todo a la elección
o jurar, antes de ella, que si os equivocáis
no habréis nunca de hablarle a otra dama
con fin matrimonial. Estad, pues, advertido.

MARRUECOS No, no lo haré. Conducidme a mi riesgo.

PORCIA Primero id al templo, y después de la cena
cúmplase vuestro sino.

MARRUECOS Ha de ser el azar
el que pueda salvarme o condenar.

Suenan trompetas. Salen.

ESCENA II

Entra LANCELOT, el BUFÓN, solo.

LANCELOT Seguro que mi conciencia me va a servir para escapar del Judío, mi amo. El diablo me pisa los talones y me tienta, diciéndome: «Gobbo», «Lan celot Gobbo», «Mi buen Lancelot», «Mi buen Gobbo», o «Mi buen Lancelot Gobbo, usa tus piernas, toma la delantera, vete». Mi conciencia me dice: «No, ten cuidado, decente amigo Lancelot, ten cuidado, decente amigo Gobbo», o lo susodicho, «Decente amigo Lan celot Gobbo, no corras, huye de la idea de correr con los pies». Pero va el muy valeroso diablo y me invita a largar me: «¡Via!», me dice el diablo, «Vete», dice el diablo, «Por todos los cielos, despierta las fuerzas de tu flaqueza», dice el diablo, «Y vete». Pero va mi conciencia, colgándose del cuello de mi corazón, y me dice con mucha prudencia: «Mi decente amigo Lancelot, siendo hijo de un hombre decente», o más bien hijo de una mujer decente, pues la verdad es que algo en mi padre, algo que le crecía, olía a chamusquina; y le daba gusto... Pero va mi conciencia y dice: «¡Lan celot, no te muevas!». «¡Muévete!», dice el diablo. «¡No te muevas!», dice mi conciencia.

«Conciencia —digo yo—, aconsejas bien.» «Diablo —digo yo—, aconsejas bien.» Si me guió por la conciencia tendría que quedarme con mi amo el Judío, el cual —y que Dios me bendiga— es un demonio. Pero si dejo al Judío, me guiaría por el diablo, el cual (con perdón sea dicho) es el demonio en persona. La verdad es que el Judío es el demonio en hueso y carne, y, en conciencia, mi conciencia no es más que una mala conciencia dándome el consejo de quedarme con el Judío. El diablo me ofrece un consejo más favorable. Me voy corriendo, diablo. Mis pies te obedecen. Me voy corriendo.

*Entra el viejo GOBBO
con un capacho.*

GOBBO Mi muy joven señor, vos, os lo ruego, ¿por dónde se va a casa del señor Judío?

LANCELOT (*Aparte.*) ¡Cielos! Si es mi primogénitor padre, que más que medio ciego está ya ciego entero y no me reconoce. Voy a sacar confusiones con él.

GOBBO Mi muy joven caballero, decidme por dónde se va a casa del Judío.

LANCELOT Seguid a mano derecha en la esquina siguiente, pero en la esquina más siguiente de todas a mano izquierda, por Dios, en la mismísima esquina siguiente, no sigáis mano alguna, sino que, indirectamente, seguid hasta la casa del Judío.

GOBBO ¡Santos del cielo! Qué difícil de encontrar. ¿Me podríais decir si un tal Lancelot vive con él?

LANCELOT ¿Os referís al joven señorito Lancelot?

(*Aparte.*) Ahora vais a ver cómo se derraman las aguas. (*A GOBBO.*) ¿Os referís al joven señorito Lancelot?

GOBBO No es «señorito», señor, sino el hijo de un hombre pobre; su padre, aunque lo diga yo, es un hombre decente extremadamente pobre, y —demos gracias a Dios— con buena vida.

LANCELOT Bien, bien, dejemos a su padre que sea lo que quiera, aquí hablamos del joven señorito Lancelot.

GOBBO De Lancelot, servidor de Vuestra Excelencia, señor.

LANCELOT Os ruego, ergo, anciano, ergo os suplico, ¿habláis del joven señorito Lancelot?

GOBBO De Lancelot, si os place, Vuestra Señoría.

LANCELOT Ergo señorito Lancelot. No habléis, abuelo, del señorito Lancelot, pues

este joven caballero, por voluntad de los hados y de los sinos y otras extrañas fórmulas, de las Tres Hermanas Parcas y demás ramas de la sabiduría, ha fallecido, o como diríais con vuestras llanas palabras, se ha ido al cielo.

GOBBO ¡No lo permita Dios! Ese muchacho era el único bastón de mi vejez, mi único puntal.

LANCELOT (*Aparte.*) ¿Tengo yo aspecto de garrote o de poste, de bastón o de puntal? (*A GOBBO.*) ¿Me reconoce, padre?

GOBBO ¡Vaya día! No os conozco, pero decidme, os lo ruego, ¿mi hijo —que Dios tenga en su seno— está vivo o muerto?

LANCELOT ¿No me conoce, padre?

GOBBO Ay, señor, yo estoy medio ciego. No os conozco.

LANCELOT Claro, y aunque tuviera ojos podría no acertar a conocerme. Un padre ha de ser muy listo para reconocer quién es hijo suyo. Bien, abuelo, le daré noticias de su hijo. (*Se arrodilla.*) Deme su bendición. La verdad saldrá a la luz, el crimen no puede estar oculto mucho tiempo, aunque sí el hijo de un hombre; pero al final la verdad se descubrirá.

GOBBO Por favor, caballero, levantaos. Estoy seguro de que no sois Lancelot, mi hijo.

LANCELOT Por favor, no hagamos más el tonto con esto y deme su bendición. Soy Lancelot, su retoño en un principio, su hijo ahora y siempre, su niño por los siglos de los siglos.

GOBBO No puedo pensar que seáis mi hijo.

LANCELOT Y yo no sé qué pensar de todo esto, pero soy Lancelot, el criado del Judío, y estoy seguro de que Margery, tu esposa, es mi madre.

GOBBO Margery era su nombre, desde luego, y tendré que jurar, si eres Lancelot, que eres mi carne y mi sangre... (*Palpa la cabeza de LANCELOT.*) ¡Por Dios —que alabado sea—, vaya barba te ha salido! Tienes más pelo en los carrillos que Dobbin, mi caballo de tiro, en la cola.

LANCELOT Entonces debe de ser que la cola de Dobbin crece a contrapelo, porque estoy seguro de que la última vez que le vi tenía más pelo en la cola que yo en la cara.

GOBBO ¡Por Dios, cómo has cambiado! ¿Qué tal os entendéis tú y tu amo? Le he traído un regalo. ¿Os entendéis bien ahora?

LANCELOT Bien, bien; pero yo, por mi parte, estoy tan cansado que quiero salir corriendo de aquí y no quiero descansar hasta haber corrido un buen trecho. Mi amo es todo un judío; ¿un regalo, para él? ¡Mejor ponle una soga! Estoy famélico a su servicio. Me puedes contar los dedos con las costillas. Padre, estoy contento de que hayas venido. Dale por mí tu regalo a un tal señor Bassanio, que ese sí que da buenas libreas a sus criados. Si no entro a su servicio, no pararé de correr mientras Dios me deje trecho.

Entra BASSANIO con LEONARDO y unos sirvientes.

¡Qué extraña suerte! Aquí viene el hombre. Acércate a él, padre; Judío soy si sigo un día más sirviendo al Judío.

BASSANIO (*A uno de los sirvientes.*) Puedes hacerlo, pero date prisa, porque la cena ha de estar preparada como tarde a las cinco. Encárgate de entregar estas cartas y de que estén listas las libreas, y ruégale a Graciano que acuda enseguida a mi casa.

Sale uno de los sirvientes.

LANCELOT A él, padre.

GOBBO Dios bendiga a Vuestra Excelencia.

BASSANIO Y no menos a ti. ¿Quieres algo de mí?

GOBBO Este es mi hijo, señor, un pobre chico.

LANCELOT No un pobre chico, señor, sino el criado del rico Judío, que querría, señor, como mi padre os va a especificar...

GOBBO Tiene mucha indisposición para servir, como si dijéramos.

LANCELOT Pues claro, en resumidas cuentas: sirvo al Judío y tengo el deseo, como mi padre os va a especificar...

GOBBO Su amo y él, con todos los respetos a Vuestra Excelencia, han hecho muy pocas buenas migas.

LANCELOT Para abreviar: la verdad es que el Judío me ha tratado tan mal que me veo obligado, como mi padre —un anciano honorable— así espero, os va ahora a hacer presente.

GOBBO Aquí traigo un plato de pichones, que me gustaría otorgar a Vuestra Excelencia, y mi petición es...

LANCELOT Abreviando más: la petición es impertinente a mí, como Vuestra Excelencia va a saber por este venerable anciano que, aunque yo lo diga, y aunque anciano, es, sin embargo, el pobre, mi padre.

BASSANIO Que uno hable por los dos. ¿Qué queréis?

LANCELOT Serviros, mi señor.

GOBBO Ese es el inmóvil del asunto, señor.

BASSANIO Te conozco bien. Tienes ya lo que pides.

Shylock, tu señor, me habló esta mañana,
y lo hizo en tu favor, si es un favor
dejar la casa de un rico Judío
para servir a un caballero pobre.

LANCELOT El viejo proverbio está bien repartido entre Shylock y vos; vos tenéis la gracia de Dios, y él suficiente.

BASSANIO Dices bien. Ve con tu hijo, padre.

Y tú despídete del viejo amo
y averigua dónde resido. (*A sus sirvientes.*) Dadle una librea
con más cintas que las de los demás. Ocupaos de ello.

LANCELOT Vamos, padre. No me sé ganar un empleo, a que no, nunca he tenido lengua en esta cabeza, ¿verdad? (*Se mira la palma de la mano.*) Si hay un hombre en Italia con una palma de la mano más afortunada que la mía dispuesto a jurar sobre el libro sagrado, sí que tendré yo buena suerte. Vamos, una sencilla línea de la vida, y una menudencia de esposas... Vaya, quince esposas..., ¡nada! Once viudas y nueve doncellas es un ingreso pequeño para un solo hombre; y luego escapar de tres naufragios y poner mi vida en peligro con el filo de un lecho de plumas; también son escapadas pequeñas. Si la Fortuna es mujer, debe de ser una buena puta, con estas intenciones. Venga, padre, me despediré del Judío en un cerrar de ojos.

Sale con el viejo GOBBO.

BASSANIO Por favor, Leonardo, tenlo en cuenta.

Cuando estén compradas y a bordo las cosas,
vuelve deprisa; esta noche agasajo
a quien yo más aprecio. Ve rápido.

LEONARDO Pondré en ello mis mejores esfuerzos.

*Se aleja de BASSANIO.
Entra GRACIANO.*

GRACIANO ¿Dónde está tu amo?

LEONARDO Por allí camina, señor.

Sale.

GRACIANO Noble Bassanio.

BASSANIO Graciano.

GRACIANO Quiero pedirte algo.

BASSANIO Ya lo tienes.

GRACIANO No puedes negármelo; he de ir a Belmont contigo.

BASSANIO Entonces has de ir. Pero escucha, Graciano:

eres tosco, muy rudo y brusco de palabra,
rasgos que casan bien contigo
y no parecen faltas a ojos como los nuestros.
Si no se te conoce podrían resultar
demasiado insolentes. Haz lo posible
por enfriar con gotas de pudor
tu ardiente espíritu, no sea que por tus modos
sea yo mal juzgado en el sitio al que voy,
y pierda mi esperanza.

GRACIANO Noble Bassanio, escucha:

si no me ves vestir hábito sobrio,
hablar con miramiento, maldecir solo a ratos,
llevar devocionario en el bolsillo, bajar la vista,
cubrir con el sombrero los ojos mientras bendicen
la mesa, diciendo entre suspiros «así sea»,
y cumplir con las normas de la urbanidad
como quien se ha esmerado en mostrar seriedad
por dar gusto a su abuela, nunca confíes en mí.

BASSANIO Bien, veremos tus modales.

GRACIANO Excluyendo esta noche. No me has de medir por lo que hagamos hoy.

BASSANIO No, sería una lástima.

Más bien te pediré que saques hoy
tus galas de más fiesta, pues hay amigos
que quieren diversión. Ahora te digo adiós,
hay cosas que hacer.

GRACIANO Y yo he de buscar a Lorenzo y los otros.

Te iremos a ver a la hora de la cena.

Salen.

ESCENA III

Entran JESSICA y LANCELOT, el bufón.

JESSICA Siento que dejes de este modo a mi padre.

La casa es un infierno, y tú, jovial diablo,
le quitabas un poco de su tedio.

Que te vaya bien; toma este ducado.

Ah, Lancelot, en la cena verás
a Lorenzo, huésped de tu nuevo amo.

Dale esta carta, pero hazlo en secreto;
adiós ahora. No quiero que mi padre
me vea hablar contigo.

LANCELOT ¡Adiós! ¡Las lágrimas incontienen mi lengua, bellísima pagana,
dulcísima judía! Si no hay un cristiano que haga perrerías para haceros
suya, estaré defraudado. ¡Adiós! Estas gotas ridículas ahogan mi ímpetu
viril. ¡Adiós!

JESSICA Adiós, buen Lancelot.

Sale LANCELOT.

¡Ay, qué pecado más vil este que me
avergüenza de mi padre!
Pero aunque sea hija de su sangre,
no tengo sus costumbres. ¡Ah, Lorenzo,
si cumples tu promesa, acaba mi dolor,
me convierto en cristiana, te sigo por amor!

Sale.

ESCENA IV

Entran GRACIANO, LORENZO, SALERIO y SOLANIO.

LORENZO Nos escabulliremos mientras cenan
y nos disfrazaremos en mi casa,
para estar de regreso en una hora.

GRACIANO No lo hemos preparado bien.

SALERIO Ni hemos hablado aún de las antorchas.

SOLANIO Será vergonzoso si no lo disponemos con cuidado; mejor, a mi juicio, no

emprenderlo.

LORENZO No son más que las cuatro. Tenemos aún dos horas para equiparnos.

Entra LANCELOT con una carta.

Amigo Lancelot, ¿hay noticias?

LANCELOT Si os place romper esto, ellas mismas se significarán.

LORENZO Conozco la letra. Es una hermosa letra;
y aún más blanca que el papel donde escribe
es la hermosa mano que escribe.

GRACIANO Noticias de amor, seguro.

LANCELOT Señor, con vuestra venia.

LORENZO ¿Adónde vas?

LANCELOT Señor, a invitar a mi antiguo amo el Judío a cenar esta noche con mi
nuevo amo, el cristiano.

LORENZO Aguarda, toma esto. Dile a la gentil Jessica
que no le fallaré. Y díselo en privado. Ve.

Sale LANCELOT.

Caballeros,
¿os vais a preparar para la mascarada?
Yo ya tengo quien me lleve la antorcha.

SALERIO Sí, claro, y yo voy a ocuparme de ello.

SOLANIO También yo.

LORENZO Reuníos conmigo y con Graciano
en casa de Graciano de aquí a una hora.

SALERIO Muy bien, así lo haremos.

Salen SALERIO y SOLANIO.

GRACIANO ¿No era una carta de la hermosa Jessica?

LORENZO Te lo tengo por fuerza que decir. Me indica
el modo de sacarla de casa de su padre,
cuánto oro y joyas tiene en su poder,
y el atuendo de paje que ha dispuesto.
Si su padre el Judío va al cielo
será por gentileza de la hija;

que nunca el infortunio se cruce en su camino,
y si lo hace será por esta causa:
que ella es descendiente de un judío.
Ven conmigo, y lee mientras esto.
La hermosa Jessica me llevará la antorcha.

Salen.

ESCENA V

*Entran SHYLOCK el Judío y su antiguo criado
LANCELOT, el bufón.*

SHYLOCK Bien, tú lo verás, tus ojos juzgarán
las diferencias entre Bassanio y Shylock.
¡Eh, Jessica! No podrás glotonear
como hacías conmigo. ¡Eh, Jessica!
Ni dormir, ni roncar, ni hacer trizas la ropa.
¿Jessica, no me oyes?

LANCELOT ¿Jessica, no oís?

SHYLOCK ¿Quién te manda llamar? Yo no te lo he mandado.

LANCELOT Vuestra Señoría solía decirme que yo no sabía hacer nada sin que me lo mandara.

Entra JESSICA.

JESSICA ¿Llamabais? ¿Qué es lo que deseáis?

SHYLOCK Me han invitado a cenar, Jessica.
Aquí están mis llaves. ¿Y por qué he de ir?
No invitan con amor, sino para halagarme;
iré con odio, para comer a costa
del cristiano tan pródigo. Jessica, hija mía,
mira tú por la casa. No voy de buena gana.
Algún mal amenaza mi reposo;
esta noche soñé con sacos de dinero.

LANCELOT Os suplico, señor, que vayáis. Mi joven amo cuenta con vuestra insistencia.

SHYLOCK Y yo con la suya.

LANCELOT Y han conspirado juntos. No digo que vayáis a ver una mascarada, pero

si la veis, por algo será que mi nariz rompió a sangrar a las seis en punto de la mañana del último Lunes de Pascua, que ese año cayó en Miércoles de Ceniza de hace cuatro años por la tarde.

SHYLOCK ¿Hay mascaradas? Jessica, escúchame:

cierra todas las puertas, y si oyes tambores
y el chirrido del pífano que hace torcer el cuello,
no te vayas corriendo a las ventanas
ni asomes la cabeza a la calle
por ver a unos cristianos con la cara pintada.
Tapona los oídos de mi casa, es decir, las ventanas.
Y no entre el son de la frivolidad
en mi sobria morada. Por Jacob y su báculo
que hoy no tengo ánimos de fiesta;
pero iré. Señor, ve tú delante.
Di que ya llego.

LANCELOT Yo iré por delante.

Mi señora, mirad por la ventana, pese a todo.
Un cristiano vendrá en este día
que bien valdrá un ojo de judía.

Sale.

SHYLOCK ¿Qué dice ese bufón de la tribu de Agar?

JESSICA Dijo «Adiós, mi señora»; nada más.

SHYLOCK Buena pieza está hecho; tragaldabas,
en progresar como los caracoles, de día dormilón
más que el gato salvaje. Zánganos no quiero en mi colmena;
por eso me deshago de él, y le hago ir
con alguien al que espero que ayude a gastar
su prestado caudal. Bien, Jessica, entra ya.
Es probable que vuelva de inmediato.
Haz lo que te he pedido. Cierra las puertas.
Quien bien guarda, bien halla.
Proverbio que al frugal nunca le falla.

Sale.

JESSICA Adiós; y si nada se cruza en mi fortuna, yo ya no tengo padre, ni vos hija ninguna.

Sale.

ESCENA VI

Entran enmascarados GRACIANO y SALERIO.

GRACIANO Este es el porche bajo el que Lorenzo nos pidió que aguardáramos.

SALERIO Casi es más de la hora.

GRACIANO Es muy raro que se le pase la hora, pues los enamorados al reloj se adelantan.

SALERIO ¡Las palomas de Venus van más veloces para sellar los lazos de un naciente amor que para hacer cumplir promesas fieles!

GRACIANO Siempre es así. ¿Quién se alza de un banquete con el hambre voraz con que se sienta?

¿Dónde está el caballo que al rehacer su camino va al paso de andadura con el ardor sin freno con que fue en la ida? Las cosas de este mundo con más brío se buscan que se gozan.

¡Como un noble joven manirroto el barco empavesado zarpa del puerto, por la lasciva brisa acariciado!

¡Y como el hijo pródigo regresa, con los flancos gastados y las velas rasgadas, descarnado, quebrado, por la lasciva brisa esquilmado!

Entra LORENZO.

SALERIO Aquí llega Lorenzo. Más tarde seguiremos.

LORENZO Paciencia, amigos míos, por el retraso.

Os han hecho esperar mis negocios, no yo.

Cuando queráis jugar a robar una esposa, yo aguardaré otro tanto. Acercaos.

Aquí vive mi padre judío. ¿Eh, quién está ahí?

Se asoma JESSICA vestida de muchacho.

JESSICA ¿Quién sois? Decídmelo para mayor certeza, aunque puedo jurar que conozco esa lengua.

LORENZO Lorenzo, y tu amor.

JESSICA Lorenzo, es verdad, y mi amor es seguro

pues ¿a quién amo tanto? ¿Y quién si no eres tú
puede saber, Lorenzo, que soy tuya?

LORENZO El cielo y tus propósitos dan fe de que lo eres.

JESSICA Toma el cofre. Vale todas las penas.

Mejor que sea de noche; no me mires,
estoy avergonzada de este cambio.
Aunque el amor es ciego, y los que aman no ven
las bonitas tontadas que cometen.
Si no, hasta Cupido sentiría rubor
de verme así mudada en un muchacho.

LORENZO Ahora baja, has de llevar mi antorcha.

JESSICA ¿Ponerle yo una luz a mi vergüenza?

Ya está ella de por sí muy, muy clara.
Esa es tarea, amor, que ilumina,
y yo tendría que ser oscurecida.

LORENZO Y ya lo estás,

con el gracioso atuendo de muchacho.
Pero baja enseguida,
la sigilosa noche quiere escaparse,
y en su fiesta Bassanio nos espera.

JESSICA Voy a cerrar las puertas y a dorarme
con algunos ducados más, antes de ir junto a ti.

Se retira.

GRACIANO Sí, por mi capirote, es gentil, no judía.

LORENZO Maldito sea si no le doy mi amor.

Es juiciosa, si puedo yo juzgarla,
y hermosa es, si mi vista es sincera,
y sincera además, pues lo ha probado.
Siendo juiciosa, hermosa y sincera,
siempre tendrá un lugar en mi fiel corazón.

Entra JESSICA.

¿Ya estás aquí? Vayamos, caballeros,
con máscara esperan los compañeros.

Sale con JESSICA y SALERIO; GRACIANO se dispone a seguirles.

Entra ANTONIO.

ANTONIO ¿Quién está ahí?

GRACIANO ¿Señor Antonio?

ANTONIO ¿Qué es esto, Graciano? ¿Dónde están los demás? Son las nueve. Los amigos esperan.

No hay mascarada. El viento ha cambiado.

Bassanio ha de embarcar al punto.

Tengo a veinte hombres que os buscan.

GRACIANO Me alegro de ello. Nada me hará gozar como irme esta noche y navegar.

Salen.

ESCENA VII

Suenan trompetas. Entra PORCIA con el príncipe de MARRUECOS y sus respectivos séquitos.

PORCIA Descorred las cortinas y mostrad los diferentes cofres al noble príncipe. Ahora, haced la elección.

MARRUECOS El primero, de oro, lleva esta inscripción: «Quien me elija ganará lo que muchos desean». El segundo, de plata, entraña esta promesa: «Quien me elija tendrá lo que merece». Y el tercero, de áspero plomo, un aviso igual de brusco: «Quien me elija dará y arriesgará cuanto posee». ¿Cómo voy a saber si elijo bien?

PORCIA Solo uno contiene mi retrato. Si elegís ese, seré vuestra con él.

MARRUECOS ¡Que me oriente algún dios! Veamos. Volveré a estudiar las inscripciones. ¿Qué dice este cofre plomizo? «Quien me elija dará y arriesgará cuanto posee.» Dar, ¿por qué? ¿Por plomo? ¿Riesgo por plomo? Este cofre amenaza. Quienes todo lo arriesgan es que confían en fáciles ganancias. No se rinde a muestras sin valor un alma de oro. Ni doy ni arriesgo nada por el plomo.

¿Qué dice la de plata, con su color de virgen?
«Quien me elija tendrá lo que merece.»
Lo que merece: sin prisas, marroquí,
sopasa tu valía con mano justa.
Si te valoras según tu propio aprecio,
te mereces bastante, pero «bastante»
quizá no llegue a alcanzar a la dama.
Con todo, tener miedo de mis merecimientos
sería un menosprecio de mí mismo.
Lo que merezco... ¡está claro, la dama!
La merezco por cuna y por riquezas,
por mis dones y por buena crianza;
pero más que por eso, por amor la merezco.
¿Y si elijo este, sin ir más lejos?
Veamos otra vez lo que está inscrito en oro:
«Quien me elija ganará lo que muchos desean».
¡Está claro, la dama! El mundo la desea.
Acuden de los cuatro rincones de la tierra
a besar el altar de esta santa en vida.
Los desiertos de Hircania y los agrestes páramos
de la extensa Arabia son hoy como avenidas
por donde vienen príncipes a contemplar a Porcia.
El reino acuático, cuya altiva cabeza
a los cielos escupe, no impide
que espíritus foráneos hasta aquí lleguen
como saltando arroyos por ver a Porcia.
Uno de estos tres contiene su retrato.
¿Es lógico que esté dentro del plomo? Condenable sería
tan burda idea. Y demasiado tosco
encerrar su mortaja en esa oscura tumba.
¿O tendré que pensar que está presa en la plata,
mucho menos preciada que el oro puro?
¡Pecaminosa idea! Nunca joya tan rica
se engastó más que en oro. Tienen en Inglaterra
una moneda con la efigie de un ángel
entallada en oro, solo en la superficie;
pero aquí es un ángel el que está dentro
de un lecho de oro. Dadme la llave.
Esta es mi elección; que pueda yo ganar.

PORCIA Ahí la tenéis, príncipe, y si está mi imagen,
vuestra soy.

MARRUECOS *abre el cofre de oro.*

MARRUECOS ¡Oh, infierno! ¿Qué hay aquí? Un cráneo pútrido, de cuyos huecos
ojos sale un pliego escrito. Leeré lo que pone.
«No, no es de oro todo lo que reluce,
habrás oído a veces que se aduce.
Ha vendido su vida mucha gente
por mirar mi exterior únicamente.
No existen tumbas de oro sin gusano.
Si más sensato fueras, menos vano,
joven de cuerpo, de opinión anciano,
no verías aquí esta respuesta.
Puedes irte. Tu afán es cosa muerta.»
¡Sí, muerto afán, y fatiga por nada!
Adiós, ardor, y que caiga la helada.
Porcia, adiós. Hay en mi corazón muchos dolores
para decirte más. Así se van los perdedores.

Sale con su séquito.

PORCIA Dulce alivio. Corre esas cortinas otra vez. Que me elijan así todos los de su
tez.

Salen.

ESCENA VIII

Entran SALERIO y SOLANIO.

SALERIO Sí, hombre, vi embarcar a Bassanio.

Iba con él Graciano,
pero en el barco no estaba Lorenzo.

SOLANIO El malvado Judío al dux alzó clamando,
para que registrara el barco de Bassanio.

SALERIO Llegó tarde. El barco había zarpado,
pero alguien allí hizo saber al dux
que Lorenzo y su amada Jessica
habían sido vistos en góndola.
Antonio, además, le confirmó al dux
que no iban con Bassanio en su barco.

SOLANIO Nunca escuché delirios tan confusos,

tan extraños y atroces, tan cambiantes,
como los que chillaba ese perro Judío en la calle.
«¡Mi hija! ¡Mis ducados! ¡Ay, mi hija!
¡Huir con un cristiano! ¡Mis ducados, cristianos!
¡Justicia! ¡Ley! ¡Mis ducados, mi hija!
Una bolsa, dos bolsas llenas de ducados,
de ducados de dos, ¡que me robó mi hija!
Y joyas, y dos piedras preciosas como dos huevos,
¡robadas por mi hija! ¡Justicia! ¡Encontradla!
¡Lleva encima las joyas y el dinero!»

SALERIO Los niños de Venecia le van siguiendo,
y gritan «¡Sus ducados, su hija, sus huevos!».

SOLANIO Que el buen Antonio cumpla en su día,
o pagará por esto.

SALERIO Haces bien recordándolo.
Ayer mismo me dijo un francés
que en los estrechos mares que separan
a franceses de ingleses, se había hundido
un barco veneciano con rica carga.
Yo pensé en Antonio al oírle,
deseando en silencio que no sea el suyo.

SOLANIO Debes decirle a Antonio lo que sabes,
pero no de repente; puede apenarle.

SALERIO No pisa esta tierra hombre mejor.
Yo vi la despedida de Bassanio y Antonio.
Bassanio dijo que haría por volver
con rapidez. Antonio respondió: «No,
Bassanio, no estropees tu proyecto por mí;
espera hasta que el tiempo lo madure,
y en cuanto al pagaré que le hice al Judío,
no lo dejes entrar en tu alma de amante.
Ve alegre, y piensa únicamente
en cortejar y hacer los alardes de amor
que allí te sean más útiles».
Y entonces, con los ojos en lágrimas,
volvió la cara y alargó su mano hacia atrás.
Y con cariño notablemente expresivo,
apretó la mano de Bassanio; así se despidieron.

SOLANIO El mundo para él solo es Bassanio.

Vayámonos ahora en su busca,
y quitémosle el tedio que él ha querido
con algún pasatiempo.

SALERIO Hagámoslo así.

Salen.

ESCENA IX

Entran NERISSA y un criado.

NERISSA Aprisa, aprisa, descorre las cortinas.

El príncipe de Aragón se ha juramentado,
y viene ya a hacer su elección.

*Suenan trompetas. Entran el príncipe de ARAGÓN
con su séquito y PORCIA.*

PORCIA Ahí tenéis los cofres, noble príncipe.

Si elegís el que me contiene, de inmediato
serán solemnizadas nuestras nupcias.

Pero si no acertáis, señor, sin más palabras,
tendréis que iros de aquí rápidamente.

ARAGÓN Al jurar me obligué a observar tres cosas: primero, no revelar a nadie
qué cofre elegí. Después, si me equivoco
con el cofre cabal, nunca, en lo que viva,
cortejar a doncella con fin matrimonial.
Por último, si en mi elección la suerte es falible,
dejaros enseguida, y marcharme.

PORCIA A esos requisitos se comprometen
los que se arriesgan por mi pobre persona.

ARAGÓN Y en tal avío vengo. ¡Suerte a mis
esperanzas! Oro, plata y áspero plomo.
«Quien me elija dará y arriesgará cuanto posee.»
Más bello habrás de ser para que arriesgue.
¿Y qué dice el de oro? Vamos a ver:
«Quien me elija ganará lo que muchos desean».
El «muchos» de «desean» puede significar
la multitud que fía en apariencias

y solo aprende lo que enseñan los ojos,
sin escrutar lo interno; como el vencejo,
que anida a la intemperie del muro exterior,
poniéndose al albur de la desgracia.
No voy a elegir lo que muchos desean.
Porque no quiero ser un alma común más
ni contarme en las filas de la turba.
Te toca a ti, arca de los tesoros plateada.
Dime otra vez la inscripción que ostentas.
«Quien me elija tendrá lo que merece.»
Bien dicho, pues ¿quién habría de ir
con engaño a Fortuna, pretendiendo el honor
sin el sello del mérito? Nadie debe
asumir dignidades impropias.
¡Ojalá que los bienes, cargos y empleos
no saliesen del dolo, y que el honor preclaro
por el mérito propio se obtuviera!
¿Cuántos que hoy se descubren se cubrirían,
cuántos que eran mandados mandarían?
¿Cuánto patán plebeyo sería cribado
de la buena semilla del honor, y cuánto honor
sacado de la paja y las heces del tiempo
con nuevo brillo? Bueno; a mi elección.
«Quien me elija tendrá lo que merece.»
Tomo lo merecido. Dadme la llave de este,
y que al instante surja aquí mi suerte.

Abre el cofre de plata.

PORCIA Una pausa muy larga para lo que hay ahí.

ARAGÓN ¿Qué es esto? El rostro de un idiota
que me ofrece con guiños un mensaje. Lo leeré.
¡Qué distinto eres tú a la hermosa Porcia!
¡Qué distinto a mis méritos y anhelos!
«Quien me elija tendrá lo que merece.»
¿Solo me merecí una cara de necio?
¿Tal es mi premio? ¿Nada mejor merezco?

PORCIA Ser reo y ser juez son funciones distintas
y de índole opuesta.

ARAGÓN ¿Qué es esto?
«Siete veces el fuego me ha probado,

como juicio siete veces templado
y nunca antes de hoy equivocado.
Hay quien tan solo sombras ha besado,
y otros que de una sombra han gozado.
No ha de faltar el necio acicalado,
igual que este, de plata patinado.
Sea quien sea la mujer en tu lecho,
he de ser yo quien se lleve el provecho.
Vete ahora; ya eres un desecho.»
Cuanto más este sitio me retenga,
más insulsa parecerá mi arenga.
Con un rostro de idiota vine por vos
y de aquí ahora me marchó llevando dos.
Mi señora: cumpliré el juramento,
voy a sufrir paciente mi tormento.

Sale el príncipe de ARAGÓN con su séquito.

PORCIA Así la palomilla se chamusca en la lumbre.
¡Estos necios pensantes! Cuando hacen su elección,
tienen la inteligencia de perder con razón.

NERISSA El antiguo proverbio no miente:
«Horca y matrimonio, los da el demonio».

PORCIA Corre ya la cortina, Nerissa.

Entra un Mensajero.

MENSAJERO ¿Dónde está mi señora?

PORCIA Aquí. ¿Qué quiere mi señor?

MENSAJERO Señora, acaba de apearse a vuestra puerta
un joven veneciano, que se adelanta
anunciando la próxima llegada de su amo,
de quien trae saludos muy tangibles, que son,
junto a frases corteses y cumplidos,
regalos de valor. Nunca había visto
embajador más grato del amor.
Jamás día de abril salió tan suave
a anunciar la llegada de un verano espléndido,
como este emisario anuncia a su señor.

PORCIA No sigas, por favor, pues empiezo a temer
que ahora me digas que es pariente tuyo,

y por eso derrochas tu más festivo ingenio en alabarle.
Vamos, Nerissa, vamos, estoy deseando ver
a ese veloz correo de Cupido, tan apuesto.

NERISSA ¡Ay, Señor del Amor, que sea Bassanio!

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

Entran SOLANIO y SALERIO.

SOLANIO ¿Y qué hay de nuevo en el Rialto?

SALERIO Pues circula, sin haber sido desmentido, que un barco de Antonio con rico cargamento se ha hundido en el estrecho, los Goodwins creo que llaman al lugar, un bajío muy peligroso, fatal, donde los esqueletos de muchas altas naves están enterrados, según dicen, si mi comadre Rumores es mujer de palabra.

SOLANIO Ojalá fuera en eso una comadre tan embustera como la que jamás haya mordisqueado jengibre o hecho creer a los vecinos que lloraba la muerte de su tercer marido. Pero es verdad, sin más brotes de prolijidad, y sin abandonar el camino llano del habla, que el noble Antonio, el honrado Antonio... ¡Ay, si encontrara un apelativo lo bastante bueno para hacer compañía a su nombre!

SALERIO Venga, el punto final.

SOLANIO Eh, ¿qué dices? Bueno, el final es que ha perdido un barco.

SALERIO Ojalá terminaran con eso sus pérdidas.

SOLANIO Voy a decir «amén» a tiempo, no sea que se cruce en mi plegaria el diablo;

entra SHYLOCK

que aquí llega con la apariencia de un judío. Ah, vaya, Shylock, ¿qué hay de nuevo entre los mercaderes?

SHYLOCK Sabíais, nadie como vosotros, nadie tan bien como vosotros sabía la huida de mi hija.

SALERIO Tenlo por seguro. Yo por mi parte sabía quién era el sastre que le hizo las alas para volar.

SOLANIO Y Shylock por su parte sabía que al pájaro ya se las habían dado, y es entonces propensión de todos ellos abandonar el nido maternal.

SHYLOCK Maldición paternal tiene por ello.

SALERIO Tenlo por seguro, si su juez es el diablo.

SHYLOCK ¡Que se alcen mi carne y mi sangre!

SOLANIO ¡Quita, vieja carroña! ¿Se te alza a tus años?

SHYLOCK Digo que mi hija es mi carne y sangre.

SALERIO Hay más diferencia entre tu carne y la suya que entre el azabache y el marfil; más entre vuestras sangres que entre el vino tinto y el blanco del Rhin. Pero dinos, ¿sabes si Antonio ha tenido alguna pérdida en el mar?

SHYLOCK Con ese también tengo una buena ganga. Un insolvente, un pródigo, que no se atreve a asomar la cabeza por el Rialto; un mendigo, que antes solía venir, pagado de sí mismo, a la lonja. Que vele por su pagaré. Tenía la costumbre de llamarme usurero; que vele por su pagaré. Tenía la costumbre de prestar dinero como cortesía cristiana; que vele por su pagaré.

SALERIO Si no lo satisface, seguro estoy de que no querrás su carne. ¿Qué se puede hacer con eso?

SHYLOCK Darla de cebo a los peces. Y si no sirve de alimento para nada más, al menos alimentará mi venganza. Me ha denigrado y me ha hecho perder medio millón; se ha reído de mis pérdidas, se ha burlado de mis ganancias, ha despreciado a mi pueblo, ha desbaratado mis negocios, ha enfriado a mis amigos, ha enardecido a mis enemigos, ¿y cuál es su motivo? Que soy judío. ¿No tiene ojos el judío? ¿No tiene el judío manos, órganos, miembros, sentidos, emociones, pasiones? ¿No se alimenta de la misma comida, no se lastima con las mismas armas, no se expone a las mismas enfermedades, no se cura con los mismos remedios, no se calienta con el mismo verano y se enfría con el mismo invierno que el cristiano? ¿Si nos hacéis un corte, no sangramos? ¿Si nos hacéis cosquillas, no reímos? ¿Si nos ponéis veneno, no morimos? ¿Y si nos hacéis un agravio, no habremos de vengarnos? Si somos iguales a vosotros en lo demás, también en eso hemos de parecernos. Si un judío agravia a un cristiano, ¿qué mansedumbre muestra este? La venganza. Si un cristiano agravia a un judío, ¿cuál tendría que ser su resignación, a ejemplo del cristiano? Pues la venganza. La infamia que me enseñáis la pondré en ejecución, y mal habrá de irme para que no mejore la instrucción.

Entra un SIRVIENTE de Antonio.

SIRVIENTE Caballeros, mi señor Antonio está en casa, y desea hablar con ambos.

SALERIO Hemos estado buscándole arriba y abajo.

Entra TUBAL.

SOLANIO Aquí viene otro de la tribu. No podría encontrarse un tercero de su ralea, a

no ser que el mismo diablo se hiciera judío.

Salen SALERIO y SOLANIO con el SIRVIENTE.

SHYLOCK ¡Ah, Tubal! ¿Qué noticias de Génova? ¿Has encontrado a mi hija?

TUBAL Fui a donde oía hablar de ella, pero no la encontré.

SHYLOCK Ay, vaya, vaya, vaya, vaya. Uno de los diamantes desaparecidos me costó dos mil ducados en Francfort. La maldición no había caído hasta ahora sobre nosotros; no la he sentido hasta ahora. Dos mil ducados en esa y otras piedras preciosas, muy preciosas. ¡Querría que mi hija estuviese muerta ante mis pies con las joyas en las orejas! ¡Querría que estuviese sepultada a mis pies, con los ducados dentro del ataúd! ¿No hay noticias de ellos? ¿Y por qué? No sé cuánto se ha gastado en la búsqueda. Ya ves, pérdida sobre pérdida: el ladrón desaparece con tanto, y tanto para encontrar al ladrón; y sin más compensación, sin más venganza, sin más desastre que el caído sobre mis espaldas, sin más suspiros que los de mi aliento, sin más lágrimas que las de mi llanto.

TUBAL Sí, también otros hombres sufren desastres. Antonio, según oí en Génova...

SHYLOCK ¿Qué, qué, qué? ¿Un desastre, un desastre?

TUBAL Ha perdido un velero que volvía de Trípoli.

SHYLOCK ¡Gracias a Dios, gracias a Dios! ¿Es cierto, es cierto?

TUBAL Hablé con alguno de los marineros que se habían salvado del naufragio.

SHYLOCK Cómo te lo agradezco, buen Tubal. ¡Buenas noticias, buenas noticias!
¿Así que lo oíste en Génova, eh?

TUBAL Tu hija, también lo oí en Génova, en una sola noche gastó más de ochenta ducados.

SHYLOCK Me has clavado un puñal. No veré mi oro nunca más. ¿Ochenta ducados de una vez? ¿Ochenta ducados?

TUBAL Volvieron conmigo a Venecia varios acreedores de Antonio, y todos aseguran que va a tener que declararse en quiebra.

SHYLOCK Me alegro mucho. Voy a acosarle, voy a torturarlo. Me alegro.

TUBAL Uno de ellos me mostró una sortija que obtuvo de tu hija a cambio de un mono.

SHYLOCK ¡Maldita sea! Me torturas, Tubal. Era mi turquesa. La recibí de Leah antes de casarnos. Yo no la habría dado ni por una caterva de monos.

TUBAL Pero Antonio está verdaderamente arruinado.

SHYLOCK Bueno, eso es cierto, eso es muy cierto. Tubal, contrata en mi nombre a un oficial de justicia. Tenlo apalabrado quince días antes. Conseguiré su corazón si ha de compensarme; y con él fuera de Venecia podré comerciar a gusto. Vete ahora, Tubal, y nos veremos en la sinagoga. Ve, amigo Tubal; en nuestra sinagoga, Tubal.

Salen.

ESCENA II

Entran BASSANIO, PORCIA, GRACIANO, NERISSA, con sus séquitos.

PORCIA Os pido que tardéis. Tomaos un día o dos antes de probar suerte, pues si elegís mal pierdo vuestra presencia. Dominaos un poco. Hay algo que me dice —pero no es el amor— que no querría perderos; y ya sabéis que no es así como aconseja el odio. Y para evitar que no me entendáis bien —aunque una soltera ha de pensar, no hablar— os retendría aquí cerca de un mes, o dos, antes de que por mí os arriesguéis. Podría enseñaros a hacer bien la elección, y sería perjura. Así nunca seré; así tal vez nunca sea vuestra. Y si es así, un pecado me haréis desear: haber sido perjura. Ojos diabólicos, que me han mirado y me han partido en dos. Vuestra es una mitad, mi otra mitad es vuestra, mía, quiero decir, pero si mía, vuestra, así que todo vuestro. Qué tiempo más ruin, que separa a los dueños de sus bienes; y así aunque vuestra, vuestra no soy. Si así resulta, que la suerte y no yo vaya al infierno. Hablo en exceso, y es por juntar el tiempo, añadirlo, haciéndolo más largo, con tal de suspender vuestra elección.

BASSANIO Dejadme elegir; tal como estoy, vivo bajo tortura.

PORCIA ¿Bajo tortura? Pues confiesa, Bassanio,

qué traición se ha mezclado en vuestro amor.

BASSANIO Es la fea traición del recelo,
que me hace dudar del goce de mi amor.
La traición y mi amor podrían convivir
con tanta afinidad como el fuego y la nieve.

PORCIA Sí, pero temo que habléis bajo tortura,
que obliga al hombre a decir cualquier cosa.

BASSANIO Prometedme la vida y la verdad confieso.

PORCIA Pues bien, confesad y vivid.

BASSANIO «Confesad y amad» resumiría mejor mi confesión.
¡Feliz tormento, en el que mi verdugo
me enseña las respuestas de la liberación!
Pero dejadme ir a mi suerte, a los cofres.

PORCIA Pues adelante. Encerrada estoy en uno de ellos.
Si me amáis, tendréis que encontrarme.
Tú, Nerissa, y los otros, apartaos.
Y que suene la música mientras elige.
Si pierde, su fin será el del cisne,
que se apaga con música. Y para hacer más propia
esta comparación, mis ojos serán cauce
y mortal lecho de agua para él. Puede ganar,
¿y la música, entonces? La música es entonces
como la de trompetas con que saluda el súbdito
a su nuevo monarca. Igual que
el dulce son que cuando rompe el día
se cuele en los oídos del novio que aún sueña,
llamándole a la boda. Ya avanza,
con no menos presencia y mucho más amor
que el joven Alcides cuando fue a redimir
a la virgen que Troya por terror tributó
al monstruo de los mares. De víctima hago yo.
Y las del fondo son las troyanas,
que con el rostro en llanto vienen a ver
el final de la hazaña. Hércules, adelante.
Vive tú, y yo vivo. Con mucho más pavor
afronto yo el combate que tú, el luchador.

*Suena una canción, mientras BASSANIO hace comentarios
para sí sobre los cofres.*

Canción.

¿Dónde nace, di tú, la fantasía,
¿es en el corazón o en la cabeza?
¿Cómo tiene su ser, cómo se cría?

Todos.

Responde, con certeza.

Canción.

En los ojos se engendra ese capricho,
que al mirar crece; mas su vida cesa
sin salir de la cuna, que es su nicho.
Que las campanas doblen por él a un son.
Yo empezaré: din, don, din, don, din, don.

Todos.

Din, don, din, don.

BASSANIO (*Aparte.*) Y lo más aparente puede ser nada.

Al mundo aún le engaña el ornamento.
En la justicia, ¿no hay causas corrompidas
que, si una voz suave las sazona,
su mal aspecto ocultan? Y en la religión,
¿no hay herejías que alguna mente seria
bendice y ratifica con un texto,
escondiendo la infamia con adornos?
No hay un vicio tan simple que no ostente
alguna marca externa de virtud.
Cuántos cobardes hay, de corazón más falso
que escaleras de arena, que en sus mentones lucen
barbas como la de Hércules y la del torvo Marte,
y que por dentro tienen un hígado tan blanco como la leche.
Son los que del valor toman la costra,
para hacerse temer. Fijaos en la belleza
y veréis que a menudo se compra al peso,
produciendo milagros en la naturaleza,
pues hace más ligeras a las más recargadas.
Y esos dorados rizos de ondas serpentina,
que con el viento brincan licenciosos
en supuestas beldades, se sabe
que son dones de una cabeza ajena,
y el cráneo en que crecieron está en la tumba.

El ornamento es tramposa orilla
de un peligroso mar, el velo hermoso
que a una india hermosa tapa; en dos palabras,
la aparente verdad con la que un siglo astuto
enreda al sabio. Por eso, oro vistoso,
duro manjar de Midas, nada de ti,
ni tampoco de ti, pálido mercenario
que a todos sirves. Pero tú, pobre plomo,
que más bien amenazas que prometes,
tu sumisión me atrae más que la elocuencia,
y te elijo. ¡Sea yo feliz en consecuencia!

PORCIA Las restantes pasiones se han evaporado:
la duda, el desespero tal vez apresurado,
el convulso temor, los celos de ojos verdes.
¡Amor, modérate! En éxtasis te pierdes.
No derrames tu gozo; limita este exceso.
Me llenas de favores y temo que con eso
acabe por hartarme.

BASSANIO (*Abre el cofre de plomo.*)

¿Qué encuentro aquí?
¡Un simulacro de la hermosa Porcia! ¿Qué semidiós
casi llegó a crearla? ¿Se mueven estos ojos?
¿O es que al cruzar el globo de los míos
aparentan moverse? Labios partidos
por aliento de azúcar. Una dulce barrera
entre dulces amigos. Y en su pelo
el pintor ha hecho de araña, tejiendo
una dorada red que atraparé a los hombres
antes que a los mosquitos la telaraña. Sus ojos.
¿Cómo pudo ver él para pintarlos? Al pintar uno,
ese tendría fuerza para robarle a él ambos,
quedándose sin par. Y así como ofende
la originalidad de mi elogio a su perfil,
porque lo menosprecia, así este perfil
muy lejos queda de su original. Aquí está el pliego
que contiene y resume mi fortuna.

«Tú, que no te has guiado por la vista,
elige bien, y la verdad te asista.
Y ya que la fortuna te ha tocado,

alégrate, no busques a otro lado.
Si estás de lo leído satisfecho,
y juzgas que tu suerte es tu provecho,
aproxímate a donde está tu dama
y con un beso amor a ella reclama.»

Pliego gentil. Os pediré permiso:
vengo a dar, y a tomar, con este aviso.
Como un contendiente en una lucha
que piensa haber ganado cuando escucha
el aplauso sonar como estallido,
pero mira confuso y descreído
dudando de si es él el aclamado,
así, mi dama, estoy yo situado,
sin saber bien si lo que veo es cierto
hasta que yo de vos tenga el aserto.

PORCIA Señor Bassanio, ya me veis dónde estoy, tal como soy. Aunque solo por mí
no tendría deseos ambiciosos,
queriendo para mí algo mejor, por vos
querría triplicarme veinte veces,
ser mil veces más bella, diez mil veces más rica,
y para estar más alta en vuestra estima
querría excederme en gracias y virtudes,
en bienes y amistades. Mas todo lo que sumo
es la suma de algo que, dicho en grueso, es
una muchacha inculta, inepta, inexperta,
aunque feliz de ser no tan anciana
que no pueda aprender; y más feliz aún
por no nacer tan torpe que no pueda aprender;
y del todo feliz porque su dócil alma
a la vuestra se da para que la conduzca
como señor y rey y gobernante.
Mi persona y lo mío desde ahora
os traspaso. Hace un momento era señor
de esta casa, dueño de mis criados,
reina sobre mí misma; desde este momento,
la casa, los sirvientes y mi persona
son vuestros, mi señor. Los doy con este anillo,
que si dais, perdéis o de él os separáis,
presagiará el fin de vuestro amor,
y me dará derecho a clamar contra vos.

BASSANIO Señora, me habéis privado de palabras.

Solo mi sangre os habla por mis venas,
y hay tanta confusión en mis sentidos
como la que aparece, tras el bello
discurso de un príncipe querido,
entre una multitud que muestra su adhesión con un zumbido
en el que cada algo, mezclado se convierte
en un inmenso ruido que no es nada, salvo alegría,
expresada así sin expresarse. Pero cuando este anillo
se vaya de este dedo, de aquí se irá la vida.
Decid sin miedo entonces que Bassanio ha muerto.

NERISSA Mi señor y señora, es el momento
de que los que hemos visto triunfar nuestro deseo
gritemos «¡Mi señor y señora, sed dichosos!».

GRACIANO Señor Bassanio, y vos, noble señora,
os deseo la dicha que podáis desear,
pues sé que no deseáis ni un poco de la mía.
Y cuando os dignéis solemnizar
el contrato de amor, ruego que permitáis
que también yo me case al mismo tiempo.

BASSANIO De todo corazón, si consigues esposa.

GRACIANO Gracias a vos, señor, he conseguido una.
Mi mirada es veloz como la tuya.
Tú viste a la señora, yo advertí a la sirvienta.
Tú amaste, yo amé; un respiro
no me conviene más a mí que a ti.
Tu suerte se basó en esos cofres,
y la mía también, ha resultado;
después de cortejar hasta la gota gorda
y secarme esta bóveda jurando
que la amaba, al fin —si es que hay buen fin—
obtuve la promesa de esta beldad que ves
de tener su amor, con tal de que tu suerte
lograra a su dueña.

PORCIA Nerissa, ¿es eso cierto?

NERISSA Mi señora, lo es, si os parece bien.

BASSANIO ¿Y tú, Graciano, hablas de buena fe?

GRACIANO Sí, con toda mi fe.

BASSANIO Vuestra boda honrará nuestra fiesta nupcial.

GRACIANO Nos jugaremos con ellos mil ducados al primer hijo.

NERISSA ¿Qué, meter en esto apuestas?

GRACIANO Nunca podremos ganar en ese juego si no metemos

[una apuesta.

Entran LORENZO, JESSICA y SALERIO, trayendo un mensaje de Venecia.

Pero ¿quién viene aquí? Lorenzo y su infiel.
Ah, y también mi querido Salerio de Venecia.

BASSANIO Lorenzo y Salerio, sed bienvenidos,
si es que la juventud de mis nuevos derechos
tiene el poder aquí de dar la bienvenida.
Se la doy con tu venia, dulce Porcia,
a estos buenos amigos y paisanos.

PORCIA También yo se la doy, son muy bien recibidos.

LORENZO Os lo agradezco. En lo que a mí respecta
no tenía intención de verte aquí,
pero encontré a Salerio en el camino
y me pidió, sin admitir un no,
que viniera con él.

SALERIO Así fue, Bassanio,
y tengo mis razones. Nuestro amigo Antonio
te envía sus saludos.

Le entrega una carta a BASSANIO.

BASSANIO Antes de abrir la carta te ruego que me digas cómo está.

SALERIO No enfermo, a no ser del espíritu;
ni sano, al menos de espíritu. Su carta
te mostrará su situación.

BASSANIO abre la carta.

GRACIANO Nerissa, acoge a esa extranjera. Dale la bienvenida.
Tu mano, Salerio. ¿Algo nuevo en Venecia?
¿Cómo está el buen Antonio, rey de los mercaderes?
Sé que le alegrará nuestra victoria.

Somos Jasones; el vellocino es nuestro.

SALERIO Ojalá fuese vuestro el vellocino que él perdió.

PORCIA Algo penoso contiene ese papel,
que ha quitado el color del rostro de Bassanio.
Algún amigo muerto, pues ninguna otra cosa
podría alterar tanto el estado
de un hombre estable. ¿Qué, algo peor aún?
Permíteme, Bassanio: soy la mitad de ti,
y he de tener una mitad cumplida de cualquier cosa
que este papel te aporte.

BASSANIO Ah, dulce Porcia,
hay aquí alguna de las palabras más desoladas
que jamás han manchado papel. Gentil dama,
cuando por vez primera te hice saber mi amor,
sin reparos te dije que toda mi riqueza
corría por mis venas: que era noble.
Decía la verdad; y con todo, señora,
valorándome en nada, verás lo
fanfarrón que fui. Al decir que mis medios
nada eran, tendría que haberte dicho
que eran peor que nada, pues
me comprometí con un querido amigo,
y él se comprometió con su enemigo máximo,
para darme a mí fondos. Aquí hay una carta:
su papel es el cuerpo de mi amigo,
y cada letra una herida abierta
manando sangre. ¿Pero es verdad, Salerio?
¿Todas sus mercancías? ¿Ninguna a salvo?
Veleros desde Trípoli, de México, Inglaterra,
de Lisboa, la India y Berbería,
¿y ninguno escapó al choque tremebundo
de las rocas que al mercader arrasan?

SALERIO Ninguno, mi señor. Parece, además, que si tuviera
el dinero contante para reembolsar al Judío,
este no lo querría. Nunca he visto
criatura en forma de hombre
tan rígida y ávida de perder a un hombre.
Importuna al dux mañana y noche,
y hasta las libertades del Estado cuestiona

si le niegan justicia. Veinte mercaderes,
el mismo dux y los magníficos
del mayor rango tratan de disuadirle,
pero nadie le aparta de su airada demanda
de justicia, desquite y pagaré.

JESSICA Viviendo yo con él, le escuché jurar
ante Tubal y Cush, sus consanguíneos,
que antes prefería la carne de Antonio
al valor de la suma que este le adeuda,
aumentada por veinte; y sé que si la ley,
la autoridad y la fuerza no lo impiden,
mal ha de irle al pobre Antonio.

PORCIA ¿Es tu amigo querido el que está en ese apuro?

BASSANIO El más querido amigo, el hombre más benigno, el corazón más tierno e
incansable
en conceder favores, y uno en quien
el antiguo honor de los romanos es más patente
que en ningún otro que aliente en Italia.

PORCIA ¿Qué cantidad le debe al Judío?

BASSANIO Por mí, tres mil ducados.

PORCIA ¿Qué, nada más?

Págale seis mil y anula el pagaré.
Dobla esos seis mil, triplicálos,
antes de que un amigo de esa clase
pierda un solo pelo por tu culpa.
Primero ven conmigo a la iglesia y hazme tu esposa,
y de allí a Venecia, con tu amigo;
no te vas a acostar junto a Porcia
con mente inquieta. Tendrás oro bastante
para pagar la deuda veinte veces.
Y cuando esté saldada, trae aquí a tu amigo.
Mi doncella Nerissa y yo, mientras tanto,
viviremos como doncellas viudas. Ponte a andar,
ya que el día de tu boda de aquí has de marchar.
Saluda a tus amigos, muestra buen humor.
Caro me has costado, caro has de serme, amor.
Léeme ahora la carta de tu amigo.

BASSANIO (*Lee.*) «Dulce Bassanio, todas mis naves se han perdido, mis acreedores

ganan en crueldad, mi posición está por los suelos, mi pagaré al Judío ha vencido, y como al pagarlo es imposible que siga yo con vida, todas las deudas que tenemos tú y yo quedarán liquidadas solo con que yo pueda al menos verte al morir. Guíate, sin embargo, por tu deseo. Si tu amor no te induce a venir, que no lo haga esta carta.»

PORCIA ¡Ah, amor! ¡Despacha tus asuntos y vete ya!

BASSANIO Ya que de irme tengo tu permiso,
con prisa voy; pero hasta que regrese
no habrá cama que me haga ser remiso
ni momento sin ti que no me pese.

Salen.

ESCENA III

*Entran SHYLOCK el Judío, SOLANIO, ANTONIO
y el CARCELERO.*

SHYLOCK Carcelero, vigílale. No me hables de clemencia.

Este es el necio que prestaba por nada.

Carcelero, vigílale.

ANTONIO Escúchame, buen Shylock.

SHYLOCK Quiero mi pagaré, no hables contra él.

Hice un juramento; cobrar el pagaré.

Tú me llamaste perro sin motivo,

pero ya que soy perro, alerta a mis colmillos.

El dux me hará justicia. Me sorprende que tú,

mal carcelero, seas tan blando

como para ir con él cuando lo pide.

ANTONIO Te ruego que oigas lo que digo.

SHYLOCK Quiero mi pagaré. No oigo lo que dices.

Quiero mi pagaré, no digas más.

No voy a ser un necio débil y obcecado

que mueve la cabeza, se aplaca, suspira y cede

a ruegos de cristiano. No me sigas.

No quiero palabras. Quiero mi pagaré.

Sale.

SOLANIO Es el perro más inexpugnable
que jamás se ha mezclado con los hombres.

ANTONIO Déjale en paz.

No voy a seguirle más con plegarias inútiles.
Quiere mi vida. Sé sus razones:
a menudo libré de sus multas
a muchos que vinieron a mí quejándose.
Por eso me detesta.

SOLANIO Seguro que el dux
no ha de permitir que esta pena se cumpla.

ANTONIO El dux no puede obviar el curso de la ley,
pues si las concesiones que el extranjero tiene
aquí en Venecia fuesen negadas,
sería cuestionada la justicia estatal,
ya que el provecho de esta ciudad depende
del comercio con todas las naciones. Vayamos pues.
El pesar y las pérdidas me han consumido tanto
que apenas dispondré de una libra de carne
para darla mañana a mi cruel acreedor.
Vayamos, carcelero. Pido a Dios que Bassanio
venga a verme satisfacer su deuda, y entonces nada importa.

Salen.

ESCENA IV

*Entran PORCIA, NERISSA, LORENZO, JESSICA y BALTASAR,
criado de Porcia.*

LORENZO Aunque lo diga, señora, ante vos,
vuestra idea de la sagrada amistad
es noble y es veraz, y la mostráis con fuerza
soportando así la ausencia de Bassanio.
Mas si supierais a quién habéis honrado,
cuán noble caballero es el que socorréis,
el mucho amor que tiene a vuestro esposo,
de esta acción estaríais más orgullosa
que de otros favores que acostumbráis hacer.

PORCIA Nunca me arrepentí de hacer el bien,

ni ahora lo haré; entre amigos
que juntos gastan tiempo hablando
y cuyas almas llevan igual yugo de amor,
es preciso que haya la misma proporción
de costumbres, de rasgos y de espíritu,
lo cual me hace pensar que este Antonio,
amando en lo más íntimo a mi señor,
es preciso que sea igual que mi señor. Si así es,
qué pequeño es el precio que he pagado
por rescatar al símil de mi alma
del poder de una infernal crueldad.
Demasiado se acerca esto a un elogio de mí;
no se hable más. Escucha otra cosa:
en tus manos confío, Lorenzo,
la custodia y gobierno de mi casa
hasta que mi señor vuelva. En cuanto a mí,
he elevado al cielo la promesa secreta
de vivir en el rezo y la contemplación,
asistida tan solo por Nerissa, que ahí ves,
hasta que su marido y mi señor vuelvan.
Existe un monasterio a dos millas de aquí,
y allí nos retiramos. Deseo que no
me niegues esta obligación
que mi amor y una necesidad
descargan sobre ti.

LORENZO Señora, de todo corazón
he de obedecer vuestras órdenes justas.

PORCIA Mi gente ya conoce mi intención,
y os considerarán a ti y a Jessica
igual que a Bassanio y a mí misma.
Que todo os vaya bien hasta que nos veamos.

LORENZO ¡Hermosos pensamientos y horas felices os

[acompañen!

JESSICA Y yo deseo a Vuestra Señoría un corazón contento.

PORCIA Te agradezco el deseo, y me complace
deseártelo a ti. Ve en paz, Jessica.

Salen JESSICA y LORENZO.

Y ahora, Baltasar,

tú que siempre has sido leal y sincero,
sigue siéndolo ahora. Lleva esta carta
a Padua con la mayor presteza
de que seas capaz. Cuida de entregarla
en manos de mi primo, el doctor Belario,
y fíjate en las cartas y ropas que él te dé;
te pido que las traigas más veloz que el pensar
al muelle donde ancla la barcaza
que lleva a Venecia. No pierdas en palabras más tiempo
y parte de una vez. Yo estaré antes que tú.

BALTASAR Señora, iré veloz, como es debido.

Sale.

PORCIA Vamos, Nerissa. Traigo entre manos algo
que aún no sabes. Veremos a nuestros dos maridos
antes de que ellos piensen en nosotras.

NERISSA ¿Y ellos nos verán?

PORCIA Claro que nos verán, pero con tal atuendo
que pensarán que estamos bien provistas
de eso que nos falta. Te apuesto cualquier cosa,
cuando estemos vestidas de muchacho
seré el más lindo de ambos,
y llevaré mi daga con gracia más airosa,
y hablaré, como el chico que muda en hombre,
con voz de pito, y en vez de dar dos pasos contoneándome
daré una zancada viril, y hablaré de trifulcas
como un fanfarrón, y contaré mentiras singulares
sobre honorables damas que buscaron mi amor
y ante mi negativa enfermaron, muriendo.
No pude remediarlo. Mas después me arrepiento,
y, pese a todo, deseo no haberlas matado;
veinte de esas mentirijillas contaré,
de modo que los hombres jurarán que no voy a la escuela
desde hace más de un año. Tengo en la mente
mil de las peores mañas de fanfarrón,
que voy a poner en práctica.

NERISSA ¿Cómo, nos toca ir de hombres?

PORCIA ¡Quita! ¡Vaya una pregunta
si pasara a tu lado un malpensado!

Vamos, y te diré toda mi estratagema
una vez en el coche, que nos espera
en la puerta del parque. Hemos de ir aprisa,
pues veinte millas nos quedan hoy, Nerissa.

Salen.

ESCENA V

Entran el bufón LANCELOT y JESSICA.

LANCELOT Sí, verdaderamente; porque mirad, los pecados de los padres han de caer sobre los hijos, por tanto os prometo que por vos temo. Siempre fui claro con vos, y por eso os expreso lo que yo inopino sobre el asunto, así que mostrad buen ánimo, pues verdaderamente, creo que estáis condenada. No hay más que una esperanza en todo esto que os pueda servir de algo, y se trata, tan siquiera, de una esperanza ilegítima.

JESSICA ¿Y qué esperanza es esa, dime?

LANCELOT Cuál va a ser, podéis parcialmente esperar que vuestro padre no os haya hecho, y que no seáis la hija del judío.

JESSICA Desde luego sería una esperanza ilegítima. Así los pecados de mi madre recaerían sobre mí.

LANCELOT Entonces verdaderamente me temo que estáis condenada tanto por padre como por madre. Así cuando huyo de Escila vuestro padre, caigo en Caribdis vuestra madre. Bien, estáis perdida por los dos lados.

JESSICA Me salvaré por mi esposo. Él me ha hecho cristiana.

LANCELOT ¡Verdaderamente, más culpa para él! Ya éramos muchos cristianos antes, los suficientes para vivir bien unos de otros. Tanto hacer cristianos va a subir el precio de los puercos. Si todos empezamos a comer carne de cerdo pronto no tendremos ni el dinero para asar una tajada de tocino.

Entra LORENZO.

JESSICA Le contaré a mi esposo, Lancelot, lo que dices. Aquí viene.

LORENZO Pronto voy a empezar a sentir celos de ti, Lancelot, si te llevas así a mi mujer por los rincones.

JESSICA Ah, no tienes que temer por nosotros, Lorenzo. Lancelot y yo estamos peleados. Él me dice llanamente que para mí no hay salvación en el cielo

porque soy hija de un Judío, y también dice que tú no eres un buen súbdito de la república, pues al convertir judíos en cristianos haces subir el precio del cerdo.

LORENZO De eso responderé mejor a la república que tú por levantar el vientre de la negra. La mora está preñada de ti, Lancelot.

LANCELOT Mucho es que la mora mucho más de lo normal tenga, pero aunque tenga menos de honrada, mucho más tiene de lo que yo esperaba.

LORENZO ¡Cómo sabe cualquier bufón jugar con las palabras! Me parece que el mayor refinamiento del ingenio pronto será convertirse en silencio, y conversar solo estará bien visto entre los papa gayos. Venga, bribón, di que se preparen para la cena.

LANCELOT Eso está hecho, señor. Todos tienen buen apetito.

LORENZO Dios santo, ¡cómo agarras las argucias! Diles entonces que preparen la cena.

LANCELOT También eso está hecho, señor; ahora la palabra es «cubierto».

LORENZO ¿Vos os ponéis cubierto, señor?

LANCELOT Ah, eso no, señor. Conozco mi deber.

LORENZO ¡Un litigio a cada oportunidad! ¿Es que vas a mostrar el entero caudal de tu ingenio en un momento? Te pido que comprendas las llanas palabras de un hombre llano. Busca a tus compinches; diles que pongan los cubiertos en la mesa y sirvan la carne, y así entraremos a cenar.

LANCELOT Respecto a la mesa, señor, servida será. Respecto a la carne, señor, cubierta estará. Respecto a vuestra entrada para cenar, señor, que sea como ordenen el deseo y la gana.

Sale.

LORENZO ¡Preciosa discreción, cómo casan sus términos!

El bufón ha formado en su memoria
un ejército de ocurrencias, y sé
de otros bufones en mejor posición,
guarnecidos como él,
que por un dicho chusco
desdeñan el sentido. ¿Cómo te encuentras, Jessica?
Quiero, mi dulce amor, saber tu opinión:
¿qué te parece la esposa de Bassanio?

JESSICA No hay palabras. Conviene

que el señor Bassanio viva muy rectamente,
pues, teniendo en su esposa una tal bendición,
en la tierra disfruta el goce celestial,
y si en la tierra no hace méritos,
no habrá razón para que vaya al cielo.
Si dos dioses compiten en el cielo
y hay en su apuesta dos mujeres terrestres,
siendo una Porcia, algo más
han de poner en la otra, ya que este mundo mísero
no tiene su igual.

LORENZO Lo que ella es como esposa
en mí lo tienes tú como marido.

JESSICA Sí, pídemme también opinión de eso.

LORENZO Enseguida lo haré. Vamos a cenar antes.

JESSICA No, déjame que te alabe con apetito.

LORENZO Déjalo que nos sirva de sobremesa.
Y por mucho que digas, lo podré digerir
entre las otras cosas.

JESSICA Vas a quedar servido.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran el DUX, los magníficos, ANTONIO, BASSANIO, GRACIANO y SALERIO.

DUX Y bien, ¿está Antonio aquí?

ANTONIO Al servicio de Vuestra Señoría.

DUX Siento pena por ti. Vienes a responder
ante un rival de piedra, un canalla inhumano
incapaz de piedad, vacío y desprovisto
de cualquier compasión.

ANTONIO He oído
que Vuestra Señoría se esforzó en moderar
el rigor de su acción, pero ya que se obstina,
y no hay medios legítimos que puedan apartarme
de su maligno alcance, mi paciencia
opongo a su furor, y armado estoy
de una paz de espíritu para sufrir
su rabia y tiranía.

DUX Que alguien diga al Judío que comparezca.

SALERIO En la puerta espera. Ya viene, señoría.

Entra SHYLOCK.

DUX Haced sitio, y dejad que se ponga ante nosotros.

Shylock, el mundo piensa —y yo también—
que solo ostentas este aire de maldad
hasta el desenlace, para después mostrar
pena y misericordia aún más raras
que esta rara crueldad que aparentas,
y mientras ahora exiges el desquite
—una libra de carne del pobre mercader—
luego renunciarás no solo a la pena,
sino que, movido por una humana bondad,
perdonarás gran parte de la deuda,
mirando con piedad las pérdidas
que se han amontonado en sus espaldas,

capaces de hundir a un rey de mercaderes
y arrancar compasión sobre su estado
a pechos de metal y a corazones pétreos,
a los turcos más fieros y a tártaros,
nunca muy diestros en la cortés ternura.
Judío, esperamos una gentil respuesta.

SHYLOCK Ya informé a Vuestra Señoría de mi intención,
y por el santo Sabbath he jurado
obtener el desquite del pagaré.
Si me lo denegáis, que los males recaigan
sobre los privilegios de esta libre ciudad.
Habréis de preguntar por qué prefiero
el peso de una carne podrida a los
tres mil ducados. No os respondo,
digamos que es mi antojo. ¿Está así respondido?
¿Qué pasa si una rata turba mi hogar,
y yo quiero gastar diez mil ducados
en suprimirla? ¿Estáis ya respondido?
Hay hombres que no tragan el lechón boquiabierto,
otros que al ver a un gato se enfurecen,
y algunos que al sonido nasal de la gaita
no retienen la orina; y es que el instinto,
señor de la pasión, la gobierna al dictado
de lo que ama u odia. En cuanto a la respuesta:
así como no hay razones de por qué
este aborrece el lechón boquiabierto,
aquel el gato inofensivo y útil,
ese la gaita, forzado cada cual
a rendirse a tan fuerte vergüenza
que ofende a otros y a él deja ofendido,
tampoco doy razones, ni las daré,
más que un odio arraigado y una firme aversión
por Antonio, que me hace seguir
este ruinoso pleito contra él. ¿Estáis respondido?

BASSANIO No es una respuesta, hombre insensible,
que excuse el flujo de tu crueldad.

SHYLOCK Yo no tengo que darte respuestas complacientes.

BASSANIO ¿Matan todos los hombres lo que no aman?

SHYLOCK ¿Odia algún hombre lo que no va a matar?

BASSANIO No todo agravio comienza por un odio.

SHYLOCK ¿Querrías que una víbora te picase dos veces?

ANTONIO Recuerda, te lo pido, que hablas con el Judío.

Es como si te fueras a la orilla del mar
y a la marea alta le pidieses bajar;
es como si al lobo preguntases
por qué hizo a la oveja balar por su cordero;
es como si prohibieras a los pinos
mover sus altas copas y hacer ruido
cuando el soplo del cielo los agita;
es como si con el más duro esfuerzo
tratases de ablandar —¿existe algo más duro?—
su corazón judío. Por tanto, te lo ruego,
no le hagas más ofertas, ni uses otros medios,
sino que con la máxima brevedad y sencillez
tenga yo mi juicio y el judío lo suyo.

BASSANIO Por tus tres mil ducados aquí tienes seis mil.

SHYLOCK Si todos los ducados de esos seis mil ducados
se partieran en seis, y cada parte fuese un ducado,
no los querría. Quiero mi pagaré.

DUX ¿Cómo esperas clemencia, sin mostrar tú ninguna?

SHYLOCK ¿Qué juicio he de temer, si no hice el mal?

Tenéis entre vosotros esclavos adquiridos,
que al igual que a los asnos, los perros y las mulas,
usáis en las tareas abyectas y serviles
por haberlos comprado. Si yo ahora os digo:
«Tengan la libertad, con vuestras hijas casen,
que no suden cargando, que reposen en camas
blandas como las vuestras, y que sus paladares
igual manjar disfruten», la respuesta será:
«Los esclavos son nuestros». Así os respondo yo.
Esa libra de carne que exijo de él
la compré cara. Es mía, y la tendré.
Si me la denegáis, maldigo vuestra ley:
el poder de Venecia no tiene fuerza.
Espero la sentencia. Responded: ¿la tendré?

DUX Tengo la potestad de aplazar esta audiencia
a menos que Belario, un doctor muy letrado

al que he convocado para que dictamine,
llegue aquí hoy.

SALERIO Señoría, afuera está esperando
un mensajero procedente de Padua
con cartas del doctor.

DUX Traednos esas cartas. Llamad al mensajero.

Sale SALERIO.

BASSANIO Ánimo, Antonio. ¡Valor, un poco más!
El Judío tendrá mi carne, huesos y sangre
antes de que por mí tú pierdas de la tuya una gota.

ANTONIO Soy el cordero estéril del rebaño,
el que debe morir. La fruta débil
antes cae al suelo; déjame que así sea.
Nada mejor te queda, Bassanio,
que vivir más y escribir mi epitafio.

Entra SALERIO con NERISSA vestida de pasante de abogado.

DUX ¿Venís de Padua, de parte de Belario?

NERISSA De Padua y de Belario, señoría. Él os saluda.

Le entrega una carta.

BASSANIO ¿Por qué afilas con tanto celo tu cuchillo?

SHYLOCK Para cortar lo que ese insolvente me adeuda.

GRACIANO No aguces en el cuero sino en el cuello
tu cuchillo, agrio Judío. No hay metal,
ni el hacha del verdugo, que corte más
que tu acerada envidia. ¿No hacen mella en ti las oraciones?

SHYLOCK No, ninguna que tú sepas.

GRACIANO ¡Maldito seas, perro inexorable!
A la justicia acuso por dejarte vivir.
Casi me haces dudar de mi fe
y apoyar la opinión de Pitágoras
de que almas de animales impregnan
cuerpos de hombre. Tu espíritu feroz
mandó en un lobo que por comerse a un hombre fue colgado,
pero su alma atroz de la horca escapó,

y estando tú en la panza de tu impía madre,
te impregnó; por eso tus deseos
son de lobo; ávidos, sanguinarios y voraces.

SHYLOCK Mientras que tus escarnios no quebranten mi pagaré,
te dañan los pulmones hablando así de alto.
Repara tu ingenio, buen muchacho, o caerá
en la ruina irremediable. Yo encarno aquí la ley.

DUX La carta de Belario recomienda
a nuestro tribunal a un joven y letrado doctor.
¿Dónde está?

NERISSA Está esperando ahí, muy cerca,
hasta saber si le dejáis entrar.

DUX De todo corazón. Dos o tres de vosotros
id y traedle aquí muy cortésmente.

Salen tres o cuatro.

Mientras, el tribunal escuchará la carta.

Lee.

«Vuestra Señoría ha de saber que al recibir vuestra carta me encuentro muy enfermo, pero en el instante en que llegó el correo se hallaba conmigo, en visita afectuosa, un joven doctor de Roma; su nombre es Baltasar. Le puse al corriente del pleito que enfrenta al Judío y al mercader Antonio. Juntos resolvimos muchos libros. Él es portador de mi opinión, que —mejorada por su propio saber, cuya magnitud no sabría encomiar lo bastante— os brinda por encarecida petición mía, para dar satisfacción en mi nombre a la solicitud de Vuestra Señoría. Os ruego que sus pocos años no sean una traba que os haga estimarle con poca deferencia, pues nunca he conocido un cuerpo tan de joven con una cabeza tan de viejo. Lo confío a vuestra graciosa acogida, y la prueba de sus intervenciones será la mejor divulgación de estos encomios.»

Entra PORCIA, vestida de doctor en leyes.

Ya oís lo que ha escrito el sabio Belario;
y aquí está, me parece, el doctor.
Dadme la mano. ¿Venís de parte del anciano Belario?

PORCIA Así es, señoría.

DUX Sois bienvenido. Ocupad vuestro sitio. ¿Estáis al corriente del litigio

que motiva la presente audiencia?

PORCIA Informado al detalle estoy del pleito.

¿Quién es el mercader, quién el Judío?

DUX Antonio y el viejo Shylock, acercaos.

PORCIA ¿Es Shylock vuestro nombre?

SHYLOCK Shylock es mi nombre.

PORCIA De extraña índole es vuestra demanda,
aunque tan regulada que la ley de Venecia
no puede impugnar vuestro procedimiento.
En sus manos estáis, ¿no es así?

ANTONIO Sí, eso dice él.

PORCIA ¿Reconocéis vuestra obligación?

ANTONIO La reconozco.

PORCIA Entonces el Judío tendrá que ser clemente.

SHYLOCK ¿Qué me obliga a serlo? Decídmelo.

PORCIA La clemencia no es cualidad forzosa.

Cae como la lluvia, desde el cielo
a lo que está debajo. Su bendición es doble:
bendice al que la da y al que la obtiene.
Más poderosa es en los más poderosos. Al rey
entronizado mejor que la corona le adorna.
Su cetro es el símbolo del poder temporal
y el atributo del temor mayestático
en que se fundamenta el miedo al rey;
la clemencia supera la potestad del cetro.
Está entronizada en el alma del rey;
es atributo del mismo Dios,
y el poder terrenal más se acerca al de Dios
si la clemencia suaviza la justicia. Así pues, Judío,
al reclamar justicia ten esto en cuenta:
ninguno de nosotros vería su salvación
siguiendo la justicia. Rogamos la clemencia,
y esa misma plegaria nos enseña a emprender
acciones de clemencia. He dicho todo esto
por mitigar tu justiciera demanda,
pero si la mantienes, la curia de Venecia

tendrá que sentenciar contra el mercader.

SHYLOCK ¡Caigan mis actos sobre mi cabeza! Ansío la ley,
el castigo y desquite del pagaré.

PORCIA ¿No puede él reintegrar el dinero?

BASSANIO Sí, en su nombre lo entrego al tribunal,
y el doble de la suma. Si eso no basta
me obligaré a pagar diez veces más,
dando en prenda cabeza, alma y manos.
Si tampoco esto basta, estará claro
que la malicia derrota a la verdad. Os ruego
someter por una vez la ley a vuestro arbitrio.
Por hacer un gran bien, haced un mal pequeño,
frenando los deseos de este diablo cruel.

PORCIA No debe ser así. No hay poder en Venecia
que pueda alterar un decreto en vigor.
Sería registrado como un precedente,
y, con su ejemplo, las arbitrariedades
harían irrupción en el Estado. No puede ser así.

SHYLOCK ¡Un Daniel ha venido al juicio, sí, un Daniel!
¡Joven y sabio juez, yo te respeto!

PORCIA Te pido que me dejes ver el pagaré.

SHYLOCK Aquí está, venerable doctor, aquí está.

PORCIA Shylock, el triple de la suma te ofrecen.

SHYLOCK ¡He jurado, he jurado! Al cielo he jurado.
¿He de echar un perjurio sobre mi alma?
No, no, por Venecia.

PORCIA El pagaré ha vencido,
y por ley puede reclamar el Judío
una libra de carne, que él mismo cortará
cerca del corazón del mercader. Muestra clemencia.
Acepta el triple del dinero. Y pídemme que rompa el pagaré.

SHYLOCK Cuando sea pagado según sus términos.
Todo indica que eres un digno juez.
Conoces bien la ley. Tu exposición
ha sido muy acertada. Te exhorto, en nombre de la ley
de la que eres pilar muy meritorio,

a dar sentencia. Por mi alma juro
que no hay poder en la lengua del hombre
para hacerme cambiar. Yo me apoyo en mi pagaré.

ANTONIO Sinceramente ruego al tribunal
que emita su sentencia.

PORCIA Bien, pues esta es:
preparad vuestro pecho a su cuchillo.

SHYLOCK ¡Qué noble juez, qué joven excelente!

PORCIA Ya que el sentido e intención de la ley
en total consonancia están con la pena
claramente descrita en este pagaré.

SHYLOCK Cierto es. ¡Qué juez íntegro y sabio!
Eres mucho mayor de lo que aparentas.

PORCIA Por tanto, desnudad vuestro pecho.

SHYLOCK Sí, su pecho.
Como lo dice aquí, ¿no es así, noble juez?
«Cerca del corazón», esas son las palabras.

PORCIA Así es. ¿Hay aquí una balanza para pesar la carne?

SHYLOCK La tengo preparada.

PORCIA Y ten a tus expensas a un cirujano
que cierre sus heridas si sangra mortalmente.

SHYLOCK ¿Está así mencionado en el pagaré?

PORCIA No está expresado así, ¿y qué más da?
Sería bueno que eso lo hicieras por caridad.

SHYLOCK Yo no lo encuentro. No está en el pagaré.

PORCIA ¿Vos, mercader, tenéis que alegar algo?

ANTONIO Muy poco. Fortificado estoy y bien dispuesto.
Dame ahora tu mano, Bassanio; adiós.
No te apene que haya caído en esto yo por ti,
pues esta vez se muestra la Fortuna más propicia
de lo que suele; siempre prefiere
que el desdichado viva más que sus bienes,
viendo con ojo hundido y arrugada frente
una edad de pobreza; del lento purgatorio

de una miseria tal a mí me excluye.
Saluda en mi nombre a tu honorable esposa.
Cuéntale cómo fue el fin de Antonio.
Dile cuánto te amé. Habla bien de mí en la muerte,
y contado el cuento, que juzgue ella misma
si Bassanio no tuvo una vez un amor.
Lamenta tú tan solo perder a un amigo,
y él no lamentará el pago de tus deudas;
solo con que al cortar llegue el Judío al fondo,
las pagaré al momento, con todo el corazón.

BASSANIO Antonio, me he unido a una esposa
a la que amo tanto como a la vida,
pero vida, esposa y el mundo entero
no me son más queridos que tu vida.
Todo lo perdería, sí, sacrificando a todos
a este diablo, por salvarte.

PORCIA Vuestra esposa bien poco os lo agradecería
si estuviera aquí y oyese vuestra oferta.

GRACIANO Yo tengo una esposa, lo afirmo, a la que amo.
Querría que estuviese ella en el cielo, para implorar
de alguna potestad que cambiara al Judío.

NERISSA Menos mal que expresáis el deseo a sus espaldas;
tendríais, de lo contrario, una casa revuelta.

SHYLOCK (*Aparte.*) Estos son los maridos cristianos. Tengo una hija.
Habría preferido a uno del linaje de Barrabás
como marido suyo, antes que a un cristiano.
Perdemos tiempo. Te ruego que procedas con la sentencia.

PORCIA Tuya es una libra de carne del mercader.
El tribunal la otorga, y la ley la concede.

SHYLOCK ¡Un rectísimo juez!

PORCIA Y has de cortar la carne de su pecho.
La ley lo permite, y el tribunal lo otorga.

SHYLOCK ¡Un doctísimo juez! Qué sentencia: ya, preparaos.

PORCIA Espera un momento. Hay algo más.
En este pagaré no se te da ni una pizca de sangre.
Las palabras son, expresamente, «una libra de carne».

Reclama lo debido. Y reclama tu libra de carne.
Pero si al cortarla derramas
una gota de sangre cristiana, tus bienes y tus tierras
quedarán, por la ley de Venecia, confiscados
para el Estado de Venecia.

GRACIANO ¡Íntegro juez!

¡Judío, atiende! ¡Docto juez!

SHYLOCK ¿Es esa la ley?

PORCIA Ve tú mismo el decreto;

y puesto que reclamas justicia, ten la seguridad
de que obtendrás justicia, más de la que querías.

GRACIANO ¡Docto juez! Judío, atiende: un juez docto.

SHYLOCK Acepto pues la oferta. Pagadme el triple de la suma,
y quede el cristiano en libertad.

BASSANIO Aquí está el dinero.

PORCIA

Más despacio, el Judío obtendrá justicia solo. Despacio, sin prisa.
No obtendrá otra cosa más que el desquite.

GRACIANO ¡Ah, Judío, un juez íntegro, un juez docto!

PORCIA Prepárate por tanto para cortar la carne.

Y no derrames sangre, ni cortes más ni menos
de una exacta libra de carne. Si tomas más
o menos de una libra exacta,
aunque sea solo algo que alivie o cargue
lo que pesa un adarme o una fracción
de su veinteava parte; es más, si la balanza
vacila por un pelo,
tú mueres, y serán confiscados todos tus bienes.

GRACIANO ¡Un segundo Daniel, Judío, un Daniel!

Ahora, infiel, te tengo atrapado.

PORCIA ¿Por qué se para el Judío? Ten tu compensación.

SHYLOCK Dadme mi suma, y dejadme marchar.

BASSANIO La tengo preparada para ti. Aquí está.

PORCIA Ante este tribunal la ha rehusado.

Tendrá solo justicia, y el pagaré.

GRACIANO ¡Un Daniel, lo repito, un segundo Daniel!

Gracias, Judío, por haberme enseñado esa palabra.

SHYLOCK ¿No puedo obtener ni mi suma?

PORCIA Solo has de obtener compensación,
y a tu propio riesgo, Judío.

SHYLOCK Pues que el diablo haga que la disfrute.
No voy a seguir aquí discutiendo.

PORCIA Judío, espera.

Aún tienes otra cuenta con la ley.
Las leyes de Venecia determinan
que si hay pruebas de que un extranjero
de manera directa o indirecta
pone en riesgo la vida de cualquier ciudadano,
la parte contra la cual él conspiró
ha de embargar la mitad de sus bienes; la otra mitad
irá a las arcas privadas del Estado,
y la vida del agresor queda a merced
del dux únicamente, sin más apelación.
Te digo que tú estás en ese trance,
pues parece, según las evidencias,
que de forma indirecta, y aun directa,
conspiraste contra la vida misma
del demandado, incurriendo por tanto
en el castigo que antes yo enuncié.
Así que, de rodillas, y pide al dux clemencia.

GRACIANO Pídele que te deje ahorcarte tú mismo,
aunque al estar tus bienes confiscados,
ni para una cuerda vas a tener.
Habrás de ser ahorcado a costa del Estado.

DUX Para que veas cuán diferentes somos de espíritu,
tu vida te perdono sin que lo pidas.
En cuanto a la mitad de tus bienes, es de Antonio.
La otra mitad será para el Estado,
si bien la sumisión lo podría dejar en una multa.

PORCIA La del Estado sí, no la de Antonio.

SHYLOCK Quitadme todo, y vida, no me la perdonéis.

La casa me quitáis cuando quitáis la base
que sustenta mi casa; la vida me quitáis
cuando quitáis los medios con que vivo.

PORCIA ¿Qué favor podéis darle, Antonio?

GRACIANO Una sogá, de balde. ¡Y por Dios, nada más!

ANTONIO Si os place a Vuestra Señoría y a esta corte
dejarle una mitad de los bienes, y sin multa,
estoy conforme, siempre que me confíe
la otra mitad en depósito, para dársela
cuando él muera al caballero
que se llevó hace poco a su hija.
Y otras dos condiciones: que a cambio del favor
se haga inmediatamente cristiano;
la otra, que aquí, ante el tribunal,
firme la donación de cuanto al morir tenga
a su hijo Lorenzo y a su hija.

DUX Eso ha de hacer, o si no me retracto
del perdón que acabo de conceder.

PORCIA ¿Estás conforme, Judío? ¿Qué dices?

SHYLOCK Me conformo.

PORCIA Pasante, extiende un acta de donación.

SHYLOCK Dadme licencia para irme de aquí.
No estoy bien. Enviadme el acta,
y yo la firmaré.

DUX Márchate, pero hazlo.

GRACIANO Dos padrinos tendrás en el bautizo.
De haber sido yo el juez diez más habrías tenido,
para llevarte a la horca, no a la pila.

Sale SHYLOCK.

DUX Señor, os pido que cenéis conmigo.

PORCIA Con toda humildad solicito disculpa.
Debo salir hoy mismo hacia Padua,
y conviene que parta enseguida.

DUX Lamento que la holganza no os asista.

Antonio, remunera a este caballero,
pues soy de la opinión de que le adeudas mucho.

Sale el DUX y su séquito.

BASSANIO Respetable señor, mi amigo y yo
hemos sido hoy librados por vuestra ciencia
de castigos penosos, a cambio de lo cual
tres mil ducados que al Judío debíamos
de buena gana os damos por las molestias.

ANTONIO Y aún quedamos deudores para siempre
en afecto y asistencia a vos.

PORCIA Bien pagado está el que está satisfecho,
y yo, al liberaros, satisfecho estoy,
y así me considero bien pagado.
Mi alma nunca ha sido más mercenaria.
Conocedme, os ruego, cuando nos reencontremos.
Mis mejores deseos; y así os digo adiós.

BASSANIO Estimado señor, por fuerza he de insistiros.
Tomad algún recuerdo nuestro como tributo,
no como paga. Concededme dos cosas, por favor:
no negármelo, y perdonármelo.

PORCIA Me apremiáis tanto, que voy a transigir.
(A Antonio.) Dadme los guantes. Los llevaré por vos.
(A Bassanio.) Y en prueba de amor os cojo este anillo.
No alejéis la mano. No os cojo nada más,
y vuestro amor no puede negármelo.

BASSANIO ¿Este anillo, señor? Si es una menudencia.
Sentiría vergüenza de dároslo.

PORCIA No acepto otra cosa, solo eso;
y ahora hasta creo que de él me he encaprichado.

BASSANIO Hay más puesto en él de lo que vale.
Os daré el anillo más caro de Venecia,
y lo voy a encontrar con un bando.
En cuanto a este os ruego que me excuséis.

PORCIA Veo que en ofertas sois generoso.
Primero me enseñasteis a pedir, y ahora me enseñáis
cómo hay que responder a un pedigüeño.

BASSANIO Este anillo, señor, me lo entregó mi esposa,
y cuando me lo puso me hizo prometer
que no lo vendería, perdería ni daría.

PORCIA Esa excusa sirve a muchos hombres para ahorrar regalos.
Si vuestra esposa no es una loca
sabrás lo mucho que merezco este anillo,
y no os va a guardar enemistad eterna
por dármelo. Ahora quedad en paz.

Salen PORCIA y NERISSA.

ANTONIO Bassanio, amigo, dale el anillo.
Que mi amor y sus méritos sean valorados
frente al mandamiento de tu esposa.

BASSANIO Sal corriendo, Graciano, y alcánzale.
Dale el anillo, y llévale si puedes
a casa de Antonio. Venga, apresúrate.

Sale GRACIANO.

Vayamos tú y yo hacia allí enseguida,
y mañana temprano volaremos
a Belmont. Vamos, Antonio.

Salen.

ESCENA II

Entran PORCIA y NERISSA, aún disfrazadas.

PORCIA Pregunta dónde vive el Judío, dale el acta,
y que la firme. Esta noche saldremos,
y un día antes que los maridos llegaremos.
Este acta le va a venir muy bien a Lorenzo.

Entra GRACIANO.

GRACIANO Apuesto caballero, qué bien que os alcanzo.
El señor Bassanio, pensándolo dos veces,
os envía este anillo, y os implora
que cenéis con él.

PORCIA No es posible.
Su anillo lo acepto con gratitud,

y así has de decírselo. Otra cosa,
muéstrale a este joven la casa del Judío.

GRACIANO Eso lo hago.

NERISSA Señor, querría hablar con vos.

(Aparte a Porcia.) Voy a ver si le saco el anillo de boda,
que le hice jurar que guardaría siempre.

PORCIA Podrás; y ya verás cómo se quedan rancos de jurarnos
que dieron los anillos a hombres.

Pero nosotras, con más cara que ellos, juraremos más que ellos.

Venga, deprisa. Ya sabes dónde voy a estar.

NERISSA Vamos, mi buen señor, ¿me mostráis esa casa?

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entran LORENZO y JESSICA.

LORENZO La luna resplandece. Una noche igual que esta,
cuando el suave viento con dulzura besaba a los árboles,
que no hacían ruido, en una noche igual
debió de escalar Troilo las murallas de Troya,
y su alma suspiró hacia las tiendas griegas,
donde esa noche Crésida dormía.

JESSICA En una noche igual
Tisbe pisó el rocío trémula,
y al ver antes la sombra que al león,
escapó aterrada.

LORENZO En una noche igual
Dido, con una rama de sauce en la mano
pidió a su amor con señas, en la playa de un mar bravío,
que volviera a Cartago.

JESSICA En una noche igual
cogió Medea las hierbas encantadas
que rejuvenecieron al viejo Esón.

LORENZO En una noche igual
Jessica, a hurtadillas, dejó al rico Judío,
y con un amor pródigo escapó de Venecia
y a parar vino a Belmont.

JESSICA En una noche igual
Lorenzo prometió que la amaba,
y el alma le hurtó con votos de lealtad,
ninguno cierto.

LORENZO En una noche igual
la linda Jessica, como una pécora,
calumnió a su amor, y él se lo perdonó.

JESSICA Yo podría ganarte a noches si no viniera nadie.
Pero escucha, he oído pisadas.

Entra ESTÉFANO, un mensajero.

LORENZO ¿Quién viene tan veloz en la noche callada?

ESTÉFANO Un amigo.

LORENZO ¿Un amigo, qué amigo? Tu nombre, amigo.

ESTÉFANO Estéfano es mi nombre, y el recado traigo
de que antes del alba mi señora
estará aquí en Belmont. Se ha ido entreteniéndose
en las cruces benditas, y ante ellas se arrodilla
pidiendo horas felices de matrimonio.

LORENZO ¿Quién viene con ella?

ESTÉFANO Solo un santo ermitaño, y su doncella.
¿Sabéis si mi señor ha regresado?

LORENZO Aún no, ni de él supimos nada.
Pero entremos ahora, Jessica,
a preparar con toda ceremonia
la bienvenida al ama de la casa.

Entra LANCELOT, el bufón.

LANCELOT ¡Sol la, sol la! ¡Soo, bah, oh! ¡Sol la, sol la!

LORENZO ¿Quién llama?

LANCELOT ¡Sol la! ¿Habéis visto al señorito Lorenzo? ¡Señorito
Lorenzo! ¡Sol la, sol la!

LORENZO Deja de tronar, hombre: ¡aquí!

LANCELOT ¡Sol la! ¿Dónde, dónde?

LORENZO ¡Aquí!

LANCELOT Decidle que ha llegado un correo de parte de mi amo con el cuerno
abundante en buenas noticias. Mi amo estará aquí antes del amanecer.

Sale.

LORENZO Amor, entremos a esperar su llegada.
Aunque no hay razón. ¿Por qué hemos de entrar?
Amigo Estéfano, te pido que anuncies
a los de casa que vuestra ama se acerca,
y haz salir a los músicos al aire libre.

Sale ESTÉFANO.

¡Qué dulce sueño el del rayo de luna en la loma!
Aquí nos sentaremos, y que el son de la música
se cuele en nuestro oído. La quietud y la noche
van al compás de la dulce armonía.
Siéntate, Jessica. Mira el suelo del cielo
bordado de patenas de oro brillante.
Hasta el mínimo astro que contemples,
al girar en su esfera como un ángel canta
en el coro de querubines de ojos niños.
Esa armonía está en almas inmortales,
mas mientras este perecedero traje de barro
burdamente las cubra, no podemos oírla.

Entran los músicos.

Venid, y despertad a Diana con un himno.
Con suaves acentos traspasad el oído de vuestra ama,
y a casa atraedla con música.

Los músicos tocan.

JESSICA Nunca estoy alegre si oigo música suave.

LORENZO La causa es que tu mente está alerta;
observa una manada saltarina y salvaje
o un tropel de potros indómitos,
dando brincos, bramando y relinchando,
como es propio de sangre tan caliente;
si oyen por caso el son de una trompeta,
o alcanza sus oídos el aire de una música,
verás cómo se paran todos juntos,
su mirada feroz ahora sumisa
por el suave poder de la música. Por eso el poeta
inventó que Orfeo árboles atraía, olas y piedras,
ya que nada hay tan áspero, violento y duro
que no altere su ser por la música un momento.
El hombre que no tiene música dentro,
ni se conmueve por el acorde de un suave son,
dado es a traiciones, saqueos y tretas.
El ímpetu de su alma, como la noche, es lúgubre,
y su instinto sombrío como el Erebo.
No se puede confiar en tal hombre. Atiende a la música.

Entran PORCIA y NERISSA sin disfraz.

PORCIA La luz que vemos arde en mi mansión.

Qué lejos lanza esa vela sus rayos.

Así una buena acción brilla en un mundo vil.

NERISSA Mientras brilló la luna no vimos la vela.

PORCIA Porque la mayor gloria apaga la menor.

Un regente reluce como un rey

hasta que hay un rey, y su grandeza entonces

se vacía, como un riachuelo

en las aguas del mar. Músicos, escucha.

NERISSA Señora, son los músicos de casa.

PORCIA Veo que nada es bueno más que en comparación.

Más suave suena ahora que de día.

NERISSA El silencio, señora, le da esa cualidad.

PORCIA Tan suave canta el cuervo como la alondra

si están a solas ambos, y me parece

que si el ruiseñor de día cantase,

mientras graznan los gansos, se diría de él

que no es mejor su música que la del abadejo.

¡Hechas a tiempo, cuántas cosas consiguen, en su tiempo,

justo elogio y perfección auténtica!

¡Ah, silencio! La luna duerme con Endimión,

y no hay que despertarla.

Cesa la música.

LORENZO Esa es la voz, o mucho me equivoco, de Porcia.

PORCIA Me conoce como el ciego conoce al cuco:

por la mala voz.

LORENZO Querida señora, bienvenida a casa.

PORCIA Estuvimos rezando por el bien de nuestros maridos

que esperamos mejorará con nuestras preces.

¿Han regresado?

LORENZO Señora, aún no,

pero vino un emisario por delante

y anunció su llegada.

PORCIA Entra, Nerissa.

Ordena a los sirvientes que no hagan

mención alguna de nuestra ausencia;
tú tampoco, Lorenzo; Jessica, tú tampoco.

Suena una trompeta.

LORENZO Vuestro esposo se acerca. Oigo su trompeta.

No somos chismosos, señora. No temáis.

PORCIA Esta noche la veo como un día enfermo.

Tiene aspecto más pálido. Es un día
igual que el día es cuando se esconde el sol.

*Entran BASSANIO, ANTONIO, GRACIANO
y sus secuaces. GRACIANO y NERISSA
se hablan en silencio.*

BASSANIO Compartiremos día con los Antípodas
si vas a pasear en ausencia del sol.

PORCIA Que me quemen sus rayos, sin que yo arda,
que una mujer ardiente al marido da resquemor,
y eso yo no lo quiero para Bassanio.
Que Dios disponga. Bienvenido a casa, mi señor.

BASSANIO Te lo agradezco, señora. Saluda a mi amigo.
Este es el hombre, este es Antonio,
a quien estoy atado hasta el infinito.

PORCIA Con razón deberías estar muy atado a él,
pues he oído que él se ató mucho por ti.

ANTONIO De todo él se ha librado, igual que yo.

PORCIA Señor, bienvenido sois a nuestra casa.
Y para demostrarlo no solo con palabras
abrevio estos cumplidos de aire.

GRACIANO (A NERISSA.) Por esa luna juro que me difamas.
De verdad, se lo di al pasante del juez.
Por mí que quede eunuco el que lo obtuvo,
ya que lo tomas, amor, tan a pecho.

PORCIA ¿Cómo, una riña, ya? ¿Y por qué?

GRACIANO Por un aro de oro, un mísero anillo
que ella me dio, y cuyo lema era
igual que esos versos de cuchillero
en las navajas: «Quiéreme y no me dejes».

NERISSA ¿Qué hablas tú del lema y del valor?

Me juraste cuando yo te lo di
que habrías de llevarlo hasta el día de morir,
y que contigo reposaría en la tumba.
Si no por mí, por tus vivas promesas,
tendrías que haber sido más cauto, y guardarlo.
¿Al pasante de un juez? No, y Dios lo sabe,
al pasante nunca le saldrá vello en la cara.

GRACIANO Le saldrá si llega a hacerse hombre.

NERISSA Claro, si una mujer llegara a hacerse hombre.

GRACIANO Por esta mano: a un joven se lo di,
una especie de chico, un chiquito canijo
no más alto que tú, el pasante del juez,
un chico charlatán que en pago lo pidió.
No tuve el coraje de negárselo.

PORCIA Eres de reprochar, y te soy franca,
por separarte así del regalo primero de tu esposa,
algo que con promesas te pusiste en el dedo,
clavándolo a tu carne con la lealtad.
Yo le di un anillo a mi amor, y le hice jurar
no separarse nunca de él; y aquí se presenta.
Yo me atrevo a jurar por él que él nunca lo daría
ni del dedo lo arrancararía por todas las riquezas
que tiene el mundo. Y, de verdad, Graciano,
das a tu esposa cruel causa de dolor.
Si me pasara a mí, me pondría furiosa.

BASSANIO (*Aparte.*) Más vale que me corte la mano izquierda
y jure que el anillo lo perdí al defenderlo.

GRACIANO Mi buen señor Bassanio dio su anillo
al juez que lo pidió, y que lo mereció,
eso sí, y después su pasante chico,
que se tomó el trabajo de escribir, pidió el mío,
y ni el señor ni el siervo querían otra cosa
que esos dos anillos.

PORCIA ¿Y qué anillo le diste, caballero?
Espero que no fuese el que yo te entregué.

BASSANIO Si pudiese añadir mentira a la culpa

lo negaría; mas ya ves que en mi dedo
no está el anillo. Ha desaparecido.

PORCIA Como de tu alma falsa se ha ido la verdad.
Por el cielo que no entraré en tu lecho
hasta que vea el anillo.

NERISSA Ni en el tuyo yo
hasta que el mío vuelva a ver.

BASSANIO Dulce Porcia,
si supieras a quién di el anillo,
si supieras por quién di el anillo,
y entendieras por qué di el anillo,
y con cuánta desgana dejé el anillo
cuando no se aceptaba más que el anillo,
tu intenso desagrado mitigarías.

PORCIA Si hubieras sabido el poder del anillo,
o algo de la valía de quien te dio el anillo,
o tu propio deber de guardar el anillo,
no te habrías separado de ese anillo.
Si tú hubieras querido defenderlo
mostrando algo de celo, ¿qué hombre hay
tan poco razonable, tan falto de recato
que exija algo tenido como símbolo?
Nerissa me enseña lo que debo creer.
Mi vida a que el anillo lo obtuvo una mujer.

BASSANIO No, por mi honor, señora, por mi alma,
ninguna mujer fue, sino un doctor en leyes
que rehusó mis tres mil ducados
y suplicó el anillo, que yo le denegué,
y tuve que dejar que se fuese a disgusto
aquel que había protegido la vida
de mi amigo querido. ¿Qué decir, dulce dama?
Obligado me vi a hacérselo llegar,
asaltado por la vergüenza y el decoro.
Mi honor no permitió que tanto le ensuciara
la ingratitud. Perdóname, señora,
pero, por esas lumbres que bendicen la noche,
si allí hubieras estado tú me habrías
suplicado el anillo para dárselo al buen doctor.

PORCIA Que ese doctor no venga por mi casa.

Ya que él obtuvo la joya que yo amaba,
esa que tú juraste guardar por mí,
me haré tan liberal como tú.

Nada le negaré de lo que tengo,
no, ni mi cuerpo, ni el lecho de mi esposo.

Le voy a conocer, estoy segura de eso.

No duermas fuera ni una noche. Vigíame como Argos.

Si no lo haces, si yo me quedo sola,
por mi honor, pues yo aún lo tengo,
que ese doctor me hará compañía en la cama.

NERISSA Y su pasante a mí, así que espabila
si me dejas a mi propio cuidado.

GRACIANO Bien, haz tú eso. Pero que no le coja,
porque entonces desgraciare la pluma del pasante.

ANTONIO Yo soy el infeliz objeto de estas riñas.

PORCIA Señor, no os aflijáis. Pese a todo sois bienvenido.

BASSANIO Porcia, perdóname este agravio forzado,
y ya que me oyen todos estos amigos,
te juro, por esos ojos tuyos tan bellos
en los que yo me veo...

PORCIA ¿Pero os fijáis?

En mis dos ojos doblemente se ve,
uno en cada ojo. Jura por tu ser doble,
y será un juramento con crédito.

BASSANIO No, escúchame.

Perdona este desliz, y por mi alma juro
nunca más quebrantar lo que te juré.

ANTONIO Presté una vez mi cuerpo por su bien.

Y sin aquel que obtuvo de Bassanio el anillo,
se habría malogrado. De nuevo yo me obligo,
con mi alma en prenda, a que vuestro señor
nunca más a sabiendas rompa promesas.

PORCIA Seréis entonces vos su garantía. Dadle esto,
y decid que lo guarde mejor que el otro.

ANTONIO Bassanio, jura aquí guardar este anillo.

BASSANIO ¡Santo cielo, es el mismo que le di al doctor!

PORCIA De él lo obtuve. Perdóname, Bassanio,
pues por este anillo el doctor se acostó conmigo.

NERISSA Y perdóname a mí, gentil Graciano,
porque el niño canijo, el pasante del juez,
a cambio de esto durmió conmigo anoche.

GRACIANO ¡Esto es como limpiar carreteras
en verano, cuando aún se anda bien!
¿Somos cornudos antes de merecerlo?

PORCIA No hables tan vulgarmente. Estáis perplejos.
Aquí hay una carta. Léela con calma.
Viene de Padua, de parte de Belario.
Sabrás por ella que Porcia era el doctor,
y Nerissa el pasante. Lorenzo es testigo
de que partí tan pronto como tú,
y acabo de volver. Aún no he entrado
en mi casa. Antonio, os doy la bienvenida,
y os reservo mejores noticias
de las que imagináis. Abrid pronto esta carta.
Comprobaréis en ella que tres de vuestros barcos
por sorpresa han llegado a puerto, con su carga.
Nunca sabréis por qué extraño accidente
fui a dar con esta carta.

ANTONIO ¡Estoy mudo!

BASSANIO ¿Eras tú el doctor y no te conocí?

GRACIANO ¿Eras tú el pasante que me va a poner cuernos?

NERISSA Sí, pero un pasante que no quiere ponerlos
a menos de que llegue a hacerse hombre.

BASSANIO Mi buen doctor, seréis mi compañero de cama.
Cuando me ausente, con mi esposa dormid.

ANTONIO Mi buena dama, vida me habéis dado y medios de vivir,
pues aquí me aseguran que mis barcos
a salvo están anclados.

PORCIA ¿Y tú, Lorenzo?
Mi pasante tiene también consuelos para ti.

NERISSA Sí, y se los voy a dar sin que me pague.

A Jessica y a ti os hago entrega
de un acta especial por la que el Judío
tras su muerte os da cuanto tenga al morir.

LORENZO Bellas damas, echáis maná al paso
del hambriento.

PORCIA Ya casi amanece,
y, sin embargo, seguro que no estáis
del todo convencidos sobre los hechos. Entremos,
y bajo juramento interrogadnos dentro;
a todo hemos de dar fiel respuesta.

GRACIANO Que así sea. La primera pregunta
a la que mi Nerissa jurará responder
es si a mañana noche esperarí
o va a la cama ya, a dos horas del día.
Pero si llega el día, que sea oscuro quiero,
para en cama pasarlo con el pasante, entero.
Pues mientras tenga vida solo voy a temer
que el aro de Nerissa se me vaya a perder.

Salen.



MUCHO RUIDO Y POCAS NUECES

*versión de
Edmundo Paz Soldán*

Escrita probablemente entre 1598 y 1599. Hay una buena edición en Cuarto de 1600, en la que se basó el texto del Primer Folio de 1623, con correcciones y errores añadidos.



DRAMATIS PERSONAE

DON PEDRO, príncipe de Aragón

BENEDICTO de Padua, señor, compañero de don Pedro

CLAUDIO de Florencia, señor, compañero de don Pedro

BALTASAR, criado de don Pedro, cantante

DON JUAN, hermano bastardo de don Pedro

BORACHIO y CONRADO, compañeros de don Juan

LEONATO, gobernador de Mesina

HERO, hija de Leonato

BEATRIZ, huérfana, sobrina de Leonato

ANTONIO, anciano, hermano de Leonato

MARGARITA y ÚRSULA, doncellas de la servidumbre de Hero

FRAY FRANCISCO, el FRAILE

DOGBERRY, alguacil a cargo de la ronda

VERDES, compañero de Dogberry

Un ESCRIBANO

Ronda

Un MUCHACHO, al servicio de Benedicto

Mensajeros y servidores

Escena: en Mesina, en la casa de Leonato

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran LEONATO, HERO y BEATRIZ, con un mensajero.

LEONATO Me entero por esta carta de que don Pedro de Aragón llega esta noche a Mesina.

MENSAJERO Ya debe de andar muy cerca. Cuando lo dejé, estaba a menos de tres leguas.

LEONATO ¿Cuántos caballeros han perdido ustedes en la campaña?

MENSAJERO Pocos de cierto rango, ninguno de renombre.

LEONATO Una victoria vale el doble si el vencedor regresa a casa entero. Descubro aquí que don Pedro ha llenado de honores a un joven florentino llamado Claudio.

MENSAJERO Muy merecido por su parte, y justamente recompensado por don Pedro. Se ha mostrado superior a lo que su edad prometía, y bajo apariencia de cordero ha hecho hazañas de león. En efecto, ha superado tanto las expectativas que no espere usted que le cuente cómo lo hizo.

LEONATO Tiene un tío aquí en Mesina, que se alegrará mucho.

MENSAJERO Ya le he entregado unas cartas, y parecía muy feliz. Tanto, que su gozo no pudo mostrarse con la debida moderación, sin una marca de tristeza.

LEONATO ¿Rompió a llorar?

MENSAJERO En abundancia.

LEONATO Un natural desborde de ternura. No hay rostros más sinceros que los bañados en llanto. ¡Cuánto mejor es llorar de alegría que alegrarse del llanto!

BEATRIZ Le ruego, ¿ha regresado el señor Montanto de la guerra?

MENSAJERO No conozco a nadie con ese nombre, señorita. No había nadie llamado así en el ejército, de ningún rango.

LEONATO ¿Por quién preguntas, sobrina?

HERO Mi prima se refiere al señor Benedicto de Padua.

MENSAJERO Oh, sí que ha vuelto, tan divertido como siempre.

BEATRIZ Fijó un cartel aquí, en Mesina, desafiando a Cupido al arco; el bufón de mi tío leyó el reto y lo aceptó en nombre de Cupido, desafiándolo a la saetilla de cazar gorriones. Dime, ¿cuántos ha matado y comido en estas guerras? ¿Cuántos ha abatido tan solo? Porque, en verdad, yo prometí comerme todos los que él matara.

LEONATO A fe, sobrina, abusas mucho del señor Benedicto. Pero él se vengará, no lo dudo.

MENSAJERO Señorita, él ha prestado buen servicio en estas guerras.

BEATRIZ Tendrían víveres rancios, y los ayudó a comerlos. Come con gran coraje, y tiene un estómago excelente.

MENSAJERO También es un buen soldado, señorita.

BEATRIZ Podrá serlo para una dama, pero ¿qué es frente a un caballero?

MENSAJERO Caballero para el caballero, hombre para el hombre, lleno de virtudes honrosas.

BEATRIZ Eso es, en efecto. No más que un hombre lleno. En cuanto a lleno de qué está... Bien, todos somos mortales.

LEONATO Señor, no malentienda a mi sobrina. Hay una suerte de guerra alegre entre ella y el señor Benedicto. Jamás se encuentran sin librar una escaramuza de ingenios.

BEATRIZ Ay, en esta él nunca gana nada. En nuestra última contienda, terminó con cuatro de sus cinco facultades mentales dañadas, y ahora solo le queda una para gobernarse. De modo que, si tiene el más mínimo sentido común, ojalá que lo muestre y así se distinga de su caballo, pues es el único atributo que le queda para pasar por criatura razonable. ¿Quién es su compañero ahora? Cada mes aparece con un nuevo hermano jurado.

MENSAJERO ¿Es posible?

BEATRIZ Muy posible. Su lealtad es tan voluble como el estilo de su sombrero; varía con cada moda.

MENSAJERO Veo, señorita, que el caballero no está en sus libros.

BEATRIZ No. Y si lo estuviera, quemaría mi estudio. Pero le ruego que me diga, ¿quién es su compañero? ¿No hay ahora acaso algún joven discutidor que quiera hacer con él un viaje a los infiernos?

MENSAJERO Está casi siempre en compañía del muy noble Claudio.

BEATRIZ Dios mío, se pegará a él como una enfermedad. Se contagia con más

rapidez que la plaga, y la víctima enloquece al punto. Dios ayude al noble Claudio. Si agarró la enfermedad Benedicto, curarse le costará mil libras.

MENSAJERO Más vale ser amigo suyo, señorita.

BEATRIZ Séalo, buen amigo.

LEONATO Tú nunca te enfermarás, sobrina.

BEATRIZ No mientras no haga calor en enero.

MENSAJERO Don Pedro se acerca.

*Entran DON PEDRO, CLAUDIO, BENEDICTO, BALTASAR
y el bastardo DON JUAN.*

DON PEDRO Buen señor Leonato, ¿ha salido en busca de problemas? La costumbre del mundo es evitar gastos, y usted va en busca de ellos.

LEONATO Nunca llegó a mi casa un problema en figura de Su Gracia. Cuando el problema se va, el bienestar se queda, pero cuando usted se va de aquí, la tristeza permanece y la felicidad me abandona.

DON PEDRO Acepta su carga muy dispuesto. Supongo que ella es su hija.

LEONATO Su madre me dijo eso muchas veces.

BENEDICTO ¿Dudaba de ello, señor, que tuvo que preguntárselo?

LEONATO No, señor Benedicto, porque entonces usted era un niño.

DON PEDRO Bien pagado, Benedicto. Adivinamos por esto lo que es usted, siendo un hombre. En verdad, la hija se parece a su padre. Alégrese, señorita, que se parece usted a un padre honrado.

BENEDICTO Si el señor Leonato es su padre, no creo que ella quiera llevar la cabeza de él sobre sus hombros por toda Mesina, por mucho que se le parezca.

BEATRIZ Me asombra que sigas hablando, Benedicto. Nadie repara en ti.

BENEDICTO ¡Cómo, cara señorita Desdén! ¿Todavía sigues viva?

BEATRIZ ¿Es posible que muera el desdén mientras haya para ella tanto buen alimento como el señor Benedicto? La cortesía misma se volvería desdén en presencia tuya.

BENEDICTO Entonces la cortesía es una traidora. Pero es cierto que todas las damas se enamoran de mí, excepto tú. Y ojalá mi corazón me dijera que mi corazón no es tan duro, porque en verdad no amo a ninguna.

BEATRIZ Qué gran felicidad para las mujeres. De otro modo, serían importunadas

por un fastidioso. Gracias a Dios y a mi sangre fría que soy parecida a ti. Prefiero escuchar a un perro ladrando a un cuervo que a un hombre jurando que me ama.

BENEDICTO Dios te mantenga igual. Así alguno que otro caballero se libraré de la inevitable cara arañada.

BEATRIZ No hay arañazo capaz de empeorar una cara como la tuya.

BENEDICTO Vaya, eres una extraordinaria adiestraloros.

BEATRIZ Más vale un ave con mi lengua que una bestia con la tuya.

BENEDICTO Ojalá mi caballo tuviera la velocidad de tu lengua, y mantuviese tan bien el aliento. Pero sigue, en nombre de Dios. Yo ya terminé.

BEATRIZ Siempre terminas como un caballo mal entrenado. Te conozco desde hace mucho.

DON PEDRO Esto lo resume todo, Leonato. Señores Claudio y Benedicto, mi querido amigo Leonato los ha invitado. Le dije que nos quedaremos aquí por lo menos un mes, y él ruega de corazón que algún acontecimiento nos retenga más tiempo. Me atrevo a jurar que no es un hipócrita y lo desea de verdad.

LEONATO Si jura, señor, no lo hará en falso. (A DON JUAN.) Déjeme darle la bienvenida, señor. Habiéndose reconciliado con su hermano el príncipe, le debo mi atención.

DON JUAN Gracias. No soy de muchas palabras, pero le agradezco.

LEONATO (A DON PEDRO.) Por favor, Su Gracia, pase primero.

DON PEDRO Su mano, Leonato. Pasaremos juntos.

Salen todos menos BENEDICTO y CLAUDIO.

CLAUDIO Benedicto, ¿te fijaste en la hija del señor Leonato?

BENEDICTO No me fijé en ella, pero la miré.

CLAUDIO ¿No es una joven virtuosa?

BENEDICTO ¿Me lo preguntas como hombre honrado, por mi opinión sencilla y verdadera, o preferirías que hable como acostumbro, enemigo declarado de su sexo?

CLAUDIO No, te ruego que digas tu opinión más cuerda.

BENEDICTO Pues, a fe mía, me parece que es muy baja para un alto elogio, muy morena para un elogio claro, y muy pequeña para un gran elogio. Solo

puedo alabarla así: si no fuera la que es, sería fea, y no siendo sino la que es, no me gusta.

CLAUDIO Piensas que estoy bromeando. Por favor, dime con franqueza qué te parece.

BENEDICTO ¿La quieres comprar, que preguntas tanto por ella?

CLAUDIO ¿Puede el mundo comprar semejante joya?

BENEDICTO Sí, y con un estuche para guardarla. Pero dime, ¿hablas en serio, o te haces Jack el burlón, para contarnos que Cupido es buen cazador de liebres y Vulcano un carpintero excelente? Vamos, ¿en qué clave hay que cantar para afinar contigo?

CLAUDIO A mis ojos, es la dama más dulce que he visto nunca.

BENEDICTO Todavía no necesito anteojos, y no veo semejante cosa. Está su prima, que si no fuese presa de la cólera, la superaría en hermosura tanto como el primero de mayo al último de diciembre. Pero no querrás convertirte en esposo. ¿O sí?

CLAUDIO No confiaría mucho en mí, aunque he jurado lo contrario, si Hero quisiera ser mi esposa.

BENEDICTO ¿Esas tenemos? Caramba, ¿no hay hombre en el mundo que no quiera llevar su gorra de modo sospechoso? ¿No podré nunca ver un soltero sesentón? Continúa, a fe, y pondrás tu cuello al yugo, ostentarás la marca y te pasarás los domingos suspirando. Mira, don Pedro ha vuelto a buscarte.

Entra DON PEDRO.

DON PEDRO ¿Qué secreto los demora, que no entran a casa de Leonato?

BENEDICTO Quisiera que Su Gracia me obligara a hablar.

DON PEDRO Te lo ordeno, por la obediencia que me debes.

BENEDICTO ¿Oyes, conde Claudio? Puedo guardar un secreto como un mudo, espero que no lo dudes. Pero la obediencia, fíjate en eso, la obediencia... Está enamorado. ¿De quién? Esa parte le correspondía a Su Gracia. Note cuán corta es mi respuesta: de Hero, la hija bajita de Leonato.

CLAUDIO Si así fuera, así se diría.

BENEDICTO Como en el viejo cuento, mi señor... «ni es así ni fue así, pero, en verdad, que Dios prohíba que así sea».

CLAUDIO Si mi pasión no cambia pronto, Dios prohíba que sea de otro modo.

DON PEDRO Amén, si la amas, que la dama es digna de ello.

CLAUDIO Habla así para engañarme, mi señor.

DON PEDRO Por mi honor que digo lo que pienso.

CLAUDIO Y por mi fe, señor, que yo hago lo mismo.

BENEDICTO Y por mi doble fe y honor, señor mío, que lo mismo hago yo.

CLAUDIO Que la amo es lo que siento.

DON PEDRO Que es digna de ello es lo que yo sé.

BENEDICTO Yo ni concibo cómo habría que amarla, ni sé cómo será digna de ello; tal es mi opinión, y ni el fuego podría doblegarla. Moriré por ella en la hoguera.

DON PEDRO Tú siempre fuiste un hereje obstinado en despreciar la belleza.

CLAUDIO Y solo puede mantener sus argumentos por la fuerza de su terquedad.

BENEDICTO De que una mujer me concibiera, estoy agradecido. De que me haya criado, también doy las gracias más humildes. Pero que las mujeres me perdonen si llevo en la frente un cuerno de montería, o si mi corneta cuelga de un cinturón invisible. Como no quiero hacerles la injusticia de desconfiar de una de ellas, prefiero ser justo conmigo y no confiar en ninguna. Y la fina conclusión es, y gracias a ello me vestiré más fino, que viviré soltero.

DON PEDRO Antes de que muera te veré pálido de amor.

BENEDICTO Pálido de furia, de enfermedad o de hambre, mi señor, pero no de amor. Si prueba que yo pierdo más sangre con el amor que la que puedo recobrar con la bebida, sáqueme los ojos con la pluma de un coplero o cuélgüeme de la puerta de un burdel en vez del cartel del ciego Cupido.

DON PEDRO Bien, si alguna vez quebrantas el juramento, serás tema de conversación.

BENEDICTO Si lo hago, pónganme en una cesta como a un gato, y tiren al blanco sobre mí; al que acierte, denle una palmada en el hombro y llámenlo Adán.

DON PEDRO Bien, el tiempo lo dirá. «Tiempo llegará en que el toro salvaje lleve el yugo.»

BENEDICTO Podrá llevarlo el toro salvaje, pero si alguna vez lo lleva el sensible Benedicto, quítenle los cuernos al toro, pónganlos en mi frente, píntenme de lo peor y, así como se suele escribir en grandes letras «Se alquila este

buen caballo», escriban bajo mi efigie «Vean aquí a Benedicto, el casado».

CLAUDIO Si llega la ocasión serás un cornudo furioso.

DON PEDRO No. Si Cupido no ha gastado toda su aljaba en Venecia, muy pronto temblarás.

BENEDICTO Antes habrá un terremoto.

DON PEDRO Bien, te ablandarás con el tiempo. Mientras tanto, buen señor Benedicto, ve a casa de Leonato, salúdalo en mi nombre y dile que no faltaré a la cena, pues ha hecho grandes preparativos.

BENEDICTO Tengo casi el seso necesario para cumplir el pedido. Y me comprometo a hacerlo.

CLAUDIO «A la protección de Dios. De mi casa, si la tuviese...»

DON PEDRO «A seis de julio. Su amigo afectísimo, Benedicto.»

BENEDICTO No, no se burlen, no se burlen. También la tela de su discurso está adornada de retazos, y esos adornos están mal cosidos. Antes de burlarse de mis viejas fórmulas, examinen su conciencia. Los dejo.

Sale.

CLAUDIO Mi soberano, ahora podría Su Alteza hacerme un favor.

DON PEDRO Mi afecto es tuyo para enseñar. Enséñale y verás cuán apto es para aprender cualquier lección difícil que pueda ayudarte.

CLAUDIO ¿Mi señor, tiene Leonato algún hijo?

DON PEDRO Solo tiene a Hero, su única heredera.

¿La amas, Claudio?

CLAUDIO Oh, mi señor,

cuando usted marchó a esta última guerra
la contemplé con ojos de soldado;
y me gustó, mas tenía en manos una labor muy dura
para dejar que mi gusto tras el amor corriese.
He regresado ahora, y los pensamientos de guerra
han dejado sus sitios vacantes, y a ellos
acuden en tropel deseos suaves, delicados,
a decirme cuán hermosa es la joven Hero,
y cuánto me gustaba antes ya de ir al combate.

DON PEDRO Pronto serás como un enamorado:

cansarás al que te oiga con tus discursos manidos.

Si amas a la bella Hero, cultívalo,
que yo hablaré con ella y con su padre,
y será tuya. ¿No fue con ese fin
que empezaste a hilar esta linda historia?

CLAUDIO ¡Cuán dulcemente cura el amor usted,
que reconoce el mal por su fisonomía!
Para que mi afecto no parezca repentino,
lo quise suavizar con un discurso más largo.

DON PEDRO ¿Qué falta hace un puente más ancho que el río?
El mejor regalo es el necesario.
Busca todo lo que sirva. En breve: tú amas,
y yo te equiparé con el remedio.
Esta noche habrá un baile de máscaras.
Yo me haré pasar por ti con algún disfraz,
y le diré a la bella Hero que soy Claudio.
Y en su pecho abriré mi corazón
y con el poder y el fuerte ataque
de mi relato amoroso haré a su oído prisionero.
Después se lo diré a su padre,
y como conclusión será tuya.
Pongámoslo en práctica de una vez.

Salen.

ESCENA II

*Entran LEONATO y ANTONIO,
un anciano hermano de Leonato,
por distintos lados.*

LEONATO ¿Qué hay, hermano, dónde está mi sobrino, tu hijo? ¿Ha encargado él esta música?

ANTONIO Se está ocupando de ello. Pero hermano, tengo extrañas nuevas que ni soñar pudieras.

LEONATO ¿Son buenas?

ANTONIO Tan buenas como el resultado lo marque. Pero la portada es buena, se ven bien desde afuera. El príncipe y el conde Claudio caminaban en mi jardín, por una avenida rodeada de árboles con ramas entretejidas y espesas, cuando uno de mis criados oyó lo siguiente: el príncipe le reveló a Claudio

que amaba a mi sobrina, tu hija, que se le iba a declarar esta noche, y que si ella estaba de acuerdo él agarraría la ocasión por los pelos e inmediatamente te pondría al tanto.

LEONATO ¿Es juicioso el criado que te contó esto?

ANTONIO Es un muchacho excelente. Lo haré llamar para que lo interrogues tú.

LEONATO No, no. Tomaremos esto como un sueño hasta que se manifieste por sí mismo. Pero informaré a mi hija, para que, si por ventura es cierto, tenga una respuesta preparada. Ve y díselo tú. (*Entran sirvientes.*) Ustedes ya saben lo que tienen que hacer. Oh, te pido perdón, amigo. Ven conmigo, que necesito de tu talento. Ten cuidado, querido primo, que son momentos de mucho ajetreo.

ESCENA III

*Entran DON JUAN el bastardo y CONRADO,
su compañero.*

CONRADO ¿Qué pasa, mi señor? ¿Por qué esa tristeza sin medida?

DON JUAN No hay medida en el asunto que la causa, por eso la tristeza no tiene límite.

CONRADO Deberías escuchar a la razón.

DON JUAN Aun cuando la escuche, ¿qué bendiciones me dará?

CONRADO Si no remedio inmediato, al menos resignación paciente.

DON JUAN Me asombra que tú, nacido como dices bajo el signo de Saturno, quieras ponerle remedio moral a una enfermedad mortal. No puedo ocultar lo que soy. Estoy triste si hay una causa, y no sonrío a ninguna broma; como cuando tengo hambre, y no espero a la comodidad de nadie; duermo cuando me marea el cansancio y no atiendo negocios ajenos; río si estoy alegre y no actúo según el humor de los otros.

CONRADO Sí, pero no debieras demostrarlo del todo mientras no lo puedas hacer sin restricción alguna. Recientemente te has rebelado contra tu hermano, y él de nuevo te ha acogido en su gracia. No podrás echar raíces en ella si no creas tú mismo un buen clima. Tienes que aprovechar la estación para obtener buena cosecha.

DON JUAN Prefiero ser hierba mala en un zarzal que una rosa cultivada bajo su gracia, y sienta más a mi temperamento ser desdeñado por todos que fingir

una conducta para robar el afecto de uno. En esto, si bien no puede decirse que soy un honrado adulador, no se puede negar que soy un villano franco. Confían en mí poniéndome un bozal y me dan una libertad con trabas. De modo que he decidido no cantar en mi jaula. Si tuviese la boca libre, mordería. Si tuviese libertad, haría lo que se me antojara. Mientras tanto, déjame ser como soy y no trates de cambiarme.

CONRADO ¿No puedes sacar partido de tu descontento?

DON JUAN Todo el partido posible, porque es mi único partido. ¿Quién viene aquí?
(*Entra BORACHIO.*) ¿Qué hay de nuevo, Borachio?

BORACHIO Vengo de allá de una gran cena. Leonato está festejando como un rey a tu hermano el príncipe, y te puedo dar razón de un matrimonio en ciernes.

DON JUAN ¿Servirá acaso como plano para construir algún infortunio? ¿Quién es el tonto que voluntariamente se casa con la inquietud?

BORACHIO Por la Virgen María, es el brazo derecho de tu hermano.

DON JUAN ¿Quién? ¿Claudio, el exquisito?

BORACHIO El mismo.

DON JUAN Un buen mozo. ¿Y con quién, con quién? ¿En quién se ha fijado?

BORACHIO Por María, en Hero, la hija y heredera de Leonato.

DON JUAN Una polluela precoz. ¿Cómo te enteraste?

BORACHIO Fui contratado como sahumador y, mientras estaba perfumando una habitación mal aireada, vi llegar al príncipe y a Claudio del brazo, enfrascados en charla seria. Me escondí detrás de un tapiz, y ahí oí que acordaban que el príncipe cortejaría a Hero por su cuenta, y que, una vez conseguida, se la daría al conde Claudio.

DON JUAN Vengan, vengan, vamos allá. Esto puede ser alimento para mi odio. Ese joven advenedizo recoge toda la gloria de mi caída. Si puedo obstaculizarle el camino, bendeciré todos los caminos que haya. Cuento con ustedes; ¿me ayudarán?

CONRADO Hasta la muerte, mi señor.

DON JUAN Vamos a la gran cena. Desde mi caída están más alegres. ¡Si el cocinero pensara igual que yo! ¿Vamos a ver qué puede hacerse?

BORACHIO Estamos a la disposición de Su Señoría.

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

*Entran LEONATO, su hermano (ANTONIO), su hija HERO,
su sobrina (BEATRIZ, MARGARITA y ÚRSULA).*

LEONATO ¿No estaba aquí a cenar el conde Juan?

ANTONIO Yo no lo he visto.

BEATRIZ Cuán amargado se ve ese caballero. Nunca puedo verlo sin que a la hora me dé acidez de estómago.

HERO Es de temperamento melancólico.

BEATRIZ Quien estuviera en el punto medio entre él y Benedicto sería un hombre perfecto. Uno es como una estatua y no habla nada, el otro como el hijo mayor de mi dama, un gárrulo incesante.

LEONATO Así pues, media lengua del señor Benedicto en la boca del conde Juan, y la mitad de la melancolía del conde Juan en la cara del señor Benedicto...

BEATRIZ Con una buena pierna y un buen pie, tío, y suficiente dinero en la bolsa, ese hombre conquistaría a cualquier mujer del mundo, si pudiera lograr su buena voluntad.

LEONATO Por mi honor, sobrina, que con esa lengua maligna tú nunca conseguirás marido.

ANTONIO Por cierto que es muy perversa.

BEATRIZ Muy perversa es más que perversa. Así evitaré una bendición de Dios, pues se dice que «A la vaca perversa Dios le da cuernos cortos», pero a la vaca muy perversa no le da cuerno alguno.

LEONATO Muy perversa como eres, entonces Dios no te dará ningún cuerno.

BEATRIZ Cierto, si no me da marido, bendición por la cual me arrodillo a él todas las mañanas y las noches. Señor, no podría soportar un marido barbudo. Preferiría acostarme entre frazadas de lana.

LEONATO Te podría tocar uno sin barba.

BEATRIZ ¿Qué haría con él? ¿Vestirlo con mis ropas y que me hiciese de doncella? El que tiene barba ya no es joven, y el que no tiene barba es menos que un hombre; el que ya no es joven no es para mí, y yo no soy para el que es

menos que un hombre. Prefiero pues recibir seis peniques como adelanto del cuidador de osos, y conducir sus monos al infierno.

LEONATO Bien, entonces, ¿irás al infierno?

BEATRIZ No, solo a la puerta, y allí el diablo me saldrá al paso con cuernos en la cabeza, como un viejo cornudo, y me dirá: «Anda al cielo, Beatriz, anda al cielo. Este no es lugar para doncellas». Entonces le entregaré mis monos e iré al cielo en busca de san Pedro. Él me mostrará dónde se sientan los solterones, y allí viviremos tan dichosos como largo es el día.

ANTONIO (A HERO.) Bien, sobrina, confío en que te guíe tu padre.

BEATRIZ Sí, a fe, es el deber de mi prima hacer una reverencia y decir: «Padre, lo que te plazca». Pero, sobre todo, prima, que sea buen mozo, o de lo contrario haz otra reverencia y di: «Padre, como me plazca a mí».

LEONATO Bien, sobrina, espero verte algún día provista de esposo.

BEATRIZ No hasta que Dios haga hombres de una sustancia distinta del barro. ¿No debería lamentar una mujer que la domine un puñado de polvo gallardo? ¿O rendir cuentas de su vida a un terrón de arcilla pervertida? No, tío, no quiero a ninguno. Los hijos de Adán son mis hermanos, y realmente me parece un pecado casarme con alguien de la familia.

LEONATO (A HERO.) Hija, recuerda lo que te dije. Si el príncipe te solicita en ese sentido, ya sabes la respuesta.

BEATRIZ La culpa será de la música, prima, si no eres cortejada a su debido tiempo. Si el príncipe es muy inoportuno, dile que todo tiene su medida y en vez de responderle, baila. Porque escúchame, Hero: enamorarse, casarse y arrepentirse son como una giga escocesa, un minué y una zarabanda. El primer galanteo es ardiente y rápido como una giga e igual de fantástico; el casamiento es formal y pudoroso como un minué, lleno de pompa y etiqueta. Después viene el arrepentimiento, y con sus piernas torpes baila la zarabanda más y más deprisa hasta que se hunde en la tumba.

LEONATO Sobrina, lo entiendes con algo más que astucia.

BEATRIZ Tengo buen ojo, tío. Puedo ver una iglesia a plena luz del día.

LEONATO Las máscaras están entrando, hermano. Hagámosles lugar.

*Entran DON PEDRO el príncipe, CLAUDIO, BENEDICTO
y BALTASAR, enmascarados, y DON JUAN y BORACHIO,
con un tambor.*

DON PEDRO (A HERO.) Señorita, ¿daría usted una vuelta con un amigo?

HERO Si camina despacio, mira con dulzura y no dice nada, daré una vuelta con usted; especialmente si se trata de dar una vuelta larga.

DON PEDRO ¿Conmigo de compañía?

HERO Ya se lo diré cuando me plazca.

DON PEDRO ¿Y cuándo le placirá?

HERO Cuando me agrade su cara, pues Dios prohíba que sea tan poco atractiva como su máscara.

DON PEDRO Mi careta es el tejado de Filemón. En la choza se encuentra Júpiter.

HERO Pues entonces, la careta debería estar techada de paja.

DON PEDRO Hable bajo si usted habla de amor.

Se retiran.

BALTASAR (A MARGARITA.) Bien, me agradecería gustarle.

MARGARITA A mí no, por su bien, pues tengo muchos defectos.

BALTASAR Dígame alguno.

MARGARITA Rezo en voz alta.

BALTASAR Me gusta aún más. Quienes la escuchen podrán decir amén.

MARGARITA Dios me reúne con un buen bailarín.

BALTASAR Amén.

MARGARITA Y Dios lo aparte de mí cuando termine el baile. Responda, sacristán.

BALTASAR Ni una palabra. El sacristán ya tiene su respuesta.

Se retiran.

ÚRSULA (A ANTONIO.) Lo conozco a usted muy bien. Es el señor Antonio.

ANTONIO En pocas palabras, no lo soy.

ÚRSULA Lo reconozco por la forma de mover la cabeza.

ANTONIO Para serle sincero, es que lo imito.

ÚRSULA No podría imitar tan bien sus defectos a menos que fuera él mismo. He aquí su mano arrugada de arriba abajo. Es él, es él.

ANTONIO En pocas palabras, no lo soy.

ÚRSULA Vamos, vamos, ¿piensa que no lo reconozco por la excelencia de su

ingenio? ¿Puede el mérito disimularse? Vamos, cálese, usted es él. Las gracias aparecen siempre, y eso es todo.

Se dirigen a un lado.

BEATRIZ (A BENEDICTO.) ¿No me dirá quién se lo dijo?

BENEDICTO Perdóneme, pero no.

BEATRIZ ¿Tampoco me dirá quién es usted?

BENEDICTO Ahora no.

BEATRIZ Que era desdeñosa, y que mis mejores agudezas las saqué de los *Cien cuentos alegres...*, bueno, fue el señor Benedicto quien dijo eso.

BENEDICTO ¿Quién es él?

BEATRIZ Estoy segura de que lo conoce muy bien.

BENEDICTO Créame que no.

BEATRIZ ¿Nunca lo hizo reír?

BENEDICTO Se lo ruego, ¿quién es ese hombre?

BEATRIZ El gracioso del príncipe, un bufón de lo más soso. Su único don es inventar calumnias increíbles. Solo los libertinos se deleitan con él, y los aplausos no se deben a su ingenio sino a su torpeza, porque divierte a los hombres y a la vez los enoja, y terminan riéndose de él y golpeándolo. Estoy segura de que ha venido en esta flota. Me hubiera gustado que me abordara.

BENEDICTO Cuando conozca a ese caballero, le contaré lo que dice de él.

BEATRIZ Hágalo, hágalo. Él hará una o dos bromas a mi costa, y si acaso no repara usted en ellas, o no se ríe, se pondrá melancólico; y entonces habrá un ala más de perdiz, pues esa noche el tonto no cenará. (*Música.*) Sigamos a los que nos preceden.

BENEDICTO En lo que sea bueno.

BEATRIZ Bah. Si me llevan a algo malo los dejo en la primera vuelta.

*Baile. Salen todos, menos DON JUAN,
BORACHIO y CLAUDIO.*

DON JUAN (*Aparte, a BORACHIO.*) Sin duda mi hermano está enamorado de Hero, y ha llamado aparte a su padre para decírselo. Las damas la siguen, y solo queda una máscara.

BORACHIO (*Aparte, a DON JUAN.*) Es Claudio. Lo reconozco por su porte.

DON JUAN ¿No es usted el señor Benedicto?

CLAUDIO Me conoce bien. Soy él.

DON JUAN Señor, usted es un querido amigo de mi hermano. Él está enamorado de Hero. Le ruego que lo disuada. Ella no es de cuna igual a la suya. En este asunto usted puede hacer de hombre honrado.

CLAUDIO ¿Cómo sabe que la ama?

DON JUAN Lo escuché jurarle amor.

BORACHIO Yo también. Juró que se casaría con ella esta noche.

DON JUAN Vengan, vamos al banquete

Salen todos excepto CLAUDIO.

CLAUDIO He respondido como Benedicto
mas oí malas nuevas como Claudio.
Es cierto, el príncipe la corteja para sí.
La amistad suele ser constante en todo
salvo en el oficio y los negocios del amor.
Que cada corazón enamorado use su lengua,
que cada ojo trate por cuenta propia,
sin fiarse en mediador; pues la belleza es una bruja
cuyos encantos tornan lealtad en pasión.
Este accidente se comprueba a cada hora,
y yo no lo sospeché. Adiós, Hero, pues.

Entra BENEDICTO.

BENEDICTO ¿Conde Claudio?

CLAUDIO Sí, el mismo.

BENEDICTO Vamos, ¿vienes conmigo?

CLAUDIO ¿Adónde?

BENEDICTO Hasta el sauce más próximo, para hablar de tu asunto, conde. ¿Cómo quieres llevar la guirnalda? ¿En el cuello, como la cadena un usurero? ¿O bajo tu brazo, como un teniente la banda? De alguna forma debes llevarla, porque el príncipe ha conquistado a tu Hero.

CLAUDIO Que sea feliz con ella.

BENEDICTO ¿Cómo? Eso es hablar como un buen ganadero; así se venden los

bueyes. ¿De verdad pensaste que el príncipe te habría hecho algo así?

CLAUDIO Te ruego que me dejes.

BENEDICTO Ep, ahora atacas como un ciego: el lazarillo te roba la comida, y tú a darle de golpes al poste.

CLAUDIO Si no te vas, me iré yo.

Sale.

BENEDICTO Ay, pobre pollo lastimado, ahora irá a lamerse las heridas. ¡Pero que mi señora Beatriz me conozca y no me conozca! ¡El bufón del príncipe! Ja, tal vez me dio ese título porque soy alegre. Sí, pero también porque soy bueno para equivocarme. Yo no tengo esa reputación. Es la baja pero sarcástica condición de Beatriz la que toma al mundo por su persona, y me define así. Bien, me vengaré como pueda.

Entra el príncipe DON PEDRO.

DON PEDRO Dime, señor, ¿dónde está el conde? ¿Lo has visto?

BENEDICTO En verdad, señor, que he hecho el papel de señora Fama. Lo encontré aquí tan melancólico como una madriguera en un conejar. Le dije, y creo que es la verdad, que Su Gracia había logrado la buena voluntad de esa joven dama, y le ofrecí acompañarlo a un sauce para hacerle una guirnalda, como amante abandonado, o para atarlo a un haz de varas, como quien va a recibir azotes.

DON PEDRO ¿Azotes? ¿Qué falta ha cometido?

BENEDICTO La estúpida transgresión de un colegial que, emocionado porque encontró el nido de un pájaro, se lo muestra a su compañero, quien se lo roba.

DON PEDRO ¿Dirás que una prueba de confianza es transgresión? La transgresión es del que roba.

BENEDICTO Sin embargo, no hubiera estado de más preparar el haz de varas, y también la guirnalda, pues él podría haber llevado la guirnalda, y dejado las varas para usted, que al parecer le ha robado el nido y los pájaros.

DON PEDRO Solo les enseñaré a cantar, y luego se los devolveré a su dueño.

BENEDICTO Si su canto responde a sus palabras, a fe que habla usted honradamente.

DON PEDRO La señora Beatriz tiene una disputa contigo. Al caballero que bailó con ella le dijo que la ofendes mucho.

BENEDICTO Oh, es ella la que abusa de mí de un modo que no lo aguantaría un tarugo. Hasta un roble con una sola hoja verde le habría contestado. Mi propia careta comenzó a animarse y a reñirla. Me dijo, sin saber con quién hablaba, que yo era un bufón del príncipe, que era más tedioso que un gran deshielo, y acumulaba sobre mí burla tras burla con tan increíble rapidez que parecía servir de blanco a todo un ejército. Ella habla con puñales, y cada palabra es una cuchillada. Si su aliento fuera tan terrible como sus expresiones, no se podría vivir cerca suyo; infectaría la estrella Polar misma. No me casaría con ella aunque tuviera todos los dones de Adán antes del primer pecado. Esa mujer habría obligado a Hércules a dar vueltas al asador, sí, y también a hacer astillas su garrote para encender el fuego. Vamos, no hablemos de ella. Ya la verá usted como una infernal. Até muy bien vestida. Por Dios, bueno sería que algún sabio la sometiera a conjuro, porque mientras ella esté en la tierra, el hombre encontrará en el infierno tanta paz como en un santuario y la gente pecará adrede para ir allá cuanto antes. De veras, todo desasosiego, horror y perturbación van tras ella.

Entran CLAUDIO y BEATRIZ, y LEONATO con HERO.

DON PEDRO Mira, aquí viene.

BENEDICTO ¿Podría Su Gracia ordenarme algún recado para el fin del mundo? Iré a las Antípodas con el cometido menos importante que se le ocurra. Le traeré un escarbadietes del confín más lejano de Asia, la medida del pie del Preste Juan de las Indias, un pelo de la barba del gran Kan. Puedo oficiar cualquier embajada a los pigmeos. Cualquier cosa antes que cruzar tres palabras con esa arpía. ¿No tiene ningún trabajo para mí?

DON PEDRO Ninguno, salvo desear tu buena compañía.

BENEDICTO Por Dios, señor, este plato que no me gusta. A mi Señora Lengua no la trago.

Sale.

DON PEDRO Vamos, señora, vamos, ha perdido el corazón del señor Benedicto.

BEATRIZ Así es, señor, me lo prestó por un rato, y como interés, le di un corazón doble por el suyo, que es sencillo. Y vaya, en otra ocasión me lo ganó con dados falsos. Por ello Su Gracia puede bien decir que lo perdí.

DON PEDRO Lo ha humillado, señora, lo tiene debajo.

BEATRIZ Para evitar que él haga lo mismo conmigo, mi señor, a menos que sea yo la madre de todas las tontas. Aquí le traigo al conde Claudio, a quien me mandó buscar.

DON PEDRO ¿Y ahora qué pasa, conde, por qué estás triste?

CLAUDIO Triste no, mi señor.

DON PEDRO ¿Enfermo entonces?

CLAUDIO Tampoco, mi señor.

BEATRIZ El conde no está ni triste ni enfermo, ni alegre ni bien, sino serio como un conde, sobrio como una naranja de Sevilla, y con algo de su celoso color.

DON PEDRO Señora, creo que su descripción es certera, aunque juro que si está así su recelo es infundado. Mira, Claudio, he cortejado en tu nombre a la bella Hero, y la he conquistado. He hablado con su padre y he logrado su consentimiento. Fija el día de la boda, y que Dios te haga feliz.

LEONATO Conde, tome a mi hija, y con ella mi fortuna. Su Gracia ha logrado la unión, y que todas las gracias digan amén.

BEATRIZ Habla, conde, es tu turno.

CLAUDIO El silencio es el mejor heraldo de la alegría. No estaría muy feliz si pudiera decir cuánto lo estoy. (A HERO.) Señora, soy suyo tal como usted es mía. Me entrego a usted por completo, y con este cambio desvarío.

BEATRIZ (A HERO.) Habla, prima. O, si no puedes, ciérrale la boca con un beso, y que no pueda hablar él tampoco.

DON PEDRO Qué corazón alegre el suyo, señora.

BEATRIZ Sí, mi señor, y agradezco al pobre tonto que se mantenga a sotavento de cuidados. Mi prima le dice al oído que lo lleva en el corazón.

CLAUDIO Y así es, prima.

BEATRIZ ¡Buen Dios, viva la boda! Así todos se casan menos yo, y a mí me quema el sol. Me puedo sentar en un rincón y gritar: «¡Que venga un marido!».

DON PEDRO Señora Beatriz, yo le conseguiré uno.

BEATRIZ Preferiría que lo hiciese su padre. ¿No tiene Su Gracia un hermano como usted? Su padre hizo excelentes maridos, si una doncella pudiese dar con ellos.

DON PEDRO ¿Me acepta a mí, señora?

BEATRIZ No, mi señor, a menos que pueda tener otro para los días de trabajo. Su Gracia es demasiado lujoso para llevarlo todos los días. Pero suplico a Su Gracia que me perdone. Nací para hablar de cosas risueñas e insustanciales.

DON PEDRO Su silencio es lo que más me ofende, y su alegría lo que mejor le sienta; porque, sin duda, usted nació en hora alegre.

BEATRIZ No, mi señor, le aseguro que mi madre lloró. Pero había una estrella que bailaba, y yo nací bajo ella. (A HERO y CLAUDIO.) Dios les dé dicha, primos.

LEONATO Sobrina, ¿te cuidarás de lo que te pedí?

BEATRIZ Imploro su merced, tío. (A DON PEDRO.) Con el perdón de Su Gracia.

Sale.

DON PEDRO Por mi honor, qué dama agradable.

LEONATO Hay poco elemento melancólico en ella, mi señor. Nunca está seria, salvo cuando duerme, y ni siquiera siempre; he oído decir a mi hija que a menudo ha soñado desventuras y se ha despertado con risas.

DON PEDRO No soporta que le hablen de esposo.

LEONATO Oh, de ninguna manera. Se burla de todos sus pretendientes.

DON PEDRO Sería una excelente esposa para Benedicto.

LEONATO Ah, Dios, Dios mío, a solo una semana de casados se volverían locos de tanto hablar.

DON PEDRO Conde Claudio, ¿cuándo piensas ir a la iglesia?

CLAUDIO Mañana, mi señor. Hasta que el amor cumpla todos sus ritos el tiempo marchará sobre muletas.

LEONATO Eso será el lunes, querido hijo, que es de aquí a solo una semana, tiempo muy breve para que todas las cosas vayan según mi deseo.

DON PEDRO Vamos, meneas la cabeza a tan largo intervalo; pero te aseguro, Claudio, que el tiempo no se nos hará pesado. En el ínterin llevaré a cabo una de las tareas de Hércules, la cual consiste en alzar una montaña de afecto mutuo entre el señor Benedicto y la señora Beatriz. Me encantaría verlos casados, y no dudo en lograrlo, solo con que ustedes tres me suministren la ayuda que les ordene.

LEONATO Mi señor, estoy a su lado así me cueste pasar diez noches en vela.

CLAUDIO Y yo, mi señor.

DON PEDRO ¿Y tú también, gentil Hero?

HERO Haré cualquier trabajo adecuado, mi señor, para ayudar a que mi prima consiga un buen marido.

DON PEDRO Y Benedicto no es el menos promisorio que conozco. Puedo extenderme en elogiarlo: es de noble linaje, de probado valor y honor confirmado. Te enseñaré cómo preparar el ánimo de tu prima para que se enamore de Benedicto. Y yo, con la ayuda de ustedes dos, haré que Benedicto caiga en mi estratagema y, pese a la rapidez de su ingenio y las náuseas de su estómago, se enamore de Beatriz. Si lo logramos, Cupido ya no será arquero; su gloria será nuestra, pues seremos los únicos dioses del amor. Vengan conmigo y les contaré mi plan.

Salen.

ESCENA II

Entran DON JUAN y BORACHIO.

DON JUAN Está hecho. El conde Claudio se casará con la hija de Leonato.

BORACHIO Sí, mi señor, pero yo puedo impedirlo.

DON JUAN Toda barrera, todo obstáculo, todo impedimento será medicina para mí. Estoy enfermo de disgusto hacia él, y cualquier cosa que frustre sus deseos estará a la par de los míos. ¿Cómo puedes impedir la boda?

BORACHIO No honradamente, mi señor, sino de forma tan oculta que nadie me tomará por deshonesto.

DON JUAN Muéstrame cómo, en pocas palabras.

BORACHIO Creo que le dije a Su Señoría, hace un año ya, cuánto gozo del favor de Margarita, la doncella de Hero.

DON JUAN Lo recuerdo.

BORACHIO Puedo lograr que a la hora más intempestiva de la noche se asome a la ventana del dormitorio de su señora.

DON JUAN ¿Qué vida alienta allí para la muerte de esta boda?

BORACHIO El veneno tendrá que prepararlo usted. Vaya donde su hermano el príncipe. No vacile en decirle que ha manchado su honor queriendo casar al renombrado Claudio, cuya reputación usted estima en gran manera, con una ramera infecta como es Hero.

DON JUAN ¿Qué pruebas tendré de ello?

BORACHIO Suficientes para engañar al príncipe, atormentar a Claudio, destruir a Hero y matar a Leonato. ¿Busca algún otro resultado?

DON JUAN Solo por ultrajarlos haría cualquier cosa.

BORACHIO Entonces vaya. Encuentre una hora adecuada para citar a don Pedro y el conde Claudio solos. Dígales que sabe que Hero me ama a mí. Simule para ambos una especie de celo, como si lo hubiera descubierto todo en bien del honor de su hermano, que arregló la boda, y de la reputación de su amigo, que está a punto de ser engañado por la mera apariencia de una doncella. Apenas creerán esto sin una demostración. Ofrezcales pruebas, que consistirán nada menos que en verme a la ventana de su habitación, y oírme llamar Hero a Margarita y a Margarita llamarme Claudio. Y tráigalos a ver esto la misma noche antes del proyectado matrimonio, pues mientras tanto yo prepararé las cosas de modo que Hero esté ausente. Su deslealtad parecerá tan manifiesta que los celos serán certidumbre, y todos los preparativos quedarán trastornados.

DON JUAN Lleve esto al resultado adverso que fuera, lo pondré en práctica. Sé astuto en el proyecto, y ganarás mil ducados.

BORACHIO Sea usted firme en la acusación, y mi astucia no me avergonzará.

DON JUAN Voy ahora mismo a informarme de cuándo es la boda.

Salen.

ESCENA III

Entra BENEDICTO.

BENEDICTO ¡Muchacho!

Entra el muchacho.

MUCHACHO ¿Señor?

BENEDICTO En la ventana de mi habitación hay un libro. Tráemelo acá al jardín.

MUCHACHO Ya estoy aquí, señor.

BENEDICTO Ya lo sé, pero quisiera que estés allá y aquí de nuevo. (*Sale el muchacho.*) Mucho me asombra que un hombre, viendo cuán tonto se vuelve otro al consagrar su conducta al amor, pueda, después de haberse reído de esas pueriles locuras, enamorarse y convertirse en tema de sus propias burlas. Y tal hombre es Claudio. Lo conocí cuando no había otra música para él que la del tambor y el pífano, y ahora prefiere oír el tamboril y la flauta. Lo conocí cuando habría andado diez millas para ver una buena armadura, y ahora podría pasar diez noches despierto diseñando una nueva

ropilla. Solía hablar claro y sin rodeos, como hombre decente y soldado, y ahora se ha vuelto enrevesado. Sus palabras son un banquete fantástico, lleno de platos exóticos. ¿Podré yo transformarme así, y ver con esos ojos? No lo aseguraría. No lo creo. No juraré que el amor no pueda convertirme en una ostra, pero *puedo* jurar que mientras no sea yo una ostra él nunca hará de mí un tonto igual. Una mujer es bella, y sin embargo estoy bien. Otra es ingeniosa, y sigo bien. Otra es virtuosa, y continúo igual. Mientras todas las gracias no se junten en una sola mujer, no habrá mujer en gracia conmigo. Deberá ser rica, eso seguro. Inteligente, o no la querré. Virtuosa, o jamás negociaré por tenerla. Bella, o jamás la miraré. Tranquila, o que no se me acerque. Noble, o no me doy ni a un ángel. De buen discurso, excelente para la música y con cabellos del color que a Dios plazca. ¡Ajá! El príncipe y monsieur Amor. Me esconderé en la enramada.

Se oculta. Entran el príncipe DON PEDRO, LEONATO y CLAUDIO.

DON PEDRO Vamos, ¿es que oiremos esa música?

CLAUDIO Sí, mi señor. Cuán quieta está la noche,
como callada adrede, para agradecer la armonía.

DON PEDRO (*Aparte.*) ¿Ven dónde se ha escondido Benedicto?

CLAUDIO (*Aparte.*) Bien, señor. La música terminada,
le daremos al zorro con peniques.

Entra BALTASAR con música.

DON PEDRO Vamos, Baltasar, toca esa canción de nuevo.

BALTASAR Oh, mi buen señor, no obligue a que voz tan mala ofenda a la música
más de una vez.

DON PEDRO Es siempre la señal de la excelencia
poner cara extraña a su propia perfección.
Ruego que cantes, y más no requiebro.

BALTASAR Cantaré porque hablas de requiebros, ya que más de un galán empieza
sus súplicas a quien no cree digna, e igual la corteja, y aun jura que la ama.

DON PEDRO Bien, te lo ruego, vamos; o bien, si quieres seguir discutiendo, hazlo en
notas.

BALTASAR Antes note usted esto:
no hay nota mía digna de notarse.

DON PEDRO Vaya, si habla solamente en corcheas.

¡Notas, notas de una vez, y más nada!

Comienza la música.

BENEDICTO ¡Vaya, divina melodía! Ya le ha extasiado el espíritu. ¿No es extraordinario que unas tripas de carnero hagan salir las almas de los cuerpos? Bien, un cuerno por mi dinero, cuando todo se acabe.

BALTASAR Damas, ahorren suspiros,
que los hombres siempre engañan:
un pie en el mar, otro en tierra,
nunca constantes en nada.
No suspiren. Que se vayan.
Sean felices y hermosas.
Cesen el llanto y la pena,
que el amor es poca cosa.
No canten ya más canciones
de melancólico ánimo
los hombres han engañado
desde que existe el verano.
No suspiren. Que se vayan.
Sean felices y hermosas.
Cesen el llanto y la pena,
que el amor es poca cosa.

DON PEDRO Por mi honor, una buena canción.

BALTASAR Y un mal cantante, mi señor.

DON PEDRO Ja, no, no, de veras. Para haber improvisado, cantas bien.

BENEDICTO (*Aparte.*) Si un perro hubiera aullado así, lo habrían ahorcado; y ruego a Dios que su mala voz no presagie una desgracia. Con el mismo gusto habría oído a la lechuza, viniera después la plaga que fuese.

DON PEDRO Sí, por la virgen, ¿oíste, Baltasar? Te ruego que nos procures una música excelente, pues mañana por la noche la tocaremos bajo la ventana de la dama Hero.

BALTASAR Lo mejor que pueda, mi señor.

Sale.

DON PEDRO Hazlo así. Adiós. Ven aquí, Leonato. ¿Qué me decías hoy? ¿Que tu sobrina Beatriz está enamorada del señor Benedicto?

CLAUDIO (*Aparte.*) Ah, con calma, con calma. El pájaro se posa. Nunca pensé que

esa dama pudiera amar a hombre alguno.

LEONATO Tampoco yo. Pero es harto sorprendente que se fije así en Benedicto, a quien todas las apariencias decían que odiaba.

BENEDICTO (*Aparte.*) ¿Será posible? ¿Soplará el viento por allí?

LEONATO Palabra, mi señor, que no sé qué pensar. Solo que lo ama con una pasión frenética, más allá de los límites imaginables.

DON PEDRO Quizá solo esté fingiendo.

CLAUDIO La verdad, no sería extraño.

LEONATO ¡Por Dios! ¿Fingiendo? Nunca vi una pasión fingida acercarse a una pasión real como la que muestra esa dama.

DON PEDRO Bien, ¿qué síntomas de pasión se le advierten?

CLAUDIO (*Aparte.*) Ceba bien el anzuelo. Este pez picará.

LEONATO ¿Qué síntomas, mi señor? Pues se sienta..., usted ya oyó a mi hija decirle cómo.

CLAUDIO Lo hizo, en efecto.

DON PEDRO ¿Cómo, cómo, te lo ruego? Me asombras. Hubiera creído que su espíritu era invulnerable a los ataques del amor.

LEONATO Así lo hubiera jurado, señor; especialmente a los de Benedicto.

BENEDICTO (*Aparte.*) Pensaría que esto es un engaño, si no fuera este anciano de barba blanca quien lo cuenta. El engaño no podría, seguro, disfrazarse bajo tal gravedad.

CLAUDIO (*Aparte.*) Ya ha caído. Sigán así.

DON PEDRO ¿Ha dado a entender su amor a Benedicto?

LEONATO No, y jura que nunca lo hará. Ese es su tormento.

CLAUDIO Es verdad, eso dice tu hija. Dice: «Después de tratarlo tantas veces con desdén, ¿voy a escribirle que lo amo?».

LEONATO Eso lo dice ahora que ha comenzado a escribirle, pues se levanta veinte veces por noche, y se queda sentada en camión hasta llenar un pliego de papel entero. Mi hija nos lo cuenta todo.

CLAUDIO Ahora que mencionas un pliego de papel, recuerdo algo gracioso que nos contó tu hija.

LEONATO Sí, que después de haberle escrito, al releer, encontró en el pliego su nombre y el de Benedicto.

CLAUDIO Eso.

LEONATO Entonces rompió la carta en mil pedazos, y se reprochó escribirle con tal exceso a alguien que se burlaría de ella. «Lo mido —dice ella—, por mi propio carácter, porque yo me burlaría de él si me escribiera, sí, lo haría aunque lo amo.»

CLAUDIO Luego cae de rodillas, llora, suspira, se golpea el corazón, se tira de los cabellos, reza, maldice. «Oh, dulce Benedicto, Dios me dé paciencia.»

LEONATO Hace todo eso, en efecto, mi hija así lo cuenta, y la pasión la supera tanto que a veces da miedo de que en su desesperación atente contra sí misma. Es verdad.

DON PEDRO Sería bueno que Benedicto se enterara de esto por otro, ya que ella no lo confesará.

CLAUDIO ¿Con qué fin? Se divertirá al saberlo y atormentará peor a la pobre dama.

DON PEDRO Entonces ahorcarle sería un acto de caridad. Beatriz es una dama excelente, gentil, virtuosa y a salvo de toda sospecha.

CLAUDIO E inteligente en extremo.

DON PEDRO En todo salvo en que ama a Benedicto.

LEONATO Ah, señor, cuando la inteligencia y la sangre pelean en cuerpo tan tierno, tenemos diez pruebas contra una de que la sangre triunfa. Lo siento por ella, y con justicia, pues soy su tío y tutor.

DON PEDRO Me habría gustado ser el objeto de sus afectos. Habría desechado cualquier consideración, y la habría hecho mi otra mitad. Te ruego que le digas eso a Benedicto, y oigamos qué responde.

LEONATO ¿Piensas que sería bueno?

CLAUDIO Hero está segura de que ella morirá, porque dice que morirá si él no la ama, y morirá antes que declararle su amor, y si él la corteja morirá también antes que ceder un milímetro de su costumbre de llevar la contra.

DON PEDRO Hace bien. Si manifiesta la ternura de su amor, muy posiblemente él la desdeñará; pues el individuo, como ustedes saben, es de condición desdeñosa.

CLAUDIO Es un hombre muy apuesto.

DON PEDRO En efecto, tiene un feliz exterior.

CLAUDIO Ante Dios; doy fe de que es muy discreto.

DON PEDRO Muestra cierta chispa semejante al ingenio.

CLAUDIO Y lo tengo por valiente.

DON PEDRO Como Héctor, les aseguro; y se diría prudente para dirimir disputas, pues o las evita con gran discreción o se enfrenta a ellas con temor cristiano.

LEONATO Si teme a Dios, necesariamente será pacífico. Si quebranta la paz, debe entrar en la pelea con temor y temblor.

DON PEDRO Y así lo hace, pues teme a Dios, aunque no lo parezca por algunas bromas que gasta. Bien, lo siento por tu sobrina. ¿Buscaremos a Benedicto para ponerlo al corriente de que lo ama?

CLAUDIO Nunca se lo digas, mi señor. Deja que ella lo supere con buen consejo.

LEONATO No, eso es imposible. Antes la superará su corazón.

DON PEDRO Bien, nuestra hija nos mantendrá al corriente. Mientras tanto, dejemos que el asunto se enfríe. Yo quiero bien a Benedicto, y desearía que se examinara a sí mismo y viera cuán indigno es de tan buena dama.

LEONATO ¿Vamos, mi señor? La cena está lista.

CLAUDIO (*Aparte.*) Si no se enamora de ella después de esto, nunca volveré a confiar en mis predicciones.

DON PEDRO (*Aparte.*) Que la misma red se tienda sobre Beatriz; de eso tendrán que encargarse tu hija y sus doncellas. Lo divertido será cuando uno esté convencido del amor del otro, y no haya tal. Me encantaría ver esa escena, será una mera pantomima. Enviémosla a llamarlo para la cena.

Salen DON PEDRO, CLAUDIO y LEONATO.

BENEDICTO (*Avanzando.*) Esto no puede ser un fraude. La conversación era seria. Saben la verdad gracias a Hero. Parecen compadecerse de la dama. Se diría que ha llevado su pasión al límite. ¡Me ama! Vaya, habrá que corresponder. He oído cómo me censuraban. Dicen que responderé con orgullo si me doy cuenta de que me ama. También dicen que ella moriría antes que darme una señal de amor. Yo nunca pensé en casarme. No debo parecer orgulloso. Felices los que oyen hablar de sus faltas y las pueden enmendar. Dicen que la dama es bella. Es verdad, yo doy fe. Y virtuosa; en efecto, no lo puedo contradecir. Y prudente, menos en amarme. Por mi honor, eso no agrega

nada a su inteligencia; aunque tampoco es gran prueba de insensatez, por cuanto yo quiero estar horrorosamente enamorado de ella. Quizá me hagan objeto de pesadas bromas y frases ingeniosas por haber despotricado tanto contra el matrimonio. Pero ¿no se altera el apetito? Un hombre puede gustar en su juventud una carne que no comería en la edad madura. ¿Podrán las bromas y los epigramas y esas balas de papel que lanza el cerebro distraer a un hombre del rápido curso de su humor? No. El mundo debe poblarse. Cuando dije que moriría soltero, no pensaba que viviría hasta el día de mi matrimonio. Aquí viene Beatriz. (*Entra BEATRIZ.*) Por la luz de este día, qué mujer hermosa. Percibo en ella ciertas señales de amor.

BEATRIZ Contra mi voluntad, me han enviado a llamarte para cenar.

BENEDICTO Bella Beatriz, te agradezco las molestias.

BEATRIZ No tomé más molestias por tus gracias que las que tú tomaste por agradecerme. Si me hubiera molestado, no habría venido.

BENEDICTO Entonces ¿te complace hacerlo?

BEATRIZ Sí, tanto como cuando tú alzas un cuchillo y degüellas con él una corneja. ¿No tienes apetito, señor? Que lo pases bien.

Sale.

BENEDICTO ¡Ja! «Contra mi voluntad, me han enviado a llamarte para cenar.» Eso tiene doble sentido. «No tomé más molestias por tus gracias que las que tú tomaste por agradecerme.» Es como decir: «Cualquier molestia que me tomo por ti es lo mismo que dar las gracias». Si no me compadezco de ella, soy un pillo. Si no la amo, un judío. Iré a conseguir su retrato.

Sale.

TERCER ACTO

ESCENA I

Entran HERO y dos doncellas, MARGARITA y ÚRSULA.

HERO Buena Margarita, corre al salón.

Allí encontrarás a mi prima Beatriz
conversando con el príncipe y Claudio.
Susurra a su oído, dile que Úrsula y yo
paseamos por el jardín, y solo hablamos
de ella. Di que por azar nos oíste,
y pídele que se oculte en la enramada,
donde las madreselvas, maduras por el sol,
prohíben al sol ingresar, como favoritos
creados por príncipes y orgullosos
contra el poder que los creó. Se esconderá allí
para oírnos. Este es tu encargo.
Cúmplelo bien, y déjanos solas.

MARGARITA Vendrá enseguida, lo garantizo.

Sale.

HERO Bien, Úrsula, cuando venga Beatriz
mientras andamos por este paseo
solo hablaremos de Benedicto.
Cuando lo nombre, cuida por tu parte
de elogiarlo como ningún hombre lo ha merecido.
Yo te hablaré de cómo Benedicto está
enfermo de amor por Beatriz. De esta forma
nace la astuta flecha de Cupido,
que solamente hiere de oídas.

Entra BEATRIZ.

Comencemos,
mira a Beatriz corriendo como un avefría
pegada al suelo para escucharnos.

ÚRSULA Lo más agradable de la pesca es ver al pez
con sus remos de oro cortar la onda de plata
y devorar ávidamente el pérfido anzuelo.

Pesquemos así a Beatriz, que ahora ya
se oculta en la cobertura de la madreselva.
No tema por mi papel en la charla.

HERO Vamos hacia ella; que su oído nada pierda
del dulce y falso cebo que le arrojamos.

Se acercan al escondite de BEATRIZ.

No, Úrsula, ella es todo desdén.
Su carácter es tan fiero y salvaje
como el halcón que vive en las rocas.

ÚRSULA ¿Pero está segura de que Benedicto ama tanto a Beatriz?

HERO Según el príncipe y mi prometido.

ÚRSULA ¿Le han encargado que se lo diga?

HERO Me rogaron que se lo participe,
mas los persuadí, si a Benedicto aman,
de instarle a luchar con ese amor
y no dejar que nunca Beatriz lo sepa.

ÚRSULA ¿Por qué? ¿No merece ese caballero
un tálamo tan afortunado
como aquel en que dormiré Beatriz?

HERO ¡Dios del amor! Sé que él merece todo
cuanto se pueda otorgar a un hombre.
Pero jamás Naturaleza formó más orgulloso
corazón de mujer que el de Beatriz.
Burla y desdén cabalgan en sus ojos,
despreciando cuanto observan, y su ingenio
se estima tanto que para ella nada vale más.
No puede amar ni formar la imagen ni el concepto
del amor, en tal aprecio se tiene a sí misma.

ÚRSULA Cierto, pienso igual. Por ello nada bueno será que sepa
del amor de Benedicto; se burlará.

HERO Dices la verdad. Jamás he visto hombre,
sea sabio, noble, joven, o de finas facciones,
al que no trate mal. Si es un cara linda,
jura que él podría ser su hermana.
Si oscuro, que Naturaleza, dibujando un bufón,
hizo una mancha. Si alto, que es una lanza

torcida; si bajo, un ágata muy mal tallada;
si habla, veleta que gira al viento;
si calla, tronco al que nadie mueve.
Así del hombre ella ve el lado malo,
sin conceder a la verdad y a la virtud
lo que la integridad y el mérito merecen.

ÚRSULA Cierto, cierto, no es recomendable quejarse tanto.

HERO No, ser tan extraña y opuesta a la norma
como Beatriz no puede ser recomendable.
Mas ¿quién se atreve a decírselo? Si le hablo
se burlará, ay, se reirá de mí
hasta enloquecerme; me matará con su ingenio.
Que entonces se consuma Benedicto
y como rescoldo se gaste en suspiros.
Mejor morir así que a fuerza de burlas,
que es tan malo como morir de cosquillas.

ÚRSULA Dígaselo, no obstante, a ver qué contesta.

HERO No. Prefiero buscar a Benedicto
y aconsejarle que combata su pasión.
Por cierto, diré calumnias honestas
para manchar a mi prima. No sabes
cómo una palabra adversa hiere el amor.

ÚRSULA Oh, no haga a su prima semejante daño.
Ella no puede estar tan falta de buen juicio,
con el ingenio tan vivaz y agudo
que se le reconoce, para rechazar
a un caballero tan especial como Benedicto.

HERO Es el hombre más singular de Italia,
exceptuando siempre a mi amado Claudio.

ÚRSULA Le ruego que no se enoje conmigo, señora,
si digo lo que pienso. El señor Benedicto,
por garbo, por maneras, retórica y valor,
es primero en fama en toda Italia.

HERO En efecto, tiene una fama excelente.

ÚRSULA Fama adquirida antes de tenerla.
¿Cuándo es que usted se casa, señora?

HERO Pues cualquier día, mañana. Vamos ya, entremos.

Te enseñaré vestidos y me aconsejarás
cuál es el mejor para ataviarme mañana.

ÚRSULA (*Aparte.*) Ha caído, lo garantizo. La agarramos, señora.

HERO (*Aparte.*) Si es así, entonces se ama por azar.

Unas veces Cupido usa flechas, y otras trampas.

Salen HERO y ÚRSULA.

BEATRIZ (*Avanzando.*) ¿Por qué me arden los oídos! ¿Será posible?

¿Se me condena tanto por orgullo y desdén?

Adiós, desprecio; virginal orgullo, adiós.

No hay gloria con ustedes auestas.

Y, tú, Benedicto, ama. Te corresponderé
domando mi corazón salvaje en tus manos.

Si amas, mi ternura te incitará
a que ciñas nuestro amor en santo lazo.

Dicen los demás que lo mereces, y yo
lo creo más que un simple rumor.

Sale.

ESCENA II

*Entran DON PEDRO el príncipe, CLAUDIO,
BENEDICTO y LEONATO.*

DON PEDRO Me quedaré hasta que se selle tu matrimonio, y luego iré a Aragón.

CLAUDIO Lo acompañaré, mi señor, si me lo permite.

DON PEDRO No, sería estropear el nuevo brillo de tu matrimonio: como mostrar a un niño su vestido nuevo y luego prohibirle que lo use. Solo le pediré a Benedicto que me acompañe, pues de la coronilla a la planta del pie ese hombre es todo alegría. Ha cortado dos o tres veces la cuerda del arco de Cupido, y el pequeño verdugo no se anima a tirar contra él. Tiene un corazón tan sonoro como una campana, y su lengua es el badajo, pues ella dice lo que el corazón piensa.

BENEDICTO No soy el que era, galanes.

LEONATO Eso digo yo. Me parece que estás más serio.

CLAUDIO Espero que esté enamorado.

DON PEDRO ¡A la horca, truhán! No hay en él una sola gota de sangre que el amor haya tocado de verdad. Si está serio es porque no tiene dinero.

BENEDICTO Me duele una muela.

DON PEDRO Sácatela.

BENEDICTO Que se ahorque.

CLAUDIO Debes ahorcarla primero y sacártela después.

DON PEDRO ¿Qué? ¿Suspiras por un dolor de muelas?

LEONATO Es solo un flujo o un gusano.

BENEDICTO Bien, todos pueden dominar un dolor menos el que lo padece.

CLAUDIO Y sin embargo yo digo que está enamorado.

DON PEDRO No hay signos de amor en él, a menos que sea ese gusto por los disfraces extraños, como ser un holandés hoy, un francés mañana, o ir a la usanza de dos países a la vez, alemán de la cintura para abajo, todo gregüescos, y español de la cintura para arriba, sin ropilla. A menos que tenga inclinación por esta locura, como parece que tiene, no está loco por gusto, como ustedes suponen.

CLAUDIO Si no está enamorado de alguna mujer, mejor no creer en signos antiguos. Cepilla su sombrero en las mañanas: ¿eso qué indica?

DON PEDRO ¿Lo ha visto alguien donde el barbero?

CLAUDIO No, pero han visto con él al oficial del barbero, y el viejo adorno de sus mejillas ya ha servido para rellenar pelotas de tenis.

LEONATO En efecto, con la pérdida de barba parece más joven.

DON PEDRO Y se frota con perfume. ¿No huelen algo?

CLAUDIO Es como decir que el dulce joven está enamorado.

DON PEDRO La mejor prueba es su melancolía.

CLAUDIO ¿Y cuándo acostumbraba lavarse la cara?

DON PEDRO Sí, ¿y acicalarse? Por lo cual ya oigo lo que dicen de él.

CLAUDIO No, es su espíritu burlón, que se ha deslizado entre las cuerdas de un laúd y ahora es regido por las clavijas.

DON PEDRO Por cierto que eso revela que hay en él algo grave. Concluyamos, concluyamos: está enamorado.

CLAUDIO No, pero yo sé quién lo ama.

DON PEDRO Pues yo también quisiera saberlo. Seguro que es una que no lo conoce.

CLAUDIO Lo conoce, sí, a él y a sus lacras; y a pesar de todo, muere por él.

DON PEDRO La enterrarán cara al cielo.

BENEDICTO Nada de esto es hechizo para mi dolor de muelas. Venerable señor, camine conmigo. He preparado ocho o nueve palabras sensatas para hablar con usted y que estos bufones no deben oír.

Salen BENEDICTO y LEONATO.

DON PEDRO Por mi vida, he de hablar con él acerca de Beatriz.

CLAUDIO Así es. Hero y Margarita habrán ya hecho su comedia con ella, y así los dos osos no se morderán cuando se encuentren.

Entra DON JUAN el bastardo.

DON JUAN Mi señor y hermano, Dios te guarde.

DON PEDRO Buenas noches, hermano.

DON JUAN Si tienes tiempo, quisiera hablar contigo.

DON PEDRO ¿En privado?

DON JUAN Si te place. Sin embargo el conde Claudio puede escuchar, pues lo que diré le concierne.

DON PEDRO ¿De qué se trata?

DON JUAN (A CLAUDIO.) ¿Tiene Su Señoría la intención de casarse mañana?

DON PEDRO Sabes que la tiene.

DON JUAN No creo que la tenga cuando sepa lo que sé yo.

CLAUDIO Si hay algún impedimento, le ruego que lo revele.

DON JUAN Podría pensar que no lo estimo. Pero que eso venga después, y tenga la mejor opinión de mí por lo que revelaré ahora. Por lo que toca a mi hermano, creo que lo respeta mucho, y por su cariño ha propiciado su próximo enlace. Con seguridad, cortejo mal empleado y trabajo mal dirigido.

DON PEDRO Pero ¿qué ocurre?

DON JUAN He venido para decirle, abreviando detalles —pues ya hemos hablado mucho de ella—, que la dama es desleal.

CLAUDIO ¿Quién, Hero?

DON JUAN La misma. La Hero de Leonato, tu Hero, la Hero de todo el mundo.

CLAUDIO ¿Desleal?

DON JUAN La palabra es muy suave para pintar su maldad. Puedo decir que es peor aún. Piense en un nombre más vil, y lo podré justificar. No se asombre hasta tener mayor evidencia. Venga conmigo esta noche y verá la ventana de su habitación penetrada, incluso la noche antes de su boda. Si entonces la sigue amando, cácese mañana con ella. Pero más le valdrá a su honor que cambie usted de opinión.

CLAUDIO ¿Será cierto?

DON PEDRO No lo creo.

DON JUAN Si no se anima a creer en lo que ve, no confiese que lo ha visto. Si me sigue, le mostraré lo suficiente, y cuando haya visto y oído más, obre en consecuencia.

CLAUDIO Si esta noche veo algo por lo cual no debería desposarla, mañana, en la congregación donde debería casarme, la deshonoraré.

DON PEDRO Y así como la cortejé por ti para obtenerla, yo me uniré a ti en la deshonra.

DON JUAN No voy a seguir desprestigiándola hasta que ustedes sean testigos. Mantengan la calma hasta la medianoche, y dejen que el caso se aclare por sí mismo.

DON PEDRO ¡Qué día de desdichado viraje!

CLAUDIO ¡Ah, desgracia extrañamente frustrante!

DON JUAN ¡Ah, plaga evitada a tiempo! Eso es lo que dirán cuando vean lo que sigue.

Salen.

ESCENA III

*Entran DOGBERRY y su compadre VERGES,
con la ronda.*

DOGBERRY ¿Son ustedes honrados y fieles?

VERGES Sí, o de lo contrario sería una pena que se salvaran en cuerpo y alma.

DOGBERRY No, ese sería un castigo muy benigno si les quedara algo de lealtad, ya que han sido elegidos para la ronda del príncipe.

VERGES Bien, dales sus instrucciones, vecino Dogberry.

DOGBERRY Primero, ¿quién creen que es el más incapacitado para ser jefe de la ronda?

SEGUNDO GUARDIA Hugo Oatcake, señor, o Jorge Seacoal,^[16] que saben escribir y leer.

DOGBERRY Ven aquí, vecino Seacoal. Dios te ha bendecido con un buen nombre. Ser guapo es un don de la Fortuna, pero escribir y leer viene por naturaleza.

PRIMER GUARDIA Cosas ambas, maestro alguacil...

DOGBERRY Que tienes tú. Sabía que responderías a eso. Bien, agradece a Dios por ser guapo, y no te jactes. Y respecto a tu escritura y lectura, muéstralas cuando no sea necesaria semejante vanidad. Dicen que eres el hombre más insensato y adecuado para ser jefe de la ronda, de modo que llevarás la linterna. Estas son tus instrucciones: deberás mantener a todos los vagabundos. Harás parar a todos los hombres en nombre del príncipe.

PRIMER GUARDIA ¿Y qué si alguien no se detiene?

DOGBERRY Entonces no lo tomes en cuenta, déjalo ir e inmediatamente llama al resto de la ronda y agradezcan a Dios que se libraron de un truhán.

VERGES Si no se detiene cuando lo llaman, no es súbdito del príncipe.

DOGBERRY Cierto, y ellos no tienen que meterse con nadie más que con los súbditos del príncipe... Tampoco harán ustedes ruido en las calles, pues que la ronda farfulle y hable es muy tolerable y no se debe aguantar.

ALGUIEN DE LA RONDA Preferimos dormir que charlar. Sabemos qué es lo más apropiado a una ronda.

DOGBERRY Vaya, hablas como un guardia experimentado y tranquilo, pues no veo cómo el dormir ofendería. Preocúpense solo de que no les roben sus chuzos. Bueno, deben ir a todos los bares y pedir a los borrachos que se vayan a la cama.

ALGUIEN DE LA RONDA ¿Y si no se van?

DOGBERRY En tal caso déjenlos solos hasta que se pongan sobrios. Si entonces no les hacen caso todavía, díganles que no son quienes ustedes creyeron que eran.

ALGUIEN DE LA RONDA Bien, señor.

DOGBERRY Si se encuentran con un ladrón pueden sospechar, en virtud de su cargo, que no es un hombre honesto; respecto de esa especie, cuanto menos interfieran o se metan con ellos, mejor será, por cierto, para su honestidad.

ALGUIEN DE LA RONDA Si sabemos que es un ladrón, ¿no es mejor arrestarlo?

DOGBERRY Cierto, por su cargo podrían hacerlo, pero pienso que el que toca la pez acaba manchado. El procedimiento más pacífico, si detienen a un ladrón, es dejarlo que se muestre como es, y que no les robe su compañía.

VERGES Siempre te han considerado misericordioso, compañero.

DOGBERRY En efecto, jamás ahorcaría a un perro por voluntad propia, mucho más a un hombre con algo de honestidad.

VERGES Si oyen llorar a un niño en la noche, deben llamar a la nodriza y pedirle que lo calme.

ALGUIEN DE LA RONDA ¿Y si la nodriza está durmiendo y no nos escucha?

DOGBERRY Entonces partan en paz y dejen que el niño la despierte, pues la oveja que no escucha balar al cordero nunca atenderá al ternero cuando muja.

VERGES Es muy cierto.

DOGBERRY Aquí acaban las instrucciones. Tú, alguacil, intimarás al príncipe en persona. Si encuentras al príncipe por la noche, lo puedes detener.

VERGES No, por la Virgen, no creo que pueda.

DOGBERRY Cinco chelines contra uno con cualquiera que conozca los estatutos a que puede detenerle. En efecto, no a menos que el príncipe esté dispuesto, pues en verdad la ronda no debería ofender a ningún hombre, y es una ofensa detener a un hombre contra su voluntad.

VERGES Virgen Santa, yo pienso lo mismo.

DOGBERRY ¡Ja, ja, ja! Bien, maestros, buenas noches. Y si ocurre algo grave, llámenme. Sigán el consejo de sus compañeros, y los suyos propios, y buenas noches. Vamos, vecino.

PRIMER GUARDIA Bien, maestros, ya hemos oído las instrucciones. Vamos a sentarnos hasta las dos en el poyo de la iglesia, y después todos a la cama.

DOGBERRY Una palabra más, honrados vecinos. Les ruego que cuiden la puerta del señor Leonato, pues debido a la boda de mañana, hay allí mucho alboroto esta noche. Adiós. Sean buenos vigilantes, les ruego.

*Salen DOGBERRY y VERGES. La ronda se sienta.
Entran BORACHIO y CONRADO.*

BORACHIO ¡Qué hay, Conrado!

PRIMER GUARDIA (*Aparte.*) Silencio; no se muevan.

BORACHIO Conrado, digo.

CONRADO Aquí, hombre, pegado a tu codo.

BORACHIO Por la misa, y que sentí comezón en él. Pensé que iba a salirme una sarna.

CONRADO Te debo una respuesta. Y ahora, sigue con tu relato.

BORACHIO Entonces vente bajo este cobertizo, que está lloviznando, y yo, como buen borracho, te lo contaré todo.

UN GUARDIA DE LA RONDA Alguna traición, maestros. Estense quietos.

BORACHIO Bien, entérate de que obtuve mil ducados de don Juan.

CONRADO ¿Es posible que haya una infamia tan cara?

BORACHIO Deberías preguntar mejor si es posible que haya una infamia tan rica. Pues cuando los infames ricos necesitan de los pobres infames, los pobres pueden ponerle el precio que quieran.

CONRADO Me asombra.

BORACHIO Prueba de que no tienes experiencia. Ya sabes que el estilo de una ropilla, un sombrero o una capa no dicen nada del hombre.

CONRADO Sí, son su traje.

BORACHIO Me refiero a la moda.

CONRADO Sí, la moda es la moda.

BORACHIO ¡Largo de aquí! Mejor digo que un tonto es un tonto. ¿Pero no ves que la moda es un ladrón deforme?

UN GUARDIA DE LA RONDA (*Aparte.*) Conozco a ese Deforme. Es un vil ladrón desde hace siete años. Se pavonea por aquí y por allá como un caballero. Recuerdo su nombre.

BORACHIO ¿No has oído algo?

CONRADO Era la veleta de esa casa.

BORACHIO Decía, ¿no ves qué ladrón deforme es la moda, cuán despreocupadamente trastorna a cuantos tienen la sangre caliente entre los catorce y los treinta y cinco, unas veces haciéndolos posar como soldados

del Faraón en un lienzo tiznado, otras como sacerdotes del dios Baal en los vitrales de una vieja iglesia, otras como el afeitado Hércules en tapices mugrientos y apolillados, en los que su miembro aparece tan grueso como su mazo?

CONRADO Veo todo eso, y veo que la moda gasta más ropa que el hombre. ¿Pero no estás tú también trastornado por la moda, que dejas tu relato para hablarme de ella?

BORACHIO De ninguna manera. Pero entérate de que esta noche he cortejado a Margarita, la doncella de la dama Hero, y la he llamado Hero. Asomada a la ventana de la habitación de su señora, ella me ha dado mil veces las buenas noches... Cuento mal la historia; primero debería decirte cómo el príncipe, Claudio y mi amo, apostados y situados e informados por mi amo don Juan, vieron desde el jardín el amoroso encuentro.

CONRADO ¿Y pensaron que Margarita era Hero?

BORACHIO Dos de ellos lo hicieron, el príncipe y Claudio, pero el diablo de mi amo sabía que era Margarita y, en parte por el juramento con que los poseyó, en parte por la oscuridad de la noche, pero sobre todo por mi villanía, que confirmó todas las calumnias inventadas por don Juan, Claudio se fue de allí furioso, jurando que se reuniría con ella como había quedado, la mañana siguiente en el templo, y allí, delante de toda la congregación, después de avergonzarla con lo que había visto la noche anterior, la enviaría de nuevo a casa sin marido.

PRIMER GUARDIA (*Avanzando.*) Están detenidos en nombre del príncipe. ¡Alto ahí!

UN GUARDIA DE LA RONDA ¡Llamen al justo señor alguacil! Hemos recubierto la más peligrosa obra de libertinaje que se haya conocido nunca en la mancomunidad.

PRIMER GUARDIA Y uno de ellos es un Deforme. Lo conozco; lleva un rizo...

CONRADO ¡Maestros, maestros!

UN GUARDIA DE LA RONDA Les haremos entregar al Deforme, se lo garantizo.

CONRADO Maestros...

UN GUARDIA DE LA RONDA No hablen. Están arrestados. Les obedecemos que nos sigan.

BORACHIO (*A CONRADO.*) Seremos una fina mercancía, adquiridos por los chuzos de estos hombres.

CONRADO Una mercancía a ser examinada, te lo aseguro. Vamos, les obedeceremos.

Salen.

ESCENA IV

Entran HERO, MARGARITA y ÚRSULA.

HERO Buena Úrsula, despierta a mi prima Beatriz, y ruégale que se levante.

ÚRSULA Lo haré, señora.

HERO Y pídele que venga aquí.

ÚRSULA Bueno.

Sale.

MARGARITA En verdad, creo que le sentaría mejor el otro rebato, señora.

HERO No, te ruego, buena Marga; llevaré este.

MARGARITA Por mi honor, no es tan bonito, y le aseguro que su prima dirá lo mismo.

HERO Mi prima es una tonta, y tú otra. No llevaré sino este.

MARGARITA El nuevo tocado sería excelente si el cabello fuera un poco más oscuro. Y su vestido, a fe que su estilo es único. Ya he visto el de la duquesa de Milán, que tanto elogian.

HERO ¡Oh! Dicen que supera a todos los demás.

MARGARITA A fe mía que en comparación al suyo es una bata de noche... Tela de brocado con tajos, adornos de plata y perlas, mangas al costado y manga perdida, y la falda guarnecida de brocadillo azulado. Pero si hablamos de un corte fino, elegante, lleno de gracia y perfección, el suyo es diez veces mejor.

HERO Que Dios me dé alegría para lucirlo, porque en mi corazón abunda el pesar.

MARGARITA Pronto estará más pesado por el peso de un hombre.

HERO Vergüenza debería darte..., ¿no te da?

MARGARITA ¿De qué, señora? ¿De hablar con honradez? ¿No es el matrimonio honrado incluso para un mendigo? ¿No es su señor honrado aun sin casarse? Pienso que usted quería que dijera: «Con sus disculpas, un esposo». A no ser que un mal pensamiento pervierta mis correctas palabras, no he ofendido a nadie. ¿Hay algo malo en decir «Con el peso de un

esposo»? Creo que no, si se trata del esposo legítimo y de la legítima esposa. De otro modo, el peso sería ligero y no pesado. Pregunte, si no, a mi señora Beatriz, que aquí viene.

Entra BEATRIZ.

HERO Buenos días, prima.

BEATRIZ Buenos días, dulce Hero.

HERO ¿Cómo es eso? ¿Hablas con voz enferma?

BEATRIZ Me parece que no me quedan otras.

MARGARITA Entone pues «Luz de amor», que no requiere el peso de un hombre. Cántela, y yo la bailaré.

BEATRIZ Tus talones son una luz para el amor. Pues si tu marido tiene bastantes establos, verás que no le faltarán graneros.

MARGARITA ¡Qué construcción forzada! La rechazo con mis talones.

BEATRIZ (A HERO.) Son casi las cinco, prima. Es hora de que estés lista. De veras que me siento de lo peor. ¡Ay!

MARGARITA ¿Por un cuervo, un caballo o un caballero?

BEATRIZ Por la letra con que empiezan todas esas palabras.

MARGARITA Vaya, como no se haya vuelto turca, ya no podremos navegar siguiendo a la estrella Polar.

BEATRIZ Me pregunto qué quiere decir esta necia.

MARGARITA Yo, nada. Pero que Dios dé a cada cual lo que su corazón desea.

HERO El conde me ha enviado estos guantes. Tienen un perfume excelente.

BEATRIZ Estoy resfriada, prima. No puedo oler.

MARGARITA ¡Virgen, y resfriada! Por eso es que le agarró el frío.

BEATRIZ Oh, Dios, ayúdame. Dios, ayúdame. ¿Desde cuándo te crees con ingenio?

MARGARITA Desde que usted lo dejó. ¿No me sienta perfecto?

BEATRIZ No se ve lo suficiente. Deberías llevarlo en el tocado. Por mi honor, que estoy enferma.

MARGARITA Tome un poco de *Carduus Benedictus* destilado, y aplíquelo a su corazón. Es lo único que cura el mareo.

HERO Pues sí que la picas con un cardo.

BEATRIZ *Benedictus...*, ¿por qué *Benedictus*? ¿Cuál es la moraleja de la historia?

MARGARITA ¿Moraleja? No, por mi fe, yo no tengo moral. Quise decir cardo bendito y punto. Tal vez piense que la creo enamorada. No, por la Virgen, no soy tan tonta para creer lo que me plazca, ni me place no pensar lo que podría. Y tampoco puedo pensar, aunque dejara a mi corazón sin pensamiento, que usted está enamorada, o lo estará, o puede estarlo. No obstante, Benedicto era como usted, y ahora se ha vuelto como los otros hombres. Juró que nunca se casaría, y sin embargo ahora, pese a su corazón, come su comida sin gruñir. Y cómo podrá usted convertirse, no lo sé; pero sospecho que mira con los ojos, como todas las mujeres.

BEATRIZ ¿Qué paso es ese que lleva tu lengua?

MARGARITA No es un falso galope.

Entra ÚRSULA.

ÚRSULA (A HERO.) Retírese, señora. El príncipe, el conde, el señor Benedicto, don Juan y todos los galanes de la ciudad vienen por usted para llevarla a la iglesia.

HERO Ayúdenme a vestirme, buena prima, buena Marga, buena Úrsula.

Salen.

ESCENA V

Entran LEONATO, el alguacil DOGBERRY y VERGES.

LEONATO ¿Qué quieres de mí, honrado vecino?

DOGBERRY Por la Virgen, señor, quisiera tener con usted una confidencia sobre algo que le discierne.

LEONATO Sé breve, te lo ruego. Ya ves que estoy ocupado.

DOGBERRY Por cierto que lo está, señor.

VERGES Sí, señor, esa es la verdad.

LEONATO ¿De qué se trata, buenos amigos?

DOGBERRY El buen Verges, señor, se sale un poco del tema. Está viejo, señor, y su ingenio no es tan agudo como, Dios me ayude, yo quisiera. Pero a fe, es tan honrado como la piel de su entrecejo.

VERGES Sí, gracias a Dios. Soy tan honrado como cualquier honrado que sea viejo y no más honrado que yo.

DOGBERRY Son olorosas las comparaciones. Pocas palabras, vecino Verges.

LEONATO Qué tediosos que son, vecinos.

DOGBERRY Favor que nos hace Su Señoría, pero en verdad somos pobres funcionarios del duque. En serio, por mi parte, si fuera tan tedioso como un rey, se lo daría todo de corazón a Su Señoría.

LEONATO ¿Todo tu tedio para mí, ah?

DOGBERRY Sí, y aunque fuera mil libras más pesado de lo que es; pues he oído tantas exclamaciones sobre Su Señoría como de cualquier ciudadano, y aunque apenas soy un hombre pobre, me alegra haberlas oído.

VERGES A mí también.

LEONATO Me encantaría saber qué tenían que decirme.

VERGES Claro, señor; exceptuando la presencia de Su Señoría, esta noche nuestra ronda ha detenido un par de bellacos tan ladrones como los que más en Mesina.

DOGBERRY Es un buen anciano, señor. Hablará y hablará. Como dicen, cuando llega la edad, se va la sensatez. Dios nos libre, el mundo que hay que ver. Bien dicho, a fe, vecino Verges. Bien, Dios es un buen hombre. Si en un caballo dos hombres montan, uno tiene que ir a la grupa. Un alma honrada, señor, por mi honra que lo es, como quien siempre ha partido pan. Pero, hay que alabar a Dios, no todos los hombres son iguales, buen vecino, es una pena.

LEONATO Por cierto, vecino, que es muy inferior a ti.

DOGBERRY ¡Dones que Dios da!

LEONATO Tengo que dejarte.

DOGBERRY Una palabra, señor. Nuestra ronda, señor, en efecto ha comprendido a dos personas despechosas, y quisiéramos que se las interrogue ante Su Señoría.

LEONATO Tómales tú mismo la declaración, y tráemela. Como puedes ver, estoy apurado.

DOGBERRY Eso será sufigante.

LEONATO Beban un poco de vino antes de partir. Que les vaya bien.

Entra un mensajero.

MENSAJERO Mi señor, lo esperan para que entregue su hija a su esposo.

LEONATO Ya estoy listo, voy ahora mismo.

Salen LEONATO y el mensajero.

DOGBERRY Ve, buen compañero, ve a buscar a Francisco Seacoal, pídele que traiga a la cárcel pluma y tintero. Vamos ahora a examinar a esos hombres.

VERGES Y debemos hacerlo con tino.

DOGBERRY Eso no nos faltará, te lo aseguro. Después de esto más de uno dirá: «No menos». Solo busca al sabio escribiente para que extienda nuestra excomunión, y encuéntrame en la cárcel.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran el príncipe DON PEDRO, el bastardo DON JUAN, LEONATO, FRAY FRANCISCO, CLAUDIO, BENEDICTO, HERO y BEATRIZ.

LEONATO Vamos, fray Francisco, sea breve. Solo la simple fórmula del matrimonio, y después podrá exponer sus deberes particulares.

FRAILE (A CLAUDIO.) ¿Usted viene aquí, señor, a casar a esta dama?

CLAUDIO No.

LEONATO Viene a casarse con ella. Fray, usted viene a casarla.

FRAILE (A HERO.) Señora, ¿usted viene a casarse con este conde?

HERO Vengo.

FRAILE Si alguno de ustedes sabe de algún impedimento secreto para el enlace, les ordeno que por sus almas lo declaren.

CLAUDIO ¿Conoces alguno, Hero?

HERO Ninguno, mi señor.

FRAILE ¿Conoce alguno, conde?

LEONATO Me atrevo a responder por él: ninguno.

CLAUDIO ¡Ah, lo que se atreven a hacer los hombres! ¡De lo que son capaces! ¡Lo que hacen día a día sin saber qué hacen!

BENEDICTO ¡Cómo, ahora! ¿Interjecciones? Pues entonces, que algunas sean de risa, como «¡ja!» o «¡je!»

CLAUDIO Quédese ahí, fraile. Padre, con su permiso ¿me dará usted, libremente y sin restricciones a esta doncella, su hija?

LEONATO Tan libremente, hijo, como Dios me la ha dado.

CLAUDIO ¿Y qué debería darle yo que valga tanto como este hermoso regalo?

DON PEDRO Nada, a menos que la devolvieras.

CLAUDIO Buen príncipe, me enseña a agradecer noblemente.

Tome, Leonato, se la devuelvo.

No entregue esta naranja podrida a su amigo.

Su honor es solo señal y apariencia.

¡Miren: se sonroja como si fuera doncella!

¡Con qué convicción y sinceridad

puede cubrirse el pecado astuto!

¿No es ese rubor evidencia pudorosa

de una sencilla virtud? ¿No jurarían,

por su aspecto exterior, ustedes que la contemplan,

que es una doncella? Pues no lo es.

Conoce el calor de un lecho lujurioso.

Se sonroja por culpa, no por pudor.

LEONATO ¿Qué quiere decir, señor?

CLAUDIO Que no quiero casarme: unir mi alma a la de una libertina probada.

LEONATO Mi querido señor, si en prueba propia

ha vencido su joven resistencia

y ha derrotado su virginidad...

CLAUDIO Sé lo que quiere decir. Si la hubiera conocido,

diría usted que me abrazó como esposo,

y así se excusaría una falta anticipada.

No, Leonato.

Nunca la quise tentar con palabra impúdica;

como un hermano a su hermana, le mostré

pudorosa sinceridad y amor apropiado.

HERO ¿Alguna vez te parecí de otro modo?

CLAUDIO ¡Al diablo, apariencia! Iré a denunciarla.

A mí me pareces una Diana en su órbita,

tan casta como un capullo antes de florecer.

Pero tu sangre es más desenfrenada

que Venus o esos animales muy mimados

que retozan en una sensualidad salvaje.

HERO ¿Está mi señor bien? Pienso yo que desvaría.

LEONATO Dulce príncipe, ¿por qué no habla usted?

DON PEDRO ¿Y qué decir?

Estoy deshonorado, he intentado unir

a mi querido amigo con una vulgar puta.

LEONATO ¿Se dicen estas cosas, o solo estoy soñando?

DON JUAN Se dicen, señor, y son verdaderas:

BENEDICTO Esto no parece una boda.

HERO ¡«Verdaderas»! ¡Oh, Dios mío!

CLAUDIO ¿Estoy aquí, Leonato?

¿Es este el príncipe?

¿Es este su hermano?

¿Es este el rostro de Hero?

¿Son nuestros ojos los nuestros?

LEONATO Todo es así. ¿Pero con ello qué, mi señor?

CLAUDIO Permítame hacerle a su hija una pregunta,

y, por el poder natural y paterno

que tiene sobre ella, pídale que sea franca.

LEONATO (A HERO.) Como hija mía que eres, te exijo que lo hagas.

HERO ¡Oh, Dios, defiéndeme de este acoso!

¿Cuál es la razón de este catequismo?

CLAUDIO Que admitas ser lo que te han llamado.

HERO ¿No me llamo Hero? ¿Quién puede manchar ese nombre con un reproche justo?

CLAUDIO La propia Hero, caramba.

Hero misma puede manchar la virtud de Hero.

¿Quién era el que hablaba contigo anoche,

a tu ventana, entre las doce y la una?

Respóndeme si eres doncella.

HERO No hablé con nadie a esa hora, mi señor.

DON PEDRO Entonces no eres una doncella. Leonato,

siento que tengas que oírlo. Por mi honor,

yo, mi hermano y este conde herido

la vimos y escuchamos anoche, a esas horas

hablar a su ventana con un pillo

que había en efecto, como un truhán hablador,

confesado mil veces en secreto

los viles encuentros.

DON JUAN ¡Ah, vergüenza! No se debe nombrarlos, mi señor, ni hablar de ellos.

No hay suficiente castidad en el lenguaje
para pronunciarlos sin ofensa. Linda dama,
lamento tus grandes descarríos.

CLAUDIO ¡Hero! ¡Qué heroína habrías sido
si la mitad de tus dones visibles
hubiera ido a tus ideas
y a los anhelos de tu corazón!
Pero adiós, inmunda y bellísima, adiós
a tu pura impiedad y tu impiadosa pureza.
Por ti cerraré todas las puertas del amor,
y sobre mis párpados penderá la sospecha
toda belleza se volverá idea de daño,
y nunca más podrá ser atractiva.

LEONATO ¿No hay aquí un puñal afilado para mí?

HERO cae al suelo.

BEATRIZ ¿Qué pasa, prima, por qué te hundes?

DON JUAN Vamos, marchémonos. Salido esto a la luz, su espíritu se ha consumido.

Salen DON PEDRO, DON JUAN y CLAUDIO.

BENEDICTO ¿Cómo está la dama?

BEATRIZ Muerta, creo. Auxilio, tío.

¡Hero! Hero, ¿por qué? Tío, señor Benedicto, fraile...

LEONATO Ah, destino, no levantes tu pesada mano.
Para su deshonor la muerte es el mejor velo
que desearse puede.

BEATRIZ ¿Cómo te sientes, prima Hero?

FRAILE (A HERO.) Tenga consuelo, señora.

LEONATO (A HERO.) ¿Alzas la vista?

FRAILE Sí, ¿por qué no iba a hacerlo?

LEONATO ¿Por qué no? ¿No grita todo en la tierra
su deshonor? ¿Podría negar aquí
el relato que lleva impreso en la sangre?
No vivas, Hero, y no abras los ojos,
porque si no te viera morir pronto,
creería a tu ánimo superior a tu vergüenza

y yo mismo, a retaguardia de los reproches,
abatiría tu vida. ¿Me dolió tener solo una hija?
¿Acusé por ello a la frugal naturaleza?
¡Oh, contigo una es demasiado! ¿Por qué te tuve?
¿Por qué fuiste siempre grata a mis ojos?
¿Por qué no recogí, con mano caritativa,
la descendencia de un mendigo abandonada a mi puerta,
para al verla así manchada y sumida en infamia,
poder decir: «Nada de esto es mío,
su vergüenza viene de lomos desconocidos»?
Pero es mía; como mía la amé, la ensalcé,
y me enorgullecí de ella; tan mía ha sido
que yo mismo no era mío para mí,
por valorarla tanto. ¡Oh, ha caído
en tal pozo de tinta, que al ancho
mar no le bastan sus gotas para lavarla,
ni la sal para renovar su carne corrompida!

BENEDICTO Señor, señor, paciencia.

Por mi parte, estoy tan asombrado
que no sé qué decir.

BEATRIZ ¡Por mi alma, han calumniado a mi prima!

BENEDICTO Señora, ¿tú compartiste anoche su cama?

BEATRIZ No, en verdad no, aunque hasta anoche
dormimos juntas estos doce meses.

LEONATO Confirmado, confirmado. ¡Eso fortalece aún más
lo que ya reforzaban barras de hierro!
¿Habrían de mentir dos príncipes? ¿Mentiría Claudio,
que la amaba tanto que al hablar de su impureza,
la lavaba en llanto? Déjenla morir.

FRAILE Escúchenme un momento,
pues si he callado tanto tiempo
y dejado que la fortuna siga curso
solo fue para observar a la dama. He visto
en su cara mil apariciones de rubor,
mil inocentes vergüenzas de un blanco angelical
repeler los rubores,
y en sus ojos ha aparecido un fuego
como para quemar los errores de los príncipes

contra su verdad virginal. Créanme un tonto,
desconfíen de mi lectura y mis observaciones,
que con el sello de la experiencia garantizan
el tenor de mi estudio. No confíen en mi edad,
ni en mi vocación, dignidad o ministerio,
si esta adorable dama no yace aquí sin culpa
bajo el peso de un error mordaz.

LEONATO Es imposible, fraile.

Puede ver que la única gracia que le queda
es la de no agregar a su condena
el pecado del perjurio. Si ella no lo niega,
¿por qué busca usted cubrir con excusas
aquello que aparece en su propia desnudez?

FRAILE (A HERO.) Señora, ¿quién es el hombre por el cual se la acusa?

HERO Quienes me acusan lo saben. Yo no lo conozco.

Si conozco un hombre vivo más
de lo que conviene al pudor virginal,
que mis pecados no encuentren compasión. Ah, padre,
prueba que un hombre conversó conmigo
en horas impropias, o que anoche
intercambié palabras con ser alguno;
niégame, ódiame, tortúrame hasta la muerte.

FRAILE Los príncipes son presas de un raro malentendido.

BENEDICTO Dos de ellos tienden del todo al honor,
y si en esto su razón se equivoca
el engaño se debe al bastardo Juan,
cuya mente se afana por fraguar vilezas.

LEONATO No lo sé. Si han dicho la verdad sobre ella,
estas manos la trizarán. Si calumnian su honor
el más orgulloso de ellos tendrá que escucharme.
El tiempo no ha secado todavía mi sangre,
ni la edad devorado mi inventiva,
ni la suerte agotado mis recursos,
ni la mala vida me ha alejado tanto de los amigos,
así que encontrarán tan despiertas
la fuerza de un brazo y la astucia de un ingenio,
la habilidad de medios y la variedad de amigos,
como para vengarme por completo.

FRAILE Haga una pausa y permita
que mi consejo lo guíe en este caso.
Los príncipes dejaron a su hija por muerta;
débela un tiempo oculta en secreto,
y anuncie que está muerta en efecto.
Haga ostentación de luto,
cuelgue epitafios lastimeros
en el viejo panteón de su familia
y cumpla los ritos propios de un funeral.

LEONATO ¿Qué se logrará con eso? ¿De qué servirá?

FRAILE Bien llevado, tornará en bien de ella
la calumnia en remordimiento. Eso ya es bueno.
Pero no es para ello que sueño con este extraño giro,
pues de esta labor espero un gran parto.
Habiendo muerto, como se debe mantener,
en el mismo instante en que fue acusada,
ella será objeto de lamento, pena y disculpa
por todo el que oiga. Pues ocurre
que no valoramos bien lo que tenemos
mientras lo disfrutamos, mas, si lo perdemos,
exageramos su valor y vemos la virtud
que la pertenencia no nos mostraba
cuando era nuestra. Así ocurrirá con Claudio.
Cuando oiga que ella murió por sus palabras,
la imagen de esa vida ingresará dulcemente
en su ensueño.
Cada preciado aspecto de ella
vendrá revestido de más belleza
y será más conmovedoramente delicado
y lleno de vida, a ojos y alcance de su alma,
que cuando en verdad estaba viva. Se afligirá,
si alguna vez el amor tuvo interés en su hígado,
y deseará no haberla acusado,
no, aunque creyera la acusación cierta.
Que se haga así, y no duden de que el éxito
dará al resultado una forma aún mejor
que la que yo me animo a proponer.
Pero si falla nuestra puntería,
la suposición de que la dama ha muerto
apagará el asombro por su infamia.

Y si no sale bien, puede usted ocultarla,
como mejor conviene a su reputación herida,
en una vida solitaria y religiosa,
lejos de lenguas, miradas, mentes y calumnias.

BENEDICTO Señor Leonato, siga el consejo del fraile.
Y aunque usted sabe que mi intimidad y afecto
están depositados en el príncipe y en Claudio,
juro por mi honor que obraré en esto
tan secreta y justamente como su alma
debería hacerlo con su cuerpo.

LEONATO En el dolor en que me estoy ahogando
el hilo más delgado puede guiarme.

FRAILE Consentido está. A la tarea de inmediato,
que a extraños males, extraña cura.
(A HERO.) Señora, muera para vivir. Quizá el día nupcial
solo ha sido aplazado. Paciencia y aguante.

Salen todos salvo BEATRIZ y BENEDICTO.

BENEDICTO Señora Beatriz, ¿has llorado todo este tiempo?

BEATRIZ Sí, y voy a llorar un tiempo más.

BENEDICTO No lo desearía.

BEATRIZ No necesitas, lo hago por mi cuenta.

BENEDICTO Creo de veras que a tu bella prima la han calumniado.

BEATRIZ ¡Ah, cuánto poder le daría yo al hombre que la rehabilitase!

BENEDICTO ¿Hay alguna forma de darte esa prueba de amistad?

BEATRIZ La forma existe, pero no el amigo.

BENEDICTO ¿Podría un hombre hacerlo?

BEATRIZ Es tarea de hombre, pero no para ti.

BENEDICTO No hay nada en el mundo que ame como a ti. ¿No es extraño?

BEATRIZ Tan extraño como algo que no conozco. Yo también podría decir que no
amo nada en el mundo como a ti, pero no me creas; y sin embargo, no
miento. Nada confieso ni niego nada. Estoy desconsolada por mi prima.

BENEDICTO Por mi espada, Beatriz, que tú me amas.

BEATRIZ Trágate la, no jures por ella.

BENEDICTO Juraré que me amas, y se la haré tragar a quien diga que no te amo.

BEATRIZ ¿No te tragarás esas palabras?

BENEDICTO Con ninguna salsa con que pudieran prepararse. Afirmino que te amo.

BEATRIZ Entonces que Dios me perdone.

BENEDICTO ¿Qué ofensa, Beatriz?

BEATRIZ Me has interrumpido en un momento feliz. Iba a decir que te amo.

BENEDICTO Hazlo con todo tu corazón.

BEATRIZ Con tanto corazón te amo que no me queda nada para decir.

BENEDICTO Anda, pídemme que haga algo por ti.

BEATRIZ Mata a Claudio.

BENEDICTO ¡No! Ni por el mundo entero.

BEATRIZ Me matas al negármelo. Adiós.

BENEDICTO Detente, Beatriz querida.

BEATRIZ Me he ido, aunque sigo aquí. No hay amor en ti... No, te ruego, déjame ir.

BENEDICTO Beatriz.

BEATRIZ De veras, me voy.

BENEDICTO Primero seamos amigos.

BEATRIZ Te atreves más fácilmente a ser mi amigo que a luchar con mi enemigo.

BENEDICTO ¿Claudio es enemigo tuyo?

BEATRIZ ¿No está probado que es el colmo de la maldad? ¿No ha calumniado, despreciado y deshonrado a mi pariente? ¡Ah, si yo fuera hombre! ¡Qué! Adelantarle esperanzas falsas hasta que están a punto de unir las manos en el altar, y después acusación pública, calumnia desembozada, rencor absoluto... ¡Ah, Dios, si yo fuera hombre! Me comería su corazón en el mercado.

BENEDICTO Escúchame, Beatriz.

BEATRIZ Hablar con un hombre junto a la ventana... ¡Lindo cuento!

BEATRIZ Pero Beatriz...

BEATRIZ Dulce Hero: la han calumniado, difamado, destruido.

BENEDICTO Beat...

BEATRIZ ¡Príncipes y condes! Vaya testimonio principesco, cuento noble, conde confitado, sin duda un dulce galán. ¡Ah, si por su bien yo fuera un hombre! ¡O si tuviera un amigo que fuera hombre por el bien mío! Pero la hombría se ha vuelto cortesía, el valor cumplidos, y los hombres son pura lengua, y fina, por si fuera poco. Hoy uno es valiente como Hércules con solo decir una mentira y defenderla con juramentos. Y como no puedo ser hombre con solo desearlo, moriré de pena como una mujer.

BENEDICTO Alto, mi buena Beatriz. Por esta mano, que te amo.

BEATRIZ Úsala si me amas para otra cosa que jurar.

BENEDICTO ¿Piensas de corazón que el conde Claudio ha calumniado a Hero?

BEATRIZ Sí, tan segura estoy como que tengo pensamiento y alma.

BENEDICTO Basta; me comprometo a retarlo. Beso tu mano, y te deajo. Por esta que Claudio me pagará con creces. Así como oirás de mí, pon en mí el pensamiento. Ve a consolar a tu prima. Debo decir que está muerta. Y con esto, adiós.

Salen.

ESCENA II

*Entran los alguaciles DOGBERRY y VERGES,
el ESCRIBANO, con toga, y la ronda con BORACHIO
y CONRADO.*

DOGBERRY ¿Está presente toda la disamblea?

VERGES Eh, un taburete y un cojín para el escribano.

ESCRIBANO ¿Quiénes son los malhechores?

DOGBERRY Por la Virgen, ese soy yo, y mi compañero.

VERGES Es verdad, tenemos que examinar la exhibición.

ESCRIBANO ¿Pero quiénes son los infractores que hay que examinar? Que se acerquen delante del maestro alguacil.

DOGBERRY Sí, a fe, que vengan ante mí. ¿Cómo te llamas, amigo?

BORACHIO Borachio.

DOGBERRY (Al ESCRIBANO.) Escribe «Borachio», por favor. (A CONRADO.) ¿Y tú, bribón?

CONRADO Soy un caballero, señor, y me llamo Conrado.

DOGBERRY Escribe «Maestro caballero Conrado»... Maestros, ¿sirven a Dios?

CONRADO Y BORACHIO Sí, señor, así lo esperamos.

DOGBERRY Escribe que esperan servir a Dios. Y escribe «Dios» primero, pues Dios nos libre de que vaya Dios detrás de estos villanos. Maestros, ya está probado que ustedes no son más que falsos y pillos, y está muy cerca de que así se piense. ¿Qué responden?

CONRADO A fe, señor, decimos que no lo somos.

DOGBERRY Un mozo listo y brillante, les aseguro, pero yo me las arreglaré con él. Ven aquí, truhán. Una palabra al oído, señor. Te digo que se piensa de ustedes que son unos falsos y unos pillos.

BORACHIO Señor, le digo que no lo somos.

DOGBERRY Bien, a un lado. Por Dios, se han puesto de acuerdo. ¿Escribiste que no lo son?

ESCRIBANO Maestro alguacil, esa no es la forma de examinarlos. Que venga la ronda. Maestros, en nombre del príncipe les ordeno que acusen a estos hombres.

PRIMER GUARDIA Este hombre dijo, señor, que don Juan, el hermano del príncipe, era un villano.

DOGBERRY Escribe que el príncipe Juan es un villano. Pero esto es llano perjurio, llamar villano al hermano de un príncipe.

BORACHIO Maestro alguacil.

DOGBERRY Te ruego, compañero, calla. No me gusta tu facha, te prometo.

ESCRIBANO ¿Qué más le oíste decir?

SEGUNDO GUARDIA Por la Virgen, que había recibido mil ducados de don Juan por acusar falsamente a la dama Hero.

DOGBERRY El robo más llano que se ha cometido nunca.

VERGES Por la misa que es así.

ESCRIBANO ¿Qué más, camarada?

PRIMER GUARDIA Y que el conde Claudio quería deshonorar a Hero con palabras

delante de toda la concurrencia, y no casarse con ella.

DOGBERRY ¡Ah, villano! Por esto serás condenado a redención eterna.

ESCRIBANO ¿Qué más?

RONDA Eso es todo.

ESCRIBANO Y es más, maestros, de lo que pueden negar. Esta mañana el príncipe Juan ha huido en secreto. De esta manera Hero fue acusada, de esta manera rechazada, y por la pena sufrida falleció súbitamente. Maestro alguacil, haga que sujeten a estos hombres y se los lleven a casa de Leonato. Yo iré antes y le mostraré el interrogatorio.

Sale.

DOGBERRY Vamos, que sean opinados.

VERGES Que sean, en las manos...

CONRADO ¡Atrás, idiota!

DOGBERRY Dios salve mi vida, ¿dónde está el escribano? Que escriba que el representante del príncipe es un idiota. Vamos, amárrenlos. ¡Tú, maldito pillo!

CONRADO Fuera. Eres un asno, un asno.

DOGBERRY ¿No sospechas mi cargo? ¿No sospechas mi edad? ¡Ah, ojalá estuviera aquí el otro para escribir lo de asno! Pero, maestros, recuerden que soy un asno. Aunque no se haya escrito, no olviden que soy un asno. No, villano, tú estás lleno de piedad, como se probará con buenos testigos. Soy un mozo listo, y lo que es más, un oficial, y lo que es más, un dueño de casa, y lo que es más, un bonito pedazo de carne como no hay otro en Mesina, y uno que sabe de leyes, aunque no lo creas, y un mozo bastante rico, aunque no lo creas, y un mozo que ha tenido sus pérdidas, y uno que tiene dos uniformes, y todo en mí es apostura. Lévenselo. ¡Ah, ojalá hubiera quedado escrito que soy un asno!

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entran LEONATO y su hermano (ANTONIO).

ANTONIO Si continúas así vas a matarte,
y no es prudente ayudar a la pena
contra uno mismo.

LEONATO Para tus consejos, te lo ruego,
entran en mis oídos tan sin provecho
como el agua en un tamiz. No me des más consejos
ni dejes que el consuelo encante mis oídos,
salvo que venga de un desgraciado como yo.
Encuentra un padre que haya amado tanto a su hija,
y cuya felicidad ella haya aplastado tanto,
y pídele que te hable de paciencia.
Mide su dolor por lo extenso y hondo del mío,
y que a cada emoción fuerte responda una igual,
esto por esto, tal pena por tal pena,
en cada rasgo, parte, forma y aspecto.
Si tal hombre sonrío y se atusa la barba,
al diablo el dolor y di «ejem» en vez de gemir,
cura la pena con proverbios, emborracha la desgracia
con gastacandelas, tráemelo después,
y yo acumularé su paciencia.
Pero no hay tal hombre; porque, hermano, los hombres
aconsejan y hablan de consuelo si la pena
no la sienten ellos mismos; pero al probarla,
el consejo, que antes daba a la cólera
precepto medicinal, encadenaba la locura
con hilo de seda, daba al dolor aire
y a la agonía palabras, se vuelve pasión.
No, no, es oficio de hombres hablar de paciencia
a quienes se retuercen bajo el peso del dolor,
mas ningún hombre tiene virtud o suficiencia
como para moralizar cuando a él le toca
soportar lo mismo. Por eso, no me des consejos
que los gritos de mis penas son más fuertes.

ANTONIO En esto los hombres no difieren de los niños.

LEONATO Calla, te lo ruego; quiero ser de carne y sangre,
pues, por más que hayan escrito como dioses,
y se hayan burlado del azar y el sufrimiento,
no ha habido hasta ahora filósofo
capaz de aguantar con paciencia el dolor de muelas.

ANTONIO Pero no vuelvas todo el daño contra ti;
que quienes te han ofendido también sufran.

LEONATO En eso hablas con razón. Sí, así lo haré.
Mi alma me dice que Hero ha sido calumniada,
y eso lo sabrá Claudio, el príncipe también,
y todos los que así la han deshonrado.

*Entran el príncipe DON PEDRO
y CLAUDIO.*

ANTONIO Aquí vienen el príncipe y Claudio muy de prisa.

DON PEDRO Buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO Buenas a ambos.

LEONATO ¿Lo oyen, señores?

DON PEDRO Tenemos cierta prisa, Leonato.

LEONATO ¡Cierta prisa, mi señor! Bien, adiós, señor.
¿Tanto apuro ahora? Bien, no importa.

DON PEDRO ¡Bah! No busques riña con nosotros, buen anciano.

ANTONIO Si obtuviera satisfacción con una riña,
alguno de nosotros besaría el suelo.

CLAUDIO ¿Quién lo ha ofendido?

LEONATO Por la Virgen, tú, impostor, tú.
No eches mano a tu espada, no te temo.

CLAUDIO Por la Virgen, maldiga usted mi mano
si le diera a su vejez motivo de temor.
A fe, mi mano nada quería con mi espada.

LEONATO Fuera, no te mofes ni te burles de mí.
No hablo como un viejo senil ni como un tonto,
para jactarme, bajo privilegio de la edad,
de lo que hice de joven, o de lo que haría

si no fuera viejo. Entérate, Claudio:
has ultrajado tanto a mi hija inocente, y a mí,
que no puedo sino dejar de lado el respeto
y con mis canas y los golpes de tantos días
desafiarte a prueba de hombría.
Digo que has calumniado a mi inocente niña.
Tu injuria le ha atravesado el corazón,
y ahora reposa enterrada con sus ancestros.
Ah, en una tumba donde jamás durmió un escándalo
salvo este suyo, fraguado por tu infamia.

CLAUDIO ¿Mi infamia?

LEONATO La tuya, Claudio, la tuya, eso digo.

DON PEDRO Te equivocas, anciano.

LEONATO Señor, señor,
lo probaré en su cuerpo si se atreve,
a pesar de su ágil esgrima y su práctica activa,
su juventud de mayo y su lascivia en flor.

CLAUDIO Fuera, no quiero nada con usted.

LEONATO ¿Puedes rechazarme así? Has matado a mi hija.
Si me matas, muchacho, matarás a un hombre.

ANTONIO Seremos dos a quienes mate, y hombres en verdad.
Pero eso no importa, que mate a uno primero.
Vénceme y despójame. Dejen que me conteste.
Ven, muchacho, sígueme; y ven tú, hombre infantil.
Te haré dejar la esgrima a fuerza de azotes.
Sí, como que soy un caballero, lo haré.

LEONATO Hermano.

ANTONIO Cálmate. Dios sabe que amé a mi sobrina,
y ella ha muerto, ultrajada a muerte por villanos
que se animan tanto a enfrentar a un hombre
como yo a agarrar una serpiente por la lengua.
¡Críos, monos, fanfarrones, bellacos, calzonudos!

LEONATO Hermano Antonio...

ANTONIO Tranquilo. Vaya, hombre, los conozco, sí,
y sé lo que pesan hasta el último escrúpulo.
Mozos peleadores, insolentes, petimetres

que mienten, engañan, befan, difaman y calumnian.
Con fachas de bufón muestran aires de temer,
y con docenas de palabras de amenaza,
dicen cómo herirían a sus rivales,
si se atrevieran. Y eso es todo.

LEONATO Pero hermano Antonio...

ANTONIO Vamos, no es tu problema.
No te mezcles, déjame resolverlo.

DON PEDRO Caballeros, no queremos probar su paciencia.
Mi corazón lamenta la muerte de tu hija,
pero por mi honor que no fue acusada de algo
que no fuera cierto y muy probado.

LEONATO Mi señor, mi señor...

DON PEDRO Me niego a escucharte.

LEONATO ¿No? Vamos, hermano, fuera de aquí. Ya me oirán.

ANTONIO Será así, o a alguno de nosotros va a pesarle.

*Salen LEONATO y ANTONIO.
Entra BENEDICTO.*

DON PEDRO Vean, vean, aquí viene el hombre que buscábamos.

CLAUDIO Bien, señor, ¿qué nuevas hay?

BENEDICTO (A DON PEDRO.) Buenos días, mi señor.

DON PEDRO Bienvenido, señor. Por poco llegas a tomar parte de una pendencia.

CLAUDIO Por poco dos ancianos sin dientes nos mascan las narices.

DON PEDRO Leonato y su hermano. ¿Qué piensas? Si hubiéramos peleado, dudo de
que habríamos sido demasiado jóvenes para ellos.

BENEDICTO En una disputa falsa no hay verdadero coraje. Venía en busca de los
dos.

CLAUDIO Nosotros andábamos buscándote por todas partes; es que estamos muy
melancólicos y nos encantaría librarnos de ello. ¿Usarás tu ingenio?

BENEDICTO Está en la vaina de mi espada. ¿Lo saco?

DON PEDRO ¿Llevas el ingenio al costado?

CLAUDIO Nadie lo ha llevado así, aunque hay muchos cuyo ingenio conviene dejar

a un lado. Te pediré que desenvaines como hacemos con los juglares, que desenvaines para divertirnos.

DON PEDRO Por mi honradez que se lo ve pálido. ¿Estás enfermo, o enojado?

CLAUDIO Vamos, hombre, valor. Aunque las preocupaciones mataron al gato, tú tienes bastante temple como para matar los cuidados.

BENEDICTO Señor, si cargas contra mí me encontraré con tu ingenio al galope. Te ruego que cambies de tema.

CLAUDIO Pues entonces, dale otra lanza. Esta última se partió en dos.

DON PEDRO Por esta luz, cómo le cambia la cara. Creo que está enojado de verdad.

CLAUDIO Si lo está, sabrá cómo dar la vuelta al cinto.

BENEDICTO (*Aparte a CLAUDIO.*) ¿Puedo decirte una palabra al oído?

CLAUDIO Que Dios me libre de un reto.

BENEDICTO Eres un villano. No bromeo. Lo probaré donde, como y cuando quieras. Dame una satisfacción, o proclamaré tu cobardía. Has matado a una tierna dama y su muerte te pesará. Te escucho.

CLAUDIO Bien, te saldré al encuentro, así tengo un buen jolgorio.

DON PEDRO ¿Cómo, un festín? ¿Un festín?

CLAUDIO A fe que le agradezco: me ha invitado a cabeza de ternera y a capón, y si no los trincho con mucho esmero será culpa de mi cuchillo. ¿No habrá también alguna chocha?

BENEDICTO Señor, tu ingenio se pavonea bien; anda con gran soltura.

DON PEDRO Te diré cómo elogió Beatriz tu ingenio el otro día. Yo dije que tenías una gracia fina. «Es verdad —dijo ella—, una fina gracia menuda.» «No —dije—, una gracia enorme.» «Correcto —dijo ella—, una gracia grosera y enorme.» «No —dije—, una buena gracia.» «Exacto —dijo ella—, no hiera a nadie.» «No es así —dije—, el caballero es discreto.» «Cierto —dijo ella—, un discreto caballero.» «No —dije—, tiene don de lenguas.» «Eso lo creo —dijo ella—, porque el lunes por la noche me juró una cosa que desmintió el martes por la mañana. Eso es tener una lengua doble, es tener dos lenguas.» Y se pasó una hora desfigurando así tus peculiares virtudes, aunque al final, con un suspiro, acabó diciendo que eras el hombre más hermoso de Italia.

CLAUDIO Tras lo cual se puso a llorar de todo corazón y dijo que la tenía sin cuidado.

DON PEDRO Sí, así fue. Pero a pesar de todo, si no lo odiara a muerte lo amaría profundamente. Nos lo contó la hija del anciano.

CLAUDIO Todo, todo. Lo que es más, Dios lo vio cuando se ocultaba en el jardín.

DON PEDRO ¿Pero cuándo pondremos los cuernos del toro salvaje en la cabeza del sensible Benedicto?

CLAUDIO Sí, con un letrero que abajo diga: «Aquí vive Benedicto, el casado».

BENEDICTO Cuídate, mozo; conoces mis intenciones. Ahora los dejo a su humor de comadres. Blanden ustedes sus bromas como los fanfarrones sus espadas, las cuales, a Dios gracias, no hieren. (A DON PEDRO.) Mi señor, le agradezco por sus muchas amabilidades. No debo seguir en su compañía. Su hermano el bastardo ha huido de Mesina. Entre todos ustedes han matado a una dama dulce e inocente. En cuanto al señor Lampiño aquí presente, los dos nos encontraremos; hasta entonces, la paz sea con él.

Sale.

DON PEDRO Habla en serio.

CLAUDIO Profundamente, y le aseguro que es por amor a Beatriz.

DON PEDRO Y te ha desafiado.

CLAUDIO Con toda sinceridad.

DON PEDRO ¡Qué cosa linda es el hombre cuando sale en calzas y ropillas y olvida el ingenio!

*Entran los alguaciles DOGBERRY y VERGES, la ronda,
CONRADO y BORACHIO.*

CLAUDIO Entonces es un gigante al lado de un mono. Pero a su lado el mono es un doctor.

DON PEDRO Pero espera, deja eso... Despierta, corazón, y ponte triste. ¿No dijo el hombre que mi hermano había huido?

DOGBERRY Venga, señor, si la justicia no logra domarlo, nunca más podrá pesar razones en su balanza. No; y solo una vez si usted es un hipócrita blasfemo, también habrá que ponerlo a buen recaudo.

DON PEDRO ¿Cómo?, ¿presos dos de los hombres de mi hermano? Uno es Borachio.

CLAUDIO Infórmese de su delito, mi señor.

DON PEDRO Oficiales, ¿qué delito han cometido estos hombres?

DOGBERRY Caray, señor, han cometido rumores falsos y además han dicho mentiras, segundo son calumnios, sexto y último han desmentido a una dama, tercero han verificado cosas injustas, y para acabar, son unos bellacos mentirosos.

DON PEDRO Primero te pregunto qué han hecho, tercero te pregunto cuál es su delito, sexto y último por qué están arrestados, y para acabar, qué cargos les imputas.

CLAUDIO Bien razonado, y con su propio orden. Y por mi honor que le veo un sentido adecuado.

DON PEDRO (A CONRADO y BORACHIO.) ¿A quién han ofendido, maestros, que están atados para responder? Este sabio alguacil es demasiado astuto para entenderlo. ¿Qué falta ha cometido?

BORACHIO Dulce príncipe, no me deje ir más allá de la respuesta. Escúcheme, y que después el conde me mate. Lo he engañado a ojos vistas. Lo que su razón no pudo descubrir, estos tontos superficiales lo han sacado a la luz, pues anoche me oyeron confesar a este hombre cómo su hermano don Juan me incitó a difamar a la dama Hero, cómo fue usted conducido al jardín y me vio cortejar a Margarita en traje de Hero, cómo usted la repudió cuando debió haberse casado con ella. Tienen pruebas escritas de mi infamia, la cual preferiría sellar con mi muerte a repetirla para mi deshonor. Gracias a mi falsa acusación y a la de mi amo la dama está muerta, y en suma no deseo más que el pago de un villano.

DON PEDRO (A CLAUDIO.) ¿No entran como hierro estas palabras en tu sangre?

CLAUDIO He bebido veneno mientras las pronunciaba.

DON PEDRO (A BORACHIO.) ¿Pero fue mi hermano el que te indujo a esto?

BORACHIO Sí, y me pagó con creces para que lo pusiera en práctica.

DON PEDRO Él está compuesto y hecho de traiciones,
y tras esta villanía ha escapado.

CLAUDIO Dulce Hero, ahora tu imagen se me aparece
en el exquisito aspecto que amé primero.

DOGBERRY Vamos, lleven a los demandantes. A estas horas nuestro escribano habrá reformado del asunto al señor Leonato. Y maestros, no se olviden de especificar, en el tiempo y lugar oportunos, que soy un asno.

VERGES Aquí, aquí llega el maestro señor Leonato, y también el escribano.

Entran LEONATO, su hermano ANTONIO

y el ESCRIBANO.

LEONATO ¿Cuál es el villano? Déjenme ver sus ojos,
para que cuando divise a un hombre semejante,
lo pueda evitar. ¿Cuál de estos es?

BORACHIO Si quiere conocer al que lo ultrajó, mírame a mí.

LEONATO ¿Eres tú el esclavo cuyo aliento ha matado
a mi inocente hija?

BORACHIO Sí, yo solo.

LEONATO No, no es así, villano; te calumnias.
He aquí un par de hombres respetables.
Ha huido un tercero que tomó parte en ello.
Príncipes, les agradezco la muerte de mi hija.
Inscríbanla junto a sus altos y dignos hechos.
Si lo meditan un poco, fue un acto de valor.

CLAUDIO No sé cómo rogarle su indulgencia,
mas debo hablar. Escoja usted mismo su venganza,
impóngame la pena que su imaginación
conciba. Aunque no pequé más
que por error.

DON PEDRO Tampoco yo, por mi alma;
mas para dar satisfacción a este buen anciano
me doblaría bajo la carga más pesada
a que él me obligue.

LEONATO No puedo pedirles que hagan vivir a mi hija,
—eso sería imposible—, pero les ruego a ambos
que informen al pueblo de Mesina
cuán inocente murió ella; y si el amor
puede extraer frutos de su triste inventiva,
cuelguen sobre su tumba un epitafio
y a los huesos de ella canten, canten esta noche.
Mañana por la mañana vengan a mi casa,
y tú, que no has podido ser mi yerno,
sé mi sobrino. Mi hermano tiene una hija,
que es casi una copia de mi hija muerta,
y es única heredera de los dos.
Dale el derecho que le hubieras dado a su prima,
y así se apagará mi venganza.

CLAUDIO ¡Noble señor!

Su bondad excesiva me arranca el llanto.
Abraza su oferta; y disponga
de ahora en más del pobre Claudio.

LEONATO Entonces esperaré mañana su llegada.

Por esta noche me despido. Este hombre cruel
será careado con Margarita,
la cual, creo, fue cómplice en esta infamia,
comprada para ello por tu hermano.

BORACHIO No lo fue, lo juro,

ni supo qué estaba haciendo cuando habló conmigo;
más bien ha sido siempre justa y virtuosa,
en todo lo que yo conozco de ella.

DOGBERRY (A LEONATO.) Además, señor, lo que por cierto no está en blanco y negro, el demandante aquí presente, el ofensor, me llamó asno. Le ruego que eso se recuerde al castigarlo. Y también la ronda lo oyó mencionar a un tal Deforme. Dicen que lleva una llave en la oreja y colgado de ella un rizo, y en nombre de Dios presta dinero, cosa que lleva haciendo tanto tiempo y sin pagar nunca que los hombres se han vuelto duros y no quieren prestar nada por amor de Dios. Le ruego que lo interrogue sobre este punto.

LEONATO Gracias por tu cuidado y honradas molestias.

DOGBERRY Su Señoría habla como el más respetuoso y agradecido mozo, y alabo a Dios por usted.

LEONATO (*Dándole dinero.*) Toma, por tus molestias.

DOGBERRY Que Dios proteja la fundación.

LEONATO Vete. Te descargo de tu prisionero y te doy las gracias.

DOGBERRY Dejo a un completo bellaco con Su Señoría, y ruego a Su Señoría que para ejemplo de otros se corrija. Dios cuide a Su Señoría, le deseo lo mejor. Dios restaure su salud. Humildemente le doy licencia para partir, y si puede desearse un feliz encuentro, que Dios lo prohíba. Vamos, vecino.

Salen DOGBERRY y VERGES.

LEONATO Hasta mañana en la mañana, señores. Adiós.

ANTONIO Adiós, señores. Los esperamos mañana.

DON PEDRO No fallaremos.

CLAUDIO Esta noche lloraré a Hero.

LEONATO (*A la ronda.*) Llévense a esos tipos... Contaremos a Margarita que se hizo amiga de un depravado.

Salen.

ESCENA II

Entran BENEDICTO y MARGARITA.

BENEDICTO Te ruego, dulce Margarita, hazte acreedora de mi gratitud ayudándome a hablar con Beatriz.

MARGARITA ¿Escribirás pues un soneto alabando mi belleza?

BENEDICTO En tan alto estilo, Margarita, que ningún hombre viviente quedará por encima; porque la verdad sea dicha, te lo mereces.

MARGARITA ¡No tener ningún hombre encima! ¿Por qué estarán siempre debajo?

BENEDICTO Tu ingenio es tan rápido como la boca del galgo que atrapa al vuelo.

MARGARITA Y el tuyo tan romo como un florete de práctica, que toca pero no hiera.

BENEDICTO Un ingenio varonil, Margarita, no heriría a una mujer. Te ruego pues que llames a Beatriz. Te rindo los broqueles.

MARGARITA Danos las espadas. Tenemos broqueles propios.

BENEDICTO Si los usas, Margarita, debes ajustar las picas con un tornillo... Y son armas peligrosas para las doncellas.

MARGARITA Bien, te llamaré a Beatriz, que creo tiene piernas.

Sale.

BENEDICTO Y por lo tanto vendrá. (*Canta.*)

El dios del amor,
que está allá en lo alto,
y me conoce, y sabe,
cuanta compasión merezco...

Al cantar, digo; pero en cuestión amorosa, ni a Leandro el buen nadador, ni a Troilo el primero que empleó a alcahuetes, ni a un libro entero lleno de esos héroes de salón de otrora, cuyos nombres todavía andan tranquilamente

por el camino llano del verso libre, jamás los ha puesto de cabeza el amor como a mi pobre persona. Por la Virgen, no lo puedo mostrar en rima. Lo he intentado. No logro encontrar para «dama» más rima que «rana», una rima inocente. Para «tierno», «cuerno», una rima dura; para «escueta», «vela», una rima idiota. Conclusiones muy ominosas. No, no nací bajo un planeta poético, ni puedo cortejar con retórica lujosa. (*Entra BEATRIZ.*) Dulce Beatriz, ¿vienes cuando te llamo?

BEATRIZ Sí, señor, y me voy cuando lo pides.

BENEDICTO Oh, pero quédate hasta entonces.

BEATRIZ «Entonces» ya está dicho. Adiós ahora. Pero antes de partir, déjame hacerlo con lo que me hizo venir, que es saber qué ha pasado entre tú y Claudio.

BENEDICTO Solo palabras sucias, y ahora te besaré.

BEATRIZ Las palabras sucias no son sino viento sucio, y el viento sucio es solo aliento sucio, y el aliento sucio da náuseas; de modo que partiré sin ser besada.

BENEDICTO Has ahuyentado las palabras de su verdadero sentido, tan impetuoso es tu ingenio. Pero debo decírtelo llanamente. Claudio está bajo mi desafío; y, o me responde pronto, o proclamaré su cobardía. Y te ruego decirme ahora, ¿por cuál de mis malas partes te enamoraste primero de mí?

BEATRIZ Por todas juntas, que mantienen un estado de perfidia bajo tan astuto gobierno que no admiten que nada bueno se mezcle con ellas. Pero, ¿por cuál de mis buenas partes empezaste a sufrir de tu amor por mí?

BENEDICTO «Sufrir de amor»..., un buen epíteto. En efecto, sufro de amor, porque te amo contra mi voluntad.

BEATRIZ A pesar de tu corazón, supongo. Ay, pobre corazón. Si lo compadeces por culpa mía, yo lo compadeceré por la tuya, pues nunca amaré aquello que odia un amigo.

BENEDICTO Tú y yo somos demasiado sabios para cortejarnos apaciblemente.

BEATRIZ No lo parece, oyendo esta confesión. No hay entre veinte hombres sabios uno que se alabe a sí mismo.

BENEDICTO Un proverbio viejo, viejo, Beatriz, que viene de días de buena vecindad. Si en estos tiempos un hombre no erige su propia tumba antes de morir, su monumento no vivirá más que el son de las campanas y el llanto de su viuda.

BEATRIZ ¿Y cuándo es eso, según tú?

BENEDICTO Buena pregunta... Bien, una hora de doble y un cuarto de hora de lágrimas. De modo que conviene a un hombre inteligente, si don Gusano, su conciencia, no encuentra ningún impedimento, ser trompeta de sus propias virtudes, como yo lo soy de las mías. Por eso me ensalzo a mí mismo, ya que, como puedo atestiguar, soy digno de alabanza. Y ahora dime, ¿cómo está tu prima?

BEATRIZ Muy decaída.

BENEDICTO ¿Y tú?

BEATRIZ Muy decaída también.

BENEDICTO Sirve a Dios, ámame, y recupérate. Ahí te dejaré también, pues alguien se acerca aprisa.

Entra ÚRSULA.

ÚRSULA Señora, debe venir donde su tío. Hay un gran alboroto allí adentro, en la casa. Está probado que mi dama Hero ha sido acusada falsamente, que al príncipe y a Claudio los engañaron mucho, y que don Juan, el autor de todo, ha huido. ¿Vendrá en seguida?

BEATRIZ ¿Irás a escuchar estas noticias, señor?

BENEDICTO Viviré en tu corazón, moriré en tu regazo, y me enterrarán en tus ojos. Aparte de esto, iré contigo a ver a tu tío.

Salen.

ESCENA III

*Entran CLAUDIO, el príncipe DON PEDRO
y tres o cuatro con cirios, todos de negro.*

CLAUDIO ¿Este es el mausoleo de Leonato?

UN SEÑOR Es este, mi señor.

CLAUDIO (*Leyendo un rollo.*) «Muerta por lenguas calumniadoras fue la Hero que aquí descansa.

La muerte, en premio a sus agravios
le da perdurable fama.

Así la vida que murió en desgracia
vive en la muerte con gloria.»

Cuelga el epitafio sobre la tumba.

Pende tú allí de esta lápida,
y cuando yo enmudezca, elógiala.
Ahora, músicos, toquen y canten su himno solemne.

Canción.

Perdona, tú, diosa de la noche,
a quienes a tu virgen mataron,
por lo que con cantos dolidos
en torno a su tumba ahora rondan.
Medianoche, asiste este lamento,
ayúdanos a exhalar suspiros,
profundamente, profundamente.
Ábranse tumbas, cedan sus muertos
y que la Muerte llorada sea,
profundamente, profundamente.

Ahora, buenas noches a tus huesos.
Todos los años cumpliré este rito.

DON PEDRO Buenos días, maestros, apaguen sus antorchas.
Los lobos ya han cazado, y vean: el gentil día
mucho antes de que las ruedas de Febo giren
motea de manchas grises el oriente adormecido.
Gracias a todos, y déjennos. Pásenla bien.

CLAUDIO Buenos días, maestros. Cada cual por su lado.

DON PEDRO Vámonos de aquí, y vestidos con otras ropas,
marcharemos a casa de Leonato.

CLAUDIO Y que Himeneo ahora nos trate mejor
que aquella por quien pagamos esta pena.

ESCENA IV

*Entran LEONATO, ANTONIO, BENEDICTO, BEATRIZ,
MARGARITA, ÚRSULA, FRAY FRANCISCO y HERO.*

FRAILE ¿No les dije yo que era inocente?

LEONATO Tal como el príncipe y Claudio, que la acusaron
por el error que escucharon ustedes debatir.
Pero Margarita tiene en esto algo de culpa,

aunque contra su voluntad, como parece
según el debido curso del interrogatorio.

ANTONIO Bien, me alegra que todo acabe tan bien.

BENEDICTO A mí también, ya que estaba obligado
a pedirle cuentas por ello al joven Claudio.

LEONATO Bien, hija mía, y todas ustedes, señoritas,
retírense solas a una habitación,
cuando las haga llamar, vengan con máscaras.

Salen BEATRIZ, HERO, MARGARITA y ÚRSULA.

El príncipe y Claudio prometieron visitarme
a esta hora. Conoces tu tarea, hermano,
debes ser el padre de la hija de tu hermano,
y dársela al joven Claudio.

ANTONIO Cosa que haré con expresión grave.

BENEDICTO Fray, debo molestarlo, creo yo.

FRAILE ¿Para, señor?

BENEDICTO Para hacerme o deshacerme, una de dos. Señor Leonato, la verdad es,
buen señor,
que su sobrina me mira con ojos favorables.

LEONATO Mi hija se los prestó, es la pura verdad.

BENEDICTO Y yo la correspondo con ojos de amor.

LEONATO Visión que, según creo, tienes gracias a mí.
y a Claudio y el príncipe. Pero ¿qué quieres?

BENEDICTO Su respuesta, señor, es enigmática.

En cuanto a mi deseo, es que su buen deseo
esté al lado del nuestro, que es unirnos hoy
en estado de honroso matrimonio.

Para lo cual, buen fraile, desearé su ayuda.

LEONATO Mi corazón está de tu parte.

FRAILE Y mi ayuda. Aquí vienen el príncipe y Claudio.

Entran el príncipe DON PEDRO y CLAUDIO, con acompañantes.

DON PEDRO Buenos días a esta noble reunión.

LEONATO Buenos días, príncipe. Buenos, Claudio.

Los esperábamos. ¿Estás aún dispuesto
a casarte hoy con la hija de mi hermano?

CLAUDIO Mantendré mi intención, aunque fuera una etíope.

LEONATO Llámala, hermano; aquí está el fraile dispuesto.

Sale ANTONIO.

DON PEDRO Buenos días, Benedicto. ¿Qué pasa
que tienes esa cara de febrero,
tan llena de hielo, tormenta y nubarrones?

CLAUDIO Yo creo que piensa en lo del toro salvaje.
Vamos, hombre, no temas, te doraremos las astas,
y toda Europa se regocijará contigo
como una vez Europa con el lascivo Júpiter
cuando hizo de noble bestia enamorada.

BENEDICTO El toro Júpiter, señor, tenía un mugido amable;
a la vaca de tu padre la montó un toro extraño
y de la noble hazaña resultó un ternero
muy como tú, porque tienes su mismo berrido.

*Entra ANTONIO seguido de HERO, BEATRIZ,
MARGARITA y ÚRSULA con máscaras.*

CLAUDIO Quedo en deuda contigo. Otra cuenta que arreglar.
¿Cuál es la dama de la que debo valerme?

ANTONIO Es esta, y yo te la entrego.

CLAUDIO Así pues, es mía. Déjame ver tu rostro, dulce.

LEONATO No, no lo harás hasta que aceptes su mano
ante este fraile y jures casarte con ella.

CLAUDIO (A HERO.) Dame su mano ante este fraile santo.
Soy su esposo si le plazco a usted.

HERO (*Quitándose la máscara.*)
Y cuando vivía yo era tu otra esposa;
y tú eras mi otro esposo cuando amabas.

CLAUDIO ¡Otra Hero!

HERO Nada más cierto.
Una Hero murió ultrajada, pero yo vivo,

y tan seguro como que vivo, es que soy doncella.

DON PEDRO ¡La antigua Hero! ¡fiero la que murió!

LEONATO Murió, señor, solo mientras vivió su infamia.

FRAILE Disminuiré este asombro

cuando al terminar los sagrados ritos
les cuente en detalle de la bella Hero y de su muerte.
En tanto, sea el asombro corriente y común,
y vayamos de inmediato a la capilla.

BENEDICTO De a poco, fraile. ¿Cuál es Beatriz?

BEATRIZ (*Sacándose la máscara.*) Respondo a ese nombre.
¿Qué quieres?

BENEDICTO ¿No me amas?

BEATRIZ Bueno, no, no más de lo razonable.

BENEDICTO Bien, pues, tu tío el príncipe y Claudio
han sido engañados. Ellos juraban que sí.

BEATRIZ ¿Tú no me amas?

BENEDICTO En honor, no más de lo razonable.

BEATRIZ Pues bien, mi prima, Margarita y Úrsula
han sufrido un gran engaño,
porque ellas juraban que sí.

BENEDICTO Juraron que estabas casi enferma por mí.

BEATRIZ Juraron que por mí casi morías.

BENEDICTO Nada de eso. ¿Entonces tú no me amas?

BEATRIZ No, de veras; solo en recompensa amistosa.

LEONATO Vamos, sobrina, estoy seguro de que lo amas.

CLAUDIO Y yo juraré que la ama él,
pues aquí hay un papel escrito de su mano,
un exaltado soneto de su propio cerebro,
dedicado a Beatriz.

HERO He aquí otro, escrito
de mano de mi prima, y hurtado de su bolsillo,
que contiene su afecto por Benedicto.

BENEDICTO ¡Milagro! He aquí nuestras manos enfrentadas a nuestros corazones.
Ven, te tendré. Pero por esta luz que te tendré por lástima.

BEATRIZ No te rechazaré, pero por este buen día, cedo bajo fuerte persuasión y en parte por salvarte la vida, pues me dijeron que te estabas consumiendo.

BENEDICTO (*Besándola.*) Calla, te cerraré la boca.

DON PEDRO ¿Cómo estás, Benedicto el casado?

BENEDICTO Se lo diré, príncipe: ni un colegio entero de burlones podría cambiarme el ánimo. ¿Cree que me preocupan una sátira o un epigrama? No, si un hombre se deja vencer por las bromas, no tiene derecho ni a vestirse bien. En breve, como mi propósito es casarme, no pensaré nada en lo que el mundo diga, y por lo tanto no se burlen de mí por lo que haya dicho en contra. Porque el hombre es una criatura inconstante, y esta es mi conclusión. Por tu parte, Claudio, por cierto que pensé en pegarte, pero como es probable que seas mi pariente, vive intacto y ama a mi prima.

CLAUDIO Bien habría esperado que rechazaras a Beatriz, para poder arrancarte yo de la soltería y hacerte un hombre de vida doble, lo cual serás sin duda si mi prima no te vigila de cerca.

BENEDICTO Vamos, vamos, somos amigos. Bailemos antes de casarnos, y aligeremos así los corazones y los talones de nuestras mujeres.

LEONATO Ya bailaremos después.

BENEDICTO Antes, por mi palabra. Así que toquen, músicos. (A DON PEDRO.) Príncipe, usted está triste, consígase una esposa. No hay bastón más respetable que el que termina en cuerno.

Entra un mensajero

MENSAJERO Mi señor, su hermano Juan fue detenido cuando escapaba, y hombres armados lo traen de vuelta a Mesina.

BENEDICTO No pienses en eso hasta mañana. Idearé para él castigo excelente. Suenen, chirimías.

Baile, y salen.



COMO LES GUSTE

versión de
María Enriqueta González Padilla

Probablemente escrita en 1599, fue inscrita en el registro de publicaciones en verano de 1600, pero no fue impresa en esa fecha. Se ha especulado con que la obra pudiera ser la que menciona Francis Meres en su inventario de 1598 con el título de *Trabajos de amor ganados*, uno de los fantasmas de la bibliografía shakespeariana. Se publicó por primera vez en el Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

DUQUE propietario, confinado en el destierro
DUQUE FEDERICO, hermano suyo y usurpador de sus dominios
LE BEAU, cortesano al servicio de Federico
CARLOS, luchador al servicio de Federico
TOUCHSTONE, bufón
OLIVERIO, hijo del señor Roldán de Boys
ORLANDO, hijo del señor Roldán de Boys
JAQUES, hijo del señor Roldán de Boys
DENNIS, sirviente de Oliverio
ADÁN, sirviente de Oliverio
AMIÉNS, noble acompañantes del duque desterrado
JAQUES, noble acompañantes del duque desterrado
CORIN, pastor del bosque de Arden
SILVIO, pastor del bosque de Arden
GUILLERMO, rústico
Sir OLIVERIO Martext, vicario de una parroquia rural
ROSALINDA, hija del duque desterrado
CELIA, hija del duque Federico
FEBE, pastora
AUDREY, cabrera
Nobles del séquito de los duques, pajes y acompañantes

PRIMER ACTO

ESCENA I

Jardín junto a la casa de Oliverio. Entran ORLANDO y ADÁN.

ORLANDO Según recuerdo, Adán, fue de este modo que me legaron en testamento un pobre millar de corona, y como dices, se le encargó a mi hermano, por su bendición, que me educara bien; y ahí es donde comienza mi desdicha. A mi hermano Jaques lo tiene en la escuela, y son de oro los informes de su aprovechamiento; pero a mí me mantiene en casa como un rústico, o mejor dicho, me retiene aquí en casa sin criarme; porque ¿puedes llamar crianza para un caballero de mi rango, lo que no difiere del encierro que se le da a un buey? Están mejor criados sus caballos, porque además de que se ponen lucios con su pienso, se les da escuela, y a tal fin se alquilan carísimos picadores. Pero yo, su hermano, no aprovecho bajo su tutela sino en estatura, por la cual los animales de sus estercoleros le están tan obligados como yo. Además, esta nada que me da con tanta abundancia, lo poco que la naturaleza me ha dado, me lo quiere escatimar con su comportamiento. Me hace que coma con sus criados, me impide ocupar el lugar de hermano, y en cuanto depende de él estropea mi buena cuna con mala educación. Esto es, Adán, lo que me aflige, y el espíritu de mi padre que creo está en mí, comienza a rebelarse contra esta servidumbre. Ya no puedo aguantarla, aunque no sé de ningún remedio prudente para librarme de ella.

ADÁN Ahí viene su hermano.

ORLANDO Apártate, Adán, y oirás cómo me trata.

Entra OLIVERIO.

OLIVERIO ¡Hola, tú! ¿Qué haces aquí?

ORLANDO Nada. No se me enseña a hacer nada.

OLIVERIO ¿Qué echas a perder entonces?

ORLANDO Pues mira, estoy ayudándote a deshacer lo que Dios hizo, un pobre e indigno hermano tuyo, con ayuda de la ociosidad.

OLIVERIO Pues mira, busca mejor empleo y vete a la porra.

ORLANDO ¿Quieres que cuide tus puercos y coma cáscaras con ellos? ¿Qué herencia pródiga he derrochado que deba soportar tal penuria?

OLIVERIO ¿No sabes dónde estás?

ORLANDO Claro que sí, aquí en tu huerta.

OLIVERIO ¿Sabes delante de quién?

ORLANDO Sí, mejor que el que está delante de mí sabe quién soy yo. Sé que eres mi hermano mayor y por afinidad de sangre debías reconocerme. El fuero de las naciones admite que seas mi superior, en cuanto que eres el primogénito, pero esa misma tradición no me priva de la sangre, aunque hubiera entre nosotros veinte hermanos. Tengo en mí tanto de mi padre como tú, aunque confieso que el que tú nacieras antes que yo te acerca más al respeto que le debes.

OLIVERIO (*Pegándole.*) ¿Qué dices, muchacho?

ORLANDO (*Agarrándolo con mano de luchador.*) Vamos, vamos, hermano mayor. Eres muy joven en esto.

OLIVERIO ¿Me vas a poner la mano encima, villano?

ORLANDO No soy villano. Soy el hijo menor de don Roldán de Boys. Él fue mi padre, y es tres veces más villano el que dice que ese padre engendró villanos. Si no fueras mi hermano, no quitaría mi mano de tu garganta hasta que con la otra te hubiera arrancado la lengua por decir eso. Te ofendes a ti mismo.

ADÁN Queridos amos, tengan paciencia. Por el recuerdo de su padre, reconcíliense.

OLIVERIO Suéltame, te digo.

ORLANDO No lo haré hasta que quiera: tendrás que oírme. Mi padre te ordenó en su testamento que me dieras buena educación, pero tú me has educado como rústico, oscureciendo y escondiendo en mí todas las cualidades de caballero. El espíritu de mi padre se está fortaleciendo en mí y ya no puedo soportarlo. Por tanto, concédeme los ejercicios que convienen a un caballero, o dame el pobre legado que mi padre me dejó en su testamento; con él me iré a probar fortuna.

OLIVERIO ¿Y qué vas a hacer? ¿Mendigar cuando lo hayas gastado? Bueno, entra. No dejaré que me importunes más. Tendrás una parte de lo que deseas. Te suplico que me sueltes.

ORLANDO No te molestaré más de lo que conviene a mis intereses.

OLIVERIO Vete con él, perro viejo.

ADÁN ¿Perro viejo es mi recompensa? Muy cierto, he perdido los dientes en tu

servicio. ¡Que Dios sea con mi antiguo amo! Él no habría dicho eso.

Salen ORLANDO y ADÁN.

OLIVERIO ¿Conque esas tenemos? Empiezas a encaramarte. Ya curaré yo tu insolencia y no te daré nada de las mil coronas. ¡Hola, Dennis!

Entra DENNIS.

DENNIS ¿Llama su señoría?

OLIVERIO ¿No estaba aquí Carlos, el luchador del duque para hablar conmigo?

DENNIS Si le place está aquí, a la puerta, e insiste en hablar con usted.

OLIVERIO Dile que entre. (*Sale DENNIS.*) Este será un buen recurso; mañana es la lucha.

Entra CARLOS.

CARLOS Buenos días a su merced.

OLIVERIO ¡Mi buen monsieur Carlos! ¿Qué nuevas noticias traes de la nueva corte?

CARLOS No hay noticias en la corte, señor, solo las mismas. O sea, que el viejo duque ha sido desterrado por su hermano menor, el nuevo duque, y tres o cuatro señores adictos a él se han impuesto un destierro voluntario junto con él, y sus tierras y sus rentas enriquecen al nuevo duque, por lo que los ha dejado en libertad de vagabundear.

OLIVERIO ¿Puedes decirme si Rosalinda, la hija del duque, ha sido desterrada con su padre?

CARLOS Oh, no; porque su prima, la hija del nuevo duque, la quiere tanto, pues se criaron juntas desde la cuna, que la habría seguido al exilio o habría muerto al separarse de ella. Está en la corte, y no es menos querida de su tío que su propia hija; que nunca señoras se amaron tanto como ellas se quieren.

OLIVERIO ¿Y dónde va a vivir el viejo duque?

CARLOS Dicen que ya está en el bosque de Arden, y mucha gente alegre con él, y que viven ahí como el viejo Robin Hood de Inglaterra. Dicen que muchos jóvenes caballeros acuden a él todos los días, y que dejan pasar el tiempo sin cuidados como se hacía en la Edad de Oro.

OLIVERIO ¿Conque luchas mañana delante del nuevo duque?

CARLOS Así es, señor, y vine para ponerlo al tanto de una cosa. Se me ha dado a entender secretamente que su joven hermano Orlando se propone venir disfrazado contra mí para tratar de hacerme caer. Mañana, señor, lucho por

mi buen nombre, y el que logre salir de mis manos sin un miembro roto podrá considerarse afortunado. Su hermano es joven y delicado, y por respeto a usted no quisiera lastimarlo, como deberé hacer si viene y defendiendo mi honor. Por lo tanto, por respeto a usted, ¡he venido a informarle de ello, para que lo disuada de su proyecto que es algo que él mismo busca, completamente contra mi voluntad.

OLIVERIO Carlos, te agradezco el afecto que me tienes, el cual hallarás que sabré retribuirte cumplidamente. Yo ya tenía noticia del propósito de mi hermano en ese sentido, y he tratado con suavidad de disuadirlo de ello, pero está resuelto. Te diré, Carlos, que es el sujeto más terco de Francia, lleno de ambición y de envidia hacia las cualidades ajenas y conspirador secreto y pérfido en contra mía que soy su propio hermano. Por lo tanto, haz lo que te convenga. Me da lo mismo que le rompas la nuca con el dedo. Y harás bien en estar prevenido, porque si le causas cualquier daño, o si no se cubre de gloria a tus expensas, atentará contra ti con veneno, tratará de atraparte por traición, y no te dejará nunca hasta que no se cobre indirectamente tu vida de uno u otro modo. Porque te aseguro, y casi con lágrimas lo digo, que no existe ahora nadie tan joven y tan malvado. Me expreso de él fraternalmente, porque si te detallara cómo es, lloraría y habría de enrojecer, y tú palidecerías y te llenarías de asombro.

CARLOS Me alegro cordialmente de haber venido a verlo. Si se presenta mañana, le daré su merecido. Y si después puede sostenerse sobre sus pies, no volveré a luchar por un premio. Y con esto, que Dios guarde a su señoría.

OLIVERIO Adiós, buen Carlos. (*Sale CARLOS.*) Ahora voy a excitar a este travieso. Ojalá que pueda yo verle el fin, porque no sé por qué mi alma lo odia más que nada. Con todo, es amable, falto de escuela, y sin embargo instruido, lleno de nobles ideales, de toda suerte de atractivos para hacerse amar, y tan querido de todo el mundo, y en particular de mi gente que lo conoce mejor, que yo me siento despreciado. Pero no será así por mucho tiempo; este luchador lo resolverá todo. No me resta sino ir a excitar a este muchacho para que vaya allá, y eso haré de inmediato.

Sale.

ESCENA II

*Prado delante del palacio del duque Federico.
Entran ROSALINDA y CELIA.*

CELIA Te ruego, Rosalinda, mi dulce prima, está alegre.

ROSALINDA Querida Celia, manifiesto más alegría de la que siento y ¿quisieras que estuviera más alegre? A menos que pudieras enseñarme a olvidar a un padre desterrado, no debes instruirme cómo recordar ningún placer extraordinario.

CELIA En esto veo que no me quieres con toda la fuerza que te quiero yo. Si mi tío, tu padre desterrado, hubiera mandado al exilio a tu tío que es mi padre el nuevo duque, con tal de que hubieras quedado siempre conmigo, le habría enseñado a mi corazón a tomar a tu padre como mío; y lo mismo harías tú, si la sinceridad de tu afecto hacia mí estuviera tan lealmente templado como el que yo te tengo.

ROSALINDA Bueno, olvidaré la condición de mi estado para regocijarme en el tuyo.

CELIA Bien sabes que mi padre no tuvo más hijos que yo, ni es probable que los tenga, y ciertamente, cuando muera, serás tú su heredera; porque lo que le quitó por la fuerza a tu padre, te lo devolveré yo por afecto. Por mi honor que lo haré, y si quebranto este juramento, déjame convertirme en monstruo. Por tanto, mi amable Rosa, mi querida Rosa, ponte alegre.

ROSALINDA Así lo haré, prima, de ahora en adelante, e inventaré maneras de divertirnos. Vamos a ver, ¿qué te parece si me enamorara?

CELIA Hazlo, por favor, para que nos divirtamos. Pero no quieras a ninguno en serio, ni pases la broma de cierto límite para que puedas con un simple sonrojo, salir de ello con honor.

ROSALINDA ¿Qué juego haremos entonces?

CELIA Sentémonos a burlarnos de la hilandera Fortuna, echémosla de su rueda, para que de ahora en adelante reparta sus dones con equidad.

ROSALINDA Ojalá nos fuera posible, porque sus dones están pésimamente repartidos, y la pródiga ciega yerra sobre todo en lo que reparte a las mujeres.

CELIA Es verdad, porque a las que hace hermosas, rara vez las hace honestas, y a las que hace honestas, las hace poco agraciadas.

ROSALINDA No, en eso acomodas el oficio de la Fortuna al de la Naturaleza. La Fortuna reina sobre los dones mundanos, no sobre los rasgos de la Naturaleza.

CELIA ¿Ah, no? Cuando la Naturaleza hace hermosa a una criatura, ¿no puede por Fortuna caer en el fuego? Aunque la Naturaleza nos haya dado ingenio para burlarnos de la Fortuna, ¿es que la Fortuna no nos envía a este bufón para interrumpir nuestra plática?

ROSALINDA La verdad que la Fortuna es muy cruel con la Naturaleza, cuando hace que un tonto natural interrumpa el ingenio que da la Naturaleza.

CELIA Quizá su llegada no sea obra de la Fortuna, sino de la Naturaleza que percibe que nuestros ingenios naturales son demasiado torpes para argüir de tales diosas, y ha enviado a este tonto natural para que nos sirva de piedra de afilar; porque la estupidez del necio fue siempre la agudeza del discreto. ¿Qué tal, Ingenio? ¿Adónde vas?

TOUCHSTONE Señora, debe usted reunirse con su padre.

CELIA ¿Le haces tú de mensajero?

TOUCHSTONE No, por mi honor, pero me ordenaron que viniera por usted.

CELIA ¿Dónde aprendiste ese juramento, bufón?

TOUCHSTONE De cierto caballero que juraba por su honor que las frituras eran buenas, y juraba por su honor que la mostaza no servía de nada. Ahora yo sostendré que las frituras no servían para nada, y que la mostaza era buena, y sin embargo no era perjuro el caballero.

CELIA ¿Cómo pruebas eso con tu gran caudal de conocimientos?

ROSALINDA Sí, eso es, desembucha ahora tu sabiduría.

TOUCHSTONE Avancen ahora las dos, acaríciense los mentones y juren por sus barbas que soy un pícaro.

CELIA Por nuestras barbas, si las tuviéramos, claro que lo eres.

TOUCHSTONE Por mi picardía, si la tuviera, lo sería. Pero si ustedes juran por lo que no existe, no son perjuras. Tampoco lo era este caballero que juraba por su honor porque nunca lo tuvo; o si lo tuvo alguna vez, se le había ido en juramentos antes de que viera aquellas frituras o aquella mostaza.

CELIA Por favor, ¿a quién te refieres?

TOUCHSTONE A uno que estima el viejo Federico, padre de usted.

CELIA La estimación de mi padre es suficiente para darle honor. Basta, ya no hables de él. Cualquiera día de estos serás azotado por irrespetuoso.

TOUCHSTONE ¡Qué lástima que los locos no puedan hablar con cordura de las locuras que cometen los cuerdos!

CELIA Vaya que es cierto lo que dices, porque desde que se ha reducido al silencio el poco juicio de los locos, la poca locura que tienen los cuerdos ha salido a

relucir en grande. Aquí viene monsieur Le Beau.

Entra LE BEAU.

ROSALINDA Con la boca llena de noticias.

CELIA Que depositará en nosotros como las palomas alimentan a sus crías.

ROSALINDA Entonces quedaremos rellenas de noticias.

CELIA Tanto mejor; se nos venderá más caro en el mercado. *Bonjour*, monsieur Le Beau. ¿Qué nuevas hay?

LE BEAU Hermosa princesa, se ha perdido usted un excelente pasatiempo.

CELIA ¿Pasatiempo? ¿De qué color?^[17]

LE BEAU ¿De qué color, señora? ¿Cómo le contestaré?

ROSALINDA Como se lo permitan el ingenio y la ocasión.

TOUCHSTONE O como lo decreten los Destinos.

CELIA ¡Bien dicho! Eso fue aplanado con llana.

TOUCHSTONE Si no conservo yo mi rango...

ROSALINDA Pierdes tu olor a rancio.

LE BEAU Me dejan perplejo, señoras. Quería yo hablarles de la interesante lucha que se han perdido de ver.

ROSALINDA Cuéntenos qué clase de lucha.

LE BEAU Les contaré el principio, y si les place a sus señorías, pueden ver el final, porque lo mejor está todavía por hacer, y aquí donde están ustedes van a venir a realizarlo.

CELIA Bueno, el principio ya está muerto y enterrado.

LE BEAU Llega un anciano con sus tres hijos...

CELIA Me suena este comienzo al de un viejo cuento.

LE BEAU Tres apuestos jóvenes de excelente estatura y presencia...

ROSALINDA Con letreros al cuello, «Sepan los aquí presentes...».

LE BEAU El mayor de los tres luchó con Carlos, el luchador del duque, y Carlos en un momento lo echó al suelo y le rompió tres costillas, al grado de que le quedan pocas esperanzas de vida. Del mismo modo trató al segundo e igual al tercero. Están allá tendidos, en tanto que su padre anciano se lamenta tan

lastimosamente, que todos los que lo miran se conmueven con él y lloran.

ROSALINDA ¡Ay!

TOUCHSTONE ¿Pero cuál, señor, es el pasatiempo que se han perdido las damas?

LE BEAU Pues este, del que estoy hablando.

TOUCHSTONE Todos los días aprende la gente algo nuevo. Esta es la primera vez que he oído que romper costillas era pasatiempo para damas.

CELIA Yo también, te lo aseguro.

ROSALINDA ¿Pero hay alguien más que quiera oír esta partitura en sus costados? ¿Hay alguno que se aficiona a que le rompan las costillas? ¿Vamos a ver esta lucha, prima?

LE BEAU La verán si se quedan aquí, porque este es el lugar señalado para la lucha y ya están dispuestos a realizarla.

CELIA Seguro que ya vienen. Vamos a quedarnos a verla.

*Trompetería. Entran el DUQUE FEDERICO, ORLANDO, CARLOS,
nobles y acompañamiento.*

DUQUE FEDERICO Vamos. Puesto que el joven no quiere atender razones, corra el peligro de su temeridad.

ROSALINDA ¿Es aquel el individuo?

LE BEAU Precisamente, señora.

ROSALINDA Ay, es demasiado joven. Con todo, parece afortunado.

DUQUE FEDERICO ¡Hola, hija y sobrina! ¿Han llegado hasta aquí para ver la lucha?

ROSALINDA Sí, señor, con tal de que su señoría nos dé permiso.

DUQUE FEDERICO No van a gozar gran cosa con ella, se lo aseguro, hay tanta desigualdad entre los luchadores. Por lástima a la juventud del retador, quisiera disuadirlo, pero no se deja aconsejar. Háblenle ustedes, damitas; vean si pueden convencerlo.

CELIA Dígale que venga, amable señor Le Beau.

DUQUE FEDERICO Sí, hágalo; yo me retiraré.

LE BEAU Señor retador, lo llama la princesa.

ORLANDO Las escucho con respeto y obediencia.

ROSALINDA Joven, ¿ha usted retado a Carlos el luchador?

ORLANDO No, hermosa princesa: él es el retador universal. Vengo igual que lo hacen otros a medir con él la fuerza de mi juventud.

CELIA Joven caballero, tu ánimo es demasiado audaz para tus años. Ya has visto crueles pruebas de la fuerza de este hombre. Si te vieras con tus ojos o te juzgaras con tu propio juicio, lo temerario de tu aventura te inclinaría a una empresa más proporcionada. Te suplicamos que por provecho propio cuides tu seguridad y renuncies a este intento.

ROSALINDA Hazlo así, joven; tu reputación no padecerá por ello: nosotras nos haremos cargo de pedirle al duque que no prosiga la lucha.

ORLANDO Les ruego que no me castiguen con sus adversos pensamientos por los cuales me confieso culpable de negar alguna cosa a tan hermosas y excelentes damas. Más bien dejen que sus lindos ojos y amables deseos me acompañen en la prueba, en la cual si soy vencido, cargará la vergüenza el que nunca fue agraciado; si muerto, quedará difunto quien desea morir. No les causaré daño a mis amigos, porque no tengo ninguno que me lamente; ni agravio al mundo, porque en él no poseo nada. Solo ocupo un lugar que quedará mejor empleado cuando yo lo deje vacante.

ROSALINDA Las pocas fuerzas que tengo quisiera que estuvieran contigo.

CELIA Lo mismo las mías para emparejar las de ella.

ROSALINDA ¡Que te vaya bien! ¡Quiera el cielo que esté yo equivocada respecto de ti!

CELIA ¡Que se cumplan los deseos de tu corazón!

CARLOS Vamos, ¿dónde está ese joven galán que está tan deseoso de reposar con su madre tierra?

ORLANDO Aquí, señor, pero sus aspiraciones son más modestas.

DUQUE FEDERICO Lucharán solo hasta la primera caída.

CARLOS No, le garantizo a su señoría que no necesitará animarlo a que aguarde la segunda, tras haber procurado tanto disuadirlo de la primera.

ORLANDO Búrlate de mí después; no te burles por anticipado. Déjate venir.

ROSALINDA ¡Que Hércules te ayude ahora, muchacho!

CELIA Quisiera ser invisible para agarrarle la pierna a ese forzado.

Luchan.

ROSALINDA ¡Oh, joven estupendo!

CELIA Si tuviera el rayo en mis ojos podría decir quién debe caer.

Grito. CARLOS es derribado.

DUQUE FEDERICO ¡Basta, basta!

ORLANDO No, le suplico a su señoría; todavía no me despliego bien.

DUQUE FEDERICO ¿Cómo estás, Carlos?

LE BEAU No puede decir palabra, señor.

DUQUE FEDERICO Llévenselo.

Se llevan a CARLOS. A ORLANDO.

¿Cómo te llamas, muchacho?

ORLANDO Orlando, señor, el más joven de los hijos de sir Roldán de Boys.

DUQUE FEDERICO Quisiera que hubieras sido hijo de otro hombre. Estimaba el mundo a tu padre como honorable, mas yo siempre lo hallé como enemigo. Me habrías dado más gusto con tu hazaña si hubieras descendido de otra casa. Mas que te vaya bien; eres valiente... Bien quisiera que me hubieras nombrado otro padre.

Salen el DUQUE FEDERICO, LE BEAU y el séquito.

CELIA Si fuera yo mi padre, prima, ¿habría hecho esto?

ORLANDO Estoy más orgulloso de ser el hijo de sir Roldán, su hijo menor, y tal nombre no cambiara por el de heredero adoptivo de Federico.

ROSALINDA Quería mi padre a sir Roldán como a su alma y todo el mundo pensaba cual mi padre. Si hubiera yo sabido que este joven era hijo suyo, lágrimas habría añadido a mis instancias antes de que así se aventurara.

CELIA Vamos, prima, a felicitarlo y a infundirle ánimos. El carácter brusco y envidioso de mi padre me duele muy hondo. Joven, bien mereces. Si guardas tus promesas de amor tan justamente

como has excedido toda promesa,
será feliz tu amada.

ROSALINDA (*Dándole la cadena que trae al cuello.*)

Caballero,
lleva esto por mí,
que estoy en riña con la fortuna,
y que podría darte más si a mi mano
no le faltaran medios.
¿Nos vamos, prima?

CELIA Sí,
que te vaya muy bien, buen caballero.

ORLANDO ¿No puedo decir gracias?
Mis mejores facultades están abatidas
y en mí no resta más que un poste,
un mero bloque insensible.

ROSALINDA Nos llama.
Ha caído mi orgullo igual que mi fortuna.
Voy a ir a preguntarle qué desea.
¿Que nos llamaste, joven?
Joven, has luchado bien y derribado
más que tus enemigos.

CELIA ¿Nos vamos, prima?

ROSALINDA Voy contigo. Adiós.

Salen ROSALINDA y CELIA.

ORLANDO ¿Qué emoción cuelga este peso en mi lengua?
No pude hablarle, aunque buscó plática conmigo.

Entra LE BEAU.

¡Oh, pobre Orlando, estás derribado!
Carlos, o algo más débil, te domina.

LE BEAU Buen señor, como amigo le aconsejo
que abandone este lugar. Aunque ha usted merecido
altos elogios, sinceros aplausos y afecto,
tal es por hoy la condición del duque,
que interpreta mal cuanto usted ha hecho.
Es caprichoso el duque,
lo que es en verdad, más le conviene a usted juzgar

que a mí decirlo.

ORLANDO Le quedo agradecido
y le ruego me diga lo siguiente:
¿cuál es de las dos la hija del duque
que asistió aquí a la lucha?

LE BEAU Conforme a sus modales, no es ninguna,
mas a decir verdad, la menor es su hija.
La otra es hija del duque proscrito
que está detenida aquí por su tío el usurpador
para que haga compañía a su hija.
El afecto mutuo que se tienen es más tierno
que los lazos naturales entre hermanas.
Mas le diré que este duque últimamente
mira con desagrado a su gentil sobrina,
no basándose en ningún otro motivo
que el que la gente alaba sus virtudes
y que se compadece de ella a causa
del amor que sienten por el duque, su buen padre.
Y por mi vida que su inquina por la dama
estallará de pronto.
Adiós, señor. Más adelante,
en un mundo mejor que este en que estamos,
solicitaré de usted amistad
y más estrecho trato.

ORLANDO Le quedo muy agradecido. Adiós.

Sale LE BEAU.

Debo pasar del humo a la humareda,
del duque tirano, al tirano hermano,
pero ¡celestial Rosalinda!

ESCENA III

Sala en el palacio. Entran CELIA y ROSALINDA.

CELIA ¡Pero prima, Rosalinda! ¡Cupido nos valga! ¿Ni una palabra?

ROSALINDA Ni una para echársela a un perro.

CELIA No, tus palabras son demasiado preciosas para arrojárselas a los perros.

Échame algunas a mí. Déjame coja a punta de razones.

ROSALINDA Quedarían entonces dos primas fuera de combate, cuando una quedara coja con razones y la otra loca sin ninguna.

CELIA ¿Pero todo esto por tu padre?

ROSALINDA No, algo de esto es por el padre de mi hija. ¡Oh, qué lleno de abrojos está este trabajoso mundo!

CELIA No son sino cardillos, prima, que te avientan por travesura un día de fiesta; si no caminamos por veredas trilladas, nuestras mismas faldas los irán recogiendo.

ROSALINDA Podría yo sacudírmelas de mi chaqueta. Pero estos cardos están en mi corazón.

CELIA Haz «jem» y échalos fuera.

ROSALINDA Lo haría, si con hacer «jem»^[18] pudiera tenerlo a él conmigo.

CELIA Vamos, vamos, lucha con tus sentimientos.

ROSALINDA ¡Oh, se ponen de parte de un luchador más fuerte que yo!

CELIA ¡Oh, para ti mis mejores deseos! Día llegará en que midas tus fuerzas a despecho de una caída. Pero dejando a un lado estas bromas, hablemos en serio. ¿Es posible que tan de improviso hayas caído en una inclinación tan fuerte por el hijo más joven del viejo sir Roldán?

ROSALINDA El duque mi padre lo quería muchísimo.

CELIA ¿Se sigue entonces de eso que tú debas querer muchísimo a su hijo? Según esta lógica, debiera yo odiarlo, porque mi padre odiaba muchísimo a su padre. Sin embargo, yo no odio a Orlando.

ROSALINDA No, por favor; por amor a mí ni lo odies.

CELIA ¿Por qué habría de odiarlo? ¿No ha merecido aprobación?

ROSALINDA Déjame amarlo por eso, y tú quiérello porque yo lo amo. Mira, aquí viene el duque.

CELIA Con los ojos llenos de cólera.

Entran el DUQUE FEDERICO y algunos nobles.

DUQUE FEDERICO Señorita,
despáchate con la mayor diligencia
y aléjate de mi corte.

ROSALINDA ¿Yo, tío?

DUQUE FEDERICO Tú, sobrina.

Si dentro de diez días se te encontrare
a una distancia menor de veinte millas
de mi corte, merecerás la muerte.

ROSALINDA Le ruego a Vuestra Gracia

que al menos me deje llevar conmigo
el que pueda saber cuál es la falta
que haya cometido.

Si poseo conciencia de mí misma,
si sé cuáles son mis propios deseos,
si no estoy soñando ni estoy loca,
como creo no estarlo, entonces, querido tío,
nunca, ni con sombra de pensamiento
he ofendido a Vuestra Alteza.

DUQUE FEDERICO Eso declaran todos los traidores.

Si su justificación consistiera en palabras,
quedarían tan limpios como la misma gracia.
Que te baste saber que no me fío de ti.

ROSALINDA Con todo, vuestra desconfianza no puede
convertirme en traidora.

Decidme en qué se basa esa probabilidad.

DUQUE FEDERICO Eres hija de tu padre y eso basta.

ROSALINDA Ya lo era cuando Vuestra Alteza tomó su ducado
y lo mismo cuando Vuestra Alteza lo desterró.

La traición no se hereda, señor mío,
y aun admitiendo que la recibiéramos
de nuestros parientes, ¿qué tengo yo
que ver con ello si mi padre no fue traidor?
Así pues, mi soberano,
no me confundáis tanto como para pensar
que sea traicionera mi pobreza.

CELIA Déjame hablar, querido soberano.

DUQUE FEDERICO Sí, Celia, por causa tuya le permití quedarse.

De otro modo, se habría marchado con su padre.

CELIA Yo entonces no te pedí que se quedara;
fue por tu gusto y tu remordimiento.

Estaba yo muy joven para apreciarla entonces,
mas la conozco ahora.
Si ella es traidora, yo también lo soy.
Juntas hemos dormido
y despertado a un tiempo, estudiado, comido
y jugado juntas, y doquiera que íbamos,
cual los cisnes de Juno,
siempre hicimos pareja inseparable.

DUQUE FEDERICO Es demasiado sutil para ti,
y su suavidad, su mismo silencio
y su paciencia conquistan al pueblo
que se compadece de ella. Tú eres una boba;
ella te roba el nombre, y brillarás
y parecerás más virtuosa cuando se haya ido.
Por consiguiente, no abras la boca.
Irrevocable y firme es la sentencia
que lanzo contra ella, y queda desterrada.

CELIA Destiérrame a mí, señor.
No puedo vivir privada de su compañía.

DUQUE FEDERICO Eres necia. Tú, sobrina, prepárate.
Si rebasas el plazo, por mi honor
y la fuerza de mi palabra, morirás.

Salen el DUQUE FEDERICO y su séquito.

CELIA ¡Oh, mi pobre Rosalinda! ¿Dónde irás?
¿Quieres cambiar de padre? Toma el mío.
Te encargo no te aflijas más que yo.

ROSALINDA Tengo mayor motivo.

CELIA No prima, no tienes más.
Ponte alegre, te ruego.
¿No sabes que el duque me ha desterrado
a mí, que soy su hija?

ROSALINDA No, no te ha desterrado.

CELIA ¿Cómo que no lo ha hecho?
Rosalinda carece entonces del cariño
que le enseña que tú y yo somos una.
¿Podremos dividirnos?
¿Nos separaremos, querida prima?

No, que mi padre busque otra heredera.
Por tanto, decide conmigo el modo de huir,
adónde encaminarnos y qué hemos de llevar,
y no trates de soportar tú sola
el cambio de fortuna, cargar sola tus penas
y a mí dejarme afuera.
Pues por este cielo que palidece
ante nuestro dolor, di lo que quieras,
que yo me iré contigo.

ROSALINDA ¿Pues adónde ir?

CELIA A buscar a mi tío, en el bosque de Arden.

ROSALINDA Ay, qué gran peligro para nosotras
por ser doncellas el viajar tan lejos.
La belleza atrae a los ladrones
más aprisa que el oro.

CELIA Me vestiré con muy pobres atuendos
y me untaré la cara con un pigmento oscuro.
Haz tú otro tanto y circularémos
sin que se fije ningún asaltante.

ROSALINDA ¿No sería mejor ya que soy más alta
de lo común que me vistiera en todo
como hombre?
Con un audaz cuchillo sobre el muslo,
con una jabalina en la mano,
no importa qué temores femeninos
se escondan en el pecho,
tendremos un aspecto marcial y bravucón
como muchos cobardes
del sexo fuerte que van disimulando
con la apariencia.

CELIA ¿Cómo deberé llamarte cuando seas hombre?

ROSALINDA No tengo mejor nombre que el del paje de Júpiter,
y Ganimedes llámame por tanto.
¿Y tú, cómo te llamarás?

CELIA Algo que cuadre con mi situación.
Ya no seré más Celia, sino Aliena.

ROSALINDA Pero prima, ¿qué tal si sonsacamos

al payaso bufón de la corte de tu padre?
¿No nos serviría de alivio en nuestro viaje?

CELIA Irá conmigo por el mundo entero.
Déjame sola para convencerlo.
Pronto, recojamos nuestras alhajas
y todo el dinero de que disponemos.
Hay que fijar el tiempo más propicio
y más seguro para sustraernos
a las pesquisas que van a seguir
a mi huida. Así iremos contentas
a la libertad, que no al destierro.

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

*Entran el antiguo DUQUE, AMIÉNS
y dos o tres nobles en traje de moradores
del bosque.*

DUQUE Ahora camaradas y hermanos del destierro,
¿es que la larga costumbre no hace esta vida
más grata que la de la pompa vana?
¿No se hallan estos bosques más libres de peligro
que la envidiosa corte?
No sentimos aquí otra pena
que la de Adán: el cambio de las estaciones
como la garra helada y la ruda cólera
del viento del invierno, que cuando muerde y sopla
sobre mi cuerpo y me hace encoger de frío,
sonrío y exclamo: «Esta no es adulación.
Estos son consejeros
que palpablemente me hacen ver lo que soy».
Dulce es el fruto de la adversidad,
que como el sapo, feo y venenoso,
lleva con todo, una preciosa joya
en la cabeza; y esta vida nuestra,
libre de frecuentaciones públicas,
halla lenguas en los árboles, libros
en los serpenteantes arroyos,
sermones en las piedras y bienes por doquier.

AMIÉNS Yo no la cambiaría. ¡Qué feliz es Su Alteza
que puede traducir
la obstinación de la fortuna
en un estilo tan dulce y apacible!

DUQUE Ven, ¿vamos a matar algún venado?
Y no obstante, me incomoda
que los pobres inocentes varetados,
burgueses nativos de esta ciudad desierta,
deban tener sus ancas heridas
con nuestras flechas lenguadas
en su propio territorio.

NOBLE PRIMERO En verdad, señor,
el melancólico Jaques se queja de ello,
y en cuanto a eso jura que usted usurpa más
que su hermano, el que lo desterró.
Hoy, milord de Amiéns y yo nos hemos deslizado
detrás de él, cuando estaba acostado
bajo una encina, cuyas viejas raíces
se asomaban junto al arroyo
que corre vocinglero a lo largo del bosque.
A este sitio vino a agonizar
un pobre ciervo solitario, víctima
de la puntería de un cazador;
y en verdad, mi señor, el infeliz animal
daba tales gemidos,
que se hinchaba su vestido de cuero
casi hasta reventar,
en tanto que gruesas y redondas lágrimas
corrían una tras otra
por su inocente nariz en lastimera persecución,
y así el pobre velludo,
objeto de la atención del melancólico Jaques,
estaba parado en el borde extremo
del veloz arroyo que hacía crecer
con sus lágrimas.

DUQUE ¿Y qué decía Jaques?
¿No moralizó sobre el espectáculo?

NOBLE PRIMERO Oh, sí, con mil comparaciones.
Primero, por el llanto vertido en el arroyo
que no tenía necesidad de él,
«Pobre ciervo —decía—, haces un testamento
igual que los mundanos; aumentas tu legado
al que ya ha acumulado con exceso».
Después, viéndose solo, abandonado
de su aterciopelado amigo,
«Está bien —dijo—, así es como el infortunio
se aleja del trato social.» De pronto,
he aquí que un rebaño, indiferente
y ahíto de pastura, pasa triscando
en torno sin detenerse para nada a saludarlo.
«Sí —dice Jaques—, aléjense obesos

y bien nutridos ciudadanos,
tal es la costumbre. ¿Por qué mirar
a ese pobre arruinado sin recursos?»
Y así, con sus profusas invectivas,
horadó las costumbres del campo,
de la villa y de la corte,
sí, y las de esta nuestra propia vida,
jurando que somos meramente usurpadores,
y lo que es peor,
que asustamos a los animales
y les damos muerte en su morada natural y propia.

DUQUE ¿Y en esa contemplación lo dejaron?

NOBLE SEGUNDO Sí, señor, llorando y moralizando
sobre el sollozante ciervo.

DUQUE Indíquenme dónde.

Me gusta debatir con él
en esos sus ataques taciturnos,
pues tiene entonces mucho que argüir.

NOBLE PRIMERO Voy a llevarlo ahí inmediatamente.

Salen.

ESCENA II

Sala del palacio. Entra el DUQUE FEDERICO con unos nobles.

DUQUE FEDERICO ¿Puede ser que nadie las haya visto?

No puede ser; algunos sirvientes de mi corte
están en connivencia en este asunto.

NOBLE PRIMERO No sé de nadie la haya visto.

Las damas que la asistían en su dormitorio
la vieron acostarse,
y temprano por la mañana hallaron
el lecho desprovisto del tesoro
de su señora.

NOBLE SEGUNDO Señor, el bufón grosero de quien tan seguido
solía reírse Su Alteza, tampoco está.
Hesperia, la dama de la princesa,

confiesa que en secreto oyó a su hija
y a su prima alabar muchísimo
las dotes y gracias del luchador
que ha poco derrotó al robusto Carlos,
y cree que dondequiera que se hallen fugitivas
ese joven está seguramente acompañándolas.

DUQUE FEDERICO Que venga su hermano; traigan acá a ese galán.
Si está ausente, que venga el otro hermano.
Yo haré que lo encuentre. Hagan esto de inmediato.
Que no cese la búsqueda y la investigación
hasta que retornen estas necias fugitivas.

ESCENA III

*Delante de la casa de Oliverio. Entran ORLANDO y ADÁN
y se encuentran.*

ORLANDO ¿Quién anda aquí?

ADÁN ¡Cómo! ¿Mi joven amo?

¡Mi gentil, mi amable amo que es memoria
del viejo sir Roldán! ¿Qué hace aquí?
¿Por qué es virtuoso? ¿Por qué lo estima todo el mundo?
¿Por qué es gentil, fuerte y valiente?
¿Por qué ha sido tan temerario de derribar
al robusto campeón del malhumorado duque?
Su fama ha llegado a casa demasiado rápido
antes que usted. ¿No sabe, mi buen amo,
que para algunos hombres
las cualidades les sirven solo de enemigos?
Lo mismo sucede con las de usted.
Sus virtudes, buen amo, le son traidores santos
y santificados. ¡Qué mundo este
en que el mérito envenena al que lo posee!

ORLANDO ¿Por qué? ¿De qué se trata?

ADÁN Oh, desdichado joven,
no cruce usted estas puertas. Debajo de este techo
habita el enemigo de todas sus virtudes;
su hermano; no, no hermano suyo;
con todo el hijo, pero no, no el hijo,

no lo llamaré hijo
de aquel que iba yo a llamar padre de usted.
Él ha oído las alabanzas que se le hacen
y esta noche intenta quemar el albergue
donde usted habita,
y a usted dentro de él. Si falla en eso,
tiene otros medios para liquidarlo.
He sorprendido ya su propósito y sus planes.
Este no es lugar para usted;
esta casa es una carnicería.
Detéstela, témla, no entre en ella.

ORLANDO Pero Adán, ¿dónde quieres que me vaya?

ADÁN No importa dónde, con tal que no entre aquí.

ORLANDO ¿Qué, quieres que me vaya a mendigar mi sustento?

¿O que con espada vil y turbulenta
me gane el pan como salteador de caminos?
Esto deberé hacer o no sé qué cosa haga.
Con todo, no haré eso, aunque me vea forzado.
Mejor me sujetaré a la malicia
de una sangre monstruosa
y de un hermano sanguinario.

ADÁN No haga eso.

Tengo quinientas coronas, hacendoso ahorro
que en tiempo de su padre ahorré de mi trabajo
para que me sirvieran de enfermero
cuando yaciera cojo el servicio
de mis caducos miembros
y la vejez desamparada en los rincones.
Tome eso, y Aquel que alimenta a los cuervos
y sustenta providente a los gorriones
sea alivio en mi vejez. Aquí está el oro
y todo se lo doy. Déjeme ser su sirviente.
Aunque parezco viejo, estoy fuerte y robusto,
porque en mi juventud nunca mezclé
con mi sangre esos licores fuertes e indigestos
que trastornan la razón,
ni con mente impúdica solicité
los medios que conducen
a la debilidad y a la flaqueza.

Por tanto mi vejez es como un lozano invierno,
lleno de escarcha, pero muy templado.
Déjeme irme con usted; le prestaré el servicio
de un joven en todos sus menesteres y negocios.

ORLANDO Buen anciano, qué bien se advierte en ti
al fiel servidor de los antiguos tiempos,
cuando el siervo no sudaba por paga,
sino por deber. No te acomodas
a la moda de esta época,
cuando nadie suda sino por la promoción,
y logrado eso,
cesa de servir el que lo logra;
no sucede así contigo. Pero mira, anciano,
podas un árbol podrido que no puede dar
ni siquiera un botón
en lugar de tus penas y cuidados;
pero sea como quieras; partiremos juntos
y antes que hayamos gastado los ahorros
de tu juventud, daremos con algún alivio
constante y modesto.

ADÁN En marcha, amo; lo seguiré a usted
hasta el último aliento
con honradez y lealtad.
Desde los diecisiete años hasta ahora,
casi ochenta, aquí he vivido,
pero ahora ya no viviré más aquí.
A los diecisiete, muchos buscan fortuna,
pero a los ochenta, ya es demasiado tarde.
Con todo, la fortuna
no puede recompensarme mejor
que con morir tranquilo,
sin ser deudor de mi amo.

Salen.

ESCENA IV

El bosque de Arder. Entran ROSALINDA como Ganimedes, CELIA como Aliena y TOUCHSTONE.

ROSALINDA ¡Oh, Júpiter, qué cansado está mi ánimo!

TOUCHSTONE A mí no me importa el ánimo si mis piernas no están cansadas.

ROSALINDA Mi corazón sería capaz de deshonar mi traje de varón y llorar como mujer. Pero debo confortar al vaso más frágil igual que el jubón y las calzas deben mostrarse valientes ante la falda; por tanto ánimo, buena Aliena.

CELIA Les ruego que me lleven; ya no puedo ir más allá.

TOUCHSTONE Por lo que a mí toca, preferiría llevarla a conllevarla.

Con todo, no llevaría ninguna cruz^[19] si la llevara, porque creo que no trae dinero en la bolsa.

ROSALINDA Bueno, este es el bosque de Arden.

TOUCHSTONE Sí, ahora que estoy en Arden más loco estoy; cuando estaba yo en casa vivía en mejor lugar, pero los viajeros deben conformarse con lo que hay.

ROSALINDA Sí, por favor, buen Touchstone.

Entran CORIN y SILVIO.

Miren quiénes vienen aquí.

CORIN Ese es el modo de hacer que ella siempre te desprecie.

SILVIO ¡Oh, Corin, si supieras cuánto la amo!

CORIN En parte lo adivino, pues amé en otros tiempos.

SILVIO No, Corin, siendo viejo no puedes adivinar,
aunque de joven hayas sido amante tan sincero
como el que mejor haya suspirado
sobre una almohada a medianoche.
Mas si alguna vez tu amor fue como el mío,
aunque seguro estoy que jamás hombre
amó igual que yo,
¿a cuántas acciones por demás ridículas
fuiste conducido por tu pasión?

CORIN A mil que ya he olvidado.

SILVIO ¡Oh, nunca amaste tan fuertemente como yo!
Si no recuerdas la menor locura
en que el amor te hizo caer,
no has amado.
O si como yo hago ahora, nunca te sentaste
a cansar a quien te oía

con la alabanza de tu dama,
no has amado.
O si no te separas bruscamente
de tus compañeros como mi pasión
ahora lo hace, no has amado.
¡Oh, Febe, Febe, Febe!

Sale.

ROSALINDA Ay, pobre zagal, mientras explorabas tu herida
yo, por mi mala ventura, he dado con la mía.

TOUCHSTONE Y yo con la mía. Recuerdo que cuando estaba enamorado, rompí mi
espada contra una piedra y le dije: «Ten eso por rondar de noche a Juana
Sonrisa»; y recuerdo haber besado su batidera y las ubres de la vaca que
habían ordeñado sus bonitas manos agrietadas; y recuerdo haber cortejado
una planta de guisantes en lugar de ella, de la que saqué dos vainas, y
dándoselas, le dije con llorosas lágrimas: «Por amor a mí, ponte estas». Nosotros, los que somos amantes sinceros, cometemos travesuras extrañas; pero todo es mortal en la naturaleza; así es como toda naturaleza enamorada es mortalmente insensata.

ROSALINDA Hablas con más seso de lo que te imaginas.

TOUCHSTONE ¡No! Nunca me daré cuenta de mi propio ingenio hasta que no me
rompa la espinilla contra él.

ROSALINDA ¡Júpiter, Júpiter! La pasión de este zagal a la mía es casi igual.

TOUCHSTONE Y a la mía también, solo que a mí se me va poniendo algo rancia.

CELIA Les ruego, uno de ustedes pregúntele a ese hombre si por dinero quiere
darnos algo de comer. Ya me siento casi morir.

TOUCHSTONE ¡Hola, tú, naco!

ROSALINDA Momento, loco, no es pariente tuyo.

CORIN ¿Quién llama?

TOUCHSTONE Sus superiores, señor.

CORIN De lo contrario, serían muy infelices.

ROSALINDA ¡Silencio, repito! Buenas tardes tengas, amigo.

CORIN Y usted también, gentil señor, y todos ustedes.

ROSALINDA Te ruego, buen zagal, si el oro o la amistad

pueden en lugar tan deshabitado
pagar un albergue,
llévanos a donde podamos descansar
y tomar alimento.
Aquí hay una doncella tan cansada de viajar,
que se desmaya a falta de socorro.

CORIN La compadezco, buen señor,
y querría por ella, más que por mí mismo,
que mi fortuna fuera capaz de socorrerla;
pero soy pastor de otro hombre
y no esquilo los vellones
del ganado que apaciento.
Mi amo es de carácter ruin,
y poco se preocupa
de hallar el camino del cielo
practicando la hospitalidad.
Además su cabaña, sus rebaños
y sus pastizales están ahora en venta,
y en nuestro aprisco, a causa de su ausencia,
no hay nada que les sirva de alimento;
pero vengan, vean lo que ahí haya,
y por mi parte serán muy bienvenidos.

ROSALINDA ¿Quién es el que va a comprar su rebaño y sus pastos?

CORIN Ese joven zagal que aquí vieron hace poco
a quien no le interesa comprar nada.

ROSALINDA Te suplico, si honradamente puedes,
que compres tú la cabaña, los pastos y el ganado
y recibirás por ello la paga que te damos.

CELIA Y aumentaremos tu salario. Me gusta el sitio,
y de buena gana en él podría pasar el tiempo.

CORIN Es cierto que la cosa se halla en venta.
Vengan conmigo; si tras de informarse
les gusta la tierra, lo que produce,
y esta clase de vida, seré su criado fiel
y la compraré con su dinero de inmediato.

ESCENA V

AMIÉNS (*Canta.*)

El que en el bosque umbroso
quiera gozar conmigo de reposo,
y unir sus tonos suaves
al melodioso trino de las aves,
venga aquí, venga aquí, venga a mi lado.
No hallará en este abrigo
ningún otro enemigo
sino el invierno cruel y el tiempo airado.^[20]

JAQUES Más, más todavía, se lo suplico.

AMIÉNS Se pondrá melancólico, monsieur Jaques.

JAQUES Tanto mejor. Más, le suplico, más. Puedo absorber la melancolía de una canción como la comadreja absorbe huevos. Más, le ruego.

AMIÉNS Tengo la voz ronca. Sé que no puedo complacerlo.

JAQUES No quiero que me complazca, quiero que cante. Vamos, más, otra estancia. ¿No les llama usted estancias?

AMIÉNS Como guste, monsieur Jaques.

JAQUES Bah, no me importan sus nombres, nada me deben. ¿Quiere cantar?

AMIÉNS Más por complacerlo que por gusto.

JAQUES Bien, entonces, si a alguien le agradezco algo, será a usted; pero lo que llaman cumplido es como el encuentro de dos mandriles. Y cuando alguien me da las gracias de todo corazón, pienso que le he dado un centavo, y que me da las gracias a lo mendigo. Vamos, cante, y ustedes que no quieren estense callados.

AMIÉNS Bueno, terminaré la canción. Entretanto, pongan la mesa, señores: el duque vendrá a beber bajo este árbol. Ha estado buscándolos todo el día.

JAQUES Y yo he estado todo el día evitando encontrármelo. Es demasiado discutidor para andar conmigo. A mí se me ocurren tantos asuntos como a él, pero yo le doy las gracias al cielo y no me jacto de ellos. Vamos, modula, vamos.

AMIÉNS (*Canta.*)

El que no es ambicioso
y a plena luz de sol vive gustoso,
buscando su alimento

y lo encuentra contento,

CORO venga aquí, venga aquí, venga a mi lado.

No hallará en este abrigo
ningún otro enemigo
sino el invierno cruel y el tiempo airado.^[21]

JAQUES Voy a darte un verso para esta canción que compuse ayer a despecho de mi falta de imaginación.

AMIÉNS Y yo lo cantaré.

JAQUES Dice así:

Si sucede que el destino
convierte a un hombre en pollino
y abandona su riqueza
por ser duro de cabeza,
dúcdame, dúcdame, dúcdame,^[22]
hallará aquí,
fuera de sí,
otros locos como él, si acude a mí.^[23]

AMIÉNS ¿Qué es eso de «dúcdame»?

JAQUES Es una invocación griega para atraer a los tontos a un círculo mágico. Voy a dormirme si puedo; si no puedo despotricaré contra todos los primogénitos de Egipto.

AMIÉNS Y yo iré a buscar al duque; su banquete está preparado.

Salen.

ESCENA VI

Otra parte del bosque. Entran ORLANDO y ADÁN.

ADÁN Querido amo, ya no puedo seguir adelante. Me muero por falta de alimento. Me recostaré aquí y mediré mi tumba. Adiós, amo querido.

ORLANDO ¿Qué pasa, Adán? ¿Tan poco ánimo tienes? Vive un poco, alégrate un poco, consuélate un poco. Si esta desconocida selva ofrece algo salvaje, le serviré de alimento o te lo traeré para que te alimentes. Tu imaginación está más cerca de la muerte que tus fuerzas. Por consideración a mí ponte cómodo; ten la muerte a raya un rato. Estaré pronto de vuelta contigo, y si no te traigo algo de comer, te daré licencia de morirte; pero si te mueres

antes de que yo regrese, te habrás burlado de mis esfuerzos. ¡Bien dicho! Ya te ves contento y estaré pronto contigo. Pero te has recostado a la intemperie. Ven, te llevaré a algún abrigo y no morirás por falta de comida, si es que vive alguna cosa en este desierto. Ánimo, buen Adán.

Salen.

ESCENA VII

Otra parte del bosque. Una mesa servida. Entran el antiguo DUQUE, AMIÉNS y nobles con aspecto de proscritos.

DUQUE Creo que se ha transformado en bestia,
pues para nada puedo hallarlo como hombre.

NOBLE PRIMERO Señor, se ha ido de aquí hace un momento.
Estaba alegre, oyendo una canción.

DUQUE Si él, tan compuesto de disonancias se ha vuelto musical,
pronto tendremos discordia en las esferas.
Ve a buscarlo; dile que quiero hablar con él.

NOBLE PRIMERO Me ahorra ese trabajo apareciendo en persona.

DUQUE ¿Qué le pasa, señor? ¿Qué vida es esa
que sus pobres amigos
deben solicitar su compañía?

JAQUES ¡Un bufón, un bufón! Hallé un bufón en el bosque,
un bufón vestido de colores.
¡Oh, mundo miserable!
Tan cierto como vivo de alimento,
hallé un bufón que estaba recostado
tomando el sol, y que vituperaba
a la Señora Fortuna en buenos términos,
en términos dialécticos,
y con todo era un bufón vestido de colores.
«Buenos días, bufón», le dije yo.
«No, señor —dijo él—,
no me llame bufón hasta que el cielo
me haya enviado fortuna.»
Sacó entonces un reloj de sol de entre sus ropas,
y viéndolo sin parpadear dice muy cuerdo:
«Son las diez». Y añadió:

«Así es como podemos ver cómo marcha el mundo.
Hace apenas una hora eran las nueve,
y dentro de otra serán las once.
Y así, de hora en hora maduramos, maduramos;
luego, de hora en hora nos pudrimos, nos pudrimos,
y así se acaba el cuento».
Cuando oí al bufón vestido de colores,
filosofar así acerca del tiempo,
mis pulmones comenzaron a cantar cual gallo
de que sean los bufones tan contemplativos,
y me reí sin intermisión una hora entera
de su cuadrante. ¡Oh, noble bufón!
¡Insigne bufón! Solo debe usarse
ropa de colores abigarrados.

DUQUE ¿Y qué bufón es ese?

JAQUES ¡Oh, noble bufón! Uno que ha sido cortesano
y dice que las damas,
con solo ser jóvenes y bellas,
tienen el don de conocerlo. Y en su cerebro,
que está tan seco como lo que queda de un bizcocho
tras un viaje, tiene extraños lugares
repletos de observaciones, las cuales desahoga
de modo por demás deshilvanado.
¡Oh, fuera yo bufón! Me muero de ganas
de un saco de colores.

DUQUE Tendrás uno.

JAQUES Será mi única petición,
con tal de que limpien ustedes su sano juicio
de esa opinión que ya empieza a arranciarse
de que soy un sabio.
Debo tener con ello libertad,
con privilegio tan completo como el viento,
para soplar donde me plazca,
pues así la tienen los bufones;
y a los que más les irriten mis bufonadas,
deben reírse más de ellas.
¿Y por qué, señor, deben hacer esto?
El porqué es tan sencillo
como el camino que conduce

a la iglesia parroquial.
Aquel a quien un bufón ha zaherido
con fina sutileza,
aunque le duela mucho, obraría con tontera
mostrándose insensible a la broma.
De no ser así la locura del sabio
será anatomizada
incluso por los centelleos casuales del loco.
Invístate de un traje de colores.
Deme licencia de decir lo que pienso,
y poco a poco purgaré el cuerpo corrompido
del mundo infecto, si este recibe
con paciencia mi medicina.

DUQUE ¡Desvergonzado de ti! Ya sé lo que harías.

JAQUES Y al fin de cuentas, ¿qué habría de hacer
sino el bien?

DUQUE Un perjudicial y sucio pecado
al corregir el pecado. Porque has sido
un libertino, tan sensual
como el aguijón mismo del deleite,
y todas las úlceras purulentas
y males agudos que has adquirido,
al darte licencia de circular con pie libre,
quisieras descargar ahora sobre el mundo entero.

JAQUES ¡Bah! Quien se manifiesta contra el orgullo,
¿puede acusar a alguien en particular?
¿No fluye tan alto como el mar,
hasta que exhaustos, refluyen sus propios medios?
¿A qué mujer citadina me refiero
cuando digo que esa mujer lleva
la fortuna de un príncipe sobre sus indignos hombros?
¿Cuál vendrá a decirme que aludo a ella
cuando es tal como su vecina?
¿O quién es el de baja condición
que no diga que su elegancia
no corre a mis expensas,
pensando que me refiero a él,
pero en ello adecua su locura
al espíritu de mi discurso?

¡Helo ahí! ¿Cómo entonces? ¿Qué entonces?
Que me deje ver en qué lo ha ofendido mi lengua.
Si fue justa, él mismo se ha ultrajado.
Si es inocente, entonces mi censura,
cual ganso silvestre, levanta el vuelo,
sin que nadie reclame. Pero ¿quién viene aquí?

Entra ORLANDO con la espada desenvainada.

ORLANDO ¡Deténganse y dejen de comer!

JAQUES Pero si no he comido todavía.

ORLANDO Ni lo harás hasta que la necesidad se satisfaga.

JAQUES ¿De qué casta habrá salido este gallo?

DUQUE ¿Estás envalentonado así por tu miseria
o eres tan grosero que desprecias
las buenas maneras y pareces
tan falto de cortesía?

ORLANDO Atinó usted en lo primero:
la espinosa punta de la desnuda miseria
me ha despojado de la apariencia
de la suave cortesía. Con todo,
recibí buena crianza
y conozco la buena educación.
Pero reprímanse, digo:
morirá el que toque cualquiera de estas frutas
hasta que mi necesidad quede satisfecha.

JAQUES Si no aceptas las buenas razones^[24]
por contestación deberé morir.

DUQUE ¿Qué deseas? Tu amabilidad nos obligará más
que la fuerza a mostrarnos amables contigo.

ORLANDO Casi muero de hambre; permítamne comer.

DUQUE Siéntate y come. Eres bienvenido
a nuestra mesa.

ORLANDO ¿Habla usted con blandura?
Discúlpeme, le ruego.
Pensé que aquí todas las cosas eran salvajes,
y por eso adopté la actitud de mando adusto.

Pero quienesquiera que sean ustedes
que en este desierto inaccesible
bajo la sombra de melancólico ramaje
dejan correr con negligencia
las lentas horas del tiempo,
si alguna vez vivieron días mejores;
si alguna vez han estado donde las campanas
convocaban al templo;
si se sentaron alguna vez en el festejo
de algún hombre bueno; si alguna vez
de sus ojos se secaron una lágrima,
y saben lo que es consolar y ser consolados,
dejen que la mansedumbre
sea mi mejor argumento,
en espera de lo cual, me sonrojo
y mi espada escondo.

DUQUE Es verdad que hemos visto días mejores.

La santa campana nos ha llamado al templo,
y nos hemos sentado a la mesa
con gente buena y enjugado de nuestros ojos
lágrimas que la santa compasión
ha engendrado. Por tanto,
siéntate con calma y toma
como solicitas lo que tenemos
para que pueda quedar satisfecha
tu necesidad.

ORLANDO Entonces suspendan un instante su comida

mientras que, como cierva, voy en busca
de mi cervato para alimentarlo.
Hay un pobre anciano que tras de mí
por puro cariño me ha seguido
con cansino paso. Oprimido como está
bajo el peso de esos dos males, la edad y el hambre,
hasta que sea socorrido,
no probaré bocado.

DUQUE Ve a buscarlo;
no tocaremos nada hasta que vuelvas.

ORLANDO Les doy las gracias y sean benditos
por su excelente alivio.

Sale.

DUQUE Ya ves que no somos los únicos infelices. Este vasto y universal teatro presenta más espectáculos dolorosos que la escena donde somos actores.

JAQUES Todo el mundo es un teatro,
y todos los hombres y mujeres solo actores.
Tienen sus entradas y salidas,
y en su tiempo un hombre representa
muchos papeles cuyos actos son
sus siete edades. Primero el infante,
dando vagidos y babeando
en brazos de su aya.
Luego el escolar llorón con su mochila
y cara reluciente en la mañana,
arrastrándose como un caracol
sin ganas a la escuela. Después el enamorado,
suspirando como horno
con un poema doliente dedicado a las cejas de su amada.
Enseguida el militar,
lleno de palabrotas y con patillas
como de leopardo,
celoso de su honor, arrebatado a picar pleitos,
buscando la burbuja de aire
de la reputación hasta en la boca del cañón.
Y luego el juez, con su hermoso vientre redondo,
forrado de capones, de mirada severa
y barba de corte muy cuidado,
lleno de sabios proverbios y juicios recientes,
y así representa su papel. La sexta edad
nos lo transforma en el enjuto viejo típico
de la comedia italiana, de pantuflas,
con anteojos sobre la nariz y bolsa al lado;
sus juveniles medias, muy cuidadas,
le quedan un mundo de anchas
a sus flacas pantorrillas,
y su voz viril, volviendo a los tiples del niño,
pita y silba cuando habla.
La última escena de todas,
que finaliza su extraña y memorable historia,
es la segunda infancia y puro olvido,

sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada.

Entra ORLANDO con ADÁN.

DUQUE Bienvenidos.

Deposita tu venerable carga
y deja que se alimente.

ORLANDO Se lo agradezco muchísimo.

ADÁN Y hace bien,

pues apenas puedo hablar para darle las gracias
por mí mismo.

DUQUE Bienvenidos. ¡A comer!

No los interrumpiré por lo pronto
haciéndoles preguntas sobre sus aventuras.
Denos algo de música; tú, buen primo, canta.

AMIÉNS (*Canta.*)

Sopla, sopla, viento helado
pues no eres tan despiadado
como el ingrato mortal.
Tu diente no es tan terrible
porque llegas invisible,
aun cambiando en vendaval.
¡Heigh-ho!, canten ¡heigh-ho! bajo el acebo verde.
Mucha amistad es falsa y mucho amor se pierde.
Hiela, hiela, cielo rudo,
pues no muerdes tan agudo
como gratitud fingida;
aun desviado el lecho acuoso,
tu agujón no es tan dañoso
como el amigo que olvida.
¡Heigh-ho!, canten ¡heigh-ho! bajo el acebo verde.
Mucha amistad es falsa y mucho amor se pierde.
¡Heigh-ho! ¡Del acebo el verdor
que esta vida nuestra es la mejor!^[25]

DUQUE Si eres hijo del buen sir Roldán,

como me lo has insinuado en voz baja,
y como lo atestiguan mis ojos
observando sus lineamientos
fielmente pintados y vivos en tu cara,
sé de veras bienvenido aquí. Yo soy el duque

que amé a tu padre. Ven a mi gruta
y cuéntame el resto de tu historia.
Buen anciano, eres tan bienvenido
como tu amo. Sostenlo del brazo.
Dame tu mano y hazme saber
todas tus andanzas.

TERCER ACTO

ESCENA I

*Aposento en el palacio. Entran el DUQUE FEDERICO,
OLIVERIO y nobles.*

DUQUE FEDERICO ¿Que no lo has visto desde entonces? Señor, señor, eso no puede ser.

Si mi mejor parte no fuera la clemencia,
no buscaría un sujeto ausente de mi venganza
estando tú presente. Pero fíjate bien:
busca a tu hermano donde esté.
Búscalo con la lámpara encendida;
tráelo muerto o vivo antes de un año
o no vuelvas a ganarte la vida
en nuestro territorio.
Tus tierras y todo lo que tienes por tuyo
que valga la pena de embargarse,
lo embargaremos,
hasta que puedas justificarte
por boca de tu hermano
de lo que sospechamos.

OLIVERIO ¡Oh, que su Alteza conociera en esto
mi corazón! Nunca en mi vida quise
a mi hermano.

DUQUE FEDERICO ¡Peor serás por ello!
Bien. Arrójenlo fuera,
y que mis oficiales, a quienes les incumbe,
hagan la expropiación de su casa y de sus bienes.
Hagan esto pronto y échenlo.

ESCENA II

El bosque de Arden. Entra ORLANDO con un papel.

ORLANDO Cuelguen de aquí, versos míos, testimonio de mi amor,
y tú, oh, reina de la noche,
tres veces coronada,^[26]

con tus castos ojos mira,
desde tu pálida esfera allá arriba,
el nombre de tu cazadora
que de mi vida es señora.
¡Oh, Rosalinda! Estos árboles
libros míos serán, y en su corteza,
grabaré mis pensamientos,
para que todo ojo que mire por la selva
doquiera vea el testimonio de tu virtud.
¡Corre, corre, Orlando,
en cada árbol graba cuán bella,
cuán casta e inefable es ella!

Entran CORIN y TOUCHSTONE.

CORIN ¿Y cómo encuentra esta vida, señor Touchstone?

TOUCHSTONE En verdad, pastor, respecto de sí misma es una buena vida; pero respecto de que es vida de pastores, no vale nada. Respecto de que es solitaria, me gusta mucho, pero como retiro, es detestable. Por lo que toca a que es en el campo, me place mucho, pero respecto a que no es en la corte, es tediosa. En cuanto frugal, ya lo ves, se aviene con mi humor; pero en cuanto que carece de abundancia va muy en contra de mi estómago. ¿Entiendes algo de filosofía, pastor?

CORIN Lo único que sé es que cuanto más se enferma uno, peor se siente, y que el que carece de dinero, recursos y contento está privado de tres buenos amigos; que es propio de la lluvia mojar y del fuego quemar; que la buena pastura engorda los carneros; y que una de las principales causas de la noche es la falta de sol; que el que no ha adquirido ingenio por naturaleza, o bien por arte, puede quejarse de no haber recibido buena crianza o de descender de padres muy estúpidos.

TOUCHSTONE Un hombre así es un filósofo natural. ¿Has estado alguna vez en la corte, pastor?

CORIN No, en verdad.

TOUCHSTONE Entonces estás condenado.

CORIN Espero que no.

TOUCHSTONE De veras estás condenado como un huevo asado mal, solo de un lado.

CORIN ¿Por no estar en la corte? Su razón.

TOUCHSTONE Pues que si nunca estuviste en la corte, nunca viste buenos modales; si

nunca viste buenos modales, entonces tus modales deben ser malvados, y la maldad es un pecado, y el pecado es la condenación. Estás en un estado peligroso, pastor.

CORIN Para nada, Touchstone. Los que son buenos modales en la corte, parecen ridículos en el campo, lo mismo que las maneras campestres provocan burla en la corte. Me dijo usted que no se saludan en la corte, sino se besan las manos. Esa cortesía sería sucia si los cortesanos fueran pastores.

TOUCHSTONE Da un ejemplo, pronto; vamos, un ejemplo.

CORIN Pues que siempre andamos manoseando ovejas, y sus vellones, como usted sabe, son grasientos.

TOUCHSTONE Pues que ¿las manos del cortesano no sudan? ¿Y no es la grasa del borrego tan sana como el sudor del hombre? No vale, no vale. Dame otro ejemplo, digo. Vamos.

CORIN Además, nuestras manos son ásperas.

TOUCHSTONE Así tus labios pueden sentirlos más pronto. No vale otra vez. Dame un ejemplo más sólido, vamos.

CORIN Y a menudo se cubren con brea por las curaciones de nuestras ovejas; ¿y quiere usted que besemos la brea? Las manos del cortesano están perfumadas con algalia.

TOUCHSTONE ¡Qué hombre tan superficial! ¡Pasto de gusanos en verdad si se compara con un buen pedazo de carne! Aprende de los sabios y reflexiona. La algalia es de origen más bajo que la brea, es la asquerosa secreción del gato. Mejora tu ejemplo, pastor.

CORIN Su ingenio es demasiado cortesano para mí. Terminó.

TOUCHSTONE ¿Terminarás condenado? ¡Dios te valga, hombre superficial! Que Dios te abra el coco, porque eres un ingenuo.^[27]

CORIN Señor, soy un buen trabajador: me gano lo que me como, tengo lo que sudo, no odio a nadie ni envidio la felicidad de otro; me alegro del bien ajeno, me conformo con mi miseria y mi mayor orgullo es ver pastar a mis ovejas y mamar a mis corderos.

TOUCHSTONE Ese es otro pecado de simpleza en ti: acoplar las ovejas con los moruecos y querer ganarte la vida por la cópula del ganado; ser alcahuete del borrego que conduce el ganado y engañar a una ovejita de doce meses con un viejo morueco patiquebrado y cornudo, fuera de las normas de la convivencia conyugal. Si no te condenas por esto, será que el mismo diablo

no quiere tener pastores. No veo cómo puedas escapar de otro modo.

CORIN Aquí viene el joven Ganimedes, hermano de mi nueva patrona.

Entra ROSALINDA leyendo un papel.

ROSALINDA «Del oeste hasta la India

nada hay como Rosalinda.
Cabalgando sobre el viento
por doquier va Rosalinda.
La belleza más relinda
es negra ante Rosalinda.
Quien al amor culto rinda,
rinda culto a Rosalinda.»

TOUCHSTONE Te rimaré así ocho años seguidos, exceptuando las horas de comer, cenar y dormir. Es el trote común de las vendedoras de manteca camino del mercado.

ROSALINDA ¡Quita allá, loco!

TOUCHSTONE Para muestra:

Si el ciervo no tiene cierva
que procure a Rosalinda.
Si la gata a amar se inclina
lo mismo hace Rosalinda.
Los vestidos llevan forro
lo mismo que Rosalinda.
Si cosechas, haz gavillas
y carga con Rosalinda.
La nuez dulce tiene agria
cáscara cual Rosalinda.
Quien busque una rosa linda
encontrará a Rosalinda.

Este es el verdadero galope falso de los versos. ¿Por qué te contagias de esa peste?

ROSALINDA ¡Silencio, loco estúpido! Los encontré en un árbol.

TOUCHSTONE De veras que el árbol da malos frutos.

ROSALINDA Lo injertaré contigo y luego lo injertaré con un níspero entrometido.^[28]

Se convertirá entonces en la fruta más precoz de toda la comarca, porque te pudrirás antes de que estés medio maduro, y esa es la virtud propia de los entrometidos.

TOUCHSTONE Ya lo has dicho; pero si con seso o no, que sea juez el bosque.

ROSALINDA ¡Silencio! Aquí viene mi hermana leyendo. Hagámonos a un lado.

Entra CELIA con un papel escrito.

CELIA (*Leyendo.*) «¿Por qué es desierto este sitio?

¿Por no estar poblado? No.
Daré lenguas a los árboles
que tendrán pulida voz.
Dirán cuán breve es la vida,
cuánta peregrinación
se corre, y cómo la edad
tiene un palmo de extensión.
Otras hablarán de votos
que la amistad quebrantó;
pero en las ramas más bellas,
o al fin de cada expresión,
escribiré Rosalinda,
porque todos sin error
sepan que el Cielo le ha dado
soberanía mayor;
y que tan solo en un cuerpo
Naturaleza juntó
cuantas gracias esparcidas
moraban en la Creación.
El puro rostro de Helena,
de Cleopatra el real fulgor,
de Atalanta el don más rico
y de Lucrecia el pudor.
Así, por orden celeste,
en Rosalinda se dio
todo aquello que cautiva
los ojos y el corazón.
Tal quiso el cielo, y que mi alma
fuera esclava de su amor.»^[29]

ROSALINDA Oh, gentilísima predicadora, con qué tediosa homilía de amor has cansado a tus feligreses sin decirles siquiera: «¡Tengan paciencia, buenas gentes!».

CELIA ¿Conque sí? ¡Amigos espiando por detrás! Pastor, retírate un poco. Tú, loco, síguelo.

TOUCHSTONE Vamos, pastor, hagamos una retirada honrosa; si no con armas y bagajes, al menos con cayados y zurrones.

Salen CORIN y TOUCHSTONE.

CELIA ¿Oíste estos versos?

ROSALINDA Ay, sí, los oí todos, y algunos más también, porque algunos tenían más pies que los que los versos podían llevar.

CELIA Eso no importa, si los pies podían llevar los versos.

ROSALINDA Sí, pero los pies estaban cojos y no podían sostenerse sin el verso, y por tanto cojeaban dentro de él.

CELIA ¿Pero oíste sin maravillarte cómo tu nombre estaba suspendido de estos árboles y grabado en ellos?

ROSALINDA Ya estaba yo más allá del asombro siete de los nueve días antes de que tú llegaras; porque mira lo que hallé en una palmera. Nunca me vi tan rimada desde la época de Pitágoras en que era yo una rata irlandesa, lo que difícilmente recuerdo.

CELIA ¿Adivinas quién ha hecho esto?

ROSALINDA ¿Acaso un hombre?

CELIA Y con una cadena al cuello que tú traías una vez. ¿Cambias de color?

ROSALINDA ¿Quién es, te ruego?

CELIA ¡Oh, Señor, Señor! Es difícil que los amigos vuelvan a ver pero las montañas pueden cambiar de sitio con los temblores y así encontrarse.

ROSALINDA No, pero ¿quién es?

CELIA ¿Es posible?

ROSALINDA No, te pido con la mayor vehemencia que me digas quién es.

CELIA ¡Oh, maravilla, maravilla! ¡Y maravilla de maravillas! ¡Y todavía mayor maravilla! Y después de eso ya no se puede decir más.

ROSALINDA ¡Por el rubor de mis mejillas! ¿Crees tú que porque ando emperifollada como hombre traigo chaleco y medias masculinas en mis inclinaciones? Un centímetro más que te tardes será para mí como un viaje de descubrimiento a los mares del Sur. Te ruego que me digas pronto quién es y que hables despacio. Quisiera que tartamudearas para que pudieras verter a este hombre misterioso por tu boca como el vino que sale de una botella de cuello estrecho; o mucho de una vez o nada en lo absoluto. Te ruego que te

quites el tapón de corcho de la boca para que pueda yo beber tus noticias.

CELIA Según eso, podrías llevar un hombre en el vientre.

ROSALINDA ¿Es hechura de Dios? ¿Qué clase de hombre es? ¿Vale su cabeza un sombrero? ¿O su mentón una barba?

CELIA No, tiene muy poca barba.

ROSALINDA Pues Dios ya le mandará más si él sabe ser agradecido. Déjame esperar a que le crezca la barba, si no te tardas en decirme cómo es su mentón.

CELIA Es el joven Orlando, el que hizo que se rindieran en un mismo instante los talones del que luchó con él y tu corazón.

ROSALINDA ¡No, vete al diablo con tus burlas! Habla como una chica seria y formal.

CELIA De veras, prima, es él.

ROSALINDA ¿Orlando?

CELIA Orlando.

ROSALINDA ¡Oh, qué desgracia! ¿Qué haré con mi chaleco y mis medias de hombre? ¿Qué estaba haciendo cuando lo viste? ¿Qué te dijo? ¿Cómo se veía? ¿Cómo andaba vestido? ¿Qué hace aquí? ¿Preguntó por mí? ¿Dónde se está quedando? ¿Cómo se despidió de ti? ¿Y cuándo lo volverás a ver? Contéstame con una sola palabra.

CELIA Debes prestarme primero la boca de Gargantúa. Es una palabra demasiado grande para cualquier boca de la dimensión actual. Responder sí o no a todos estos particulares es más difícil que contestar a un catecismo.

ROSALINDA ¿Pero sabe él que estoy en este bosque y que ando con traje de hombre? ¿Se ve tan sano como el día de la lucha?

CELIA Es más fácil contar átomos que resolver estas preguntas de una enamorada. Pero toma una probadita de mi encuentro con él y saboréala con atención. Lo encontré debajo de un árbol como una bellota caída.

ROSALINDA Bien podría llamarse el árbol de Júpiter cuando deja caer semejante fruto.

CELIA Ponme atención, buena dama.

ROSALINDA Prosigue.

CELIA Ahí estaba tendido cuan largo era como caballero herido.

ROSALINDA Aunque diera lástima ver tal espectáculo ¡qué bien adornaría el suelo!

CELIA Grítale «¡Alto!» a tu lengua; hace corvetas antes de tiempo. Vestía traje de cazador.

ROSALINDA ¡Mal presagio! ¡Viene a darle muerte a mi corazón!^[30]

CELIA Yo cantarí mi canción sin estribillo. Me sacas de tono.

ROSALINDA ¿No sabes que soy mujer? Cuando pienso tengo que hablar. Prosigue, querida.

CELIA Ya perdí el hilo. ¡Silencio! ¿No es ese que llega?

Entran ORLANDO y JAQUES.

ROSALINDA Sí, es él. Escondámonos a observarlo.

Se esconden CELIA y ROSALINDA.

JAQUES Te agradezco la compañía, pero la verdad, hubiera preferido estar solo.

ORLANDO Lo mismo yo, pero para seguir la moda, le agradezco a mi vez su compañía.

JAQUES Ve con Dios. ¡Que nos veamos lo menos posible!

ORLANDO Ojalá seamos mejores extraños.

JAQUES Te ruego que no eches a perder más árboles escribiendo canciones en sus cortezas.

ORLANDO Yo le ruego que no eche a perder más versos míos leyéndolos con mala voluntad.

JAQUES ¿Rosalinda es el nombre de tu amada?

ORLANDO Sí, precisamente.

JAQUES No me gusta su nombre.

ORLANDO Nadie pensó en darle gusto a usted cuando la bautizaron.

JAQUES ¿Qué estatura tiene?

ORLANDO Me llega exactamente al corazón.

JAQUES Estás lleno de bonitas respuestas. ¿No será que has frecuentado a mujeres de orfebres y las has sacado de sus anillos?

ORLANDO No tal; solo contesto con el lenguaje de los tapices baratos en cuyas inscripciones ha usted estudiado sus preguntas.

JAQUES Tienes un ingenio vivo. Pienso que brotó de los talones de Atalanta.

¿Quieres sentarte conmigo a denigrar juntos a nuestra señora, la redondez del mundo y a toda su miseria?

ORLANDO Yo no criticaré a nadie en el mundo sino a mí mismo en quien reconozco muchísimos defectos.

JAQUES El peor defecto que tienes es estar enamorado.

ORLANDO Es una falta que no cambiaré por la mejor de sus virtudes. Ya me cansé de usted.

JAQUES En verdad andaba yo buscando un necio cuando te encontré a ti.

ORLANDO Se ahogó en el arroyo. Asómese y lo verá.

JAQUES Veré ahí mi propia figura.

ORLANDO Que juzgo ser la de un estúpido o un cero.

JAQUES Ya no me demoraré contigo. Adiós, buen signior Amor.

ORLANDO Me alegro de su partida. Adiós, buen monsieur Melancolía.

Sale JAQUES.

ROSALINDA (*Aparte a CELIA.*) Voy a hablarle como lacayo insolente y bajo este disfraz le haré una jugada atrevida. ¿Me oye usted, habitante de la selva?

ORLANDO Sí, muy bien. ¿Qué se te ofrece?

ROSALINDA Por favor, ¿qué horas son en el reloj?

ORLANDO Debías preguntarme qué horas son según el sol; no hay relojes en el bosque.

ROSALINDA Entonces no hay amigo verdadero en el bosque. De lo contrario, suspirar cada minuto y gemir cada hora registraría la marcha perezosa del tiempo, lo mismo que un reloj.

ORLANDO ¿Y por qué no la marcha veloz del tiempo? ¿No sería más apropiado?

ROSALINDA De ningún modo, señor. El tiempo viaja a distintos pasos con distintas personas. Le diré con quién camina el tiempo, con quién va al trote, con quién galopa y con quién se queda parado.

ORLANDO Por favor, ¿con quién va al trote?

ROSALINDA Pues yo creo que va a trote duro con una jovencita entre el compromiso de matrimonio y el día de la boda. Si el ínterin es solo de una semana, el paso del tiempo es tan duro que parece siete largos años.

ORLANDO ¿Con quién camina el tiempo a paso normal?

ROSALINDA Con un sacerdote que no sabe latín y con un rico que no padece gota, porque el primero duerme a gusto porque no puede estudiar, y el otro vive alegremente porque no siente dolor. El uno porque está exento de la carga de la mezquina y agotadora ciencia, y el otro porque no conoce el peso de la pesada y tediosa penuria. Con estos camina el tiempo a paso normal.

ORLANDO ¿Con quién va al galope?

ROSALINDA Con el ladrón a la horca; porque aunque vaya tan despacio como lo permitan los pies, piensa que ha llegado ahí demasiado pronto.

ORLANDO ¿Con quién se queda parado?

ROSALINDA Con los abogados en época de vacaciones, porque se duermen entre un período y otro, y no se dan cuenta de cómo se pasa el tiempo.

ORLANDO ¿En dónde vives, hermoso joven?

ROSALINDA Con esta pastora que es mi hermana, aquí en las orillas del bosque, como orla en una enagua.

ORLANDO ¿Eres nativo de este lugar?

ROSALINDA Como el conejo que ve usted habitar ahí donde es parido.

ORLANDO Tu acento es algo más fino de lo que podrías adquirir en lugar tan apartado.

ROSALINDA Eso me han dicho muchos. Pero la verdad es que un tío mío, anciano religioso, me enseñó a hablar. En su juventud él recibió muy buena educación; conocía los modales de la corte, ahí se enamoró. Yo le oí leer muchos sermones contra el amor y doy gracias a Dios de no ser mujer, para que no me afecten las muchas y escandalosas faltas que él generalmente achacaba a todo ese sexo.

ORLANDO ¿Puedes recordar algunos de los principales defectos que echaba en cara a las mujeres?

ROSALINDA Ningunos eran principales: todos se parecían unos a otros como monedas de a dos centavos. Cada falta parecía monstruosa, hasta que su compañera venía a hacerle pareja.

ORLANDO Dime algunos, por favor.

ROSALINDA No, no quiero prodigar mi medicina sino a los que están enfermos. Hay un hombre que vaga por el bosque que maltrata nuestros árboles jóvenes grabando «Rosalinda» en su corteza; que cuelga odas en los espinos y

elegías en las zarzas; todas por cierto deificando el nombre de Rosalinda. Si pudiera yo encontrar a ese traficante de amores, le daría un buen consejo, porque parece tener la fiebre cotidiana^[31] del amor.

ORLANDO Yo soy el que está sacudido así por el amor. Por favor, dime tu remedio.

ROSALINDA No tiene usted ninguna de las señales que decía mi tío. Él me enseñó a conocer a los enamorados, y estoy seguro de que en su jaula de juncos usted no se halla prisionero.

ORLANDO ¿Cuáles eran sus señales?

ROSALINDA Mejillas enjutas, que usted no tiene; ojos hundidos y ojerosos que tampoco tiene; ánimo poco comunicativo que no tiene; la barba descuidada que no tiene; aunque eso se lo perdono, simplemente porque tener barba es renta de hermano menor. Luego debe llevar las medias sin ligas, la gorra sin cinta, las mangas sin botones, los zapatos sin agujetas, y todo lo que trae consigo mostrando una descuidada desolación. Pero usted no es esa clase de hombre; al contrario, anda de punta en blanco en su atuendo, como si se amara más a sí mismo que pareciendo enamorado de otra persona.

ORLANDO Bien, joven, quisiera poderte convencer de que estoy enamorado.

ROSALINDA ¡Convencerme! Más pronto podría convencer a la que ama, lo que le garantizo que está más dispuesta a hacer que a confesarse convencida. Ese es uno de los puntos en que las mujeres siempre traicionan sus conciencias. Pero francamente, ¿es usted el que cuelga de los árboles los versos en que Rosalinda es objeto de tanta admiración?

ORLANDO Te juro, joven, por la blanca mano de Rosalinda, que yo soy ese, ese mismo desventurado.

ROSALINDA ¿Pero está usted tan enamorado como lo proclaman sus rimas?

ORLANDO No hay rima ni razón que pueda expresar hasta qué grado.

ROSALINDA El amor es una mera locura, y yo le digo que merece el calabozo y el látigo lo mismo que los locos. Y la razón porque no se le castiga y cura de ese modo es que es una demencia tan común, que los que manejarían el látigo también están enamorados. Con todo, me comprometo a curarla por medio de consejos.

ORLANDO ¿Curaste nunca a alguno de ese modo?

ROSALINDA Sí, a uno de esta manera. Debía imaginarse que yo era su amor, su adorada, y lo obligué a cortejarme todos los días, ocasión en la que, como no era más que un joven lunático, me mostraba quejumbroso, afeminado,

mudable, caprichoso y antojadizo, altivo, fantástico, haciendo muecas como mono, superficial, inconstante, llorón, inclinado a todas las pasiones e incapaz de una sola pasión verdadera, pues los muchachos y las muchachas son por lo general ganado de ese pelo. Ora lo quería, ora lo detestaba; tan pronto lo mimaba, como renegaba de él; unas veces lo lloraba y otras lo escupía, de modo que reduje a mi pretendiente de un loco acceso amoroso a un acceso real de locura, el cual consistió en abandonar la corriente caudalosa del mundo y vivir en un rincón puramente monástico. Y así lo curé, y de ese modo me comprometo a lavar el hígado de usted y dejarlo tan limpio y tan sano como un corazón de carnero, de suerte que no quede en él ni rastro de amor.

ORLANDO No quisiera curarme, joven.

ROSALINDA Yo lo curaré, con solo que me llame Rosalinda y venga todos los días a cortejarme a mi cabaña.

ORLANDO Pues en nombre de mi amor sí que lo haré. Dime dónde está.

ROSALINDA Venga conmigo y se la enseñaré, y de paso, usted me dirá en qué parte del bosque habita. ¿Vamos?

ORLANDO Con todo mi corazón, buen joven.

ROSALINDA No; debe llamarme Rosalinda. Vamos, hermana. ¿Quieres acompañarnos?

Salen.

ESCENA III

*Otra parte del bosque. Entran TOUCHSTONE y AUDREY.
JAQUES los observa detrás.*

TOUCHSTONE Date prisa, Audrey. Yo recogeré tus cabras, Audrey. Y qué Audrey, ¿soy todavía tu hombre? ¿Mi humilde fisonomía te satisface?

AUDREY ¿Tu fisonomía? ¡Dios nos ampare! ¿Qué es eso de fisonomía?^[32]

TOUCHSTONE Ando aquí contigo y tus cabras como el más caprichoso de los poetas, el honrado Ovidio, andaba con los godos.^[33]

JAQUES (*Aparte.*) ¡Oh, erudición mal aposentada, peor que Júpiter en una choza de techo de paja!

TOUCHSTONE Cuando los versos de un hombre no pueden ser comprendidos ni su

buen ingenio secundado por ese niño precoz, la inteligencia, el hombre se queda más muerto que si le presentaran una cuenta enorme en un mísero mesón. Quisiera de veras que los dioses te hubieran hecho poética.

AUDREY No sé lo que es poética. ¿Se trata de algo honesto de palabra y de obra? ¿Es algo real?

TOUCHSTONE Realmente no; porque la poesía más real es la más fingida, y los enamorados son adictos a la poesía, y lo que juran en poesía puede decirse que lo fingen como enamorados.

AUDREY ¿Deseas entonces que los dioses me hubieran hecho poética?

TOUCHSTONE De veras que sí, porque tú me juras que eres honrada; ahora, si fueras poeta, tendría alguna esperanza de que mintieras.

AUDREY ¿Quisieras que fuera honrada?

TOUCHSTONE No, por cierto, a menos que fueras fea, porque la honestidad acoplada a la belleza es como ponerle miel de condimento al azúcar.

JAQUES (*Aparte.*) Loco, pero sustancioso.

AUDREY Bueno, yo no soy bonita, y por tanto les pido a los dioses que me hagan honrada.

TOUCHSTONE De veras que desperdiciar la honestidad en una sucia fregona es como poner carne buena en un plato sucio.

AUDREY No soy una fregona, aunque agradezco a los dioses el ser sucia.

TOUCHSTONE Bien, alabados sean los dioses por tu porquería; lo de fregona puede venir más tarde. Pero sea como sea, me casaré contigo, y para ello he estado con sir Oliverio Martext, el vicario de la aldea vecina, que me ha prometido venir a encontrarse conmigo en este lugar del bosque para unirnos.

JAQUES (*Aparte.*) Con gusto veré este encuentro.

AUDREY Bueno, ¡que los dioses nos concedan alegría!

TOUCHSTONE Amén. Si un hombre fuera de ánimo medroso, vacilaría en este intento, porque no tenemos aquí más templo que el bosque, ni más asamblea que la de las bestias cornudas. Pero ¿qué le hace? ¡Valor! Como los cuernos son odiosos, son inevitables. Se dice que más de un hombre ignora el porqué de su fortuna. Cierto; más de un hombre tiene magníficos cuernos y no sabe por qué. Bien, esa es la dote de su mujer, no son adquisición propia. ¿Cuernos? Precisamente. ¿Solo los pobres? No, no. El

más noble venado los tiene tan grandes como el más ruin. ¿Es por tanto dichoso el soltero? No. Lo mismo que una ciudad amurallada vale más que una aldea, así la frente del hombre casado es más honrosa que la cabeza desmantelada del soltero; y en tanto que es mejor tener defensa que carecer de táctica defensiva, es más valioso un cuerno que carecer de él. Aquí viene sir Oliverio.

Entra SIR OLIVERIO MARTEXT.^[34]

Bien hallado, sir Oliverio Martext. ¿Quiere despacharnos aquí bajo este árbol o debemos ir a su capilla?

SIR OLIVERIO ¿No hay quien entregue a la mujer?

TOUCHSTONE No, la tomaré como regalo de otro.

SIR OLIVERIO Pues tiene que ser entregada, o el matrimonio no es válido.

JAQUES (*Avanzando.*) Proceda, proceda. Yo la entregaré.

TOUCHSTONE Buenas tardes, señor como se llame. ¿Cómo está? Es muy bienvenido. Dios lo bendiga por su última visita. Me da mucho gusto verlo. Siempre con una bagatela en la mano. No, por favor, cúbrase.

JAQUES ¿Quieres casarte, Colorines?

TOUCHSTONE Como el buey tiene su yugo, señor, el caballo su freno y el halcón sus cascabeles, así el hombre tiene sus deseos, y del mismo modo que las palomas se arrullan, así el matrimonio desea morder.

JAQUES ¿Y quieres tú siendo hombre educado, casarte bajo un árbol como un pordiosero? Ve a la iglesia y dile a un buen sacerdote que te diga lo que es el matrimonio. Este sujeto los unirá como quien junta un entablamiento; luego uno de ustedes se convertirá en tablero encogido, y como madera verde se torcerá, se torcerá.

TOUCHSTONE (*Aparte.*) No estoy de ánimo para eso, pero querría mejor que me casara este que algún otro, porque no es probable que me case bien, y el no estar bien casado será una buena excusa para más adelante dejar a mi esposa.

JAQUES Ven conmigo y déjame aconsejarte.

TOUCHSTONE Vamos, dulce Audrey
Debemos casarnos o vivir amancebados.
Adiós, don Oliverio. No...
«¡Oh, buen Oliverio,
valiente Oliverio,

no me dejes atrás!»
Sino...
«Lárgate, amigo,
vete, te digo,
no me casarás.»

Salen JAQUES, TOUCHSTONE y AUDREY.

SIR OLIVERIO No importa. Nunca uno de estos estrambóticos bribones me desviará de mi vocación con sus burlas.

ESCENA IV

*Otra parte del bosque. Entran ROSALINDA
y CELIA.*

ROSALINDA Ya no me digas nada. Quiero llorar.

CELIA Hazlo, por favor, pero ten la bondad de considerar que las lágrimas no le quedan bien a un hombre.

ROSALINDA ¿Pero no tengo motivo para llorar?

CELIA Tanto como una pudiera desear; por tanto, llora.

ROSALINDA Hasta sus cabellos tienen color de traición.

CELIA Algo más castaños que los de Judas. Y sus besos son hijos del mismo Judas.

ROSALINDA La verdad es que su cabellera tiene bonito color.

CELIA Excelente. El castaño ha sido siempre color preferido.

ROSALINDA Y sus besos son tan puros como el pan bendito.

CELIA Ha comprado un par de labios de los que descarta la casta Diana. Una monja de la comunidad del invierno no besa tan religiosamente. Hay en ellos el hielo mismo de la castidad.

ROSALINDA ¿Pero por qué juró que vendría hoy en la mañana y no viene?

CELIA No, ciertamente, carece de palabra.

ROSALINDA ¿Eso crees?

CELIA Sí, creo que no es un carterista o un cuatrero, pero en cuanto a su sinceridad en el amor, lo creo tan hueco como un copón tapado o una nuez comida de gusanos.

ROSALINDA ¿No es fiel en el amor?

CELIA Sí, cuando está enamorado, pero creo que no lo está.

ROSALINDA Tú lo has oído jurar de plano que lo estaba.

CELIA «Estaba», pero «no está». Además el juramento de un enamorado no vale más que la palabra de un mozo de taberna. Los dos confirman cuentas falsas. Forma parte aquí del séquito de tu padre, el duque.

ROSALINDA Encontré ayer al duque y tuve una larga conversación con él. Me preguntó de qué familia era. Le dije: «De una tan buena como la suya», así es que se echó a reír y me dejó ir. ¿Pero por qué hablamos de padres cuando existe un hombre como Orlando?

CELIA ¡Oh! ¡Ese sí que es un hombre estupendo! Escribe estupendos versos, dice palabras estupendas, lanza votos estupendos y los quiebra estupendamente, de medio a medio, a través del corazón de su amada, parecido a un justador de segunda categoría que espolea su caballo, pero de un lado rompe la lanza como un noble atolondrado. Pero es estupendo todo lo que monta la juventud e inspira la locura. ¿Quién viene aquí?

Entra CORIN.

CORIN Señora y señor, ustedes han inquirido
noticias de aquel zagal que se quejaba de amores,
al que vieron reclinado conmigo
sobre el césped, alabando a la pastora
altiva y desdeñosa que era su adorada.

CELIA Bien; y ¿qué es de él?

CORIN Si quieren ver al natural
representar la comedia
entre el pálido semblante del amor
y el brillo carmesí del desdén despectivo,
vengan cerca de aquí y yo los conduciré
a donde puedan presenciarla.

ROSALINDA Oh, vamos; ver a los enamorados
alimenta a los que aman.
Llévanos allá y verás
que seré un personaje muy activo en el juego.

Salen.

ESCENA V

Otra parte del bosque. Entran SILVIO y FEBE.

SILVIO Dulce Febe, no me desprecies; no lo hagas, Febe.

Dime que no me amas,
pero no lo digas con amargura.
El verdugo público
cuyo corazón está endurecido
por el espectáculo de la muerte,
no hace caer el hacha sobre el cuello humillado
sin haber pedido perdón. ¿Serás tú más dura
que el que vive y muere haciendo correr la sangre?

Entran por detrás de la escena ROSALINDA, CELIA y CORIN.

FEBE No quiero ser tu verdugo; huyo de ti
porque no quiero hacerte daño.
Me dices que mis ojos te asesinan.
Es bonito y probable, claro está,
que los ojos, que son los órganos
más frágiles y suaves,
que cierran sus temerosas pupilas
ante los átomos, sean llamados
tiranos, carniceros y asesinos.
Ahora te frunzo el ceño con toda el alma,
y si pueden herir mis ojos, que te maten.
Ahora finge un desmayo y déjate caer,
o si no puedes, por vergüenza, sí, por vergüenza,
no mientas diciendo que te matan mis ojos.
Enséñame la herida que mis ojos te han hecho.
Con que te arañes con un alfiler,
queda ahí alguna huella; apóyate en un junco,
y quedará por un instante,
sobre la palma de tu mano,
la señal sensible.
En cambio mis ojos, que he flechado contra ti,
no te lastiman, ni, estoy segura,
existe fuerza en los ojos que pueda lastimar.

SILVIO Oh, querida Febe, si alguna vez,
y esa vez puede estar cerca,
encuentras en alguna mejilla fresca

el poder de seducirte,
sabrás entonces las heridas invisibles
que ocasionan las flechas agudas del amor.

FEBE Pero hasta ese momento,
no te acerques a mí, y cuando ese momento llegue,
aflígeme con tus burlas, no me compadezcas,
porque hasta entonces no me compadeceré de ti.

ROSALINDA (*Avanzando.*) ¿Y por qué, me haces favor?
¿Quién habrá sido tu madre,
para que insultes y te regocijes de una vez
sobre los desgraciados?
Porque posees cierta hermosura
(y por cierto no veo en ti la suficiente
para que puedas ir a acostarte sin candela),
¿habrás de mostrarte orgullosa e insensible?
¿Pues qué significa esto?
¿Por qué te me quedas viendo?
No veo en ti mayor cosa
que en lo ordinario de las mercancías
de la Naturaleza.
¡Dios guarde mi insignificante vida,
creo que intenta enredarme a mí también!
Claro que no, orgullosa señora;
no tengas esperanza de lograrlo.
Ni tus cejas de tinta,
tu negro cabello sedoso,
ni las niñas de tus ojos
oscuras como cuentas de abalorio,
ni tus mejillas de crema,
pueden domeñar mi espíritu a rendirte culto.
Y tú, zagal necio, ¿por qué la sigues
como una bruma del sur bufando con viento y lluvia?
Eres mil veces más guapo tú como hombre
que ella como mujer. Son los tontos así
los que llenan el mundo de niños feos.
No es su espejo, sino tú, el que la adula,
y por tu culpa se cree más bella
de lo que pueden mostrarla sus rasgos.
Así pues, señorita, conócete a ti misma.
Ponte de rodillas y agradece al cielo

con ayuno que te dé el amor de un hombre bueno.
Porque debo decirte amistosamente al oído,
que cuando puedas, vendas,
pues no eres para todos los mercados.
Pídele perdón a este hombre, ámalo, acepta
lo que te ofrece ahora;
más horrible es la fealdad, cuando siéndolo,
en burla se convierte.
Así que tómala para ti, zagal,
y que les vaya bien.

FEBE Amable joven, te ruego me regañes
todo un año. Prefiero oírte reñir a ti
que a este cortejarme.

ROSALINDA (A FEBE.) Él se ha enamorado de tu fealdad (a SILVIO) y ella se ha
enamorado de mi enojo. Puesto que así sucede, cuantas veces te responda
con miradas ceñudas, yo la reprenderé con palabras amargas. (A FEBE) ¿Por
qué me miras así?

FEBE Porque no te deseo ningún mal.

ROSALINDA Te ruego no te enamores de mí,
porque soy más falso que un juramento
hecho en vino. Además, no me agradas.
Si quieres conocer mi casa,
está en ese bosquecillo de olivos,
aquí cerca. ¿Quieres venir, hermana?
Pastor, ruégale mucho. Ven, hermana.
Pastora, míralo con buenos ojos
y no seas orgullosa.
Aunque pudiera verte todo el mundo,
nadie como él se dejaría engañar por tu aspecto.
Vamos, a nuestro rebaño.

Salen ROSALINDA, CELIA y CORIN.

FEBE ¡Oh, pastor difunto, ahora veo
la verdad de tu sentencia!
«¿Quién ha amado una vez que no amó a primera vista?»^[35]

SILVIO ¡Dulce Febe!

FEBE ¡Eh! ¿Qué dices, Silvio?

SILVIO Dulce Febe, apiádate de mí.

FEBE De veras me das pena, amable Silvio.

SILVIO Donde hay pena, puede existir alivio.

Si te apiadas de mi pena de amor,
dando amor, tu dolor y mi pena
quedarían ambas exterminadas.

FEBE Ya tienes mi amistad. ¿No es eso caritativo?

SILVIO Quisiera tenerte a ti.

FEBE Eso sería codicia.

Silvio, hubo un tiempo en que te odiaba;
y sin embargo, no es que te ame ahora,
pero puesto que puedes hablar tan bien de amores,
tu compañía, la que antes me era insoportable,
me es llevadera, y aun me serviré de ti,
pero no busques otra recompensa
que tu propio contento de quedar empleado.

SILVIO Tan santo y tan perfecto es mi cariño,

y me hallo en tal pobreza de favores,
que veré como abundante cosecha
el recoger las espigas quebradas
detrás del que coseche lo mejor.
Deja escapar de tiempo en tiempo una sonrisa,
y eso me bastará para vivir.

FEBE ¿Conoces ese joven que ha poco habló conmigo?

SILVIO No muy bien, pero seguido lo he encontrado

y él compró la cabaña y pertenencias
que poseía el viejo labriego.

FEBE No pienses que lo amo, aunque por él pregunte.

Es un chico tonto, pero se expresa bien.
¿Pero por qué me cuido de palabras?
Con todo, las palabras hacen bien
cuando el que las dice complace a quienes las oyen.
Es un joven guapo, aunque no mucho,
pero seguro que es muy orgulloso,
aunque le va bien serlo.
Será pronto un hombre hecho y derecho.
Lo mejor que tiene es su cutis,
y aunque su lengua ofenda, sus ojos curan todo.

No es muy alto, pero sí está crecido
para su edad. Su pierna está solo así, así,
y con todo, está bien.
Había en sus labios un rojo muy lindo,
un rojo más maduro y más brillante
que aquel que matizaba sus mejillas;
era justamente la diferencia
entre el rojo uniforme y el damasco mezclado.
Hay ciertas mujeres, Silvio, que de haberlo mirado
como yo, en detalle, habrían estado cerca
de enamorarse de él: mas por mi parte,
no lo quiero, ni tampoco lo odio;
y sin embargo, tengo más motivo
de odiarlo que de amarlo.
Porque ¿con qué derecho se puso a regañarme?
Dijo que son negros mis ojos y mis cabellos,
y ahora que me acuerdo, me desdeñó.
Me pregunto cómo no le contesté.
Mas no tiene importancia.
Omisión no es finiquito.
Le escribiré una carta terminante
que le llevarás tú. ¿Quieres, Silvio?

SILVIO Con todo mi corazón, Febe.

FEBE La escribiré enseguida.

Ya tengo la materia en la cabeza
y en el pecho. Seré áspera con él
y muy cortante. Ven conmigo, Silvio.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

El bosque de Arden. Entran ROSALINDA, CELIA y JAQUES.

JAQUES Te ruego, déjame conocerte mejor.

ROSALINDA Dicen que es usted un sujeto melancólico.

JAQUES Sí, lo soy. Eso me gusta mucho más que la risa.

ROSALINDA Los que dan en uno u otro de esos excesos son gente abominable y se exponen a la censura pública más que los borrachos.

JAQUES ¡Bah! Es bueno estar triste y no decir palabra.

ROSALINDA En ese caso es bueno ser un poste.

JAQUES Yo no tengo ni la melancolía del estudioso, que es emulación; ni la del músico, que es fantasía, ni la del cortesano, que es orgullo; ni la del soldado, que es ambición; ni la del legista, que es política; ni la de la dama, que es amaneramiento; ni la del enamorado, que es todo esto junto; sino que es una melancolía mía propia, compuesta de todos estos ingredientes, extraída de muchos objetos, y en verdad la contemplación diversa de mis viajes, que rumiados con frecuencia, me envuelven en una caprichosa tristeza.

ROSALINDA ¡Conque viajero! Apuesto que tiene verdadero motivo de estar triste. Me temo que ha vendido sus tierras para ver las de otras gentes. Entonces haber visto mucho y no tener nada es tener ricos los ojos y pobres las manos.

JAQUES Sí, me he ganado mi experiencia.

ROSALINDA Y su experiencia lo entristece. Preferiría tener un bufón para que me alegrara que mucha experiencia que me entristeciera. ¡Y además haber viajado para eso!

Entra ORLANDO.

ORLANDO ¡Buen día y felicidad, querida Rosalinda!

JAQUES ¡Vaya, pues, que Dios lo guarde, si habla en verso libre!

ROSALINDA Adiós, señor viajero. Procure cecear y vestir trajes raros; denigre todos los beneficios de su país; odie el día de su nacimiento y casi riña a Dios por

haberle dado el rostro que tiene; si no, yo apenas creeré que ha navegado en góndola. (*Sale JAQUES.*) ¡Hola! ¿Qué hay, Orlando? ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Conque enamorado, eh? Si me haces otra travesura de estas, no vuelvas a presentármeme.

ORLANDO Mi bella Rosalinda, vengo a una hora de mi promesa.

ROSALINDA ¡Quebrantar la promesa de una hora en amor! Al que divide en mil partes un minuto y quebrante una sola parte de la milésima de ese minuto en cuestiones de amor, se podría decirle que Cupido le ha dado una palmada en el hombro, pero yo le garantizaría que su corazón está intacto.

ORLANDO Perdóname, querida Rosalinda.

ROSALINDA No, si eres tan moroso, ya no te presentes a mi vista. Preferiría que me cortejara un caracol.

ORLANDO ¿Un caracol?

ROSALINDA Sí, un caracol, porque aunque venga despacio, trae cargando su casa en la cabeza, mejor dotación, creo yo, de la que puedes tú hacerle a una mujer. Además trae consigo su destino.

ORLANDO ¿Cuál es?

ROSALINDA Pues los cuernos, que los que son como tú quieren deberles a las mujeres; pero él ya viene armado con su fortuna y previene el escándalo de su esposa.

ORLANDO La virtud no pone cuernos, y mi Rosalinda es virtuosa.

ROSALINDA Y yo soy tu Rosalinda.

CELIA A él le agrada llamarte así, pero él tiene una Rosalinda de mejor aspecto que tú.

ROSALINDA Vamos, hazme la corte, hazme la corte; porque ahora estoy de humor de día de fiesta y bastante dispuesto a consentir. ¿Qué me dirías ahora, si yo fuera de veras, de veras, tu Rosalinda?

ORLANDO Te besaría antes de hablar.

ROSALINDA No, harías mejor en hablar primero, y cuando ya supieras qué decir, aprovechar la ocasión para besar. Los buenos oradores, cuando se pierden, comienzan a toser, y en cuanto a los enamorados, en cuanto se les acaba (Dios nos libre) la materia, el recurso es besar.

ORLANDO ¿Y qué tal si les niegan el beso?

ROSALINDA Entonces ella te obliga a suplicarle, y ahí comienza un nuevo asunto de conversación.

ORLANDO ¿Quién podría quedarse sin qué decir en presencia de su amada?

ROSALINDA Pues tú, si yo fuera tu amada, o si yo pensara que mi honestidad es más desenvuelta que mi ingenio.

ORLANDO ¿Qué hay de mi vestido?^[36]

ROSALINDA Forma parte de tu guardarropa, aunque no es propio para el cortejo que me haces. ¿No soy yo tu Rosalinda?

ORLANDO Experimento cierta alegría en decir que lo eres, porque querría estar hablando de ella.

ROSALINDA Bueno, en su lugar te digo que no te quiero.

ORLANDO Entonces en lugar mío, muero.

ROSALINDA No, por favor; muérete por poder. Este mísero mundo tiene casi seis mil años de edad, y en todo este tiempo no hubo nadie que muriera en su propia persona, es decir, por motivo de amor. A Troilo le aplastaron los sesos con un garrote griego, pero él hizo lo que pudo para morir antes, y es uno de los modelos de amor. Leandro habría vivido muchos años felices aunque Hero se hubiera metido de monja, si no hubiera sido por una cálida noche de verano; porque el buen chico se metió a bañar en el Helesponto, y habiéndole dado un calambre, se ahogó, y los imbéciles cronistas de esa época hallaron que fue a causa de Hero de Sestos. Pero todas estas son mentiras. Los hombres mueren de cuando en cuando y los gusanos se los comen, pero no mueren de amor.

ORLANDO No quisiera que mi verdadera Rosalinda fuera de esa opinión, pues protesto que me mataría nomás con fruncirme el ceño.

ROSALINDA Por esta mano, no mataría ni una mosca. Pero ven, seré ahora tu Rosalinda de un modo más amistoso, y pídemelo lo que quieras, que te lo concederé.

ORLANDO Entonces ámame, Rosalinda.

ROSALINDA Sí, sí, lo haré los viernes y los sábados y todo lo demás.

ORLANDO ¿Y me querrás?

ROSALINDA Sí, y a veinte como tú.

ORLANDO ¿Qué dices?

ROSALINDA ¿No eres bueno?

ORLANDO Espero que sí.

ROSALINDA Pues entonces ¿puede uno desear demasiado una cosa buena? Ven, hermana, hazla de sacerdote y cásanos. Dame la mano, Orlando. ¿Qué dices, hermana?

ORLANDO Por favor, cásanos.

CELIA No me sé la fórmula.

ROSALINDA Debes empezar: «Orlando, ¿quieres...».

CELIA Adelante: Orlando ¿quieres tener por esposa a esta Rosalinda?

ORLANDO Sí, quiero.

ROSALINDA Sí, pero ¿cuándo?

ORLANDO Pues ahora, tan pronto como ella pueda casarnos.

ROSALINDA Entonces debes decir: «Te tomo por esposa, Rosalinda».

ORLANDO Te tomo por esposa, Rosalinda.

ROSALINDA Debiera preguntarte qué autoridad tienes para tomarme por esposa; pero «Te tomo por marido, Orlando». Hay una chica que se anticipa al sacerdote, y ciertamente el pensamiento de una mujer corre por delante de sus acciones.

ORLANDO Así lo hacen todos los pensamientos; son alados.

ROSALINDA Dime ahora cuánto tiempo la guardarás después de tomar posesión de ella.

ORLANDO Por siempre, más un día.

ROSALINDA Di que un día sin el siempre. No, no, Orlando, los hombres son abril cuando cortejan, diciembre cuando se casan. Las chicas son mayo cuando son doncellas, pero el cielo cambia cuando son esposas. Estaré más celosa de ti que un palomo torcaz berberisco de su paloma, más alborotadora que un loro ante la lluvia, más caprichosa que una mona, más voluble en mis deseos que un mico. Lloraré por nada, como Diana en la fuente, y lo haré cuando tú te dispongas a estar alegre. Me reiré como una hiena, y eso cuando te sientas inclinado a dormir.

ORLANDO Pero ¿hará eso mi Rosalinda?

ROSALINDA Por vida mía, hará lo mismo que yo hago.

ORLANDO No, pero es discreta.

ROSALINDA De otro modo no tendría ingenio para hacer todo esto. Entre más lista, más caprichosa. Échale el cerrojo al talento de una mujer, y se saldrá por la ventana; ciérrasela y querrá salir por el agujero de la llave; tápaselo y volará afuera con el humo de la chimenea.

ORLANDO Un hombre que tuviera una esposa con tanto ingenio podría decir: «¿Adónde quieres llevarla, ingenio?».

ROSALINDA ¡Bah! Podrías guardar ese freno para el caso de que vieras a tu mujer caminar hacia el lecho del vecino.

ORLANDO ¿Y qué ingenio podría tener el ingenio de disculpar eso?

ROSALINDA Pues diría que venía a buscarte ahí. Nunca la encontrarás sin respuesta, a menos que la encuentres muda. La mujer que no pueda presentar sus faltas como ocasionadas por su esposo, que mejor no amamante a su hijo, porque al criarlo hará de él un imbécil.

ORLANDO Por estas dos horas, Rosalinda, voy a dejarte.

ROSALINDA Ay, amor mío, no puedo estar sin ti dos horas.

ORLANDO Debo acompañar al duque a comer. A las dos estaré de nuevo contigo.

ROSALINDA Sí, sigue tu camino, sigue tu camino. Ya sabía yo lo que resultarías ser. Mis amigos ya me lo habían dicho, y yo no me imaginaba otra cosa. Me conquistó tu lengua lisonjera. No soy sino una abandonada, y ahora ¡que venga la muerte! ¿Las dos dijiste?

ORLANDO Sí, dulce Rosalinda.

ROSALINDA Por mi vida, hablando en serio, y por todos los lindos juramentos que no son peligrosos,^[37] si quebrantas una jota de tu promesa, o llegas un minuto más tarde de la hora indicada, te consideraré el más miserable de los perjuros y el más frívolo de los amantes, y el más indigno de la que llamas Rosalinda de cuantos puede haber en el enorme número de enamorados infieles. Por lo tanto, teme mi censura y mantén tu promesa.

ORLANDO Con no menor devoción que si fueras realmente mi Rosalinda. Por tanto, adiós.

ROSALINDA Bueno, el Tiempo es el viejo juez que examina a todos los culpables de esta clase. Que el Tiempo decida. Adiós.

Sale ORLANDO.

CELIA Simplemente has deshonrado nuestro sexo con tus habladurías sobre el amor.

Tenemos que sacarte el chaleco y las medias por encima de la cabeza y mostrarle al mundo lo que la pájara le ha hecho a su nido.

ROSALINDA ¡Oh, prima, prima, prima, primita linda, si supieras a cuántas brazas de amor estoy hundida! No pueden sondearse. Mi afecto tiene un fondo desconocido, como la Bahía de Portugal.

CELIA O mejor dicho, no tiene fondo, porque tan pronto como le echas amor, este se escapa.

ROSALINDA No. Ese mismo perverso bastardo de Venus, engendrado por el pensamiento, concebido por la pasión y nacido de la lo cura; ese travieso niño ciego que engaña los ojos de todo el mundo porque ha perdido los suyos, que ese juzgue qué tan enamorada estoy. Te digo, Aliena, que no puedo estar sin ver a Orlando. Iré a buscar una sombra y a suspirar hasta que venga.

CELIA Y yo me iré a dormir.

Salen.

ESCENA II

Otra parte del bosque. Entran JAQUES y algunos nobles con trajes de moradores del bosque.

JAQUES ¿Quién es el que mató al venado?

NOBLE PRIMERO Yo, señor.

JAQUES Presentémoslo al duque como un conquistador romano. Y sería bueno ponerle los cuernos del venado en la cabeza como señal de victoria. Guardabosque, ¿no tienes alguna canción para este propósito?

NOBLE SEGUNDO Sí, señor.

JAQUES Cántala. No importa el tono, con tal que haga suficiente ruido.

NOBLES (*Suena una nota y cantan.*)

¿Qué tendrá el que mató al venado?

Su cuero y sus cuernos para usarlos.

Después llévenlo cantando a casa
y entonen el estribillo todos los demás.

No te dé pena el ponerte cuernos.

Antes que nacieras ya se acostumbraban.

El padre de tu padre ya los llevaba

y también tu padre los lució alguna vez.
El cuerno, el cuerno, el vigoroso cuerno,
no es cosa de reír ni de despreciar.

Salen.

ESCENA III

*Otra parte del bosque. Entran ROSALINDA
y CELIA.*

ROSALINDA ¿Qué dices ahora? ¿No pasan ya de las dos? ¡Y Orlando sin venir!

CELIA Te garantizo que con sincero amor y cerebro perturbado ha tomado su arco y sus flechas y se ha ido a dormir. Mira quién viene aquí.

Entra SILVIO.

SILVIO Mi encargo es para ti, hermoso joven.

Mi gentil Febe me dio esto para ti.
No sé qué contenga, pero adivino
por el ceño airado y furia de avispa
que tenía cuando lo estaba escribiendo,
que tiene un tono encolerizado.
Te ruego me perdones.
Soy solo un inocente mensajero.

ROSALINDA La misma paciencia se exaltaría
con la lectura de esta carta
y se convertiría en valentón.
¡Soportar esto sería soportarlo todo!
Dice que no soy guapo, que no tengo modales.
Me tilda de orgulloso,
y asegura que no podría amarme
aunque fuera un hombre tan raro como el fénix.
De veras que su amor no es la liebre que yo cazo.
¿Por qué me escribe así?
Bien, pastor, bien; esta es una carta
de tu propia invención.

SILVIO No, no; protesto que desconozco el contenido,
Febe la escribió.

ROSALINDA Vamos, vamos, eres un bobo

llevado a los extremos del amor.
He visto su mano. Tiene una mano de cuero,
color de tierra arenisca; de veras pensé
que traía puestos sus guantes viejos,
pero no, eran sus manos.
Tiene manos de ama de llaves. Pero eso no importa.
Digo que ella nunca inventó esta carta.
Es invento de un hombre y la escritura es de él.

SILVIO No, seguro que es de ella.

ROSALINDA Pues tiene un estilo escandaloso y cruel,
un estilo de retador. ¡Bah, me desafía,
como un turco a un cristiano!
El apacible cerebro de una mujer
no sería capaz de expresarse
con tan gigantesca rudeza,
con palabras tan etíopes,
más negras en su intención que en su fisonomía.
¿Quieres oír la carta?

SILVIO Sí, por favor, porque no la conozco,
aunque conozco demasiado
la crueldad de Febe.

ROSALINDA Pues me trata tal cual es.^[38]
Oye cómo se expresa la tirana:

Lee.

«¿Eres dios en zagal convertido
que el pecho de una doncella has ardidado?»
¿Puede tina mujer burlarse así?

SILVIO ¿Llamas burla a eso?

ROSALINDA (*Lee.*) «¿Por qué, dejando a un lado tu ser divino,
luchas contra un corazón femenino?»
¿Oíste alguna vez burla semejante?
«Mientras ojos de hombre me cortejaron
en eso para nada me dañaron.»
Insinúa que soy un animal.

«Si el desprecio de tus ojos brillantes tiene poder de despertar semejante amor
en los míos, ¡ay!, ¿qué extraordinario efecto producirían, si me miraran con
aspecto apacible? Mientras tú me reñías, yo te adoraba. ¿Qué no hubieran logrado

tus súplicas para convencerme? El que te lleva esta declaración de mi sentimiento poco sabe del amor que te tengo, y por su conducto hazme saber tus intenciones: si tu juventud e inclinación desean aceptar la sincera oferta que te hago de mi persona y de todo lo que puedo hacer, o de lo contrario, dime por su medio que rechazas mi amor, y estudiaré entonces el modo de morir.»

SILVIO ¿Llamas a esto reprensión?

CELIA ¡Ay, pobre pastor!

ROSALINDA ¿Lo compadeces? No, no merece compasión. ¿Quieres amar a semejante mujer? ¿Una que te usa como instrumento y que toca notas falsas contigo? ¡Es intolerable! Vamos, ve a buscarla, porque veo que el amor te ha convertido en una serpiente mansa y dile esto: que si me ama, le ordeno que te ame. Si no quiere, jamás la querré, a no ser que tú intercedas por ella. Si eres un enamorado sincero, parte, y ni una palabra más; porque aquí llega otra compañía.

Sale SILVIO. Entra OLIVERIO.

OLIVERIO Buenos días, bellas personas.

¿Podrían decirme, si es que saben,
dónde, en los confines de este bosque,
se halla un redil cercado de olivares?

CELIA Al oeste de este sitio,
en la hondonada del valle vecino.
La hilera de mimbres, junto al murmurante arroyo,
a mano derecha, lo llevará al lugar.
Pero a estas horas la casa está sola;
no hay nadie dentro.

OLIVERIO Si puede el ojo aprovechar
lo que la lengua dice,
debo reconocerlos a ustedes
por la descripción, los vestidos y los años.
«El joven es rubio, de rasgos femeninos
y se comporta como una hermana mayor.
La mujer es más pequeña y más morena
que su hermano.» ¿No son ustedes
los propietarios de la casa que busco?

CELIA Pues que nos lo pregunta usted,
no es vanidad decir que sí lo somos.

OLIVERIO Orlando los saluda a los dos,

y al joven que se llama Rosalinda,
le envía este pañuelo ensangrentado.
¿Es usted?

ROSALINDA Sí. ¿Qué debemos entender con esto?

OLIVERIO Algo de mi vergüenza, si quieren saber de mí,
qué hombre soy, y cómo y por qué y dónde
fue manchado este pañuelo.

CELIA Cuéntenos, por favor.

OLIVERIO Cuando el joven Orlando se separó de ustedes, dejó la promesa de
regresar a la hora,
y al caminar por el bosque rumiando
el alimento tan dulce y amargo
de su imaginación, he aquí lo que sucedió:
vuelve los ojos en redor y figúrense
qué objeto se le presenta.
Al pie de un viejo roble
cuyas ramas ya estaban cubiertas de musgo
y cuya alta cima
estaba calva por la estéril antigüedad,
un hombre miserable y harapiento
pelo y barba crecidos, dormía de espaldas.
Alrededor de su cuello se había enroscado
una serpiente verde y dorada,
que con cabeza ágil y amenazadora
se aproximaba a la boca abierta del durmiente;
pero de improviso, al ver a Orlando,
se desenroscó, deslizándose
en tortuosos repliegues debajo de un arbusto.
A la sombra de este arbusto una leona,
con las tetas enjutas,
se hallaba tendida con la cabeza en el suelo,
espiando como un gato
el momento en que el hombre se moviera,
porque es la naturaleza regia de esta bestia
no tocar nada que parezca muerto.
Al ver esto, Orlando se acercó al hombre,
y halló que era su hermano, su hermano mayor.

CELIA ¡Oh, yo lo he oído hablar de este mismo hermano,
al que describía como el hombre

más desnaturalizado de los vivientes!

OLIVERIO Y con razón lo hacía,
pues yo sé bien que era un desnaturalizado.

ROSALINDA Pero a Orlando: ¿lo dejó ahí para que fuera
alimento de la extenuada y hambrienta leona?

OLIVERIO Dos veces volvió la espalda y se propuso hacerlo,
pero la bondad, más noble siempre que la venganza,
y la naturaleza,
más fuerte que la ocasión de desquitarse,
lo hicieron dar batalla a la leona,
que pronto cayó ante él,
con cuyo estrépito desperté yo
de mi miserable sueño.

CELIA ¿Es usted su hermano?

ROSALINDA ¿Fue usted al que rescató?

CELIA ¿Era usted el que tan seguido planeaba matarlo?

OLIVERIO Era yo, pero no soy yo. No me avergüenzo
de decirles que yo era, por cuanto mi conversión
tiene un sabor tan dulce, siendo el que ahora soy.

ROSALINDA ¿Y el pañuelo ensangrentado?

OLIVERIO A eso voy ahora.

Cuando de principio a fin entre los dos
con lágrimas hubimos bañado tiernamente
nuestros mutuos relatos,
y le dije cómo había llegado
a ese lugar desierto,
me condujo ante el duque
que me dio atuendo nuevo y alimento,
y me encomendó al afecto de mi hermano.
Este me llevó al instante a su cueva,
donde se desvistió, y aquí en su brazo,
la leona había arrancado algo de carne
que todo el tiempo había sangrado.
Entonces se desmayó, y al hacerlo,
llamó a su Rosalinda. Para abreviar,
lo hice volver en sí, vendé su herida,
y al poco tiempo, recobrado el ánimo,

me envió aquí, extraño como soy,
a contar esta historia
para que disculpen ustedes
su promesa rota, y entregarle este pañuelo,
tinto en sangre, al joven pastor
a quien de broma llama Rosalinda.

ROSALINDA *se desmaya.*

CELIA ¡Pero qué pasa, Ganimedes, dulce Ganimedes!

OLIVERIO Muchos se desmayan cuando ven sangre.

CELIA Pero hay algo más en esto... ¡Primo Ganimedes!

OLIVERIO Mire, se recupera.

ROSALINDA Quisiera estar en casa.

CELIA Allá te llevaremos. Le ruego, ¿quiere tomarlo del brazo?

OLIVERIO ¡Vamos, joven, valor! Usted, un hombre, carece de ánimo varonil.

ROSALINDA Así es, lo confieso. Cualquiera diría que estuvo esto bien fingido. Le ruego que le diga a su hermano qué bien supe fingir. ¡Oé!

OLIVERIO Esto no fue fingimiento; hubo señales claras en su semblante de que se trataba de una pasión en serio.

ROSALINDA Era fingimiento, se lo aseguro.

OLIVERIO Bien, entonces, cobre ánimo y finja que es hombre.

ROSALINDA Así lo hago, pero en verdad debí en justicia haber sido mujer.

CELIA Ven, te pones más y más pálido. Por favor, vámonos a casa. Buen señor, venga con nosotros.

OLIVERIO Desde luego, porque debo llevar la respuesta de regreso de qué tal disculpa usted a mi hermano, Rosalinda.

ROSALINDA Discurriré algo; le ruego que le haga el elogio de lo bien que fingí. ¿Vamos?

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

En el bosque. Entran TOUCHSTONE y AUDREY.

TOUCHSTONE Ya hallaremos el momento, Audrey; paciencia, buena Audrey.

AUDREY La verdad es que el sacerdote era bastante bueno, a pesar de lo que dijo el anciano caballero.

TOUCHSTONE No, Audrey. Es un miserable ese sir Oliverio, un detestable corrompedor de textos. Pero Audrey, hay un joven aquí en el bosque que te pretende.

AUDREY Sí, ya sé quién es. No tiene ningún interés en el mundo en mí. Aquí viene el hombre que dices.

Entra GUILLERMO.

TOUCHSTONE Para mí es miel sobre hojuelas ver a un rústico. Por vida mía, nosotros que tenemos ingenio, tenemos muchas cuentas que rendir. Vamos a burlarnos de él: no lo podemos remediar.

GUILLERMO Buenas tardes, Audrey.

AUDREY Dios te las dé buenas, Guillermo.

GUILLERMO Y buenas tardes a usted, señor.

TOUCHSTONE Buenas tardes, buen amigo. Cubre esa cabeza, cubre esa cabeza. No, por favor, cúbrete. ¿Cuántos años tienes, amigo?

GUILLERMO Veinticinco, señor.

TOUCHSTONE Edad madura. ¿Te llamas Guillermo?

GUILLERMO Guillermo, señor.

TOUCHSTONE Bonito nombre. ¿Naciste aquí, en el bosque?

GUILLERMO Sí, señor, gracias a Dios.

TOUCHSTONE «Gracias a Dios.» Buena respuesta. ¿Eres rico?

GUILLERMO La verdad, señor, así y así.

TOUCHSTONE «Así y así» está bien, muy bien, estupendamente bien. Y sin embargo no lo está, no está más que así y así. ¿Eres listo?

GUILLERMO Sí, señor, no soy tan tonto.

TOUCHSTONE Pues dices bien. Ahora me acuerdo de un proverbio: «El necio piensa que es discreto, pero el discreto sabe que es un necio». El filósofo pagano, cuando quería comerse un racimo de uvas, abría los labios cuando se lo llevó a la boca, significando con eso que las uvas eran para comerse y los labios para abrirse. ¿Amas a esta doncella?

GUILLERMO Sí, señor.

TOUCHSTONE Dame la mano. ¿Eres instruido?

GUILLERMO No, señor.

TOUCHSTONE Entonces aprende esto de mí. Tener es tener, porque es una figura retórica que la bebida, al vaciarse de una copa a un vaso, al llenar uno, vacía el otro. Porque todos los escritores concuerdan en que «ipse» significa el mismo. Ahora tú no eres «ipse», porque yo soy el mismo.

GUILLERMO ¿El mismo qué, señor?

TOUCHSTONE El mismo que debe casarse con esta mujer. Por tanto, rústico, abandona (o en lenguaje vulgar, deja) la sociedad (que en lenguaje grosero es compañía) de esta hembra (que de ordinario se dice mujer). Lo que en conjunto quiere decir: abandona la sociedad de esta mujer o de lo contrario, rústico, pereces; o para que mejor lo entiendas, te mueres; o sea que te mato, te hago desaparecer, cambio tu vida en muerte, tu libertad en esclavitud. Te haré perecer con veneno, paliza o acero. Disputaré contigo con sedición; te aplastaré con estratagema, te mataré de ciento cincuenta maneras. Tiembla pues y vete.

AUDREY Hazlo, Memo.

GUILLERMO Que Dios le conserve, señor, el buen humor.

Sale.

Entra CORIN.

CORIN Mi amo y mi ama lo buscan. Venga pronto, pronto.

TOUCHSTONE ¡Corre, Audrey, corre! Ya voy, ya voy.

Salen.

ESCENA II

Delante de una cabaña. Entran ORLANDO y OLIVERIO.

ORLANDO ¿Es posible que después de tratarla tan poco te haya gustado tanto? ¿Que no más de verla la ames? ¿Y amándola la cortejes? ¿Y que cortejada, ella te corresponda y perseveres en obtenerla?

OLIVERIO No repares en lo vertiginoso de la demanda, en su pobreza, en el escaso trato, en mi repentino cortejo y en su repentino consentimiento, sino di conmigo que amo a Aliena; di con ella que me ama; danos tu consentimiento para que ambos nos amemos. Ello será en provecho tuyo, porque la casa de mi padre y la renta que fue de sir Roldán te las transferiré a ti, y yo viviré y moriré aquí como pastor.

ORLANDO Tienes mi consentimiento. Deja que tu boda se celebre mañana. A ella invitaré al duque y a todos sus alegres seguidores. Ve a preparar a Aliena. Pero mira, aquí viene mi Rosalinda.

Entra ROSALINDA.

ROSALINDA Dios te guarde, hermano.

OLIVERIO Y a ti, hermosa hermana.

Sale.

ROSALINDA ¡Oh, mi querido Orlando, cómo me apena verte con una venda sobre el corazón!

ORLANDO Es mi brazo.

ROSALINDA Creí que tu corazón había sido herido por las garras de un león.

ORLANDO Herido está, pero por los ojos de una dama.

ROSALINDA ¿Te contó tu hermano cómo fingí desmayarme cuando me mostró tu pañuelo?

ORLANDO Sí, y mayores maravillas que esa.

ROSALINDA ¡Oh! Ya sé lo que quieres decir. Sí, es verdad. Nunca hubo nada tan repentino como el encuentro de dos carneros padres y la baladronada trasónica^[39] de César cuando dijo: «Llegué, vi, vencí». Porque no bien se encontraron tu hermano y mi hermana, se miraron; apenas se miraron, cuando se amaron; apenas se amaron, cuando suspiraron, apenas suspiraron cuando se preguntaron la razón; apenas supieron la razón, cuando buscaron el remedio. Y así de grado en grado han construido un par de escaleras hacia el matrimonio, que subirán *incontinenti*, o serán incontinentes antes del matrimonio. Se hallan en toda la furia del amor y quieren unirse. Ni los garrotes pueden separarlos.

ORLANDO Se casarán mañana y van a invitar al duque a la boda. ¡Pero ay, qué cosa tan amarga es ver la felicidad a través de los ojos ajenos! ¡Cuanto más juzgue feliz a mi hermano por poseer lo que desea, tanto más me hallaré yo en el fondo de la desolación!

ROSALINDA ¿Entonces mañana no puedo ocupar para ti el sitio de Rosalinda?

ORLANDO Ya no puedo vivir de puras ilusiones.

ROSALINDA Ya no te importunaré más con palabras ociosas. Sabe por mí entonces, y ahora hablo en serio, que estimo que eres un caballero de buen juicio. No digo esto para que tengas buena opinión de mis alcances, por cuanto repito que sé quién eres, ni aspiro a obtener mayor recompensa que la pequeña suma de estimación que se requiere para que creas en mí y eso no por mi propio beneficio, sino por tu provecho. Cree entonces, si quieres, que puedo realizar cosas extrañas. Desde que tenía tres años he conversado con un mago, versadísimo en su arte y no digno de condena. Si amas a Rosalinda tan de corazón como lo proclama tu actitud, cuando tu hermano se case con Aliena, tú te casarás con ella. Sé por cuántas estrecheces la ha hecho pasar la fortuna, y no es imposible para mí, si para ti no es inconveniente, ponerla mañana ante tus ojos, en carne y hueso y sin ningún peligro.

ORLANDO ¿Hablas de veras en serio?

ROSALINDA Sí, por mi vida que aprecio mucho, aunque digo que soy maga. Por tanto, ponte tu mejor atuendo e invita a tus amigos, porque si quieres casarte mañana, lo harás, y con Rosalinda si tal es tu deseo. Mira, aquí viene una enamorada mía y un enamorado de mi enamorada.

Entran SILVIO y FEBE.

FEBE Joven, has sido muy descortés conmigo enseñando la carta que te he escrito.

ROSALINDA No me importa haberlo sido. Procuro parecer desdeñoso y descortés contigo. Vienes acompañada de un fiel pastor. Fíjate en él; ámalo. Él te adora.

FEBE Dile, buen pastor, a este joven lo que es amar.

SILVIO Es estar lleno de lágrimas y de suspiros, y así estoy yo por Febe.

FEBE Y yo por Ganimedes.

ORLANDO Y yo por Rosalinda.

ROSALINDA Y yo por ninguna mujer.

SILVIO Es estar compuesto de pura fantasía,
de pasión, de deseo,
de adoración, deber y respeto,
y así estoy yo por Febe.

FEBE Y yo por Ganimedes.

ORLANDO Y yo por Rosalinda.

ROSALINDA Y yo por ninguna mujer.

FEBE (A ROSALINDA.) Si así es, ¿por qué me culpas de amarte?

SILVIO (A FEBE.) Si así es, ¿por qué me culpas de amarte?

ORLANDO Si así es, ¿por qué me culpas de amarte?

ROSALINDA A quién le dices: «¿Por qué me culpas de amarte?».

ORLANDO A la que no está aquí ni puede oír.

ROSALINDA ¡Basta ya, por favor! Esto es como el aullido de los lobos irlandeses contra la luna. (A SILVIO.) Te ayudaré si puedo. (A FEBE.) Te amaría si pudiera. Reúnanse todos conmigo mañana. (A FEBE.) Me casaré contigo si me caso con mujer alguna vez, y me casaré mañana. (A ORLANDO.) Te dejaré satisfecho si es que satisfice alguna vez a un hombre, y te casarás mañana. (A SILVIO.) Te contentaré si lo que te gusta te contenta, y te casarás mañana. (A ORLANDO.) Si amas a Rosalinda, acude. (A SILVIO.) Si amas a Febe, acude. Y como yo no amo a ninguna mujer, acudiré. Que les vaya bien. Les he hecho mis encargos.

SILVIO No faltaré si vivo.

FEBE Ni yo.

ORLANDO Ni yo.

Salen.

ESCENA III

Otra parte del bosque. Entran TOUCHSTONE y AUDREY.

TOUCHSTONE Mañana, Audrey, es el día feliz. Mañana nos casaremos.

AUDREY Lo deseo con toda mi alma; y espero que no sea un deseo deshonesto desear convertirme en mujer casada. Aquí vienen dos de los pajes del duque desterrado.

Entran dos pajes.

PAJE PRIMERO Bien hallado, honrado caballero.

TOUCHSTONE Por vida mía, bien hallados. Vengan, siéntense, siéntense, y venga una canción.

PAJE SEGUNDO Estamos a sus órdenes. Siéntense en medio.

PAJE PRIMERO ¿Vamos directo a ella sin toser, ni escupir ni decir que estamos roncos, que son los prólogos ordinarios para una mala voz?

PAJE SEGUNDO Sí, claro, y los dos a tono, como dos gitanos en el mismo rocín.
(*Cantan.*)

Era un amante y su chica
con un hey y un ho y un hey nonino,
que el trigal verde cruzaban
en primavera, tiempo exquisito,
cuando las aves cantan, hey ding, a ding, ding,
y los amantes se encantan.

Entre el campo de centeno
con un hey y un ho y un hey nonino,
se tendían los campesinos,
en primavera, el tiempo exquisito,
cuando las aves cantan, hey ding, a ding, ding
y los amantes se encantan.

Comenzaron entonces esta canción
con un hey y un ho y un hey nonino,
cómo la vida es como una flor,
en primavera, tiempo exquisito,
cuando las aves cantan, hey ding, a ding, ding
y los amantes se encantan.

Disfruta pues de la hora presente,
con un hey y un ho y un hey nonino,
porque el amor se corona de flores
en la primavera, tiempo exquisito,
cuando las aves cantan, hey ding, a ding, ding
y los amantes se encantan.

TOUCHSTONE En verdad, jóvenes caballeros, aunque la letra no decía gran cosa, la tonada estuvo muy desentonada.

PAJE PRIMERO Se equivoca usted, señor, hemos observado el tiempo, no hemos perdido el tiempo.

TOUCHSTONE Claro que sí. Considero puro tiempo perdido el oír una canción tan boba. Dios los guarde y afine sus voces. ¡Vamos, Audrey!

Salen.

ESCENA IV

Otra parte del bosque. Entran el DUQUE, AMIÉNS, JAQUES, ORLANDO, OLIVERIO y CELIA.

DUQUE ¿Crees, Orlando, que el muchacho cumplirá cuanto ha prometido?

ORLANDO A veces lo creo y a veces no, como los que temiendo esperan y esperando temen.

Entran ROSALINDA, SILVIO y FEBE.

ROSALINDA Paciencia una vez más mientras estipulamos nuestro trato. ¿Usted ha dicho que si presento a Rosalinda se la dará como mujer a Orlando?

DUQUE Eso es lo que yo haría si tuviera reinos con que dotarla.

ROSALINDA (A ORLANDO.) ¿Y tú dices que te casarás con ella en cuanto la traiga?

ORLANDO Sí, aunque fuera rey de todos los reinos.

ROSALINDA (A FEBE.) ¿Tú dices que te casarás conmigo si yo quiero?

FEBE Sí, aunque hubiera de morir una hora después.

ROSALINDA Mas si rehúsas casarte conmigo, ¿aceptarás a este fidelísimo pastor?

FEBE Ese es el trato.

ROSALINDA (A SILVIO.) ¿Dices que te casarás con Febe si ella acepta?

SILVIO Sí, aunque casarme con ella y morir fueran la misma cosa.

ROSALINDA Yo he prometido arreglar todo esto. Guarda tu palabra, oh, duque, de entregar a tu hija, tú la tuya, Orlando, de recibir a su hija. Guarda tu palabra, Febe, de casarte conmigo, o al rechazarme, casarte con este pastor. Mantén tu palabra, Silvio, de casarte con ella si me rechaza; y ahora me voy de aquí a resolver estas dudas.

Salen ROSALINDA y CELIA.

DUQUE Este muchacho pastor me recuerda algunos rasgos vivos de la fisonomía de mi hija.

ORLANDO Señor, la vez primera que la vi, pensé que era un hermano de su hija, pero mi buen señor, este muchacho ha nacido en el bosque, y ha sido iniciado en los rudimentos de muchas disciplinas peligrosas por un tío suyo, al que presenta como un gran mago, escondido dentro de este bosque.

JAQUES Seguro que ya viene otro diluvio y estas parejas están llegando al arca. Aquí vienen un par de bestias muy extrañas, que en todas las lenguas se llaman locos.

Entran TOUCHSTONE y AUDREY.

TOUCHSTONE Saludos y parabienes a todos.

JAQUES Buen señor, dele la bienvenida. Este es el sujeto ingenioso del traje multicolor que he hallado tantas veces en el bosque. Jura que ha sido cortesano.

TOUCHSTONE Si alguien lo duda, que me ponga a prueba. He bailado un compás, he lisonjeado a una dama, he sido hipócrita con mis amigos, aparentemente suave con mis enemigos, he arruinado a tres sastres, he tenido cuatro

pendencias y he estado a punto de tener un duelo.

JAQUES ¿Y cómo se arregló eso?

TOUCHSTONE Pues nos reunimos y encontramos que la pendencia estaba en la séptima causa.

JAQUES ¿Cómo en la séptima causa? Buen señor, mire con agrado a este camarada.

DUQUE Sí, me place mucho.

TOUCHSTONE Dios se lo pague, señor, otro tanto le deseo. Me apiño aquí, señor, con el resto de los rústicos casaderos para jurar y perjurar, de acuerdo con el matrimonio que ata y la sangre que desata. Una pobre doncella, señor, poco favorecida, señor, mas sin embargo mía propia; un pobre capricho mío, señor, tomar lo que nadie quiere. La honestidad opulenta habita como el avaro, señor, en una pobre casa, como la perla en la ostra inmunda.

DUQUE La verdad es que es muy vivo y sentencioso.

TOUCHSTONE De acuerdo con las salidas de los locos, señor, y otras burlas amables.

JAQUES Pero en cuanto a la séptima causa, ¿cómo encontraste que la pendencia estaba sobre la séptima causa?

TOUCHSTONE Porque estaba sobre el séptimo grado de la mentira. (Ponte derecha, Audrey.) Fue de este modo, señor. Dio en chocarme el corte de la barba de cierto cortesano. Él me mandó decir que si yo decía que su barba no estaba bien cortada, él creía que sí lo estaba. Esto se llama Redargüición^[40] Cortés. Si yo le mandaba decir de nuevo que no estaba bien cortada, él me mandaría decir que se la cortaba como se le daba la gana; esto se llama Pulla Moderada. Si otra vez decía yo que no estaba bien cortada, él recusaría mi juicio. Esto se llama Réplica Grosera. Si persistía en que no estaba bien cortada, me contestaría que no decía yo la verdad; esto se llama Reprensión Valiente. Si tornaba a decir que no estaba bien cortada, él diría que yo mentía; esto se llama Repulsa Querellosa. Y así hasta el Mentís Circunstancial y el Mentís Directo.

JAQUES ¿Y cuántas veces le dijiste que su barba no estaba bien cortada?

TOUCHSTONE No me atreví a ir más allá del Mentís Circunstancial, ni él se atrevió a darme el Mentís Directo. Así que medimos nuestras palabras y nos separamos.

JAQUES ¿Puedes nombrar en orden ahora los grados del mentís?

TOUCHSTONE Oh, señor, nos desafiamos de acuerdo con la letra del manual igual que ustedes tienen sus libros de buenos modales. Voy a nombrarle los

grados: el primero la Redargüición Cortés; el segundo, la Pulla Moderada; el tercero, la Réplica Grosera; el cuarto, la Reprensión Valiente; el quinto, la Repulsa Querellosa; el sexto, el Mentís Circunstancial y el séptimo, el Mentís Directo. Todos estos puede usted evitarlos, excepto el Mentís Directo, y ese también puede ser evadido con un «si...». Supe de un caso en que siete jueces no pudieron arreglar cierta pendencia, y en que cuando los adversarios mismos se encontraron, uno de ellos pensó en decir «si», verbigracia: «Si usted dijo eso, entonces yo dije esto otro», con lo cual se estrecharon las manos y juraron que eran hermanos. El «si» es el único apaciguador. Tiene mucha virtud el «si».

JAQUES ¿No es este un sujeto extraño, señor? Es bueno para todo, y sin embargo está loco.

DUQUE Se sirve de su locura como de un caballo disfrazado tras del cual se oculta para disparar sus tiros de ingenio.

Entran HIMENEO, ROSALINDA y CELIA. Música suave.

HIMENEO Hay alegría en el cielo
cuando los seres terrenos
se unen y se conciertan.
Recibe a tu hija, buen duque,
es Himeneo quien la trae
a este lugar desde el cielo,
para que unas su mano
con el hombre de quien lleva
el corazón en su pecho.

ROSALINDA (Al DUQUE.)
A usted me entrego, pues soy suya.
(A ORLANDO.)
A ti me entrego, pues soy tuya.

DUQUE Si la vista no me engaña,
sin duda eres tú mi hija.

ORLANDO Si la vista no me engaña,
eres tú mi Rosalinda.

FEBE Si vista y forma no engañan,
adiós por siempre, amor mío.

ROSALINDA (Al DUQUE.)
No tendré padre de no serlo usted.
(A ORLANDO.)

No tendré esposo de no serlo tú.

(A FEBE.)

Ni mujer se case nunca si esa no fueres tú.

HIMENEO ¡Silencio! Cese ya la confusión.

Soy yo quien debe concluir
estos extraños sucesos.

Ocho personas aquí
deberán unir las manos
con los lazos de Himeneo,
si es cierto que la lealtad
debe cumplir sus promesas.

(A ORLANDO y a ROSALINDA.)

Tú y tú la cruz no partirán

(A OLIVERIO y a CELIA.)

Tú y tú un solo corazón serán.

(A FEBE.)

Aviénete tú a su amor
o una mujer será tu señor.

(A TOUCHSTONE y a AUDREY.)

Como mal tiempo e invierno
tú y tú van siempre juntos.

Mientras cantamos la canción de boda
satisfagan todas sus dudas,
para que con la razón
se disminuya el asombro,
de cómo fue nuestro encuentro
y cómo estas cosas terminan.

TODOS (*Cantan.*)

Una boda es la corona
de la excelsa diosa Juno,
¡oh, enlace tan bendecido
de la comida y del lecho!
Himeneo es el que puebla
todititas las ciudades,
por lo tanto el matrimonio
debe ser muy alabado.
¡Por doquier honor y gloria
a ese dios, el Himeneo!

DUQUE Tú, cara sobrina mía,

me eres muy bienvenida;
en igual grado lo eres
que esta, mi propia hija.

FEBE (A SILVIO.)

No eludiré mi promesa;
ahora que ya eres mío
mi gusto y tu fe combinan.

Entra JAQUES DE BOYS.

JAQUES DE BOYS Présteme oído atento para una palabra o dos. Soy el segundo hijo del viejo sir Roldán que vengo a traer noticias a esta noble asamblea. Al escuchar el duque Federico que día con día hombres de alta estirpe se retiraban a este bosque, levantó una poderosa fuerza puesta en marcha bajo su dirección, con el propósito de apoderarse aquí de su hermano, y pasarlo al filo de la espada. Así vino a los linderos de este bosque en donde hallando a un viejo ermitaño, tras una larga entrevista con él, se convirtió tanto de su propósito, como del mundo, por lo que lega su corona a su exiliado hermano, y devuelve sus tierras a los que fueron desterrados con él. Que esto es cierto, lo abono con mi vida.

DUQUE Bienvenido, muchacho.

Ofreces rico presente de bodas
a tus hermanos. Al uno las tierras
que le fueron quitadas,
y al otro, toda una comarca,
un poderoso ducado.
Primero concluyamos en este bosque
aquellas cosas que se planearon
y comenzaron bien,
y luego, que cada miembro
de esta venturosa sociedad
que ha soportado con nosotros
días y noches crueles,
participe, según sea su condición,
del restablecimiento de nuestra fortuna.
Olviden entretanto esta dignidad
que nos cae del cielo
y entréguese a un rústico regocijo.
Toquen, músicos, y ustedes, novios y novias todos,
con rebosante alegría,
bailen algunos compases.

JAQUES Permítame, señor, una palabra.

Si escuché bien, ¿el duque Federico
ha abrazado la vida religiosa
y dado al olvido la pompa de la corte?

JAQUES DE BOYS Así es.

JAQUES Iré a reunirme con él. De estos convertidos
hay siempre mucho que oír y que aprender.

(A DUQUE.)

Remito a usted a su antiguo honor.
Su paciencia y virtud bien lo merecen.

(A ORLANDO.)

A ti a un amor que tu lealtad ha conquistado.

(A OLIVERIO.)

A ti tu tierra, tu amor y tus aliados.

(A SILVIO.)

A ti a un lecho largo y bien ganado.

(A TOUCHSTONE.)

A ti a disputas, pues tu viaje amoroso
no lleva provisiones sino para dos meses.

Basta con esto y ocúpense de sus diversiones.

Yo soy para otra cosa que bailar compases.

DUQUE Quédate, Jaques, quédate.

JAQUES Yo nada de festejos. Lo que quiera
esperaré a saberlo en su cueva.

Sale.

DUQUE En marcha, pues. Los ritos empecemos
y que acaben en deleites esperemos.

*Baile, después del cual ROSALINDA se queda sola
para recitar el epílogo.*

ROSALINDA No es costumbre ver a la dama de epílogo, pero no es más impropio que ver al señor de prólogo. Si es cierto que el buen vino no necesita anuncio, también es cierto que una buena comedia no requiere epílogo. Con todo, al buen vino le ponen buenos anuncios, y las buenas comedias resultan mejores con la ayuda de los buenos epílogos. ¿En qué caso me encuentro yo entonces, que ni soy un buen epílogo, ni puedo insinuarme con ustedes en favor de una buena comedia? No ando vestida de limosnera, por tanto no me sienta bien mendigar. Mi estilo es conjurarlos, y comenzaré

con las mujeres. Les requiero, oh, mujeres, por el amor que tienen a los hombres, que aplaudan cuanto les guste esta comedia. Y les encargo, hombres, por el amor que les tienen a las mujeres (pues percibo por sus sonrisas que ninguno las odia), que se pongan de acuerdo con ellas para que la comedia tenga éxito. Si fuera yo mujer, besaría a todos aquellos que entre ustedes tuvieran barbas que me gustaran, fisonomías que me complacieran o alientos que no me repugnarán. Y estoy segura que todos los que tienen buenas barbas, o buenos rostros o alientos agradables, cuando les haga reverencias, me darán su adiós a cambio de mi afectuoso ofrecimiento.

Sale.



LAS ALEGRES CASADAS DE WINDSOR

*versión de
José María Valverde*

Escrita entre 1597 y 1601, como consecuencia del éxito que obtuvo el personaje de Sir John Falstaff, uno de los protagonistas de las dos partes de *Enrique IV*. Para algunos, solo pudo ser escrita después de completada la segunda parte de *Enrique IV*, en 1598, aunque otros críticos sugieren que fue escrita entre las dos, hacia 1597. Se publicó por primera vez en Cuarto en 1602 y fue reimpresa en 1619. La versión del Primer Folio de 1623 es muy distinta y mucho más larga, probablemente basada en un manuscrito más fiable.



DRAMATIS PERSONAE

Sir John FALSTAFF

FENTON, joven caballero

BOBO, juez de paz

ENJUTO, sobrino de Bobo

FORD, joven caballero de Windsor

PAGE, joven caballero de Windsor

WILLIAM Page, hijo de este

El reverendo Hugo EVANS, párroco galés

Doctor CAYO, médico francés

El POSADERO de la Posada de la Jarretiera

BARDOLFO, seguidor de sir John Falstaff

PISTOLA, seguidor de sir John Falstaff

NYM, seguidor de sir John Falstaff

ROBÍN, paje de Falstaff

SIMPLE, criado de Enjuto

RUGBY, criado del doctor Cayo

La SEÑORA FORD

La SEÑORA PAGE

ANA PAGE, hija de esta

La SEÑORA DEPRISA, ama de llaves del doctor Cayo

JUAN, criado de la señora Page

ROBERTO, criado de la señora Page

DUENDES, HADAS, SÁTIROS y otros personajes de la mascarada

Escena: Windsor y alrededores

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran el juez BOBO, ENJUTO y el reverendo Hugo EVANS

BOBO Reverendo Hugo, no me queráis convencer. Haré de ello cuestión de Cámara Estrellada;^[41] aunque sea veinte veces sir John Falstaff, no engañará al caballero Roberto Bobo.

ENJUTO Del condado de Gloucester, juez de paz y *coram*.^[42]

BOBO Sí, sobrino Enjuto, y *Custalorum*.

ENJUTO Eso, y *Rato-lorum*^[43] también, y caballero por nacimiento, señor párroco, que se firma *Armigero* en cualquier documento, recibo, garantía u obligación: *Armigero*.

BOBO Sí que firmo, y lo vengo haciendo así desde hace trescientos años.

ENJUTO Todos sus sucesores, que le han precedido, lo han hecho así, y todos sus antecesores, que le sucedan, podrán hacerlo así. Pueden llevar una docena de liebres blancas en su blasón.

BOBO Es un blasón muy viejo.

EVANS La docena de liendres blancas van bien en un calzón viejo; van bien, *passant*. Es un animalito que tiene gran familiaridad con el hombre, y significa amor.

BOBO La liebre es lo que está bien en campo tan rancio.

ENJUTO Puedo pedir cuartel, tío.

BOBO Puedes, casándote.

EVANS Quedará descuartizado, si se le da cuartel.

BOBO Ni pizca.

EVANS Sí, por Nuestra Señora: si este se lleva un cuartel de vuestro escudo, os quedan solo tres cuartas con que taparos. Pero da lo mismo: si sir John Falstaff ha cometido agravios contra vos, yo soy la Iglesia, y me alegraré de ofrecer benevolencia, haciendo reconciliaciones y compromisos entre vosotros.

BOBO El Concejo ha de oírlo; es una sedición.

EVANS No está bien que el Concejo oiga una sedición; en una sedición no hay temor de Dios. El Concejo, fijaos, ha de desear oír hablar del temor de Dios, y no oír sediciones. Tened cuidado con esto.

BOBO Ah, por mi vida; si volviera a ser joven, la espada lo concluiría.

EVANS Es mejor que los amigos hagan de espada y lo concluyan: y hay también en mis sesos otro recurso, que quizá produzca buenas discreciones. Ahí está Ana Page, hija del señor Page, y que es una linda doncellita.

ENJUTO ¿La señorita Ana Page? Tiene el pelo oscuro, y habla fino, como una mujer.

EVANS Esa es la persona, en todo el mundo, como podáis desear, y con setecientas libras de dineros, oro y plata, que le dio su abuelo en su lecho de muerte (Dios le conceda una gozosa resurrección), cuando llegue a cumplir diecisiete años. Sería una buena inspiración que dejáramos todos nuestros tiquismiquis y propusiéramos una boda entre el señor Abraham y la señora Ana Page.

ENJUTO ¿Setecientas libras le dejó su abuelo?

EVANS Sí, y su padre la ha de mejorar en cuartos.

ENJUTO Conozco a esa joven dama; tiene buenos dones.

EVANS Setecientas libras, y esperanzas, son buenos dones.

BOBO Bueno, vamos a ver al honrado señor Page. ¿Está ahí Falstaff?

EVANS ¿Os voy a decir mentiras? Desprecio al embustero como desprecio a quien es falso, o como desprecio a quien no es sincero. El caballero sir John está ahí, y os ruego que os dejéis guiar por los que os quieren bien. Llamaré yo a la puerta a ver si está el señor Page. ¡Eh, a ver! Dios bendiga esta casa.

PAGE (*Dentro.*) ¿Quién va?

EVANS Aquí está la bendición de Dios y vuestro amigo, con el juez Bobo, y aquí está el señorito Enjuto, que quizá os contará otra historia, si la cosa marcha a vuestro gusto.

Entra PAGE.

PAGE Me alegro de ver buenos a Vuestras Señorías: gracias por vuestra caza, señor Bobo.

BOBO Señor Page, me alegro de veros. Que le aproveche a vuestro buen corazón. Habría querido que la caza estuviera mejor, pero se mató mal... ¿Cómo está mi buena señora Page? Y siempre os daré gracias de todo corazón, ea, de todo corazón.

PAGE Señor, os doy gracias.

BOBO Yo os doy gracias, señor: sí que sí.

PAGE Me alegro de veros, buen señor Enjuto.

ENJUTO ¿Cómo está vuestro galgo leonado, señor? He oído decir que le ganaron corriendo en Cotsall.

PAGE No pudo juzgarse bien, señor.

ENJUTO No queréis confesarlo, no queréis confesarlo.

BOBO Seguro que no: habrá sido su poco olfato. Es un buen perro.

PAGE ¡Un chucho, señor!

BOBO Señor, es un buen perro, y un bonito perro: ¿cabe decir más? Es bueno y bonito. ¿Está aquí sir John Falstaff?

PAGE Señor, está ahí dentro; y querría poder cumplir buenos oficios entre vosotros.

EVANS Eso es hablar como un cristiano.

BOBO Me ha agraviado, señor Page.

PAGE Señor, él lo confiesa en cierto modo.

BOBO Aunque esté confesado, no está remediado; ¿no es así, señor Page? Me ha agraviado, desde luego que sí, palabra que sí. Creedme, el caballero Roberto Bobo dice que está agraviado.

*Entran sir John FALSTAFF, BARDOLFO,
NYM y PISTOLA.*

PAGE Aquí viene sir John.

FALSTAFF Bueno, señor Bobo, ¿os quejaréis contra mí al rey?

BOBO Caballero, habéis pegado a mis hombres, habéis matado un ciervo mío, y habéis entrado en mi casa con fractura.

FALSTAFF Pero ¿no besé a la hija de vuestra ama de llaves?

BOBO Bah, una insignificancia; hay que responder a eso.

FALSTAFF Responderé por las buenas. He hecho todo eso. Ya está respondido.

BOBO El Concejo ha de saberlo.

FALSTAFF Más bien os aconsejo que no lo sepa: se reirán de vos.

EVANS *Pauca verba*, sir John; buenas palabras.

FALSTAFF ¿Buenas palabras? ¡Buen cuerno! Enjuto, os partí la cabeza: ¿qué querella tenéis contra mí?

ENJUTO Pardiez, señor, tengo querella en mi cabeza contra vos y contra vuestros bribones estafadores, Bardolfo, Nym y Pistola.

BARDOLFO ¡Tú, queso de Banbury!

ENJUTO Bueno, no es nada.

PISTOLA ¿Qué es eso, Mefistófeles?

ENJUTO Bueno, no es nada.

NYM En tajadas, digo; *pauta, pauca*; en tajadas, se me antoja.

ENJUTO (A BOBO.) ¿Dónde está Simple, mi criado? ¿Podéis decirme, tío?

EVANS Calma, por favor: ahora, vamos a entendernos. Hay tres árbitros en el asunto, según entiendo, esto es, el señor Page (*videlicet*, aquí el señor Page); luego, yo mismo (*videlicet*, aquí yo mismo); y la parte tercera es, en lugar último y final, el Posadero de la Jarretiera.

PAGE A nosotros tres nos toca escuchar y concluir entre ellos.

EVANS Muy bien; lo apuntaré en mi libro de notas, y luego fallaremos la causa, con tanta discreción como sepamos.

FALSTAFF ¡Pistola!

PISTOLA Soy todo oídos.

EVANS ¡El diablo y su madre! ¿Qué todo oídos? Vaya, qué afectación.

FALSTAFF Pistola, ¿le quitaste la bolsa al señor Enjuto?

ENJUTO Sí, por estos guantes, que sí lo hizo, o si no, que no pueda yo volver a entrar en mi propia sala; con siete monedas de seis peniques, de las acordonadas, y dos chelines del rey Eduardo, de los de jugar al tejo, que me habían costado cada uno dos chelines y dos peniques, que pagué a Ed Miller: por estos guantes.

FALSTAFF ¿Es verdad eso, Pistola?

EVANS No, es falsedad si es un robo.

PISTOLA ¡Ah, forastero de la montaña!

Sir John, señor mío,
a duelo desafío este sable de lata.
El mentís en tu hocico, aquí.

¡Basura y espuma, mientes!

ENJUTO (*Señalando a NYM.*) Por estos guantes, entonces fue este.

NYM Tened cuidado, señor, y que se os pasen los antojos. Os digo que caeréis en la trampa si queréis hacer conmigo el alguacil. Eso es lo que hay que decir del asunto.

ENJUTO Por este sombrero, entonces el de la cara roja se la llevó: pues, aunque no puedo recordar qué hice cuando me emborrachasteis, no soy en absoluto un asno.

FALSTAFF (*A BARDOLFO.*) ¿Qué dices tú, Escarlata y Juan?

BARDOLFO Pues, señor, por mi parte, digo que el caballero se emborrachó hasta perder sus cinco sentencias...

EVANS Sus cinco sentidos: ¡ah, lo que es la ignorancia!

BARDOLFO ... y, estando calamocano, señor, fue desplumado, como suele decirse, y así las cuestiones fueron por su *curriculum*.

ENJUTO Eso, también entonces hablaste en latín; pero no importa. Jamás volveré a emborracharme mientras viva, a no ser en compañía honrada, cortés y piadosa en estas bromas; y no con villanos bebedores.

EVANS ¡Dios os oiga! Eso es un propósito virtuoso.

FALSTAFF Habéis oído que se niegan todas esas acusaciones, caballeros, lo habéis oído.

Entra ANA PAGE, con vino.

PAGE Vamos, hija, llévate dentro el vino. Beberemos ahí dentro.

Sale ANA PAGE.

ENJUTO Oh, Cielos, esa es la señorita Ana Page.

Entran, por otra puerta, la SEÑORA PAGE y la SEÑORA FORD.

PAGE ¿Cómo va, señora Ford?

FALSTAFF Señora Ford, sois muy bien hallada, a fe mía; con vuestra licencia, amable señora. (*La besa.*)

PAGE Esposa, da la bienvenida a estos caballeros. Vamos, tenemos de comida una empanada caliente de caza. Vamos; caballeros, espero que ahogaremos en la bebida todo mal humor.

Salen todos, menos ENJUTO.

ENJUTO Daría cuarenta chelines por tener aquí mi libro de sonetos y canciones.

Entra SIMPLE.

¿Qué hay, Simple, dónde has estado? Tengo que servirme a mí mismo, ¿no? ¿No llevas encima el Libro de Acertijos, eh?

SIMPLE ¿El Libro de Acertijos? Pues ¿no se lo prestasteis a Alicia Pocapasta, el Todos los Santos último, quince días antes de San Miguel?

Entran BOBO y EVANS.

BOBO (*A ENJUTO.*) Vamos, sobrino; vamos, sobrino: te esperamos todos. (*Aparte.*) Unas palabras contigo, sobrino (*se lleva a ENJUTO aparte*): pardiez, es esto, sobrino; hay como quien dice una propuesta, una especie de propuesta que hace desde lejos este reverendo Hugo; ¿me entiendes?

ENJUTO Sí, señor, me encontraréis razonable. Si así es, haré lo que sea de razón.

BOBO No, pero entiéndeme.

ENJUTO Ya entiendo, señor.

EVANS Prestad oído a sus propuestas, señor Enjuto; os haré una descripción del asunto, si estáis en capacidad para ello.

ENJUTO Bueno, yo haré como dice mi pariente Bobo: os ruego que me perdonéis, pero es juez de paz en su pueblo, aunque yo no sea nadie.

EVANS Pero no es esa la cuestión; la cuestión es referente a vuestro matrimonio.

BOBO Sí, señor, ahí está el asunto.

EVANS Pardiez, eso eso, ese es el asunto; doña Ana Page.

ENJUTO Pues sea así; me casaré con ella conforme a cualquier demanda honrosa.

EVANS Pero ¿podéis ganar el afecto de esta mujer? Consentidnos saberlo de vuestra boca, o de vuestros labios, pues diversos filósofos sostienen que los labios son parte de la cosa. Así pues, con precisión, ¿podéis depositar vuestra buena voluntad en esa doncella?

BOBO Sobrino Abraham Enjuto, ¿puedes quererla?

ENJUTO Espero, señor, que haré como sea propio de quien se porte razonablemente.

EVANS No, por todos los santos de Dios y sus santas; debéis hablar positivamente, si dirigís hacia ella vuestros deseos.

BOBO Eso tienes que decir. ¿Quieres casarte con ella, con buena dote?

ENJUTO Tío, si me lo pedís, haré cosas mayores que esas en cualquier aspecto.

BOBO No, entiéndeme, entiéndeme, mi buen sobrino. Lo que yo hago es para complacerte, sobrino: ¿puedes querer a esa muchacha?

ENJUTO Me casaré con ella, señor, si me lo pedís. Pero si no hay gran amor al principio, el Cielo, sin embargo, podrá hacerlo decrecer con el mayor conocimiento cuando estemos casados y tengamos más ocasión de conocernos. Espero que con la familiaridad crecerá la insatisfacción, pero si decís «cásate», me casaré con ella: esa es mi libre disolución.

EVANS Respuesta es esa de mucha discreción, salvo el fallo que hay en la palabra *disolución*. Había que decir «resolución», conforme a lo que queríamos decir. Pero la intención es buena.

BOBO Sí, crea que mi sobrino llevaba buena intención.

ENJUTO Sí, o si no, que me ahorquen, ea.

Entra ANA PAGE.

BOBO Aquí viene la bella señorita Ana; ojalá fuera yo joven por vos, doña Ana.

ANA La comida está en la mesa; mi padre desea la compañía de vuestras señorías.

BOBO Estoy a sus órdenes, hermosa doña Ana.

EVANS ¡Santa palabra! No quiero estar ausente en la bendición.

Salen BOBO y EVANS.

ANA (A ENJUTO.) ¿Desea entrar Vuestra Señoría?

ENJUTO No, os lo agradezco de corazón, a fe; estoy muy bien.

ANA La comida os espera, señor.

ENJUTO Gracias, no tengo hambre, a fe. (A SIMPLE.) Mozo, aunque seas mi criado, ve a servir a mi tío Bobo. (Se va SIMPLE.) Un juez de paz también puede agradecerle a veces un criado a un amigo. Hasta que muera mi madre, no tengo más que tres criados y un muchacho. ¿Qué hacer? Hasta entonces, vivo como un caballero que ha nacido pobre.

ANA No entraré sin Vuestra Señoría: no se sentarán mientras no lleguéis.

ENJUTO A fe, no voy a comer nada, pero os lo agradezco tanto como si comiera.

ANA Por favor, entrad, señor.

Adentro, ladran perros.

ENJUTO Preferiría andar por aquí, gracias: el otro día me hice daño en la espinilla tirando a espada y daga con un maestro de esgrima (tres estocadas a cambio de un plato de ciruelas cocidas),^[44] y a fe, desde entonces no puedo soportar el olor de la carne caliente. ¿Por qué ladran así vuestros perros? ¿Hay osos aquí en la ciudad?

ANA Creo que los hay, señor; he oído hablar de ellos.

ENJUTO Me gusta ese juego, pero protestaré contra él como cualquier otro en Inglaterra. Os da miedo si veis suelto al oso, ¿no es verdad?

ANA Sí, ya lo creo, señor.

ENJUTO Para mí, eso es ahora como comer y beber. He visto soltar veinte veces a Sackerson,^[45] y le he agarrado por la cadena, pero os aseguro que las mujeres gritaban y chillaban tanto al verlo, que era increíble. Claro que las mujeres no pueden soportarles; son unos bichos muy feos y crueles.

Entra PAGE.

PAGE Vamos, amable señor Enjuto; os esperamos.

ENJUTO No voy a comer nada, gracias, señor.

PAGE ¡Por todos los demonios! ¡No os saldréis con la vuestra, señor! ¡Vamos, vamos!

ENJUTO No, por favor, vos delante.

PAGE Vamos allá, señor.

ENJUTO Doña Ana, vos misma habéis de pasar delante.

ANA Yo no, señor; por favor, entrad allá.

ENJUTO De veras, no pasaré primero; de veras, ea; no os haré ese agravio.

ANA Os lo ruego, señor.

ENJUTO Prefiero ser grosero antes que molesto: vos misma os agraviáis, de veras.

Salen. Primero ENJUTO, después el resto.

ESCENA II

Entran EVANS y SIMPLE, de la cena.

EVANS Ve allá, y busca la casa del doctor Cayo; pregunta el camino. Allí vive una tal señora Deprisa, que es a modo de su ama, o su ama seca, o su cocinera,

o su lavandera, o su fregona y su planchadora.

SIMPLE Bueno, señor.

EVANS No, falta todavía lo mejor: dale esta carta; pues es una mujer que tiene absoluto conocimiento de doña Ana Page, y la carta es para rogarla y requerirla a que solicite a favor de los deseos de tu amo ante doña Ana Page. Por favor, vete (*sale* SIMPLE): terminaré mi comida. Todavía faltan las reinetas y el queso.

Salen.

ESCENA III

Entran FALSTAFF, *el* POSADERO, BARDOLFO, NYM,
PISTOLA y ROBÍN.

FALSTAFF ¡Mi Posadero de la Jarretiera!

Entra el POSADERO *de la Jarretiera.*

POSADERO ¿Qué dice mi fanfarrón enredador? Hablad doctamente y con juicio.

FALSTAFF En verdad, posadero mío, debo echar a algunos de mis seguidores.

POSADERO Pues despídeles y échales, ¡Hércules fanfarrón! Que muevan el rabo y se vayan trotando.

FALSTAFF Aquí gasto diez libras por semana.

POSADERO Eres un emperador (un César, un káiser, un visir). Yo me quedaré con Bardolfo, servirá el vino, abrirá los grifos. ¿He dicho bien, fanfarrón Héctor?

FALSTAFF Hazlo así, mi buen posadero.

POSADERO He dicho; que se venga conmigo. (*A* BARDOLFO.) Déjame enseñarte a espumar cerveza y echar lima en el vino. Soy hombre de palabra. Ven conmigo.

Sale.

FALSTAFF Bardolfo, síguele. Mozo de taberna, es un buen oficio. De una capa vieja se saca un jubón nuevo; de un criado marchito, un mozo de taberna nuevo. Ve, adiós.

BARDOLFO Esa es una vida que he deseado: me irá bien. (*Sale.*)

PISTOLA ¡Miserable húngaro vil! ¿Vas a abrir espitas?

NYM Fue engendrado en ebriedad. ¿No es esto humor ingenioso?

FALSTAFF Me alegro de haberme librado así de esta caja de yesca. Sus robos eran demasiado evidentes; su hurtar era como un cantor torpe: no guardaba compás.

NYM El buen humor está en robar en una pausa de mínima.

PISTOLA Transferir, así lo llaman los entendidos. ¿Robar? Bah, una higa por esa palabra.

FALSTAFF Bueno, señores, estoy que se me ven los talones.

PISTOLA Pues entonces tendréis sabañones.

FALSTAFF No hay remedio; debo urdir trampas, debo ingeniármelas.

PISTOLA Los cuervos jóvenes quieren alimento.

FALSTAFF ¿Quién de vosotros conoce a Ford, de esta ciudad?

PISTOLA Yo conozco a ese tipo; es de buena sustancia.

FALSTAFF Mis honrados mozos, os diré qué tengo entre manos.

PISTOLA Más de dos varas en redondo.

FALSTAFF Nada de chistes ahora, Pistola: en efecto, mido cerca de dos varas de cintura, pero ahora me ciño al asunto, pienso hacer el amor a la mujer de Ford. Observo interés por su parte: charla mucho, sonsaca y lanza ojeadas invitantes... Puedo interpretar el sentido de su estilo acostumbrado, y la voz más recia de su conducta, traducida a nuestra lengua, es «Soy de sir John Falstaff».

PISTOLA Ha estudiado su voluntad, y ha traducido su voluntad, de la honradez a nuestro idioma.

NYM El ancla está en lo profundo. ¿Va bien ese humor?

FALSTAFF Bueno, según se dice, ella tiene el gobierno de la bolsa de su marido, y él tiene una leyenda de «ángeles».

PISTOLA Tantos como vos diablos. ¡A ella, muchacho, digo yo!

NYM El humor mejora. Está bien. Me ponen de buen humor los ángeles.

FALSTAFF (*Mostrando las cartas.*) Tengo escrita aquí una carta para ella, y aquí hay otra para la mujer de Page, que hace muy poco también me puso buenos ojos, examinando mis cualidades con ojeadas muy entendidas: unas veces,

el faro de su vista doraba mis pies, otras veces, mi robusta barriga...

PISTOLA Entonces hacía de sol en el estercolero.

NYM Gracias por ese humor.

FALSTAFF Ah, recorrió mis exterioridades con tan ávida intención que el apetito de sus ojos pareció abrasarme como una lente. Aquí hay otra carta para ella. Ella también rige la bolsa; es un territorio en la Guayana, todo oro y riqueza. Yo seré el cajero de ambas, y ellas serán mis banqueras. Serán mis Indias Orientales y Occidentales, y comerciaré con las dos. (*Dando una carta a PISTOLA.*) Anda, ve a llevar esta carta a la señora Page; y tú (*dando una carta a NYM*), esta a la señora Ford. Nos irá bien, muchachos, nos irá bien.

PISTOLA (*Devolviendo la carta.*) ¿He de convertirme en maese Pándaro de Troya, cuando llevo acero al cinto? Pues que Lucifer se lo lleve todo.

NYM (*Devolviendo la carta.*) Y yo no seguiré ningún humor vil. Quedaos aquí la carta de vuestro humor. Quiero mantener una conducta de buena fama.

FALSTAFF (*A ROBÍN.*) Ten, mozo, lleva estas cartas a salvo.
Navega, cual mi bajel, a esas costas doradas.

Le da a ROBÍN las cartas.

Canallas, fuera, fundíos cual granizo.
Lejos, arad con vuestras pezuñas, guardaos.
Falstaff conocerá el honor de esta era.
Yo solo y un paje con faldas, ahorro a la francesa.

Salen FALSTAFF y ROBÍN.

PISTOLA Que los buitres agarren tus tripas.

Siempre hay dados trucados
para engañar a ricos y pobres.
Vil turco frigio.

NYM Tengo unos planes en humor de venganza.

PISTOLA ¿Quieres vengarte?

NYM Por el firmamento y las estrellas.

PISTOLA ¿Con ingenio, o con acero?

NYM Con los dos humores, por mi parte: iré a contarle el humor de ese amor a Ford.

PISTOLA Y yo revelaré a Page cómo Falstaff, vil lacayo, quiere poner a prueba a su paloma, apoderarse de su oro y manchar su blando lecho.

NYM Mi humor no se enfriará. Azuzaré a Ford para que use veneno. Le infundiré ictericia, pues mi rebeldía es peligrosa. Ese es mi verdadero humor.

PISTOLA Eres el Marte de los descontentos. Te secundo: ¡vamos allá!

Salen.

ESCENA IV

Entran la SEÑORA DEPRISA y SIMPLE.

SEÑORA DEPRISA A ver, Juan Rugby (*entra* JUAN RUGBY), por favor, acércate a la ventana, y mira si puedes ver a mi amo, el doctor Cayo, que viene. Si viene, a fe, y encuentra a alguien en la casa, pondrá a dura prueba la paciencia de Dios y el inglés del rey.

RUGBY Voy a observar.

SEÑORA DEPRISA Ve, y en pago de ello tomaremos un vaso esta noche, a fe, antes que se apague el fin de un tizón de Newcastle. (*Se va* RUGBY.) Es un muchacho honrado, dispuesto y bueno, como no hay un criado mejor para tener en casa; y te aseguro que no es chismoso ni pendenciero. Su peor defecto es el ser dado a la oración; en eso es un poco maniático, pero nadie deja de tener su defecto. Dejémoslo pasar. ¿Dices que te llamas Pedro Simple?

SIMPLE Sí, a falta de mejor nombre.

SEÑORA DEPRISA ¿Y tu amo es el señor Enjuto?

SIMPLE Sí, a fe.

SEÑORA DEPRISA ¿No lleva una gran barba redonda, como el cuchillo de un guantero?

SIMPLE No, de veras: no tiene más que una cara de suero con una barbita amarilla, una barba de color de Caín.

SEÑORA DEPRISA Es hombre de carácter manso, ¿no?

SIMPLE Sí, a fe, pero tiene tan buenas manos como cualquiera: se peleó con un guarda de caza.

SEÑORA DEPRISA ¡Qué me dices! Ah, debería recordarle... ¿No lleva la cabeza

levantada así, y anda pavoneándose?

SIMPLE Sí, desde luego, así es.

SEÑORA DEPRISA Bueno, que Dios no le mande peor suerte a Ana Page. Di al señor párroco Evans que haré lo que pueda por tu amo. Ana es una buena chica y ojalá...

Entra RUGBY.

RUGBY Fuera, ay: ahí viene mi amo.

SEÑORA DEPRISA Ahora nos pegará a todos. Corre a meterte aquí, buen muchacho. Métete en este armario. No se quedará mucho tiempo. (SIMPLE *se esconde en el armario.*) Eh, Juan Rugby; Juan, eh, Juan, oye. (*Entra RUGBY.*) (*En voz alta.*) Ve, Juan, ve a preguntar por mi amo. Me temo que no esté bien, porque no vuelve a casa. (*Sale RUGBY.*) (*Canta.*) «Y abajo, abajo, abajo va...»

Entra el doctor CAYO.

CAYO ¿Qué cantáis? No me gustan semejantes *bgomas*. *Pog favog, tgaedme* del *agmaquio* una *boîte verd*; una caja, una caja *vegde*. ¿Entendéis lo que digo? Una caja *vegde*.

SEÑORA DEPRISA Sí, a fe, os la traeré. (*Aparte.*) Me alegro de que no se asomara él mismo; si hubiera encontrado al muchacho, se habría puesto loco de furia.

Va a buscar la caja.

CAYO *Fe, fe, fe, le, ma foi, il fait fort chaud; je m'en vais à la court: la grande affaire.*

SEÑORA DEPRISA ¿Es esta, señor?

CAYO *Oui, mettez-la au mon bolsillo: despachaos depgisa.* ¿Dónde está ese *bgibón* de Rugby?

SEÑORA DEPRISA ¿Cuál, Juan Rugby? ¡Juan!

Entra RUGBY.

RUGBY Aquí, señor.

CAYO Eres Juan Rugby, y eres Juan rufián. Vamos, toma tu estoque, y ven pisándome los talones a la corte.

RUGBY Está preparado, señor, en el zaguán. (*Trae el estoque.*)

CAYO ¡Ah, demonio! Me *retgaso* demasiado. ¡Ay de mí! *Qu'ai je oublié?* Hay unas

hiegbas en mi agmaguio, que no quiego olvidag pog nada del mundo.

SEÑORA DEPRISA Ay de mí; encontrará al muchacho ahí, y se pondrá como loco.

CAYO (*Descubre a SIMPLE en el armario.*) O Diable, Diable! ¿Qué hay en mi agmaguio? Villano, ladgón; Rugby, mi estoque.

Agarra el estoque.

SEÑORA DEPRISA Buen amo, no os agitéis.

CAYO ¿Pog qué no me voy a agitag?

SEÑORA DEPRISA Este joven es un hombre honrado.

CAYO ¿Qué tiene que haceg el hombgue hongado en mi agmaguio?

SEÑORA DEPRISA Os ruego que no seáis tan flemático y oídmme la verdad. Vino a verme con un recado de parte del párroco Hugo.

CAYO Bueno...

SIMPLE Sí, a fe, para pedirle a ella que...

SEÑORA DEPRISA Calla, por favor.

CAYO Callad la lengua. (*A SIMPLE.*) Cuenta todo tu cuento.

SIMPLE ... para pedir a esta honrada dama, vuestra doncella, que dijera alguna buena palabra a la señora Ana Page, a favor de mi amo, con vistas al matrimonio.

SEÑORA DEPRISA Eso es todo, desde luego, ea; pero jamás meteré un dedo en el fuego, ni falta que me hace.

CAYO ¿Te envió el gueveguendo Hugo? Rugby, baillezmoi papel (*RUGBY trae un papel*); (*a SIMPLE*) tú espega un poco.

CAYO escribe.

SEÑORA DEPRISA (*Aparte a SIMPLE.*) Me alegro de que lo tome con tanta calma. Si se llega a agitar del todo, le habrías oído hacer ruido con melancolía, pero sin embargo, hombre, haré por tu amo todo el bien que pueda. Y la gracia de esto es que mi amo el doctor francés (le puedo llamar mi amo, mira, porque llevo su casa, y lavo, plancho, hago la cerveza, y el pan, limpio, preparo la comida y la bebida, hago las camas, y lo hago todo yo sola)...

SIMPLE (*Aparte a la SEÑORA DEPRISA.*) Es mucha carga para ponerse en manos de una sola persona.

SEÑORA DEPRISA (*Aparte a SIMPLE.*) ¿Te das cuenta de ello? Ya verás que es una

gran carga; y madrugar, y acostarse tarde: pero, a pesar de todo (te lo diré al oído; no querría que se hablara de ello), mi amo en persona está enamorado de doña Ana Page. Pero, con todo, yo sé lo que piensa Ana, que es ni el uno ni el otro.

CAYO (*Dándole la cesta a SIMPLE.*) Tú, bellaco, llévale esta *cagta* a don Hugo; *pagdiez*, es un desafío. Le *cogtaqué* el cuello en el *pagque*, y le *enseñagué* a ese *bgibón* y bellaco de *cuga* a no *metegse*, o a *haceg*... Te puedes *ig*; no está bien que te quedes aquí; *pagdiez*, le *cogtaqué* las dos pelotas, que no le *quedagá* qué *tigagle* al *peggo*.

Sale SIMPLE.

SEÑORA DEPRISA Ay, señor; él solo habla por cuenta de su amigo.

CAYO *No impogta* eso; ¿no me habéis dicho *siempgue* que *tendgué* a Ana Page *paga* mí? *Pagdiez*, voy a *matag* a ese *bguibón* de *cuga*. He *nombgado* a mi *Posadego* de la *Jaguetiega* *paga* que nos mida las *agmas*. *Pagdiez*, yo mismo *quiego teneg* a Ana Page.

SEÑORA DEPRISA Señor, la muchacha os quiere, y todo irá bien. Tenemos que dejar que la gente charle. ¡Qué demonios!

CAYO Rugby, ven conmigo a la *cogte*. (*A la SEÑORA DEPRISA.*) *Pagdiez*, si no consigo a Ana Page, te echo de casa... Sígueme pisándome los talones, Rugby.

Salen CAYO y RUGBY.

SEÑORA DEPRISA Tendrás para ti solo tu casa de locos... No, ya sé cómo piensa Ana en eso. Jamás ha habido en Windsor quien conociera mejor que yo cómo piensa Ana, y yo no puedo hacer más por ella, gracias a Dios.

Entra FENTON.

FENTON (*Dentro.*) ¿Quién hay aquí dentro, eh?

SEÑORA DEPRISA ¿Quién hay ahí, digo yo? Vamos, acercaos a la casa, por favor.

Entra FENTON.

FENTON ¿Qué hay, buena mujer, cómo te va?

SEÑORA DEPRISA Mejor si Vuestra Señoría se digna preguntarlo.

FENTON ¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo está la hermosa doña Ana?

SEÑORA DEPRISA En verdad, señor, que es hermosa, y honesta, y amable, y es amiga vuestra, os lo puedo decir de paso; gracias a Dios por ello.

FENTON ¿Conseguiré algo bueno, crees? ¿No perderé mi pretensión?

SEÑORA DEPRISA La verdad, señor, todo está en las manos del Altísimo. Pero sin embargo, señor Fenton, juraré sobre un libro que os quiere. ¿No tiene Vuestra Señoría una verruga sobre el ojo?

FENTON Sí que la tengo, pardiez, ¿y eso qué?

SEÑORA DEPRISA Bueno, eso es toda una historia. A buena fe... no hay otra Anita como ella, pero lo perjuro, una doncella tan honrada como nunca haya comido pan. Estuvimos hablando una hora sobre esa verruga. Nunca me reiré si no es en compañía de esa muchacha, pero desde luego, ella está demasiado dada a la *malincolía* y a cavilar; pero, en cuanto a vos..., bueno..., vamos...

FENTON Bien: hoy la veré. Toma, ten dinero para ti. Tenga yo tu voz a favor mío; si la ves a ella antes que a mí, recomiéndame...

SEÑORA DEPRISA ¡Claro que lo haré! A fe, que sí. Y os contaré a Vuestra Señoría más de la verruga, la próxima vez que tengamos confianza, y de otros pretendientes.

FENTON Bueno, adiós, ahora tengo mucha prisa. (*Sale.*)

SEÑORA DEPRISA Adiós a Vuestra Señoría. De veras, un honrado caballero, pero Ana no le quiere, porque yo sé como nadie lo que piensa Ana. Fuera con ello: ¿de qué me he olvidado yo? (*Sale.*)

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entra la SEÑORA PAGE, con una carta.

SEÑORA PAGE ¡Cómo! He escapado a las cartas de amor en los alegres tiempos de mi belleza, ¿y ahora estoy sujeta a ellas? Vamos a ver:

Lee.

«No me preguntéis por qué razón os amo, pues aunque el amor usa la razón para lo que precisa, no le admite por consejero suyo. Vos no sois joven, yo tampoco; vamos allá, entonces, hay comprensión. Sois alegre, yo también; ah, ah, entonces, hay más comprensión. Os gusta el jerez, a mí también; ¿querríais mejor comprensión? Sea bastante para vos, señora Page, al menos si puede bastar el amor de un soldado, que os amo. No diré: tened piedad de mí; no es una expresión de soldado; sino que os digo: amadme. Lo escribe tu constante caballero, que por ti, día y noche, empuña acero, John Falstaff».

¿Qué Herodes de la Judería es este? Ah, mundo, mundo perverso: uno que casi está hecho pedazos de vejez, ¿va a mostrarse un joven galante? ¿Qué conducta liviana ha deducido de mi conversación este borracho flamenco (en nombre del demonio), que se atreve a ponerme a prueba de esta manera? Vaya, si no ha estado ni tres veces en mi compañía. ¿Qué le había de decir? Entonces fui moderada en mi regocijo: Dios me perdone. Vaya, voy a pedir una ley del Parlamento para dominar a los hombres. ¿Cómo me vengaré de él? Pues me he de vengar, tan seguro como que sus tripas están hechas de masa de pastel.

Entra la SEÑORA FORD.

SEÑORA FORD Señora Page, creedme, iba a vuestra casa.

SEÑORA PAGE Y creedme, yo iba a la vuestra. Tenéis muy mala cara.

SEÑORA FORD No, no lo creáis. Tiene que parecer al revés.

SEÑORA PAGE A fe que así creo que es.

SEÑORA FORD Bueno, pues tendré mala cara, sin embargo, digo que podría mostrar lo contrario. Ah, señora Page, dadme consejo.

SEÑORA PAGE ¿Qué ocurre, mujer?

SEÑORA FORD Ah, mujer, si no fuera por una insignificancia de respeto, podría llegar a tal honor...

SEÑORA PAGE Ahorcad la insignificancia, mujer, y tomad el honor. ¿Qué es eso?

SEÑORA FORD Solo con que fuera al infierno por un momento eterno, o algo así, recibiría la orden de caballería.

SEÑORA PAGE ¡Qué! ¿Mentís? ¡El caballero Alicia Ford! Esos caballeros vuelan, así que no deberíais cambiar el nombre de vuestra nobleza.

SEÑORA FORD Dejamos quemar la luz del día. (*Le da a la SEÑORA PAGE una carta.*) Leed aquí: daos cuenta de cómo podría ser nombrado caballero. (*La SEÑORA PAGE lee.*) Pensaré lo peor de los hombres gordos mientras tenga ojos para diferenciar el aspecto de los hombres. Y sin embargo, este no juraba, alababa la modestia de las mujeres, y reprendía con tal orden y buena conducta toda impropiedad, que yo habría jurado que su carácter habría sido fiel a sus palabras, pero no se les adhieren y juntan más que los Cien Salmos a la melodía de «Mangas Verdes». ¿Qué tempestad, pregunto yo, ha arrojado a esta ballena a la orilla de Windsor con tantas toneladas de aceite en la panza? ¿Cómo me vengaré de él? Creo que el mejor modo sería entretenerle con esperanza, hasta que el perverso fuego de la lujuria le haya derretido en su misma grasa. ¿Habéis oído jamás cosa semejante?

SEÑORA PAGE Letra por letra..., salvo que es diferente el nombre de Page y Ford. (*Le da a la SEÑORA FORD su carta.*) Para vuestro gran consuelo en este misterio de las malas opiniones, aquí está la hermana gemela de vuestra carta. Pero que la vuestra reciba primero el cobro, pues la mía aseguro que jamás lo hará. Apuesto a que tiene mil cartas de estas, escritas con un espacio en blanco para los diferentes nombres, y aún más, seguro, estas son de la segunda edición. Las imprime, sin duda, pues no le importa lo que mete en prensa cuando es capaz de meternos a nosotras. Preferiría ser una gigante y yacer bajo el monte Pelión. Bueno, os puedo encontrar veinte tórtolas lascivas antes que un solo hombre casto.

SEÑORA FORD Vaya, son iguales, la misma letra, las mismas palabras. ¿Qué piensa de nosotras?

SEÑORA PAGE No, no lo sé. Casi me pone a punto de pelearme con mi propia honradez. Me voy a tratar a mí misma como si no me conociera, pues estoy segura de que a no ser que él haya notado en mí algunas inclinaciones que yo misma no conozco, no me habría abordado jamás con tal furia.

SEÑORA FORD ¿Abordar lo llamáis? Yo me aseguraré de mantenerle fuera de cubierta.

SEÑORA PAGE Y yo también. Si entra bajo mis escotillas, no volveré a hacerme a la mar. Vamos a vengarnos de él: vamos a darle una cita: vamos a darle una apariencia de consuelo en su pretensión, y llevarle adelante con retardos de buen cebo, hasta que haya empeñado los caballos a mi posadero de la Jarretiera.

SEÑORA FORD Eso, yo consentiré en ejecutar cualquier villanía contra él que no manche la limpieza de nuestra honradez. Ah, si mi marido viera esta carta, le daría alimento eterno a sus celos.

Entran FORD, PISTOLA, PAGE y NYM.

SEÑORA PAGE Pues mirad por dónde viene, y también mi buen hombre. Está tan lejos de los celos, como yo de darle motivo, y es, espero, una distancia inconmensurable.

SEÑORA FORD Vos sois la mujer más feliz.

SEÑORA PAGE Vamos a consultarnos juntas contra ese grasiento caballero. Venid aquí.

Se apartan a un lado.

FORD Bueno, espero que no sea así.

PISTOLA La esperanza, a veces, es un perro de rabo cortado.

Sir John corteja a vuestra esposa.

FORD Pero, señor, mi mujer no es joven.

PISTOLA Le gustan nobles y plebeyas,
ricas y pobres, jóvenes y viejas,
la una y la otra, Ford.
Le encanta el potaje, Ford, cuidado.

FORD ¿Querer a mi mujer?

PISTOLA Con hígado caliente. Cuidado.

O acabarás como Acteón,
con el perro en los talones.
Ah, qué nombre tan odioso.

FORD ¿Qué nombre, señor?

PISTOLA El cuerno, digo. Adiós.
Cuidado, ojo, que andan ladrones de noche.
Cuidado antes de que llegue el verano

y canten los cucos.^[46] Cabo Nym,
adelante, créele, Page,
pues sabe lo que dice.

Sale.

FORD (*Aparte.*) Tendré paciencia; averiguaré lo que hay de esto.

NYM (*A PAGE.*) Y es verdad. No me gusta el humor de mentir. Él me ha ofendido en ciertos humores. Yo debería haberle llevado a ella la carta de su humor, pero tengo espada, que sabe morder cuando hace falta. Él quiere a tu mujer. Eso es, en pocas palabras. Me llamo cabo Nym: hablo y declaro que es verdad. Me llamo Nym, y Falstaff quiere a tu mujer. Adiós, no me gusta el humor del cuco. Adiós.

Salen.

PAGE (*Aparte.*) ¿El humor de eso, dice? Este tipo hace que el idioma se salga de quicio asustado.

FORD (*Aparte.*) Iré a buscar a Falstaff.

PAGE (*Aparte.*) Jamás había oído un bribón de palabreo tan afectado.

FORD (*Aparte.*) Si encuentro que es esto... bueno...

PAGE (*Aparte.*) No quiero creer tal cuento chino aunque el cura del pueblo le acredite como hombre sincero.

FORD (*Aparte.*) Era un muchacho juicioso; bueno...

Se acercan la SEÑORA PAGE y la SEÑORA FORD.

PAGE ¿Qué hay, Meg?

SEÑORA PAGE ¿Dónde vas, Jorge? Pye...

Hablan aparte.

SEÑORA FORD ¿Qué hay, querido Francisco? ¿Por qué estás melancólico?

FORD ¿Melancólico yo? No estoy melancólico. Vete a casa, vete.

SEÑORA FORD Seguro, tienes ahora alguna manía por la cabeza. ¿Queréis venir, señora Page?

SEÑORA PAGE Allá voy con vos. ¿Vendrás a comer, Jorge? (*Entra la SEÑORA DEPRISA.*) Mirad quién viene allá; esa será nuestra mensajera al mezquino caballero.

SEÑORA FORD Creedme, también yo pensaba en ella. Lo hará muy bien.

SEÑORA PAGE (A la SEÑORA DEPRISA.) ¿Vienes a ver a mi hija Ana?

SEÑORA DEPRISA Sí, a fe, y, por favor, ¿cómo está mi buena doña Ana?

SEÑORA PAGE Entra con nosotras a ver: tenemos que charlar un rato contigo.

*Salen la SEÑORA PAGE, la SEÑORA FORD
y la SEÑORA DEPRISA.*

PAGE ¿Qué hay ahora, compadre Ford?

FORD Habéis oído lo que me dijo ese villano, ¿no?

PAGE Sí, y vos habéis oído lo que me dijo el otro, ¿no?

FORD ¿Pensáis que hay en ellos algo de verdad?

PAGE Que les ahorquen a esos villanos. No creo que el caballero pretendiera tal cosa. Y los que le acusan de tal intención hacia nuestras mujeres, son un par de criados despedidos, grandes bribones, ahora que están sin empleo.

FORD ¿Eran criados suyos?

PAGE Sí que lo eran, pardiez.

FORD No me parece mejor por ello el asunto. ¿Para él en la Jarretiera?

PAGE Sí, pardiez. Si pensara emprender esa expedición contra mi mujer, se la soltaría, y lo que saque de ella que no sean palabras duras, me lo pueden poner en la cabeza.

FORD Yo no sospecho de mi mujer, pero no me gustaría reunirles. Uno puede confiarse demasiado. Yo no querría que me pusieran nada en la cabeza. No me puedo contentar así.

PAGE Ahí viene el estrepitoso posadero de la Jarretiera. O tiene bebida en la mollera, o dinero en la bolsa, cuando trae una cara tan alegre. ¿Qué hay, mi posadero?

Entra el POSADERO.

POSADERO ¿Qué hay, fanfarrón? ¡Tú sí que eres un caballero! ¡Eh, *cavaliero* juez!

Entra el juez BOBO.

BOBO Ya voy, posadero, ya voy. Buenas tardes veinte veces, compadre Page. ¿Queréis venir con nosotros, compadre Page? Tenemos diversión entre manos.

POSADERO Decídselo, *cavaliero* juez: decídselo, bravucón.

BOBO Señor, se va a combatir un duelo entre el reverendo Hugo, el cura galés, y

Cayo, el médico francés.

FORD Mi buen posadero de la Jarretiera: una palabra con vos.

POSADERO ¿Qué decís, mi fanfarrón?

Hablan aparte.

BOBO (A PAGE.) ¿Queréis venir con nosotros a verlo? Mi alegre posadero les ha medido las armas, y creo que les ha mandado a sitios diferentes, pues, creedme, he oído decir que el párroco no es ningún bromista. Oíd, os diré cuál será nuestra diversión.

POSADERO (A FORD.) ¿No tenéis ningún pleito contra mi caballero, mi huésped Falstaff?

Hablan aparte.

FORD Ninguna, os lo aseguro, pero os daré una azumbre de jerez tostado para que dejéis acercarme a él diciendo que me llamo Broome, solo para una broma.

POSADERO Aquí está mi mano, bravucón. Tendréis acceso y regreso —¿digo bien? — y os llamaréis Broome. Es un caballero muy alegre. (A BOBO y a PAGE.) ¿Vamos allá, sultanes?

BOBO Vamos allá, posadero.

PAGE He oído decir que el francés es muy hábil con el estoque.

BOBO Bah, señor: yo podría haberos mostrado más. En estos tiempos, se habla mucho de distancias, pases, estocadas, y qué sé yo. Lo que importa es el corazón, compadre Page, aquí, aquí. En otros tiempos, con mi espadón, habría hecho escapar como ratas a cuatro tipos grandes de estos.

POSADERO Aquí, muchachos, aquí, aquí. ¿Nos movemos?

PAGE ¡Vamos allá! Preferiría oírles reñir a verles batirse.

Salen el POSADERO, BOBO y PAGE.

FORD Aunque Page sea un tonto confiado, y descansa tan firmemente en la fragilidad de su mujer, yo, sin embargo, no puedo respirar en mi opinión tan tranquilamente. Estuvo en compañía de él en casa de Page, y no sé lo que hicieron allí. Bueno, lo averiguaré mejor, y me disfrazaré para sondear a Falstaff. Si encuentro que ella es honesta, no perderé mi trabajo: si es de otro modo, es trabajo bien empleado.

Sale.

ESCENA II

Entran FALSTAFF y PISTOLA.

FALSTAFF No te voy a prestar ni un penique.

PISTOLA (*Desenvainando la espada.*) Pues entonces el mundo es mi ostra, y lo abriré con la espada.

FALSTAFF Ni un penique. Ya estoy harto de que hayas empeñado mi prestigio. He molestado a mis buenos amigos tres veces por condenas tuyas y de tu compadre Nym; si no, habríais mirado por entre las rejas, como dos monas gemelas. Estoy condenado al infierno por jurar a caballeros amigos míos que erais buenos soldados y hombres valientes. Y cuando la señora Bridget perdió el mango del abanico, juré sobre mi honor que no lo tenías tú.

PISTOLA ¿No recibiste tu parte? ¿No te llevaste quince peniques?

FALSTAFF Pero razona, bribón, razona: ¿crees que iba a arriesgar mi alma gratis? En una palabra, no te cuelgues más de mí, no soy una horca para ti. Vete; un cuchillito y a donde haya mucha gente; a tu morada de Pickt-hatch. Vete: ¿no quieres llevarme una carta, bribón? Era cuestión de tu honor. Vaya, tú, bajeza sin límites, es tanto como puedo hacer yo por conservar con exactitud los términos de mi honor. Sí, sí, yo mismo, a veces, dejando en la mano izquierda el temor a los Cielos, y escondiendo mi honor en mi necesidad, estoy dispuesto a escapatorias, a jugadas, a bandazos; y sin embargo, tú, bribón, tú pretendes abrigar bajo el refugio de tu honor tus andrajos, tus miradas de gato montés, tus frases de taberna y tus juramentos de borracho. ¿No quieres, eh, no quieres?

PISTOLA (*Enfundando la espada.*) Me arrepiento. ¿Qué más quieres de un hombre?

Entra ROBÍN.

ROBÍN Señor, aquí hay una mujer que quiere hablar con vos.

FALSTAFF Que se acerque.

Entra la SEÑORA DEPRISA.

SEÑORA DEPRISA Buenos días tenga Vuestra Señoría.

FALSTAFF Buenos días, buena señora.

SEÑORA DEPRISA No lo soy, con vuestra venia.

FALSTAFF Pues buena doncella.

SEÑORA DEPRISA Eso sí, lo juraría, como mi madre cuando me parió.

FALSTAFF Creo el juramento. ¿Qué me queréis?

SEÑORA DEPRISA ¿Puedo conceder a Vuestra Señoría una palabra o dos?

FALSTAFF Dos mil, buena mujer, y yo te concederé atención.

SEÑORA DEPRISA Hay una tal señora Ford, señor... Por favor, acercaos un poco más por aquí... (*Se lleva a SIR JOHN aparte.*) Yo vivo en casa del señor doctor Cayo...

FALSTAFF Bien, adelante; la señora Ford, dices...

SEÑORA DEPRISA Tiene mucha razón Vuestra Señoría. Ruego a Vuestra Señoría que se acerque un poco más por aquí.

FALSTAFF Te aseguro que nadie oye; es gente mía, es gente mía.

SEÑORA DEPRISA ¿Así es? Dios les bendiga y les haga servidores suyos.

FALSTAFF Bueno, señora Ford, ¿qué hay de ella?

SEÑORA DEPRISA Pues, señor, que es una buena criatura; Dios mío, Dios mío, Vuestra Señoría es un seductor; bueno, el Cielo os perdone, a vos y a todos nosotros, suplico yo...

FALSTAFF La señora Ford, vamos, la señora Ford.

SEÑORA DEPRISA Pardiez, pues en pocas palabras, es esto: la habéis metido en tal *tituteo*, que es prodigioso. El mejor cortesano de todos esos, cuando la corte está en Windsor, jamás la podría haber llevado a tal *tituteo*, y sin embargo, ha habido caballeros, nobles y señores, con sus coches; os lo aseguro, un coche tras otro, carta tras carta, regalo tras regalo, oliendo tan perfumados, todos almizcle, y con tal rumor de seda y oro, os lo aseguro, y con palabras tan *alegantes*, y con tal vino y azúcar de lo mejor, y lo más hermoso, que habría conquistado el corazón de cualquier mujer: y os aseguro que jamás pudieron conseguir de ella ni un ojeada. Esta mañana me han dado veinte «ángeles» pero yo me río de todos los ángeles (de cualquier especie de esos, como dicen) si no es por vía honrada; y os aseguro que jamás pudieron conseguir de ella ni que tomara un sorbo de la copa del más orgulloso de todos, y sin embargo, ha habido condes, no, y lo que es más, guardias de corps, pero os aseguro que con ella todo es lo mismo.

FALSTAFF Pero ¿eso qué me importa? Sé breve, mi buena Mercuria.

SEÑORA DEPRISA Pardiez, ha recibido vuestra carta, por la que os da las gracias mil veces, y os da a notificar que su marido estará ausente de su casa entre diez y once.

FALSTAFF Diez y once.

SEÑORA DEPRISA Sí, pardiez, y entonces podéis ir a ver el cuadro que ella dice que sabéis. El señor Ford, su marido, estará fuera de casa. Ay, esa buena mujer lleva con él una mala vida; él es un hombre de muchas celosías. Ella lleva con él una vida de infierno. ¡Pobrecilla!

FALSTAFF Diez y once. Mujer, dale recuerdos míos, y dile que no faltaré.

SEÑORA DEPRISA Ea, decís bien. Pero tengo otro mensajero para Vuestra Señoría. La señora Page también os envía cordiales saludos, y dejadme que os diga al oído que es una señora fastuosa, bien educada y modesta, y una mujer, permitid que os lo diga, que no deja nunca sus oraciones de mañana y noche, como ninguna otra en Windsor, quienquiera que sea, y me ha encargado que dijera a Vuestra Señoría, que su marido rara vez está fuera de casa, pero que ella tiene esperanzas de que llegará ocasión. Nunca he visto una mujer que enloqueciera tanto por un hombre. Seguro, creo que tenéis hechizos, ea: sí, de veras.

FALSTAFF No, te lo aseguro: dejando a un lado la atracción de mis buenas cualidades, no tengo otros hechizos.

SEÑORA DEPRISA ¡Bendito sea vuestro corazón por ello!

FALSTAFF Pero, por favor, dime esto: ¿la mujer de Ford y la mujer de Page se han dado a conocer la una a la otra cómo me quieren?

SEÑORA DEPRISA ¡Eso sí que sería una buena broma! No tienen tan poco ingenio, espero; eso sí que sería una broma. Pero la señora Ford querría que le mandarais vuestro pajecillo, en nombre de todos los amores. Su marido tiene una gran infección hacia ese paje, y, sinceramente, el señor Page es un hombre honrado. Jamás ha habido en Windsor una mujer que llevara mejor vida que ella. Hace lo que quiere, dice lo que quiere, lo toma todo, lo paga todo, se acuesta cuando se le antoja, se levanta cuando se le antoja, todo es como ella quiere, y la verdad es que lo merece, pues si hay una mujer amable en Windsor, esa es ella. Tenéis que mandarle vuestro paje, no hay más remedio.

FALSTAFF Pues lo haré.

SEÑORA DEPRISA Bueno, pero hacedlo entonces, fijaos, de modo que él pueda ir y venir entre los dos, y en todo caso, tened una palabra de contraseña, para que el uno pueda saber lo que piensa el otro, sin que haga falta nunca que el muchacho entienda nada, pues no es bueno que los niños sepan nada malo. La gente mayor, ya sabéis, tiene discreción, como suele decirse, y conoce el mundo.

FALSTAFF Que te vaya bien, dale recuerdos a las dos; aquí tienes mi bolsa, sigo siendo deudor tuyo. Muchacho, acompaña a esta mujer. (*Aparte.*) Estas noticias me alteran.

Salen la SEÑORA DEPRISA y ROBÍN.

PISTOLA (*Aparte.*) Esta zorra es mensajera de Cupido. A todo trapo, a por ellos, arriba las lonas;^[47] ¡Fuego! Será mía o que el mar se los trague.

Sale.

FALSTAFF ¿Qué dices, viejo Juanito? Sigue por tu camino. Sacaré más de tu viejo cuerpo que todo lo que he hecho antes. ¡Cómo te miran! Después que has gastado tanto dinero, ¿ahora vas a ser ganancioso? Buen cuerpo, te doy las gracias. Que digan que está groseramente hecho, con tal que esté lindamente hecho, no importa.

Entra BARDOLFO (con una copa).

BARDOLFO Sir John, ahí abajo hay un tal señor Broome que desea hablar con vos y conoceros, y ha enviado a Vuestra Señoría un trago mañanero de jerez.

FALSTAFF ¿Se llama Broome?

BARDOLFO Sí, señor.

FALSTAFF Llámale que entre. (*Bebiendo.*) Bienvenidos tales Broomes, que rebosan tal bebida. Ah, ah, señora Ford y señora Page, ¿os he abarcado por la cintura? Vamos allá, *via*.

Entran BARDOLFO y FORD (como señor Broome).

FORD Dios os bendiga, señor.

FALSTAFF Y a vos, señor. ¿Queréis hablar conmigo?

FORD Soy muy atrevido de apremiaros con tan poca preparación.

FALSTAFF Sois bienvenido. ¿Qué deseáis? (*A BARDOLFO.*) Déjanos solos, mozo.

Sale BARDOLFO.

FORD Señor, soy un caballero que he derrochado mucho; me llamo Broome.

FALSTAFF Buen maese Broome, deseo trataros más.

FORD Buen sir John, eso pretendo de vos. No voy a pedir os dinero, pues debo haceros entender que me considero en mejor situación para prestar que vos, lo cual me ha animado algo a esta intrusión intempestiva, pues dicen que si

el dinero va por delante, todos los caminos están abiertos.

FALSTAFF El dinero, señor, es un buen soldado y siempre avanza.

FORD Es la verdad. Y aquí llevo una bolsa de dinero que me molesta. Si queréis ayudar a soportarla, sir John, tomadla toda, o la mitad, para aliviarme el transporte.

FALSTAFF Señor, no sé cómo puedo merecer ser vuestro cargador.

FORD Os lo diré, señor, si me concedéis atención.

FALSTAFF Hablad, buen maese Broome; me alegraré de ser vuestro servidor.

FORD Señor, he oído decir que sois hombre de letras: seré breve con vos: hace mucho tiempo que sois hombre, conocido para mí, aunque nunca he tenido tanta ocasión como deseo de hacer que me conocierais. Os haré saber una cosa en que tengo que descubrir mucho mi propia imperfección, pero, buen sir John, mientras ponéis un ojo en mis locuras, al oírlas contar, volved el otro hacia el registro de las vuestras, para que pueda yo pasar con reproche más suave puesto que sabéis vos mismo qué fácil es ser un culpable así.

FALSTAFF Muy bien, señor, continuad.

FORD Hay una dama en esta ciudad cuyo marido se llama Ford.

FALSTAFF Bien, señor.

FORD Hace mucho que la quiero, y os aseguro que por ella he hecho mucho: la he seguido con fervorosa obediencia, he aumentado las oportunidades de encontrarla, he fomentado cualquier leve ocasión que me diera, aunque de mala gana, posibilidad de verla: no solo he comprado muchos regalos para darle, sino que he regalado con largueza a muchos para saber qué le gustaría que se le regalara: en breve, la he perseguido como el amor me ha perseguido a mí, que él ha sido el ala de todas las ocasiones, pero sea lo que sea lo que haya merecido, en mi ánimo, o en mis medios, estoy seguro de no haber recibido ningún premio, a no ser que la Experiencia sea la joya que he adquirido a precio infinito, y que me ha enseñado a decir así:

Como sombra huye amor, buscando realidad:
busca lo que de él huye, y huye de la verdad.

FALSTAFF ¿No habéis recibido de sus manos promesa de satisfacción?

FORD Jamás.

FALSTAFF ¿La habéis importunado con tal propósito?

FORD Jamás.

FALSTAFF Entonces ¿de qué condición era vuestro amor?

FORD Como una hermosa casa construida en terreno de otro, de modo que he perdido mi edificio por confundir el sitio donde lo erigí.

FALSTAFF ¿Con qué propósito me lo habéis revelado a mí?

FORD Al haberos dicho esto, os lo he dicho todo. Unos dicen que, aunque a mí me parece honrada, sin embargo, en otros lugares amplía hasta tal punto su regocijo, que da lugar a malignas interpretaciones. Ahora, sir John, la sustancia de mi propósito es esta: vos sois un caballero de excelente educación, de admirable trato, bien recibido en todas partes, respetable por vuestro rango y persona, admirado por todos por vuestros méritos de guerra, de corte y de sabiduría.

FALSTAFF Oh, señor...

FORD Creedlo, pues lo sabéis. Aquí hay dinero, gastadlo, gastadlo, gastad más. (*Ofrece dinero.*) Gastad todo lo que tengo, y solamente concededme a cambio de él suficiente tiempo vuestro como para poner amoroso asedio a la honestidad de la mujer de Ford. Usad vuestro arte de cortejar, obtened su consentimiento para vos; si algún hombre puede, vos podéis como el que mejor.

FALSTAFF ¿Vendría bien a la vehemencia de vuestro afecto que yo ganara lo que vos habríais de disfrutar? Me parece que recetáis de un modo extraño para vos mismo.

FORD Ah, comprended adónde voy a parar: ella descansa con tal confianza en la excelencia de su honor, que la locura de mi alma no se atreve a dejarse ver. Ella es demasiado clara para que se mire contra ella. Ahora, si pudiera yo llegar con algún descubrimiento en la mano, mis deseos tendrían un ejemplo y argumento en que apoyarse: la podría apartar del resguardo de su pureza, de su reputación, de su juramento matrimonial y otras mil defensas, que ahora están fortificadas demasiado sólidamente contra mí. ¿Qué decís de ello, sir John?

FALSTAFF Señor Broome, primero me tomaré atrevimientos con vuestro dinero (*toma el dinero*); después, dadme vuestra mano (*le coge la mano*); y, finalmente, como soy caballero, si queréis, gozaréis a la mujer de Ford.

FORD ¡Ah, buen señor!

FALSTAFF Digo que la gozaréis.

FORD No os faltará dinero, sir John, no os faltará.

FALSTAFF No os faltará amante, maese Broome, no os faltará. Yo estaré con ella — puedo decíroslo— por su propia cita: precisamente cuando veníais a verme, su ayudante, o medianera, se despedía de mí. Digo que estaré con ella entre diez y once, pues a esa hora estará fuera el villano, malditamente celoso, de su marido. Venid a verme esta noche, y sabréis cómo me va.

FORD Soy bienaventurado por conoceros. ¿Conocéis a Ford, señor?

FALSTAFF ¡Que le ahorquen al pobre villano cornudo! No le conozco, pero le agravio llamándole pobre. Dicen que ese bribón celoso y cornudo tiene montones de dinero, por el cual su mujer me parece tan agraciada. Yo la usaré como la llave del cofre de ese granuja cornudo, y ahí estará mi granero.

FORD Querría que conocierais a Ford, para que pudierais evitarle si le vierais.

FALSTAFF ¡Que le ahorquen a ese artesano de manteca salada!^[48] Con mi mirada le haré perder el juicio; le daré miedo con mi bastón cuando se cierna como un meteoro sobre los cuernos del cornudo. Maese Broome, has de saber que dominaré a ese rústico, y tú dormirás con su mujer. Ven a verme esta noche, pronto: Ford es un villano y yo le ascenderé de categoría: tú, maese Broome, le conocerás como villano y cornudo. Ven a verme a primera hora de la noche.

Sale.

FORD ¿Qué condenado bribón epicúreo es este? Mi corazón está a punto de quebrarse de impaciencia. ¿Quién dice que esto son celos sin previsión? Mi mujer le ha mandado a buscar, la hora está fijada y la reunión está hecha. ¿Lo habría pensado nadie esto? Mirad qué infierno es tener una mujer traidora; mi lecho será deshonorado; mis cofres, saqueados; mi reputación, corroída, y yo no solo recibiré este agravio villano, sino que quedaré bajo abominables términos, que me endosa el que me hace este agravio: ¡qué términos, qué títulos! Amaimón suena bien; Lucifer, bien; Barbason, bien, aunque son títulos de los demonios, nombres de los diablos: pero ¿cornudo? ¡Cornudo! El mismo demonio no tiene tal nombre. Page es un asno, un asno confiado: él se fía de su mujer, y no quiere tener celos. Yo me fiaré de un flamenco con mi manteca, del párroco Hugo con mi queso, de un irlandés con mi botella de aguardiente, o de un ladrón para que lleve de paseo encima mi dinero, antes que de mi mujer con ella misma. Entonces conspira, rumia y urde, y lo que piensa una mujer en su corazón, lo puede hacer; y las mujeres se partirán el corazón antes que dejar de hacerlo. El

Cielo sea alabado por mis celos. Las once es la hora: lo impediré, descubriré a mi mujer, me vengaré de Falstaff y me reiré de Page. Me pondré a ello: mejor tres horas antes que un minuto después. ¡Qué vergüenza, qué vergüenza! ¡Cornudo, cornudo, cornudo!

Sale.

ESCENA III

Entran el doctor CAYO y RUGBY, con estoques.

CAYO ¡Rugby!

RUGBY ¡Señor!

CAYO ¿Qué *hoga* es?

RUGBY Ya es más de la hora en que el señor Hugo prometió llegar.

CAYO *Pagdiez*, ha salvado su alma con no *venig*; puede *guezag* bien su Biblia, *pog* no *venig*: *pagdiez*, Rugby, ya *estaguía muegto si hubiega* venido

RUGBY Es prudente, señor; sabía que Vuestra Señoría le mataría si viniera

CAYO (*Desenvainando el estoque.*) *Pagdiez*, el *aguenque* no está tan *muegto* como yo le voy a *matag*. Toma el estoque, Jack, te voy a *decig* cómo le voy a *matag*.

RUGBY Ay, señor, no sé esgrimir.

CAYO Villano, toma tu estoque.

RUGBY Deteneos, aquí hay gente.

CAYO envaina el estoque, entran el POSADERO, el juez BOBO,

ENJUTO y PAGE.

POSADERO Dios te bendiga, bravucón de doctor.

BOBO Dios os salve, señor doctor Cayo.

PAGE Muy buenas, señor doctor.

CAYO ¿A qué venís todos, uno, dos, *tgues*, *cuatgo*?

POSADERO A verte pelear, a verte combatir, a verte atravesar, a verte aquí, a verte

allá, a verte lanzar fintas, estocadas, reveses, distancias, montantes. ¿Está muerto el etíope mío? ¿Está muerto mi Francisco? ¿Eh, fanfarrón? ¿Qué dice mi Esculapio, mi Galeno, mi corazón de saúco, eh? ¿Está muerto, chulo pasado? ¿Está muerto?

CAYO *Pagdiez*, ese es el *cuga* más *cobaqde* del mundo: no ha dejado *veg* la *caga*.

POSADERO Eres un Don Pedro del orinal, un Héctor de Grecia, muchacho.

CAYO Os suplico que seáis testigos de que he estado aquí seis o siete, o dos o *tgues hogas espegándole*, y no ha venido.

BOBO Señor doctor, él ha sido más prudente; él es un curador de almas, y vos un curador de cuerpos. Si lucharais, iríais a contrapelo de vuestras profesiones. ¿No es verdad, maese Page?

PAGE Maese Bobo, vos mismo habéis sido un gran luchador, aunque ahora sois hombre de paz.

BOBO ¡Demonios, señor Page, aunque ahora soy viejo, y de la paz, si veo sacar una espada, los dedos me pican por hacer otro tanto. Aunque somos jueces, y doctores y eclesiásticos, señor Page, tenemos en nosotros algo de la sal de nuestra juventud; somos hijos de mujer, señor Page.

PAGE Es verdad, señor Bobo.

BOBO Ya se verá, señor Page. Señor doctor Cayo, he venido para llevaros a casa: soy juez jurado de paz. Os habéis mostrado un sabio médico, y el señor Hugo se ha mostrado sabio y paciente eclesiástico: debéis venir conmigo, señor doctor.

POSADERO Perdón, huésped-juez (*a* CAYO): «señor Aguas-tuertas».^[49]

CAYO ¿Aguas *tuegtas*? ¿Eso qué es?

POSADERO Aguas tuertas, en nuestro idioma, es valor, so bravucón.

CAYO *Pagdiez*, entonces tengo tantas aguas *tuegtas* como el inglés. ¡*Pego sagnoso de cuga! Pagdiez*, le *cogtaqué* las *oguejas*.

POSADERO Él te va a echar la zarpa bien apretada, valentón.

CAYO ¿*Echag* la *zagpa*? ¿Qué es eso?

POSADERO Quiere decir que te presentará excusas.

CAYO *Pagdiez*, sí que me *pguesentagá* excusas, *pagdiez*, tiene que *seg* así.

POSADERO Y yo le mandaré que lo haga, o si no, que se vaya al cuerno.

CAYO Os doy las *ggacias pog* ello.

POSADERO Y además, bravucón... (*aparte a los otros*), pero antes que nada, señor juez y señor Page, y además, *cavaleiro* Enjuto, id a través de la ciudad a Frogmore.

PAGE El reverendo Hugo está allí, ¿no?

POSADERO Allí está; ved en qué humor está. Y yo llevaré hasta allí al doctor, por los campos. ¿Irá bien?

BOBO Lo haremos.

TODOS Adiós, buen señor doctor.

Salen PAGE, BOBO y ENJUTO.

CAYO (*Desenvainando el estoque.*) *Pagdiez*, *quiego matag* al *cuga pogque* habla a Ana Page a *favog* de un imbécil.

POSADERO ¡Que muera! Pero envaina tu impaciencia, echa agua fría sobre tu cólera. Ven conmigo por los campos hasta Frogmore: te llevaré hasta donde está doña Ana Page, de fiesta en una granja, y la cortejarás. ¡Ahí va la liebre! ¿He dicho bien?

CAYO (*Envainando el estoque.*) *Pagdiez*, os doy las *ggacias pog* ello; *pagdiez*, os *quiego* mucho, y os *buscaqué* buenos huéspedes: condes, duques, nobles, *caballegos*, mis pacientes.

POSADERO Y yo, a cambio, seré tu adversario para Ana Page. ¿He dicho bien?

CAYO *Pagdiez*, está bien, bien dicho.

POSADERO Movámonos entonces.

CAYO Ven pisándome los talones, Jack Rugby.

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

*Entran el reverendo Hugo EVANS, con un estoque y un libro,
y SIMPLE llevando la toga de EVANS.*

EVANS Os ruego ahora criado del buen maese Enjuto, amigo Simple por nombre: ¿por dónde habéis buscado a maese Cayo, el que se llama doctor en Medicina?

SIMPLE Pardiez, señor, hacia la iglesia, hacia el parque, por todas partes: por la parte del camino viejo de Windsor, y por todas partes menos por la ciudad.

EVANS Os ruego vehementemente que miréis también por allí.

SIMPLE Así lo haré, señor.

Sale.

EVANS (*Abriendo el libro.*) ¡Bendita sea mi alma! ¡Qué lleno de cólera estoy, y tembloroso de ánimo! Me alegraré si me ha engañado. ¡Qué melancólico estoy! Le partiré los orinales en la mollera en cuanto tenga buena ocasión de ello. ¡Bendita sea mi alma!

Cantando.

Junto al claro cristal de las cascadas
 entonan cantos aves melodiosas:
 allí vamos a hacer lechos de rosas,
 tejiendo mil guirnaldas perfumadas...

Misericordia de mí; tengo muchas ganas de llorar...

Cantando.

Entonan cantos aves melodiosas...
 sentados junto al río en Babilonia...
 tejiendo mil guirnaldas perfumadas...

Entra SIMPLE.

SIMPLE Por allí viene el señor Hugo, por ese camino.

EVANS Bienvenido. (*Cantando.*) Junto al claro cristal de las cascadas... Que los Cielos hagan prevalecer la justicia. ¿Qué armas trae?

SIMPLE No trae armas, señor. Ahí viene mi amo, el señor Bobo y otro caballero,

desde Frogmore, saltando el cercado, hacia aquí.

EVANS Por favor, dame la sotana, o si no, quedatela al brazo.

Lee.

Entran PAGE, BOBO y ENJUTO.

BOBO ¿Qué hay, maese párroco? Buenos días, señor Hugo. Apartad a un jugador de los dados y a un buen estudioso de sus libros, y es algo prodigioso.

ENJUTO (*Aparte.*) ¡Ah, dulce Ana Page!

PAGE Dios os proteja, buen reverendo Hugo.

EVANS El Cielo os bendiga en su misericordia, a todos vosotros.

BOBO ¿Qué? ¿El arma y el alma? ¿Os ocupáis de las dos cosas, señor párroco?

PAGE ¿Y seguís juvenil todavía, en vuestro jubón y calzas, con un día tan crudo y húmedo?

EVANS Hay razón y motivo para ello.

PAGE Venimos a veros para una buena obra, señor párroco.

EVANS Muy bien: ¿qué es?

PAGE Ahí hay un caballero muy respetable, que, al parecer por haber recibido agravio por parte de alguien, se pelea con su propia seriedad y paciencia, del modo más raro que se ha visto.

BOBO He vivido más de ochenta años, y jamás he oído a un hombre de su rango, de su seriedad y su sabiduría, tan alejado del respeto a sí mismo.

EVANS ¿Quién es?

PAGE Creo que le conocéis; el señor doctor Cayo, el famoso médico francés.

EVANS ¡Vive Dios y su cólera en mi corazón! Preferiría que me hablarais de un plato de gachas.

PAGE ¿Por qué?

EVANS No tiene conocimiento de nada, ni de Hipócrates ni de Galeno, y además es un villano, un villano cobarde, como podéis desear conocer.

PAGE (*A ENJUTO.*) Os aseguro que ese es el hombre que debía pelear con este.

ENJUTO (*Aparte.*) ¡Ah, dulce Ana Page!

BOBO Así se ve por sus armas. Separadlos: aquí viene el doctor Cayo.

Entran el POSADERO, el doctor CAYO y RUGBY.

EVANS y CAYO se ofrecen pelea.

PAGE Vamos, buen señor párroco, guardad vuestra arma.

BOBO Y vos también, buen señor doctor.

POSADERO Desarmadles, y que discutan. Que conserven los miembros sanos y descuarticen nuestro idioma. (*Les desarman.*)

CAYO (*A EVANS.*) *Pog favog*, dejadme *decigos* una *palabga* al oído: ¿*pog* qué no *queguéis luchag* conmigo?

EVANS Por favor, usad vuestra paciencia en su momento.

CAYO *Pagdiez*, sois un *cobagde*, *misegable*.

EVANS (*Aparte a CAYO.*) Por favor, no seamos el hazmerreír del humor de otros. Deseo tener amistad con vos, y de un modo o de otro, os daré satisfacción. (*Alto.*) Os partiré el orinal en vuestra mollera de villano.

CAYO *Diable!* Jaek Rugby, *posadego* de la *Jaguetiega*: ¿no le he *espegado paga matagle*? ¿No estuve en el sitio que dije?

EVANS Como soy alma cristiana, mirad: este es el sitio señalado; que me juzgue el posadero de la Jarretiera.

POSADERO Paz, os digo, galo y galés, francés y celta, curador de almas y curador de cuerpos.

CAYO Sí, todo eso es muy bueno, excelente.

POSADERO Paz, digo: escuchad al posadero de la Jarretiera. ¿Soy hábil? ¿Soy sutil? ¿Soy un Maquiavelo? ¿Voy a perder a mi doctor? No, él me da las pociones y mociones. ¿Voy a perder a mi párroco? ¿A mi cura, a mi don Hugo? No, él me da los proverbios y los adverbios. (*A CAYO.*) Dame la mano, terrestre, eso... (*A EVANS.*) Dame la mano celestial, así. Hijos de las artes, os he engañado a los dos; os he dirigido a sitios que no eran. Vuestros corazones son poderosos, vuestras pieles están enteras, y que el resultado sea jerez tostado. Vamos, dejad empeñadas las espadas. Seguidme, mozos de paz, seguidme, seguidme.

BOBO Hacedme caso, ¡un posadero loco! Seguid, caballeros, seguid.

ENJUTO (*Aparte.*) ¡Ah, dulce Ana Page!

Salen BOBO, ENJUTO, PAGE y POSADERO.

CAYO ¡Ah! Si lo entiendo bien, os habéis *buglado* de *nosotgos*, ¿eh?

EVANS Está bien; nos ha hecho su hazmerreír. Os pido que podamos ser amigos, y

vamos a exprimirnos los sesos juntos para vengarnos de ese bribón, ese granuja asqueroso del posadero de la Jarretiera.

CAYO *Pagdiez*, con todo mi *cogazón*: me *pgometió llevagme* donde está Ana Page; *pagdiez*, también me engaña.

EVANS Bueno, le partiré yo la mollera. Por favor, seguid.

Salen.

ESCENA II

Entran la SEÑORA PAGE y ROBÍN.

SEÑORA PAGE Bueno, sigue adelante, pequeño valiente: antes eras un seguidor, y ahora eres un guía. ¿Qué prefieres, guiar mis ojos o mirar los talones a tu amo?

ROBÍN A fe, prefiero ir delante de vos como un hombre en vez de seguirle como un enano.

SEÑORA PAGE Ah, eres un muchacho adulador; ya veo que llegarás a ser un cortesano.

Entra FORD.

FORD Bien hallada, señora Page; ¿adónde vais?

SEÑORA PAGE La verdad, señor, a ver a vuestra esposa. ¿Está en casa?

FORD Sí, y tan ociosa como puede estar sin deshacerse por falta de compañía. Creo que si vuestros maridos se murieran, os casaríais las dos.

SEÑORA PAGE Estad seguro de ello: con otros dos maridos.

FORD ¿De dónde habéis sacado este lindo gallito de veleta?

SEÑORA PAGE No sé decir cómo demonios se llama el que se lo dio a mi marido. Mozo, ¿cómo llamas a tu caballero?

ROBÍN Sir John Falstaff.

FORD ¡Sir John Falstaff!

SEÑORA PAGE Ese, ese, nunca puedo acertar su nombre. ¡Hay tanta amistad entre mi marido y él! ¿Está vuestra mujer en casa, por supuesto?

FORD Por supuesto que sí.

SEÑORA PAGE Con vuestro permiso, señor; me siento enferma hasta que la vea.

Salen la SEÑORA PAGE y ROBÍN.

FORD ¿Tiene sesos este Page? ¿Tiene ojos? ¿Tiene entendimiento? Seguro que duermen sus ojos; no le sirven para nada. Vaya, este mozo es capaz de llevar una carta a veinte millas tan fácilmente como un cañón de disparar en el blanco a cien pasos. Estimula la inclinación de su mujer: da impulso y ventaja a su locura; y ahora ella va a ver a mi mujer, y el mozo de Falstaff con ella. Cualquiera puede oír este chaparrón zumbando en el aire; y el mozo de Falstaff con ella. Buenas tramas han hecho, y nuestras mujeres, rebeladas, comparten la condenación. Bueno, le sorprenderé, luego torturaré a mi mujer, arrancaré el usurpado velo de la decencia de la aparente señora Page, mostraré al propio Page como un confiado y testarudo Acteón, y todos mis vecinos aplaudirán este proceder violento. *(Suena el reloj.)* El reloj me da la entrada, y mi seguridad me manda buscar. Ahí encontrare a Falstaff. Seré más alabado que burlado por ello, pues es tan seguro que Falstaff está ahí como que la tierra es firme. Voy allá.

Entran PAGE, BOBO, ENJUTO, el POSADERO, el reverendo Hugo EVANS, el doctor CAYO y RUGBY.

BOBO, PAGE, etc. Bienhallado, señor Ford.

FORD *(Aparte.)* Buena pandilla, de veras. *(A ellos.)* Tengo en casa buena comida, y os ruego que vengáis todos conmigo.

BOBO Debo excusarme, señor Ford.

ENJUTO Yo también debo, señor: nos ha invitado a comer doña Ana, y no querría faltar ni por más dinero del que puedo decir.

BOBO Hemos tratado del casamiento entre Ana Page y mi sobrino Enjuto, y hoy tendremos nuestra respuesta.

ENJUTO Espero tener vuestra buena voluntad, padre Page.

PAGE La tenéis, señor Enjuto, estoy completamente a vuestro favor *(a CAYO)*, pero mi mujer, señor doctor, está por completo a favor vuestro.

CAYO Sí, *pagdiez*, y la muchacha me *quiege* a mí: mi ama *Depguisa* me lo ha dicho.

POSADERO *(A PAGE.)* ¿Pero qué decís del joven señor Fenton? Sabe hacer cabriolas, bailar, y poner ojos de juventud: escribe versos, habla que es una fiesta, huele a abril y mayo, y se saldrá con la suya, se saldrá con la suya; lo tiene en la mano, se saldrá con la suya.

PAGE No con mi consentimiento, os lo aseguro. Ese caballero no tiene nada, ha sido compañero del descarriado príncipe y de Pointz; es de una esfera demasiado alta; y sabe demasiado. No, no echará un nudo a su fortuna con los dedos de mi hacienda. Si se la lleva, que se la lleve sin más: la riqueza que tengo yo aguarda mi consentimiento, y mi consentimiento no va por ahí.

FORD Os ruego cordialmente que vengáis algunos a mi casa a cenar; además de la comida tendréis diversión, os enseñaré un monstruo. Señor doctor, habéis de venir; y también vos, señor Page, y vos, reverendo Hugo.

BOBO Bueno, que os vaya bien (*aparte a ENJUTO*): tendremos más libertad para cortejar en casa del señor Page.

Salen BOBO y ENJUTO.

CAYO John Rugby, vete a casa; yo iré enseguida.

POSADERO Adiós, corazones míos. Yo iré a buscar a mi honrado caballero Falstaff, a beber vino de las Canarias con él.

Sale.

FORD Creo que antes le haré tragar yo otra cosa. ¿Vamos allá, señores?

TODOS Vamos allá, a ver ese monstruo.

Salen.

ESCENA III

Entran la SEÑORA FORD y la SEÑORA PAGE.

SEÑORA FORD ¡Eh, Juan; eh, Roberto!

SEÑORA PAGE Deprisa, deprisa: es la cesta de la colada.

SEÑORA FORD Claro que sí. ¡Eh, Robín, oye!

Entran JUAN y ROBERTO con un gran canasto.

SEÑORA PAGE Venid, venid, venid.

SEÑORA FORD Ea, dejadlo aquí.

SEÑORA PAGE Dad a vuestros criados la orden: tenemos que darnos prisa.

SEÑORA FORD Pardiez, como os dije antes, Juan y Roberto, estad pre parados aquí al lado en el cuarto de la cerveza, y cuando os llame, salid fuera enseguida, y,

sin deteneros ni vacilar, tomad a hombros este cesto. Hecho eso, lleváoslo a toda prisa, hasta donde están las lavanderas, en el prado de Datchet, y allí vaciadlo en la acequia fangosa, junto a la parte del Támesis.

SEÑORA PAGE (A JUAN y ROBERTO.) ¿Lo haréis?

SEÑORA FORD Se lo he dicho varias veces, y no le faltan instrucciones. Marchaos, y salid cuando se os llame.

*Salen JUAN y ROBERTO.
Entra ROBÍN.*

SEÑORA PAGE Aquí viene el pequeño Robín.

SEÑORA FORD ¿Qué hay, mi mosqueterito? ¿Qué noticias traes?

ROBÍN Mi amo sir John ha llegado ante vuestra puerta de atrás, señora Ford, y solicita vuestra compañía.

SEÑORA PAGE Tú, monigote, ¿nos has sido fiel?

ROBÍN Sí, puedo jurarlo: mi amo no sabe que estáis vos aquí, y me ha amenazado con ponerme en libertad perpetua, si os lo digo; pues jura que me va a echar.

SEÑORA PAGE Eres un buen muchacho. Este secreto tuyo te hará de sastre, haciéndote un jubón y unas calzas nuevas. Voy a esconderme.

SEÑORA FORD Hacedlo así. Ve a decir a tu amo que estoy sola. (*Se va ROBÍN.*) Señora Page, acordaos de la frase de vuestra entrada.

SEÑORA PAGE Os lo aseguro; si no lo hago bien, me podéis silbar.

Sale.

SEÑORA FORD Vamos allá entonces. (*Sale la SEÑORA PAGE.*) Trataremos bien a esta humedad insalubre, a esta gorda calabaza acuática. Enseñaremos a distinguir las tórtolas de las pájaras.

Entra sir John FALSTAFF.

FALSTAFF «¿Te he hecho ya mía, mi divina joya?» Ah, ahora puedo morir, pues ya he vivido bastante: este es el término de mi ambición. ¡Ah, hora bendita!

SEÑORA FORD ¡Oh, dulce sir John!

FALSTAFF Señora Ford, no sé mentir, no sé charlar, señora Ford. Ahora voy a pecar en mi deseo: ¡ojalá tu marido estuviera muerto! Lo diré ante el más alto Señor: te haría mi esposa.

SEÑORA FORD ¿Yo vuestra esposa, sir John? Ay, sería una dama lastimosa.

FALSTAFF Que la corte de Francia me muestre otra. Veo cómo tus ojos emularían al diamante: tú tienes esa belleza justamente arqueada de la frente que tan bien le va el peinado en forma de nave, al peinado a la vela, o a cualquier peinado de moda veneciana.

SEÑORA FORD Un sencillo pañuelo, sir John: a mi frente no le va bien otra cosa, y tampoco eso siquiera.

FALSTAFF Eres una tirana por decir eso; harías una perfecta dama de corte, y la firme solidez de tu pie daría excelente movimiento a tu andar en el semicírculo del guardainfante. Veo lo que serías si la Fortuna no fuese enemiga tuya, igual que la Naturaleza te ha sido amiga. Vamos, no lo puedes ocultar.

SEÑORA FORD Creedme, no hay tal cosa en mí.

FALSTAFF ¿Qué me ha hecho amarte? Que esto te convenza. Hay algo extraordinario en ti: vamos, yo no sé mentir, y decir que eres esto y lo otro, como tantos de esos susurrantes capullitos de espino, que parecen mujeres en traje de hombre, y huelen como Bucklersberry en la época de los perfumes. No puedo menos de amarte, solo a ti, y tú lo mereces.

SEÑORA FORD No me traicionéis, señor: temo que amáis a la señora Page.

FALSTAFF Igual podríais decir que me gusta pasar por la puerta de la prisión por deudas, lo cual es para mí tan odioso como el olor de un horno de cal.

SEÑORA FORD Bueno, el Cielo sabe cómo os quiero, y algún día lo veréis.

FALSTAFF No lo olvidéis, que lo mereceré.

SEÑORA FORD No, os debo decir, que lo merecéis, o si no, no podría pensar de este modo.

Entra ROBÍN.

ROBÍN Señora Ford, señora Ford; ahí está a la puerta la señora Page, sudando y dando golpes y con cara de loca, y necesita hablar enseguida con vos.

FALSTAFF No me verá; yo me esconderé detrás de las cortinas.

SEÑORA FORD Por favor, hacedlo así; es una mujer muy indiscreta.

*FALSTAFF se esconde detrás de las cortinas.
Entra la SEÑORA PAGE.*

¿Qué pasa, qué hay?

SEÑORA PAGE Ah, señora Ford, ¿qué habéis hecho? Habéis quedado en la vergüenza, estáis caída, estáis deshecha para siempre.

SEÑORA FORD ¿Qué ocurre, querida señora Page?

SEÑORA PAGE Ay, qué desdicha, señora Ford, teniendo un hombre honrado por marido, darle tal causa de sospecha...

SEÑORA FORD ¿Cuál causa de sospecha?

SEÑORA PAGE ¿Cuál causa de sospecha? Vamos allá: qué equivocada estoy con vos.

SEÑORA FORD Ay, pero ¿qué pasa?

SEÑORA PAGE Vuestro marido, mujer, viene para acá, con toda la justicia de Windsor, buscando a un caballero que él dice que está ahora en la casa, por vuestro consentimiento en aprovechar mal su ausencia. ¡Estáis perdida!

SEÑORA FORD Espero que no será así.

SEÑORA PAGE Quiera el Cielo que no sea así, que tengáis aquí a ese hombre; pero lo cierto es que viene vuestro marido, con media Windsor pisándole los talones, en busca de ese. Vengo por delante a decíroslo: si sabéis que estáis limpia, bueno, pues me alegro, pero si tenéis aquí un amigo, sacadle, sacadle fuera. No os pasméis, reunid todos vuestros sentidos, defended vuestra reputación, o decid adiós para siempre a vuestra buena vida.

SEÑORA FORD ¿Qué voy a hacer? Hay un caballero, gran amigo mío, y no temo tanto mi propia vergüenza como su peligro. Daría mil libras por que estuviera fuera de la casa.

SEÑORA PAGE ¡Qué vergüenza! No os empeñéis en «daría» y «daría»: vuestro marido está aquí cerca, pensad algún modo de sacarle. No podéis esconderle en la casa. Ah, ¡cómo me habéis engañado! Mirad, ahí hay un cesto; si es de tamaño razonable, puede meterse dentro, echando encima ropa sucia como si fuera a la colada. O si no, como es tiempo de lavar, enviadle con vuestros dos criados al prado de Datchet.

SEÑORA FORD Es demasiado gordo para meterse ahí: ¿qué voy a hacer?

Entra FALSTAFF.

FALSTAFF Vamos a ver, vamos a ver: ea, dejadme ver. Me meteré, me meteré. Seguid el consejo de vuestra amiga; me meteré.

SEÑORA PAGE ¡Cómo, sir John Falstaff! (*Aparte a él.*) ¿Esas son vuestras cartas, caballero?

FALSTAFF (*Aparte a la SEÑORA PAGE.*) Yo te quiero, ayúdame a salir: dejadme meterme aquí dentro; jamás...

Entra en el cesto y le ponen ropa encima.

SEÑORA PAGE Muchacho, ayuda a tapar a tu amo. Señora Ford, llamad a vuestros criados. ¡Caballero fingidor!

SEÑORA FORD Eh, Juan, Roberto, Juan.

Sale ROBÍN. Entran JUAN y ROBERTO.

Vamos, levantad de ahí esa ropa, deprisa. ¿Dónde está el travesaño? ¡Mirad cómo os bamboleáis! Llevadlo a la lavandera del prado de Datchet; deprisa, vamos.

*Entran FORD, PAGE, el doctor CAYO
y el reverendo Hugo EVANS.*

FORD Por favor, acercaos: si sospecho sin causa, entonces reíos de mí, lo merezco. ¿Qué hay? ¿Adónde lleváis eso?

CRIADO A la lavandera, pardiez.

SEÑORA FORD Pues ¿qué te importa adónde lo llevan? ¡Al cuerno!

FORD ¿Cuerno? Querría lavarme de todo cuerno. Cuerno, cuerno, cuerno, ¡cuerno, yo! Sí, te lo garantizo, para embestir. Ya se verá. (*Se van JUAN y ROBERTO, con sir John FALSTAFF en el cesto.*) Caballeros, esta noche he soñado... Os contaré mi sueño. Tomad, tomad mis llaves, subid a mi cuarto, buscad, mirad, encontrad; os aseguro que sacaremos de su madriguera al zorro. Primero, voy a cerrar aquí (*cierra la puerta*); y ahora, soltad los hurones.

PAGE Buen señor Ford, estaos en paz: os hacéis demasiado agravio.

FORD Verdad, amigo Page; arriba, caballeros. Enseguida veréis diversión. Seguidme, caballeros.

Sale.

EVANS Son humores y celos muy fantásticos.

CAYO *Pagdiez*, esto no sucede en *Fgancia*: en *Fgancia* nadie es celoso.

PAGE Ea, seguidle, caballeros, a ver en qué para su búsqueda.

Salen PAGE, el doctor CAYO y el reverendo Hugo EVANS.

SEÑORA PAGE ¿No es esto doblemente estupendo?

SEÑORA FORD No sé qué me gusta más, engañar a mi marido o a sir John.

SEÑORA PAGE ¡Qué miedo habrá tenido cuando vuestro marido preguntaba qué había en el cesto!

SEÑORA FORD Me temo que tendrá necesidad de lavado; así que el echarle al agua le

vendrá bien.

SEÑORA PAGE ¡Que le ahorquen, bribón deshonesto! Ojalá todos los que son de las mismas inclinaciones estuvieran en el mismo apuro.

SEÑORA FORD Creo que mi marido tenía alguna sospecha especial de que Falstaff estuviera aquí, pues nunca hasta ahora le había visto tan grosero en sus celos.

SEÑORA PAGE Tenderé una trampa para ponerlo a prueba, y gastaremos todavía más bromas a Falstaff; su disoluta enfermedad difícilmente obedecerá a esta medicina.

SEÑORA FORD ¿Le mandamos a esta carroña idiota, la señora Deprisa, para excusar que le hayan tirado al agua y darle más esperanzas con que engañarle con otro castigo?

SEÑORA PAGE Lo haremos: que le dé cita para mañana a las ocho, para recibir excusas.

*Entran FORD, PAGE, el doctor CAYO
y el reverendo Hugo EVANS.*

FORD No puedo encontrarle. Quizá el villano presumía de lo que no podía conseguir.

SEÑORA PAGE (*Aparte a la SEÑORA FORD.*) ¿Habéis oído eso?

SEÑORA FORD Me tratas bien, señor Ford, ¿no?

FORD Sí, de veras.

SEÑORA FORD Dios te haga mejor que tus pensamientos.

FORD Amén.

SEÑORA PAGE Os hacéis mucho agravio a vos mismo, señor Ford.

FORD Sí, sí, debo soportarlo.

EVANS Si hay alguien en la casa o en los cuartos o en los cofres o en los armarios, que el Cielo me perdone mis pecados en el día del juicio.

CAYO *Pagdiez*, yo tampoco he visto; no hay nadie.

PAGE Qué vergüenza, qué vergüenza, señor Ford, ¿no estáis avergonzado? ¿Qué mal espíritu, qué demonio os sugiere esa imaginación? No querría tener vuestra alteración de ánimo ni por la riqueza del castillo de Windsor.

FORD Es culpa mía, señor Page: sufriré por ella.

EVANS Sufrís una mala conciencia. Vuestra esposa es una mujer honrada como puedo desear una entre cinco mil, y aun entre quinientas.

CAYO *Pagdiez*, veo que es una *mujeg hongada*.

FORD Bueno, os prometí una comida: vamos, vamos, a dar una vuelta por el parque. Os ruego que me perdonéis: después os haré saber por qué lo he hecho. Vamos, mujer, vamos, señora Page; os ruego que me perdonéis. Os ruego de corazón que me perdonéis.

PAGE (A CAYO y EVANS.) Entremos, caballeros (*aparte a ellos*), pero, hacedme caso, vamos a burlarnos de él. (A FORD, CAYO y EVANS.) Os invito mañana por la mañana a mi casa a almorzar, y después iremos todos juntos a cazar pájaros. Tengo un halcón muy bueno de bosque. ¿Será así?

FORD Cualquiera cosa.

EVANS Si hay uno, yo haré dos en los presentes.

CAYO Si hay uno o dos, yo *hagué el tegcego*.

FORD Por favor, pasad, señor Page.

EVANS Os ruego ahora que me recordéis mañana a ese bribón piojoso del posadero.

CAYO Es *vegdad, pagdiez*, de todo *cogazón*.

EVANS Un bribón piojoso, con tales bromas y burlas.

Salen, excepto EVANS y CAYO.

ESCENA IV

*Ante la casa de Page.
Entran FENTON y ANA PAGE.*

FENTON Ya veo que no tendré el amor de tu padre, así que no me envíes más a él, dulce Anita.

ANA Ay, ¿y entonces?

FENTON Pues debes ser tú misma.

Él dice que soy de alta cuna
y que, mermada mi hacienda por mis excesos,
busco sanarla con su riqueza.
Además, me pone otras trabas,
mis pasadas riñas, mis peligrosas compañías

y dice que es imposible
que no te ame sino como una propiedad.

ANA A lo mejor te dice la verdad.

FENTON ¡No, que el cielo me ampare en el futuro!

Aunque confieso que la riqueza fue, Ana,
el motivo inicial de mi cortejo,
cortejándote te hallé más preciosa
que el oro acuñado o las bolsas de monedas
y es a la verdadera riqueza de ti misma
a la que yo ahora aspiro.

ANA Amable señor Fenton, seguid procurando el afecto de mi padre, procuradlo siempre, señor: si la oportunidad y la petición humilde no lo pueden alcanzar, entonces... Oíd acá.

*Entran BOBO, ENJUTO y la SEÑORA DEPRISA.
Hablan aparte.*

BOBO Interrumpid su conversación, señora Deprisa: mi pariente hablará por sí mismo.

ENJUTO Voy a lanzar un disparo o un tiro; no es más que atreverse.

BOBO No te desanimes.

ENJUTO No, ella no me desanimará: no me preocupa eso, sino que tengo miedo.

SEÑORA DEPRISA (A ANA.) Oíd, el señor Enjuto quiere hablar una palabra con vos.

ANA (*Aparte a FENTON.*) Voy con él. Ese es el elegido de mi padre. ¡Ah, qué mundo de viles defectos de feo aspecto parece bonito con trescientas libras al año!

SEÑORA DEPRISA ¿Y cómo está el buen señorito Fenton? Por favor, una palabra con vos.

Se lleva a FENTON aparte.

BOBO Ya viene; a ella, sobrino. ¡Ah, muchacho, que tuviste padre!

ENJUTO Tuve padre, doña Ana; mi tío puede contaros buenas bromas de él. Por favor, tío, decid a doña Ana aquella broma de cómo mi padre robó dos gansos de un corral, buen tío.

BOBO Doña Ana, mi sobrino os quiere.

ENJUTO Sí, os amo, como a cualquier mujer del Gloucestershire.

BOBO Os mantendrá como una dama.

ENJUTO Sí, eso haré, vengan chicos y grandes, conforme al rango de escudero.

BOBO Os asignará una renta de ciento cincuenta libras.

ANA Buen maese Bobo, dejadle que corteje por sí mismo.

BOBO Pardiez, os doy las gracias por ello: os doy las gracias por ese buen consuelo.
Sobrino, te llama; os dejaré.

ANA Bueno, señor Enjuto...

ENJUTO Bueno, querida doña Ana...

ANA ¿Cuál es vuestra voluntad?

ENJUTO ¿Mi voluntad? Vaya, demonios, eso sí que es buena broma. Nunca he hecho mi última voluntad hasta ahora, gracias a Dios: no soy una criatura tan enfermiza, alabado sea Dios.

ANA Quiero decir, señor Enjuto, ¿qué me queréis?

ENJUTO La verdad, por mi propia parte, querría poco o nada de vos: vuestro padre y mi tío han hecho tratos. Si mi suerte es esa, bien; si no, dichoso el hombre que tenga suerte. Ellos pueden deciros cómo están las cosas, mejor que yo. Podéis preguntar a vuestro padre: ahí viene.

Entran PAGE y la SEÑORA PAGE.

PAGE Bueno, señor Enjuto... Quiérole, hija Ana. Pues ¿qué hay? ¿Qué hace aquí el señor Fenton? Me agraviáis así, señor, acosando mi casa de este modo. Ya os dije, señor, que mi hija está comprometida.

FENTON Vamos, señor Page, no os enojéis.

SEÑORA PAGE Buen señor Fenton, no os acerquéis a mi hija.

PAGE No es buena pareja para vos.

FENTON Señor, ¿me queréis escuchar?

PAGE No, buen señor Fenton. Vamos, señor Bobo; adentro, hijo Enjuto. Conociendo lo que pienso, me agraviáis, señor Fenton.

Se van PAGE, BOBO y ENJUTO.

SEÑORA DEPRISA Hablad con la señora Page.

FENTON Buena señora Page, puesto que amo a vuestra hija con tanta sinceridad, forzado es que contra toda traba, obstáculo y manera, alce sin retroceder la enseña de mi amor.

Concededme vuestro amable consentimiento.

ANA Buena madre, no me cases con aquel tonto.

SEÑORA PAGE Yo no lo pretendo: te busco mejor marido.

SEÑORA DEPRISA Es mi amo, el señor doctor.

ANA Ay, preferiría que me enterraran viva y me mataran tirándome nabos como si jugaran a los bolos.

SEÑORA PAGE Vamos, no os molestéis, buen señor Fenton;
no seré para vos ni amiga ni enemiga,
a mi hija preguntaré cuánto os ama
y, según diga, así lo creeré yo.
Hasta entonces, adiós. Ella tiene que entrar.
Su padre se enfadará.

FENTON Adiós, dulce señora; adiós, Anita.

Salen la SEÑORA PAGE y ANA PAGE.

SEÑORA DEPRISA Pues esto es obra mía: «Vamos —dije—, ¿vais a tirar a vuestra hija a un tonto, y a un médico?». Mirad, señor Fenton, esto es obra mía.

FENTON Te lo agradezco, y te ruego que esta noche des este anillo a mi dulce Anita. Aquí tienes por tu molestia.

Sale FENTON.

SEÑORA DEPRISA Ahora, que el Cielo te envíe buena suerte. ¡Tiene buen corazón! Una mujer cruzaría el fuego y el agua por un corazón así. Pero querría que mi amo consiguiera a doña Ana, o querría que la consiguiese el señor Enjuto... o, la verdad, querría que la consiguiese el señor Fenton. Yo haré todo lo que pueda por los tres, pues así lo he prometido, y cumpliré mi palabra, pero especialmente por el señor Fenton. Bueno, tengo que llevar otro recado a sir John Falstaff de parte de mis dos señoras. ¡Qué animal soy de descuidarlo!

Se va.

ESCENA V

Entra FALSTAFF.

FALSTAFF Bardolfo, oye.

Entra BARDOLFO.

BARDOLFO Aquí estoy, señor.

FALSTAFF Ve a buscarme un cuartillo de jerez, y ponle una tostada. (*Se va BARDOLFO.*) ¿He vivido para ser transportado en un cesto como una carretada de despojos de carnicería, y para ser arrojado al Támesis? Bueno, si me gastan otra broma así, que me saquen los sesos y los unten de manteca y se los den a los perros como regalo de Año Nuevo. Los bribones me echaron al río con tan poca compasión como si ahogaran a unos perritos ciegos, de a quince en la camada; y ya se comprende por mi tamaño que tengo cierta agilidad para hundirme. Si el fondo hubiera estado tan hondo como el infierno, habría llegado. Me hubiera ahogado de no ser porque el fondo estaba somero; una muerte que aborrezco, pues el agua hincha al hombre, y ¿qué habría sido yo si me hubiera hinchado? Habría sido una montaña de momia.

Entra BARDOLFO con jerez.

BARDOLFO Señor, aquí está la señora Deprisa para hablar con vos.

FALSTAFF Vamos, a ver si echo un poco de jerez al agua del Támesis, porque tengo la panza tan fría como si hubiera tragado bolas de nieve como píldoras para refrescar los riñones. Llámala que entre.

BARDOLFO Entrad, mujer.

Entra la SEÑORA DEPRISA.

SEÑORA DEPRISA Con vuestro permiso. Pido perdón; buenos días tenga Vuestra Señoría.

FALSTAFF Retira estas copas. Vamos, prepárame bien una azumbre de jerez.

BARDOLFO ¿Con huevos, señor?

FALSTAFF Sencillo y solo: no quiero grasa de pollo en mi brebaje. (*Se va BARDOLFO.*) ¿Qué hay?

SEÑORA DEPRISA Pardiez, señor, vengo a ver a Vuestra Señoría de parte de la señora Ford.

FALSTAFF ¿La señora Ford? Ya tengo bastante Ford. Me han tirado a un fiord; tengo la tripa llena de fiord.

SEÑORA DEPRISA ¡Qué desgracia! La pobrecilla, no fue culpa suya. Se ha enojado mucho con sus criados, que confundieron sus destrucciones.

FALSTAFF Yo también, dejándome destruir por una promesa de mujer necia.

SEÑORA DEPRISA Bueno, señor, ella lo lamenta, de tal modo que se os partiría el corazón de verlo. Su marido va mañana a cazar pájaros; ella desea que volváis a verla, entre ocho y nueve. Tengo que llevarle el recado deprisa, y ella os presentará sus excusas, os lo aseguro.

FALSTAFF Bueno, la visitaré, decídselo, y encargadle que piense lo que es un hombre: que considere su fragilidad, y entonces juzgue de mi mérito.

SEÑORA DEPRISA Se lo diré.

FALSTAFF Hazlo así. ¿Entre nueve y diez, dices?

SEÑORA DEPRISA Ocho y nueve, señor.

FALSTAFF Bueno, vete: no faltaré.

SEÑORA DEPRISA Quedad en paz, señor.

Sale.

FALSTAFF Me extraña no saber nada del señor Broome. Me mandó recado de que me quedara en casa. Me gusta mucho su dinero. Ah, aquí viene.

Entra FORD como señor Broome.

FORD Dios os bendiga, señor.

FALSTAFF Bueno, señor Broome, venís a saber lo que ha pasado entre mí y la mujer de Ford.

FORD En efecto, sir John, ese es mi asunto.

FALSTAFF Señor Broome, no os mentiré: estaba en la casa a la hora que ella me señaló.

FORD ¿Y os fue bien, señor?

FALSTAFF Muy desgraciadamente, señor Broome.

FORD ¿Cómo es eso, señor? ¿Cambió de decisión?

FALSTAFF No, señor Broome, pero el entrometido cornudo de su marido, que siempre vive en continua alarma de celos, llega en el instante de nuestro encuentro, después de que nos habíamos abrazado, besado, hecho juramentos y representado —como quien dice— el prólogo de nuestra comedia; y, pisándole los talones, una pandilla de sus compañeros, provocados e instigados a acudir allí por su agitación, y, a fe, a registrar la casa en busca del amor de su mujer.

FORD ¿Qué, mientras estabais allí?

FALSTAFF Mientras yo estaba allí.

FORD ¿Y os buscó y no pudo encontraros?

FALSTAFF Ya oiréis. La buena suerte hizo que entrara la señora Page a dar noticia de que se acercaba Ford: y por invención suya, entre la agitación de la mujer de Ford, me sacaron en un cesto de ropa sucia.

FORD ¿Un cesto de ropa sucia?

FALSTAFF Sí, un cesto de ropa sucia: me estrujaron dentro con camisas sucias, delantales, medias sucias, servilletas grasientas; que era el compuesto más fétido, señor Broome, de malos olores que jamás hayan ofendido nariz.

FORD ¿Y cuánto tiempo os quedasteis allí?

FALSTAFF No, ya oiréis, señor Broome, lo que he sufrido por llevar a esta mujer al mal por vuestro bien. Estando así apretado en el cesto, un par de bribones de Ford, sus mozos, fueron llamados por su señora para llevarme, bajo el nombre de ropa sucia, al prado de Datchet. Me cargaron a hombros; se encontraron en la puerta al celoso villano de su amo, que les preguntó una vez o dos qué llevaban en su cesto. Yo temblé de miedo, no fuera a registrarlo el villano de aquel loco, pero el Destino (ordenando que ha de ser cornudo) contuvo su mano. Bueno, pasó adelante, a su búsqueda, y yo salí como ropa sucia. Pero fijaos en la continuación, señor Broome: sufrí los estertores de tres muertes distintas. Primero, un miedo intolerable de que me descubriera aquel celoso cornudo putrefacto. Luego, que me apresaran como en un cepo en el alcance de un cesto, la empuñadura contra la punta, los pies contra la cabeza. Y luego, que me taponaran como una bebida fuerte, con ropa hedionda, que fermentaba en su propia grasa. Pensad en eso, un hombre de mis riñones; pensad que sufro tanto el calor como la manteca; hombre en continua disolución y deshielo. Fue un milagro escapar de asfixiarme. Y en lo peor de ese baño, cuando estaba más que medio guisado en grasa (como un plato holandés), que me echaran al Támesis, y me enfriaran cuando estaba al rojo vivo, como una herradura, en aquellas ondas. Pensad en eso: caliente que rechinaba, pensadlo, señor Broome.

FORD Con verdadera tristeza, señor, lamento que por mí hayáis sufrido todo esto. Entonces, mi pretensión es desesperada: ¿ya no emprenderéis nada más con ella?

FALSTAFF Señor Broome, me echarán al Etna, como me han echado al Támesis, antes de dejarla así. Su marido se ha ido esta mañana a cazar pájaros: he

recibido de ella otra embajada de reunión. Entre las ocho y las nueve es la hora, señor Broome.

FORD Ya son las ocho y media, señor.

FALSTAFF ¿Sí? Entonces, me dirigiré a mi cita. Venid a verme cuando tengáis oportunidad, y sabréis cómo me ha ido, y el fin se coronará con que la gozaréis. La obtendréis, señor Broome. Señor Broome, haréis cornudo a Ford.

Sale.

FORD ¡Hum! ¿Eh? ¿Es esto una visión, es un sueño? ¿Estoy dormido? Despierta, compadre Ford; despierta, compadre Ford. Han hecho un agujero en tu mejor jubón, compadre Ford. Esto es el estar casado: esto es el tener ropa y cestos de ropa sucia. Bueno, yo mismo me proclamaré lo que soy. Ahora voy a sorprender al lujurioso: está en mi casa, no se me puede escapar, es imposible. No se puede meter en una bolsa de medio penique ni en un tarro de pimienta. Pero, a no ser que le ayude el diablo que le guía, voy a registrar lugares imposibles; por más que no puedo evitar lo que soy, pero el ser lo que no querría ser no me ha de amansar. Si tengo cuernos con que enfurecerme, embestiré.

Sale.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Ante la casa de Page. Entran la SEÑORA PAGE, la SEÑORA DEPRISA y el pequeño WILLIAM.

SEÑORA PAGE ¿Crees que ya estará con Ford?

SEÑORA DEPRISA Seguro que estará a estas horas, o llegará enseguida, pero la verdad es que está animosamente loco por lo de tirarle al agua. La señora Ford os ruega que vayáis enseguida.

SEÑORA PAGE Al momento estaré con ella, pero antes llevaré a este jovencito mío a la escuela. Mira por dónde viene su maestro. Veo que es día de vacación.

Entra el reverendo Hugo EVANS.

¿Qué hay, reverendo Hugo, no hay escuela hoy?

EVANS No: el señor Enjuto ha hecho que se dejara ir a jugar a los muchachos.

SEÑORA DEPRISA ¡Bendita sea su alma!

SEÑORA PAGE Señor Hugo, mi marido dice que mi hijo no adelanta nada en absoluto en su libro. Os ruego que le preguntéis algunas cosas de su gramática.

EVANS Ven acá, William; levanta la cara, vamos.

SEÑORA PAGE Vamos allá, mozo; levanta la cara. Contesta a tu maestro; no tengas miedo.

EVANS William, ¿cuántos números tiene el nombre?

WILLIAM Dos.

SEÑORA DEPRISA La verdad, creía que habría un número más, porque dicen: «En el nombre de la Santísima Trinidad...».

EVANS ¡A callar las charlatanas! ¿Cómo se dice «bella», William?

WILLIAM *Pulchra.*

SEÑORA DEPRISA ¿Pulga? Hay cosas más bellas que las pulgas, seguro.

EVANS Eres la misma simplicidad, mujer; a callar, por favor. ¿Qué quiere decir *la pis*, William?

WILLIAM Una piedra.

EVANS ¿Y cómo es una piedra, William?

WILLIAM Un canto.

EVANS No, es *lapis*. Por favor, recuérdalo, en la cabeza.

WILLIAM *Lapis*.

EVANS Eres muy bueno, William. ¿De dónde vienen los artículos, William?

WILLIAM Los artículos vienen del pronombre, y se declinan así: *Singulariter nominativo, hic, haec, hoc...*

EVANS *Nominativo hic, hac, hoc*: fíjate, por favor: *genitivo huius*. Bueno, ¿cómo es el caso acusativo?

WILLIAM Acusativo, *hinc...*

EVANS Por favor, haz memoria, niño: acusativo, *hinc, hanc, hoc*.

SEÑORA DEPRISA «Hinca el coco» es «caer» en latín, seguro.

EVANS Deja tus chácharas, mujer. ¿Cuál es el vocativo, William?

WILLIAM Oh, vocativo, oh...

EVANS Acuérdate, William; del vocativo, *caret*.

SEÑORA DEPRISA No es mala careta.

EVANS Mujer, déjanos en paz.

EVANS William, ¿cómo es el caso genitivo plural?

WILLIAM ¿Caso genitivo?

EVANS Eso.

WILLIAM Genitivo, *horum, harum, horum*.

SEÑORA DEPRISA ¿Qué es eso de la casa genital y el aro de oro? ¡Qué vergüenza! No hables de esas cosas, niño.

EVANS Mujer, debías tener decoro.

SEÑORA DEPRISA Hacéis mal en enseñar al niño esas palabras: le enseñáis a hipar, que ya lo aprenderá bebiendo, y a hablar de las casas malas: ¡a vos debía daros vergüenza!

EVANS Mujer, ¿estás loca? ¿No comprendes los casos y los números de los géneros? Eres una cristiana tan tonta como podría yo desear.

SEÑORA PAGE Por favor, cállate.

EVANS William, vamos a ver ahora algunas declinaciones de pronombres.

WILLIAM La verdad, se me han olvidado.

EVANS *Qui, quae, quod*: ahí casca todo quisque. Vete por tu lado a jugar, vete.

SEÑORA PAGE Es mejor estudiante de lo que yo creía.

EVANS Tiene una buena memoria despierta. Adiós, señora Page.

SEÑORA PAGE Adiós, querido señor Hugo. (*Se va EVANS.*) Vete a casa, niño. Vamos, nos retrasamos demasiado.

Salen.

ESCENA II

Entran sir John FALSTAFF y la SEÑORA FORD.

FALSTAFF Señora Ford, vuestra tristeza ha devorado mi sufrimiento. Veo que sois sincera en vuestro amor, y os declaro que correspondo al pie de la letra, no solo, señora Ford, en el simple deber del amor, sino en todos sus acompañamientos, cumplimientos y ceremonias. Pero ¿estáis ahora segura de vuestro marido?

SEÑORA FORD Ha ido a cazar pájaros, dulce sir John.

SEÑORA PAGE (*Dentro.*) ¡Eh, comadre Ford! ¡Eh, oíd!

SEÑORA FORD Meteos en ese cuarto, sir John.

Sale FALSTAFF. Entra la SEÑORA PAGE.

SEÑORA PAGE ¿Qué hay, dulce corazón? ¿Quién está en casa, además de vos?

SEÑORA FORD Pues nadie, sino mi gente.

SEÑORA PAGE ¿De veras?

SEÑORA FORD Claro. (*En voz baja.*) Hablad más alto.

SEÑORA PAGE La verdad, me alegro mucho de que no haya nadie aquí.

SEÑORA FORD ¿Por qué?

SEÑORA PAGE Mujer, porque vuestro marido vuelve a las andadas. Allí está, metiéndose con mi marido, insultando a toda la humanidad casada. Así maldice a todas las hijas de Eva, de cualquier color que sean, y con eso, se da golpes en la frente, gritando: «¡Salid afuera, salid afuera!»; de tal modo

que todas las locuras que he visto nunca parecían solo mansedumbre, cortesía y paciencia al lado de la agitación en que está ahora. Me alegro de que el caballero gordo no esté aquí.

SEÑORA FORD Pues ¿habla de él?

SEÑORA PAGE De nadie más que de él, y jura que le sacaron en un cesto la otra vez, cuando registró buscándole: le asegura a mi marido que está ahora aquí, y le ha apartado a él y al resto del grupo de su diversión para hacer otra experiencia de su sospecha. Pero me alegro de que el caballero no esté aquí: ahora verá su locura.

SEÑORA FORD ¿Qué cerca está, señora Page?

SEÑORA PAGE Muy cerca, al extremo de la calle: estará aquí enseguida.

SEÑORA FORD Estoy perdida, el caballero está aquí.

SEÑORA PAGE Pues entonces quedaréis en plena vergüenza, y él es hombre muerto. ¿Qué mujer sois? Fuera con él, fuera con él. Más vale la vergüenza que un asesinato.

SEÑORA FORD ¿Por dónde había de salir? ¿Cómo podría esconderle? ¿Le volveré a meter en el cesto?

Entra de nuevo FALSTAFF.

FALSTAFF No, no me volveré a meter en el cesto. ¿No puedo salir antes de que llegue?

SEÑORA PAGE Ay, tres hermanos del señor Ford vigilan la puerta con pistolas para que no salga nadie; si no, os podríais escapar antes que llegara. Pero ¿qué hacéis aquí?

FALSTAFF ¿Qué voy a hacer? Me meteré por la chimenea arriba.

SEÑORA FORD Allí acostumbran siempre a descargar sus escopetas de cazar pájaros: meteos en el agujero del horno.

FALSTAFF ¿Dónde está?

SEÑORA FORD Buscará allí, palabra. No hay armario, ni cofre, ni baúl, ni pozo, ni cueva, de que él no tenga lista para recordar, y los va pasando lista. No hay escondite para vos en la casa.

FALSTAFF Entonces saldré.

SEÑORA PAGE Si salís con vuestro propio aspecto, morís, sir John; a no ser que salgáis disfrazado...

SEÑORA FORD ¿Cómo podríamos disfrazarle?

SEÑORA PAGE Ay, qué desdicha, no sé; no hay ninguna falda de mujer lo bastante grande para él; si no, podría ponerse un sombrero, una toquilla y un pañuelo, y escapar de ese modo.

FALSTAFF Buenas almas, inventad algo; cualquier extremo antes que un crimen.

SEÑORA FORD La tía de mi doncella, la gorda de Brainford, tiene una falda allá arriba.

SEÑORA PAGE Palabra, le servirá: es tan gorda como él, y está su sombrero con borlas, y su toca. Corred arriba, sir John.

SEÑORA FORD Id, id, dulce sir John. La señora Page y yo buscaremos algún trapo con que taparos la cara.

SEÑORA PAGE Deprisa, deprisa; os vestiremos enseguida. Poneos la falda entretanto.

Sale FALSTAFF.

SEÑORA FORD Ojalá mi marido le encontrara en esa figura: no puede soportar a la vieja de Brainford; jura que es una bruja, le ha prohibido entrar en mi casa y ha amenazado con pegarle.

SEÑORA PAGE El Cielo le guíe a la estaca de vuestro marido, y el diablo guíe luego su estaca.

SEÑORA FORD Pero ¿viene mi marido?

SEÑORA PAGE Sí, y bien enojado que está, y además habla del cesto, que no sé cómo ha tenido noticia.

SEÑORA FORD Probaremos eso, pues mandaré a mis criados que vuelvan a sacar el cesto para salirle al encuentro en la puerta con él, como hicieron la otra vez.

SEÑORA PAGE Bueno, pero estará aquí enseguida. Vamos a vestir a ese como la bruja de Brainford.

SEÑORA FORD Primero daré órdenes a mis criados de lo que tienen que hacer con el cesto. Id arriba: le llevaré trapos.

Sale.

SEÑORA PAGE Que le ahorquen, villano deshonesto; no le podemos maltratar bastante.

Lo que haremos dará prueba
de que aunque casadas somos honestas.

No está mal reírse y hacer broma,

ya se sabe: cerdo manso se come todas las sobras.

Sale.

Entra de nuevo la SEÑORA FORD, con JUAN y ROBERTO.

SEÑORA FORD Vamos, señores, volved a llevaros a hombros el cesto. Vuestro amo está llegando a la puerta; si os dice que lo dejéis en el suelo, obedecedle. Deprisa, despachad.

Sale.

JUAN Vamos, vamos, levántalo.

ROBERTO Quiera Dios que no esté lleno otra vez de caballero.

JUAN Espero que no; preferiría llevar otro tanto de plomo.

*Entran FORD, PAGE, BOBO, el doctor CAYO y el reverendo
Hugo EVANS. JUAN y ROBERTO traen el cesto.*

FORD Sí, pero si resulta verdad, señor Page, entonces buscad la manera de quitarme lo de loco. Dejad en tierra el cesto, villanos; que vaya alguien a llamar a mi mujer. ¡Eh, joven del cesto! Ah, bribones alcahuetes, sí que es una conspiración, una conjura, un plan contra mí. Ahora el diablo quedará avergonzado. ¡Eh, mujer, oye! Sal, sal afuera; mira qué honrada ropa mandas a limpiar.

PAGE Bueno, esto es demasiado, señor Ford; no volveréis a andar suelto: hay que encerraros.

EVANS Vaya, esto es locura: está loco, es un perro loco.

BOBO Desde luego, señor Ford, esto no está bien.

Entra la SEÑORA FORD.

FORD Eso digo yo también, señor. Venid acá, señora Ford. La señora Ford, la honrada mujer, la esposa decente, la virtuosa criatura que tiene a ese loco celoso por marido. ¿Sospecho sin causa, señora, eh?

SEÑORA FORD El Cielo me sea testigo de que así es, si sospechas algo deshonesto en mí.

FORD Bien dicho, caradura: sigue así. Ven acá, mozo.

PAGE Esto es demasiado.

SEÑORA FORD ¿No te da vergüenza? Deja la ropa en paz.

FORD Enseguida te descubriré.

EVANS No es razonable: ¿vais a revolver la ropa de vuestra mujer? Vamos allá.

FORD Vacíad el cesto, digo.

SEÑORA FORD ¿Por qué, hombre, por qué?

FORD Señor Page, como soy hombre, que ayer sacaron a uno de mi casa en este cesto. ¿Por qué no puede estar ahí otra vez, en mi casa? Estoy seguro de que sí; mi información es verdadera, mis celos son razonables. Sácame fuera toda la ropa.

SEÑORA FORD Si encuentras ahí un hombre, morirá de muerte de pulga.

PAGE Aquí no hay ningún hombre.

BOBO Por mi fidelidad, esto no está bien, señor Ford: esto os hace agravio.

EVANS Señor Ford, debéis rezar y no seguir las imaginaciones de vuestro propio corazón: esto son celos.

FORD Bueno, no está aquí el que busco.

PAGE No, ni en ningún otro sitio sino en vuestros sesos.

FORD Ayudadme a registrar mi casa por esta vez: si no encuentro lo que busco, no tengáis consideración para mi exceso: sea yo siempre vuestra diversión en la mesa. Que digan de mí: «Tan celoso como Ford, que buscó en una cáscara de avellana al villano que le engañaba». Convencedme una vez más; registrad otra vez conmigo.

JUAN y ROBERTO llenan de nuevo el cesto y se lo llevan.

SEÑORA FORD ¡Eh, señora Page, bajad con la vieja! Mi marido va a entrar en el cuarto.

FORD ¿La vieja? ¿Qué vieja es esa?

SEÑORA FORD Pues es la tía de mi doncella, la de Brainford.

FORD Una bruja, una alcahueta, una vieja alcahueta estafadora: ¿no le he prohibido la entrada en mi casa? Viene con recados, ¿no? Somos hombres sencillos y no sabemos lo que se puede pasar bajo la apariencia de decir la buenaventura: esa actúa con encantos, con hechizos, con figuras y con trucos como ese, más allá de nuestra esfera: no sabemos nada. ¡Baja, bruja, baja, maga; baja, te digo yo!

SEÑORA FORD Vamos, mi buen marido: no le dejéis, que pegue a la vieja, buenos caballeros.

Entran FALSTAFF como una vieja

y la SEÑORA PAGE.

SEÑORA PAGE Vamos, abuela, vamos, dame la mano.

FORD Ahora sí que vuela la abuela. (*Le pega.*) ¡Fuera de mi casa, bruja, andrajo, maga, zorra, desvergonzada, fuera, fuera! Te conjuraré, te diré la buenaventura.

Sale FALSTAFF.

SEÑORA PAGE ¿No os da vergüenza? Creo que habéis matado a la pobre vieja.

SEÑORA FORD No, y lo hará. Os está muy bien eso.

FORD ¡Que la ahorquen, a esa bruja!

EVANS De veras que creo que esa mujer es una bruja, desde luego: no me gusta que una mujer tenga una gran barba: he visto una gran barba debajo de sus tocas...

FORD ¿Queréis seguirme, caballeros? Os ruego que me sigáis y veáis el resultado de mis celos. Si he gritado así sin que hubiera caza, no os volváis a fiar de mí cuando diga «¡Ahí va la liebre!».

PAGE Sigámosle el humor un poco más. Vamos, caballeros.

Salen FORD, PAGE, BOBO, CAYO y EVANS.

SEÑORA PAGE De veras que le ha pegado piadosamente.

SEÑORA FORD No, por la Misa que no: le ha pegado despiadadamente, me parece.

SEÑORA PAGE Haré bendecir la estaca y colgarla sobre el altar; ha hecho un servicio meritorio.

SEÑORA FORD ¿Qué pensáis? Con el privilegio de que somos mujeres y con una buena conciencia por testigo, ¿podemos seguirle persiguiendo con más venganza?

SEÑORA PAGE Seguro que del susto se le ha ido el espíritu de lascivia. Si el demonio no le tiene en propiedad absoluta, con garantías de ley, creo que jamás nos volverá a atacar por vía de perdición.

SEÑORA FORD ¿Le diremos a nuestros maridos cómo le hemos dado lo suyo?

SEÑORA PAGE Sí, por supuesto, aunque solo sea para borrar esas figuraciones de los sesos de vuestro marido. Si les parece en su ánimo que ese pobre caballero gordo sin virtudes ha de seguir siendo afligido, nosotras dos seremos los ministros.

SEÑORA FORD Estoy segura de que le avergonzarán públicamente, y me parece que no estaría completa la broma si no se le sacara a la vergüenza pública.

SEÑORA PAGE Vamos, a la forja con ello, y luego dadle forma: no me gusta dejar que se enfríen las cosas.

Salen.

ESCENA III

Entran el POSADERO y BARDOLFO.

BARDOLFO Señor, los alemanes desean tres de vuestros caballos: el duque en persona estará mañana en la corte, y ellos van a su encuentro.

POSADERO ¿Qué duque ha de ser ese que viene tan en secreto? No he oído decir nada de él en la corte. Quiero hablar con esos caballeros. ¿Hablan inglés?

BARDOLFO Sí, señor; les voy a llamar.

POSADERO Tendrán mis caballos, pero se los haré pagar, y con creces; han tenido mi casa a sus órdenes durante una semana, y he echado a mis otros huéspedes. Tendrán que soltar, les sacaré el jugo, vamos.

Salen.

ESCENA IV

Entran PAGE, FORD, la SEÑORA PAGE, la SEÑORA FORD y EVANS.

EVANS Es una de las mujeres de mayor discreción que jamás he visto.

PAGE ¿Y os envió a las dos esas cartas al mismo tiempo?

SEÑORA PAGE En el mismo cuarto de hora.

FORD Perdón, esposa. Haz ya lo que quieras.

Antes acusaría de frío al sol
que a ti de ligereza. Tu honor está ahora,
en aquel que ha sido un hereje,
tan firme como la fe.

PAGE Bien, bien, ya está.

No seáis tan sumiso como antes ofensivo.

Adelante con nuestro plan. Que nuestras esposas,

de nuevo, por puro y público gusto,
se citen con ese viejo gordo
donde podamos atraparle y desgraciarle.

FORD No hay modo mejor que el que ellas han dicho.

PAGE ¿Cómo? ¿Mandarle recado de que le irán a ver a medianoche en el parque?
Bah, bah, nunca irá.

EVANS Decís que le han tirado a los ríos y le han pegado terriblemente, cuando
hacía de vieja: me parece que ha de estar aterrado y no iría. Me parece que
su carne está castigada y no tendrá deseos.

PAGE Eso pienso yo también.

SEÑORA FORD Pensad cómo tratarle si viene
y nosotras pensaremos cómo llevarle hasta allí.

SEÑORA PAGE Según una antigua leyenda, Herno el Cazador,
en tiempos guardabosques de Windsor,
durante el invierno, en la quieta medianoche,
da vueltas a un roble, con gran cornamenta afilada,
y allí destroza los árboles, roba ganado,
vuelve sangre la leche de las vacas y sacude una cadena
de la forma más horrible y espantosa.
Habéis oído del tal espíritu y bien sabéis
que los supersticiosos e ilusos antepasados
heredaron y legaron a nuestra edad
ese cuento de Herno el Cazador como verdadero.

PAGE Bueno, no faltan todavía quienes temen
pasar en la noche cerrada junto al roble de Herno,
pero ¿y eso qué?

SEÑORA FORD Pardiez, esa es la idea,
que Falstaff se reúna con nosotras junto al roble.

PAGE Bien, pongamos que vendrá,
entonces, cuando lo hayáis llevado allí,
¿qué hay que hacer con él? ¿Qué plan hay?

SEÑORA PAGE Ya hemos pensado en eso, así:
a Ana mi hija, a mi pequeño,
y a tres o cuatro de su edad, les vestiremos
como duendes, gnomos y hadas, de verde y blanco,
con coronas de velas en la cabeza

y cascabeles en la mano. De golpe,
cuando Falstaff, esta y yo nos encontremos,
saldrán de una zanja a la vez
con una canción difusa. Al verles,
las dos saldremos con gran alboroto:
y ellos le rodearán y, como las hadas,
pellizcarán al sucio caballero
y le preguntarán por qué a esa hora de las hadas
se atreve a pisar tan sagrados caminos
en forma tan profana.

SEÑORA FORD Y hasta que diga la verdad,
que las supuestas hadas le pellizquen fuerte
y le quemem con las velas.

SEÑORA PAGE Cuando salga la verdad,
nos presentaremos, descornaremos al fantasma
y entre burlas le devolveremos a Windsor.

FORD Los niños
deben ensayar bien o no podrán hacerlo.

EVANS Yo enseñaré a los niños lo que tienen que hacer, y también me vestiré de
sátiro para quemar al caballero con mi antorcha.

FORD Será estupendo. Voy a comprarles antifaces.

SEÑORA PAGE Mi Ana será la reina de las hadas, bien ataviada con su vestido
blanco.

PAGE Yo compraré la seda.

Aparte.

Y en esa ocasión, el señor Enjuto raptará a mi Ana
y con ella se casará en Eton.

A la SEÑORA PAGE y a la SEÑORA FORD.

Enviad pronto a Falstaff.

FORD No, iré a verle de nuevo bajo el nombre de Broome:
me contará lo que esconde. Seguro que irá.

SEÑORA PAGE No os preocupéis por eso: dadnos las cosas
y los disfraces para las hadas.

EVANS Vamos a ello: son admirables diversiones y bribonadas muy honradas.

Salen PAGE, FORD y EVANS.

SEÑORA PAGE Vamos, señora Ford,
Mandad recado a sir John a ver qué piensa,

Sale la SEÑORA FORD.

Yo iré al doctor: tiene mi beneplácito,
y nadie más que él se casará con Ana Page.
Ese Enjuto, por más tierras que tenga, es un idiota.
y es a quien mi marido prefiere más que a nadie.
En cambio, el doctor tiene dinero y amigos
poderosos en la corte: para él será,
aunque vengan veinte mil más dignos a pedirla.

Salen.

ESCENA V

Entran el POSADERO y SIMPLE.

POSADERO ¿Qué quieres encontrar, imbécil, qué? Habla, pellejo duro, respira,
discute: sé breve, corto, vivo, rápido.

SIMPLE Pardiez, señor, vengo a hablar con sir John Falstaff de parte del señor
Enjuto.

POSADERO Ahí está su cuarto, su casa, su castillo, su lecho y su diván está todo
pintado con la historia del Pródigo, nueva y fresca. Ve, llama y golpea:
hablará contigo como un antropófago. Llama, te digo.

SIMPLE Hay una vieja, una mujer gorda que ha subido a su cuarto. Me tomaré la
libertad de esperar, señor, hasta que baje. Precisamente vengo a hablar con
ella.

POSADERO ¿Eh? ¿Una mujer gorda? A lo mejor le roban al caballero. Voy a llamar.
¡Caballero bravucón, bravucón de sir John! Habla militarmente por tus
pulmones. ¿Estás ahí? Aquí está tu posadero, tu efesio, que te llama.

FALSTAFF (*Arriba.*) ¿Qué hay, posadero?

POSADERO Aquí hay un tártaro bohemio que aguarda a que baje tu mujer gorda.
Hazla bajar, bravucón, hazla bajar: mis cuartos son decentes. ¡Qué
vergüenza, a solas, qué vergüenza!

Entra FALSTAFF.

FALSTAFF Posadero, ahora mismo estaba conmigo una vieja gorda, pero se ha ido.

SIMPLE Señor, por favor, ¿no era la maga de Brainford?

FALSTAFF Sí que era, pardiez: ¿qué le quieres, concha de ostra?

SIMPLE Mi amo, señor, mi amo Enjuto, ha mandado a buscarla al verla pasar por las calles, para saber si un tal Nym, que le robó una cadena, tenía la cadena o no.

FALSTAFF He hablado de eso con la vieja.

SIMPLE ¿Y qué dice, por favor, señor?

FALSTAFF Pardiez, dice que el hombre que le quitó la cadena al señor Enjuto, se la quitó con engaño.

SIMPLE Habría querido poder hablar con la misma vieja: tenía otras cosas que decirle también, de parte de él.

FALSTAFF ¿Qué son? Sepámoslo.

POSADERO Sí, vamos, deprisa.

SIMPLE No puedo ocultarlas, señor.

POSADERO Ocúltalas, o mueres.

SIMPLE Pues, señor, no eran nada mas que sobre doña Ana Page, para saber si mi amo tendrá la fortuna de conseguirla, o no.

FALSTAFF Tendrá esa fortuna, tendrá.

SIMPLE ¿Cuál, señor?

FALSTAFF Conseguirla, o no: dile que la mujer me lo dijo así.

SIMPLE ¿Puedo atreverme a decirlo, señor?

FALSTAFF Sí, hombre, atrévete.

SIMPLE Doy gracias a Vuestra Señoría. Mi amo se pondrá muy contento con esas noticias.

Sale.

POSADERO Eres muy docto, eres muy docto, sir John. ¿Estaba aquí una adivina contigo?

FALSTAFF Sí que estaba, posadero; una que me ha enseñado más ingenio del que había aprendido en toda mi vida, y tampoco he pagado nada por ello, sino que me ha pagado por aprender.

Entra BARDOLFO.

BARDOLFO Ay, señor, ay: estafa, pura estafa.

POSADERO ¿Dónde están mis caballos? Da razón de ellos, lacayo.

BARDOLFO Se han escapado con los estafadores, pues tan pronto como llegué más allá de Eton, me tiraron de la grupa de uno de ellos a un charco de fango, y clavaron espuelas, y adelante, como tres diablos alemanes, tres doctores Faustos.

POSADERO Han ido solo al encuentro del duque, villano; no digas que han huido. Los alemanes son gente honrada.

Entra el reverendo Hugo EVANS.

EVANS ¿Dónde está el posadero?

POSADERO ¿Qué pasa, señor?

EVANS Tened cuidado con vuestra clientela. Hay un amigo mío que ha llegado a la ciudad y me cuenta que hay tres alemanes a las manos, que han echado mano a los caballos y el dinero de todos los posaderos de Reading, Maidenhead y Colebrooke. Os lo digo porque os quiero bien, fijaos: sois listo, lleno de bromas y de ocurrencias, y no está bien que os estafen. Seguid bien.

Sale. Entra el doctor CAYO.

CAYO ¿Dónde está el *Posadego* de la *Jaquetiega*?

POSADERO Aquí, señor doctor, en perplejidad y en un dilema dudoso.

CAYO No sé bien lo que pasa, *pego* me dicen que hacéis muchos *pguepagativos paga* un duque alemán. *Pego la vegdad*, no hay ningún duque que vaya a *venig*, que se sepa en la *cogte*. Os lo digo *pogque os quiego* bien. Adiós. (*Se va.*)

POSADERO ¡Al ladrón, al ladrón! Corre, villano. Ayúdame, caballero, estoy perdido. Corred, volad. ¡Al ladrón! Villano, estoy perdido.

Salen el POSADERO y BARDOLFO.

FALSTAFF Ojalá que estafaran a todo el mundo, porque a mí me han estafado y me han pegado además. Si llegara a oídos de la corte cómo me han transformado, y cómo mi transformación ha sido lavada y apaleada, me derretirían la grasa gota a gota y embadurnarían con ella botas de pescadores. Seguro que me azotarían con sus finos ingenios hasta que quedara tan alicaído como una pera seca. Nunca he prosperado desde

cuando perjuré jugando a las cartas; bueno, si me quedara bastante aliento, me arrepentiría.

Entra la SEÑORA DEPRISA.

¿Qué hay? ¿De dónde vienes?

SEÑORA DEPRISA De las dos partes, a fe.

FALSTAFF El diablo se lleve una parte, y su madre a la otra, y así estarán las dos bien arregladas. He sufrido por ellas más de lo que puede soportar la vil inconstancia de la disposición del hombre.

SEÑORA DEPRISA ¿Y ellas no han sufrido? Sí, os lo aseguro, *especiosamente* una de ellas: la señora Ford, la pobrecilla, está azul y negra de los golpes, que no se le puede ver un punto blanco en toda ella.

FALSTAFF ¿Qué me hablas de negro y azul? A mí mismo, me pegaron hasta dejarme de todos los colores del arco iris, y estuve a punto de que me detuvieran por ser la bruja de Brainford, y de no ser por mi admirable destreza de ingenio, y mi imitación de los gestos de una vieja, que me libraron, el villano de alguacil me habría puesto en el cepo, en el cepo vil, por bruja.

SEÑORA DEPRISA Señor, permitidme hablar con vos en vuestro cuarto, y sabréis cómo van las cosas, y os aseguro, a vuestro deseo. Aquí hay una carta que dirá algo. Corazoncitos míos, ¡qué trabajo cuesta reuniros! Seguro, uno de vosotros no merece bien el cielo, cuando tanto os llevan la contraria.

FALSTAFF Sube a mi cuarto.

ESCENA VI

Entran FENTON y el POSADERO.

POSADERO Señor Fenton, no me digáis nada: tengo el ánimo abrumado. Quiero dejarlo todo.

FENTON Escuchad lo que digo. Ayudadme en mi propósito y, en tanto que caballero, os daré cien libras en oro, más de lo que habéis perdido.

POSADERO Os oiré, señor Fenton, y, por lo menos, os guardaré el secreto.

FENTON A menudo os he hablado del gran amor que profeso a la bella Ana Page, que ha correspondido a mi afecto,

en tanto ella puede disponer de sí misma,
conforme a mi deseo. Tengo una carta suya
cuyo contenido os asombrará;
el gozo en ella está tan fundido con mi asunto
que no se puede mostrar una sin revelar el otro.
El gordo Falstaff
tiene un gran papel. El plan de la broma
os lo mostraré en detalle.
Escuchad, mi buen posadero:
esta noche, en el bosque de Herno, entre doce y una,
mi dulce Ana debe figurar como reina de las hadas.
He aquí el motivo: con tal disfraz,
mientras otras bromas se ejecutan,
su padre le ha mandado que se fugue
con Enjuto y que con él en Eton
inmediatamente se case. Ella ha consentido.
Ahora bien,
su madre, tan en contra de esa boda
como a favor del doctor Cayo, ha ordenado
que él la rapte del mismo modo,
mientras otras cuitas entretienen a los demás,
y que en una parroquia, donde les aguarda un cura,
se casen enseguida. Ella, al parecer sumisa
al plan de su madre, se ha prometido con el doctor.
Bien, entonces, así están las cosas:
Su padre cree que ella irá de blanco
y de esa guisa, cuando Enjuto vea la hora,
la cogerá de la mano y le dirá que se vayan
y ella se irá con él. La madre ha pensado,
para que mejor la vea el doctor,
puesto que todos van enmascarados y disfrazados,
que luzca de fulgurante y sedoso verde,
con cintas en el cabello.
Y cuando el doctor vea llegado el momento,
que le pellizque la mano, y a esa señal,
la doncella consiente en irse con él.

POSADERO ¿A quién quiere engañar ella, a su padre o a su madre?

FENTON A los dos, mi buen posadero, para irse conmigo.

Y ahora se trata de que procures que el vicario
me aguarde en la iglesia, entre doce y una

y, bajo el legítimo nombre de matrimonio,
dé a nuestras almas ceremonia de unidad.

POSADERO Bien, casad vuestra intriga. Yo al vicario,
Vos traed a la novia, tendréis al cura.

FENTON Te estaré para siempre agradecido,
tendrás recompensa inmediata.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entran FALSTAFF y la SEÑORA DEPRISA.

FALSTAFF Por favor, basta de chácharas: vete. Cumpliré, es la tercera vez. Espero que los números nones traigan suerte. Anda, vete, dicen que hay algo divino en los números nones, tanto en el nacimiento como en el azar y la muerte. Vete.

SEÑORA DEPRISA Os buscaré una cadena, y haré lo que pueda para lograros un par de cuernos.

FALSTAFF Vete, digo; el tiempo pasa... Vista al frente y pies ligeros.

Sale la SEÑORA DEPRISA.

Entra FORD.

¿Qué hay, señor Broome? Señor Broome, el asunto se sabrá esta noche, o nunca. Estad en el parque hacia la medianoche, junto al roble de Herno, y veréis prodigios.

FORD ¿No fuisteis a verla ayer, señor, como me dijisteis que ella os había citado?

FALSTAFF Fui a verla, señor Broome, como veis, como un pobre viejo; pero salí de verla, señor Broome, como una pobre vieja. Ese villano, Ford, su marido, tiene dentro el más loco diablo de los celos que nunca haya gobernado el frenesí, señor Broome. Os diré que me pegó terriblemente bajo forma de mujer —pues en forma de hombre, señor Broome, no temo a Goliat armado de un enjullo de tejedor, pues ya sé además que la vida es una lanzadera—. Tengo prisa, venid conmigo, os lo diré todo, señor Broome. Desde cuando desplumaba ocas y hacía novillos y jugaba al trompo, no sabía lo que era que me pegaran, hasta hace poco. Seguidme, os contaré cosas extrañas de ese bribón de Ford, de quien me quiero vengar esta noche, y entregaré a su mujer en vuestras manos. Seguidme, señor Broome; hay cosas extrañas entre manos. Seguidme.

Salen.

ESCENA II

Entran PAGE, BOBO y ENJUTO.

PAGE Vamos, vamos; nos tenderemos en el foso del castillo hasta que veamos la luz de las hadas. Recuerda, Enjuto, hijo mío...

ENJUTO Sí, a fe, he hablado con ella, y tenemos una contraseña para conocernos. Yo me acercaré a ella, que irá de blanco, y diré: «¡Chitón!». Ella dirá: «¡Silencio!». Y así nos conoceremos.

BOBO Eso está bien. Pero ¿qué falta os hace a ninguno de los dos lo de Chitón y Silencio? El blanco la dará a conocer bastante. Han dado las diez.

PAGE La noche está oscura; la luz y los espíritus le sentarán bien. El Cielo lleve adelante nuestra diversión. Ninguno tiene mala intención sino el diablo, y le conoceremos por los cuernos. Vamos allá: seguidme.

Salen.

ESCENA III

*Entran la SEÑORA PAGE, la SEÑORA FORD
y el doctor CAYO.*

SEÑORA PAGE Señor doctor, mi hija va de verde; cuando veáis que es vuestro momento, tomadla de la mano, y allá con ella a la parroquia, y despachadlo deprisa. Id por delante al parque: nosotras dos tenemos que ir juntas.

CAYO Sé lo que tengo que *haceg*: adiós.

Sale.

SEÑORA PAGE Que os vaya bien, señor. Mi marido no se alegrará tanto de la burla a Falstaff como se enojará de que el doctor se case con mi hija. Pero no importa: vale más un poco de regañina que mucha aflicción de corazón.

SEÑORA FORD ¿Dónde está ahora Ana, y su tropel de hadas, y Hugo, el diablo galés?

SEÑORA PAGE Están agazapados en una zanja junto al roble de Herno, con las luces tapadas, y en el mismo instante en que nos encontremos con Falstaff, las mostrarán a la vez en la noche.

SEÑORA FORD Eso no podrá menos de desconcertarle.

SEÑORA PAGE Si no se desconcierta, será burlado: si se desconcierta, de todos modos, será burlado.

SEÑORA FORD Le traicionaremos lindamente.

SEÑORA PAGE Contra tales lascivos y su lujuria no cometen traición los que les

traicionan.

SEÑORA FORD Las horas avanzan: al roble, al roble.

Salen.

ESCENA IV

Entran EVANS disfrazado y los niños como HADAS.

EVANS Deprisa, deprisa, hadas. Vamos, y recordad vuestros papeles. No tengáis miedo, por favor, seguidme a la zanja, y cuando yo dé la orden, haced como os digo. Vamos, vamos, deprisa, deprisa.

Salen.

ESCENA V

Entra sir John FALSTAFF, con cuernos de ciervo.

FALSTAFF La campana de Windsor ha dado las doce; se acerca el momento. Ahora, que me ayuden los dioses de sangre caliente: recuerda, Júpiter, tú fuiste toro por tu Europa, y el Amor se posó en tus cuernos. Ah, poderoso Amor, que en ciertos aspectos haces al hombre ser un animal; y en otros, al animal ser un hombre. Tú también, Júpiter, fuiste cisne por el amor de Leda. Ah, amor omnipotente, cómo se acercó el dios a hacer el ganso: una culpa cometida por primera vez en forma de bestia (oh, amor, culpa bestial); y luego otra culpa en semblanza de ave, de ave, qué grave, Júpiter, pensadlo. Si a los dioses se les acaloran los redaños, ¿qué han de hacer los pobres hombres? Por mi parte, aquí estoy hecho un ciervo de Windsor, y me parece que el más gordo del bosque. Júpiter, envíame un momento de celo fresco, o si no ¿quién podrá criticarme que me orine mi sebo? ¿Quién viene aquí? ¿Mi cierva?

Entran la SEÑORA FORD y la SEÑORA PAGE.

SEÑORA FORD ¿Sir John, estás ahí, mi ciervo, mi siervo?

FALSTAFF ¡Mi ciervecita de la cola negra! Que el cielo llueva batatas, que truene, con música de «Mangas verdes», confites de perfumar el aliento y raíces de eringio: que lance una tormenta de provocaciones: yo me refugiaré aquí.

SEÑORA FORD La señora Page viene conmigo, dulce corazón.

FALSTAFF Repartidme como un chivo robado, una pata para cada una; yo me quedaré los costados para mí, las paletillas para el guarda de este parque, y los cuernos los dejo para vuestros maridos. ¿Soy un buen guarda forestal, eh? ¿Hablo como Herno el cazador? Pues ahora Cupido es un niño de buena conciencia y cumple su restitución. Como soy un espíritu leal, bienvenidas.

Ruidos de cuernos de caza dentro.

SEÑORA PAGE Ay, ¿qué ruido es ese?

SEÑORA FORD ¡El Cielo perdone nuestros pecados!

FALSTAFF ¿Qué puede ser eso?

SEÑORA FORD y SEÑORA PAGE ¡Huyamos, huyamos!

Las dos mujeres huyen corriendo. Entra el reverendo Hugo EVANS disfrazado de sátiro, muchachos vestidos de hadas, y la SEÑORA DEPRISA como reina de las hadas.

FALSTAFF Creo que el demonio no quiere que me condene, no sea que la grasa que llevo dentro incendie el infierno: si no, jamás me llevaría la contraria de este modo.

SEÑORA DEPRISA Oh, hadas grises, verdes, blancas y oscuras, cantoras del claro de luna y sombras nocturnas, huérfanas herederas de destinos escritos, atended vuestro deber y vuestros designios. Duende heraldo, entona tu pregón.

PISTOLA (*Como DUENDE.*)

Elfos, vuestros nombres. Crías del aire, chitón.
Grillo, a las chimeneas de Windsor trepa,
verás hogares sin barrer y fuegos sin leña.
Pellizca a las doncellas, que parezcan ciruelas,
nuestra radiante reina odia a las que pendonean.

FALSTAFF Son hadas, quien les hable hallará muerte,
no miro y yazgo, sus obras mirar nadie puede.

EVANS ¿Y Bede? Ve y donde encuentres una doncella
que antes de dormir tres veces siempre reza,
despierta el órgano de su fantasía
y que duerma plácida como una niña.
Pero a la que duerma sin pensar en sus faltas,
pellízcale brazos, piernas, hombros y espaldas.

SEÑORA DEPRISA Venga, venga,
registrad el castillo de Windsor, dentro y fuera,
en sus sacros muros, duendes, buena suerte echad
para que siga en pie hasta el juicio final,
en el buen estado que merece,
digno como es y digno de quien lo tiene.
Todas las sillas de la orden procurad limpiar
con jugo de bálsamo y esencia floral.
Cada hermoso asiento, escudo y cimera
con el leal blasón bendito sea.
Y vosotras, hadas nocturnas del prado,
al ritmo de la orden, en círculo entonad vuestro canto.
Que la forma que tenga más verde sea,
más fresca y fértil que todo el campo parezca.
Y Honi soit qui mal y pense escribid,
con retama y flor color blanco, azul, rubí,
como zafiros, perlas y ricos brocados
que el caballero lleva en su rodilla abrochados.
Las hadas usan flores para sus dictados.
Dispersaos. Pero hasta que dé la una en el reloj,
de nuestra danza en el roble de Herno el cazador,
no podemos olvidarnos ni despedirnos.

EVANS Os lo ruego, daos la mano, en el orden previsto,
que veinte luciérnagas nuestros faros sean,
y lleven en torno al árbol el compás de nuestras piernas.
Un momento, huelo a un hombre de tierra media.

FALSTAFF Los Cielos me protejan de esa hada galesa, no me vaya a transformar en
un pedazo de queso.

PISTOLA Nadie se fijó en ti ni el día de tu nacimiento.

SEÑORA DEPRISA En la punta del dedo dadle fuego de prueba,
si es casto, la llama atrás descienda
y nada le duela. Pero si da un grito,
es la carne de un corazón corrompido.

PISTOLA Una prueba, vamos.

EVANS Vamos, ¿se prenderá esta madera?

Le acercan las velas a los dedos, y él se sobresalta.

FALSTAFF ¡Ay, ay, ay!

SEÑORA DEPRISA Corrupto, corrupto y manchado de deseo, sobre él, hadas, componed burlones versos y, al pasar, pellizcadlo siguiendo el tempo.

Cantan.

¡Ay de la pecadora fantasía!
La lujuria es un fuego de impureza
que, al pensar mal, atiza la cabeza,
quemando el corazón que se desvía.
Pellizcadle, hadas, todas a porfía;
pellizcadle, quemadle, duendes y hadas,
mientras hay luz de luna o llamaradas.

Entonces le pellizcan y cantan a su alrededor: el doctor CAYO se escapa por un lado llevándose a un muchacho vestido de rojo; ENJUTO, por otro lado, llevándose uno vestido de verde, y FENTON rapta a doña ANA, vestida de blanco. Dentro, hacen ruido de caza, y las hadas echan a correr: entran el señor PAGE, el señor FORD, sus esposas, el señor BOBO; y el reverendo Hugo EVANS.

PAGE No huyáis. Ahora os hemos sorprendido.

¿Queréis hacer aún de Herno el Cazador?

SEÑORA PAGE Vamos, os lo ruego, no prolonguéis la broma.

Buen sir John, ¿qué os parecen las casadas de Windsor?

¿Lo ves, esposo mío? Estas bellas astas

¿no le sientan mejor al bosque que a la ciudad?

FORD Bien, señor, ahora ¿quién es, el cornudo? Señor Broome, Falstaff es un villano, un cornudo villano; aquí están sus cuernos, señor Broome. Y, señor Broome, no ha gozado nada de Ford, salvo su cesto de ropa sucia, su estaca y veinte libras de su dinero, que han de ser pagadas al señor Broome; sus caballos están confiscados por ello, señor Broome.

SEÑORA FORD Sir John, hemos tenido mala suerte; nunca nos hemos podido reunir.

Nunca os volveré a tomar por mi amor, pero siempre contaré con vos como mi siervo.

FALSTAFF Empiezo a darme cuenta de que he hecho el burro.

FORD Sí, y también el buey: las dos pruebas están a la vista.

FALSTAFF Y esas no son hadas. Tres o cuatro veces pensé que no eran hadas, pero la culpabilidad de mi ánimo y la súbita sorpresa de mis potencias impulsaron la vulgaridad del engaño hasta hacer creencia aceptada, a pesar de todo sentido, que eran hadas. Ved ahora cómo el ingenio puede volverse imbécil, al dedicarse al mal.

EVANS Sir John, servid a Dios y dejad vuestros deseos, y las hadas no os pellizcarán.

FORD Bien dicho, hada Hugo.

EVANS Y vos dejad también vuestros celos, por favor.

FORD Nunca volveré a desconfiar de mi mujer hasta que seáis capaz de hacerle la corte en buen inglés.

FALSTAFF ¿He puesto mis sesos al sol y se han secado, que les falta materia para evitar tan grosera burla como esta? ¿También se me ha subido encima este chivo galés? ¿Tendré que llevar un gorro con cascabeles? Ya sería hora de que me ahogara con un trozo de queso tostado.

EVANS El queso no es bueno para dar manteca, y vuestra panza es toda manteca.

FALSTAFF ¿Queso y manteca? ¿He vivido hasta hoy para aguantar las burlas de uno que cuaja el inglés? Esto es bastante para ser la ruina de la lascivia y el trasnochar por todo el reino.

SEÑORA PAGE Vamos, sir John; aun suponiendo que aunque hubiéramos expulsado la virtud de nuestros corazones, echándola a patadas, y nos hubiéramos entregado sin escrúpulos al infierno, ¿creéis que el diablo podría haberos hecho jamás nuestro placer?

FORD ¡Qué, una mortadela, un saco de lino!

SEÑORA PAGE ¡Un hombre inflado!

PAGE ¡Viejo, frío, y de repugnantes entrañas!

FORD ¡Tan calumnioso como Satán!

PAGE Y tan pobre como Job.

FORD Y tan perverso como la mujer de Job.

EVANS Y dado a fornicaciones, a tabernas, al jerez, al vino, a los licores, a beber y a jurar, a las chácharas y las juergas.

FALSTAFF Bueno, soy vuestro hazmerreír: me habéis sacado ventaja, estoy abrumado. No soy capaz de contestar ni a esa franela galesa. La ignorancia misma me va a contrapelo. Tratadme como queráis.

FORD Pardiez, señor, os llevaremos a Windsor, a ver a un tal señor Broome, al que le habéis estafado dinero, y a quien queríais servir de alcahuete. Encima de lo que habéis sufrido, creo que el devolver ese dinero será una mordiente aflicción.

PAGE Pero tened buen ánimo, caballero: esta noche comeréis en mi casa algo caliente, y allí os pediré que os riáis de mi mujer, que ahora se ríe de vos.

Decidle que el señor Enjuto se ha casado con su hija.

SEÑORA PAGE Los doctores lo dudan. Si mi hija es Ana Page, a estas horas está casada con el doctor Cayo.

Entra ENJUTO.

ENJUTO ¡Ehm, eh, eh, padre Page!

PAGE ¿Qué hay, hijo? ¿Qué hay, hijo; has despachado?

ENJUTO ¿Despachado? Haré que lo sepa el que valga más en Gloucestershire: ojalá me ahorcaran, si no.

PAGE ¿Por qué, hijo?

ENJUTO Fui ahí a Eton a casarme con doña Ana Page, y es un muchachote zopenco. Si no hubiera estado en la iglesia, le habría dado un golpe, o él me lo habría dado a mí. Si no creía que era Ana Page, que no pueda moverme nunca: y es un postillón.

PAGE Por mi vida, entonces, que te equivocaste.

ENJUTO ¿Qué falta hace que me lo digáis? Creo que sí, cuando tomé a un muchacho por una muchacha. Si me hubiera casado con él —pues iba vestido todo de mujer— no le habría querido.

PAGE Vaya, eso es tu propia locura. ¿No te dije que conocerías a mi hija por su vestido?

ENJUTO Fui a la que iba de verde, y dije: «¡Chitón!», y ella dijo: «¡Silencio!», como habíamos quedado Ana y yo, y sin embargo no era Ana, sino un postillón.

SEÑORA PAGE Buen Jorge, no te irrites; yo sabía tu intención. Hice que mi hija se pusiera de blanco, y desde luego, ahora está con el doctor en la parroquia, y se han casado.

Entra el doctor CAYO.

CAYO ¿Dónde está la *señoga* Page? *Pagdiez*, me han estafado: me he casado con un muchacho, un chico; un aldeano, *pagdiez*. Un muchacho, no es Ana Page; *pagdiez*, me han estafado.

SEÑORA PAGE ¿Cómo? ¿Os llevasteis a la de verde?

CAYO Sí, *pagdiez*, y es un muchacho: voy a *agitag* a todo Windsor.

Sale.

FORD Es extraño. ¿Quién se ha llevado a la verdadera Ana?

PAGE Mi corazón me da presentimientos... Allí viene el señor Fenton.

Entran FENTON y ANA PAGE.

¿Qué hay, señor Fenton?

ANA Perdón, buen padre; mi buena madre, perdón.

PAGE ¡Vamos, señorita! ¿Cómo es que no te fuiste con el señor Enjuto?

SEÑORA PAGE ¿Por qué no te fuiste con el señor doctor, muchacha?

FENTON La importunáis. Oíd la verdad del asunto.

La queríais desposar del modo más indigno,
sin que hubiera proporción de amor.

Lo cierto es que ella y yo, prometidos desde hace mucho,
estamos ahora seguros de que nada puede separarnos.

Santa es la falta que ella cometió
y la farsa pierde el nombre de astucia
de desacato o cualquier otro título deshonroso,
puesto que con él ella evita y sortea
un millar de malditas e irreligiosas horas
que un matrimonio forzado le hubiera deparado.

FORD No os quedéis pasmados, aquí no hay remedio. En el amor, los Cielos mismos guían el estado de cosas; el dinero compra tierras, pero las esposas las vende el destino.

FALSTAFF Me alegro de que, a pesar de que os habéis apostado especialmente para herirme, vuestra flecha se haya desviado.

PAGE Bueno, ¿qué remedio? Fenton, el Cielo te dé alegría. Lo que no se puede evitar, ha de ser abrazado.

FALSTAFF Cuando los perros corren de noche, todos los ciervos son buenos.

SEÑORA PAGE Bueno, no he de cavilar más. Señor Fenton, el Cielo os dé muchos días alegres. Buen marido, vámonos todos a casa, a reírnos de esta diversión junto a una buena hoguera, con sir John y todo.

FORD Sea así, sir John.

Con todo, al señor Broome le cumpliréis la apuesta:
con la señora Ford esta noche se acuesta.

Salen todos.



NOCHE DE EPIFANÍA O LO QUE QUERÁIS

*versión de
Federico Patán*

Escrita en 1601 y representada en Middle Temple (una facultad de derecho y letras utilizada excepcionalmente como teatro de invierno) en febrero de 1602. Se publicó por primera vez en el Primer Folio de 1623.



DRAMATIS PERSONAE

ORSINO, duque de Iliria

VALENTIN, caballero al servicio del duque

CURIO, caballero al servicio del duque

Primer guardia

Segundo guardia

VIOLA, dama náufraga, enamorada del duque

SEBASTIÁN, hermano gemelo de Viola

El CAPITÁN del navío naufragado

ANTONIO, otro capitán de navío, amigo de Sebastián

OLIVIA, una condesa

MARÍA, doncella de Olivia

SIR TOBÍAS Belch, tío de Olivia

SIR ANDRÉS Aguecheek, protegido de sir Tobías Belch

MALVOLIO, mayordomo de Olivia

FABIÁN, caballero al servicio de Olivia

FIESTAS, bufón de Olivia

Un sacerdote

Un sirviente

Señores, músicos, marinos y sirvientes

Escena: en una ciudad de Iliria, a orillas del mar

PRIMER ACTO

ESCENA I

*Aposento en el palacio del duque.
Músicos tocando. Entran ORSINO, duque de Iliria,
CURIO y otros señores.*

ORSINO Si la música es el alimento del amor,
tocad, dádmela en exceso, de manera que,
saciado, el apetito mengüe y muera.
¡Repetidme ese trozo de lánguida cadencia!
Ah, vino hasta mi oído como un sonido suave
que alentara encima de un pradillo de violetas
al que quitara y diera su perfume. ¡Mas basta!
Perdido ha la dulzura que tuviera.
Ay, espíritu del amor, cuán voraz y ansioso eres,
pues imitas al mar en tu apetito
y nada que en ti entre,
sea cual fuere su talla y su valía,
conserva su estatura; y aun pierde precio
en un mero minuto. A tal grado
pluraliza sus formas la fantasía,
que escapa a la igualdad cuanto imagina.

CURIO ¿Cazaréis, señor?

ORSINO ¿Qué, Curio?

CURIO Corzas.

ORSINO Mas eso hago. Y con la más noble de todas.
¡Ah! Cuando primero vieron a Olivia mis ojos;
de pestilencias pareciome purgado el aire.
En aquel instante mismo convertime en ciervo;
y mis deseos, sabuesos crueles y salvajes,
no dejan desde entonces de acosarme.

Entra VALENTÍN.

Y bien, ¿cuáles noticias me traes de ella?

VALENTÍN Señor, perdonadme, no logré ser admitido;
mas diome una doncella esta respuesta:

siete años pasarán y el cielo mismo
no gozará de ver su rostro pleno;
como a enclaustrada monja, ocultarala un velo
y fatigando el ojo con lágrima ofensora,
un cotidiano lloro recordará al hermano,
cuya memoria quiere, constante y perdurable,
guardar en la tristeza de sus recordaciones.

ORSINO Quien corazón de molde tan divino
usa en pagar de amor deuda al hermano
¡cómo sabrá amar cuando la rica flecha de oro
haya la grey matado de afectos que aún la habitan!
¡Cuando hígado, cerebro y corazón
—tronos soberbios— llenos y dominados queden
por rey que complemente
de Olivia las serenas perfecciones!
¡Venid, venid, busquemos dulces lechos de flores,
que allí mejor prosperan pensamientos de amores!

ESCENA II

La costa.

Entran VIOLA, un CAPITÁN y marinos.

VIOLA Buenos amigos, ¿qué país es este?

CAPITÁN La Iliria, señora.

VIOLA ¿Y qué hago yo en Iliria?

Mi hermano está en el Elíseo.

Acaso no se haya ahogado. ¿Qué pensáis, marinos?

CAPITÁN Fue por un acaso que vos misma os salvasteis.

VIOLA ¡Ah, pobre hermano!

¿Y si acaso su suerte fue la misma?

CAPITÁN Cierto, señora; y por daros consuelo con la suerte,
quedad segura que al abrirse el buque,
cuando vos y los pocos que con vos se salvaron
os asáis al bote, vuestro hermano,
aprendiendo del peligro, atose
—dándole aquí práctica el valor y la esperanza—
a un fuerte mástil que en el mar flotaba;

allí, nuevo Arión de un delfín a lomos,
con las olas trabó conocimiento
todo el tiempo que pude contemplarlo.

VIOLA Por tal decirme, toma, oro.

 Mi propio escape a mi esperanza aduce,
 autorizando su hablar con tu discurso,
 que igual destino cúpole a mi hermano.
 ¿Conoces el país?

CAPITÁN Sí, señora, bien, pues nací y crieme
 a menos de tres horas de este sitio.

VIOLA ¿Quién lo gobierna?

CAPITÁN Un duque, noble por su naturaleza y nombre.

VIOLA ¿Es decir?

CAPITÁN Orsino.

VIOLA En veces oí a mi padre mencionarlo.
 Soltero estaba entonces.

CAPITÁN Sigue estándolo; o al menos, poco ha lo estaba,
 pues no ha pasado un mes que dejé estos lugares
 y entonces comenzaba a murmurarse
 —como sabéis, los actos de los grandes
 comentan los pequeños—
 que de la bella Olivia solicitaba amores.

VIOLA ¿Quién es ella?

CAPITÁN Una virtuosa doncella, hija de un conde
 muerto hará doce meses, quien la dejó al cuidado
 del hijo, hermano de ella,
 muerto a su vez ha poco; dicen que por amor a este
 ha renunciado Olivia
 al trato y la presencia de los hombres.

VIOLA Ah, si pudiera servir a tal dama
 y con ello ocultar mi ser al mundo
 hasta haber madurado aquel momento
 de revelar mi estado.

CAPITÁN Difícil petición;
 las de este tipo no admite la condesa

ni viniendo del duque.

VIOLA Tienes un aire honesto, capitán.

Y aunque a menudo la naturaleza
con muros hermosos circunda los vicios,
creer deseo que posees una mente
que casa con tu rostro abierto y franco.
Te ruego —y ya sabré pagarte con holgura—
que ocultes lo que soy y así me ayudes
a mantener disfraz que bien se adapte
al cuerpo de mi intento. Servir quiero a este duque.
Presentarame a él como un eunuco.
No creo dejarte mal, pues sé cantar
y he de darle tantos aires de música,
que digna me tendrá de su servicio.
En lo que toca al resto, que el tiempo lo decida.
De ti pido que ajustes tu silencio a mis planes.

CAPITÁN Sed eunuco; yo seré vuestro mudo.

Y si mi lengua hablase, mis ojos se perdieran.

VIOLA Gracias te doy. Condúceme.

Salen.

ESCENA III

Un aposento en casa de Olivia.

Entran SIR TOBÍAS Belch^[50] y MARÍA.

SIR TOBÍAS ¿Y qué diantres le pasa a mi sobrina para tomarse así la muerte del hermano? Estoy seguro de que las preocupaciones son enemigas de la vida.

MARÍA Por mi fe, sir Tobías, que debierais recogeros más temprano por las noches. Mi señora, vuestra sobrina, muy a mal toma lo imprudente de vuestras horas.

SIR TOBÍAS ¡Vaya! Más vale censurar que verse censurada.

MARÍA De acuerdo, más debéis ceñiros a los modestos límites de la regularidad.

SIR TOBÍAS ¡Ceñirme! No he de ceñirme con mayor donosura de la que tengo. Estos vestidos son bastante buenos para beber; igual ocurre con estas botas. Si no lo fueran, que se cuelguen de sus propias correas.

MARÍA Tanto trago y tanto exceso en el beber serán vuestra muerte. Ayer hablaba de esto mi señora; y de ese estulto caballero que una noche trajisteis para que la cortejara.

SIR TOBÍAS ¿Quién? ¿Sir Andrés Aguecheek?

MARÍA El mismo.

SIR TOBÍAS Es tan grande como cualquier hombre de Iliria.

MARÍA ¿Y a qué viene eso?

SIR TOBÍAS Vaya, pues a que tiene tres mil ducados al año.

MARÍA Sí, pero no tendrá sino un año de ducados. Es un verdadero tonto y un manirroto.

SIR TOBÍAS Da vergüenza oíros decir eso. Toca la viola de gamba y se expresa en tres o cuatro idiomas una palabra tras otra, y de memoria, aparte de que goza de todos los dones de la naturaleza.

MARÍA De cierto que todo le viene de un modo natural, pues aparte de tonto es un gran camorrista; y de no haber atemperado con su cobardía la inclinación que a pelear tiene, dicen los prudentes, sin tardanza recibiría una tumba como don.

SIR TOBÍAS Por esta mano, juro que son unos sinvergüenzas y detractores los que así se expresan de él. ¿Quiénes son?

MARÍA Aquellos que agregan, además, que noche a noche se emborracha en vuestra compañía.

SIR TOBÍAS Pero siempre a la salud de mi sobrina. Y seguiré haciéndolo mientras tenga gaznate y bebida haya en Iliria. Es un cobarde y un villano quien no beba a la salud de mi sobrina hasta que el cerebro le dé vueltas como un trompo de parroquia. ¡Eh, moza! Hablando del rey de Roma... ¡aquí viene Andrés Agueface!

Entra SIR ANDRÉS Aguecheek.

SIR ANDRÉS ¡Sir Tobías Belch! ¿Qué hay, sir Tobías Belch?

SIR TOBÍAS ¡Amable, sir Andrés!

SIR ANDRÉS Dios os bendiga, bella bribona.

MARÍA A vos también, señor.

SIR TOBÍAS Saludad, sir Andrés, saludad.

SIR ANDRÉS ¿Cómo?

SIR TOBÍAS La doncella de mi sobrina.

SIR ANDRÉS Dulce señora Saludad, deseo conoceros mejor.

MARÍA Me llamo María, señor.

SIR ANDRÉS Dulce señora María Saludad...

SIR TOBÍAS (*Aparte.*) Os equivocáis, caballero. Saludar significa acercársele, abordarla, cortejarla, atacarla.

SIR ANDRÉS (*Aparte.*) Por mi fe que no me gustaría así tomarla habiendo compañía. ¿Eso quiere decir «saludad»?

MARÍA Que os vaya bien, caballeros.

SIR TOBÍAS (*Aparte.*) Si la dejáis ir de esta manera, sir Andrés, que nunca más podáis desenfundar la espada.

SIR ANDRÉS Si partís así, señora, nunca podré desenfundar la espada. Bella dama, ¿creéis tener unos tontos en la mano?

MARÍA Señor, no os tengo en la mano.

SIR ANDRÉS Por la Virgen que me tendréis. He aquí mi mano.

MARÍA Señor, «el pensamiento es libre». Os ruego que metáis vuestra mano en la tinaja y la dejéis beber.

SIR ANDRÉS ¿Para qué, corazoncito? ¿Qué significa vuestra metáfora?

MARÍA Está seca, señor.

SIR ANDRÉS Así lo creo. No soy tan asno que no sepa mantener mi mano seca. Por tanto, ¿qué tipo de chiste es ese?

MARÍA Un chiste seco, señor.

SIR ANDRÉS ¿Y abundáis en ellos?

MARÍA Así es, señor. Los tengo en las puntas de los dedos. Caramba, ahora que os suelto la mano, quedo estéril.

Sale.

SIR TOBÍAS Ah, caballero, necesitáis una copa de canario. ¿Cuándo te había visto tan derrotado?

SIR ANDRÉS Creo que nunca en vuestra vida, a menos que el canario me tumbara. En ocasiones me pienso con menos ingenio que un cristiano o un hombre

común y corriente; soy un gran comedor de carne de buey y opino que ello afecta mi inteligencia.

SIR TOBÍAS Sin duda.

SIR ANDRÉS Si tal creyera, renunciaría a ella. Sir Tobías, mañana, a caballo, parto a casa.

SIR TOBÍAS ¿*Pourquoi*, mi querido caballero?

SIR ANDRÉS ¿Qué quiere decir «*pourquoi*»? ¿Partid o no partáis? Ojalá hubiera dedicado a las lenguas el tiempo que invertí en la esgrima, la danza y las peleas de oso. Ah, quisiera haberme dedicado a las artes.

SIR TOBÍAS Habríais tenido entonces una excelente cabellera.

SIR ANDRÉS ¡Cómo! ¿Eso habría mejorado mi cabello?

SIR TOBÍAS Sin duda, pues ves que no se riza por naturaleza.

SIR ANDRÉS Pero me sienta bastante bien, ¿no es así?

SIR TOBÍAS Excelentemente bien; cuelga como lino de la rueca. Espero ver algún día cómo una comadre te pone entre sus piernas para hilar.

SIR ANDRÉS Por mi fe, sir Tobías, que mañana me vuelvo a casa. Vuestra sobrina no quiere dejarse ver; o, de quererlo, cuatro a uno que no es por mí. El conde mismo, su vecino, la corteja.

SIR TOBÍAS Nada quiere saber del duque. No casará con nadie que la supere en rango, años o inteligencia. La escuché jurarlo. Por tanto, hay esperanza.

SIR ANDRÉS Esperaré un mes aún. Soy un tipo de lo más original; me deleitan las mascaradas y las celebraciones, tal vez en demasía.

SIR TOBÍAS ¿Tienes talento para esas naderías?

SIR ANDRÉS Como cualquier hombre de Iliria, quienquiera que sea, pero siempre y cuando esté por debajo de mis mejores; aun así, prefiero no compararme con un viejo.

SIR TOBÍAS ¿Cómo te defiendes en la gallarda, caballero?

SIR ANDRÉS A fe mía que sé condimentarla.

SIR TOBÍAS Y yo condimentar mi carnero a su ritmo.

SIR ANDRÉS Pienso que en ese baile reulo tan sencilla y enérgicamente como cualquier hombre de Iliria.

SIR TOBÍAS ¿Por qué esconder esas cosas? ¿Por qué ocultar tales dones tras una

cortina? ¿Acaso habrán de empolvarse, como el retrato de la señora Mall? ¿Por qué no ir a misa con una gallarda y volver con una corrandá? De ser tú, caminaría con ritmo de giga y solo mearía a cinco pasos. ¿Qué pretendes? ¿Es un mundo para ocultar las virtudes? Dada la excelente constitución de tu pierna, pienso que fue tomada bajo el influjo de una estrella danzante.

SIR ANDRÉS En efecto, es vigorosa y no luce mal en esta media castaña. ¿Nos permitiremos algunos saltos?

SIR TOBÍAS ¿Qué otra cosa hacer? ¿No nacimos bajo el signo de Tauro?

SIR ANDRÉS ¿Tauro? Eso corresponde a los costados y al corazón.

SIR TOBÍAS No, señor; a las piernas y a los muslos. Permíteme ver cómo saltas. ¡Así, pero más alto! ¡Así, así, excelente!

ESCENA IV

*Aposento en el palacio del duque.
Entran VALENTÍN y VIOLA en traje de hombre.*

VALENTÍN Si el duque continúa favoreciéndoos, Cesáreo, mucho medraréis. Tres días ha que os conoce y no sois ya un extraño para él.

VIOLA O teméis su carácter o teméis mi negligencia, que así dudáis de la perseverancia de su amor. Decidme, señor, ¿es el duque inconstante en sus favores?

VALENTÍN Creedme que no.

Entran ORSINO, CURIO y acompañantes.

VIOLA Os lo agradezco. Aquí viene el duque.

ORSINO ¿Quién ha visto a Cesáreo?

VIOLA Heme aquí, señor, a vuestro servicio.

ORSINO Apartaos un instante

(Así lo hacen CURIO y acompañantes.)

Cesáreo, tú lo sabes todo. Ante ti he abierto aun el libro secreto de mi alma.

Por lo tanto, buen mancebo, dirígete a Olivia; no permitas que te nieguen la entrada y queda ante su puerta y diles

que echarás raíces mientras no tengas audiencia.

VIOLA Seguramente no habrá de admitirme
si, como rumoran, noble señor,
abandonada está a los sufrimientos.

ORSINO Clama y olvídate de urbanidades,
mas no vuelvas con respuesta infructuosa.

VIOLA Supongamos, señor, que logro hablarle.
¿Qué decirle?

ORSINO Oh, pues despliega ante ella de mi amor las pasiones.
Sorpréndela exponiéndole cuán tierna es mi fe.
Bien habrá de sentarte mimar mis sufrimientos;
y ella atenderalos mejor, viéndote tan joven,
que oyéndolos de un nuncio cuyo aspecto sea grave.

VIOLA No lo pienso así, milord.

ORSINO Mal haces, muchachillo, pues contradiré tus bellos años
tomarte por un hombre, que de Diana los labios
no son ni más tersos ni más rojos, y tu voz
es como órgano de doncella, por lo aguda y sonora.
Todo en ti trae a mente la imagen de una dama.
No hay duda, tu constelación retrata
en ti mi mensajero. A ver, cuatro o cinco, atendedlo...
O id todos, si queréis, que en cuanto solo quedo
mejor va mi alma. Prospera en esto
y vivirás tan bien como tu amo,
y tuya su fortuna llamarás.

VIOLA Haré cuanto se pueda por ganaros la dama.
(*Aparte.*) Y sin embargo, ¡qué empresa tan triste!
Cortejar a su nombre queriendo ser su esposa.

Salen.

ESCENA V

*Un aposento en casa de Olivia.
Entran MARÍA y FIESTAS, el bufón.*

MARÍA No, o me dices dónde has estado, o no abriré la boca en tu defensa ni para
permitir el paso de un cabello. Mi señora te colgará por tu ausencia.

FIESTAS Que lo haga. Quien va a ser colgado en este mundo no tiene por qué temer colores.^[51]

MARÍA Explícate.

FIESTAS No verá para temer.

MARÍA ¡Vaya chiste hueco! Puedo decirte dónde nació la expresión «no temer colores».

FIESTAS ¿Dónde, buena señorita María?

MARÍA En la guerra; y acaso tengas el valor de decirlo con base en tu tontera.

FIESTAS Bueno, Dios da sabiduría a quien la tiene; y a quienes son tontos les permite usar sus talentos.

MARÍA Pese a todo eso, te colgarán debido a tu larga ausencia; o te correrán, lo que equivale a ser ahorcado.

FIESTAS Una buena ahorcadura impide un mal matrimonio; en cuanto al despido, que el verano se encargue de eso.

MARÍA ¿Estás decidido entonces?

FIESTAS No, excepto que estoy sujeto por dos puntos.

MARÍA Es decir, que si uno cede, el otro soporta; si los dos se rompen, los calzones caen.

FIESTAS Muy bien, en verdad que muy bien. Bueno, sigue tu camino. Si en alguna ocasión sir Tobías deja de beber, te volverás el más ingenioso pedazo de Eva que haya en Iliria.

MARÍA Paz, bribón; dejemos eso. Aquí viene mi señora. Lo más prudente es que des excusas cuerdas.

Sale.

Entran OLIVIA, MALVOLIO y sirvientes.

FIESTAS Inteligencia, si así te place, dame el don de la tontería. Los ingenios que creen poseerte muy a menudo resultan tontos; y yo, seguro de carecer de ti, puedo pasar por sabio. Pues ¿qué dice Quinápalo? «Más vale un tonto ingenioso que un ingenioso tonto.» ¡Dios te bendiga, señora!

OLIVIA Llevaos a esa criatura boba.

FIESTAS ¿No oís, amigo? Llevaos a la dama.

OLIVIA Vamos, que tienes seco el seso. Además, ya no quiero saber más de ti. Te

has vuelto indigno de confianza.

FIESTAS Dos faltas, madona, que la bebida y los buenos consejos pueden corregir. Pues dad de beber a un tonto seco y dejará de estar seco. Pedid al indigno de confianza que se enmiende; si obedece, ya no es indigno; si no puede hacerlo, que lo remiende el sastre. Todo lo enmendado está remendado; si la virtud transgrede, solo el pecado la remienda; si el pecado remienda, está enmendado por la virtud. Si este sencillo silogismo sirve bien; de no ser así, ¿qué remedio? Cómo no hay más cornudo que la calamidad, la belleza es una flor. La señora ordenó que os llevarais a esa criatura boba; por lo tanto, ¡lleaos a la dama!

OLIVIA Señor, es a vos que he mandado apartar.

FIESTAS ¡Un error^[52] en su más alto grado! Señora, *cucullus non facit monachum*,^[53] equivaliendo esto a decir que mi cerebro no viste de bufón. Buena madona, permitidme probaros que estáis loca.

OLIVIA ¿Podrás hacerlo?

FIESTAS Diestramente, buena madona.

OLIVIA Adelante con tu intento.

FIESTAS Primero, debo catequizaros, madona. Mi buen ratoncito de virtud, respondedme.

OLIVIA Bien, señor, a falta de otras distracciones, escucharé vuestras pruebas.

FIESTAS Buena madona, ¿qué lamentas?

OLIVIA Mi buen bufón, la muerte de mi hermano.

FIESTAS Pienso que su alma está en el infierno, madona.

OLIVIA Sé que su alma está en el cielo, tonto.

FIESTAS Más tonto, madona, sufrir por un hermano cuya alma está en el cielo. Caballeros, llevaos esa criatura boba.

OLIVIA ¿Qué pensáis de este bufón, Malvolio? ¿No habrá de corregirse?

MALVOLIO Sí, cuando los estertores de la muerte lo sacudan. Los achaques deterioran al sabio, pero mejoran al loco.

FIESTAS Señor, Dios os envíe una rápida sucesión de achaques, de modo que vuestra tontera mejore pronto. Sir Tobías jurará que no soy astuto, pero ni por dos peniques comprometerá su palabra afirmando que no sois tonto.

OLIVIA ¿Qué respondéis a eso, Malvolio?

MALVOLIO Maravíllame que vuestra señoría se deleite con un bribón tan vacío. El otro día lo vi vencido por un bufón vulgar con menos cerebro que una piedra. Mirad cómo bajó ya la guardia. A menos que rían y le deis material para su oficio, está perdido. Juro que esos hombres prudentes capaces de divertirse con las gansadas de estos bufones no pasan de ser un claque.

OLIVIA Oh, estáis enfermo de amor propio, Malvolio, y vuestro mal estómago os estraga el gusto. Cuando se tiene el alma generosa, limpia de culpa y bien dispuesta se toman por dardillos lo que vos suponéis balas de cañón. No hay malas intenciones en un bufón a quien se ha dado permiso de bromear, aunque solo a ello se dedique. Tampoco hay vilipendio en un hombre discreto, aunque únicamente se dedique a censurar.

FIESTAS ¡Que Mercurio os conceda el don de mentir, pues que hablasteis bien de los bufones!

Entra MARÍA.

MARÍA Señora, está a la puerta un caballero joven que mucho desea hablaros.

OLIVIA Vendrá de parte del duque Orsino, ¿no es así?

MARÍA Lo ignoro, señora. Se trata de un joven bien parecido y bien acompañado.

OLIVIA ¿Quién de mi servidumbre lo retiene?

MARÍA Sir Tobías, señora, vuestro pariente.

OLIVIA Os ruego que lo despedáis, pues solo habla insensateces. ¡Vergüenza debiera darle! Malvolio, id vos. Si es gente del duque, decid que estoy enferma, o que salí... Decid lo que queráis, pero alejadla (*sale MALVOLIO*). ¿Habéis visto, señor, cómo vuestras bufonerías envejecen y la gente no gusta de ellas?

FIESTAS Habéis hablado en nuestro favor, madona, como si vuestro primogénito fuera un tonto. Que Júpiter le atiborre el cráneo de cerebro, pues aquí viene (*entra SIR TOBIÁS*) un pariente vuestro que tiene una *pia mater* de lo más débil.

OLIVIA ¡Y medio ebrio, por mi honor! Tío, ¿quién se encuentra a la puerta?

SIR TOBIÁS Un caballero.

OLIVIA ¡Un caballero! ¿Qué caballero?

SIR TOBIÁS Un caballero que... (*hipa*), ¡mala peste se lleve a esos arenques en escabeche! (*A FIESTAS*.) ¿Qué hay, bobo?

FIESTAS ¡Amable, sir Tobías!

OLIVIA Tío, tío, ¿cómo habéis caído tan temprano en ese estado de inconciencia?

SIR TOBÍAS ¿Insolencia? ¡Muerte a la insolencia! Alguien está a la puerta.

OLIVIA Sí, lo sé. ¿De quién se trata?

SIR TOBÍAS Del diablo en persona, si así lo prefiere, No me importa. Dadme la fe, digo yo. Bueno, a mí me da igual.

Sale SIR TOBÍAS seguido de MARÍA.

OLIVIA ¿A qué se parece un borracho, bufón?

FIESTAS A un ahogado, a un tonto y a un loco. Una copa de más lo vuelve tonto, la segunda lo enloquece y la tercera lo ahoga.

OLIVIA Pues ve y busca al forense, que atienda a mi tío, pues se encuentra este en el tercer grado de la borrachera: ahogado. Anda, vigílalo.

FIESTAS Apenas llega a loco, madona; pero el bufón cuidará del loco.

Sale y entra MALVOLIO.

MALVOLIO Señora, el joven que está a la puerta jura que habrá de hablaros. Le dije que estabais indispuesta; afirma saberlo y ser tal la causa de que quiera hablaros. Le dije que estabais dormida; parece haberlo presentido también y, por lo mismo, viene a hablaros. ¿Qué decirle, señora? Llega preparado contra toda negativa.

OLIVIA Decidle que no hablará conmigo.

MALVOLIO Así se le ha comunicado. Responde que permanecerá a vuestra puerta como el poste de un alguacil y será la pata de un banco, pero os hablará.

OLIVIA ¿Qué género de hombre es?

MALVOLIO Pues del género humano.

OLIVIA ¿Cómo se conduce?

MALVOLIO De muy mala manera, pues habrá de hablaros lo queráis o no.

OLIVIA ¿Qué apariencia y años tiene?

MALVOLIO Ni los suficientes para llegar a hombre, ni escasos para quedarse en muchachillo. Es como la vaina antes de madurar los guisantes, o como la manzana antes de su sazón. Está en el punto justo entre el adolescente y el hombre. Es muy bien parecido y habla con suma impertinencia. Se diría que aún tiene la leche materna en los labios.

OLIVIA Que entre. Llamad a mi doncella.

MALVOLIO ¡Doncella, mi señora os llama!

Sale y entra MARÍA.

OLIVIA Dadme mi velo. Vamos, pónmelo sobre el rostro. Una vez más oiremos la embajada de Orsino.

Entra VIOLA.

VIOLA ¿Quién es la honorable señora de esta casa?

OLIVIA Habladme; contestaré por ella. ¿Qué deseáis?

VIOLA Radiante, exquisita e incomparable belleza... Os ruego me digáis si ante mí tengo a la dueña de esta casa, pues nunca la he visto. Odiaría desaprovechar mi discurso, pues aparte de estar bien escrito, mucho esfuerzo me costó el memorizarlo. Amables bellezas, no me expongáis a la burla, pues soy muy sensible, incluso al menor de los desaires.

OLIVIA ¿De dónde venís, señor?

VIOLA Poco puedo decir, aparte de lo que he estudiado, y esa pregunta se sale de mi papel. Gentil dama, dadme una seguridad, no importa cuán pequeña, de que sois la dueña de esta casa, y procederé con mi discurso.

OLIVIA ¿Sois un actor?

VIOLA No, penetrante corazón; y sin embargo, por los dientes mismos de la malicia, juro no ser el que interpreto. ¿Sois la señora de la casa?

OLIVIA Si no me usurpo a mí misma, lo soy.

VIOLA Con toda certeza que, si los sois, os usurpáis, pues aquello que es vuestro para otorgar no es vuestro para negarlo. Pero esto no corresponde a mis instrucciones. Procederé a mi discurso en vuestro elogio, y luego os mostraré la esencia de mi mensaje.

OLIVIA Id directamente a la parte importante, que os dispense de todos los elogios.

VIOLA Ah, me tomé mucho trabajo en aprenderlo y, además, es muy poético.

OLIVIA Con mayor razón será fingido; os lo ruego, prescindid de él. Supe que a mis puertas os mostrasteis impertinente; si os he permitido la entrada, más ha sido por curiosidad que por escucharos. Si no estáis loco, idos; si gozáis de razón, sed breve. No estoy lo bastante lunática como para participar en un diálogo tan volátil.

MARÍA (*Enseñándole la salida.*) ¿Izaréis velas, señor? He ahí vuestro camino.

VIOLA No, mi querido marinero, pienso estar al paio aquí un poco más de tiempo.
¡Gentil señora, por favor, pacificad a vuestro gigante!

OLIVIA Decidme qué tenéis en mente.

VIOLA Soy un mensajero.

OLIVIA De seguro que algo terrible queréis comunicarme, a juzgar por lo alarmante de vuestro preámbulo. Cumplid vuestro oficio.

VIOLA Solo a vuestro oído concierne. No traigo declaración de guerra alguna, ni exijo tributo. En mi mano viene el olivo. Mis palabras están por igual llenas de paz y de importancia.

OLIVIA Y no obstante eso, habéis comenzado rudamente. ¿Quién sois? ¿Qué deseáis?

VIOLA La rudeza en mí surgida la aprendí de la recepción que se me ha dado. En cuanto a quién soy y a lo que quiero, cosas son tan secretas como la virginidad: para vuestros oídos, palabras divinas; para todos los otros, profanas.

OLIVIA Dejados solos. (*Salen MARÍA y súbditos.*) Escuchemos ese verbo sacro. Bien, señor, ¿y vuestro texto?

VIOLA Dulcísima señora...

OLIVIA Consoladora doctrina, de la que mucho podría decirse. ¿Dónde está vuestro texto?

VIOLA En el corazón de Orsino.

OLIVIA ¡En su corazón! ¿Y en qué capítulo de su corazón?

VIOLA Para responderos con vuestro método, diré que en el primero.

OLIVIA Oh, ya lo he leído y es herejía pura. ¿Tenéis algo más que agregar?

VIOLA Bondadosa señora, permitidme ver vuestro rostro.

OLIVIA ¿Os ha encargado vuestro señor de negociar con mi cara? Habéis abandonado vuestro texto. Sin embargo, correremos las cortinas y os mostraremos el cuadro. (*Se quita el velo.*) Ved, señor, un reciente retrato mío. ¿Qué os parece?

VIOLA Excelente trabajo... si todo él es obra de Dios.

OLIVIA Son colores firmes, señor. Resistirán el viento y la lluvia.

VIOLA Ah, belleza de admirable fundido,

cuyos rojos y blancos ha tendido
la suave y sabia mano de la Naturaleza.
Señora, si a la tumba llevarais estos dones
sin darle copia al mundo,
la más cruel seríais de todas las mujeres.

OLIVIA ¡Oh, señor, no tendré el corazón tan duro! Daré distintas listas de mis encantos. Harase un inventario y en mi testamento detallaremos cada partícula y cada utensilio. Digamos, artículo: dos labios bastante rojos; artículo: dos ojos grises, con sus correspondientes pestañas; artículo: un cuello, una barbilla y así por el estilo. ¿Os enviaron a tasarme?

VIOLA Ya comprendo lo que sois: demasiado orgullosa.
Mas bella sois aunque el diablo fuerais.
Mi amo y señor os ama y ese amor
merece recompensa incluso si corona
de hermosura sin par a vos os dieran.

OLIVIA ¿De qué modo me ama?

VIOLA Con adoración, con lágrimas fértiles,
con gemidos que atruenan el amor,
con suspiros de fuego.

OLIVIA Mi mente sabe vuestro amo: no puedo amarlo.
Supóngolo virtuoso, sé que es noble,
de rango elevado, de juventud fresca y limpia,
docto, valiente, bien nacido, bien conceptuado
y por las proporciones y formas de su cuerpo,
una persona agraciada. Mas no puedo amarlo.
Tiempo ha debió haber aceptado esta respuesta.

VIOLA Si os amara con el fuego de mi amo,
con igual sufrimiento y vivir tan apagado,
no encontraría sentido en tal rechazo,
no lo comprendería.

OLIVIA Pues ¿qué haríais?

VIOLA Construir a vuestra puerta de sauce una cabaña
y visitar mi alma en vuestra casa;
a mi amor despreciado componerle canciones
y en voz alta cantarlas
incluso en lo más negro de la noche;
al eco de las colinas lanzar vuestro nombre

y hacer que el murmurante parloteo del aire
gritara «¡Olivia!». Ah, no encontraríais reposo
entre el aire y la tierra
a menos que de mí os apiadarais.

OLIVIA Mucho podríais hacer. ¿Y vuestro origen?

VIOLA Superior a mi fortuna y, no obstante, mi condición es buena. Soy hidalgo.

OLIVIA Id con vuestro señor. No puedo amarlo.

Que a nadie más me envíe... a menos que, por suerte,
volváis para informarme
el modo en que ha tomado mi respuesta.
Que os vaya bien. Quiero agradeceros
vuestro interés. Gastad esto a mi nombre.

VIOLA No soy, señora, mensajero a sueldo.

Apartad vuestra bolsa,
que es mi señor, no yo quien merece recompensa.
Quiera el amor volver de pedernal
el corazón de aquel a quien améis,
y que vuestro fervor
reciba menosprecio, como el de mi señor.
Adiós, belleza cruel.

Sale.

OLIVIA «¿Y vuestro origen?»

«Superior a mi fortuna y, no obstante,
mi condición es buena. Soy hidalgo.»
Juraré que lo sois:
lengua, rostro, miembros, actos y espíritu
blasonan cinco veces tu presencia.
Mas cuidemos la prisa: ¡calma, calma!
Si el amo fuera el sirviente. ¿Qué ocurre?
¿Con tanta rapidez viene el contagio?
Paréceme sentir que de este joven
por mis ojos penetran con malicia invisible
y sutil sus perfecciones. Pues bien, que así sea.
¡Eh, Malvolio!

Entra MALVOLIO.

MALVOLIO Aquí estoy, señora, a vuestro servicio.

OLIVIA Corre tras ese agrío mensajero,

el sirviente del duque. Aquí dejó este anillo
pese a mis objeciones. Dile que no lo quiero.
Aconséjale que no dé ínfulas al duque
ni fomente su esperanza: no soy para él.
Si mañana quisiera visitarme ese joven,
le daré mis razones. Ve, Malvolio.

MALVOLIO Enseguida, señora.

Sale.

OLIVIA No sé lo que me hago y temo que mis ojos
en demasía alaben a mi mente.
Sino, muestra tu fuerza,
que el hombre no dispone de sí mismo.
Lo que está decretado cumplirse de cierto.
Así sea, pues así está dispuesto.

Sale.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

La costa. Entran ANTONIO y SEBASTIÁN.

ANTONIO ¿No deseáis quedaros más tiempo? ¿Tampoco queréis que os acompañe?

SEBASTIÁN Por vuestra paciencia, no. Mi estrella brilla oscuramente sobre mí, y la mala influencia de mi signo podría infectar el vuestro. Por tanto, os pido venia para sufrir mis males solo, pues triste recompensa para vuestra amistad sería que alguno de ellos cayera sobre vos.

ANTONIO Al menos, decidme adónde os dirigís.

SEBASTIÁN Por mi fe que no, señor. Mi empeñoso viaje es simple vagabundeo. Mas percibo en vos un toque de delicadeza que os impide procurar arrancarme aquello que en mí deseo guardar; por lo mismo, mi buena crianza oblige a explicarme. Sabed entonces, Antonio, que me llamo Sebastián y no Rodrigo. Fue mi padre aquel Sebastián de Masalina de quien seguro estoy habéis oído hablar. Al morir, dejonos en el mundo a mí y a una hermana, ambos nacidos a la misma hora. ¡Hubiera querido el cielo que a la misma hora peciéramos! Mas vos, señor, alterasteis esto, pues una hora después de que me salvasteis de las olas del mar, mi hermana moría ahogada.

ANTONIO ¡Triste día!

SEBASTIÁN Dama a quien, señor, pese a decirse que grandemente se me parecía, muchos consideraban hermosa. Mas aunque no deseo permitirme creer demasiado en eso, sí afirmaré con franqueza que poseía un alma a la cual la envidia misma consideraría bella. Ahogada está ya, señor, en agua amarga, pese a que pueda parecer que ahogando estoy su recuerdo con más agua amarga.

ANTONIO Perdonad, señor, lo menguado de mi hospitalidad.

SEBASTIÁN Ah, buen Antonio: disculpad los problemas que os he causado.

ANTONIO Si no deseáis herirme en mi amistad, permitidme ser vuestro sirviente.

SEBASTIÁN Si no queréis deshacer lo que habéis hecho —es decir, matar a quien habéis salvado—, no insistáis. Adiós de una vez. Lleno está mi pecho de ternura, y tan próximo me encuentro a la sensibilidad de mi madre, que a la menor ocasión mis ojos traicionan mis sentimientos. Me encamino a la corte del duque Orsino. Adiós.

ANTONIO ¡Que el favor de los dioses te acompañe!
Muchos enemigos tengo en la corte de Orsino;
de otro modo, pronto allí me verías.
Mas pase lo que pase, tal es por ti mi aprecio
que he de seguirte, haciendo del peligro desprecio.

ESCENA II

Entran VIOLA y MALVOLIO por distintas puertas.

MALVOLIO ¿No estabais hace un momento con la condesa Olivia?

VIOLA Así es, señor. Debido a lo moderado de mi paso, no he pasado de aquí.

MALVOLIO Bien, señor, pues os devuelve este anillo. Podríais haberme evitado molestias tomándolo vos mismo. Agrega mi señora, además, que impongáis a vuestro amo la desesperada certeza de que nada quiere saber de él. Una cosa más: que jamás tengáis la osadía de volver si se trata de este asunto, excepto para informarla cómo le sentó al duque el mensaje. Tomad el anillo.

VIOLA Ella lo aceptó de mí: no lo quiero.

MALVOLIO Vamos, señor, que se lo habéis arrojado groseramente, y es su voluntad que se os devuelva de igual manera. (*Lanza el anillo a los pies de VIOLA.*) Si vale la pena recogerlo, allí lo tenéis, ante vuestros ojos; de otro modo, que sea de quien lo encuentre.

Sale.

VIOLA Anillo ninguno dejé con ella:

¿qué pretende la dama? ¡No quiera la fortuna
que mi exterior pueda haberla hechizado!

Y sin embargo, mucho me miraba;
tanto, que los ojos le perturbaron la lengua,
pues hablaba a tropezones, como distraída.

De seguro me ama y su pasión la lleva
este ardid a inventar para invitarme
a través de este rudo mensajero.

¿Que no quiere el anillo de mi amo?

Ninguno le ha enviado.

Yo soy el elegido. Si es así, y así es,
¡triste dama! Mejor haría en amar un sueño.

Disfraz, comprendo ahora que eres un pecado
del cual ventaja obtiene el Enemigo.
¡Cuán fácil le es al bello engañador
imprimir su figura
en la cera dócil de un corazón femenino!
Ay, que es nuestra fragilidad la causa,
no nosotras:
somos aquello que ser nos ha hecho.
¿En qué acabará todo?
Si mi señor la quiere tiernamente,
prendado me he de él yo, mísero monstruo,
y Olivia, equivocada, prendado se ha de mí,
según parece.
¿Cómo terminaremos? Siendo hombre,
no hay esperanza en el amor que siento;
en tanto que mujer —¡ay, triste día!—
¡cuántos suspiros vanos arrancaré a Olivia!
Ay, tiempo, tócate a ti desenredar el nudo,
pues para mí resulta demasiado oscuro.

Sale.

ESCENA III

Entran SIR TOBÍAS y SIR ANDRÉS.

SIR TOBÍAS Acercaos, sir Andrés. No estar en la cama después de medianoche equivale a levantarse temprano, y *diluculo surgere*, ya lo sabéis...

SIR ANDRÉS No, por mi fe, no lo sé. Mas sé que levantarse tarde significa levantarse tarde.

SIR TOBÍAS Falsa conclusión. La odio tanto como una copa vacía. Estar de pie después de medianoche y, entonces, irse a la cama, es retirarse temprano; por tanto, irse a la cama después de medianoche significa acostarse temprano. ¿No está compuesta nuestra vida de los cuatro elementos?

SIR ANDRÉS Por mi fe que tal se dice, pero pienso que más bien la componen el comer y el beber.

SIR TOBÍAS Sois un sabio. Por tanto, comamos y bebamos. ¡Eh, Mariana, una jarra de vino!

Entra el BUFÓN.

SIR ANDRÉS ¡Por mi fe, aquí llega el bufón!

BUFÓN ¡Hola, corazoncitos! ¿Nunca visteis el retrato de «nosotros tres»?^[54]

SIR TOBÍAS Bienvenido, asno. Y ahora, unas coplas.

SIR ANDRÉS Por mi fe que este bufón tiene una voz excelente. Daría cuarenta chelines por poseer sus piernas y un modo de cantar tan dulce como el suyo. En verdad que anoche te mostraste muy chocarrero hablando de Pigrogromitus, de los vapianos pasando el equinoccio de Queubus. Estuvo muy bien, en verdad que muy bien. Te envié seis peniques para tu amiga, ¿los recibiste?

BUFÓN Embuchaqué tu gentileza: porque la nariz de Malvolio no es el mango de un látigo, mi señora tiene la mano blanca y los mirmidones no son cervecerías.

SIR ANDRÉS ¡Excelente! ¡Caramba, es la mejor bufonería, después de todo! ¡Y, ahora, una canción!

SIR TOBÍAS Vamos he aquí seis peniques a cambio de una canción.

SIR ANDRÉS Y seis peniquillos más de mi parte: si un caballero da un...

BUFÓN ¿Qué preferís, una canción de amor o una canción dedicada a la buena vida?

SIR TOBÍAS Una canción de amor, una canción de amor.

SIR ANDRÉS Eso es, eso es, que nada me interesa una vida buena.

BUFÓN (*Canta.*)

Oh, amada mía, ¿dónde te encuentras?

Detente y oye: tu amor te canta

con voces altas, con voces bajas.

No intentes irte, mi dulce prenda,
entre unos brazos la senda acaba,

y hasta los tontos
esto lo captan.

SIR ANDRÉS ¡En verdad, excelente!

SIR TOBÍAS ¡Bien, muy bien!

BUFÓN

¿Qué es amor? Aún no ha llegado.
Ría hoy de hoy la alegría,
que el mañana no es seguro

y en la espera no hay riqueza:
ven y bésame, bien mío,
que los años pronto pesan.

SIR ANDRÉS Una voz meliflua, por mi fe de caballero.

SIR TOBÍAS Un aire contagioso.

SIR ANDRÉS Muy dulce y contagioso, en verdad.

SIR TOBÍAS Si oyéramos por la nariz, melodioso sería el contagio. ¿Y si bailamos la danza del cielo? ¿Despertaremos al búho nocturno con un canon que extraiga la tres almas de un tejedor? ¿Qué os parece?

SIR ANDRÉS Si me apreciáis, hagámoslo. Soy un buen lebrel de aires.

SIR TOBÍAS Por la Virgen, señor, y aires hay que capturan lebreles.

SIR ANDRÉS Desde luego. Que nuestro aire sea: «Tú, bribón».

BUFÓN ¿«Guardad la calma, bribón», caballero? Me veré obligado a llamarte bribón, caballero.

SIR ANDRÉS No será la primera vez que obligue a alguien a llamarme bribón. Comienza, bribón. La canción dice «Guardad la calma».

BUFÓN Nunca comenzaré si guardo la calma:

SIR ANDRÉS Bien contestado, por mi fe. Vamos, comienza.

Cantan. Entra MARÍA.

MARÍA ¿Qué concierto de maullidos es este? Si mi señora no ha llamado a su mayordomo, Malvolio, para pedirle que os eche a la calle, no volváis a confiar en mí.

SIR TOBÍAS Mi señora es una cataya, nosotros unos políticos, Malvolio un *Peg-a-Ramsey* y (*cantando*) «nosotros tres alegres compadres». ¿No somos consanguíneos? ¿No tenemos la misma sangre? Tonterías. ¡Señora! (*Canta.*) Vivía un hombre en Babilonia, señora, señora.

BUFÓN Dios me condene, cuán admirablemente burlón se muestra el caballero.

SIR ANDRÉS Sí, no lo hace mal cuando está en la disposición adecuada; y yo tampoco. Él lo cumple con mayor gracia y yo con mayor naturalidad.

SIR TOBÍAS (*Cantando.*) Ah, el doce de diciembre...

MARÍA ¡Por el amor de Dios, haya paz!

Entra MALVOLIO.

MALVOLIO ¿Estáis locos, señores míos? ¿Qué os ocurre? ¿Carecéis de sentido común, modales y decencia que así armáis una batahola digna de un calderero soldador a estas horas de la noche? ¿Tenéis la casa de mi señora por una cervecería, que así chilláis vuestras coplas de zapateros remendones sin mitigar o paliar la voz? ¿No sabéis respetar el lugar, las personas y el tiempo?

SIR TOBÍAS Señor, en nuestras canciones sí respetamos el tiempo. ¡Id a que os ahorquen!

MALVOLIO Sir Tobías, debo ser franco con vos. Mandóme deciros mi señora que, si bien os acoge como pariente, de ninguna manera es aliada de vuestros desórdenes. Si podéis separaros de vuestro mal comportamiento, bienvenido sois en esta casa. De otra manera, y si a bien tenéis despediros, muy dispuesta se encuentra a deciros adiós.

SIR TOBÍAS (*Cantando.*) Adiós, querido corazón, puesto que partir es necesario.

MARÍA No prosigáis, mi amable sir Tobías.

BUFÓN (*Cantando.*) Dicen sus ojos que contados están sus días.

MALVOLIO ¿Será posible?

SIR TOBÍAS (*Cantando.*) Mas nunca moriré.

BUFÓN (*Cantando.*) Sir Tobías, en ello mentís.

MALVOLIO Gran crédito os da esto.

SIR TOBÍAS (*Cantando.*) ¿Le pediré que se marche?

BUFÓN (*Cantando.*) ¿Y si lo hacéis?

SIR TOBÍAS (*Cantando.*) ¿Le pediré que se marche sin contemplaciones?

BUFÓN (*Cantando.*) Oh, no, no, no, no, no os atreveréis.

SIR TOBÍAS ¿A destiempo, señor? ¡Mentís! ¿Sois algo más que un mayordomo? ¿Pensáis que por ser vos virtuoso no habrá ya pasteles y cerveza?

BUFÓN Así es, por santa Ana; y además, el jengibre nos quemará la boca.

SIR TOBÍAS Cierto estás. (*A MALVOLIO.*) Id, señor, a limpiar vuestra cadena con migajas de pan. ¡María, una jarra de vino!

MALVOLIO Señorita María, si algo más que desprecio sentís por los deseos de mi señora, no os volváis cómplice de esta conducta indebida. ¡Sabrá de esto por mí mismo!

Sale.

MARÍA Id a sacudir vuestras orejas.

SIR ANDRÉS Retarlo a duelo y, a continuación, romper la promesa y dejarlo como un tonto, sería una acción tan buena como beber cuando se tiene hambre.

SIR TOBÍAS Hazlo, caballero. Te escribiré una nota de desafío; o de viva voz le haré saber tu indignación.

MARÍA Amable sir Tobías, sed paciente por esta noche. Desde que el joven mensajero del duque estuvo con mi señora, la encuentro muy inquieta. En cuanto al señor Malvolio, dejádmelo a mí. Si no me burlo de él ejemplarmente, si no lo vuelvo el hazmerreír general, negadme la capacidad de tenderme a lo largo en mi cama. Sé que puedo llevarlo a cabo.

SIR TOBÍAS Dadnos los hechos; vamos, dadnos los hechos. Informadnos acerca de él.

MARÍA Por la Virgen, señor, que en ocasiones parece un puritano.

SIR ANDRÉS Oh, si creyera eso, lo golpearía como a un perro.

SIR TOBÍAS ¿Cómo, por ser un puritano? ¿Qué razón exquisita tienes para ello, querido caballero?

SIR ANDRÉS Ninguna razón exquisita tengo para ello, y sí razones suficientes.

MARÍA Es un diablo de puritano o cualquier otra cosa constantemente; un mero sirviente, un asno pretencioso que de memoria aprende frases altisonantes y las suelta en ringleras. Tan infatuado está consigo mismo, tan atiborrado se piensa de excelencias, que tiene como acto de fe que quien lo mira no puede sino amarlo. Justo en tal vicio hallará mi venganza terreno para cumplir su oficio.

SIR TOBÍAS ¿Qué harás?

MARÍA Dejaré caer en su camino algunas cartas de amor misteriosas; en ellas, por el color de su barba, la forma de sus piernas, su modo de andar, la expresión de sus ojos, su frente y su fisonomía, se verá claramente descrito. Puedo escribir de modo muy parecido a mi señora, vuestra sobrina. Cuando se trata de algún asunto olvidado, difícilmente alcanzamos a diferenciar nuestras escrituras.

SIR TOBÍAS Excelente. Y huelo una trampa.

SIR ANDRÉS En la nariz la tengo también yo.

SIR TOBÍAS Gracias a las cartas que dejarás caer, pensaré que mi sobrina le ha

escrito y se encuentra enamorada de él.

MARÍA Tal es el color que mi caballo tiene.

SIR ANDRÉS Y vuestro caballo hará de él un asno.

MARÍA Asno en verdad, no lo dudo.

SIR ANDRÉS ¡Ah, cuán admirable!

MARÍA Deporte real, os lo aseguro: sé que mi medicina obrará en él. Os ocultaré — y que el bufón sea el tercero— allí donde Malvolio encontrará la carta. Observad el modo en el cual la interpreta. Por lo que a esta noche toca, vayamos a la cama y soñemos con el resultado. Adiós.

Sale.

SIR TOBÍAS Buenas noches, Pentesilea.

SIR ANDRÉS ¡Por Dios que es una moza excelente!

SIR TOBÍAS Es una lebrellilla de pura sangre, y me adora. ¿Qué opinas de ello?

SIR ANDRÉS También alguna vez me adoraron.

SIR TOBÍAS Vayamos a la cama, caballero. Necesitas enviar por más dinero.

SIR ANDRÉS Si no logro obtener a vuestra sobrina, mucho he perdido el camino.

SIR TOBÍAS Envía a buscar dinero, caballero. Y si al final de todo no la has conseguido, llámame jamelgo.

SIR ANDRÉS Si no lo hago, no volváis a confiar en mí y tratadme como queráis.

SIR TOBÍAS Vamos, vamos, calentemos y especiemos unos vasos de vino español, que es demasiado tarde ya para ir a la cama. Vamos, caballero, vamos.

Salen.

ESCENA IV

*Aposento en el palacio del duque.
Entran el DUQUE, VIOLA, CURIO y otros.*

ORSINO Dadme música. Y ahora, amigos, buenos días.

Buen Cesáreo, dame aquella balada,
aquella antigua y vieja balada que anoche escuchamos,
pues pienso que alivió mi pasión en gran manera;
más, mucho más que esos aires ligeros

de frase artificiosa,
de presencia frecuente en estos tiempos
veloces e inconstantes.
Vamos, tan solo un verso.

CURIO Perdone, su señoría, pero no está aquí quien debiera cantarlo.

ORSINO ¿Quién era?

CURIO Fiestas, milord; un loco con quien mucho gozaba el padre de lady Olivia.
Debe de andar por algún lugar del palacio.

ORSINO Buscadlo. Y en el mientras, tocad la melodía.

Sale Curio. Música.

Acércate, muchacho. Si en el amor cayeras
y hundido en sus dulces sufrimientos te encontraras,
acuérdate de mí,
que todos los amantes verdaderos
a mí se parecen: inconstantes, caprichosos
en todas sus acciones salvo guardar la imagen
de aquella criatura a la que aman.
¿Qué piensas de este aire?

VIOLA Es eco verdadero de aquel trono
donde el amor se sienta.

ORSINO Hablado has con maestría.
La vida apostaría a que tus ojos,
siendo tan joven tú, se han ya fijado
en algún rostro bello que los ha complacido.
¿No ocurre así, muchacho?

VIOLA Un poco, si os place.

ORSINO ¿Qué clase es de mujer?

VIOLA Se os parece.

ORSINO Indigna es, pues, de ti. ¿Y qué edad tiene?

VIOLA Más o menos la vuestra.

ORSINO ¡Por los cielos que es demasiado vieja!
La mujer debe siempre
hombre buscar que en edad la supere
y, adaptándose a él, en equilibrio

guardarle el corazón. Porque, muchacho,
por mucho que podamos alabarnos,
más volubles, vehementes, inconstantes e inciertos
resultan los afectos de los hombres
que los de las mujeres,
gastándose y perdiéndose primero.

VIOLA Piénsolo así, señor.

ORSINO Búscate entonces un amor más joven
o no podrá tu afecto resistir las presiones:
las mujeres son rosas cuyo aroma
maduro es una vez y se desploma.

VIOLA Tal es la realidad; ay, que tal sea:
morir cuando la perfección campea.

Entran CURIO y FIESTAS.

ORSINO ¡A ver, amigo, la canción de anoche!
Escúchala, Cesáreo, que antigua es y sencilla;
las hilanderas y las tejedoras
que el sol toman,
y las doncellas libres que del hilo la urdimbre
con bolillo de hueso van haciendo
acostumbran cantarla: ingenua es su verdad:
con suavidad entrega del amor la inocencia,
como en los viejos tiempos.

FIESTAS ¿Estáis listo, señor?

ORSINO Sí. Canta, te suplico.

Música.

FIESTAS (*Cantando.*)

Apresúrate, muerte, ven a mí:
bajo un triste ciprés dame cobijo;
apresúrate, aliento, ve de mí:
una doncella cruel me ha destruido.
Ah, y preparadme un blanco sudario
de tejo revestido,
que la parte de muerte que me toca
nadie tan fiel ha compartido.
No permitas flor, flor dulce ninguna
sobre el negro ataúd donde me halle;

ni permitas, amigo, amigo que salude
mi cadáver allí donde mi cuerpo acabe.
Y entonces, por ahorrarnos mil suspiros,
hazme yacer en donde
ningún triste amante mi tumba encuentre,
que allí llore.

ORSINO (*Dando dinero* a FIESTAS.) Toma, por tus molestias.

FIESTAS Ninguna me ha causado, señor. Cantar me place.

ORSINO Págote entonces el placer.

FIESTAS Cierto es, mi señor, que tarde o temprano todo placer se paga.

ORSINO Permíteme ahora el salir permitirte.

FIESTAS Que el dios melancólico te proteja, y el sastre haga tu jubón de tafeta tornasolada, ya que tu mente es, en verdad, un ópalo. Quisiera que hombres tan constantes como tú se hicieran a la mar, pues cualquier cosa sería de su interés y su atención en todas partes estaría: justo eso permite siempre hacer un buen viaje de nada. Adiós.

Sale.

ORSINO Y todos los demás, salid también.

Salen CURIO y los otros.

Una vez más, Cesáreo,
ve donde aquella cruel soberana.
Dile que mi amor, más noble que el mundo,
saber no quiere de tierras fangosas.
Di a Olivia que los dones por la fortuna dados
veleidosos parecen cual la fortuna misma:
si algo atrae mi alma es el milagro
de esa perla real con que natura
la ha adornado.

VIOLA Señor, ¿y si no puede amaros?

ORSINO No acepto tal respuesta.

VIOLA Mas debéis aceptarla. Decid que alguna dama,
y acaso incluso exista,
por vuestro amor se duela como vos por Olivia:
no podríais amarla y así se lo diríais.
Y entonces ¿deberá de negarse a la respuesta?

ORSINO No hay pecho de mujer que soportara
de una pasión tan fuerte como aquella
puesta por el amor en mi persona
el latir.
No hay pecho de mujer que tal abarque:
de retención carecen.
Llamar puedes su amor un apetito
del paladar venido —y no del hígado—,
que se sacia, se hastía y se rebela.
Hambriento como el mar resulta el mío
y tanto como el mar digerir puede.
No compares entonces
aquel amor de una mujer venido
con el que a Olivia debo.

VIOLA Y pese a todo sé...

ORSINO ¿Saber? ¿Qué sabes?

VIOLA Sé demasiado bien cuánto amor pueden
expresar por los hombres las mujeres.
En verdad, tan fiel su corazón es como el nuestro.
A un hombre amó una hija de mi padre
como amaros pudiera, milord, si mujer fuera.

ORSINO ¿Y su historia?

VIOLA Un vacío, señor:
nunca habló de su amor y aquel engaño,
en el capullo de aquella flor gusano oculto,
el rosa consumió de su mejilla:
presa en sus pensamientos y en su melancolía
verdosa y amarilla,
al dolor sonreía hecha estatua
de la Resignación. ¿No es amor esto?
Los hombres mucho hablamos y mucho prometemos,
pero en verdad mostramos más de lo que sentimos,
y si mucho probamos con nuestros juramentos,
muy poco es lo cumplido en nuestros sentimientos.

ORSINO Y tu hermana, ¿murió de amor, muchacho?

VIOLA Todas las hijas soy en la casa de mi padre y todos los hermanos: ignórolo, no obstante. ¿Iré donde la dama?

ORSINO Claro, tal es el tema.

Deprisa, donde ella; dale esta joya y jura
que mi amor nada cede, ni negación apura.

Salen.

ESCENA V

*Entran SIR TOBÍAS, SIR ANDRÉS
y FABIÁN.*

SIR TOBÍAS Adelante, signior Fabián.

FABIÁN Llego, llego: si me pierdo un mínimo de esta broma, que me cuezan hasta la muerte en melancolía.

SIR TOBÍAS ¿No te alegraría ver cubierto de vergüenza a este cicatero y ruin hipocritón?

FABIÁN Mi querido muchacho: exultaría. Recuerda que por su culpa perdí el favor de la señora cuando aquella pelea de osos aquí habida.

SIR TOBÍAS Para irritarlo, volveremos a traer el oso y pondremos a Malvolio de colores con nuestras bromas. ¿No es así, sir Andrés?

SIR ANDRÉS Si no hacemos tal, que ninguna piedad se nos tensa.

Entra MARÍA.

SIR TOBÍAS Aquí viene nuestra maquinadora. ¿Qué hay contigo, mi metal de la India?

MARÍA Rápido, ocultaos los tres en aquel bosquecillo, que Malvolio se acerca por este sendero. Lleva media hora al sol, practicando poses con ayuda de su sombra. Observadlo, por amor de la burla, pues esta carta lo convertirá en un idiota contemplativo. ¡Escondeos, en bien de la mofa! (*Los hombres se esconden: MARÍA deja caer una carta.*) Queda ahí, pues se acerca la trucha que capturaremos haciéndole cosquillas.

Sale. Entra MALVOLIO.

MALVOLIO Es cuestión de suerte; todo es cuestión de suerte. María me dijo en cierta ocasión que la señora me admiraba. Yo mismo la he escuchado casi afirmar esto: de enamorarse, lo haría de alguien con mi naturaleza. Además, se dirige a mí con respeto mayor del dado a cualquier otro a su servicio. ¿Qué pensar de esto?

SIR TOBÍAS ¡Qué bellaco más presuntuoso!

FABIÁN ¡Silencio! Contemplarse a sí mismo lo ha convertido en un ganso presumido: ¡cómo se pavonea bajo esas plumas erizadas!

SIR ANDRÉS ¡Por la luz divina, no me costaría nada romperle los huesos!

SIR TOBÍAS ¡Silencio, digo!

MALVOLIO ¡Llegar a ser el conde Malvolio!

SIR TOBÍAS ¡Ah, truhán!

SIR ANDRÉS ¡Disparadle, disparadle!

SIR TOBÍAS ¡Silencio, silencio!

MALVOLIO Ejemplo hay de esto: la dama de Strachy casó con el ujier del guardarropa.

SIR ANDRÉS ¡Vergüenza de él, Jezabel!

FABIÁN ¡Silencio, por favor! Ved cuán ensimismado se encuentra: ved cómo lo hincha su imaginación.

MALVOLIO A los tres meses de estar casado con ella, y sentado en mi trono...

SIR TOBÍAS ¡Ah, qué diera por tener una honda con cuya piedra golpearlo en un ojo!

MALVOLIO Llamar a mi alrededor a mis servidores. Vestiría yo una bata de terciopelo rameado, pues vendría de reposar en mi sofá, sobre el cual habría dejado a Olivia dormida...

SIR TOBÍAS ¡Fuego y salitre!

FABIÁN ¡Silencio, silencio!

MALVOLIO Y entonces, gozar de mi autoridad. Tras observar gravemente a los allí reunidos, para indicarles que conozco mi posición, tal y como ellos deberán conocer la suya, pedirles que llamen a mi pariente Tobías.

SIR TOBÍAS ¡Grilletes y cadenas!

FABIÁN ¡Silencio, por favor, silencio! ¡Oíd, oíd!

MALVOLIO Siete de mi séquito, con pronta obediencia, van en su busca. En el mientras, frunzo el entrecejo, y acaso le doy cuerda a mi reloj, o jugueteo con mi (*Se toca la cadena.*)... con alguna joya costosa. Tobías se acerca, hace una reverencia ante mí...

SIR TOBÍAS ¿Y seguirá vivo este individuo?

FABIÁN ¡Silencio todavía, aunque sea una tortura mantenerlo!

MALVOLIO Le tenderé la mano de esta manera, temperando mi sonrisa familiar con una austera mirada de autoridad...

SIR TOBÍAS ¿Y no te dará entonces Tobías un golpe en los labios?

MALVOLIO Y le diré: «Primo Tobías, dado que la fortuna de haberme unido a vuestra sobrina me permite la prerrogativa de esta charla...».

SIR TOBÍAS ¿Y bien, y bien?

MALVOLIO «Debéis corregir vuestro vicio de emborracharos.»

SIR TOBÍAS ¡Fuera contigo, roñoso!

FABIÁN Vamos, paciencia, o romperemos los nervios de nuestro plan.

MALVOLIO «Además derrocháis el tesoro de vuestro tiempo con un caballero idiota...»

SIR ANDRÉS Ese soy yo, os lo garantizo.

MALVOLIO «Un tal sir Andrés.»

SIR ANDRÉS Sabía que se trataba de mí, pues muchos me llaman idiota.

MALVOLIO (*Que ve la carta.*) ¿Y qué tenemos aquí?

FABIÁN Está ya la chocha cerca de la trampa.

SIR TOBÍAS ¡Silencio, por favor! ¡Y ojalá el espíritu de lo caprichoso lo haga leer en voz alta!

MALVOLIO (*Recogiendo la carta.*) ¡Por mi vida, se trata de la letra de mi señora! Así traza sus ces, sus oes, sus eñes; y hace sus pes mayúsculas. Ridículo sería dudarle.

SIR ANDRÉS ¿Sus C, sus O, sus Ñ? ¿Por qué así?

MALVOLIO (*Leyendo.*) «A mi bienamado desconocido, esta carta y mis mejores deseos.» ¡Justo su modo de hablar! Con tu permiso, cera, así, suavemente. Y he aquí la Lucrecia con que suele sellar sus cartas. ¡Se trata de mi señora! ¿A quién habrá dirigido esta?

Abre la carta.

FABIÁN Conquistado queda, hígado y todo.

MALVOLIO (*Leyendo.*)

«Júpiter sabe que amo.

Mas ¿a quién?
Labios, guardad el secreto;
nadie lo debe saber.»

¡«Nadie lo debe saber»! ¿Qué sigue? ¡El metro cambia!
¡«Nadie lo debe saber»! ¡Si se tratara de ti, Malvolio!

SIR TOBÍAS ¡Por la Virgen, que te cuelguen, tejón!

MALVOLIO (*Leyendo.*) «Puedo ordenar allí donde adoro;
mas el silencio, cuchillo asesino,
con golpe exangüe el corazón me rompe
y M. O. A. I. en mi vida gobierna.»

FABIÁN ¡Grandioso enigma!

SIR TOBÍAS Y excelente moza, agregó yo.

MALVOLIO «Y M. O. A. I. en mi vida gobierna.» Pero, primero, veamos, veamos,
veamos.

FABIÁN ¡Qué plato de veneno le ha aderezado!

SIR TOBÍAS ¡Y con qué alas tan dispuestas el cernícalo se lanza sobre él!

MALVOLIO «Puedo ordenar allí donde adoro.» Y ella puede mandarme: la sirvo, es
mi señora. Está claro para cualquier inteligencia normal. Ningún obstáculo
encuentro en esto. Veamos el final: ¿qué significará tal secuencia
alfabética? ¡Si pudiera descubrir algo que a mi se refiriera! ¡Con calma!
«M. A. O. I.»

SIR TOBÍAS ¡Oh, ah, resuélvelo! El rastro se le enfría.

FABIÁN El perro ladrará su descubrimiento, aunque confunda el rastro de una zorra
con el de un conejo.

MALVOLIO «M»... ¡Malvolio! ¡«M»! ¡Vaya, si así comienza mi nombre!

FABIÁN ¿No dije que lo resolvería? El gozque sobresale en acertar equivocándose.

MALVOLIO «M»... Pero luego no hay lógica en la secuencia, pues no resiste la
prueba: debiera seguir una «A», mas «O» es lo que viene.

FABIÁN Y en O terminará, espero yo. ^[55]

SIR TOBÍAS ¡Más vale, pues de otra manera lo golpearé hasta hacerlo gritar Oh!

MALVOLIO Después tenemos una «I».

FABIÁN ¡Y si ojos tuvieras a la espalda, más desgracias verías a tus talones que

fortunas delante!

MALVOLIO «M. O. A. I.» Este acertijo se diferencia del anterior. Y sin embargo, de presionarlo un poco, cederá, pues cada una de esas letras aparece en mi nombre. ¡Calma! Viene prosa. (*Lee.*) «Si este billete cae en tus manos, reflexiona. A causa de mi estrella me encuentro por encima de ti; mas no tengas miedo de la grandeza. Algunos nacen grandes, otros logran la grandeza y a otros más les cae en los brazos. Tu sino te tiende las manos: permite que tu sangre y tu espíritu lo abracen, y para habituarte a lo que seguramente serás, elimina tu humilde piel y aparece con un aspecto nuevo. Sé hostil con cierto pariente, rudo con los sirvientes. Permite que tu lengua resuene con temas elevados; viste de un modo afectado; así te lo aconseja quien por ti suspira. Recuerda quién alabó tus medias amarillas y deseaba verte con jarreteras cruzadas; y lo repito: recuerda. Vamos, tu fortuna está hecha si así lo deseas. De otra manera, sigue de mayordomo, de compañero de los sirvientes e indigno de tocar los dedos de la fortuna. Adiós. La que quisiera servirte en lugar de verse servida por ti. La infeliz afortunada.»

¡La luz del día y un campo raso no son más claros! Evidente resulta. Me mostraré orgulloso, leeré autores políticos, trataré a sir Tobías con desdén, limpiareme de toda compañía grosera: seré al pie de la letra el hombre aquí descrito. No me estoy cegando, permitiendo que la imaginación me engañe, pues todo razonamiento lleva al mismo punto: mi señora me ama. Hace poco alabó mis medias amarillas y ensalzó mis jarreteras cruzadas, manifestando así su amor por mí y, mediante esta especie de mandato, me indica cómo vestir a su gusto. Doy gracias a mis estrellas y soy feliz. Ahora, me mostraré altanero y atrevido, llevaré medias amarillas y jarreteras cruzadas y lo haré lo antes posible. ¡Loados sean Júpiter y mis estrellas! Pero aún queda un *post scriptum*. (*Lee.*) «Imposible te será no adivinar quién soy. Si respondes a mi amor, házmelo saber con tu sonrisa, que tu sonrisa te sienta bien. Por tanto, cuando estés en mi presencia, sonrío siempre, mi dulce cariño, que así te lo ruego.» ¡Gracias, Júpiter! Sonreiré, haré todo aquello que me pidas.

Sale.

FABIÁN No renunciaría a mi parte en este engaño ni aunque el Sofí me ofreciera una pensión de mil libras.

SIR TOBIÁS Sería capaz de casarme con esta moza por haber ideado esto.

SIR ANDRÉS Igual digo.

SIR TOBIÁS No pidiéndole más dote que otra broma de este tipo.

SIR ANDRÉS Tampoco yo.

Entra MARÍA.

FABIÁN He aquí que llega mi noble cazabobos.

SIR TOBÍAS ¿Pondrías tu pie sobre mi cuello?

SIR ANDRÉS ¿O sobre el mío?

SIR TOBÍAS ¿Apostaré mi libertad a obtener un tres en los dados, y me convertiré en tu esclavo?

SIR ANDRÉS ¿Y yo también, por mi fe?

SIR TOBÍAS Lo has hundido en tal sueño, que cuando la imagen de este lo abandone, de seguro se volverá loco.

MARÍA Vamos, decidme la verdad: ¿produjo sobre él el efecto esperado?

SIR TOBÍAS Como el aguardiente en una comadrona.

MARÍA Si queréis ver los frutos de la broma, observadlo la primera vez que se acerque a mi señora: vendrá vistiendo medias amarillas, color que ella odia; traerá jarreteras cruzadas, moda que ella detesta; le sonreirá, lo cual, dada la melancolía a la que se muestra tan adicta mi señora, mal se avendrá a tal disposición de ánimo, haciéndolo sujeto de un desprecio terrible. Si queréis ver todo esto, ¡seguidme!

SIR TOBÍAS ¡Hasta las puertas del Tártaro, diablesa de admirable ingenio!

SIR ANDRÉS Yo os sigo también.

Salen.

TERCER ACTO

ESCENA I

*En el jardín de OLIVIA.
Entran, por distintos lugares, VIOLA y el BUFÓN.
Este toca una flauta y un tamboril.*

VIOLA ¡Dios te guarde, amigo, y a tu música también! ¿Vives del tabor?

BUFÓN No, señor, vivo arrimado a la iglesia.

VIOLA ¿Eres eclesiástico?

BUFÓN Nada por el estilo, señor. Vivo arrimado a la iglesia porque vivo en mi casa, y mi casa está al lado de la iglesia.

VIOLA En tal caso, bien podrías decir que el rey se acuesta con un mendigo, si este mora cerca de aquel; o que la iglesia se apoya en vuestro tabor, dado que este vive arrimado a ella.

BUFÓN Vos lo habéis dicho, señor. ¡Qué tiempos! Una oración es, para un ingenio alerta, como un guante de cabritilla... ¡Con qué facilidad se lo vuelve por el revés!

VIOLA Sí, verdad es: quienes juegan sutilmente con las palabras pueden pervertirlas con rapidez.

BUFÓN Hubiera preferido entonces que mi hermana careciera de nombre, señor.

VIOLA ¿Por qué, amigo mío?

BUFÓN Vaya, señor, porque su nombre es una palabra, y el jugar con esta pudiera pervertir a mi hermana. Pero, a decir verdad, las palabras son unas bribonas, ya que las promesas las deshonoran.

VIOLA ¿Y las razones de esto, amigo?

BUFÓN Por mi fe, señor, que ninguna puedo daros sin pronunciar palabras, y estas han vuéltose tan falsas, que aborrezco el probar mis razones con ellas.

VIOLA En verdad que sois un tipo divertido, que de nada se preocupa.

BUFÓN No ocurre así, señor, pues algo me preocupa. Ahora bien, por mi conciencia que de vos no me preocupo. Si esto significa no preocuparse de nada, señor, quisiera que ello os volviera invisible.

VIOLA ¿No sois el bobo de lady Olivia?

BUFÓN En verdad que no, señor, pues lady Olivia no padece de bobera. No desea tener bobo en casa hasta que se case; los bobos son a los esposos lo que las sardinas a los arenques: los maridos son más gruesos. En verdad que no soy su bobo, sino su corruptor de palabras.

VIOLA Últimamente os vi donde el duque Orsino.

BUFÓN La tontera, señor, camina por el orbe como el sol, y en todas partes brilla. Sentiría, señor, que el bufón estuviera tanto tiempo con vuestro amo como con mi señora: creo haber visto a vuestra cordura allí.

VIOLA Ah, no, si tratáis de embromarme, os abandono. Esperad, tomad para vuestros gastos (*le da una moneda*).

BUFÓN ¡Que Júpiter, en su próximo envío de cabellos, os conceda una barba!

VIOLA Os juro, por mi fe; que ansío una... (*aparte*) aunque no quisiera verla crecer sobre mi mentón. ¿Está vuestra señora en casa?

BUFÓN (*Mirando la moneda.*) Señor, ¿no habrían tenido descendencia un par de estas?

VIOLA Desde luego, siempre y cuando las mantuvierais juntas y las prestarais con usura.

BUFÓN Haría el papel de Pándaro de Frigia, señor, con tal de conseguirle una Crésida a este Troilo.

VIOLA Os entiendo, señor; bien mendigado (*le da otra moneda*).

BUFÓN Creo yo que la cuestión no tiene mayor importancia, señor; mendigar una mendiga. Crésida era una mendiga. Mi señora está dentro, señor. Informareles de dónde venís, pues saber quién sois y qué deseáis se encuentra por encima de mi esfera. Podría haber dicho de mi «elemento», pero se ha abusado de esta palabra.

Sale.

VIOLA Este amigo tiene la cordura suficiente para hacer bien de loco, pues ingenio requiere el cumplir sin tropiezos con la parte: observar debe el humor de aquel de quien se burla, la calidad de las personas, las circunstancias y, como el halcón zahareño, vigilar toda pluma que bajo el ojo caiga. Se trata de un oficio tan lleno de trabajos como el hacer del sabio:

cabe en él la locura que sabiamente muestra;
si el sabio da en locura, su locura no es diestra.

Entran SIR TOBÍAS y SIR ANDRÉS.

SIR ANDRÉS Dios os guarde, caballero.

VIOLA Y a vos también, señor.

SIR ANDRÉS *Dieu vous garde, monsieur.*

VIOLA *Et vous aussi: votre serviteur.*

SIR ANDRÉS Así lo espero, señor; yo soy el vuestro.

SIR TOBÍAS ¿Iréis hasta la casa? Mi sobrina desea que entréis; si es con ella vuestro negocio.

VIOLA A vuestra sobrina me dirijo; quiero decir, ella es la meta de mi viaje.

SIR TOBÍAS Probad vuestras piernas, señor: ponedlas en movimiento.

VIOLA Mis piernas me entienden mejor, señor, de lo que yo entiendo lo que queréis decir al pedirme que pruebe mis piernas.

SIR TOBÍAS Quiero decir vayamos, señor, entremos.

VIOLA Responderé yendo y entrando; sin embargo, se nos han anticipado. (*Entran OLIVIA y MARÍA.*) ¡Dama excelente y llena de virtudes, los cielos lluevan aromas sobre vos!

SIR ANDRÉS Este joven es un cortesano fuera de serie: «llover aromas»..., tomo nota.

VIOLA La cuestión que a vos me trae, señora, no tiene voz sino para vuestro atento y receptivo oído.

SIR ANDRÉS «Aromas», «atento», «receptivo»: memorizaré los tres para una ocasión propicia.

OLIVIA Cerrad la puerta del jardín, y dejadme conceder audiencia. (*Salen SIR TOBÍAS, SIR ANDRÉS y MARÍA.*) Señor, dadme vuestra mano.

VIOLA Mi deber, madame, y mi más humilde servicio.

OLIVIA ¿Cuál es vuestro nombre?

VIOLA Cesáreo es el nombre de vuestro servidor, bella princesa.

OLIVIA ¿Mi servidor, señor? Nunca feliz fue el mundo desde que al falso elogio

el nombre de cumplido quiso darse:
sirviente sois del duque Orsino, mozo.

VIOLA Y siendo el vuestro él, vuestro es el suyo:
que el servidor de vuestro servidor
es vuestro servidor, señora.

OLIVIA En cuanto a él, no está en mis pensamientos.
Y de sus pensamientos,
los quisiera vacíos y no llenos de mí.

VIOLA Señora, es en bien suyo
que vuestro pensamiento alertar quiero.

OLIVIA ¡Oh!, por vuestra gentileza, callad!
Os suplico que de él jamás volváis a hablarme.
Ahora bien, si cambiáis de cortejo,
oír preferiría vuestro nuevo llamado
y no de las esferas la música venida.

VIOLA Mi querida señora...

OLIVIA Atendedme un instante, os lo ruego:
tras el último encanto que aquí hicisteis
envié un anillo en vuestro seguimiento,
abusando con ello
de mí, de mi servidor e incluso de vos, temo.
A vuestro duro juicio he de atenerme,
que con un vergonzante subterfugio
a tomar os forcé lo que no es vuestro.
¿Qué pensaréis de mí?
¿No habréis puesto mi honor en la picota,
para acosarlo entonces
con esos pensamientos sin mordaza
por vuestro duro corazón pensados?
A quien tan bien comprende, bastante se ha mostrado.
Una gasa mi corazón oculta,
no un pecho. Por lo tanto, hablad, que os escuche.

VIOLA Os tengo compasión.

OLIVIA Paso es ya hacia el amor.

VIOLA Paso ninguno es, pues se sabe
que despertarnos suele piedad el enemigo.

OLIVIA Tiempo es entonces, me parece,
de sonreír de nuevo.
¡Ah, mundo, para el pobre
cuán fácil es ceder ante el orgullo!
¡Si presa se ha de ser, cuánto mejor
que ante el lobo caer, caer ante el león!

Suena un reloj.

El reloj me reprocha el tiempo que he perdido...
Nada temáis, amable joven:
nada quiero de vos. Y sin embargo,
cuando a su sazón lleguen ingenio y juventud,
digno será el hombre que coseche vuestra esposa.
He ahí vuestro camino: el oeste.

VIOLA ¡Pues entonces, busquemos el oeste!
Que la gracia y la buena disposición vigilen
a vuestra señoría. ¿No quisierais, madame,
algo decir al duque a través mío?

OLIVIA Esperad:
decidme, os lo ruego, lo que pensáis de mí.

VIOLA Que pensáis no ser lo que sois.

OLIVIA Si tal pienso, de vos igual opino.

VIOLA Razón tenéis entonces, pues no soy lo que soy.

OLIVIA Ojalá fuerais lo que quisiera veros ser.

VIOLA ¿Acaso sería mejor, madame, de lo que soy?
Ojalá se pudiera, por no fungir de tonto.

OLIVIA (*Aparte.*) ¡Oh, cuán bello parece ese desprecio
en el desdén y enojo de su labio!
Más lenta es en mostrarse una culpa asesina
que un amor aparentemente oculto.
La noche del amor es mediodía...
Cesáreo, por las rosas de toda primavera,
la virtud, el honor, la verdad y todo junto,
ámote a pesar de todo tu orgullo
y ni con mi razón ni con mi ingenio
disimular consigo mi pasión.
No extraigas tus razones de esta cláusula,

pues causa no te da el que yo te ame.
Eslabona más bien tu razón y así razona:
si bueno es el amor que se procura,
mejor el que se tiene sin pedirlo.

VIOLA Juro por mi inocencia y por mi juventud que un solo corazón y un solo pecho,
y una sola verdad en mí poseo
que a ninguna mujer he concedido;
y ninguna será de esto la dueña,
salvo yo.
Así, buena señora, adiós.
Nunca más ante vos
lloraré con los ojos de mi dueño.

OLIVIA Vuelve, no obstante, que quizá consigas que de mi amor se prenda tu corazón, que hoy aborrece.

Salen.

ESCENA II

Entran SIR TOBÍAS, SIR ANDRÉS y FABIÁN.

SIR ANDRÉS No, por mi fe, ni un minuto más aguardaré.

SIR TOBÍAS Tu razón, querido veneno; dame tu razón.

FABIÁN Es necesario que confeséis vuestra razón, sir Andrés.

SIR ANDRÉS Por la Virgen, vi a vuestra sobrina concederle más favores al servidor del duque de los que nunca me concediera. Lo vi en el jardín.

SIR TOBÍAS Dime, mi viejo, ¿y no te vio mientras ocurría eso?

SIR ANDRÉS Tan claramente como en este instante os veo.

FABIÁN Fue esa una enorme prueba de amor hacia vos.

SIR ANDRÉS ¡Por la luz del cielo! ¿Me creéis un asno?

FABIÁN Probaré la legitimidad de mi afirmación, señor mío, con base en los testimonios del juicio y de la razón.

SIR TOBÍAS Que ya eran grandes jueces mucho antes de ser Noé marino.

FABIÁN Si pareció preferir aquel joven cuando vos mirabais, fue por exasperaros,

por despertar vuestro valor dormido, por poner fuego en el corazón y azufre en el hígado. Debisteis acercaros a ella y, con ayuda de algunas bromas excelentes, recién acuñadas, haber reducido a ese joven al silencio. He aquí lo que de vos se esperaba, y no supisteis cumplir. Permitisteis que el tiempo se llevara en sus aguas esta oportunidad doblemente dorada, y ahora navegáis al norte de la estima de mi señora, donde quedaréis colgado como un carámbano de la barba de un holandés, a menos que os redimáis mediante algún hecho loable, sea de valentía, sea político.

SIR ANDRÉS Si algo obtengo, deberá ser mediante el valor, pues odio la política: preferiría ser un brownista que un intrigante.

SIR TOBÍAS Pues entonces, erige tu fortuna sobre la base de ese valor. Reta a ese joven del duque a pelear contigo y hiérello en once sitios diferentes: mi sobrina tomará nota de tal hecho. Y recuerda, no hay en el mundo mensaje de amor que mejor ensalce a un hombre a ojos de una mujer que el saberlo esta valeroso.

FABIÁN No os queda más camino que este, sir Andrés.

SIR ANDRÉS ¿Quién de vosotros le llevará mi desafío?

SIR TOBÍAS Ve y escríbelo con mano fiera. Muéstrate agresivo y breve. Lo espiritual no importa si hay elocuencia y originalidad. Insúltalo con toda la libertad que da la tinta. No estará de más que lo tutees hasta tres veces y llámalo mentiroso en tantas ocasiones como lo permita tu hoja de papel, sin importar que sus dimensiones fueran suficientes para cubrir el lecho de Ware en Inglaterra. Vamos a la obra. Que en tu tinta haya hiel bastante, aunque escribas con la pluma de un ganso, que eso no importa. Vamos, a la obra.

SIR ANDRÉS ¿Dónde os encontraré?

SIR TOBÍAS Te buscaremos en tu dormitorio. ¡Ve!

Sale SIR ANDRÉS.

FABIÁN Ese maniquí os es caro, sir Tobías.

SIR TOBÍAS Caro le he sido yo, muchacho, que le he costado casi dos mil libras.

FABIÁN Nos dará una misiva desusada, que vos no entregaréis.

SIR TOBÍAS No volváis a confiar en mí si tal hiciere; además, por todo medio provocaré al joven para que responda. Pienso que ni halándolos con bueyes y cuerdas lograremos unirlos. En cuanto a Andrés, si al abrirlo encontráis en su hígado sangre suficiente para pegar la pata de una mosca, me comeré

el resto del cadáver.

FABIÁN Por otra parte, su oponente, el joven, no muestra en el rostro mayores señales de crueldad.

Entra MARÍA.

SIR TOBÍAS Mirad donde viene el reyezuelo más pequeño de la nidada.

MARÍA Si gustáis de la alegría y queréis reiros hasta doleros el costado, seguidme. Ese crédulo de Malvolio se ha vuelto un pagano, un renegado de su fe, pues no hay cristiano que, deseando salvarse por una creencia ortodoxa, acepte sugerencias tan burdas e imposibles. ¡Viste medias amarillas!

SIR TOBÍAS ¿Y lleva jarreteras cruzadas?

MARÍA ¡De lo más abominables! Parece un pedante que mantuviera escuela en la iglesia. Le he seguido la pista como si fuera su asesino. Ha obedecido en todos los puntos la carta que dejé caer para engañarlo. Sonríe hasta poner en su cara más líneas de las que tiene el nuevo mapa con el aumento de las Indias. Jamás habéis visto cosa semejante. Apenas puedo contenerme de lanzarle objetos a la cabeza. Estoy segura de que mi señora lo golpeará: y si lo hace, él sonreirá, pensando haber recibido un gran favor.

SIR TOBÍAS ¡Vamos, vamos, llévanos a donde está!

Salen todos.

ESCENA III

Entran SEBASTIÁN y ANTONIO.

SEBASTIÁN Si por mi voluntad hubiera sido,
esta molestia no os hubiera dado;
mas ya que halláis placer en molestaros,
dejaré de reñiros.

ANTONIO Imposible me fue detrás quedarme:
mi deseo,
más agudo que un acero afilado,
me empujaba adelante.
Y no fue solo el ansia de miraros
(aunque bastado hubiera para un viaje más largo);
temí también que algo aconteciera
siendo vos ignorante de estas tierras,

las cuales a un extraño sin guía y sin amigos
a menudo resultan inhóspitas y rudas.
Mi bien dispuesto afecto,
por estos argumentos del miedo apresurado,
me indujo a perseguiros.

SEBASTIÁN Mi inestimable Antonio,
¿qué otra respuesta podría daros
sino gracias y gracias otra vez
y nuevamente gracias?
Suele ocurrir que las buenas acciones
reciban como pago tales falsas monedas;
mejor trato hallaríais si mi fortuna fuera,
cual mi conciencia firme. ¿Qué podemos hacer?
¿De esta ciudad veremos los sitios de interés?

ANTONIO Señor, tal vez mañana.
Conviene que os busquemos primero alojamiento.

SEBASTIÁN No me encuentro cansado; lejana está la noche.
Os ruego, por lo tanto, que demos a los ojos
satisfacción mirando todos los monumentos
y puntos de renombre que a la ciudad afaman.

ANTONIO Que comprendáis os pido:
no puedo, sin peligro, caminar estas calles.
Del duque las galeras combatí en el pasado,
siendo tan señalados mis servicios,
que de verme tomado prisionero
difícil la respuesta me sería.

SEBASTIÁN Acaso de su gente matasteis un buen número.

ANTONIO De tal naturaleza mi ofensa no ha pecado,
si bien las circunstancias del tiempo y la pelea
a la sangre argumento pudieran haber dado.
El devolver al duque el botín que tomamos
fuera cabal respuesta: pensando en el comercio,
casi todos lo hicieron así en nuestra ciudad.
Mas me mantuve aparte y por tal causa,
si llegan a apresarme en este sitio,
caro habré de pagarlo.

SEBASTIÁN No caminéis, entonces, sin tomar precauciones.

ANTONIO Mal me acomodaría.

Mas aguardad, señor; he aquí mi bolsa.
Hallaréis el mejor alojamiento
en la venta llamada El Elefante,
al sur de la ciudad. Contrataré hospedaje
mientras pasáis el tiempo alimentando
vuestros conocimientos con las vistas del pueblo.
Allí me encontraréis.

SEBASTIÁN ¿Por qué a mí vuestra bolsa?

ANTONIO Pudiera suceder que vuestros ojos
alguna baratija descubrieran
que comprar desearais: no supongo
que dinero tengáis para objetos inútiles.

SEBASTIÁN Cuidaré vuestra bolsa y os dejo por una hora.

ANTONIO No olvidéis donde estoy: El Elefante.

SEBASTIÁN Lo recuerdo.

Salen por lugares distintos.

ESCENA IV

*El jardín de Olivia.
Entran OLIVIA y MARÍA.*

OLIVIA (*Aparte.*) Lo he mandado llamar; acaso venga.
Pero entonces ¿cómo festejarlo? ¿Qué ofrecerle?
Porque la juventud suele comprarse
y no obtenerse por préstamos o ruegos.
Mucho elevo mi voz...
¿Y dónde está Malvolio? Es grave y mesurado:
y, en tanto que sirviente,
casa muy bien con mi fortuna.
Y entonces ¿dónde está Malvolio?

MARÍA Aquí llega, señora, pero con un aire muy extraño. De seguro que está
poseso.

OLIVIA ¿Cómo, qué sucede? ¿Delira?

MARÍA No, señora, se limita a sonreír. Haría bien vuestra señoría en tener cerca

quien la proteja cuando Malvolio venga: de seguro este hombre se encuentra tocado del cerebro.

OLIVIA Pídele que se acerque. (*Sale MARÍA.*) Si la locura triste y la locura alegre son iguales, tan loca como él estoy. (*Entran MALVOLIO y MARÍA.*) ¿Qué hay, Malvolio?

MALVOLIO ¡Amable, señora, ah, ah!

OLIVIA ¿Sonríes? He enviado por ti en un momento triste.

MALVOLIO ¿Triste, señora? Podría sentirme triste: estas jarreteras cruzadas algo obstruyen el paso de la sangre. Pero ¿qué importa? Si complacen los ojos de cierta persona, puedo repetir lo que dice aquella canción: «Places a una, places a todas».

OLIVIA ¿Cómo vas, amigo? ¿Qué sucede contigo?

MALVOLIO No tengo negra el alma, aunque amarillas tenga las piernas.^[56] Sí, llegó a sus manos y las órdenes serán cumplidas. Pienso que conocemos esa suave letra romana.

OLIVIA ¿No deseas acostarte, Malvolio?

MALVOLIO ¿Acostarme? Claro que sí, corazón mío; y me llegaría a ti.

OLIVIA ¡Dios te dé alivio! ¿Por qué sonríes de esa manera y te besas la mano tan a menudo?

MARÍA ¿Cómo os sentís, Malvolio?

MALVOLIO ¿Preguntáis? ¡Sí, claro, los ruiñones responden a las cornejas!

MARÍA ¿Por qué aparecéis ante mi señora con esa impertinencia ridícula?

MALVOLIO «No tengas miedo de la grandeza»: bien escrito estuvo.

OLIVIA ¿Qué quieres decir con ello, Malvolio?

MALVOLIO «Algunos nacen grandes...»

OLIVIA ¿Eh?

MALVOLIO «Otros logran la grandeza...»

OLIVIA ¿Qué dices?

MALVOLIO «Y a otros más les cae en los brazos.»

OLIVIA ¡Los cielos te curen!

MALVOLIO «Recuerda quién alabó tus medias amarillas...»

OLIVIA ¿Tus medias amarillas?

MALVOLIO «Y deseaba verte con jarreteras cruzadas.»

OLIVIA ¿Jarreteras cruzadas?

MALVOLIO «Vamos, tu fortuna está hecha si así lo deseas...»

OLIVIA ¿Mi fortuna está hecha?

MALVOLIO «De otra manera, sigue de mayordomo.»

OLIVIA Vaya, se trata de una verdadera locura de verano.

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIENTE Señora, ha vuelto el joven caballero que atiende al duque Orsino. Me fue muy difícil hacerlo venir. Espera las órdenes de vuestra señoría.

OLIVIA Voy a su encuentro. (*Sale el SIRVIENTE.*) Mi querida María, que atiendan a nuestro amigo. ¿Dónde está mi tío Tobías? Que algunas personas de casa tengan con él un cuidado especial. ¡Ni por la mitad de mi dote quisiera que sufriera algún daño!

Salen OLIVIA y MARÍA en direcciones opuestas.

MALVOLIO Así que ¿comienzas a comprender quién soy? ¡Nada menos que sir Tobías para cuidarme! Esto coincide plenamente con la carta: lo envía a mí de propósito para que me muestre con él altivo; a ello me invita en la carta. «Elimina tu humilde piel —dice—, sé hostil con cierto pariente, permite que tu lengua resuene con temas elevados, viste de un modo afectado»; y por lo mismo, me indica cómo hacerlo: poner el rostro grave, el porte digno, el hablar lento, a imitación de un personaje importante. La he atrapado, mas fue mérito de Júpiter y a Júpiter debo las gracias. Y ahora, cuando salía, dijo «Que atiendan a nuestro amigo». ¡«Amigo»! No ya Malvolio, no ya de acuerdo con mi puesto, sino «amigo». Vaya, todo se va enlazando, de modo que ni un dracma de un escrúpulo, ni un escrúpulo de un escrúpulo, ni un obstáculo, ni circunstancia increíble o insegura alguna —¿qué decir?—, nada que pueda ser podrá interponerse entre yo y el total cumplimiento de mis esperanzas. Mas a decir verdad, Júpiter, y no yo, es el hacedor de todo esto; a él deben ir las gracias.

Entran SIR TOBIÁS, FABIÁN y MARÍA.

SIR TOBIÁS En el nombre de la santidad, decidme: ¿dónde se encuentra? He de hablarle aunque todos los diablos del infierno se hallen confinados en tan pequeño espacio y la legión misma lo haya poseído.

FABIÁN Helo aquí, helo aquí. ¿Cómo os va, señor? ¿Cómo os va, amigo?

MALVOLIO Idos, os echo. Dejadme gozar de mi soledad. ¡Idos!

MARÍA ¡Ah, cuán cavernosa la voz con que el demonio habla dentro de él! ¿No os lo dije? Sir Tobías, mi señora os ruega que cuidéis de él.

MALVOLIO (*Aparte.*) ¡Ajá! Tal ha dicho, ¿eh?

SIR TOBÍAS ¡Vamos, vamos, haya calma! Hemos de tratarlo suavemente. Dejadme hacer. ¿Cómo te encuentras, Malvolio? ¿Cómo van las cosas contigo? ¡Anda, hombre, desafía al diablo! Piensa que se trata de un enemigo de la humanidad.

MALVOLIO ¿Sabéis lo que estáis diciendo?

MARÍA ¡Observad cuán a pechos se toma el que habléis mal del diablo! ¡Quiera Dios que no se encuentre embrujado!

FABIÁN Llevad su orina a la curandera.

MARÍA Por la Virgen que tal haré mañana por la mañana, si aún estoy viva. Mi señora no quisiera perderlo por nada del mundo.

MALVOLIO ¿Cómo así, señorita?

MARÍA ¡Oh, Dios!

SIR TOBÍAS Ten calma, te lo ruego. Este no es el modo de hacerlo. ¿No ves que lo inquietas? Déjame encargarme de ello.

FABIÁN No hay más camino que la dulzura. Con suavidad, con suavidad: ese demonio es violento y no gusta de la violencia.

SIR TOBÍAS Y bien, ¿cómo va todo, mi hermoso gallito? ¿Cómo te sientes, palomito?

MALVOLIO ¡Señor!

SIR TOBÍAS Vamos, pollito, ven conmigo. Pero hombre, que no va con tu dignidad jugar matatena con Satanás. ¡Ahorca a ese sucio carbonero!

MARÍA Obligadlo a decir sus oraciones, sir Tobías, obligadlo a rezar.

MALVOLIO ¡Mis oraciones, mala pécora!

MARÍA No, os lo aseguro, nada quiere saber de la religión.

MALVOLIO ¡Id todos a que os ahorquen! Sois criaturas vacuas y superficiales; no pertenezco a vuestro elemento. Ya sabréis de mí enseguida.

Sale.

SIR TOBÍAS ¿Será posible?

FABIÁN Si montaran esto en la escena hoy día, condenaría la pieza por considerarla una ficción imposible.

SIR TOBÍAS Su espíritu mismo se ha contagiado de nuestra estratagema, camarada.

MARÍA Sigámoslo, no vaya a ocurrir que a la estratagema le dé una corriente de aire y se eche a perder.

FABIÁN En verdad que lo volveremos loco.

MARÍA Más tranquila quedará la casa.

SIR TOBÍAS Vamos, lo meteremos atado en un cuarto oscuro. Mi sobrina lo cree loco ya. Mantengamos el engaño por darnos placer y por castigarlo, hasta que nuestra burla, agotado su impulso, nos lleve a tener piedad de él, momento en el cual pondremos el truco a la vista de todos y quedes coronada como descubridora de locos. Mas ¡mirad, mirad quién viene!

Entra SIR ANDRÉS.

FABIÁN ¡Más diversión para una mañana de mayo!

SIR ANDRÉS He aquí mi reto; leedlo: os garantizo que está lleno de vinagre y pimienta.

FABIÁN ¿Tan picante es?

SIR ANDRÉS Ah, lo es, os lo garantizo; leedlo y veréis.

SIR TOBÍAS Dámelo. (*Leyendo.*) «Joven, quienquiera que seas, no pasas de ser un individuo miserable.»

FABIÁN Bien dicho y con valentía.

SIR TOBÍAS «No te sorprendas, no te preguntes con admiración la causa de que así te llame, pues ninguna explicación habré de darte.»

FABIÁN Una buena nota, pues con ella evitáis el golpe de la ley.

SIR TOBÍAS «Vienes a casa de lady Olivia y esta, ante mis propios ojos, te trata con gentileza. Pero mientes con toda la garganta: no es tal la causa de mi desafío.»

FABIÁN Muy al punto y por su sentido perfecta (*aparte*)... mente vacía.

SIR TOBÍAS «Te acecharé cuando vuelvas a casa; si ocurriera que por azar me mataras...»

FABIÁN ¡Excelente!

SIR TOBÍAS «Me matarías como un pillo y un villano.»

FABIÁN Seguís manteniéndoos a barlovento de la ley: muy bien.

SIR TOBÍAS «Que te vaya bien ¡y Dios tenga piedad de una de nuestras almas! Tal vez sea de la mía, aunque mejor suerte espero, así que cuídate. Tu amigo, según lo trates, y tu enemigo jurado. Andrés Aguecheek.»

Si esta carta no lo sacude, tampoco lo moverán sus piernas. Se la entregaré.

MARÍA Buena ocasión tenéis de ello, pues se encuentra platicando con mi señora y no tardará en salir.

SIR TOBÍAS Anda, sir Andrés, y aguárdalo en la esquina del jardín como si fueras un corchete. En cuanto lo veas, desenvaina y, al desenvainar, jura del modo más horrible posible: suele acontecer que un juramento terrible, expresado en un acento donde lo fanfarrón resuena, dé a la bravura mayor reputación que la obtenida mediante grandes pruebas. ¡Ve!

SIR ANDRÉS En cuanto a jurar, nadie me gana.

Sale.

SIR TOBÍAS No, no entregaré esta carta. La conducta de ese joven caballero es índice de su capacidad y buena educación, por igual confirmándolo su papel de intermediario entre su señor y mi sobrina. Por consiguiente, y siendo esta carta de una ineptia perfecta, ningún terror provocará en el joven, quien la supondrá venida de un zopenco. Sin embargo, señor, transmitiré el reto de viva voz, atribuyendo a Aguecheek fama de valeroso, para inducir en el caballero (y sé que su juventud la recibirá crédula) la opinión más espantosa sobre su rabia, su destreza, su furia y su impetuosidad. Tal temor provocará esto en ambos, que se matarán con la simple mirada, como basiliscos.

Entran OLIVIA y VIOLA.

FABIÁN Helo que llega con vuestra sobrina. Dejémoslos solos hasta que él se despida; luego, seguidlo.

SIR TOBÍAS En el mientras idearé un mensaje horrible que sirva de desafío.

Salen SIR TOBÍAS, FABIÁN y MARÍA.

OLIVIA Demasiado he dicho a un pecho de piedra y descuidada he sido en exponer mi honor.

Algo dentro reprueba la falta cometida,
pero potente y pertinaz es esta
al grado de mofarse del reproche.

VIOLA Las penas que a mi amo aquejan
de vuestra pasión la conducta imitan.

OLIVIA Tomad esta joya y llevadla al cuello,
que oculta mi retrato. No rechacéis tenerla;
pues carece de lengua que pueda importunaros.
Y os ruego que volváis mañana.
¿Qué pedirme podríais que negaros pudiera
mientras mi honor a salvo se encontrara?

VIOLA Nada sino el amor sincero que mi señor espera.

OLIVIA ¿Y cómo con mi honor habré de darle
lo que a vos he ya dado?

VIOLA Os absuelvo.

OLIVIA Bueno, vuelve mañana; y que te vaya bien.
Demonio eres que mi alma
bien pudieras llevarte hasta el infierno.

Sale.
Entran SIR TOBÍAS y FABIÁN.

SIR TOBÍAS Dios te guarde, caballero.

VIOLA Y a vos también, señor.

SIR TOBÍAS Escúdate en aquella defensa de la que dispongas. Ignoro la naturaleza de las ofensas que le has hecho, mas tu enemigo, lleno de aversión, sanguinario como un cazador, te aguarda en el extremo del jardín. Desenfunda tu estoque, sé pronto en tus preparativos pues tu atacante es rápido, diestro y mortal.

VIOLA Os confundís, señor. Seguro estoy de que ninguna persona tiene motivo de pelea conmigo: mi memoria está libre y limpia de cualquier asomo de ofensa que pueda haber hecho a hombre alguno.

SIR TOBÍAS Descubriréis que no es así, os lo aseguro. Por tanto, si en algo estimáis vuestra vida, poneos en guardia, pues vuestro adversario tiene en sí todo aquello que la juventud, el vigor, la habilidad y la rabia dar pueden a un hombre.

VIOLA Decidme, os lo ruego, de quién se trata.

SIR TOBÍAS De un caballero armado con una espada virgen y en un salón lleno de tapices, pero que es un demonio en sus querellas privadas. Tres almas ha divorciado de sus cuerpos. Y tal es su exasperación en este momento, que solo podrán satisfacerlo las ansias de muerte y el sepulcro. Venga lo que viniere es su divisa: dar o recibir.

VIOLA Regresaré a la casa y pediré de la dueña alguna escolta. No soy duelista. A mis oídos ha llegado que cierta clase de hombres retan de propósito a otros, por sujetar a prueba su valor: acaso sea este un hombre de tal peculiaridad.

SIR TOBÍAS No, señor: su indignación deriva de una ofensa indiscutible. Así pues, adelante y complacedlo en su deseo. No regresaréis a la casa, a menos que conmigo cumpláis aquello que con mayor seguridad responderíais a él; por tanto, adelante o desnudad la espada, pues batiros debéis sin duda alguna, a menos que juréis jamás volver a llevar un arma.

VIOLA Tan incivil como extraño me parece todo esto. Os ruego que tengáis la cortesía de preguntarle al caballero cuál ha sido mi ofensa, que pienso venida de mi negligencia, no de mi intención.

SIR TOBÍAS Así lo haré. Signior Fabián, permaneced con este caballero hasta mi regreso.

Sale SIR TOBÍAS.

VIOLA Por favor, señor, decidme qué sabéis de este asunto.

FABIÁN Sé que el caballero está enfurecido con vos, al grado de buscar esta lucha a muerte, mas ignoro el resto de las circunstancias.

VIOLA Os ruego, decidme, ¿qué clase de hombre es?

FABIÁN Si os atenéis a la apariencia externa, nada veréis de aquella promesa maravillosa que en él encontraréis cuando sujeta a prueba su valor. En verdad, señor, se trata del oponente más diestro, sanguinario y mortal que os haya sido posible encontrar en toda Iliria. ¿Deseáis que nos acerquemos a él? Procuraré conciliarlos.

VIOLA Mucho os lo agradeceré. Prefiero ir con el señor sacerdote que con el señor caballero; y en nada me preocupa que sepan de mi temple.

Salen.

Entran SIR TOBÍAS y SIR ANDRÉS.

SIR TOBÍAS Ah, amigo mío, es el diablo mismo; jamás había visto tal virago. He hecho un pase con él, sin desenvainar la espada: con un movimiento mortal enviome una estocada imposible de evitar y, cuando se le responde, tan

seguro es que llegue al oponente como que los pies golpeen el piso cuando se camina. Se dice que fue maestro de armas del Sofí.

SIR ANDRÉS ¡La peste se lo lleve! No quiero problemas con ese hombre.

SIR TOBÍAS Ah, mas ahora no hay modo de pacificarlo. Fabián apenas es capaz de detenerlo.

SIR ANDRÉS ¡Mala peste se lo lleve! De haber sabido que era tan valiente y tan diestro en la esgrima, antes hubiera preferido verle condenado que retarlo como lo hice. Que olvide el asunto y, a cambio, le daré mi caballo, el gris Capuleto.

SIR TOBÍAS Le hablaré de la propuesta. Quedaos aquí y mostrad presencia de ánimo: haremos que esto concluya sin pérdida de alma alguna. (*Aparte.*) Por la Virgen, conduciré vuestro caballo igual que os conduzco a vos. (*Entran VIOLA y FABIÁN. A este último.*) Me ha dado su caballo para que arregle la disputa. Lo he convencido de que el joven es un diablo.

FABIÁN Una idea igualmente terrible del otro tiene este, que jadea y palidece como si un oso lo persiguiera.

SIR TOBÍAS (*A VIOLA.*) No hay remedio, señor mío; peleará con vos en razón de que así lo ha jurado. Por la Virgen, ha meditado acerca de la querrela y piensa que apenas vale la pena mencionarla. Por consiguiente, desenvainad, que pueda él cumplir con lo jurado. Promete que no os hará daño.

VIOLA (*Aparte.*) ¡Dios me proteja! Una cosa de nada me haría confesarles cuánto me falta para ser hombre.

FABIÁN (*A SIR ANDRÉS.*) Ceded terreno si lo veis furioso.

SIR TOBÍAS Vamos, sir Andrés, que no hay remedio; en descargo de su honor el caballero desea un asalto con vos. Las reglas del juego le impiden evitarlo. Mas sin embargo, me ha prometido, como hidalgo y como soldado, que no os herirá. ¡Vamos, en guardia!

SIR ANDRÉS ¡Dios quiera que cumpla su promesa!

Entra ANTONIO.

VIOLA ¡Os aseguro que lo hago contra mi voluntad!

SIR ANDRÉS y VIOLA *desenvainan.*

ANTONIO (*Desenvainando.*) ¡Envainad la espada! Si este joven caballero os ha ofendido, cargo con la culpa; si la ofensa fue vuestra, a su nombre os reto.

SIR TOBÍAS ¿Vos, señor? ¿Y quién sois vos?

ANTONIO Quien por amor a él, señor, atreverase
a hacer más de lo que él os haya prometido.

SIR TOBÍAS Pues bien, si os encargáis de querellas ajenas, soy vuestro hombre.

SIR TOBÍAS *desenvaina. Entran dos guardias.*

FABIÁN ¡Buen sir Tobías, aguardad! Aquí llegan los guardias.

SIR TOBÍAS (A ANTONIO.) Enseguida estaré a vuestra disposición.

VIOLA (A SIR ANDRÉS.) Señor, os lo ruego, tened a bien envainar la espada.

SIR ANDRÉS Por la Virgen, señor, que así lo haré. Y en cuanto a lo prometido,
cumpliré mi palabra. Os llevará fácilmente y es dócil a la rienda.

PRIMER GUARDIA He aquí vuestro hombre. Cumplid con vuestro oficio.

SEGUNDO GUARDIA Antonio, te arresto en nombre del duque Orsino.

ANTONIO Por otro me tomáis, señor.

PRIMER GUARDIA No, señor, ni por asomo: bien conozco vuestro

[rostro,

aunque gorra de marino no llevéis en la cabeza.

Condúcelo. Bien sabe que lo conozco bien.

ANTONIO Debo obedecer. (A VIOLA.) Esto me ocurre por buscaros.

Mas no habiendo remedio, responderé a mi culpa.

Hoy que la necesidad me obliga

a pedir mi bolsa, ¿qué haréis?

Más que lo que a mí pueda sucederme

me afilice que me impidan ayudaros.

Parecéis asombrado: valor es necesario.

SEGUNDO GUARDIA Vamos, señor, en marcha.

ANTONIO Pedir debo de vos parte de ese dinero.

VIOLA ¿Qué dinero, señor?

La amable simpatía que me habéis demostrado,

y en parte el que os miro en tal problema hundido,

hacen que de mi escasa y muy humilde bolsa

algo pueda prestaros; no es mucho lo que tengo,

mas a medias con vos habré de dividirlo:

he aquí la mitad de mi cofre.

Ofrece dinero a ANTONIO.

ANTONIO ¿Me negaréis ahora? (*Rehúsa la oferta.*)

¿Concebible será que todos mis favores
no logren persuadiros? No tentéis mi miseria,
no sea que me vuelva un hombre tan violento
que a la cara os lance aquellas gentilezas
que por vos he cumplido.

VIOLA Nada sé de ninguna.

Tampoco por la voz o el rostro os conozco.
Más detesto en un hombre la ingratitud mostrada
que la mentira y que la vanagloria
o que la gárrula embriaguez,
o un vicio pernicioso cuya corrupta fuerza
habite en nuestra frágil sangre.

ANTONIO ¡Oh, por los mismos cielos!

SEGUNDO GUARDIA Vamos, señor, os ruego que partamos.

ANTONIO Dejadme hablar un poco. A este joven que veis
lo arranqué de la muerte, que a medias lo tenía;
liberándolo con la santidad de mi amor;
rendí mis devociones ante aquella su imagen,
que prometía ser digna de mis veneraciones.

PRIMER GUARDIA ¿Qué nos atañe eso? El tiempo pasa. ¡Vamos!

ANTONIO ¡Ah, qué ídolo tan vil probó ser este dios!
Vergüenza has puesto en tus bellos rasgos, Sebastián.
No hay mancha en la naturaleza
sino aquella del alma. Nadie sino el ingrato
el nombre se merece de deforme.
La virtud es belleza, mas la maldad hermosa
es un cofre vacío, que en exceso el diablo
ha ornado.

PRIMER GUARDIA ¡Nuestro hombre enloquece!
¡Llevémoslo! Vamos, vamos, señor.

ANTONIO Conducidme.

Sale, con los guardias.

VIOLA Paréceme que sus palabras
de tal pasión proceden, que él mismo ya las cree.
¿Y no creeré lo mismo?

¡No mientas, esperanza; oh, no mientas:
Ojalá me hayan tomado por ti, querido hermano!

SIR TOBÍAS Acercaos, caballero, acercaos, Fabián,
que una o dos sentencias sabias susurraremos.

VIOLA A Sebastián nombró. El espejo viviente
sé que soy de mi hermano; este rostro tenía
y estas modas, colores y ornamentos usaba,
que imitándolo visto. ¡Si probara ser cierto,
buenas son las tormentas y las ondas saladas
llenas están de amor!

Sale.

SIR TOBÍAS He aquí un chico ruin muy deshonesto, y más cobarde que una liebre.
Prueba su deshonestidad el que haya abandonado a su amigo cuando este lo
necesitaba y, además, negando conocerlo. Y en lo que a su cobardía toca,
preguntad a Fabián.

FABIÁN Un cobarde; un cobarde de lo más devoto, pues ha hecho una religión de su
cobardía.

SIR ANDRÉS ¡Por los ojos de Cristo, he de seguirlo y golpearlo!

SIR TOBÍAS Vamos, zúrralo a conciencia; mas nunca desenfundes tu espada.

SIR ANDRÉS Y si lo hago...

Sale.

FABIÁN Venid, veamos el resultado.

SIR TOBÍAS Apuesto cualquier cantidad de dinero a que termina en nada.

Salen.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran SEBASTIÁN y el BUFÓN.

BUFÓN ¿Queréis hacerme creer que no me enviaron a buscaros?

SEBASTIÁN Vamos, vamos, que eres un tonto. Líbrame de tu presencia.

BUFÓN ¡Bien sostenido el papel, por mi fe! No, no os conozco, ni mi señora me envió a buscaros, para que habléis con ella; ni tampoco es vuestro nombre maese Cesáreo, ni esta mi nariz. Nada de lo que es, es.

SEBASTIÁN Te lo ruego, ventila tu locura en algún otro sitio. No me conoces.

BUFÓN ¡Ventilar mi locura! Escuchó de algún gran hombre esta palabra y ahora viene a aplicársela a un loco. ¡Ventilar mi locura! Temo que este gran papanatas, el mundo, resulte ser un afectado. Te ruego que desfajes tu extravagancia y me digas lo que he de ventilarle a mi señora. ¿Le ventilaré que irás a verla?

SEBASTIÁN Te ruego, griego disparatado, que te alejes de mí. Toma dinero. Si te tardas más, habré de pagarte con peor moneda.

BUFÓN Por mi fe que tienes mano generosa. Los sabios que dan a los tontos dinero consiguen una buena reputación... a la tasa de catorce años de compra.

Entran SIR ANDRÉS, SIR TOBIÁS y FABIÁN.

SIR ANDRÉS Así pues, señor, vuelvo a encontrarlos. Tomad, esto es para vos.
(*Golpea a SEBASTIÁN.*)

SEBASTIÁN ¡Pues toma esto, y esto, y esto! (*Golpea a SIR ANDRÉS.*) ¿Pero estáis locos todos?

SIR TOBIÁS Conteneos, señor, o lanzaré vuestra daga por encima de la casa.

BUFÓN Informaré de esto a mi señora de inmediato: no quisiera estar en el pellejo de algunos de vosotros ni por dos peniques.

Sale.

SIR TOBIÁS ¡Vamos, señor, conteneos!

SIR ANDRÉS No, dejadlo solo; lo enfrentaré de otra manera: apuntaré contra él toda una batería, si es que en Iliria hay leyes. Y no importará el que lo haya

golpeado yo primero.

SEBASTIÁN ¡Fuera esas manos!

SIR TOBIÁS Vamos, señor, que no os soltaré. Vamos, mi pequeño soldado, enfundad el hierro: habéis sido bien iniciado. ¡Vamos!

SEBASTIÁN Me liberaré de ti. ¿Qué quieres ahora? Si osas provocarme más, desenfunda tu espada. (*Desenvaina.*)

SIR TOBIÁS ¡Cómo! ¡Cómo! Si tal queréis, entonces, sacaré de vos una o dos onzas de esa sangre impertinente que tenéis. (*Desenvaina.*)

Entra OLIVIA.

OLIVIA ¡Detente, Tobías! ¡Por tu vida lo mando, detente!

SIR TOBIÁS ¡Señora!

OLIVIA ¿Y será siempre así? ¡Rufián incorregible,
digno de las montañas y de las cuevas bárbaras,
donde jamás se hablara de modales!
¡Aléjate de mi vista!
No te lames a ofensa, buen Cesáreo.
¡Patán, vete!

Salen SIR TOBIÁS, SIR ANDRÉS y FABIÁN.

Te ruego, dulce amigo,
que tu noble razón, no tus pasiones, te guíen
en esta incivil e injusta violencia
contra tu paz. Ven conmigo a mi casa
y entérate las muchas travesuras estériles
que este rufián torpemente ha ideado,
que puedas, al oírlas, sonreírte.
Venir es lo obligado, no te niegues.
Sea maldita el alma
de quien en ti espantara mi pobre corazón.^[57]

SEBASTIÁN ¿Qué significa esto?
¿Adónde se dirige la corriente?
O loco estoy o un sueño es todo:
que mi imaginación sumerja todavía
mi razón en el Leteo;
y si soñar es esto, ¡permitidme soñar!

OLIVIA Anda, ven, te lo ruego.

¡Si quisieras por mí dejar guiarte!

SEBASTIÁN Así sea, señora.

OLIVIA Oh, dilo y que así sea.

Salen.

ESCENA II

Entran MARÍA y el BUFÓN.

MARÍA Vamos, te lo ruego, ponte este vestido y esta barba; hazle creer que eres sir Topas, el cura. Date prisa. En el mientras, llamaré a sir Tobías.

Sale.

BUFÓN Bien, lo vestiré y habré de disfrazarme; ojalá y fuera el primero en haberse disimulado con tal sotana. No tengo estatura suficiente para cumplir la función bien, ni soy lo bastante flaco para que me confundan con un buen estudiante. Pero verse llamado un hombre honesto y hospitalario vale tanto como decir un hombre trabajador y un gran clérigo. He aquí a mis confederados.

Entran SIR TOBÍAS y MARÍA.

SIR TOBÍAS ¡Júpiter te bendiga, maese cura!

BUFÓN *Bonos dies*, sir Tobías. Pues como muy sabiamente dijo el viejo ermitaño de Praga, que en su vida vio pluma y tinta, a la sobrina del rey Gorboduc: «Aquello que es, es». Y yo, siendo maese cura, maese cura soy. Pues ¿qué es «esto» sino «esto» y «es» sino «es»?

SIR TOBÍAS A él, sir Topas.

BUFÓN ¡Hola, digo! ¡La paz sea en esta cárcel!

SIR TOBÍAS Este pillo imita bien, es un pillo excelente.

Entra MALVOLIO.

MALVOLIO ¿Quién llama allí?

BUFÓN Sir Topas, el cura, quien viene a visitar a Malvolio el lunático.

MALVOLIO Sir Topas, sir Topas, buen sir Topas, id donde mi señora.

BUFÓN ¡Fuera, demonio hiperbólico! ¡A qué grado atormentas a este hombre! ¿No sabes hablar más que de damas?

SIR TOBÍAS Bien dicho, señor cura.

MALVOLIO Sir Topas, nunca hubo hombre tan ultrajado. Buen sir Topas, no me creáis loco. ¡Me han encerrado aquí en oscuridad espantosa!

BUFÓN ¡Abrenuncio, Satanás deshonesto! Te aplico uno de los nombres más modestos, pues soy una de esas personas bondadosas que al mismo diablo tratan con cortesía. ¿Dices que tu casa está a oscuras?

MALVOLIO Como el infierno, sir Topas.

BUFÓN Pero si tiene miradores tan transparentes como barricadas, y en la parte superior las ventanas del sur-norte son lustrosas como el ébano. ¿Y aun así, te quejas de obstrucciones?

MALVOLIO No estoy loco, Topas. Os digo que esta casa es oscura.

BUFÓN Yerras, loco. Digo que no hay más oscuridad que la ignorancia, en la cual te encuentras más perdido que los egipcios en su niebla.

MALVOLIO Digo que esta casa es tan oscura como la ignorancia, aunque esta fuera tan oscura como el infierno; y digo que jamás fue hombre alguno tan maltratado. No estoy más loco que vos: haced la prueba con un interrogatorio.

BUFÓN ¿Qué opinión tiene Pitágoras respecto a las aves salvajes?

MALVOLIO Que el alma de nuestra abuela podría habitar en un pájaro.

BUFÓN ¿Qué piensas de tal opinión?

MALVOLIO Noble considero el alma y de ninguna manera apruebo tal opinión.

BUFÓN Que te vaya bien: permanece en la oscuridad. Deberás aceptar la opinión de Pitágoras antes de que reconozca yo tu cordura, y temas matar una chocha por no disponer del alma de tu abuela. Que te vaya bien.

MALVOLIO ¡Sir Topas, sir Topas!

SIR TOBÍAS ¡Mi exquisito sir Topas!

BUFÓN Puedo nadar en todas las aguas.

MARÍA Pudiste haber hecho esto sin la barba y sin la sotana; no te ve.

SIR TOBÍAS Háblale con tu voz normal y dime cómo lo encuentras. Quisiera haber terminado con esta farsa. Si lográramos ponerlo en libertad sin inconvenientes, me alegraría, pues a estas alturas tanto he ofendido a mi sobrina, que poco seguro me sería llevar la aventura hasta sus últimas consecuencias. Ven en cuanto puedas a mi habitación.

Sale con MARÍA.

BUFÓN (*Cantando.*)

¡Eh, Robín, alegre Robín,
dime cómo va tu dama!

MALVOLIO ¡Bufón!

BUFÓN ¡Por Dios qué ingrata es mi dama!

MALVOLIO ¡Bufón!

BUFÓN ¡Ay, Robín! ¿Por qué es así?

MALVOLIO ¡Eh, bufón!

BUFÓN A otro ama... Pero ¿quién llama?

MALVOLIO Mi buen bufón, si quieres verme obligado contigo, tráeme una vela, una pluma, tinta y papel. Por mi fe de caballero que siempre te viviré agradecido.

BUFÓN ¿Amo Malvolio?

MALVOLIO Sí; mi buen bufón.

BUFÓN ¡Ay, señor! ¿Cómo es que habéis perdido vuestros cinco espíritus?

MALVOLIO Bufón, jamás se abusó de esta forma de hombre alguno. Tan en mis cinco espíritus estoy como tú en los tuyos.

BUFÓN ¿Tan? Entonces, en verdad que estáis loco, si vuestros espíritus no son mejores que los de un bufón.

MALVOLIO Me han tratado como a un objeto: me tienen en la oscuridad, me envían ministros, asnos, y hacen lo imposible por sacarme de mi razón.

BUFÓN Cuidad lo que decís, pues el ministro está aquí. (*Como SIR TOPAS.*) Malvolio, Malvolio, quiera el cielo restaurarte el sentido. Esfuérzate por dormir y olvida tu charla vana.

MALVOLIO ¡Sir Topas!

BUFÓN ¡Mi buen amigo, no cruces palabras con él! (*Con su voz.*) ¿Quién, yo, señor? ¡No, señor, yo no! ¡Dios os acompañe, sir Topas! (*Como SIR TOPAS.*) ¡Así lo espero! (*Con su voz.*) ¡Y yo, señor, y yo!

MALVOLIO ¡Bufón, bufón, bufón! ¿Escuchas?

BUFÓN ¡Ay, señor, tened paciencia! ¿Qué deseáis, señor? Regañado he sido por hablaros.

MALVOLIO Buen bufón, algo de luz y un poco de papel. Repito que estoy en mis sentidos como cualquier hombre de Iliria.

BUFÓN ¡Ojalá y lo estuvierais, señor!

MALVOLIO ¡Por mi mano que lo estoy! Mi buen bufón, algo de tinta, papel y luz, y lleva a mi señora lo que voy a escribir. Jamás habrás sacado tanta ventaja de entregar una carta.

BUFÓN Os ayudaré. Mas decidme la verdad, ¿cierto que no estáis loco? ¿No queréis engañarme?

MALVOLIO Créemelo, no estoy loco; esa es la verdad.

BUFÓN No. Jamás creeré a un loco sin haberle visto el cerebro. Iré a traer luz, papel y tinta.

MALVOLIO Bufón, te recompensaré en el grado más alto. Te lo ruego, ve.

BUFÓN Voyme, señor, y de inmediato,
a vos volveré sin tardanza,
como el antiguo Vicio,
a resolver vuestra carencia.
Y quien con daga de madera,
llevado de la ira y del enojo,
grita «Ah, ah» contra el diablo,
y como un niño loco dice:
«Córtate las uñas, papá».
¡Adiós, mi buen diablo!

Sale.

ESCENA III

Entra SEBASTIÁN.

SEBASTIÁN Esto es aire y aquel el sol glorioso,
toco y veo la perla que me diera
y si bien asombroso lo que así me sucede,
no es demencia ninguna. ¿Dónde está Antonio,
entonces?

Hallarlo no pude en El Elefante;
mas allí estuvo y allí supe seguro
que la ciudad rastreó para encontrarme.
Un dorado servicio me haría ahora su consejo,

pues si bien mis sentidos concuerdan con mi alma
que un error podrá ser, mas no locura,
de tal manera excede todo ejemplo
esta larga fortuna, este accidente,
que dispuesto me siento a descreer mis ojos
y a mi razón querella dirigirle,
pues persuadirme quiere
que no hay locura en mí ni en esta dama.
Ahora, si la hubiera,
mandar sobre su casa no podría,
ni hacerse obedecer de sus sirvientes,
ni atender sus asuntos
con esa gentileza, discreción y equilibrio
con que, según percibo, los atiende.
Algo hay en todo esto de engañoso.
Mas llega aquí la dama.

Entran OLIVIA y un sacerdote.

OLIVIA No culpéis a mi prisa.

Si vuestras intenciones son correctas,
id conmigo y con este hombre santo
hasta aquella capilla: allí, delante de él,
bajo aquel techo consagrado,
dadme de vuestra fe medida plena,
que esta mi alma tan celosa e inquieta
pueda vivir en paz. Él guardará el secreto
hasta el momento mismo
en que dispuesto estéis a divulgarlo,
tiempo en el cual la unión celebraremos
de acuerdo con mi cuna. ¿Qué decís?

SEBASTIÁN Seguiré a este buen hombre e iré con vos:
y en jurando ser fiel, fiel seré siempre.

OLIVIA Buen padre, mostradnos el camino y que los cielos
de tal manera brillen que iluminen
la acción que llevo a cabo.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entran el BUFÓN y FABIÁN.

FABIÁN Si me aprecias, déjame ver su carta.

BUFÓN Mi buen señor Fabián, concédeme otra petición.

FABIÁN Lo que pidas...

BUFÓN No queráis ver esta carta.

FABIÁN Esto es como regalar un perro y pedirlo de vuelta en recompensa.

Entran el DUQUE, VIOLA, CURIO y caballeros del séquito.

DUQUE ¿Perteneceís a lady Olivia, amigos?

BUFÓN Así es, señor. Somos algunos de sus adornos.

DUQUE Te conozco bien. ¿Cómo te encuentras, camarada?

BUFÓN Hablando con franqueza, señor, mejor a causa de mis enemigos y peor a causa de mis amigos.

DUQUE Querrás decir lo contrario: mejor a causa de tus amigos.

BUFÓN No, señor, peor.

DUQUE ¿Y cómo puede ser eso?

BUFÓN Por la Virgen, señor, que me alaban y hacen de mí un asno. Ahora bien, mis enemigos me dicen sin tapujos que lo soy; así pues, gracias a mis enemigos, señor, profundizo en el conocimiento de mí mismo, mientras que solo engaños de los amigos sufro. De esta manera, si las conclusiones son como besos, si cuatro negaciones equivalen a dos afirmaciones, entonces peor a causa de mis amigos y mejor a causa de mis enemigos.

DUQUE ¡Excelente!

BUFÓN Por mi fe que no, señor: aunque os plazca ser uno de mis amigos.

DUQUE No estarás peor por causa mía. Toma este oro.

BUFÓN Si no fuera caer en duplicidad, señor, os pediría que doblarais esto.

DUQUE Oh, qué mal me aconsejáis.

BUFÓN Por una vez, señor, poned vuestra virtud en el bolsillo y que vuestro cuerpo y vuestra sangre me obedezcan.

DUQUE Sea. Caeré en el pecado de la duplicidad: toma otra moneda.

BUFÓN *Primo, secundo, tertio* es un buen juego. Un viejo refrán dice que «A la tercera es la vencida». Y el ritmo a tres tiempos, señor, es un buen compás para bailar. O acaso las campanas de San Benito os lo recuerden: uno, dos, tres.

DUQUE Con esa tirada no podrás estafarme más dinero. Si dejas saber a tu señora que estoy aquí para hablarle y la traes contigo, quizá vuelva a despertarse mi generosidad.

BUFÓN Entonces, señor, buen reposo a vuestra generosidad hasta que yo vuelva. Parto, señor. Mas no desearía que pensarais que mi afán de tener se debe al pecado de la avaricia. Pero, como os decía, que vuestra generosidad eche una siesta; yo la despertaré enseguida.

Sale.

Entran ANTONIO y guardias.

VIOLA He aquí, señor, el hombre que me rescatara.

DUQUE Recuerdo esas facciones.

Sin embargo, la última vez que las miré,
negras como las de Vulcano estaban
a causa de la guerra.

Capitán era entonces de un pobre barquichuelo
de estrechas dimensiones e indigno como presa,
con el cual tanto daño al más noble de los buques
de nuestra flota hizo,
que la voz de la envidia y de la derrota misma
fama y honores concediole. Mas ¿qué sucede?

PRIMER GUARDIA Orsino, aquí está aquel Antonio
que el *Fénix* y su carga capturara
de Candía a la vuelta
y el *Tigre* abordara cuando Tito,
vuestro joven sobrino, la extremidad perdiera.
Lo hemos aprehendido aquí en nuestras calles
cuando, olvidando vergüenza y estado,
mezclado en una riña se encontraba.

VIOLA En mi ayuda, señor, desenvainó la espada,
aunque extraño discurso me lanzara

cuyo origen ignoro: tal vez fuera locura.

DUQUE Ah, notable pirata, ladrón de agua salada,
¿qué audacia temeraria a la merced te ha puesto
de los que por tus actos sangrientos y gravosos
enemigos has vuelto?

ANTONIO Notable señor Orsino,
permitid que rechace los nombres que me disteis:
Antonio nunca ha sido pirata ni bandido,
bien que confiese causa tener para enemigo
llamar al duque Orsino. Trájome aquí un hechizo:
ese muchacho ingrato que a vuestro lado espera;
de la garganta en furia y espumosa
del rudo mar saquelo.
Perdido estaba ya sin esperanza.
Devolvile la vida; mi amor sumele luego
sin límite o reserva. Por su causa me expuse
—que puro mi amor era—
a todos los peligros de esta ciudad adversa;
en viéndolo atacado, desenfundé mi espada;
y en siendo yo apresado, su infiel inteligencia
—no queriendo conmigo compartir el peligro—
le enseñó cara a cara negarme como amigo
y en un guiñar de ojos
entre los dos veinte años interpuso de ausencia;
no contento con eso, rehusose a devolverme
la bolsa que a su uso dispusiera
ni media hora antes.

VIOLA ¿Cómo puede ser esto?

DUQUE ¿Cuándo llegó a este pueblo?

ANTONIO Hoy, señor; y antes de ello, por tres meses —sin ínterin, sin minuto vacío
—
noche y día fuimos amigos uno del otro.

Entran OLIVIA y su séquito.

DUQUE Llega aquí la condesa: el cielo está en la tierra.
Volviendo a ti, amigo..., locas son tus palabras:
Tres meses me ha servido este mancebo.
Mas ya hablaremos de ello. Apartadlo.

OLIVIA Excepto por aquello que tener ya no puede
¿qué desea mi señor? ¿En qué puedo servirlo?
Cesáreo, no has cumplido tu promesa.

DUQUE y VIOLA (*Juntos.*) Señora:
Graciosa Olivia...

OLIVIA ¿Qué decís, Cesáreo? Mi buen señor...

VIOLA Mi señor quiere hablar; mi deber me silencia.

OLIVIA Si la vieja canción, señor, queréis cantarme,
torpe y desagradable será para mi oído
como aullidos oír tras una música.

DUQUE ¿Siempre tan cruel?

OLIVIA Siempre tan constante, señor.

DUQUE ¿Constante a qué? ¿A la perversidad?
Dama ingrata, en cuyo altar nefando e inauspicioso
ha quemado mi alma las ofrendas más fieles
que jamás devoción imaginara. ¿Qué hacer?

OLIVIA Aquello que os plazca, mientras de vos sea digno.

DUQUE ¿Por qué no, de tener el corazón para hacerlo,
matar a la que amo, como el ladrón egipcio,
a punto de morir, hiciera con su amada?
Celos salvajes son, con sabor de nobleza.
Mas oíd: si al desprecio mi fe tenéis lanzada
y en parte ya conozco al instrumento
que mi lugar derriba en vuestro aprecio,
vivid, vivid, tirana de corazón de mármol.
En cuanto al dulce efebo que amáis y yo, oh, cielos,
juro amar tiernamente, arrancarelo al ojo
donde en un trono reina, para befa de su amo.
Muchacho, ven conmigo; madura está mi mente
para el daño: el cordero que amo
será sacrificado y así despecharemos
el corazón de cuervo que en la paloma habita.

Saliendo.

VIOLA Y yo, dispuesto, alegre y rápido
mil muertes moriría para daros descanso.

Lo sigue.

OLIVIA ¿Y dónde va Cesáreo?

VIOLA Tras aquel a quien amo
mucho más que a mis ojos, mucho más que a mi vida,
más, mucho más de lo que nunca
amar pueda a una esposa.
Y si miento, poderes celestiales,
castigad en mi vida la mancha hecha a mi amor.

OLIVIA ¡Ay, execrable yo, cómo me han traicionado!

VIOLA ¿Quién os traiciona? ¿Quién os ofende?

OLIVIA ¿Te has olvidado de ti mismo?
¿Tanto tiempo ha pasado? Llamad al santo padre.

Sale uno del séquito.

DUQUE ¡Vamos!

OLIVIA ¿Adónde, mi señor? ¡Cesáreo, esposo, aguardad!

DUQUE ¿Esposo?

OLIVIA Esposo, sí. ¿Podrá acaso negarlo?

DUQUE ¿Su esposo, caballero?

VIOLA ¿Yo? No, señor, yo no.

OLIVIA ¿Acaso la bajeza de tu miedo
de esta manera estrangular te hace
lo que a ti pertenece?
Nada temas, Cesáreo, y acepta tu fortuna.
Sé aquello que ser debes y tan grande serás
como aquel a quien temes.

Entra el sacerdote.

¡Ah, bienvenido padre!,
Padre, en nombre de tu ministerio
te pido que descubras —si bien la intención era
mantener en secreto lo que las circunstancias
a revelar obligan— lo ha poco sucedido
entre yo y este joven.

SACERDOTE Un contrato de amor eterno,

confirmado por la mutua unión de vuestras manos,
atestiguado por la sagrada unión de vuestros labios,
fortalecido por vuestro intercambio de anillos
y toda ceremonia de este trato
sellada por mi oficio y por mi testimonio.
Y desde aquel instante, según mi reloj cuenta,
dos horas he avanzado hacia mi tumba.

DUQUE ¡Ah, zorro hipocritón! ¿Y qué serás
cuando el tiempo de gris la piel te haya manchado?
O acaso en el oficio tan rápido prosperes
que la premura misma provoque tu caída.
Tuya es y adiós; mas dirige tus pasos
hacia donde jamás en el futuro
podamos encontrarnos.

VIOLA Señor, juro...

OLIVIA ¡Ah, no, no jures!
Aunque el temor sea mucho, algo de fe conserva.

Entra SIR ANDRÉS, con la cabeza rota.

SIR ANDRÉS ¡Por el amor de Dios, un cirujano! Y envidad sin tardanza en busca de sir
Tobías.

OLIVIA ¿Qué ocurre?

SIR ANDRÉS Me ha roto la cabeza y a sir Tobías en sangre le ha dejado la suya. ¡Por
el amor de Dios, ayuda! Daría cuarenta libras por estar en casa.

OLIVIA ¿Quién ha hecho esto, sir Andrés?

SIR ANDRÉS Un caballero del duque, llamado Cesáreo. Lo creímos cobarde, pero es
el mismo diablo encarnado.

DUQUE ¿Mi caballero, Cesáreo?

SIR ANDRÉS ¡Por la vida de Cristo, helo aquí! Me habéis roto la cabeza a causa de
una minucia; aquello que hice, hícelo guiado por sir Tobías.

VIOLA ¿Por qué os dirigís a mí? Nunca os herí. Desenvainasteis contra mí sin causa
alguna, mas os hablé suavemente y nunca os herí.

Entran SIR TOBÍAS y el BUFÓN.

SIR ANDRÉS Si el caletre roto es una herida, bien me habéis herido. Veo qué poca
importancia dais a un caletre que sangra. Aquí llega sir Tobías cojeando.

¡Ya escucharéis ahora! Si no hubiera estado bebido, os habría acariciado de un modo muy distinto a como lo hizo.

DUQUE Y bien, caballero, ¿qué os ocurre?

SIR TOBÍAS Nada importante: me ha herido y eso es todo. Tontaina, ¿has visto a Dick, el cirujano?

BUFÓN Ah, borracha está, sir Tobías, desde hace una hora. A las ocho de la mañana cerró los ojos.

SIR TOBÍAS Pues entonces, es un bribón y un bailarín de pавanas: odio a un bribón borracho.

OLIVIA ¡Lleváoslo! ¿Quién los ha dejado en situación tan lamentable?

SIR ANDRÉS Os ayudaré, sir Tobías, puesto que habrán de vendarnos juntos.

SIR TOBÍAS ¿Ayudarme? ¿Tú, cabeza de asno, gorro de tonto, bellaco, cara de bobo, zoquete?

OLIVIA Acostadlo y que cuiden su herida.

*Salen el BUFÓN, FABIÁN, SIR TOBÍAS y SIR ANDRÉS.
Entra SEBASTIÁN.*

SEBASTIÁN Señora, lo lamento: herí a vuestro pariente.

Mas aunque hubiera sido de mi sangre el hermano,
lo mismo hubiera hecho, con prudencia y con tino.
Con extraña mirada contemplaisme y por ello
percibo que mi acción os ha ofendido:
perdonadme, querida, por los votos
que el uno al otro ha poco nos hicimos.

DUQUE ¡Un rostro y una voz, un traje y dos personas!
¡Artificial reflejo, que es y que no es!

SEBASTIÁN ¡Antonio, mi querido Antonio!
¡Cuánto me han torturado y afligido las horas
desde que te perdiera!

ANTONIO ¿Eres tú, Sebastián?

SEBASTIÁN ¿Y lo dudas, Antonio?

ANTONIO ¿Y cómo has conseguido dividirte?
Una manzana en dos no es más gemela
que estas dos criaturas. ¿Y cuál es Sebastián?

OLIVIA ¡Oh, caso prodigioso!

SEBASTIÁN ¿Me encuentro allí? Nunca tuve un hermano.

Tampoco en mi natura deidad alguna existe
que ubicuidad posea. Una hermana sí tuve,
a quien las ciegas olas devoraron.

Por caridad decidme: ¿qué parentesco habemos?
¿De cuál país? ¿Cuál nombre? ¿Cuál familia?

VIOLA De Mesalina, y Sebastián mi padre,
igual que Sebastián mi hermano fuera;
vestido de ese nombre fue a su tumba marina.
Si forma y traje adoptan los espíritus,
vinisteis a asustarnos.

SEBASTIÁN Y en efecto, fantasma soy,
mas desde el vientre mismo de mi madre
este cuerpo grosero me ha vestido.
Si fuerais vos mujer,
y el resto coincidiendo en tal manera,
mis lágrimas dejara bañar vuestra mejilla
diciendo «Tres veces bienvenida, ahogada Viola».

VIOLA Un lunar en la frente había mi padre.

SEBASTIÁN Y así el mío.

VIOLA Y murió cuando Viola, desde su nacimiento,
trece años sumaba.

SEBASTIÁN ¡Ah, vive todavía tal memoria en mi alma!
Trece años cumplía mi hermana, ciertamente,
el día que mi padre su vida terminara.

VIOLA Si nada impedir puede que felices seamos
salvo esta vestidura masculina que usurpo,
abrazadme tan solo cuando las circunstancias
de tiempo, de lugar y de fortuna
se unan y aseveren que soy Viola.
Y para confirmarlo, a un capitán que vive
en esta población puedo llevaros:
allí mis ropas de doncella guardo.
Su generosa ayuda preservome
y así vine a servir al noble duque.
Desde entonces, todo lo sucedido
con mi vida
entre esta dama y este señor ha transcurrido.

SEBASTIÁN (A OLIVIA.) De aquí, señora, vuestro error.
Mas la naturaleza siguió en esto su instinto.
A una doncella os habríais casado;
por mi vida que ahora no hay engaño;
que a hombre y doncella estáis comprometida.

DUQUE Confundida no estéis. Noble es su sangre.
Si el reflejo no miente y todo es cierto,
quiero en este naufragio feliz tener mi parte.
(A VIOLA.) Muchacho, unas mil veces me juraste que
a ninguna mujer podrías amar como a mí.

VIOLA Y volvería a jurar todo lo dicho,
y en lo cierto del alma guardaré lo jurado
como su fuego guarda ese globo brillante
que el día separa de la noche.

DUQUE Dame la mano y déjame
verte en tus ropas de mujer.
El capitán que a tierra por vez primera trájome
conserva mi vestido de doncella;
prisionero se encuentra a causa de algún cargo
por Malvolio incoado,
caballero que sirve a mi señora.

OLIVIA Habrá de liberarlo. Traed aquí a Malvolio.
Mas, ¡ay!, ahora lo recuerdo:
dicen que loco el pobre caballero se encuentra.

Entran el BUFÓN, con una carta, y FABIÁN.

Aquel frenesí que me envolvía
su frenesí borró de mi memoria.
¿Cómo se encuentra, pícaro?

BUFÓN A decir verdad, señora, mantiene a Belcebú tan alejado como le es posible a
un hombre en su condición. Os ha escrito una carta. Debí hebéroslo
entregado esta mañana, mas como las epístolas de un loco no son el
Evangelio, poco importa en qué momento lleguen a su destino.

OLIVIA Ábrela y léela.

BUFÓN Confiad entonces en que se os edifique cuando el bufón entregue al loco.
(*Leyendo.*) «Por el Señor, señora...»

OLIVIA ¿Pero cómo, estás loco?

BUFÓN No, señora, simplemente leo locuras; y si su señoría desea recibirlas como debe ser, debe permitirme dar el tono.

OLIVIA Te lo ruego, léela razonablemente.

BUFÓN Así lo hago, madona. Pero leerla con su razonamiento significa leerla de esta manera; por consiguiente, atiende, princesa mía, y presta oído.

OLIVIA (*Arrebatándole la carta y dándosela a FABIÁN.*)

Leedla, bribón.

FABIÁN (*Leyendo.*) «Por el Señor, señora, que me habéis injuriado y el mundo deberá saberlo. Aunque me encerrasteis en la oscuridad y pusisteis a vuestro tío por encima de mí, gozo del beneficio de mis sentidos como vos del de los vuestros. Conservo vuestra carta, que me indujo a vestir como lo hice; con ella confío en hacerme plena justicia o en plena vergüenza colocaron. Pensad de mí lo que queráis. Hago un poco de lado la deferencia que os debo y permito que hable mi injuria. Malvolio, el tratado locamente.»

OLIVIA ¿Ha escrito eso?

BUFÓN Sí, señora.

DUQUE No huele mucho a demencia.

OLIVIA Que lo liberen, Fabián, y tráelo a mi presencia.

Sale FABIÁN.

Si os place, milord,
y meditado ya lo sucedido,
aceptar como hermana a quien esposa hacíais,
un mismo día coronada verá la misma alianza
en esta casa y a mi propio costo.

DUQUE Señora, con toda voluntad la oferta acepto. (*A VIOLA.*) La libertad os cedo.

Y a cambio del servicio que habéis hecho,
tan opuesto al tenor de vuestro sexo,
tan por debajo siempre de una crianza
cual la vuestra gentil y delicada,
y dado que me habéis por tanto tiempo
vuestro señor llamado, mi mano os entrego
y de aquí en adelante
dueña seréis de vuestro dueño.

OLIVIA ¡Y una hermana! Lo sois.

DUQUE ¿Es este el loco?

OLIVIA Sí, señor, el mismo.

¿Qué hay, Malvolio?

MALVOLIO Me habéis ultrajado, señora. Duramente ultrajado.

OLIVIA ¿Que te he ultrajado? No, Malvolio.

MALVOLIO Señora, lo habéis hecho.

Os lo ruego, repasad esta carta.

No negaréis ahora vuestra letra:

probad a escribir otra de diferente mano.

¿Negaréis vuestro sello, negaréis vuestro estilo?

Si no podéis hacerlo, la razón concededme

y decidme,

puesto que así lo pide del honor la modestia,

porque vuestro favor me habéis mostrado

con luz tan evidente,

ordenando que a vos venga sonriendo,

amarillo de medias, la jarretera en cruz;

que mostrara altivez a sir Tobías

y a la gente de menor importancia.

Y si en todo esperanza obediente he mostrado

¿por qué habéis permitido que prisionero fuera,

que en un oscuro cuarto me tuvieran

y un sacerdote allí me visitara?

¿Por qué volverme el tonto más notorio

a quien broma jamás se haya jugado?

Decídmelo, ¿por qué?

OLIVIA Ay, Malvolio, no es esta mi escritura,

aunque, convengo en ello, mucho se le parece.

Mas no hay duda ninguna: le letra es de María.

Y ahora que lo pienso, fue ella la primera

que habló de tu locura. Y luego tú, sonriente,

atendiendo las formas que la carta pedía.

Ruégote que te calmes.

Astuta fue la trampa donde caer te hicieron.

En cuanto los autores y motivos sepamos,

juez serás de tu causa a la vez que partido.

FABIÁN Buena señora, oídmelo;

y que ninguna riña, que ninguna discordia
manche esta hora propicia que vivimos
y que tanto me admira. Tal confiando,
confieso libremente que yo y sir Tobías
la estratagema ideamos en contra de Malvolio
a causa de la altiva y descortés conducta
que todos le imputamos. De María es la carta.
Sir Tobías instola a redactarla
y en recompensa ahora con ella se ha casado.
El modo malicioso en que lo hicimos
más inducir la risa que la venganza debe
si los daños sufridos por ambas partes llegan
a medirse con imparcialidad mirada.

OLIVIA ¡Ay, pobre tonto,
qué escarnecido quedas!

BUFÓN Mas «algunos nacen grandes, otros logran la grandeza y a otros más les cae en los brazos». Yo, señor, tuve mi parte en este sainete; la de un tal sir Topas, señor. Pero eso carece de importancia. «Por el Señor, bufón, que no estoy loco.» Mas ¿recordáis, «Señora, por qué os deleitáis con un bribón tan vacío, y que si no sonreís, está perdido?». Y así, el tiempo con sus giros trae la venganza.

MALVOLIO ¡De toda esta pandilla sabré cómo vengarme!

Sale.

OLIVIA De él han abusado del modo más notorio.

DUQUE Seguidlo y convencedlo de que firme las paces: Del capitán aún nada nos ha dicho.

Cuando de esto sepamos y la hora dorada
nos reúna,
solemne unión haremos de todas nuestras almas.
Mientras tanto, querida hermana,
de aquí no partiremos. ¡Ven, Cesáreo!
Pues Cesáreo serás mientras de hombre vistas,
que cuando en otros hábitos te vea,
dueña serás de Orsino y de su amor la reina.

*Salen todos
menos el BUFÓN.*

BUFÓN (*Cantando.*)

Cuando así de pequeño un niño era,
con el ¡eh!, con el ¡oh!, con el viento y la lluvia,
mero juguete era cualquier cosa tonta,
pues la lluvia caía cada día.

Pero cuando al crecer volvíme hombre,
con el ¡eh!, con el ¡oh!, con el viento y la lluvia,
por pillo y por ladrón me cerraban las puertas,
pues la lluvia caía cada día.

Y cuando, ¡ay!, llegué a tener esposa,
con el ¡eh!, con el ¡oh!, con el viento y la lluvia,
con mis fanfarronadas riqueza nunca obtuve,
pues la lluvia caía cada día.

Y cuando por las noches a mi lecho llegaba,
con el ¡eh!, con el ¡oh!, con el viento y la lluvia,
borracho estaba siempre como otros camaradas,
pues la lluvia caía cada día.

El mundo comenzó hace ya mucho tiempo,
con el ¡eh!, con el ¡oh!, con el viento y la lluvia,
mas eso ya no importa: la obra ha terminado
y nos esforzaremos en siempre complaceros.

Sale.



WILLIAM SHAKESPEARE ha sido considerado unánimemente el escritor más importante de la literatura universal. Se mantiene que nació el 23 de abril de 1564 y que fue bautizado, al día siguiente, en Stratford-upon-Avon, Warwickshire. Su llegada a Londres se ha fechado hacia 1588. Cuatro años después de su llegada a la metrópoli, ya había logrado un notable éxito como dramaturgo y actor teatral, éxito que pronto le valió el mecenazgo de Henry Wriothesley, tercer conde de Southampton. Con solo haberse dedicado a la poesía, Shakespeare ya habría pasado a la historia por poemas como *Venus y Adonis*, *La violación de Lucrecia* o los sonetos. Sin embargo, si hay un campo en el que Shakespeare realizó grandes y trascendentales logros fue en el teatro; no en vano es el responsable principal del florecimiento del teatro isabelino, uno de los mascarones de proa de la incipiente hegemonía mundial de Inglaterra. A lo largo de su carrera escribió, modificó o colaboró en decenas de obras teatrales, de las cuales podemos atribuirle plenamente treinta y ocho, que perviven en nuestros días gracias a su genio y su talento. William Shakespeare murió, habiendo conocido el favor público y el éxito económico, el 23 de abril de 1616 en su ciudad natal.

Notas

Introducción

[1] La más reciente biografía de Marlowe es: Park Honan, *Christopher Marlowe. Poet & Spy*, Oxford, Oxford University Press, 2005. <<

[2] Véase James Shapiro, *Contested Will. Who Wrote Shakespeare?*, Londres, Faber & Faber, 2010. <<

[3] Acerca de la leyenda de que Shakespeare nunca emborronaba sus manuscritos y no tachaba ningún verso, Ben Jonson, en *Discoveries*, un libro de citas y reflexiones, escribió: «¡Ojalá hubiera tachado cientos!». <<

[4] Al parecer, el hecho de que no se hiciera mención a sus libros y manuscritos se explica por la costumbre isabelina de acompañar los testamentos de un inventario que, en el caso de Shakespeare, se ha perdido. <<

[5] John Aubrey (1626-1697) fue un anticuario inglés que se dedicó a escribir apuntes biográficos de personajes relevantes de la historia inglesa en su monumental *Brief Lives*, publicado por primera vez en 1813. Hay una selección en castellano: John Aubrey, *Vidas breves*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010. <<

[6] Hay noticia de una obra perdida de Shakespeare, *Cardenio*, que se cree fue escrita a medias por John Fletcher y Shakespeare y que los King's Men estrenaron en 1613. La obra desarrollaba la historia de un personaje de la primera parte de *Don Quijote*, que había sido traducida al inglés por Thomas Shelton en 1612. En 1727, Lewis Theobald publicó una obra titulada *Double Falsehood* que decía estaba basada en tres manuscritos, entre ellos el perdido *Cardenio*. La historia parece que últimamente ha merecido crédito por parte de los especialistas, pues la prestigiosa colección Arden de las obras de Shakespeare la ha incluido en su canon y la Royal Shakespeare Company la interpretó en 2011. <<

[7] Samuel Pepys, *Diarios*, Sevilla, Renacimiento, 2003, p. 101. Traducción de Norah Lacoste. <<

[8] Samuel Johnson, *Prefacio a Shakespeare*, Barcelona, Acantilado, 2003, pp. 21-22.
Traducción de Carmen Toledano. <<

[9] Anthony Burgess escribió la mejor novela que se ha escrito sobre Shakespeare, *Nothing Like the Sun* (Londres, Heinemann, 1964) y una biografía también excelente, *Shakespeare* (Londres, Penguin, 1972). Ambos títulos tienen traducción castellana: *Nada como el sol* (Barcelona, Península, 2007) y *Shakespeare* (Barcelona, Península, 2006). <<

[10] En W. H. Auden, *Lectures on Shakespeare*, Princeton, Princeton University Press, 2000. Hay traducción castellana: *Trabajos de amor dispersos. Conferencias sobre Shakespeare* (Barcelona, Crítica, 2003). La ópera de Verdi —la última que compuso— se titula *Falstaff* y se estrenó en 1893. <<

[11] *Como les guste*, II, vii. <<

[12] *Hamlet*, V, i. Traducción de Tomás Segovia. <<

Comedias

[13] «Libérate de la cautividad al mínimo precio». El doctor Johnson dice que la cita de *Eunuchus* (I.i.30) de Terencio es indirecta, de la gramática latina de Lily. <<

[14] Según el proverbio, la hermana mayor soltera debía bailar descalza en la boda de su hermana menor. <<

[15] Por el parecido entre el viejo Bautista y Pantaleón, personaje anciano y ridículo típico de la *Commedia dell'arte*. <<

[16] *Oatcake*: pastel de avena. *Seacoal*: carbón mineral. (N. del T.) <<

[17] «Color», ¿de qué clase? Afectado como es, Le Beau pronuncia *sport*, «pasatiempo», como *spot*, «mancha». De ahí que Celia pregunte de qué color. (*N. de la T.*) <<

[18] Juego de palabras entre *hem* y *him*. Rosalinda se refiere a Orlando, a quien quisiera llamar con una simple espiración de voz, pero las circunstancias son adversas. (N. de la T.) <<

[19] *Bear no cross*: las monedas de plata isabelinas estaban estampadas con cruces, lo que daba lugar a bromas por lo de llevar cada quien su cruz. Alusión a Mateo 10, 38. (N. de la T.) <<

[20] Sigo la versión de este poema según Astrana Marín. (*N. de la T.*) <<

[21] Versión libre de Astrana Marín. (*N. de la T.*) <<

[22] Los eruditos no han hallado lo que esta palabra significa, aunque se han propuesto varias hipótesis. (*N. de la T.*) <<

[23] Versión libre de Astrana Marín. (*N. de la T.*) <<

[24] Con un juego de palabras intraducible entre *reason*, «razón», y *raisin*, «uva pasa».
(N. de la T.) <<

[25] Versión de Astrana Marín. (*N. de la T.*) <<

[26] La diosa de la luna era Cintia, Febe o Luna en el cielo, Diana en la tierra, y Hécate y Lucina en el inframundo. Por eso es «tres veces coronada». (*N. de la T.*) <<

[27] *God make incision in thee, thou art raw!* Hay tres alternativas: hacer una sangría para curar un loco; hacerle cortes a la carne antes de asarla; injertar para mejorar una planta silvestre. (N. de la T.) <<

[28] Juego de palabras con *medlar*, «níspero», y *meddler*, «entrometido». (N. de la T.)

<<

[29] Versión de Astrana Marín. (*N. de la T.*) <<

[30] *Heart* con un juego de palabras con *hart*, «venado». (N. de la T.) <<

[31] *Quotidian of love*, algún ataque de malaria continua acompañado de escalofrío, en contraste con la terciana y la quartana, que son intermitentes. (N. de la T.) <<

[32] *Feature*, palabra que Audrey no entiende y que probablemente confunde con *faitors*, «tramposos» y «malhechores». (N. de la T.) <<

[33] Juego de palabras intraducible entre *goats*, «cabras», y *goths*, «godos». Cuando Ovidio estuvo con ellos se quejó de que no comprendían sus versos. (N. de la T.) <<

[34] *Martext*, «el que echa a perder el texto». Posiblemente se trata de un predicador puritano o de algún clérigo isabelino de los que, improvisados por la reforma anglicana, carecían de preparación y eran objeto de frecuentes burlas. (*N. de la T.*) <<

[35] *Who ever loved that loved not at first sight?*: verso del poema pastoril de Christopher Marlowe *Hero y Leandro* que se imprimió en 1598, pero que Shakespeare conoció en manuscrito desde antes. El propio Marlowe, que murió en 1593, sería el «pastor difunto». (N. de la T.) <<

[36] Juego de palabras con *suit*, que significa «traje» y «cortejo». (N. de la T.) <<

[37] En 1605 se aprobó en Inglaterra un acta que prohibía toda clase de blasfemia en los escenarios. Los juramentos se tomaban en serio de acuerdo con la catequesis de la Iglesia. Las damas procuraban atenuar sus juramentos (Latham). (*N. de la T.*) <<

[38] *Phebes me*: «me febisa». (*N. de la T.*) <<

[39] *Thrasonical*, epíteto relativamente frecuente en el inglés isabelino; de Traso, el personaje fanfarrón del *Eunuco* de Terencio. (N. de la T.) <<

[40] Del verbo «argüir», argüir en contra de lo que otro arguye. (*N. de la T.*) <<

[41] La Cámara Estrellada era un tribunal real que se ocupaba de sedición y motín. (*N. del T.*) <<

[42] Confusión con *quorum*, palabra inicial en el título de nombramiento de los jueces de paz. (N. del T.) <<

[43] Confusión con *Custos rotulorum*, «custodio de los rollos, o documentos», otro título de los jueces. (N. del T.) <<

[44] El plato que solían ofrecer las prostitutas a sus clientes. (*N. del T.*) <<

[45] Un oso entonces célebre en el deporte consistente en atar un oso a un palo y azuzar perros contra él. (*N. del T.*) <<

[46] El canto del cuco se suponía que aludía a *cuckold*, «cornudo». (N. del T.) <<

[47] *Fights*, en sentido de las lonas que se izaban para ocultar a los hombres de cubierta durante los combates. (N. del T.) <<

[48] Los pobres comían la manteca salada. (*N. del T.*) <<

[49] *Mock-water*, en alusión a la mala interpretación médica de la orina. (N. del T.) <<

[50] *Belch* significa «regüeldo» o «eructo», con lo cual el apellido describe a la perfección al personaje. Sin embargo, no pareció oportuno traducir el nombre, pues se perdía atmósfera. Estamos ante uno de esos casos en los cuales el traductor siempre queda mal. (N. del T.) <<

[51] Fiestas juega aquí con *colours*, «colores», y *collars*, «cuerda para ahorcar», de pronunciación muy parecida en inglés. El juego de palabras resulta intraducible. (*N. del T.*) <<

[52] *Misprision* dice el original. Fiestas se permite aquí otro juego de palabras intraducible, pues el término inglés significa a la vez «encarcelar indebidamente» y «comprender mal». (*N. del T.*) <<

[53] «El hábito no hace al monje.» (*N. del T.*) <<

[54] Dos explicaciones se han dado a esta pregunta del bufón: era la muestra de una posada, en la cual estaban dibujados dos bufones o dos asnos. La inscripción hacía de quien la leyera el tercero. Mahood habla de dibujos anamorfos, en los cuales, si vistos desde un ángulo, se descubría la cabeza de un bufón o de un asno; si vistos de cabeza, otra. Cuando la persona preguntaba «¿Dónde está el tercero?», se la invitaba a mirar el dibujo al sesgo, y allí aparecía la tercera cabeza de asno. (*N. del T.*) <<

[55] Posible referencia (incluso visual) al nudo corredizo del verdugo. Apoya esta idea lo que sir Tobías dice a continuación. (*N. del T.*) <<

[56] Posible referencia a una balada de la época: «Black and Yellow». (*N. del T.*) <<

[57] Otro juego de palabras intraducible, entre *heart*, «corazón» y *hart*, «ciervo». (*N. del T.*) <<